UNED unidad didáctica

Tendencias historiográficas actuales

Blas Casado Quintanilla (Coord.)

Manuel Abad Varela
Alicia Alted Vigil
Victoria Cabrera Valdés
Enrique Cantera Montenegro
Asunción Díez López
Carmen Guiral Pelegrín
José Luis Martín Rodríguez
Carlos Martínez Shaw
Mario Menéndez Fernández
Rosa María Pardo Sanz
Isidro Sepúlveda Muñoz
Javier Tusell Gómez

Historia

TENDENCIAS HISTORIOGRÁFICAS ACTUALES

UNIDADES DIDÁCTICAS

Blas Casado Quintanilla (Coord.)

Manuel Abad Varela
Alicia Alted Vigil
Victoria Cabrera Valdés
Enrique Cantera Montenegro
Asunción Díez López
Carmen Guiral Pelegrín
José Luis Martín Rodríguez
Carlos Martínez Shaw
Mario Menéndez Fernández
Rosa Pardo Sanz
Isidro Sepúlveda Muñoz
Javier Tusell Gómez

TENDENCIAS HISTORIOGRÁFICAS ACTUALES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

UNIDADES DIDÁCTICAS (0144103UD01B01)
TENDENCIAS HISTORIOGRÁFICAS ACTUALES

Universidad Nacional de Educación a Distancia
Madrid, 2004

Librería UNED: c/ Bravo Murillo, 38 - 28015 Madrid
Tels.: 91 398 75 60 / 73 73
e-mail: libreria@adm.uned.es

Blas Casado Quintanilla (Coord.), Manuel Abad Varela, Alicia Alted Vigil, Victoria Cabrera Valdés, Enrique Cantera Montenegro, Asunción Díez López, Carmen Guiral Pelegrín, José Luis Martín Rodríguez, Carlos Martínez Shaw, Mario Menéndez Fernández, Rosa Pardo Sanz, Isidro Sepúlveda Muñoz, Javier Tusell Gómez

ISBN: 978-84-362-4755-8

Primera edición: septiembre de 2004
Cuarta reimpresión: marzo de 2008

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime y encuaderna: CLOSAS-ORCOYEN, S. L.
Polígono Igarsa. Paracuellos de Jarama (Madrid)

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

La asignatura denominada «Tendencias Historiográficas Actuales» se ha incorporado recientemente a los programas de la licenciatura en Historia. La normativa ministerial ha vinculado esta materia a todas las áreas de conocimiento cuyo campo de acción abarca los planes de estudio de Historia.

Los autores de este texto universitario, de un lado, exponen las ideas en torno a las cuales se ha ido acuñando el concepto de «Historia» y, de otro, delimitan los distintos enfoques que ha seguido la investigación histórica a lo largo de los tiempos. El estudiante, por su parte, podrá conocer la amplitud y variedad de las reflexiones que los historiadores han formulado sobre el acontecer histórico y podrá entender mejor las diversas interpretaciones que se han realizado sobre los acontecimientos pasados. El conocimiento de los presupuestos filosóficos, culturales, políticos y sociales que se adivinan o manifiestan claramente en las distintas visiones de los historiadores, facilitarán al alumno no sólo el aprendizaje de la historia en general, sino también la tarea de señalar los puntos de mayor interés en cada una de las épocas históricas.

Los alumnos de la UNED y nuestro sistema de enseñanza demandan que la diversidad de cuestiones que se albergan bajo el citado epígrafe sean recogidas y expuestas, al menos en sus líneas maestras, en una Unidad Didáctica de manera que sirva para facilitar su estudio y su aprendizaje y permita al mismo tiempo dibujar la idea de conjunto acerca de una materia tan diversificada.

Del título «Tendencias Historiográficas actuales», hemos traducido el concepto de «actuales» por el periodo que comprende el siglo XX. Esta traducción deja descolgada toda la elaboración historiográfica realizada en el amplio período que precede al citado siglo; cabe entonces preguntar ¿qué ocurrió en lo que hace a la interpretación y en lo que toca al método usados

por los historiadores durante tan largo espacio de tiempo? La historiografía tiene su origen en tiempos remotos y es necesario conocer al menos las líneas maestras de su desarrollo histórico.

La primera parte recorre más de XXV siglos durante los cuales más que «tendencias» constatamos la presencia de ilustres pensadores que dedicaron mucho tiempo a preparar y dar a conocer su personal manera de entender la historia, tanto en lo que toca a los temas a analizar, como en lo que se refiere al método a seguir en la elaboración de la Historia. De entre los historiadores de aquel tiempo hemos ido destacando aquellos cuyas obras han resultado de mayor interés para el campo científico que nos ocupa o han ejercido mayor influencia en autores posteriores. La selección ha sido más intensa a medida que avanzan los tiempos porque se pretendía dar una visión general más que buscar una presentación exhaustiva de cada uno de los períodos históricos.

La segunda parte la hemos planteado de forma bien distinta. Durante el siglo XX nos encontramos con diversas escuelas historiográficas, con sus respectivos métodos de estudio, al mismo tiempo que constatamos la existencia de diversas corrientes que agrupan a los historiadores en torno a unos u otros temas de su preferencia, según las áreas de conocimiento afectadas.

Tal como anunciamos en la primera edición, corregimos ahora los desaciertos que entonces conocimos y que era necesario revisar para alcanzar una mejor adecuación de los objetivos que nos propusimos los autores.

I

DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA EL SIGLO XX

TENDENCIAS HISTORIOGRÁFICAS EN EL SIGLO XX

I.1

DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA EL SIGLO XX

Blas Casado Quintanilla

1. CUESTIONES PRELIMINARES

En un acercamiento de carácter general a la historiografía desde los tiempos más remotos hasta el siglo XX, es obligado centrar la atención en los temas que hemos considerado esenciales, al mismo tiempo que dejar a un lado otros no menos importantes. Hemos acomodado el tiempo y el espacio de que disponemos a un esquema de trabajo que, en estudios que abarcan períodos tan amplios como el presente, pueden ser objeto de muchos enfoques y realizado desde diversos puntos de vista. Exponemos aquí la idea de la historia según el pensamiento de los historiadores más representativos y más influyentes a lo largo de los tiempos; quedan fuera de nuestra exposición un buen número de cuestiones que tienen más relación con la erudición histórica que con la propia historia.

Varios son los temas que podríamos incluir bajo este epígrafe introductorio. Somos conscientes de la importancia que para el historiador tiene el estudio del espacio donde se desarrollaron los acontecimientos que a lo largo de los tiempos han sido objeto de la historia; podríamos estudiar cuestiones relacionadas con la arqueología y con el método de estudio arqueológico y sus consecuencias, no solo para los siglos de la historia, cuanto para los milenios de la prehistoria; también sería conveniente establecer un concepto de historia. Limitaremos este capítulo a tratar de sólo dos cuestiones: la escritura y el tiempo histórico.

1.1. La Escritura

La aparición de la escritura marca un antes y un después; el antes es la prehistoria, el después es la historia. Se considera habitualmente que todo ámbito donde la arqueología puede encontrar textos escritos cae dentro del dominio de la historia. Solamente la escritura conserva los hechos históricos; en cambio algunos monumentos, las pinturas, los dibujos, las escenas e imágenes reproducidas sobre las rocas u otros instrumentos de uso común para el hombre ponen de manifiesto la presencia y la intención del hombre de usar algún instrumento para comunicarse y expresar sus sentimientos e ideas,

aunque no se nos indica tan claramente qué hombres fueron, ni cuales eran sus sentimientos, ideas, creencias o instituciones.

Pero ni la escritura que nosotros conocemos fue el único sistema convencional de entenderse entre los hombres por medios gráficos posteriores a los medios orales, ni la aparición de la escritura se produjo repentinamente, antes al contrario, tuvo una génesis lenta y, como tal, plena de éxitos y de fracasos. En su desarrollo se buscaba siempre la estructuración de una serie de signos convencionales y fijos, siempre con el mismo significado, que facilitaran la comprensión por parte de todos de los contenidos objeto de la reproducción gráfica. En cuanto a la invención del arte de escribir se piensa más en grupos sucesivos de personas, incluso generaciones, que participaron en su elaboración que en una persona individual; no se descarta que en un momento dado de la evolución la intervención de un genio individual pudiera acelerar el proceso de formación de la escritura.

Las investigaciones arqueológicas, sobre todo desde el siglo XIX, han permitido extender los conocimientos a la época prehistórica de tal manera que en la actualidad esta etapa del hombre sobre la tierra abarca muchos milenios; la historia es deudora de la Arqueología porque sus hallazgos han permitido extender el conocimiento de épocas tan remotas como poseedoras de esplendorosas culturas, de las que la nuestra depende.

Para Aristóteles la escritura son los símbolos de las palabras habladas. La escritura es un sistema de intercomunicación humana por medio de los signos convencionales visibles. Las primeras escrituras fueron pictóricas, tanto en Mesopotamia como en Egipto; otro tanto podemos afirmar de la escritura azteca y maya. Sabemos de estas últimas que, cuando los primeros españoles llegaron al nuevo mundo, los americanos habían alcanzado con sus signos pictóricos un nivel de sistematización y de convencionalismo que pueden resistir la comparación con el convencionalismo alcanzado por la escritura cuneiforme sumeria y la de los jeroglíficos egipcios. La escritura cuneiforme no fue la primera forma de escritura usada por los sumerios; los arqueólogos han encontrado en estratos más antiguos una escritura pictórica sobre piedra en la que pueden reconocerse los signos de un pie, una mano, vasijas, cañas, etc.

En Mesopotamia el comienzo de la escritura se suele situar en torno al 3300 a. C.; mientras que en Egipto la aparición se ha datado sobre el 3100 a. C. Los escritores clásicos atribuían la primacía de la invención de la escritura a los egipcios; Plinio, por su parte, afirmaba que la primera escritura era la cuneiforme sumeria. El judío Flavio Josefo creía que los egipcios y los babilonios fueron los primeros en registrar por escrito los testimonios históricos, pero correspondía a los fenicios la gloria de la difusión del arte de escribir, primero a los griegos y después a todos los lugares hasta donde se extendió su actividad comercial. Los griegos y los latinos se convirtieron en la antesala de la cultura gráfica de la que nosotros participamos; el imperio romano favoreció la extensión de la cultura gráfica a la que nosotros pertenecemos.

Los soportes sobre los que se trazaron las primeras escrituras están vinculados a la abundancia o escasez de determinados elementos: tablillas de arcilla, rocas, papiro y otros. En la región mesopotámica el barro era abundante y fácil de trabajar y preparar para recibir la escritura. Las tablillas de barro, una vez cocidas, ofrecen, para nuestra satisfacción, gran resistencia a la erosión, lo que ha permitido la conservación de abundantes escritos sobre este soporte. La incisiones cuneiformes se realizaban sobre el barro húmedo, antes de ser cocido, por medio de un instrumento llamado *estilo* que producía sus incisiones en forma de cuñas y en líneas rectas, con ausencia de líneas curvas, y trazado con dirección de izquierda a derecha. En Egipto se usaron tanto la piedra como la madera y el papiro. Eran conocidos los obeliscos de piedra sobre los que se habían grabado o esculpido las narraciones de los éxitos de los faraones; la piedra de un muro de una casa de un pueblo llamado por los europeos Rossetta, en el delta del Nilo, y su inscripción en jeroglíficos, en demótico y en griego, permitió descifrar la escritura egipcia. Los egipcios también y sobre todo hicieron uso de las hojas del papiro como soporte de la escritura, trazada con instrumento llamado *cálamo* y con tinta aplicada sobre el papiro debidamente preparado para recibir la escritura. La dirección de la escritura era de derecha a izquierda, tanto en la escritura hierática como en la demótica, mientras que los jeroglíficos podían ser trazados igualmente en columna de arriba abajo.

La escritura es una invención del hombre. Esto no es obstáculo para creer, como los antiguos, que la escritura es obra de seres sobrenaturales. La escritura es ante todo el arte de la civilización porque ha permitido no solo la existencia de un sistema de comunicación en el que el emisor puede estar a mucha distancia del receptor, incluso a milenios de distancia, sino porque ha dado ocasión a la literatura y la ciencia

Se afirma que la escritura nació vinculada a los templos mesopotámicos. Esta comunidades eran las más importantes en aquella sociedad; formaban grupos permanentes en los que cambiaban las personas pero permanecía la institución. Estos templos tenían abundantes posesiones y necesitaba de un sistema de *contabilidad* para llevar la administración de sus propiedades; así han llegado hasta nosotros los registros de los bienes de un templo con amplias anotaciones administrativas. Los templos, según las tablillas encontradas, habían formado escuelas en las que enseñaban a escribir a los miembros de su comunidad con el fin de asegurar, no solo la continuidad en la administración, sino también de fijar los signos convencionales fijos y siempre idénticos que sirvieran de manera continuada para expresar sus necesidades administrativas y contables; se conservan tablillas en las que podemos observar como a un lado están las anotaciones o modelos propuestos por el maestro y al otro las copias realizadas por los alumnos; a estos templos está vinculada la ciencia de la astronomía y la fijación del calendario, así como textos de carácter religioso, político y de otros acontecimientos históricos. Son muchos los autores que señalan las exigencia de cubrir la necesidad de

llevar las cuentas comerciales tanto locales como de largo alcance entre los sumerios como origen y desarrollo de la escritura; la anotaciones comerciales en tablillas aparecen, por lo tanto, como una de las características más desarrolladas entre las civilizaciones semíticas de Mesopotamia y es considerado como un signo de su especial desarrollo.

Entre los egipcios el desarrollo de la escritura, aunque está vinculado a los templos, es sobre todo la administración al servicio del Estado quien lleva el peso de la actividad escrituraria. Los escribas anotaban las hazañas de los faraones y los hechos importantes de la vida de los egipcios. Los usos más antiguos que se dieron a la escritura están relacionados con la consignación de las inundaciones del Nilo, río en torno al cual se desarrollaba toda la actividad egipcia en épocas remotas. El Nilo se desborda cada año en la estación de las lluvias y destruye toda señal acerca del límite de las fincas a la vez que enriquece el campo. Pasadas las inundaciones era preciso establecer de nuevo los límites de las fincas para su siembra y posterior recolección; era necesario no sólo marcar el nivel alcanzado por las aguas como advertencia y recuerdo para años sucesivos, sino también volver a establecer los tiempos de siembra, de aquí la necesidad de un calendario que fue elaborado por los escribas del Estado.

1.2. El conocimiento y control del tiempo

La fijación de los acontecimientos en el tiempo es la base de la historia, tarea que nosotros estamos acostumbrados a hacer porque disponemos de un calendario o almanaque que nos determina los días, las semanas, los meses, el año, las décadas y los siglos en los que los hechos han acaecido. Nuestro calendario solar procede de la reforma gregoriana del año 1582, así llamada por haber sido realizada por el papa Gregorio XIII, tras la consulta a los sabios conocedores del tema. Y antes, ¿qué había ocurrido? Hasta llegar a fijar todos esos elementos de control del tiempo han tenido que nacer y desarrollarse unas ciencias que pudieran medir el movimiento de la luna, del sol, de los astros y la duración exacta de sus movimientos continuos en el firmamento. Éste es nuestro tema.

El día es una medida no alterable y percibida con facilidad por el hombre; las estaciones, aunque variables, son asumidas fácilmente por una economía agrícola. Las semanas son un elemento artificial y los meses están vinculados a los cambios de la luna. Los años, por su parte, eran espacios de tiempo demasiado largos y fue muy difícil medir su duración.

El día de doce horas y la noche de doce horas parece tener su origen en Babilonia, de donde llegó a nosotros a través de la cultura hebrea: «Llamó Dios a la luz «día» y a las tinieblas llamó «noche»; para los caldeos el «doce» era la medida para todas las cosas. La semana, con el mismo origen, está vinculado al carácter sagrado del número siete; para los hebreos, según el Géne-

sis, «el día séptimo cesó Dios de toda la tarea que había hecho y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó». Los hebreos, siguiendo a los caldeos, también se guiaban por un calendario lunar, pero para ellos todo giraba en torno al día de *La Pascua* judía que habría de coincidir con el equinocio de primavera y con un día de luna llena. La influencia religiosa y los hábitos culturales han facilitado la aceptación de esta división temporal de la semana, convertida en división social y laboral del tiempo.

La duración de los meses se estableció mediante la observación de los movimientos de la luna. Los sabios sacerdotes de Babilonia, cuna de la astronomía, desarrollaron la medición del tiempo fijando los movimientos de la luna, al servicio de la religión; el calendario se elaboró en Babilonia y en las culturas primitivas de todas las partes como un ciclo de fiestas religiosas. Los días sagrados estaban al servicio de los dioses, no se podían dedicar más que a hacer sacrificios a los dioses, porque lo contrario era violar una ley divina, que podía acarrear el castigo de los dioses a los hombres; al mismo tiempo había que asegurar que esos días dedicados a los dioses se celebraran en el día preciso dentro del rotar de los días, de ahí la existencia de esos días festivos fijos cada año en cada calendario, incluido el nuestro. Estos festivos eran fijados por los sacerdotes. No fue esta una tarea fácil para los babilonios, ni para los egipcios; de tal manera que, según parece, los sacerdotes de Babilonia consiguieron establecer un calendario anual al final de su larga y fructífera historia. Parece que hacia la mitad del segundo milenio antes de Cristo, Babilonia ya disponía de un calendario anual dividido en doce meses lunares que sumaban 354 días y que añadían, tras un período de años no determinado, un mes más, el mes trece, para hacer posible el ajuste de las fiestas, haciendo así un año de 384 días; el momento en el que debía añadirse el nuevo mes estaba en manos de los sacerdotes. Quizás en el siglo VIII a. C. se calculó que cada ciclo de 19 años había que añadir un mes más a los doce meses del año lunar.

La ciudad egipcia de Alejandría tiene un lugar muy destacado en la elaboración del calendario. Los egipcios se había regido por un calendario lunar, pero no fue tanto la ciencia egipcia cuanto la griega la que llegó a elaborar en aquella ciudad un calendario solar. Los romanos, por su parte, comenzaron con uno lunar pero lo hicieron con 355 días porque consideraban que los números impares eran fastos, mientras que los pares eran nefastos, y añadían un mes de 22 ó 23 días alternativos cada dos años. Estas disposiciones acerca del calendario dependían de los pontífices; pero era tal la confusión que se había creado, que Julio Cesar decretó en el año 46 a. C. que el año tendría 365 días y se añadiría un día más cada cuatro años.

Los musulmanes han tenido siempre un calendario lunar. Los antiguos árabes, como los caldeos y los hebreos, intercalaban un período de tiempo equivalente a un mes entre los doce meses para cubrir el desfase con relación al año solar. Mahoma prohibió esta práctica, así como la realización de un calendario solar. El año musulmán tiene doce meses alternativamente de 30

y de 29 días, lo que hace un total de 354 días por año. Los ciclos de lunación entre los musulmanes son de 30 años, de forma que el último mes de algunos de esos treinta años del ciclo, tienen treinta días a fin de corregir ese desfase. Así 33 años del calendario juliano-gregoriano, corresponden a 34 años del calendario musulmán, con una pequeña diferencia de 5 ó 6 días.

El Concilio de Nicea (325) ordenó que la Pascua se celebrara el primer domingo después de la primera luna llena posterior al equinocio de primavera (21 de marzo). Se trata de una fiesta móvil que puede caer entre el 22 de marzo y el 25 de abril. La Pascua, el día de la resurrección de Cristo, es la fiesta por excelencia del cristianismo, y a partir de ella se elabora el calendario litúrgico de la Iglesia.

La iglesia católica, tras la consulta a los sabios astrónomos de aquel tiempo, durante el pontificado de Gregorio XIII, reformó el calendario de Julio Cesar, conocido bajo el nombre de juliano, y suprimiendo 10 días, de manera que al día 4 de octubre de 1582 le siguió el día 15 de octubre del citado año. Este es el calendario actualmente vigente en el occidente europeo, aunque distanciado de aquel por la secularización del mismo. Esta reforma gregoriana del calendario fue aceptada en los países occidentales con gran oposición en los de predominio del protestantismo, situación que provocó el siguiente comentario de Képler: «los protestantes prefieren estar en desacuerdo con el sol antes que de acuerdo con el papa».

La más célebre de todas las oposiciones a aceptar el calendario se produjo entre algunas de los más destacadas personas de La Revolución francesa, quienes según decían, había que romper con el pasado, evitar la anarquía y los desórdenes del calendario tradicional a causa de las fiestas móviles del calendario litúrgico y sobre todo era preciso asegurar el recuerdo de la revolución en la memoria de las generaciones futuras. Por ello elaboraron un nuevo calendario, en el que cabe destacar: primero, el cambio de los nombres de los meses y su adaptación al orden de la naturaleza y del clima, de las estaciones, y de la actividad agrícola; segundo, el cambio de la duración de las semanas que pasaron a tener diez días; y tercero, los meses, todos de treinta días, se dividieron en períodos de diez días, en sustitución de las semanas. El calendario revolucionario contó con mucha oposición, sobre todo en lo que hace a la semana de diez días, tanto por razones de índole laboral como religiosas. Se implantó el 5 de octubre de 1793 y por decreto se abandonó y se volvió al tradicional el 1 de enero de 1806.

Fuera de nuestro ámbito cultural destacamos que en algunos pueblos primitivos de África tienen un calendario que determina los días festivos con la celebración de actos religiosos o mágicos y que establece la periodicidad de la celebración de los mismos según una determinación y control que corresponde establecer a los sacerdotes de los santuarios más importantes; se trata de calendarios no escritos y por eso se denominan «calendarios parlantes». Estos calendarios parlantes señalan la gran importancia religiosa de los calen-

darios y se trasmiten de generación en generación de forma oral. En China la elaboración del calendario estaba encomendado a los astrónomos, pero la iniciativa y la promulgación de las reformas pertenecen al poder político.

En unos y en otros pueblos, de una y de otra forma, observamos que el calendario ha sido elaborado lentamente y siempre con la pretensión de controlar el tiempo. En un principio cuestiones mágicas relacionadas con el número siete determinaron los días de la semana; el mes está relacionado con supersticiones vinculadas a la acción de la luna sobre el hombre, sobre la germinación de las semillas o la época de siembra en luna llena o nueva; también hemos visto como desde antiguo, aunque popularizado por los romanos, hay días *fastos* y días *nefastos*, esto es, propicios y no propicios, según determinación de los dioses. En todos estos casos es el poder de los dioses o de fuerzas externas al hombre, lo que ha determinado que la distribución del tiempo se haya realizado de una o de otra manera; el hombre no tenía poder para controlar el tiempo.

Después fueron los sacerdotes los primeros en elaborar un calendario vinculado a las festividades religiosas y por consiguiente los primeros en ejercer un poder sobre la sociedad por medio de la distribución de los días festivos y los días de posible dedicación a otras ocupaciones humanas. Una vez que los astrónomos y los matemáticos consiguieron ajustar el tiempo al ciclo solar, sin olvidar el ciclo lunar, el calendario fue implantado o reformado por el poder político o religioso: Julio Cesar, los conciliares de Nicea, Mahoma, Gregorio XIII, los revolucionarios de la Revolución francesa, etc., que ha determinado, a causa de su poder sobre el calendario, el cuadro de los días festivos, de los días laborables, los días del tiempo libre, las fechas de pago de los impuestos, las conmemoraciones políticas, etc. El propio nombre de «calendario», deriva de la palabra «kalendas», esto es, el primer día de cada mes.

2. EGIPTO Y MESOPOTAMIA

Durante el siglo XIX se descubrió el Antiguo Oriente. Después de aquellos descubrimientos resultó que Grecia y Roma, antes que inventores, fueron herederos de una larga serie de brillantes civilizaciones anteriores. El mundo antiguo grecorromano dejó de ser el vestíbulo de la historia de la Europa cristiana, nuestra Europa.

El conocimiento que ahora tenemos de la historia de Egipto y de Mesopotamia es el fruto de las excavaciones arqueológicas. El tesón de los arqueólogos junto con el azar nos han permitido llegar a unas civilizaciones que se han revelado como las más antiguas de entre las hasta ahora conocidas. De aquellas culturas conocemos lo que el azar ha querido que se conserve, y que los arqueólogos lo descubran, bien sea porque algunos elementos han superado la acción devastadora del tiempo y de los hombres, bien porque los mate-

riales empleados para trasmitirla han resistido el paso del tiempo, bien porque otras civilizaciones posteriores a aquellas respetaron, en parte, algunos elementos de las culturas que les precedieron. El azar ha permitido conservar muchos trozos sueltos de la historia de Asiria, Babilonia, Caldea y Egipto.

A) Egipto

En Egipto el camino lo abrieron los filólogos y paleógrafos con el descubrimiento y posterior desciframiento de la piedra Rosetta, encontrada en la boca Rosetta del Nilo. El enigma de su contenido fue resuelto por Champolión en 1823 y por esto se le considera el fundador de la egiptología.

El segundo gran paso lo dio Lepsius, quien en 1837 publicó su *Carta Rosellini*. En 1842 planificó el estudio del *Libro de los Reyes* de Egipto; se ocupó también de la mitología, organizando en ordenadas filas a la multitud de los dioses egipcios; se dio cuenta que la mayoría de los textos religiosos conservados en inscripciones de monumentos, momias y papiros pertenecían a una obra a la que bautizó con el nombre de *Libros de los Muertos*, cuyo estudio era necesario para la comprensión de la mitología. Este autor comprendió que sin una buena estructura cronológica era muy difícil establecer el desarrollo de la historia de Egipto. Para soslayar esta dificultad elaboró un tratado acerca de la *Cronología de los Egipcios* publicada en el año 1849. El fundamento de su obra fue el estudio de los monumentos y la reconstrucción de la obra de Manethon, el historiador de los Ptolomeos.

Mariette fue el más grande de los excavadores y a quien debemos la resurrección del Antiguo Egipto. Junto a los dos autores ya citados forma el trío de los grandes iniciadores de la egiptología. Su mérito está en haber desvelado el Imperio Antiguo Egipcio; sus descubrimientos de las tumbas reales de la sexta dinastía egipcia en Sakkara, le proporcionaron numerosos textos extensos de carácter religioso pertenecientes al Antiguo Imperio, mientras que *El libro de los Muertos* pertenece al Medio y Nuevo Imperio. Demostró que su arte y su civilización, lejos de ser primitivos, estaban muy desarrollados, siendo en sí mismo dicho período Antiguo la culminación de varios siglos de desarrollo.

Maspero, amigo y colaborador de Mariette en sus últimos años, fue el descubridor del interior de las pirámides de Sakkara, donde se encontró con numerosos textos religiosos. A él corresponde el mérito del hallazgo de las tumbas de los reyes de las dinastías XVIII a la XXI, y los cuerpos de Seti, Ransés II, Ransés III y la de Thuthmes en el Valle de los Reyes, cerca de Tebas, en el año 1881. Maspero publicó en 1895 una historia de Egipto que comenzaba con la construcción de las pirámides de la IV dinastía. Ahora ya se ha recuperado no solo la historia de las primeras dinastías, sino también la secuencia del Egipto neolítico y paleolítico. Hacía tiempo que se conocía extraños pedernales y objetos de cerámica. El estudio sistemático de los cementerios

primitivos situados entre Abidos y Edfú permitió el conocimiento del primitivo Egipto. En cuanto a las tres primeras dinastías y a los invasores cabe pensar que eran probablemente de origen semítico y que se agruparon en centros del Alto y Bajo Egipto.

Los ingleses, detrás de los franceses y los alemanes, entran a participar en las excavaciones de la mano de Flinders Petrie, quien visitó Egipto por primera vez en 1880. Empezó sus excavaciones por la zona del Delta en Tanis, la Zoán de la Biblia, e identificó a Neukratis por sus inscripciones griegas primitivas, que revelaron tres siglos de colonización griega en la región; poco después descubrió otra ciudad griega, Daphne. Fue un gran divulgador de la egiptología en Inglaterra.

2.1. Los anales egipcios

Desde tiempo muy remotos de los distintos imperios egipcios se han conservado algunos anales que recogen listas de reyes y hechos realizados por algunos faraones reinantes; se trata de relatos muy escuetos referidos a acontecimientos acaecidos durante el reinado de cada uno de los reyes; es decir, son acontecimientos contemporáneos al propio redactor y en ningún caso se recogen acontecimientos de épocas pasadas.

Existían en Egipto, desde épocas que se remontan al Imperio Antiguo, un conjunto de personas que recibían el nombre de escribas. La profesión de escriba estaba vinculada a la actividad administrativa faraónica. Entre los escribas había personajes muy ambiciosos que ascendían a los más altos puestos de la Administración. Eran hombres tan minuciosos en su trabajo como dispuestos al servicio del faraón reinante. Todo en Egipto se hacía por escrito. Los escribas de la Administración como los adscritos a otros menesteres, preparaban los documentos de la administración ordinaria o de la Administración general del reino; registraban cada uno de los documentos realizados; los conservaban en sus respectivas bibliotecas para su custodia y, en su caso, para ser consultados posteriormente. Tan solo una pequeña parte de aquella gran cantidad de documentación ha llegado hasta nosotros; conocemos sobre todo los documentos que han pasado a formar parte de los muros de los monumentos, de las pirámides y de los palacios de los faraones. Los egipcios, que sepamos, no hicieron uso de la documentación producida por los escribas para escribir la historia de los acontecimientos anteriores ni para registrar las hazañas de los personajes pasados en forma de historia.

La famosa piedra de Palermo, así llamada por encontrarse en el museo de Palermo, inscripción realizada entre 1750 y 1600 a. C., conserva los nombres y anotaciones de los hechos conocidos de los reinados de cinco dinastías anteriores a su tiempo; así las inscripciones de esta piedra contienen el más antiguo de todos los anales egipcios conocidos de la historia. Está redactada siguiendo un sistema cronológico de año a año. Otros anales, entre muchos,

son aquellos que narran la campaña militar de Thumosis III contra las tropas sirias de Meggido o Armegeddon. Es una narración detallada, escrita día a día, como si de un diario militar se tratara, del desarrollo de la lucha contra los enemigos del pueblo egipcio, con descripciones estratégicas, con el plan de batalla minuciosamente descrito, la derrota infligida al enemigo por el faraón y el reparto del cuantioso botín conseguido. Se trata una vez más de una narración de un acontecimiento contemporáneo del autor, escrito con una clara finalidad de dejar constancia de la hazaña y los hechos gloriosos del presente al servicio del rey de turno para conservar su memoria para el futuro, pero no es una investigación realizada sobre los datos de épocas anteriores y destinada a rescatar el pasado del olvido.

Manethon, es el único historiador egipcio del que tenemos noticias. De su *Historia de Egipto* solo conocemos aquellos textos que citaron autores posteriores, como Josefo, historiador judío, o los cronistas cristianos Julio Africano y Eusebio de Cesarea. Josefo cita un texto de Manethón relativo a la invasión de Egipto por parte de los Hycsos, reyes pastores, en el que nos dice que Manethon tomó los datos de los archivos de los templos egipcios; en la pluma del propio Manethón pone Josefo estas afirmaciones acerca de los conquistadores: « ... quemaron salvajemente nuestras ciudades y demolieron los templos de los dioses y trataron a todos los habitantes del modo más hostil...».

Es opinión generalizada para explicar la falta de elaboración histórica en el Egipto antiguo la creencia de que el faraón estaba tan pendiente de su propia grandeza que los cortesanos no se atrevían a exaltar a sus predecesores por no rebajar la gloria del reinante; los escribas se dedicaban a la tarea más provechosa para ellos de narrar y elogiar los acontecimientos contemporáneos, dejando a un lado, al igual que en la cultura mesopotámica, el buen nombre del que había ocupado el trono.

Si Egipto no produjo historia en el sentido que hoy damos a la palabra, poseyó el armazón para su elaboración en las listas de los nombres reales, exhibidos con profusión magnífica, junto con los anagramas y relatos de las hazañas de los monarcas reinantes. Egipto es en sí mismo un museo que conserva una historia monumental de sus reyes y de los hechos de sus faraones, creando, sin duda, en la mente de los egipcios la idea de la importancia y carácter perdurable del pasado. Los egipcios se ocuparon poco de la investigación de su pasado, pero mantuvieron vivas las creencias religiosas y atesoraron mitos y leyendas de tiempos remotos.

B) Mesopotamia

La tierra regada por el Tigris y el Eúfrates era una región remota y de difícil acceso para los investigadores y viajeros occidentales, tanto por razones políticas como por la hostilidad de sus habitantes, de forma que los viajeros que se atrevían a entrar en ella se exponían a una aventura poco grata, y no

encontraron más que algunos montículos sobre una inmensa llanura. Para los occidentales era aquel un territorio del que teníamos abundantes noticias recogidas en la Biblia y en relatos de historiadores posteriores al gran libro de los Hebreos. A lo largo del siglo XIX un mundo desaparecido comenzó a ser desvelado. El primer paso fue descifrar las inscripciones que muchos viajeros fueron acumulando. Eran inscripciones en escritura cuneiforme. En 1802 Grotefend identificó los tres idiomas de las inscripciones de los reyes de Persépolis: el persa, el susiano y el babilónico.

Rawlinson consiguió en 1846 descifrar la escritura cuneiforme. La letra cuneiforme era corriente entre los persas; la escritura babilónica se conocía y usaba en Babilonia; la susiana, en cambio, se encontraba en más de una localidad. Las inscripciones mesopotámicas pertenecían a tres idiomas desconocidos y desaparecidos. En un análisis comparativo, Champolión había contado con un camino seguro en el desciframiento de los jeroglíficos egipcios; la piedra egipcia de Rosetta estaba en tres idiomas: en griego, en jeroglíficos o lenguaje de los sacerdotes y en demótico o dialecto popular, con la clave conocida del griego.

Layard descubrió la ciudad de Koujunik, la conocida Nínive bíblica, donde desenterró el palacio de Senaquerib, cuyas esculturas revelaron la civilización de Asia Occidental: indumentaria, costumbres, escenas de caza, actividades en barcos, la carrera y el gobierno del rey; los escritos sobre este palacio y su contenido maravillaron al mundo occidental. La biblioteca del rey contenía una gran colección de tablillas sobre astronomía y astrología, registros y listas cronológicas, himnos y conjuros, informes sobre la Administración y los asuntos de Estado; entre estas tablillas ninguna de tanto interés y sorpresa, como aquella en la que se relata la versión asiria del diluvio universal.

Sarzec excavó la población de Tello, la antigua Lagash, en Babilonia del sur o Caldea. Encontró una magnífica colección de estatuas de diorita como muestra del reinado glorioso de Gudea de unos 2200 años a. C. Las inscripciones encontradas hablaban del comercio con Arabia, la Península del Sinaí y el Mediterráneo. Era la civilización de los sumerios. La antigüedad de la cultura mesopotámica oscureció a la de los egipcios y dejó al descubierto que la cultura babilónica, incluyendo el arte de la escritura, fue heredada por los semitas de los antiguos sumerios.

Una expedición americana, encabezada por Peters excavó en 1886 en Nippur; en ninguna parte se han hallado tantas inscripciones como en la biblioteca del templo de esta ciudad. La larga serie de magníficos volúmenes constituyen la aportación más destacada para el conocimiento de Babilonia del Norte. Aquí se encontró, entre otras narraciones, la descripción más antigua que se conoce del diluvio universal escrita en sumerio. El héroe de la descripción del diluvio es Ziusudra, rey piadoso y temeroso de Dios, quien se entera de la decisión de los dioses de destruir la simiente del «género humano». El anónimo autor se expresa de la siguiente manera:

> «Todos los huracanes, en extremo fuertes, atacaron como uno solo, al mismo tiempo,
> el diluvio pasó arrasando los centros de culto.
> Después que, durante siete días y siete noches, el diluvio pasó arrasando el país,
> y el enorme navío fue sacudido a la redonda por los huracanes sobre las grandes aguas, apareció Utu, el que arroja luz sobre cielo y tierra.
> Ziusudra abrió una ventana del enorme navío,
> el héroe Utu introdujo sus rayos en el navío gigantesco,
> Ziusudra, el rey, se postró delante de Utu,
> el rey mató un buey, sacrificó una oveja.

Desde la aparición de este cilindro con la narración acerca del diluvio, con sus evidentes implicaciones en la descripción del mismo tema conocido por la Biblia, ningún descubrimiento había suscitado un interés mundial semejante al que despertó el código de Hamurabi, encontrado por Morgan en Susa en el año 1901. El bloque de diorita, que contenía 282 párrafos de leyes, reveló la existencia de una civilización compleja y refinada. Hamurabi, después de expulsar del territorio a los Elamitas, alrededor del año 2250 a. C., unió el norte y el sur en un solo Estado, y para poner en vigor la unidad política promulgó el código que lleva su nombre.

Parece que esta región durante mucho tiempo estuvo dividida en varias ciudades-estado: Kish, Lagash, Ur, y otras, cuya suerte y mutuas relaciones cambiaban de continuo. El rey Sargón se destaca como gobernante en Accad y Sumer y como fundador de un Imperio que llegaba hasta el Mediterráneo. Su palacio fue derribado por los Elamitas y al retirarse estos pueblos se produjo el momento de máximo esplendor para Sargón. De estas sucesivas dinastías, Hamurabi fue la figura más destacada. La enorme cuantía de la correspondencia oficial, de sentencias judiciales y documentos legales, además del citado Código, dan muestra de una luz deslumbrante sobre su reinado, revelando la existencia de una civilización sorprendentemente moderna. En la historia de Asiria, que se elevó gradualmente del vasallaje a la independencia, los primeros capítulos son tan pobres como detallados y conocidos los últimos. Se ha sostenido que Babilonia era al Antiguo Oriente lo que Roma ha sido a Europa. En el Derecho y la Ciencia, la Religión y el Arte, su influencia fue incalculable. Las cartas de Tel-el-Amarna revelan la indisputada supremacia de su cultura sobre extensas áreas; pero no hay motivo para proclamar que la civilización babilónica sea más antigua o progenitora de la egipcia.

Mientras en Egipto la religión es solo uno entre muchos temas, en Babilonia, entre otros muchos aspectos de su cultura, la religión ha atraído la atención más que ningún otro; el descubrimiento de la deuda de los judíos respecto de los babilonios, no solo suscitó interés sino, en algunos campos, consternación. La narración babilónica del Diluvio fue solo el primero de los muchos préstamos a los judíos. Nadie niega en la actualidad la inmensa influencia de la religión mesopotámica, más antigua, sobre la judía, más joven.

2.2. Las tablillas mesopotámicas

La escritura cuneiforme se desarrolló ya en el cuarto milenio a. C. por parte de un pueblo que vivía en las llanuras fangosas del bajo Éufrates. Eran los sumerios, un pueblo asiático que vivía en ciudades, dedicado a los negocios o a la agricultura allí donde encontraba tierra fértil. Los escribas de esta sociedad anotaban con signos en forma de cuña y sobre arcilla cocida, los contratos de compraventa de los mercaderes, los títulos de posesión de una parcela o finca y de otros asuntos de la vida diaria, junto a textos de carácter religioso.

El concepto de historia se desarrolló en Babilonia de forma similar a lo que más arriba hemos dicho para Egipto. Las bibliotecas conservaron durante siglos las tablillas de arcilla cocida y escritas por millares por unos escribas interesados en dejar constancia de los acontecimientos de los que tomaron parte, de los hechos de su tiempo o mejor del tiempo del rey de turno. Sin embargo las elaboraciones religiosas de Babilonia tienen un mayor interés para nosotros, no tanto por su contenido, cuanto porque se conservaron, aunque transformadas, por los judíos en la Biblia, y por esta vía han llegado a formar parte del conjunto de creencias de la fe cristiana, que, a su vez, ha conformado la cultura europea.

La narración acerca de la Creación aparece en un poema babilónico, largo, complicado y lleno de repeticiones, cuyo mayor interés está en un análisis comparativo con el relato que aparece en el libro bíblico del Génesis, aunque aquel comienza con la creación de los dioses:

> «Cuando arriba el cielo no era nombrado, // y abajo la tierra no tenía nombre, // y el primigenio Apsu, que los engendró, // y Mummu y Tiamat, la madre de todos ellos, // sus aguas se entremezclaron, // y ningún campo tenía forma, ningún pantano se veía, // cuando ninguno de los dioses había sido llamado a la existencia, // y nada tenía nombre, y no estaban fijados los destinos, // entonces fueron creados los dioses en el centro del cielo».

Continúa el poema con la descripción de una lucha entre Tiamat, dios de la oscuridad y el desorden, y el dios Marduk; cuando el cuerpo de Tiamat quedó cortado en dos partes, Marduk,

> «levantó la mitad y la abovedó como cielo...
> atravesó los cielos y examinó las regiones,
> midió el distrito de Apsu, la morada de Nudimmund,
> después de haber medido las dimensiones de Apsu.
> La gran morada, su semejanza, la fijó como Esharra,
> la Gran Morada, Esharra, a la que hizo firmamento.
> Hizo ocupar sus lugares a Aun, Enlil y Ea.
> Construyó mansiones para los grandes dioses,
> fijando sus semejanzas astrales como constelaciones.
> Determinó el año designando las zonas:

puso tres constelaciones para cada uno de los doce meses,
en su vientre colocó el cenit.
Hizo que la luna alumbrara y le confió la noche.
Le asignó una criatura de la noche para simbolizar los días».

« cuando Marduk oyó la palabra de los dioses, // su corazón le impulsó y concibió un plan sagaz, // abrió su boca, y le habló a Ea, // lo que había concebido en su corazón se lo hizo conocer: // Mi sangre tomaré y el hueso modelaré // ... crearé el hombre que pueda habitar la tierra // que se establezca la adoración de los dioses, // que se construyan sus altares».

Un conjunto de doce tablillas de arcilla de escritura apretada, conservadas en la biblioteca del rey asirio Asurbanipal (668-626 a. C.) y copiadas de antiguas fuentes babilónicas de la primera dinastía hacia el año 2000 a. C., contienen otra narración del diluvio universal, se trata del conocido poema de Gilgamésh. Era Gilgamésh el señor de una de las ciudades-estado, Uruk, que viajó hasta la comarca misteriosa que está más allá del mar de Occidente, donde aprendió de labios del propio Noé, en babilonio Ut-napishtim, la historia del diluvio. El relato es una mezcla de poesía oriental, rica en imágenes, y de narración vigorosa. El poema, como los que hemos visto antes, describe un hecho real, sorprendente por sus dimensiones pero no ajeno a determinadas regiones geográficas expuestas a grandes inundaciones, al que se le fueron añadiendo elementos fantásticos.

La cultura babilónica produjo otra clase de fuentes que nos sitúan en el mismo umbral de la literatura histórica; de ninguna otra civilización conocemos tan gran cantidad de documentación. Los documentos más primitivos son las listas de los reyes; se conservan así mismo listas de fechas y acontecimientos para fijar los años, dando muestras de una gran preocupación por la cronología y la sucesión de los hechos, como si de crónicas se tratara. Es frecuente presentar el relato redactado en primera persona como acción del propio rey, como prueba de autenticidad y manifiesta adhesión a los intereses reales por parte del escriba. Son breves y lacónicos relatos que dan a conocer lo sucedido en uno y otro reinado de una misma dinastía.

El código de Hamurabi es el documento más conocido entre tantos como han llegado hasta nosotros, juntamente con los dedicados al estudio de las matemáticas y los referidos a la observación de las estrellas; son todos ellos documentos que dejaron una profunda huella en las civilizaciones posteriores.

La cultura Asiria está muy vinculada a la de la Babilonia primitiva. En ella encontramos, así mismo, listas de los dignatarios cuyos nombres servían para determinar los años; en algunas de estas listas aparecen anotaciones de algunos acontecimientos del año, en especial expediciones militares. Los primeros anales reales que datan del siglo XV a. C. comienzan anotando solamente descripciones militares, pero a medida que avanza el tiempo a aque-

llos relatos se añaden otras hazañas de los reyes o se incluyen construcciones realizadas durante el reinado de determinados reyes. En este sentido cabe destacar las arcillas escritas hacia el año 1100 a. C., en las que se describen con mucho detalle los primeros años del reinado de Tiglath Pileser I.

Estos relatos se elaboraban en vida de los biografiados, hasta tal punto que se reproducían varios textos de estos en los muros de los palacios; expuestos así a las miradas del propio rey a quien glorificaban, y a la vista de los cortesanos interesados y a veces formando parte de aquellas elogiosas inscripciones. Las narraciones se convertían así en grandes relatos laudatorios que difícilmente harían mucho honor a la verdad, situándose más junto a la leyenda heroica. Cada rey al comienzo de su reinado mandaba hacer sus propios anales. Los anales del rey Asurbanipal (668-626 a. C.) presentan una labor mucho mas «histórica». Este rey reunió una gran biblioteca de la que se conservan más de 20.000 tablillas de arcilla en escritura cuneiforme; aparte de los anales ordenó a sus escribas agrupar los hechos del pasado por orden de asuntos o temas en lugar de seguir un criterio de carácter extrictamente cronológico.

Los reyes asirios, aunque no solamente los asirios, estaban totalmente convencidos de que durante su reinado se iban a conservar y respetar las inscripciones que rememoraban sus glorias; no estaban tan seguros de que corrieran la misma fortuna después de su muerte y así lo ponen de manifiesto con los consejos que dan a sus descendientes. En este sentido el rey Asurnasirpal, cuyo reinado se extiende del 885-860 a. C., deja constancia de esta preocupación de permanencia para el futuro, enumerando una serie de maldiciones contra:

> «Cualquiera que... alterare las palabras de mi inscripción, o destruyere esta imagen o la ocultare, o la cubriere con grasa, o la enterrare, o la quemare, o la arrojare al agua, o la colocare de tal modo que las bestias pudieran pisotearla o el ganado pasar sobre ella, o impidiere que los hombres pudiesen contemplar y leer las palabras de mi inscripción o hiciere violencia a mi piedra conmemorativa de manera que nadie pudiese contemplarla... o quien indujera a cogerla y borrarla o la raspara... que Ashur, el gran señor, el dios de Asiria, el señor de los destinos, maldiga su destino y que trastorne sus hechos...».

Conquistada Asiria y destruida la ciudad de Nínive por los Babilonios o Caldeos, estos se dedicaron a estudiar y conocer las grandezas de sus antepasados babilónicos. Destaca la actividad del rey Nabónidus (556-539 a. C.) quien encomendó a un grupo de escribas que examinaran las bibliotecas antiguas y anotaran los acontecimientos correspondientes a otros reyes que constaran en anales antiguos, que fijaran cronológicamente a cada rey en su lugar, y que calcularan el tiempo en años que los separaban de su época; el resultado del estudio de los escribas fue una obra en la que los dioses y los hombres comparten por igual los honores de los hombres de pasado glorioso de Babilonia.

3. EL PUEBLO HEBREO Y EL ANTIGUO TESTAMENTO

El Antiguo Testamento es la primera gran obra histórica que conocemos de los tiempos más remotos. Su importancia aumenta si lo comparamos con la escasa producción histórica que se conserva de los pueblos mesopotámicos y egipcio, civilizaciones que, como vimos, gozaron de una espléndida cultura de la que son deudores los propios Hebreos; por tanto el conjunto de la literatura judía es única en su tiempo y en su entorno geográfico y fue producida por un pueblo pobre, pleno de luchas internas y objeto de conquista por parte de sus vecinos del Tigris y el Eúfrates.

3.1. La crítica histórica aplicada a las Escrituras judías

La crítica histórica aplicada a los libros sagrados de los hebreos a lo largo del siglo XIX, ha desvinculado estos texto de su carácter de Revelados y de su pretensión de ser una exposición de la historia universal de la humanidad desde el momento de su creación por Dios hasta los días de la redacción de estos libros. El Antiguo Testamento es ahora valorado por los historiadores como la más grande y la primera historia nacional concebida y escrita por un pueblo: el pueblo Hebreo. Es la obra maestra en la que se recoge toda la tradición nacional de un pueblo; es la expresión social de un pueblo que desde sus orígenes beduinos y pastoriles, pasando por multitud de sacrificios, guerras y adversidades nacionales, progresa hasta la civilización. El Antiguo Testamento es una recopilación de todos los géneros literarios practicados por este pueblo y los pueblos de su entorno a lo largo de los tiempos; son un conjunto de libros ensamblados por varios autores, más teólogos que historiadores, que forman un conjunto armónico donde es predominante el carácter teológico y donde sobresale por encima de todo una concepción de la historia de la humanidad regida por un sólo Dios.

El descubrimiento de las civilizaciones del Antiguo Oriente a lo largo del siglo XIX, ha sido paralelo a la aplicación de los métodos críticos a las Escrituras judías, reconocidas hasta entonces como totalmente reveladas por Dios, sujetas a la interpretación exclusivamente teológica y amparadas por la doctrina de la Iglesia. Ya en épocas anteriores algunos pensadores aislados habían puesto en dudas algunos de los extremos y narraciones bíblicas; Hobbes negó el origen mosaico del Pentateuco, y Spinoza advirtió acerca del carácter de «compuestos» de los libros del Pentateuco.

Eichhorn en 1783 desde la universidad de Gotinga consideraba que los libros del Antiguo Testamento tenían un carácter totalmente oriental, que requería ser interpretado a la luz de la cultura semítica, estableciendo por esta vía que la Biblia judía no era una obra aislada dentro de su entorno sino que estaba inmersa en el mundo semítico en particular y ambiente cultural oriental en general. Destacó este autor que en el Pentateuco había dos versio-

nes: la de Elohin y la de Jehovah, y señaló que muchos libros del Antiguo Testamento habían sido elaborados por varias personas. Su discípulo Ewald, en Gotinga, en 1843 calificó la época anterior a Moisés como historia primitiva y mítica, pero no ficticia. Moisés es claramente histórico y el más grande de los fundadores de una religión, después de Cristo; el paso del mar Rojo es histórico, aunque no milagroso; antes de Moisés la religión era individual, con él se hizo una religión nacional; calificó el Antiguo Testamento como una obra en la que se pone de manifiesto el alma popular judía.

Kuenen, desde su cátedra de Leyden, niega el carácter excepcional y único de la religión judía; rechaza los milagros del Antiguo Testamento y afirma que la presentación de la historia primitiva en el Pentateuco y en el libro de Josué es, sobre todo, legendaria. La existencia de Moisés no ofrece ninguna duda; el éxodo debió tener lugar hacia el año 1300 a. C. Afirma que el politeismo entre los judíos no fue una creencia de una minoría sino el credo de la mayoría del pueblo hasta el Destierro, año 586 a. C.; y que la legislación sacerdotal, redactada y escrita después del Destierro, había ido elaborándose en distintas ocasiones, siendo modificada más de una vez hasta llegar a su forma definitiva.

Wellhausen escribió en 1878 que la Ley y los Profetas son dos mundos diferentes y que en el libro de los Jueces, los Reyes y los Profetas no aparecen trazas de la Ley; en cambio, después del Destierro, surge la Ley en primera plana; así la Ley mosaica no fue el punto de partida de la historia del antiguo Israel, sino el punto de arranque del judaísmo. La Ley levítica no se escribió hasta después de la caída del reino de Judá y el Pentateuco no fue reconocido con autoridad hasta después de Ezra. Por su parte Stade, discípulo de Wellhausen, entre otros, reclamaba la ayuda de filólogos, historiadores y sobre todo de estudiosos de la religión comparada para analizar críticamente los Libros Sagrados de los judíos. Stade afirma que los relatos de la conquista de Canaán son meras sagas; que con David pisamos terreno histórico; que este rey fue uno de los gobernantes de uno de los pequeños Estados en los que Siria estaba dividida en aquella época. Así mismo afirma que con anterioridad a los Profetas, el pueblo era politeísta y el culto a los antepasados y la creencia en los espíritus era el credo común.

Delitzsche con su obra titulada *Babel y la Biblia* (1902-1904) despierta la imaginación acerca de la dependencia de la cultura judía de la de Babilonia. Hasta hace poco, sostiene este autor, se había considerado a Israel como una de las más antiguas civilizaciones, que su historia formaba un mundo por sí misma y que el Antiguo Testamento se había convertido en la principal autoridad para el Antiguo Oriente. Ahora se ha descubierto una civilización más antigua y más vasta de la que derivó Israel, no solo en lo que hace a su ciencia, sino en lo que toca a puntos esenciales de su religión, es decir, de la esencia de su historia. Las tablillas de Tel el Amarna revelaron la supremacía de la cultura babilónica desde el Éufrates hasta el Nilo, y los israelitas respiraron y

asumieron, como es el caso de Moisés, educado entre los egipcios, esta influencia externa a su pueblo. La narración del diluvio surgió, naturalmente, en un país sometido a continuas inundaciones como ocurre en la región del Tigris y el Éufrates. Las creencias en una Creación habían tenido su primera redacción en la civilización babilónica, siendo el creador el dios Marduk. El relato de la fruta prohibida, la serpiente y la caída de los primeros hombres aparecen en una de las inscripciones babilónicas. Aunque en esta civilización mesopotámica prevalece el politeismo la idea de la existencia de un solo Dios supremo pertenecía a la creencia general. La astronomía se inventó en Mesopotamia y de allí procede la división de la hora en sesenta minutos y los minutos en sesenta segundos. En fin los judíos no fueron más originales en las cuestiones de la religión que lo fueron en la ciencia y en el derecho.

A todo este nuevo planteamiento acerca de la Biblia, sobre todo del Pentateuco, especialmente las dos narraciones de la Creación, hay que añadir la indiscutible tesis actual sobre la evolución de las especies en general y del hombre en particular; con ello se descarta la idea de la Creación del Hombre por Dios en el Paraíso. El reconocimiento de estos principios ha bastado para revolucionar el estudio de la historia de Israel y suministrar una nueva concepción de la historia religiosa del mundo.

3.2. Reacción de la Iglesia Católica

La iglesia católica ante los avances arqueológicos del siglo XIX y la inquietud creada por algunos de los descubrimientos que hacían referencia directa a los contenidos, sobre todo de los once primeros capítulos del Génesis de la Biblia, creó la «Pontificia Comisión Biblica» (León XIII 30/10/1902) con el fin de potenciar la investigación de los estudios bíblicos. Una de las conclusiones de esta comisión es la denominada doctrina de los *géneros literarios*.

Como en todas las literaturas populares, también en el Antiguo Testamento, se dan los géneros literarios más dispares; junto a narraciones históricas, se encuentran textos de leyes, proverbios e incluso relatos edificantes que son fruto de la imaginación, elaborados siguiente el método alegórico. Así ha llegado a reconocerse por la iglesia en el pontificado de Pío XII, quien en la encíclica *Divino afflante Spiritu* (30/ 9/1943) afirma que

> «lo que aquellos quisieron significar no se determina por las solas leyes de la gramática o de la filología, ni por el solo contexto del discurso, sino que es preciso que el intérprete vuelva, por así decirlo, a aquellos remotos siglos de Oriente y, con la ayuda de la historia, de la arqueología, de la etnología y de otras disciplinas, discierna y distintamente vea qué géneros literarios quisieron emplear y de hecho emplearon los escritores de aquella vetusta edad, pues no siempre empleaban las mismas formas y los mismos modos de decir que hoy usamos nosotros, sino más bien aquellos que entre los hombres de sus tiempos y lugares estaban en uso...»

La Comisión Bíblica emitió en 16/1/1948 un informe con este tenor:

> «la cuestión de los géneros literarios de los once primeros capítulos del Génesis es, sin duda, muy oscura e intrincada. Estas formas literarias no corresponden a ninguna de nuestras categorías clásicas y por ello no pueden ser juzgadas a la luz de los géneros literarios greco-latinos o de las literaturas modernas... hay que admitir que estos capítulos no presentan una historia en el sentido clásico o moderno del término...».

Continua la Comisión afirmando que

> «... en realidad, los citados capítulos, con lenguaje sencillo y figurado, adaptado a la mentalidad de un pueblo poco civilizado, refieren tanto las principales verdades que son fundamentales para nuestra salvación, como una narración popular del origen del género humano y del pueblo elegido».

Por tanto se hace preciso conocer con detalle el género literario de cada uno de los relatos y conocer el modo de expresarse de aquellos tiempos y el carácter figurativo y simbólico de la correspondiente forma literaria para penetrar en el estilo sublime e imaginativo de los escritores orientales y no caer en el error de una lectura demasiado pegada a la letra del relato de aquellos antiguos textos.

3.3. **Flavio Josefo** (37-100 d. C.)

Judío, nacido de estirpe sacerdotal, hombre de acción, estadista y diplomático, fue uno de los caudillos de la rebelión de los judíos contra los romanos, hecho prisionero y trasladado a Roma, después hizo la paz con Vespasiano y llegó a ser favorito de la familia imperial Flavia, de la que tomó su nombre. En Roma escribió, en griego, sus obras más conocidas: *Las guerras de los Judíos, Las antigüedades de los Judíos, y Contra Apión.* Fue considerado como un traidor a la causa judía y odiado por los judíos; su obra se ha conservado gracias a los paganos y a los cristianos.

Las Antigüedades de los judíos son fruto de un recurso permanente a los documentos y una ardua labor crítica de los textos; recurre a fuentes judías y no judías. Aunque una y otra vez insiste en afirmar que solo busca exponer la verdad de los hechos, en la exposición se constatan algunas exageraciones. Esta obra se ha conservado a causa del llamado «*testimonium flavianum*» que se ha convertido en el único testimonio pagano de la vida de Jesucristo, aunque Tácito también menciona a Cristo de pasada en uno de sus episodios. Josefo dedica ocho o diez líneas a hablar de Cristo. Se cree que se sirvió para ello de un documento-informe que pudo conocer en Roma acerca de los disturbios que pudieran darse en Palestina con ocasión de la crucifixión, muerte y resurrección de Jesús, personaje histórico.

Para el historiador la obra de mayor interés es la *Contra Apión,* personaje griego que no mostraba aprecio por la historia de los judíos y a quien Josefo

rebate su indiferencia. Contra este, y en general contra los de origen no judío, escribe Josefo que los otros pueblos tienen una historia muy corta en el tiempo, «podía decirse que es de ayer o del día antes tan solo», en comparación con otros pueblos como los babilonios, los egipcios y los propios judíos que poseen una civilización mucho más antigua. Entre los historiadores griegos, dice, existe gran disparidad a la hora de hablar de su pasado porque no tienen documentos que acrediten los hechos, cuestión no discutible porque los mismos griegos así lo reconocen, mientras que los babilonios, los caldeos, los egipcios, los judíos y los fenicios, desde antiguo han conocido el arte de la escritura del que hicieron uso para dejar constancia

> «tanto para los asuntos de la vida corriente como para conservar la historia de los acontecimientos públicos; creo que puedo omitir cualquier prueba de esto que afirmo porque todos admiten que es así».

En todos los pueblos citados, insiste Josefo, se encomendó desde antiguo a los sacerdotes el oficio de escribir y reseñar los acontecimientos y «así lo vienen haciendo hasta nuestros días». Los griegos no pudieron hacer esta tarea hasta tiempos muy recientes porque no conocían las letras y por lo tanto no tienen documentos de aquella época pasada; mientras que los demás pueblos poseen abundantes documentos y a ellos hay que acudir para elaborar su historia.

4. LA HISTORIA EN GRECIA

Los griegos no participaron, y según nos dice Flavio Josefo, no tenían mucho interés en participar de la cultura defendida por los judíos en sus Libros Sagrados. El pensamiento de los griegos en todos los campos del saber, no menos en lo que toca a la religión, caminará por otro camino muy distinto y establecerá otros principios diferentes a los que hemos visto creer y defender por el pueblo judío.

4.1. Homero y los logógrafos

Las obras de Homero rememoran las hazañas de personajes del siglo IX a. C.; aunque la moderna arqueología extiende más hacia atrás lo límites de la cultura griega, los relatos homéricos son los más antiguos del pasado griego. Son poemas basados en hechos históricos: el sitio de Troya y la descripción de la sociedad de aquella época, responden a una primitiva realidad. Estos composiciones poéticas son relatos populares a los que dieron forma varios poetas en épocas distintas a lo largo de varios siglos. Los poemas que han llegado hasta nosotros son solo una parte de los muchos que debieron formar el conjunto dedicado a distintos héroes de un pasado que se presenta como la Edad Dorada de la cultura griega. La obra de Homero es poesía, fantasía

producto de la imaginación popular versificada, propia de los poemas épicos en los que los hombres destacados, sus grandes hazañas y sus gestas humanas, se entremezclan con la intervención de los dioses y con elementos trágicos conducidos por la acción de la fatalidad del destino.

A los largo del siglo VI a. C. en Grecia se produce una gran transformación cultural con el abandono del mundo de las creencias míticas cuya influencia se había dejado sentir durante siglos, y comienza lentamente el uso de la razón aplicado a la actividad humana. El primer paso en esta dirección se atribuye, no solo a los filósofos, sino que en lo que hace a nuestro campo es mérito de los llamados logógrafos. Los logógrafos son aquellos que de forma descriptiva narran en prosa las noticias que por boca de otros van conociendo en sus viajes: descripciones geográficas, anotaciones sobre costumbres, creencias y tradiciones populares; pero no hacen historia en el sentido que muy pronto se dará esta palabra en la propia Grecia. Se les censura no haber logrado establecer una cronología segura en sus relatos.

Entre los logógrafos hay que destacar a Hecateo de Mileto, nacido a mediados del siglo VI a. C. en una familia aristócrata griega. Realizó varios viajes y escribió lo que en ellos había aprendido. Para nuestro objetivo actual, más importante que su *Libro de Viajes*, son sus *Genealogías* sobre personajes de su ciudad natal. No se conserva ni una ni otra obra, pero, entre otros, Herodoto rinde homenaje a su contemporáneo citándolo en su obra. Hecateo no solo pone en duda algunos de los mitos griegos, sino que llega a realizar críticas a varias de estas creencias; es un primer intento de estudio comparado entre la mitología y los datos históricos.

4.2. **Herodoto** (480-430 a. C.)

Nace en Asia Menor, en Halicarnaso. Con unos cuarenta años se traslada a Atenas. Después de cuatro años pasó a Italia, donde murió. Se le considera el padre de la historia como ciencia, en tanto en cuanto él fue el primero en usar el concepto de ιστοριη que significa investigación mediante la formulación de las correspondientes preguntas sobre el pasado humano.

Se le considera el primer historiador en tanto en cuanto sus narraciones se alejan de la época teocrática porque narra acontecimientos realizados por los hombres en un tiempo y un espacio determinado y no por los dioses; en la teocracia la humanidad no es el agente de los actos, sino que, cuanto mucho, el hombre es un instrumento de la acción de los dioses. Se aleja igualmente del mito porque en la mitología son los dioses los que actúan y además fuera del espacio y del tiempo y quedan excluidos los actos humanos. Esto no significa que en la obra de Herodoto no aparezcan elementos teocráticos y hasta míticos; como hombre muy vinculado a la cultura griega de su época introduce la presencia e influencia de los dioses en la actividad humana.

Herodoto busca las razones por las cuales los hombres realizan sus actos aunque se inclina preferentemente por la exposición de razones de índole y alcance personal.

Su historia es eminentemente descriptiva y, como él mismo nos indica, fruto de múltiples viajes y de conversaciones con sacerdotes, viajeros y personas de muy diversos pueblos y lugares. La moderna investigación piensa que es cierto que cuenta muchas cosas porque así las ha oído contar; pero no es menos cierto que posee una gran erudición adquirida del análisis y estudio de diversos tipos de fuentes escritas: tratados, declaraciones de guerra, genealogías y otros documentos de muy diversos contenidos le proporcionaron abundantes datos para la elaboración de su obra histórica.

Considera Herodoto necesario escribir la historia de los hechos humanos del pasado a fin de poder evitar con ello que los grandes acontecimientos que en el pasado de los pueblos han tenido especial interés y repercusiones posteriores no se pierdan o desaparezcan de la memoria de los hombres.

4.3. **Tucídides** (460?-396? a. C.)

Nació en una familia ateniense acomodada y pasó la mayor parte de su vida en Atenas; participó en las guerras que serán objeto de su obra, unas veces en grados inferiores de responsabilidad, y otra en calidad de general de los ejércitos atenienses. Un fracaso militar dio ocasión a su destierro, motivado por la envidia de sus conciudadanos. Había realizado varios viajes pero su obra no deja constancia de haber conseguido familiarizarse con los elementos cambiantes de los distintos pueblos que conoció.

Su *Historia de la guerra del Peloponeso* le ha valido el título del más grande los historiadores de la antigüedad. Su objetivo era poner por escrito los orígenes y el desarrollo de la guerra civil que envolvió a toda Grecia: Atenas y sus aliados, de un lado, y Esparta y sus aliados, de otra. Se trata por tanto de dar a conocer a los lectores los acontecimientos en los que él mismo ha participado hasta en primera línea de batalla, aunque recoge la historia general del pasado del pueblo griego en la primera parte de su obra, en la que expone el crecimiento del imperio ateniense.

La elevada posición que ocupaba en la sociedad le permitió conocer de primera mano los asuntos de Estado, la cara interna de la acción política y estar enterado del pensamiento y hechos de los personajes más destacados y directamente implicados en aquellos acontecimientos que son objeto de su estudio y exposición. En su destierro tuvo ocasión de conocer la versión de los contrincantes en la guerra. No cabe duda que contó con documentos acerca de los tratados entre ambos contendientes; según él mismo señala estuvo presente en algunos de los muchos discursos que conforman su narración. Caracteriza a Tucídides el dominio de los materiales sobre los que centra su

análisis tanto como su imparcialidad y sobre todo su objetividad en las valoraciones acerca de las dos contendientes. Le molesta el imperialismo ateniense y admira la disciplina espartana, pero defiende la ausencia de responsabilidad de Atenas en el estallido de la guerra. Tucídides centra su atención en el hecho de la guerra, pero tras la narración de hechos bélicos y estrategias militares se esconde el tema que da a la obra el valor de interés permanente: la civilización griega y la grandeza ateniense, la Atenas de Pericles.

En la obra de Tucídides todo gira en torno al hombre y sus actos, mientras que desaparece la presencia de los dioses en el desarrollo del acontecer humano; deja atrás las descripciones teocráticas y las míticas. Es un hombre realista, racionalista y escéptico en el tratamiento de los hechos, no menos que majestuoso y sobrio en su estilo; busca la exactitud tanto como hacer una historia conforme a la verdad; todo se agota en la razón humana y se distancia totalmente de los logógrafos, contra los que vierte duras críticas. Está muy interesado en descubrir las motivaciones e intenciones de los personajes que aparecen en sus narraciones y así no se concentra tanto en la descripción de los hechos, cuanto en el sentido menos visible que puede encontrarse detrás de esos hechos.

Tucídides escribe sobre una gran guerra presente, más que sobre la historia de un pueblo; aunque se ocupa de la historia antigua de Grecia considera que aquella carece del interés y de la grandeza suficientes, incluso en las guerras, si se compara con la que a él le ha tocado vivir. Tenía que pasar mucho tiempo para que un historiador de la antigüedad, no solo Tucídides, pudiera gozar de la idea común entre los historiadores actuales para quienes el desarrollo y progreso de la sociedades se produce por un eterno encadenamiento del presente al pasado inmediato y remoto. Parece evidente que no se debe tratar de exigir a quienes no gozaron de los medios científicos y culturales adecuados, más de lo que los historiadores de tiempos posteriores consiguieron con gran esfuerzo. En este mismo sentido cabe anotar la desventaja del historiador antiguo en el campo, imprescindible por otra parte, de carecer de una cronología fiable para fijar los acontecimientos pasados. Tucídides se sirvió del antiguo calendario agrícola de las estaciones: invierno y verano, para describirnos lo que él llamó la guerra más importante de todos los tiempos.

La historia sirve no solo para que los hombres tengan en su memoria acontecimientos tan importantes como aquellos de los que se ocupa este historiador, sino que Tucícides descubre y trasmite al lector que el hombre puede actuar por razones políticas y así crea la historia política; no llega a crear la historia política de Grecia, en cuanto que no nos proporciona datos suficientes sobre las constituciones políticas de los Estados griegos, se queda en dar a conocer la historia de la política de la guerra que describe con gran detalle estratégico y bélico.

Los discursos ocupan un espacio muy destacado en su obra y fueron uno de los elementos narrativos más copiados en tiempos posteriores, aunque

con diversa fortuna. Tucídides, que nos dice haber escuchados algunos discursos que aparecen en su obra, se sirvió de la estrategia de los discursos para exponer su creencia en la fuerza de las ideas en la historia y a veces ponía en boca de personajes importantes lo que todo el mundo estaba pensando, haciendo derivar de la fuerza de las ideas expuestas determinadas acciones de la colectividad; mostraba así que las ideas son una fuerza primaria en el desarrollo de los asuntos humanos. Los discursos le sirven a Tucídides para hacer inteligible al lector los hechos y acontecimientos que acaba de narrar. Por este camino estimula unas ideas plausibles y rechaza otras por nocivas y de tremendas consecuencias por él no deseadas, todo ello a partir de una doctrina nada complaciente acerca de la condición humana.

4.4. **Polibio** (198?-118 a. C.)

Polibio fue un noble griego, nacido en Megalópolis, en Arcadia. Su padre llegó a ser el caudillo patriota que lideró la liga aquea; el mismo Polibio ocupó cargos de responsabilidad política como embajador y magistrado; después de la batalla de Pidna en el año 168 a. C. Polibio fue llevado a Roma en calidad de prisionero. Se quedó en Roma pero ya como amigo de la familia de los Escipiones y como educador del joven Escipión Emiliano. Vuelve a Grecia el año 146 a. C.

Polibio había elegido el tema sobre el que quería escribir. Un griego, escribió la *Historia de Roma*, nada menos que cuarenta libros, fascinado por la acción de la ciudad de Roma quien sometió a todo el mundo bajo su dominio en tan solo «cincuenta y tres años». Compartía la visión imperialista de los Escipiones y escribió su obra desde la perspectiva romana de la historia, esto es, desde la creencia de un pueblo para el que la historia significa continuidad y respeto por las instituciones del pasado y marcado por su tendencia a respetarla de forma escrupulosa; los romanos, por añadidura, conservaban los memoriales de aquel pasado; una historia que para los romanos es tanto ecuménica como nacional en cuanto que concibe el relato del héroe como un continuo del espíritu común de un pueblo.

Polibio había elegido escribir con una finalidad pragmática que él mismo declara así: la historia es la política del pasado; un conocimiento de la historia no es una simple prenda de adorno, sino absolutamente esencial como guía para la acción, de modo que solo la historia puede proporcionar precedentes al hombre de Estado, al político; la historia es la acumulación de la experiencia y por lo mismo los conocimientos adquiridos por el estudio de la historia verdadera es la mejor de todas las educaciones en orden a la vida práctica; esto no implica que el conocimiento de la historia hará desaparecer la posibilidad de que los hombres no cometan los mismos errores que sus predecesores, ni que les permita superarlos con éxito, sino que la historia nos enseña el modo de evitar que las tragedias que nos sobrevengan nos arrumben y seamos, en

cambio, capaces de aceptarlas con valor cuando la fortuna nos las envíe. Porque el éxito o el fracaso en las empresas humanas no dependen tanto de la inteligencia del hombre cuanto de las circunstancias exteriores y de la Fortuna, de forma que la libertad de la voluntad se muestra no ya en la forma de gobierno de las situaciones exteriores de la vida, que le son ajenas, sino en las formas de gobierno de ámbito interior con que el hombre se enfrenta a ellos. De manera poco estable, unas veces concede a la Fortuna una fuerza tal como si de ella dependiera la serie de acontecimientos que desembocaron para Roma en la unidad imperial; otras veces rinde homenaje a la diosa de la suerte sólo para los acontecimientos más destacados, sorprendentes e inexplicables; otras veces, en fin, serán la disciplina, la dura escuela del esfuerzo continuado, y el peligro a que ha estado sometido el pueblo romano lo que ha finalizado con el dominio del mundo por los romanos. En cualquier caso la diosa fortuna adquiere valor por sí misma en la vida y obras de Roma.

Para Polibio el análisis de las causas debe envolver todo el estudio de la historia buscando lo que precedió, lo que acompañó o lo que siguió a los hechos; si se le quita a la historia toda la explicación de las causas, de los principios y de los motivos y de la adaptación de los medios al fin, estaremos fuera del campo de la historia, y nos situaremos en el campo de la simple exposición de acontecimientos. Insiste en que el historiador debe renunciar a todo partidismo, a todo prejuicio personal y convertirse en juez de los hechos tal como hayan sucedido, y olvidar cualquier consideración tal como el amor o el odio a amigos o enemigos.

Era un hombre de acción que participó directa o indirectamente en varios de los acontecimientos bélicos de su tiempo; no escatimó esfuerzos en sus investigaciones y conoció documentación y otros libros de historia escritos por antecesores suyos, a los que criticó con escaso miramiento; pero se había ocupado de forma preferente de observar los movimientos políticos de sus propios días para adquirir la capacidad necesaria para analizar los del pasado; conocía a los jefes griegos y romanos o cartagineses y a los de otros países, y él mismo nos cuenta que «afrontó los peligros y fatigas de los viajes a Libia, Iberia y Galia, así como por el mar que baña la costa occidental de esos países»..., viajes que realizó «amparado en la actual pax romana», objeto de admiración, sin olvidarse de dar a conocer los puntos de vista de los nuevos pueblos sometidos al dominio romano. Para Polibio los asuntos de Italia están complicados con los de Asia y de Grecia, y la tendencia de todo es hacia la unidad; la victoria de Roma sobre Cartago fue el paso más importante hacia el imperio universal y animó a los romanos a proseguir su camino hacia Grecia y Asia.

«Mi historia, —nos dice—, comienza en la 140 Olimpiada»; serán precisamente las olimpíadas el sistema cronológico que estructurará, desde la óptica del tiempo, toda su obra, método que mejora las aportaciones cronológicas de sus predecesores.

5. LA HISTORIA EN ROMA

Si en Grecia fue primero la filosofía y la oratoria, en Roma adquieren prioridad los anales cuidadosamente elaborados y conservados y las leyes para gobernar un extenso territorio imperial. No olvidan por su importancia la oratoria y la retórica heredadas de la cultura griega y que entran en la cultura latina al mismo tiempo que aparecen los grandes historiadores latinos, así como los principios de la narración histórica a imitación de los grandes de entre los griegos.

5.1. César y Salustio

Julio César (100-44 a. C.) forma parte destacada en dos campos: entre los grandes generales de la historia y entre los grandes escritores de historia, campo este en el que nos ha dejado escritas sus propias hazañas guerreras y políticas. Es un maestro en la historia narrativa. Sus obras *Comentarios de la guerra de las Galias* y *Comentarios de la guerra Civil,* son unas extraordinarias memorias militares escritas por el protagonista de las mismas acciones militares, en prosa fácil, estilo sobrio, claro y preciso, a la vez que objetivo y distante. Su lectura nos da a conocer las costumbres y la forma de vida de los pueblos con los que tiene que enfrentarse en su tarea militar, así como de la situación de Roma mientras él está ausente y después en la que está totalmente integrado como político muy destacado.

Salustio (86-35 a. C.). Participó desde joven en la actividad política de Roma y fue en su calidad de proconsul en Numidia donde amasó su extraordinaria fortuna que le sirvió para retirarse de la política a una villa romana llamada «*Horti Sallustini*» donde se dedicó a escribir sobre «los hechos del pueblo romano y destacar las cosas que me parecieron dignas de memoria», según sus propias palabras. Sus obras son: *La conjuración de Catilina* y *La guerra de Yugurta.* Su concepción de la historia depende de su cultura griega y de los autores Tucídides y Polibio; hace uso frecuente de los discursos puestos en boca de sus personajes. Ejerce Salustio una gran influencia durante mucho tiempo y destaca tanto por su orientación histórica como por la finalidad didáctica y ejemplarizante para sus lectores. En algunas de sus páginas pone de manifiesto su capacidad para describir los caracteres de muchos de sus personajes. Contiene imprecisiones cronológicas y, con frecuencia, coloca a su partido político por delante de la imparcialidad.

5.2. Tito Livio (59 a. C. - 17 a. C.)

Nació en Padua aunque pasó la mayor parte de su vida en Roma. Escribió bajo el patrocinio directo de Augusto. Su obra revela que viajó poco y leyó mucho. Se propuso escribir la historia del pueblo romano desde los comienzos de la ciudad bajo el título: *Ab urbe condita.*

El problema de los orígenes de la ciudad queda sin resolver, a no ser que veamos la solución en la aceptación por parte del autor de la leyenda en la que están envueltos los primeros días de Roma como un poblado agrícola que se eleva sobre el resto de los pueblos del entorno. Desde la narración de este tema Tito Livio deja claro que «en mi opinión, el origen de una ciudad tan grande, y el establecimiento de un imperio que sigue en poder al de los dioses, se debió a los hados»; así manifiesta no solo su patriotismo romano sino también el tono religioso y el elemento sobrenatural como parte intrínseca de la historia humana; abundan en su obra los presagios y los prodigios de los dioses, quienes si no están en escena, no andan muy lejos de la misma. Conforme con las reformas religiosas de Augusto, destaca Tito Livio las antiguas virtudes y las acciones heroicas de los romanos de la antigüedad para convertir a la piedad y a los dioses en la esencia misma del patriotismo. Escribe como un romano para cantar la grandeza de Roma y para advertir a los romanos acerca de la colección de virtudes que habían hecho grande a Roma y enumerar los vicios que habían amenazado con su destrucción. «No ignoro, dice Tito Livio, que la misma indiferencia que hace ahora que los hombres no crean en los presagios enviados por los dioses, hace también que no se recojan ni publiquen los prodigios en los anales».

La historia de Roma está llena de guerras. Guerras que son contadas con extensión suficiente como para que el propio Tito Livio temiera que esta larga sucesión fatigara a sus lectores; por este medio su obra se ha convertido en el más vasto repertorio de guerras arcaicas que la fortuna ha querido que conozcamos. *Ab urbe condita* está llena de discursos; hay más de cuatrocientos discursos en los treinta y cinco libros que han llegado hasta nosotros, los cuales a juicio de Quintiliano son insuperables en dicción y en contenido.

Reunió los anales tradicionales de la antigua historia de Roma y construyó con ellos una narración unitaria. Sabemos por Cicerón que las familias distinguidas entre los romanos conservaban las imágenes de sus antepasados, los trofeos honoríficos y sus memorias hechas por encargo y en extremo laudatorias que a veces contenían falsedades. El mismo autor señala que el Pontífice Máximo hacía cada año una tablilla de madera en la que anotaba los nombres de los cónsules y de otros magistrados y también aquellos hechos, tanto de la ciudad como del campo, de la tierra o del mar, que se consideraban dignos de ser recordados. Además de aquellos anales oficiales, los sacerdotes hacían los llamados *fasti*; estos comenzaron por ser listas de días para el calendario de la buena y la mala suerte, *dies fasti* y *dies nefasti*, que sirvieron, como ya vimos, de base para la confección del calendario.

Tito Livio se encontró, por un lado, con un buen número de leyendas y, por otro, con los datos proporcionados por los anales citados y se planteó el dilema de la valoración de sus fuentes. Tenían tres salidas: repetir, rechazar y aceptar. A veces repite advirtiendo los aspectos legendarios; otras, los rechaza; en ocasiones, frente a la abundancia de materiales tradicionales en Roma

los acepta como se los presentan sin apenas hacer esfuerzo alguno por averiguar de qué modo ha surgido la tradición y las deformaciones que pueden habérsele añadido con el paso de los tiempos; con frecuencia acepta la tradición poco más o menos como la recibe para repetirla de buena fe.

5.3. Tácito (54-117 d. C)

Se desconocen casi todo lo referente a su vida personal y existen dudas a la hora de establecer su currículum público que pudiera fijarse de esta manera:

> «Vespasiano le hizo cuestor; fue nombrado edil o tribuno de la plebe bajo el reinado de Tito y pretor con Domiciano; tras la muerte de este, fue cónsul durante un año; hacia finales del reinado de Trajano fue nombrado procónsul de Asia».

Era un aristócrata, no tanto por pertenecer a una familia de rancio abolengo, cuanto por formar parte de la alta clase media cuyo origen hay que buscarlo en el desempeño de altos puestos en la administración del Estado. Plinio el Joven, su amigo íntimo, nos dice que cuando él inició su carrera en el foro romano, Tácito estaba «ya en toda su gloria y renombre como abogado famoso». Tácito fue sobre todo un abogado; su cliente era Roma. Fue el más grande de los historiadores de la antigüedad latina.

Tácito escribe una historia imperial en la que los acontecimientos del imperio aparecen con la importancia suficiente para contrarrestar el relato de intrigas, asesinatos y horrores que acontecía en la propia capital del imperio; Roma, la corte, se había convertido en el centro de intrigas, de murmuraciones, de todo tipo de conjeturas malévolas, de tráfico de escándalos y otros terrores de los que queda amplia constancia en la obra de Tácito. Lamenta el autor sentirse obligado a relatar todos esos sucesos en vez de narrar acontecimientos de grandes guerras y extraordinarias conquistas como lo habían hecho sus predecesores, en clara referencia a Tito Livio; confiesa en cambio que su obra se refiere a un tiempo en el que

> «...una paz constante o muy poco alterada, calamidades en la capital y un emperador poco preocupado por extender sus dominios hacen que mi trabajo sea ingrato y limitado... yo tengo que narrar una sucesión de mandatos tiránicos, de acusaciones continuas, de amistades falsas, de condenas a inocentes, de hechos que tienen todos análogo desenlace, y he de luchar contra la monotonía y la fatiga».

En verdad que lo hace así y destacan sus relatos por el gran detalle con que son tratados los hechos. Pero esas palabras ponen de manifiesto una admiración por la época de las grandes conquistas y de glorias militares de los romanos; al mismo tiempo muestra su falta de capacidad para descubrir y exponer el desarrollo de la más grande creación política de la antigüedad que por primera vez iba extendiendo la ciudadanía común para todos los habitantes del imperio mediante el establecimiento de una sola ley para todos

los pueblos y se creaban unas protegidas rutas comerciales que aseguraban la actividad de los ciudadanos en tiempos de paz.

Tácito escribe al dictado de los acontecimientos de los que tomó parte directa o indirectamente; nos describe con gran detalle la vida de Roma, pero no elabora su obra conforme a un plan previamente definido. Escribe para dejar constancia de las virtudes y de los vicios que en el orden político acontecieron en aquel tiempo a fin de que, tanto los lectores coetáneos como aquellos que lean sus páginas en la posteridad, tengan la ocasión de aplaudir aquellas y despreciar estos; escribe para poner de manifiesto como el mal gobierno bajo el reinado de los malos príncipes, su estado de ánimo y su humor cambiante, pueden determinar el acontecer histórico.

Se ha elogiado su obra porque está llena de personajes, unos más y otros menos destacados, de aquella Roma que le tocó vivir, cuyos caracteres individuales quedan perfectamente dibujados ante la atenta mirada del lector; se le ha llamado el historiador del estudio de los caracteres de las personas, que se pueden encuadrar en dos grupos bien definidos: enteramente malas y enteramente buenas, tomando como base, casi única, la propia personalidad, dejando a un lado, como componente del comportamiento humano, el valor parcialmente determinante de las circunstancias del momento, tanto como que el mismo carácter se amolda de forma variable a las influencias del ambiente en que vive.

Las fuentes de donde extrae sus datos son diversas y abundantes: la tradición oral y el rumor, los documentos y las obras editadas. En cuanto a la primera, ¿cómo verificar que las noticias orales o los rumores que le llegan se atienen con la verdad de los hechos? Cuestión de muy difícil solución. El propio autor relata hechos cuyo conocimiento esta vinculado a estas fuentes, tratándolos como rumores, como rumores contradictorios, como falsos rumores o rumores muy extendidos; era inevitable que buena parte de su obra tuviera que depender de las fuentes orales porque él mismo había sido contemporáneo de muchas de las cosas relatadas, de la misma forma que otras fuentes escritas que consultaba habían sido compuestas con apoyo en los rumores, y Tácito deja constancia de ello con la frase introductoria: «se decía» o «muchos decían».

Usa numerosos documentos oficiales y con frecuencia cita los documentos que ha consultado, movido no tanto por lucir su erudición cuanto por asegurar su argumentación. En cuanto a las obras de autores precedentes adopta un método divergente; cuando varios autores trasmiten la noticia con acuerdo entre ellos, Tácito, las acepta y reproduce; cuando dicen cosas distintas respecto de un hecho, incluye la diversidad y cita a los autores, aunque a veces manifiesta su perplejidad ante la divergencia encontrada en las distintas fuentes. En referencia a un hecho concreto se siente obligado a decir que «apenas si me atrevo a afirmar nada (...) pues hasta tal punto difieren las noticias que encontramos, no solo en los historiadores, (...) sino también en los discursos de Tiberio».

Para terminar el capítulo de la historiografía greco-romana tendremos que señalar que el título más adecuado para referirnos a este ciclo, es el de que se trata de una historia acerca del quehacer humano. La historia, según la entendieron en la cultura griega y en la romana, es un relato de los hechos del hombre, de sus proyectos, de sus éxitos y de sus fracasos. La voluntad de los dioses aparece en la historia en muy contadas ocasiones; la divinidad carece de proyectos propios respecto del curso de los negocios humanos; la causa de todos los acontecimientos históricos está en la personalidad de los agentes humanos y, a veces, en la fuerza de la diosa Fortuna.

6. EL CRISTIANISMO Y SU CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA

El cristianismo fue considerado por los romanos como una religión y no como una cuestión política. Los principios que regulaban los intereses de los cristianos son de índole teológico de tal forma que, desde este nuevo ángulo, la historia, en tanto que registro de los hechos de los hombres, tenderá desde ahora, por un lado a una interpretación desde la fe en un solo Dios que lo ha creado todo y lo regula todo; desde otro lado se apoyará en un Cristo que parte el tiempo histórico en un antes y un después de su venida a este mundo; y, por último, se estructurará como un estudio de los acontecimientos del género humano, es decir, en una universalización de la Historia. A partir del pensamiento cristiano, la historia de los pueblos y los imperios pasados serán considerados como simples acontecimientos que han de ser observados desde la perspectiva general de la Providencia divina sobre el desarrollo de la humanidad. El motor de la historia trasciende al hombre.

El cristianismo crea una verdadera revolución en la concepción de la historia. Entra en escena con una verdad que se considera absoluta y eterna: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»; es una verdad teórica con consecuencias prácticas proclamada por su fundador, Cristo. Esta verdad es una verdad revelada por Dios, no es una verdad elaborada por el hombre.

6.1. San Pablo

San Pablo fue el primero en estructurar un pensamiento sin parangón en la literatura universal; coloca la Revelación y la fe en Cristo como eje en torno al cual giran todos los acontecimientos históricos. El propio Pablo, el forjador de la doctrina cristiana, conoció su fe por una revelación divina camino de Damasco, y pasó a ser el abanderado de Cristo. Tomó como punto de partida la Ley y los Profetas del Antiguo Testamento, conocimientos que le eran muy familiares y en los que se desenvolvía con gran facilidad. Todo arranca desde la Creación por Dios de todo lo que existe y la caída, el pecado original, explicado desde la Redención por Cristo. El pecado origi-

nal, es decir, el pecado del género humano, actúa de tal forma que los logros del hombre no se deben a sus propias fuerzas de la voluntad y de la inteligencia, sino a algo que está más allá del hombre; se deben en definitiva a la gracia de Dios, a la sabiduría de Dios; de tal forma que el hombre haciendo lo que quiere hacer en realidad está ejecutando los designios divinos. San Pablo se distancia abiertamente del pensamiento judío, según el cual, el Mesías que había de venir, les liberaría, como a pueblo elegido, de todos los desastres y de todas las tribulaciones pasadas y presentes. El apóstol de Cristo proclama que «ya no hay judío, ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Ga. 3, 28), todos son iguales ante la salvación de Cristo; ya no hay pueblo elegido, no hay razas o clases privilegiadas, no existe una sociedad cuyos destinos sean más importantes que los de las demás. Queda así establecido el principio de la universalidad en la historia, la humanidad entera queda incluida en los designios divinos, queda a un lado la historia particularista de los distintos pueblos.

Este planteamiento cristiano supuso una revolución en el pensamiento histórico; de tal forma que el desarrollo histórico no es una simple realización de los propósitos de los hombres, como hemos visto defender entre los historiadores grecorromanos, sino de los designios de Dios. Estos propósitos divinos, son un propósito para la humanidad toda, para ser realizados por el hombre, a través de la voluntad del hombre, de manera que la acción humana es tal que los fines han sido fijados por Dios. El hombre es el agente de toda la historia porque todo cuanto pasa en la historia acontece por su voluntad. Pero en otro sentido Dios es el agente de la historia porque, debido a su Providencia, el hombre se convierte en vehículo de los propósitos divinos.

Según estos principios las mutaciones históricas no se conciben como algo accidental sino como paso necesario hacia una previa destrucción de lo existente y una nueva creación. Así las distintas civilizaciones que en el tiempo han sido, son consideradas por la doctrina cristiana de la historia como eslabones en un amplio proceso de desarrollo de la humanidad establecido por Dios.

El cristianismo se distingue de otras religiones por reposar esencialmente sobre una base histórica. Los primeros historiadores cristianos tomaron como punto de partida para sus reflexiones las narraciones contenidas en la Biblia, armonizando las revelaciones Antiguas con la Nuevas. Los judíos entendieron la historia desde la óptica de la Creación del mundo por Dios y de tres pactos: con Noé, con Abrahán y con Moisés. Todo su pensamiento está relacionado con esa idea del pacto, mirando a un pasado lleno de desastres, y con la vista puesta en el Mesías que vendrá para hacer realidad la grandeza del pueblo elegido. A partir de aquí se estableció el método de interpretación según el modelo alegórico, muy cercano a la mentalidad del hombre oriental

y en el que los judíos se mostraron como verdaderos maestros. Si la cultura griega se había desarrollado en los alrededores de Atenas y la cultura romana en torno a Roma, ahora la cultura cristiana se elaborará en el Oriente Próximo y en el Norte de África; Hispania, Italia y las Galias se incorporarán con posterioridad a la producción del pensamiento cristiano de los primeros tiempos. Esto es, todo queda dentro de la tierra romanizada, pero han cambiado los centros emisores.

6.2. Los Padres de la Iglesia

Un grupo de personas, bien en el ámbito griego, bien en el mundo latino, se destacaron sobre todos en estructurar la doctrina cristiana durante los primeros siglos del cristianismo. Estos hombres crearon el pensamiento cristiano en oposición a los intelectuales profanos, defendiendo el cristianismo a través de la polémica constante con un mundo muy hostil a la religión cristiana. Son los llamados Apologetas y también más conocidos como Padres de la Iglesia.

Los más antiguos Padres de la Iglesia cristiana no partían de cero para la elaboración y desarrollo de su pensamiento, sino que tuvieron delante continuamente otras formas culturales: la judía y la literatura greco-romana, culturas estas últimas, que conocían perfectamente, a las que recurrían con frecuencia, unas veces para aplaudirlas y otras para valorarlas como incompletas, como obra de los hombres, frente a la verdadera cultura, la Revelada, la del cristianismo.

San Justino († hacia el 165). Se educó en el estoicismo y en el platonismo. Es el mayor apologista del siglo II y de los primeros Padres de la iglesia que consideró que en la cultura de los griegos y de los romanos había gérmenes de verdad y que los filósofos griegos habían aportado parte de la verdad a la humanidad debido a sus esfuerzos y a que habían recibido parte de sus ideas de la cultura judía a partir de Moisés. Para Justino la filosofía es el gran instrumento dado por Dios a los antiguos, a los ajenos a la Revelación, para acercarse a Dios. Con la atribución del origen de la ideas contenidas en el Antiguo Testamente a Moisés se está estableciendo uno de los principios básicos del pensamiento de los paleocristianos: el principio de autoridad vinculado a la idea de la mayor antigüedad: Moisés es el más antiguo de los historiadores, mucho más antiguo que los griegos y los romanos, y de él depende de forma directa los que con posterioridad a Moisés han desarrollado sus ideas, incluidos los griegos y los romanos.

Orígenes († 253?) fue un griego alejandrino que por sus grandes conocimientos del mundo griego y por su finísima inteligencia y gran erudición es considerado como uno de los grandes Padres de la Iglesia. Cuenta con una fecunda producción literaria. Es un ferviente seguidor de Platón. En conformidad con su pensamiento platónico, distingue un triple sentido en la

Biblia: el somático o literal o histórico gramatical; el psíquico o moral y el alegórico o místico. Es el gran maestro de la interpretación alegórica de la Escritura. Esta interpretación alegórica tiene su fundamento en el Antiguo Testamento de forma que cree que «hay un significado escondido y secreto en cada palabra aislada, estando escondido el tesoro de la divina sabiduría en las vasijas vulgares y sin pulir de las palabras», tal como lo indica el propio San Pablo cuando dice «tenemos este tesoro en vasijas de barro». La literatura profética implica la alegoría en su misma estructura y San Pablo usó continuamente de las formas alegóricas en sus escritos. Pero para un espíritu crítico como el de Orígenes no podía olvidar que para hacer una interpretación simbólica era preciso que los propios textos a comentar tenían que ser susceptibles de ser interpretados. En la civilización oriental hunde sus raíces el método alegórico en muchos aspectos, tanto en el valor secreto de las palabras y los signos como en el secretismo y simbología de los números. También los griegos hicieron uso frecuente de la interpretación figurada y simbólica para explicar sus misterios. Conocía bien la cultura griega y defiende que el pensador cristiano tiene que acudir y utilizar los conocimientos de los profanos de la misma forma que «los hijos de Israel en su salida de Egipto se llevaron consigo, para su uso, todos los objetos de oro y plata que pudieron».

Contempla Orígenes los acontecimientos del pasado y los de su tiempo y ve una serie muy dispar de pueblos y culturas divergentes que aparecen con fuerza y desaparecen con prontitud. Sus reflexiones sobre esta cuestión le llevan a establecer el principio de la existencia de un hilo conductor entre todo aquel acontecer que proporcione algún sentido y sintetice tanta disparidad. Concluye con la afirmación de la existencia de un fin establecido y dado que aglutina todo el acontecer, ese fin no es otro sino Dios.

Orígenes fue un hombre muy discutido en vida; seguido por muchos contó con otros tantos adversarios a sus doctrinas. Su sistema de interpretación alegórica de las Escrituras y bajo el influjo de la filosofía platónica, dieron ocasión a algunos errores dogmáticos. Después de muerto se le acusó de que sus doctrinas contenían errores de todo tipo. Los enfrentamientos entre seguidores y adversarios ocasionaron la intervención conciliar, sin que faltaran la influencias de la política. Con el tiempo su pensamiento se oscureció y su influencia quedó reducida a determinados sectores minoritarios quienes mantuvieron su doctrina, doctrina que veremos aparecer en Padres de la Iglesia posteriores a Orígenes. Aunque el sistema de pensamiento de Orígenes, por ser en parte condenado por un edicto del emperador Justiniano I en el año 543, quedó relegado en el esquema general de la iglesia, se ha recuperado posteriormente y el método alegórico como sistema de interpretación de la Biblia se ha revalorizado a partir de las nuevas investigaciones arqueológicos realizadas en Oriente y Egipto y de los frutos dados por las excavaciones y la crítica literaria acerca de las narraciones bíblicas.

6.3. Cronología e historia eclesiástica

Las genealogías de los grandes personajes de la historia judía desempeñan un gran papel y a través de ellas se establece la línea descendente que ha de llegar hasta el Mesías. De la misma manera entre los apologistas paleocristianos, enfrentados con un mundo hostil, tanto en el campo intelectual como en el de la vida diaria, surgió pronto la demanda de establecer una cronología comparada con la que se pudiera probar la antigüedad y la ascendencia directa hasta llegar a Cristo. Ya había sido elaborada una cronología por lo eruditos judíos de la diáspora; los cristianos por su parte tomando como base estos estudios elaboraron una cronología cuyas primeras tablas aparecieron en el siglo III estructuradas por Julio el Africano en su *Chronografía*, obra deudora de Josefo, de Manethon y de otros eruditos profanos. Por esta vía se establece el nacimiento de Cristo en el año 5500 después de Adán.

Eusebio de Cesarea († 339) obispo de Cesarea, conocido como el padre de la historia de la Iglesia, elaboró sobre aquellos materiales la cronología universal que estaba llamada a ser, en sustancia, la cronología de toda la historia posterior de Europa hasta nuestros días.

Fue Eusebio el que en el gran concilio de Nicea (año 325 se sentó a la derecha de Constantino y pronunció el discurso inaugural en honor del emperador. Era un consumado cortesano, un gran conocedor de los hombres y del mundo y un apologista de la fe cristiana y del emperador Constantino, para quien escribió una *Introducción al cristianismo*. Eusebio no es conocido como teólogo sino como historiador por sus dos obras: *la Crónica* y *la Historia de la Iglesia*.

La primera parte de su *Crónica*, publicada en el 303, es como una historia universal en forma de extracto de fuentes, dispuestos nación por nación: caldeos, asirios, sumerios, hebreos, Egipto, Grecia y Roma, junto con una argumentación en favor de la prioridad de Moisés y de la Biblia frente a la historia de cualquier otro pueblo; las fuentes usadas y anotadas en su obra son de gran utilidad para el conocimiento de los autores que llegaron a nosotros a través de las citas y textos que de ellos hace Eusebio. Por esta vía enmarca el cristianismo en el conjunto de toda la historia del mundo. La segunda parte es una cronología en la que se organizan los datos en columnas; al lado de unas tablas cronológicas, va colocando anotaciones marginales donde da cabida a todos los sistemas cronológicos conocidos: el caldeo, el griego, el romano, y otros y su relación con la cronología bíblica, desde la Creación hasta sus días.

Cabe anotar que ninguna otra Crónica ha ejercido, desde el punto de vista de cronología, una influencia comparable a la abra de Eusebio en el mundo Occidental. Hasta tal punto es asumible esta afirmación que José Scalígero dice que: «quienes escribieron después de Eusebio consideraron estéril

todo escrito de cronología que no procediera de esta fuente». Sin embargo no ha sobrevivido mas que un ejemplar del texto original, desenterrado de una traducción armenia de la obra en su conjunto.

Su *Historia de la Iglesia* le valió el título de Padre de la Iglesia. Es una gran obra trazada de forma equilibrada a pesar de la orientación apologética del momento en el que se escribió marcado por una postura defensiva de los cristianos frente a otros pensadores coetáneos no cristianos. Mi obra, dice: «empieza con la Revelación de Cristo Salvador, que es más grande y elevada que la concepción humana, (...) Revelación más divina de lo que muchos piensan». Lo mismo que en la *Crónica*, en su *Historia* hace gran acopio de documentos, de extractos de la literatura antigua, de episodios y narraciones históricas que dan a esta obra un gran valor testimonial, máxime cuando la comprobación de la autenticidad de los textos, cuando pueden verificarse, resultan correctos.

Los textos que siguen nos proporcionan el pensamiento del autor sobre la historia al mismo tiempo que nos aclaran las dos formas que ve de realizar la narración histórica:

> «Otros escritores de historia consignan las victorias de las guerras, los trofeos ganados a los enemigos, la habilidad de los generales y la bravura viril de los soldados, manchadas con sangre y con matanzas innumerables por amor de sus hijos, de la patria y de nuevas posesiones. Pero nuestra narración del gobierno de Dios consignará en letras imborrables las guerras más pacíficas hechas en nombre de la paz del alma, y hablará de hombres que hacen hechos heroicos por la verdad más que por la patria, por piedad y no por los amigos más queridos».

Textos en los que el análisis comparativo pone de relieve la convivencia de dos mundos culturales opuestos en los mismos principios en los que uno y otro toman su asiento, para distanciarse aún más, en el punto de partida y de llegada: para el autor la Revelación y su consecuencia en la universalización de la Historia de la humanidad.

6.4. San Agustín (354-430)

La iglesia había causado una verdadera revolución con su nueva concepción de la historia y del hombre. En el ámbito práctico y en el político había logrado el reconocimiento durante el reinado del emperador Constantino (año 313) y se había convertido en la religión oficial, como primer peldaño para el ascenso al poder. Por estos caminos cristianos la historia y su interpretación se habían distanciado mucho de las concepciones grecorromanas; así observamos como de este lado, los puestos ocupados por grandes historiadores griegos y romanos daban ahora paso a figuras de segunda fila; mientras que en el lado cristiano, fueron apareciendo grandes pensadores, con extraordinaria fuerza combativa, como si de un ejército propagandístico se

tratara, aliados todos en la defensa de una causa única, elaborando y al mismo tiempo estableciendo las ideas que habían de cambiar el sentido de la concepción de la Historia, tanto en el campo teórico como en el campo de la práctica. Para los Padres de la Iglesia los creadores y los herederos de la antigua sociedad y civilización pasaron a ser tanto en los escritos, sermones, escuelas y monasterios, como en la opinión general de la gente, unas personas que habían cumplido una misión propia, al tiempo que caduca, en el proceso hacia el mesianismo, el cristianismo.

San Agustín, obispo de Hipona, se educó durante su juventud en la retórica y la literatura griega y romana, igual que su contemporáneo San Jerónimo (347-420). El mejor camino para conocer la vida y la evolución del pensamiento de Agustín es, sin duda, su propia obra: *Confesiones*. Fue Agustín el más grande los polemistas en una época en que la teología estaba tomando forma y se libraban grandes batallas intelectuales a causa de las grandes herejías suscitadas en los siglos III y IV en el seno de los propios pensadores cristianos en relación con distintos aspectos dogmáticos.

San Agustín, cartaginés al igual que Tertuliano (†220), uno y otro los genios más originales del norte de África, habían vivido envueltos en las preocupaciones intelectuales, sociales y políticas de los donatistas, herejía esencialmente norteafricana. El mismo origen geográfico había tenido la más brillante literatura latino-cristiana y ello, el donatismo y la literatura, tenían mucho que ver con la poderosa tradición nacional que mantenía esa parte del Imperio, tradición que no fue subyugada totalmente por la cultura romana. La religión vino a ser el mejor vehículo de expresión de ese sentimiento nacional. Para los donatistas la iglesia «oficial», la que había merecido el reconocimiento del emperador Constantino, era la «iglesia de los traidores». Los donatistas, los perseguidos, los que deseaban incluso la persecución, eran los verdaderos fieles de la comunidad de los Santos; se erigieron en valedores del pobre y del oprimido obligando a los hacendados a emancipar a sus esclavos y a liberar a sus deudores; tenían por añadidura una importante producción literaria de la que carecía el cristianismo «oficial» de la zona.

San Agustín era africano pero también se sentía muy romano, aunque Roma será siempre para él la segunda Babilonia, es decir, el ejemplo supremo de la ambición y el orgullo humanos. Combatió el donatismo, pero no era un provinciano. Asimiló la cultura y el pensamiento griego como no llegó a hacerlo ningún otro Padre de la Iglesia Occidental. Consideraba que la ciencia y el saber de los clásicos paganos, a pesar de los errores, contenían muchos elementos de la verdad. Su filosofía es platónica, conocida a través de Filón de Alejandría, filósofo que además de tender varios puentes de entendimiento entre la religión bíblica y los estoicos y el platonismo, había realizado profundas especulaciones en torno al «logos», cuestión principal entre los Padres de la Iglesia.

Establece San Agustín en su obra *La Ciudad de Dios* un dualismo: la ciudad terrenal y la celestial, que tiene sus antecedentes en Tyconio, el escritor donatista más original del siglo IV. Es este un autor, oscuro y de difícil lectura, de inspiración exclusivamente bíblica que no debe nada a la tradición griega o romana. Tyconio expone su pensamiento acerca de las dos ciudades de esta manera:

> «Contemplad esas dos ciudades, la ciudad de Dios y la ciudad del Demonio (...) una de ellas desea servir al mundo, la otra, a Cristo; una quiere reinar en este mundo, la otra salir volando de él; una se aflige, la otra se regocija; una destruye, la otra es destruida; una mata, la otra muere, la una, para así tener mayor justificación, la otra para colmar la medida de las injusticias. Ambas se debaten juntas, la una por ser condenada, la otra para salvarse».

La Ciudad de Dios. Esta idea de Tyconio fue ya expuesto por San Agustín en su tratado *Sobre la catequización de los rudos* y se convertirá en el esquema central de su gran obra, *La Ciudad de Dios,* transformada en una teoría de la sociedad y del Estado y en una eclesiología. Esta obra se comenzó el año 413 como respuesta a quienes afirmaban que la caída de Roma en poder de los godos y los destrozos de los vándalos eran debidos a la falta de respeto hacia los dioses de Roma y a la ausencia de aquella antigua piedad que habían señalado los días de gloria del pasado romano; el propio San Agustín los expresa de esta manera:

> «Habiendo sido Roma asaltada y saqueada por los godos, bajo su rey Alarico, los adoradores de los falsos dioses o paganos, como les llamamos comúnmente, intentaron atribuir esta calamidad a la religión cristiana, y comenzaron a blasfemar del verdadero Dios con mayor acritud y violencia que de costumbre. Esto fue lo que avivó mi celo por la casa de Dios, y me impulsó a emprender la defensa de la ciudad de Dios contra los cargos y las tergiversaciones de sus asaltantes...»
>
> «...los cinco primeros libros refutan a aquellos que creen que la religión politeista es necesaria para asegurarse la prosperidad en este mundo y que todas estas calamidades agobiantes han caído sobre nosotros a causa de su prohibición...»
>
> «Pero para que nadie pueda tener ocasión de decir que aunque he refutado los credos de otros hombres he dejado de establecer los míos, dedico a este objeto la segunda parte de esta obra, que comprende doce libros (...) de estos doce libros, los cuatro primeros contienen un relato del origen de estas dos ciudades, la ciudad de Dios y la ciudad del mundo; los cuatro segundos tratan de su historia o progreso; los cuatro terceros y últimos de los destinos que han merecido».

Define a las sociedades humanas como «una multitud de criaturas racionales asociadas de común acuerdo en función de las cosas que aman». Es el amor lo que define a los objetos que esas personas y esa sociedad se proponen: si ama el bien, será buena; si el objeto de su amor es execrable, será mala. Por esta vía se establecen los principios morales por las que se rigen los

hombres y las sociedades. La voluntad de los hombres y el amor detentan, pues, la soberanía en el orden moral y en el social. Todos los amores de los hombres se reducen a uno: el deseo de felicidad, de paz. Debido a la autonomía espiritual del hombre, este puede orientar su deseo hacia el acatamiento del orden divino o, por el contrario, al de la propia satisfacción; así las dos propensiones de la voluntad producen dos tipos de hombre y consecuentemente dos tipos de sociedades: «dos amores distintos erigen dos ciudades (...), la terrenal, que se edifica con el amor a sí mismo y el desprecio de Dios, y la celestial, que se levanta con el amor a Dios y el desprecio de sí mismo». Una y otra ciudad han seguido su curso, se han mezclado entre sí a través de todos los cambios producidos desde los comienzos de la humanidad, y «seguirán avanzando juntas hasta el fin del mundo, momento en el que están destinadas a separarse para presentarse al juicio final».

La ciudad terrenal, la mítica Babilonia, como símbolo del pecado, encuentra su manifestación más desarrollada en los dos imperios mundiales que han sido el asirio y el romano, « frente a los cuales todos los demás reinos no son sino satélites». Por su parte la ciudad celestial, la ciudad de Dios, se ha desarrollado desde su fundación por los patriarcas, pasando por la historia de Israel y de la primera Jerusalén, hasta su última manifestación terrena en la iglesia católica. Pero la iglesia misma no puede ser identificada con la *Ciudad de Dios* porque en ella coinciden los buenos y los malos.

Ciertamente la ciudad terrenal está adornada con virtudes positivas. Tal estimación merecen las de los primeros romanos que con aquellas virtudes de sus hombres hicieron la grandeza de Roma, no con las armas, ni menos con el pretendido y absurdo favor de sus falsos dioses. Por haber alcanzado tales méritos, los romanos obtuvieron de Dios el premio a que se habían hecho acreedores. El imperio romano no es un producto del azar, sino que los bienes de los que Roma pudo gozar en sus épocas pretéritas, precristianas, sus triunfos, sus virtudes, no fueron obra de los falsos dioses, sino un don de Dios, que así preparaba el papel que a Roma tenía asignado en sus designios.

La ciudad terrenal, erigida sobre el orgullo y egoísmo humano, merece su condena sin paliativos. No podía ser de otro modo: la humanidad se halla viciada en su raíz por el pecado. La redención no puede consistir en otra cosa que en el injerto de una nueva humanidad en el viejo tronco. En vano lucha el hombre contra esa infección hereditaria. El mal afecta por igual a la naturaleza humana y a la historia universal. El fundamento de los reinos del mundo es la injusticia, el derramamiento de sangre, la opresión y la rapiña. El cristianismo forma buenos ciudadanos, y el único remedio para las lacras de la sociedad ha de buscarse en las fuerzas que purifican las debilidades del alma individual; se pertenece a la ciudad terrenal por la personal inclinación hacia las fuerzas de la carne; el bautismo anticipa en cada individuo el omnímodo reino de Dios. El bautizado, renacido a la nueva vida, se halla, por lo mismo, muerto para la vida terrena.

A la caída de Roma muchos cristianos creyeron llegado el fin del mundo y con él el día del juicio. Los que soñaban con un progreso cristiano gradual buscaban a tientas un sentido al repentino acontecimiento final. San Agustín hará frente a todas estas interpretaciones vinculadas a la caída del imperio romano por medio de la doctrina de las dos ciudades, con la que al mismo tiempo, colocará los sillares de la estructura intelectual y política de la Edad Media occidental. Apoyándose en la Biblia declaró insostenible la pretensión, defendida por algunos, de considerar a Roma como la última monarquía antes del milenio. La segunda venida de Cristo al final de los tiempos no admitía conjeturas acerca de fechas y circunstancias.

Los judíos conservaban aún la esperanza en el Reino de Dios en la tierra; el cristianismo primitivo esperaba la instauración del reino aquí en la tierra. San Agustín desmentirá toda pretensión de ver en los acontecimientos de este mundo un progreso o mejora alguna y afirmará que «desde la venida de Cristo los asuntos humanos marchan peor que antes». Solo importa la paz que el hombre halla en sí mismo por obra de la fe. Lo que hay de progreso en la Historia no depende, según San Agustín, de la naturaleza humana sino de la gracia de Dios.

Para San Jerónimo, coetáneo de San Agustín, es lícito servirse de toda la literatura profana anterior y no sólo tomar ejemplos aislados, ni reducirse a las pequeñas dosis de lo que en ella se reputa como bueno. Conoce Jerónimo a los grandes historiadores: Herodoto, Jenofonte...; pretende transmitir a las gentes de lengua latina el saber de los judíos y de los griegos. Los humanistas reconocen su clasicismo. Erasmo era un entusiasmado de las obras de San Jerónimo por su defensa de los escritores clásicos griegos y romanos. Junto con San Agustín fueron los escritores de la patrística más leídos y estudiados por los hombres del Renacimiento y por ende los más influyentes en su pensamiento.

6.5. **Paulo Orosio** (Braga o Tarragona 390?)

San Agustín en una carta a San Jerónimo le comunica que

> «... ha llegado a mí un joven religioso llamado Orosio, que es en el vínculo de la paz católica un hermano, en la edad un hijo, y en la dignidad un colega presbítero; un hombre de inteligencia rápida, de palabra fácil y de celo ardiente (...) Porque desde la remota costa occidental de España ha venido con ávido apresuramiento hasta nosotros...».

Orosio tendría ocasión después de ir hasta Palestina a ver a San Jerónimo y regresar de nuevo a Hipona.

Paulo Orosio mediante la comparación entre los tiempos pasados y los presentes llega a la conclusión de que estos últimos son muy superiores debido a que se va asegurando la presencia del cristianismo. Frente al argumento

conocido de que el cristianismo ha arruinado al imperio insiste en que Roma antes de formar el imperio había padecido no pocos males materiales y guerras, sin que existiera el cristianismo. Las fuentes para su historia las toma de Eusebio, Tito Livio, Tácito, Justino, Floro, Agustín, etc. Planteó su Historia Universal alejada de una apología del cristianismo. Comienza con un resumen de geografía lo suficientemente preciso como para que el lector pueda seguirlo sobre un mapa. Dispone después la historia de forma cronológica, siguiendo un criterio de historia universal y providencialista; historia en la que Dios rige el mundo y todo ha sido ordenado por Él. Plasma la idea de una comunidad universal que en cierto modo ya estaba en los estoicos, pero ahora se desarrolla al realizarse los acontecimientos en fechas concretas y singulares. El esquema de cuatro monarquías: Babilonia, Roma, Cartago y Macedonia, era suficientemente familiar para sus lectores. Detalla a continuación la historia de las guerras y las calamidades sucedidas en cada una de las monarquías. Como su propósito era mostrar que el mundo había mejorado desde la venida de Cristo, empleó las historias escritas para exaltar los triunfos de los romanos a fin de mostrar el reverso de la medalla: el desastre y la ruina. Sobre el fondo negro del pasado, la historia de sus propios días, en los que el Imperio estaba siendo derribado por los bárbaros, establecía su teoría de que la ciudad del hombre plasmada en el Imperio romano era susceptible de regeneración. Después del relato de la «guerra entre las naciones bárbaras que ahora se hace diariamente en España» resume su narración con estas palabras:

> «En vista de estas cosas estoy dispuesto a reconocer que los tiempos cristianos sean tan censurados como queráis, con tal de que podáis indicarme una época igualmente afortunada desde la fundación del mundo hasta el día presente. Mi descripción creo que ha mostrado más con los ejemplos elegidos que con mis propias palabras, que han cesado innumerables guerras, que muchos usurpadores han sido aniquilados y las tribus más salvajes tenidas a raya, confinadas, asimiladas o destruidas con poco derramamiento de sangre, sin verdadera lucha y casi sin pérdidas. A nuestros detractores les queda arrepentirse de su conducta, enrojecer ante la verdad, y creer, temer, amar y seguir al único Dios verdadero, que puede hacer todas las cosas...»

Para Orosio la Historia es siempre el campo del sufrimiento. Pero aunque los males continúen hay que admitir que los tiempos nuevos han contemplado los bienes, antes desconocidos, traídos por el advenimiento de Cristo; hasta el punto de que, frente a los paganos que abominan de los tiempos nuevos, los de hoy son menos malos que los del pasado, aunque quienes hoy los padecen pueden pesarles como más insufribles por ser propios. Paulo es optimista y cree que cualquier tiempo pasado es peor.

Orosio piensa que el Imperio ha supuesto la universalización y que la caída de Roma tiene un sentido positivo. Antes la guerra reinaba por todo el orbe; la religión separaba a los pueblos y el que tenía que abandonar su patria

no hallaba en otras partes más que enemigos y con frecuencia al enemigo se le daba cruelmente muerte. Ahora, el que tiene que huir encuentra benévolo refugio por doquier, porque hay un mismo derecho y un mismo nombre, se es cristiano y romano, y es Dios quien ha establecido la unidad de este reino.

La obra histórica de Paulo Orosio fue muy difundida y en la Edad Media se usó mucho como manual de historia universal, de tal forma que se conocen hasta doscientos manuscritos.

7. LA EDAD MEDIA

Por lo que se refiere al método histórico, la Edad Media es heredera de la antigüedad greco-latina de la que conocía no solo sus formas sino también ciertos elementos de la descripción histórica. Esto no anula que mientras para los clásicos el tiempo del devenir histórico y por tanto la misma historia tenía un desarrollo cíclico, para los cristianos el tiempo está claramente delimitado en cuanto que todo sucedió antes o después de Cristo, es más, desde Cristo hasta el final de los tiempos, con lo que se introduce un elemento nuevo, la escatología, que si no es específica del cristianismo, es un elemento de fuerza en el pensamiento de los historiadores cristianos. Así mismo al humanismo greco-romano, el cristianismo opone una descripción de los hechos en los que el hombre ocupa un lugar con relación a la providencia divina y su acción sobre el desarrollo de los acontecimientos históricos; Dios es providente y tiene un plan propio que ningún hombre puede alterar, de forma que el agente humano se ve arrollado por la corriente de los designios divinos y llevado por ella. El historiador medieval conocía y explicaba los hechos del pasado desde la óptica de este plan divino porque así se lo había revelado el mismo Dios y su tarea historiográfica consistía en descubrir y explicar los designios divinos sobre la humanidad.

Por el camino de la apocalíptica en vez de narrar solo los acontecimientos del pasado, se trascendía el ámbito de ocupación del historiador para pasar a describir y predecir el futuro.

7.1. Historia y escatología

La escatología es un elemento cultural de gran influencia en el pensamiento medieval, aunque los hombres de la Edad Media lo heredaron, en parte del judaismo y en parte del cristianismo. El término escatología, del griego τα εσχατα, significa «las últimas cosas», las cosas que sucederán al final de los tiempos, fue traducida por los autores medievales en latín con el término «novissima tempora»; estos «últimos tiempos» hacen referencia, por un lado, al destino último del individuo, y por otro, al destino final de la colectividad, de la humanidad. La escatología individual describe lo aconte-

cimientos que sucederán a las personas con la perspectiva de un juicio final después de la muerte que irá seguida de una vida eterna con solución variable para unos y para otros individuos; dependiendo del desarrollo de la vida terrenal personal, se establece un lugar de castigo en el infierno y un lugar de premio en el cielo.

Esta mentalidad escatológica aplicada al análisis histórico es tan novedosa como perturbadora. El historiador ha de ocuparse de estudiar los acontecimientos del pasado y no de describir los que sucederán en el futuro. Observar los acontecimientos desde esta perspectiva «profética» puede distorsionar el resultado del estudio y la narración del historiador; pero ignorar la existencia de esta visión escatológica puede dificultar la comprensión de una interpretación histórica en cuyo trasfondo está muy asentada.

a) Escatología en el Antiguo Testamento

Esta doctrina se elaboró a lo largo de la historia del pueblo judío y su máximo desarrollo está vinculado a los libros canónicos de los Profetas, quienes a partir de una «revelación», en griego αποχαλυψισ, daban a conocer a sus contemporáneos los acontecimientos que precedería la llegada del final de los tiempos. En este contexto el pueblo judío vivió siempre atento y en la esperanza de un tiempo futuro en el que alcanzaría una tierra prometida en la que habría abundante «leche y miel»; fijaban por tanto su futuro mejor en una tierra tangible y que se desarrollaría en esta vida terrenal y en beneficio del pueblo elegido, el pueblo judío.

La realidad histórica del pueblo judío, sometido a luchas internas entre las distintas tribus que lo componían, la destrucción de Israel en el siglo VIII a. C., la deportación masiva hacia Babilonia (587 a. C.) y otros momentos menos conocidos de incertidumbres, con sus momentos de gloria, había abonado la idea de la venida de un Mesías que liberaría al pueblo judío de tantas desgracias acumuladas a través de los años. La idea de la tierra prometida es fruto de una elaboración original del pueblo judío si la comparamos con el entorno cultural en que se desenvolvió la vida de los judíos, donde no se conoce un pensamiento similar. Para los judíos su Dios había señalado un término final para el tiempo y para la historia, sin que se determine momento en el que esto sucederá, al menos antes de la venida del Mesías.

b) Escatología en el Nuevo Testamento

Los cristianos asumen esta idea escatológica y profética de los judíos acerca del fin de los tiempos, pero se separan de ellos en defender que la llegada de Cristo-Jesús señala el inicio de esos últimos tiempos, últimos tiempos que llegarán en el futuro. Para los cristianos la venida de Cristo no signi-

fica la desaparición de las calamidades y de los sufrimientos ni para la sociedad ni para los individuos; el final de los tiempos llegarán cuando se predique el evangelio en toda la tierra, porque el reino de Cristo está abierto a todos los hombres sin exclusión de ningún pueblo ni individuo, y no solo será beneficiado el pueblo elegido, aunque también el pueblo elegido.

La literatura apocalíptica cristiana tiene su punto de apoyo especial en el libro del Apocalipsis de San Juan; los llamados «Beatos», nombre debido al comentario sobre el Apocalipsis realizado por Beato de Liébana, a imitación del cual se hicieron otros muchos, han ejercido una gran influencia en todos los campos culturales de la mentalidad medieval tanto por el contenido del texto como por las miniaturas y pinturas contenidas en estos manuscritos. El Beato, copiado una y otra vez, estaba en todas las bibliotecas monásticas y era considerado como un libro de extraordinario interés. La historia del arte, especialmente en la Edad Media, es deudora de la temática a que dio ocasión la literatura apocalíptica; la abundancia y el virtuosismo de las imágenes y de los símbolos apocalípticos han excitado la imaginación de todos los artistas.

El Apocalipsis divide los últimos tiempos en dos momentos distintos y sucesivos: una primera resurrección, la de los santos y los mártires que reinarán sobre la tierra a lo largo de un período de 1.000 años, momento en el que aparecerá el Anticristo; y otra resurrección que será la de todos los muertos, y el juicio final, momento este último que vendrá acompañado de grandes y terribles acontecimientos: epidemias, terremotos, pestes, etc. Aquella determinación de los mil años excitó tanto la imaginación de las gentes y los visionarios de todo tipo que se creó la doctrina del milenarismo que angustió a no pocos en los años 1000 de la era cristiana.

7.2. El tiempo y su medición

La medida del tiempo siguió siendo una preocupación durante la Edad Media; los fundamentos generales acerca de este tema fueron puestos por Beda el Venerable (673?-735), historiador eclesiástico, autor de la obra *De temporum ratione*. Establece en ella la necesidad de correcciones en el calendario juliano con relación al año astronómico, debido a la desviaciones que estaba sufriendo el día de la celebración de la Pascua, la gran fiesta cristiana. Esta obra de Beda, y la de otros tabuladores cristianos posteriores, contribuyó a la unificación del sistema cronológico usado en la literatura histórica medieval europea, tanto en los anales como en las crónicas, no así en las obras épicas o de gestas en las que no se daba tanta importancia a la fijación cronológica. El ajuste de la narración a los datos cronológicos está mucho más desarrollada entre los historiadores del entorno de los monasterios y cabildos, que entre aquellos que se mueven en los medios de la literatura de tipo cortesano.

7.3. Las crónicas y la historia científica

La providencia divina ocupa toda la producción histórica en la Edad Media. El acontecer histórico está en las manos de Dios y no responde ni a la voluntad de los hombres ni al simple azar; Dios dirige al hombre hacia un fin establecido, de modo que lo que sucede nunca obedece exactamente a la deliberada voluntad del hombre; el hombre tiene la iniciativa en la acción pero los resultados escapan a su voluntad.

Las crónicas son el género literario medieval de mayor interés para un historiador; aunque puedan ser estudiadas, tanto por sus bondades literarias como por sus cualidades históricas, las descripciones históricas realizadas por un cronista distan mucho de las narraciones que conocemos hoy como historia científica.

El cronista, igual que el historiador, busca una información verdadera sobre los acontecimientos, lo que dará después lugar a una descripción de los hechos tal y como ocurrieron; para ello han de hacer también, uno y otro, una selección previa de los hechos que incluirán en sus redacciones. Ambos, cronista e historiador, intentan dar una explicación de los sucesos que describen ordenándolos en secuencias genéticas, pero el cronista describe sólo los acontecimientos que tienen lugar durante su vida y lo que puede llegar a conocer del pasado próximo, bien por sí mismo, bien por relatos de sus contemporáneos. El cronista realiza básicamente una tarea compiladora de los acontecimientos de su tiempo. Por supuesto un cronista puede narrar hechos de un pasado remoto con respecto a sí mismo y así también puede valorar esos hechos ya muy pasados, pero entonces deja de ser cronista para pasar a ser historiador.

El historiador escribe sobre un pasado del que no ha tomado parte alguna y con la perspectiva de un conocimiento más amplio sobre los orígenes, desarrollo y consecuencias de los acontecimientos a los que dedica su estudio. No así el cronista que describe la parte que él llegó a conocer de todo el desarrollo del proceso, pero ignora lo que vino después del final de sus días; como mucho puede prever de algún modo como se desenvolverán los hechos en el futuro próximo, pero sólo el historiador científico podrá ver como se desarrollaron realmente aquellos acontecimientos y analizarlos comparativamente con la previsión que el cronista dejó realizada.

7.4. Las crónicas medievales

En general se puede afirmar que los cronistas medievales hasta el siglo XIII, limitan sus narraciones históricas a consignar por orden cronológico unas listas esquemáticas, a veces hasta lacónicas, de los acontecimientos destacados que ellos conocieron y seleccionaron como dignos de ser menciona-

dos. En cuanto a las crónicas hispanas del citado período, incluido el reinado de Alfonso VI (1040-1109), rey de León y de Castilla (1065-1109), se puede afirmar que participan de aquel principio general ya enunciado.

Las crónicas asturianas: «Rotense», «A Sebastián» y «Albeldense», se escribieron en un mismo círculo cultural. Participan de la idea providencialista y bíblica de que los pecados de los príncipes se proyectan sobre los pueblos. La gran derrota sufrida ante la invasión dc los musulmanes es consecuencia de un inmenso pecado de los últimos reyes visigodos, pecado por el que Dios ha enviado el castigo de la ruina de aquel reino floreciente de los visigodos y las penurias en las que viven los primeros cronistas cristianos.

Aquellos cronistas elaboraron una doctrina en la que aparecen de forma consciente y reiterada la idea según la cual la legitimidad de la reconquista de los territorios ocupados por los moros nace de que Pelayo y sus sucesores están directamente emparentados, no solo por el vínculo cultural, sino también y sobre todo, por el vínculo de la sangre, con los últimos reyes godos. Para unos cronistas Pelayo «había sido espatario de los reyes Witiza y Rodrigo»; para otros era «hijo del duque Favila, de linaje real»; para otros Pelayo era «hijo de Bermudo, nieto de Rodrigo, rey de Toledo». La crónica Najerense detalla toda la sucesión de los reyes comenzando desde el momento en que los visigodos se asentaron en Toledo hasta llegar a Rodrigo; a continuación se inicia el listados de los reyes comenzando por Pelayo hasta llegar a Fernando I. A este rey se le atribuyen entre otras realizaciones a señalar, que restableció «las leyes de los godos para que tuvieran vigencia en todo el reino de León». Otros autores califican de «mito neogótico al servicio de los monarcas castellano-leoneses» este intento de ligar a estos reyes con los reyes visigodos. El providencialismo se pone de manifiesto de forma reiterada en estas crónicas, aunque cabe destacar el comentario del cronista quien dice que cuando Alfonso VI conquista Toledo: «la ciudad, por decisión divina, permaneció durante 376 años en poder de los moros, blasfemos del nombre de Cristo...».

En el reino de Aragón también los cronistas están predispuestos a exponer los intereses de sus reyes. Además de Bernat Desclot en su crónica sobre el reinado de Pedro III, destaca el cronista Ramón Muntaner con su crónica sobre Jaime I y Alfonso IV. La crónica de Pedro IV y la de San Juan de la Peña parecen buscar el establecimiento de una historia del reino de Aragón en línea con los intereses de la Corona.

En la Baja Edad Media Castellana destaca las Crónicas de Pero López de Ayala que abarcan los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III. De este autor se ha dicho que si bien vive en medio de los intereses medievales, abre el camino hacia un humanismo incipiente, elaborando un estudio psicológico de sus personajes.

En las narraciones cronísticas, tanto altomedievales como bajomedievales, encontramos documentos insertados por los cronistas como un argumento para apoyar sus afirmaciones. No faltan tampoco los relatos milagrosos y prodigiosos; así anotan acontecimientos sorprendentes que aparecen en el cielo o en las montañas y que causan asombro y espanto en los habitantes que pudieron contemplarlos; aparecen santos cabalgando por el cielo para proteger la acción bélica de los cristianos en determinadas batallas; libros en los que está escrito el rito mozárabe que, tras ser lanzados a la hoguera, saltan ilesos fuera del fuego, etc. El milagro es un elemento narrativo vinculado a las crónicas medievales porque el milagro esta integrado en las narraciones bíblicas y por ende consustancial a la fe cristiana y a la credulidad de aquellos tiempos que busca en lo sobrenatural la explicación que no pueden conocer porque ignoran las ciencias de la naturaleza. La hagiografía y los relatos de viajes también aportan elementos históricos entre sus descripciones; las primeras crean al nuevo héroe, al santo, las segundas describen lugares, pueblos, formas de alimentación, costumbres, creencias, instituciones mas bien menos que más desarrolladas, y manifestaciones artísticas en construcción, construidas o en ruinas.

Tanto la versión historiográfica eclesiástica como la laica, sirviendo la primera a las ideas cristianas, y la segunda al servicio de los monarcas y del Estado dentro del ámbito de lo religioso, están marcadas por un espíritu pragmático. Dios, piadoso y juez cercano, es el modelo y ejemplo a seguir por los reyes y los gobernantes. Las crónicas son una invitación constante a la reflexión sobre los acontecimientos pasados y conocidos a fin de evitar caer en los errores en los que los gobernantes antepasados cayeron; los consejeros de los reyes recuerdan continuamente que es preciso acudir a las crónicas y los libros que tratan de los hechos acaecidos en tiempos pasados para evitar los daños que de acciones determinadas puedan derivarse; la experiencia y el conocimiento de los hechos históricos disminuyen las posibilidades de caer de nuevo en algunos errores en los que otros incurrieron.

Nuevos aires en las crónicas medievales. Los Humanistas introdujeron nuevos aires en la historiografía. Dante Alighieri a comienzos del siglo XIV escribió su *De Monarchia* donde expone una idea antropocéntrica de la historia llamada a tener una gran influencia posterior. No descartando el plan divino sobre los destinos de la humanidad, defiende que el hombre posee un valor por sí mismo con independencia de aquel; afirma que el imperio de Roma, aun admitiendo que la *pax romana* sirvió de instrumento para fundar sobre ella el reino de Cristo y favoreciera su difusión, tiene su propia historia y que debe estudiarse como un valor en sí mismo. Para Dante existían dos centros de poder: el pontificado y el imperio; a la iglesia corresponde conducir a los hombres hacia su salvación eterna; a la monarquía compete buscar el bienestar humano comenzando por el establecimiento de la paz, y este cometido no hay que situarlo en la voluntad divina. Por este camino comienza a retrotraerse el pensamiento acerca de la historia a los

planteamientos, la forma y el esquema que habían desarrollado Polibio y Tácito.

A lo largo del siglo XIV, manteniendo el providencialismo, observamos como los cronistas ponen la atención en describir las hazañas de los reyes y los acontecimientos de los reinos, incluso introducen narraciones referidas a hechos de los particulares, como elementos integrantes de una nueva concepción de la historia. Los primeros Humanistas habían desarrollado la idea de los clásicos según la cual los hombres eran los responsable del devenir histórico; de como el hombre individual o los miembros de una colectividad eran poseedores de una «virtud» de cuyo desarrollo o no dependía el poder gozar de la buena o la mala fama que podía seguir al hombre después de la muerte. El conocimiento de Tucídides, Polibio, Tácito y otros historiadores de la antigüedad clásica sería decisivo para establecer el nuevo esquema a seguir por los historiadores del final de la Edad Media.

8. EL RENACIMIENTO

El Renacimiento es ante todo un fenómeno cultural vinculado al descubrimiento de la antigüedad clásica. El Renacimiento aparece como una especie de anuncio de una revelación laica en la que el hombre ocupa el centro de todo, frente a una tradición cristiana en la que el hombre es miembro de una sociedad terrenal que camina hacia la «ciudad de Dios». El Renacimiento tuvo su punto de formación en una sociedad concreta y en un ambiente cultural determinado y por lo tanto, aunque hoy lo podemos ver de otra manera, fue tan laico como cristiano, tan conservador como vanguardista.

8.1. El retorno a la Antigüedad

Los humanistas buscan y encuentran en la antigüedad clásica un nuevo orden de vida y unos nuevos cánones de belleza y de pensamiento conforme a los cuales estructuran una concepción de la sociedad humana distinta a la existente en la Edad Media y a la concepción cristiana. Los humanistas tratan de dar respuesta a las necesidades terrenas de los individuos y de buscar soluciones socialmente válidas para el hombre considerado en sí mismo y como miembro de una comunidad.

Desde la óptica de la historiografía, el Renacimiento supuso un cambio importante de orientación; se estableció el principio de que la historia no es el resultado de la acción de la Providencia, sino el relato de las actividades humanas inspiradas por motivos humanos. Al mismo tiempo se rompía con el pasado no solo en la forma de la narración histórica, sino también en el tratamiento de las fuentes. Se establecen una serie de técnicas, muy elementales todavía, de crítica de fuentes, tanto de los documentos como de las obras

escritas por otros historiadores. Durante esta época comienza a aparecer la idea de «progreso» en el devenir de la historia y a través de varios autores, más que de individualidades, se va percibiendo esta categoría histórica que tendrá su desarrollo mucho más adelante.

Como elemento influyente en ese desarrollo de la crítica de las fuentes hay que destacar los preámbulos y el propio tiempo de la reforma protestante durante el cual se procedió a revisar algunos asertos tenidos por axiomas durante muchos años y defendidos por la iglesia católica. Se buscaba fuentes y datos para amplificar las tesis sostenidas por los reformadores, al mismo tiempo que los católicos buscaban elementos para defender sus posiciones históricas. De esta forma unos y otros contribuían al desarrollo de la crítica histórica y a colocar a un lado la verdad histórica y a otro, los mitos y leyendas.

A muchos hombres de aquella época corresponde la gloria de haber elaborado parte del nuevo pensamiento humanista; cada autor destaca a unos o a otros conforme a sus preferencias, pero todos coinciden en señalar la fuerza del pensamiento y la influencia ejercida por algunos de ellos de los que nosotros haremos especial mención.

8.2. Maquiavelo (1469-1527)

Para Maquiavelo la historia es «maestra de la vida», rememorando el pensamiento de Cicerón, pero no tanto porque la historia se repita, cuanto por la similitud que los acontecimientos del pasado tienen con los del presente, esto es, con aquellos con los que tiene que enfrentarse el político, el príncipe actual. Este, con su conocimiento del pasado, podrá encontrar soluciones a los problemas que se le presenten. Esa similitud entre el pasado y el presente les viene de que la historia es como un fenómeno cíclico e invariable en su esencia, porque invariable es la naturaleza del hombre, que es quien construye la historia, y el hombre antiguo como el presente están sometidos a las mismas pasiones, a idénticos intereses; pero debido a su libertad, el hombre es el verdadero responsable de sus aciertos y de sus fracasos porque es él quien toma las decisiones. Vuelve por tanto a tomar fuerza el carácter pragmático de la historia tal como lo habían defendido los clásicos y que, como hemos visto con anterioridad, nunca fue olvidado, incluso, durante la Edad Media; ahora el providencialismo ha quedado a un lado.

En sus obras: *Discurso sobre la primera década de Tito Livio, El Principe, el arte de la guerra, Historias Florentinas, etc.*, restablece el principio formulado en la antigüedad clásica según el cual el hombre es la medida de todas las cosas. Si el hombre es la medida de todas las cosas, los hombres destacados en una sociedad pueden ser tenidos como ejemplos a imitar por los demás. Por el contrario, Maquiavelo, da por supuesto y en ello se apoya, que todos los hombres son malos y que hacen uso de esa maldad cada vez que tienen ocasión para ello; los hombres son por naturaleza ingratos, volubles, fingi-

dos, ávidos de ganancias y están siempre dispuestos a huir de los peligros. Expone el principio del utilitarismo en el comportamiento del hombre, y la vida humana en relación con la moral queda reducida a la ética del interés.

Para Maquiavelo, el Príncipe debe estar dotado de la «virtud», esto es, de capacidad racional, habilidad, energía para tomar con prontitud las decisiones, ironía, la astucia de la zorra y la fuerza del león, sin olvidar la prudencia; podrá hacer uso de la violencia y hasta de la crueldad si fuera necesario; se esforzará más en parecer que en ser; cuidará de su imagen ante el pueblo y evitará en todo momento el odio y el desprecio del pueblo, basando su buena imagen en la relación con el pueblo y no con las minorías. Se han entendido estas recomendaciones o exigencias de Maquiavelo como equivalente al principio de que «el fin justifica los medios», vía por la cual ni Dios ni la moral tienen nada que ver en el desarrollo de los ciclos de la historia y que viven el mismo tiempo los hombres que acomodan su vida a la moral que aquellos que hacen lo contrario, pues tanto unos como otros están sometidos a las exigencias de las leyes del tiempo y del ciclo en que les tocó vivir.

Introduce Maquiavelo en el desarrollo de la vida del hombre el elemento de la *Fortuna*, tal como lo habían considerado los clásicos greco-latinos, como una fuerza irracional que desbarata lo que el hombre con su capacidad racional, es decir, con su virtud intenta organizar. Pero este pensamiento no es obstáculo para afirmar que el conocimiento del pasado de los pueblos es de gran utilidad para conocer el desarrollo de la sociedad actual.

El propio autor nos indica las fuentes de su pensamiento: de un lado, la experiencia acumulada en la actividad política y de relación con los hombres, y de otro, el estudio de los autores de la antigüedad greco-latina. Nacido en una noble familia florentina, había participado activamente en la vida política de Florencia como secretario de la cancillería. Su participación en una conspiración le acarreó el destierro. Era un hombre que sentía una gran pasión por vivir y disfrutar de la vida en todos los sentidos. Además de la experiencia personal y su participación en la vida política interior, su participación en varias embajadas representando a Florencia, le facilitaron el conocimiento de la acción política de príncipes vivos con los que él se relacionó: Francisco Sforza, César Borgia y Fernando el Católico, entre otros.

Los clásicos moldearon su pensamiento. Roma era para Maquiavelo el modelo de la fuerza, la valentía, la acción de Estado y la milicia; un Estado fuerte y unido, frente a la debilidad y desunión de la Italia que él estaba viviendo, se convertiría en la idea central y sería formulado por el autor como el objetivo prioritario del príncipe una vez que tuviera el poder. Tras su pensamiento se detecta la concepción de la historia de Polibio, Tito Livio, Tácito, Jenofonte, Plutarco, Salustio, Virgilio, etc. Las obras de unos y otros, tanto griegos como latinos, aportarían la idea de Estado, aunque parece evidente que la máxima inspiración depende de la historia de Roma; los héroes de Maquiavelo hay que buscarlos en el Capitolio romano.

8.3. Guicciardini (1483-1540)

Abogado y político que entre otros cargos ocupó el de embajador de Florencia ante Fernando el Católico; los vaivenes políticos le apartaron de la vida política activa. Escribe la historia desde la perspectiva del hombre que ha conocido la acción política y sus formas, aspecto por el que nos recuerda a Tucídides, aunque también sigue a Tácito. Su obra *Historia de Italia*, es una muestra de la aplicación del principio de reflexión y análisis de todo y de todos los elementos que componen el devenir histórico. Todo es observado de nuevo y todo es valorado de nuevo. No perdona nada ni a nadie: ni creencias, ni soberanos, ni pueblos. Se detiene, por un lado, en reconstruir de forma racional los distintos componentes de la actividad del hombre individual a quien, como buen renacentista, estudia incluso desde el ángulo de los estados anímicos; de otro lado, analiza y establece no solo la fuerza de los protagonistas, sino también la de las multitudes, elemento del desarrollo histórico, que ahora adquieren un gran relieve. Le interesan sobre todo el establecimiento de los hechos «en sí y por sí», y en ningún caso enjuiciarlos.

En su pensamiento aparece con fuerza el azar y afirma que la fortuna, esto es, los movimientos fortuitos que aparecen constantemente y no pueden ser prevenidos por los hombres, juegan un papel destacado en el devenir histórico. Señala que debido a la importancia de las volubles circunstancias, el conocimiento del pasado tiene escasa utilidad para predecir el futuro.

Estudia todos los acontecimientos de su tiempo y explica la relación de unos hechos con otros como formando parte de un todo que trata de describir en su historia y que explica de forma perfectamente inteligible. Sigue a los clásicos y hace una exposición racional y causal de los hechos.

Para Guicciardini, como para otros contemporáneos suyos, los hombres se dejan arrastrar al mal de manera casi regular. Realiza un despiadado análisis de la irracionalidad humana. Por si la fuerza de la diosa fortuna no fuera suficiente para afirmar la incertidumbre en la acción política, aún debemos contar, nos dice, con las acciones del pueblo, «animal loco, lleno de mil errores y de mil confusiones, inestable...». Descubre y destaca que la actividad política se desenvuelve en un plano acristiano ya que en ella prima «la razón y el uso de los Estados», aunque no admite que Dios se mantenga al margen del desarrollo histórico. A pesar de la observación crítica de los hechos y de su independencia de criterio, en el tiempo en que le tocó vivir, no era posible mantenerse de espaldas a la cultura religiosa y moralista de la época.

9. LA HISTORIA EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII

Descartes (1596-1650) con su sistema filosófico influyó por una doble vía en la elaboración de los estudios históricos. En primer lugar, su filosofía

racionalista favoreció la búsqueda del rigor y despertó el espíritu crítico como elementos aplicables a la investigación histórica. En segundo lugar, establece definitivamente la idea de «progreso» como la tendencia general de la sociedad. La humanidad inmersa en la naturaleza, participa de un progreso natural constante como consecuencia de su participación de las leyes de la naturaleza; leyes inmutables de las que participa la naturaleza humana en su esencia.

9.1 Bossuet (1627-1704)

Vivió Bossuet en un siglo de crisis de varios niveles: hambres y revueltas; guerra de los treinta años (1618-1648) de la Fronda (1648-1653); desórdenes en los Países Bajos; crisis políticas y religiosa del jansenismo. Es el siglo del absolutismo político, con un amplio grupo de privilegiados de un lado, y de otro, la inmensa población no privilegiada y descontenta. Es el siglo del mercantilismo, del desarrollo del racionalismo y de la revolución científica. Fue preceptor de Luis XIV de Francia durante 1670-1680. Era un hombre de una fe inquebrantable y su concepción histórica es una consecuencia de su creencia cristiana y católica. Recurre continuamente a la Biblia con el fin de extraer de ella los principios que sustentan su pensamiento histórico.

Su obra *Discurso sobre la historia universal* fue escrita con la finalidad de que sirviera para la educación del príncipe y está cargada de preocupaciones pedagógicas, ajustándose al principio de que la historia ha de servir de lección permanente para los gobernantes. Conoce y sigue las enseñanzas de San Agustín en la *Ciudad de Dios* y entiende la historia como una obra de la Providencia; destaca la necesidad del orden y defiende la legitimidad de los poderes establecidos.

Afirma que Dios no declara a diario su voluntad a los reyes por medio de los profetas, ya lo hizo por medio del nacimiento, desarrollo y caída de los distintos imperios que en la antigüedad han sido; basta con conocer y mirar detenidamente hacia atrás y veremos como es Dios quien funda los imperios y los reinos y quien determina la duración de cada uno de ellos. Invita a sus lectores a contemplar la providencial victoria de la religión: primero en Israel, un pueblo débil por sus luchas internas y sometido a la fortaleza de los reinos vecinos; y segundo, con el triunfo del cristianismo sobre un mundo pagano y hostil. Católico convencido, ataca a los protestantes a los que califica de fruto de la rebelión de algunos hombres de iglesia que por capricho han inventado nuevos dogmas. Monárquico convencido, presenta a la monarquía como la forma de gobierno más común, más antigua y más natural, aunque no excluye otras formas de gobierno.

Muestra una gran preocupación por el orden y por la defensa de la unidad y sostiene que «en la unidad está la vida; fuera de la unidad la muerte segura»; se muestra a favor de la necesidad de la obediencia a la autoridad recu-

rriendo a los textos bíblicos y al comportamiento de los primeros cristianos para fundamentar su argumentación.

Algunos hombres de su tiempo exponían sus pensamientos contra la Providencia indicando, entre otras cosas, que el mal está distribuido en el mundo de tal manera que supera al bien, o que la historia demuestra que el mal triunfa y la justicia fracasa. Bossuet responde a estos pensadores argumentando que la cercanía a los acontecimientos hace grandes o muy grandes los sufrimientos, pero la fe cristiana nos proporciona una visión y una perspectiva según la cual la meta del hombre no está en este mundo sino en la vida eterna, hacia la que todo conduce, incluso el sufrimiento. Es más, Dios permite el triunfo momentáneo de los impíos y malvados porque se vale de todos los hombres para llevar a cabo sus planes de salvación de la humanidad, de la misma manera que se sirvió del imperio romano y su amplio asentamiento para la predicación del evangelio a todos los hombres; del mismo imperio romano tomó la iglesia católica el esquema para su organización universal.

9.2. **Vico** (1668-1744)

Giambaptista Vico, abogado napolitano, es un historiador que colocó a la historia en el lugar que le corresponde entre las ciencias, después de que el cartesianismo hubiera menospreciado los estudios históricos. Se propuso ante todo la tarea de formular los principios del método histórico, que es distinto del aplicable para las ciencias de la naturaleza sometida a sus propias leyes. La historia es el estudio del pasado humano. Descartes había establecido el principio de las *ideas claras y distintas* como criterio de verdad. Rechazó Vico este principio filosófico dominante en la época, porque esa formulación teórica en vez de objetiva, como pretende su autor, es un criterio subjetivo y psicológico ya que del hecho de que yo piense en mi idea de forma clara y distinta sólo se puede deducir que creo en ella, pero no que sea verdad; así una idea por más falsa que sea, nunca podrá convencernos de ser verdad por su aparente auto-evidencia. Afirma Vico que la condición para que se pueda conocer algo con verdad es que el sujeto que conoce haya fabricado aquello que se pretende conocer. Dejando a un lado las implicaciones filosóficas de este principio, para Vico la historia es algo hecho por la mente humana, algo creado por el hombre, y es por tanto algo propio para ser objeto del conocimiento humano. La investigación histórica consiste en conocer la génesis y el desarrollo de las sociedades humanas y de sus instituciones: lenguajes, costumbres, leyes, gobiernos y sus formas, etc. El hombre es como el creador que da existencia a las sociedades humanas y esa es la materia, en todos sus detalles, de la historia.

Con esta posición teórica establece Vico unos principios metodológicos para ser aplicados a la investigación histórica:

1. Determinados períodos históricos tienen características generales semejantes entre sí, pero con significadas diferencias en los detalles, aunque sean distantes en el tiempo. Encuentra el autor semejanzas entre la época homérica y la Edad Media europea por ser las dos épocas sendos períodos heroicos.

2. Establece un orden en la sucesión de los ciclos históricos: primero la fuerza bruta; después el período de la fuerza heroica; a continuación la época de la justicia; le sigue la originalidad deslumbrante; más tarde la reflexión constructiva; y por último, la opulencia a la que sigue el abandono y despilfarro de todo lo conseguido. Esta sucesión de etapas no equivale a la producción de cortes tajantes, sino que cada nueva etapa va asumiendo elementos del ciclo anterior; tampoco se suceden unas etapas a las otras con tanta rigidez que no se adviertan muchas excepciones.

3. La historia jamás se repite, sino que el nuevo ciclo crea, a partir de lo anterior, nuevos elementos; de esta manera más que repetirse los ciclos, como si de un círculo se tratara, las etapas se van mejorando unas a las otras creando la imagen de una espiral en progreso ascendente.

Además de los principios formulados, todavía expone una serie de advertencias que han de ser asumidas por aquellos que pretenden estudiar el pasado del hombre:

1. Es frecuente leer en las narraciones históricas tal cúmulo de grandezas atribuibles a épocas pasadas que el lector se ve en la obligación de formular aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor, más grandioso, incluso más justo que las etapas sucesivas. La falacia está servida. En este mismo orden de cosas podrían encajar las narraciones históricas, sobre todo nacionales y locales, cuyos autores creen haber encontrado el ombligo del mundo de las grandezas y glorias solo igualadas por héroes legendarios sin tacha ni defecto alguno.

2. Fiel al principio de que es el hombre el que crea los hechos que después serán objeto de la historia, rechaza aquella investigación histórica según la cual cualquier pueblo que ha llegado a un determinado desarrollo en sus instituciones necesariamente ha sido por la influencia emitida por otro pueblo o sociedad; cree Vico que cada pueblo o sociedad ha podido llegar a crear las mismas o similares instituciones sin necesidad de haber sido objeto de influencia externa, porque la mente humana es capaz de crear las instituciones. Es más, admitida la influencia de una sociedades sobre otras porque así ha sucedido a lo largo de la historia, la sociedad receptora solo admitirá tanta parte de la influencia proveniente del exterior cuanta esté capacitada para asimilar a tenor del grado de desarrollo alcanzado por la sociedad receptora.

3. El historiador ha de estudiar críticamente las fuentes y revisarlas a pesar de que hayan sido ya establecidas por las grandes autoridades en la materia, principio revolucionario para su tiempo, y aprovechar las enseñanzas de la filología para el establecimiento y aprovechamiento de las fuentes ya que las palabras han ido apareciendo a medida que las sociedades iban necesitando de ellas, incluso han podido cambiar de significado a lo largo de los tiempos. El estudio de los mitos y leyendas que han pasado de generación en generación pueden emitir mucha luz acerca de la estructura social y política, de la economía y la cultura de un pueblo.

En realidad todos estos principios, métodos y puntos de vista expuestos por Vico en su obra *Ciencia Nueva*, nacieron en un época en la que no podían ejercer la influencia que solo unas décadas posteriores ejercieron, sobre todo después de ser descubierta su obra por los historiadores alemanes y reconocerla como obra a tener en cuenta y a seguir en muchos aspectos.

El siglo de la Ilustración. Desde el tiempo del Renacimiento venía ganando terreno en el campo de la investigación histórica la idea de explicar los acontecimientos del pasado mediante la exposición de las causas que dieron ocasión a cada uno de los hechos históricos. Es durante el siglo XVIII, el siglo de la Ilustración, cuando a esa explicación causal de los hechos se une la gran preocupación de los historiadores por la crítica de las fuentes históricas y la búsqueda de los factores y causas que pudieran mejorar el establecimiento de cada uno de los hechos del pasado y la explicación de la conexión entre unos y otros acontecimientos.

El pensamiento filosófico de Crocio, Harrington, Hobbes y Locke, entre otros, despierta el interés de los intelectuales de su tiempo hacia las ideas sociales y políticas, que pasan a formar parte de las preocupaciones de la investigación histórica. Los acontecimientos del pasado dejan de ser algo aislado para pasar a ser una concatenación de hechos; dejan de ser hechos aislados y referidos a situaciones concretas para pasar a ser de valor y aplicación universal dando lugar a obras de historia universal. Este camino lleva muy pronto a la realización de una historia de los distintos pueblos conocidos y a la elaboración de una historia comparada de la vida de los distintos pueblos.

Son muchos los autores que consideran que la obra de Ferguson, *Historia de la sociedad civil* (1767), marca el inicio de la Sociología. En ella estudia los grupos sociales, las distintas categorías sociológicas y los cambios sociales y las causas que los producen en las distintas sociedades. Al mismo tiempo aumentaba el interés por el análisis del entorno geográfico y el clima, el nivel intelectual de los distintos pueblos y razas, el estudio de las características culturales de los distintos grupos sociales, el conocimiento de los factores comerciales y sus repercusiones como medio de relacionarse los pueblos y sociedades, elementos todos ellos que iban pasando a formar parte de las

narraciones históricas, enriqueciéndolas de tal forma que la historia llegó a ser un todo en el que se incluye el estudio de la actividad del hombre y de las sociedades.

Este nuevo panorama del contenido de la investigación histórica se convirtió en patrimonio común y fue asumido por los historiadores en su conjunto, pero de forma distinta: unos prestaban más atención y desarrollaban más los factores físicos y biológicos como causas que habían motivado los hechos históricos; otros colocaban el énfasis en la exposición de las causas de carácter cultural, social y psicológico.

9.3. Montesquieu (1689-1755)

Aristócrata, con nobleza probada de muchos años, fue presidente del Parlamento de Burdeos. En su pensamiento cabe destacar, entre otros, los aspectos siguientes: de un lado, su teoría de los climas; y de otro lado su teoría de separación de los poderes. En primer lugar, como importante cosechero de vinos de Burdeos y entendido en el comercio internacional, daba, como no podía ser de otra manera, mucha importancia a los factores físicos, en especial a los climáticos, muy relacionados con las cosechas agrícolas y los beneficios de ellas derivados y por consiguiente con la subsistencia de los pueblos y la densidad de población y el nivel intelectual de los pueblos. Todos estos elementos le sirven para explicar las diferencias y los cambios que se producen en las distintas sociedades. Consideraba Montesquieu que la naturaleza humana no cambia, es decir, es inmutable, y por lo tanto el esquema histórico puede ser aplicable a cualquier sociedad de cualquier período histórico; el hombre es siempre el mismo en todas las épocas, siempre que se mantenga en los mismos lugares, y por lo tanto el cambio social se produce como consecuencia de las migraciones y de los contactos culturales, favorecidos de forma especial por el comercio.

En su obra *El espíritu de las leyes* expone la naturaleza de las distintas formas de gobierno y las distintas leyes que se han dado los pueblos. Formas de gobierno y leyes que obedecen a unos principios generales de los que dependen las cuestiones particulares. Las leyes dependen y están relacionadas con el suelo, el clima y las formas de vida y costumbres de los pueblos; destaca con fuerza la importancia de las costumbres de cada pueblo; la historia de cada pueblo no es otra cosa que la consecuencia de la aplicación de aquellas instituciones y leyes. La teoría de Montesquieu esta apoyada en la fuerza de los contrapesos y de los poderes intermedios, como el parlamento y la nobleza frente a la monarquía con todo el poder. Gracias a Montesquieu la división de poderes en la organización de las sociedades se ha convertido en una especie de dogma político e histórico: el poder ejecutivo, el poder legislativo y el poder judicial, son tres elementos de contrapeso del poder, y no deben encontrase en un solo hombre, por el contrario han de tener independencia unos

poderes de los otros y ser ejercidos por personas distintas. Describe varias formas de gobierno, pero solo condena el gobierno despótico.

En su obra *Grandeza y decadencia de los romanos* señala que existen unas causas generales que explican tanto la grandeza como la decadencia de un pueblo, y que en ellas sólo de forma completamente accidental pueden incidir el azar y la diosa fortuna en el desarrollo de aquellas causas generales. Afirma también que la evolución de la humanidad se produce a través de unas etapas sucesivas en las que hay que destacar la importancia de los medios materiales de subsistencia de las diferentes sociedades.

9.4. François-Marie Arouet (Voltaire) (1694-1778)

Se acepta comúnmente que fue Voltaire quien mejor encarnó el espíritu de la Ilustración francesa, y fue el gran defensor de la razón, hasta el punto que colocó a la Razón en el lugar que a Dios le correspondía. Teorizó mucho sobre la historia, aunque también escribió obras históricas como: *El siglo de Luis XIV, Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones.*

El siglo de Luis XIV, más que una historia del reinado del citado monarca francés, es un estudio de la época del monarca distribuido por temas: las artes, las ciencias, la religión, la política, las finanzas, el comercio, la industria, la guerra, etc. capítulos en los que aparecen otros tantos personajes representativos de la época y de cada tema. La obra resulta una propuesta práctica por la que se intenta sustituir la idea de la Providencia a favor de la idea de Progreso.

En su obra *Ensayo sobre las costumbres...* pretende hacer una historia universal, en la que dice buscar la escueta verdad y en la que ataca la mentira que, según él nos dice, se encuentra en las fábulas, los mitos y las leyendas que son como las ramas que cuelgan del árbol de la historia. Estudia los usos y costumbres de las principales naciones, siempre oponiendo las luces de la razón a la superstición y la ignorancia, que no son otras, según dice, sino la religión y el conjunto de verdades establecidas. Desde esta posición lanza un furibundo ataque a la tradición y religión judías; entre sus afirmaciones recogemos esta perla contra los judíos: «sois animales calculadores; tratad de convertios en animales pensantes». Ataca con argumentos, tan contundentes como escasos de fuerza, aunque fácilmente asumibles, a la religión católica y sobre todo sus dogmas. Este pensamiento no es obstáculo para que afirmara que la naturaleza entera nos está diciendo que Dios existe y «si Dios no existiera habría que inventarlo».

9.5. Hume (1711-1776)

Filósofo escocés, viajero e historiador de gran éxito en su tiempo y político en activo en su madurez. En su obra *Historia de la Gran Bretaña,* en diecinueve volúmenes editados a partir de 1754, concede gran importancia a las

causas culturales y educativas, así como a la psicología de los pueblos, a la hora de explicar las sociedades, sin descartar los factores climáticos y biológicos. A aquellos hay que añadir el estudio de los contactos entre los distintos grupos y el intercambio de ideas y el comercio entre las diversas sociedades como elementos que conforman a una sociedad. Así expone como el desarrollo económico se basa en la división del trabajo y en el mercado de los productos, no solo por el intercambio de los productos agrícolas y los manufacturados, sino también y de forma especial por el comercio exterior, pues uno y otro aportan nuevos medio de subsistencia, un aumento de la población, de la riqueza y de la ciencia y, en general, un progreso de la humanidad.

9.6. **Herder** (1744-1803)

Consideraba Herder que en el desarrollo de las sociedades hay unos elementos prioritarios que hay que tener en cuenta: los factores sociales y los económicos, aunque sin olvidar el entorno geográfico, sobre todo el clima por su carácter de permanente, pero sin caer en el determinismo geográfico de Montesquieu. En oposición a éste y a Hume, considera Herder que la naturaleza humana no es inmutable, sino diversa y variable, aunque tiene elementos fijos como los de la raza que va moldeándose por el medio ambiente geográfico, y que cada una de las razas humanas tiene sus características fisicas y mentales moldeadas por ese ambiente y por la historia del propio pueblo al que pertenece; el concepto de la raza entra en el análisis histórico. Divide Herder a la humanidad en varias razas; cada raza, una vez formada, es un tipo humano que tiene características permanentes. La raza humana que ha alcanzado un desarrollo histórico singular es la europea debido a las peculiaridades geográficas y climáticas del continente. Dentro de Europa la más desarrollada es la raza nórdica, cuyo predominio en América del Norte es la condición necesaria para explicar la grandeza del continente norteamericano. En Europa la pureza de la raza alemana está a la base del desarrollo de la cultura alemana.

La historia como una narración de una colección de hechos, deja paso al estudio de los elementos internos de las sociedades y a los distintos tipos físicos de seres humanos que son previos y condicionan los propios hechos históricos, de manera que el carácter de un pueblo es el que es, porque así se ha ido forjando desde las peculiaridades físicas y psicológicas innatas y en el transcurrir de los tiempos pasados. El progreso constante de la mente humana y la influencia ejercida por la educación y la propia historia van transformando al hombre y a las sociedades. Herder abrió un nuevo camino para los estudios históricos: la literatura. Creía que la literatura no es ajena a la formación del espíritu de un determinado pueblo y que su estudio daría como resultado el conocimiento del alma popular y la vida del pueblo para lo que aportarían muchos datos también el estudio de la evolución de su idioma; el conocimiento de la literatura aportaría un conocimiento muy preciso de la vida interior de las sociedades de épocas pasadas.

10. LA HISTORIOGRAFÍA DEL SIGLO XIX

Durante las últimas décadas del siglo XVIII las revoluciones francesas alertan a los alemanes por la proximidad del foco revolucionario y por tener en sus respectivos pequeños territorios una situación similar a la que se estaba derrumbando en el país vecino. Algunos intelectuales alemanes sienten muy pronto la ausencia de una conciencia nacional y los perjuicios que esta situación puede crear frente a la nueva relación entre las fuerzas sociales que se estaba asentando.

En Alemania se escribía una historia particularista o cosmopolita pero no se escribía una historia de la nación alemana. Se habían hecho varios intentos por sacar adelante la idea de escribir una historia nacional a base de recoger y dar a conocer todas las fuentes históricas de la antigüedad alemana, el Imperio Germánico, pero los proyectos elaborados en esta dirección habían encontrado escaso éxito entre los historiadores a los que se les había hablado del proyecto y faltaba también un apoyo económico que sustentara su realización. Algunos profesores de la universidad de Gotinga (Hannover) habían iniciado un nuevo modo de concebir la historia a base de un estudio minucioso y crítico de la documentación histórica legada por el pasado, pero no solo para fijar con exactitud las guerras y las batallas o los cambios de dinastías en la sucesión de los reyes; buscaban datos económicos, demográficos, institucionales. Aparecía así el movimiento que pronto sería denominado *positivismo histórico*, cuyos máximos representantes son Niebuhr, Rancke y Mommsen en Alemania; en Francia varios autores vinculados al L'Ecole de Chartes. Como veremos, otros autores que comenzaron su obra dentro de las premisas del positivismo, se alejaron de sus postulados.

10.1. Niebuhr (1776-1831)

Profesor en la universidad de Berlín desde 1810 fue un pionero en la aplicación del método histórico crítico en sus obras históricas. Su *Historia de Roma* es un modelo de análisis filológico y crítico de los documentos; sin olvidar las aportaciones de historiadores como Tito Livio y otros autores clásicos, estudia con espíritu crítico las fuentes literarias y los restos epigráficos latinos y en vez de escribir una historia de Roma a base de exposición de acontecimientos, considera a Roma por encima de todo como un gran Estado y busca la reconstrucción de las instituciones políticas, legales, económicas y sociales de un gran Estado; aparecen los patricios y los plebeyos como dos grupos humanos contrapuestos en una sociedad agraria como temas de interés histórico a considerar. Por este camino la historia razonada y documentada empieza a dejar a un lado la mera crónica erudita y coloreada.

En el año 1819 se funda en Frankfurt la Sociedad para el Estudio de la Historia de Alemania; Stein propone y consigue que la publicación del con-

junto de fuentes tenga por título *Monumenta Germaniae Histórica*. Pertz puso todo su empeño en editar las fuentes históricas carolingias. Böhmer convencido de que el conocimiento del pasado sería instructivo para afrontar el presente, comenzó la edición de las Actas Imperiales; su obra *Fontes Rerum Germanicarum*, publicadas en 1843, tenía una clara finalidad de estimular la conciencia nacional alemana entre estudiantes en todos los niveles educativos. A la edición de las fuentes acompañaba una historia narrativa del periodo comprendido por los documentos publicados. Posteriormente Ficker y sus discípulos tuvieron que mejorar la edición documental de Böhmer. Otros muchos historiadores alemanes que con similar intencionalidad aportaron su esfuerzo a la misma causa.

10.2. Von Rancke (1795-1886)

Destaca entre todos ellos y se le atribuye el honor de ser el que consolidó la historia como una ciencia. Enseñó historia en varias centros universitarios antes de llegar a la cátedra de la universidad de Berlín. Su obra fue muy extensa y cabe destacar estos títulos: *Historia de los Pueblos Románicos y Germánicos*, *La Monarquía Española en los siglos XVI y XVII*, *Naciones Teutónicas y Latinas*. La obra que le elevó a figurar entre los grandes historiadores del mundo apareció con el título de *Historia de los Papas*. En ella aparecen los pontífices de la iglesia católica como un factor de unificación y de desarrollo de Europa; protestante y conservador, Rancke, habla del pontificado con simpatía y con una reconocida objetividad, elementos que le acarrearon grandes y duras críticas entre los protestantes; la obra destaca por la continua utilización de fuentes documentales originales, gran erudición y acumulación de información. Como contrapartida a esta escribió la obra *Historia alemana en tiempo de la Reforma (siglo XV-XVII)* en la que además de tratar el protestantismo desde su nacimiento va insertando, alternativamente, narraciones del catolicismo coetáneo.

Toda su obra se basa en los documentos. Tras una búsqueda exhaustiva por diversos archivos, analizó aquella documentación original minuciosamente, tanto desde el punto de vista de la Paleografía y de la Filología, como de la Diplomática, para asentar su autenticidad; el método de análisis documental ya lo había establecido Mabillón. El propio Rancke decía que

> «...viene un tiempo en el que ya no edificaremos la historia moderna sobre relatos de historiadores, ni siquiera de los contemporáneos, excepto allí donde estos poseían un conocimiento original, y menos aún de escritores de segunda mano, sino sobre relatos de testigos oculares y de documentos originales».

Para Rancke el testigo más cercano a un acontecimiento es el mejor y las cartas de los actores de más valor que la anécdota de los cronistas. A esta afirmación sobre los documentos hay que añadir su continua preocupación por

conocer y captar la personalidad del escritor y averiguar el origen y procedencia de la información. En su obra pone de manifiesto una y otra vez el factor decisivo de los hombres de acción en la historia y que la actividad de estas personas individuales se canaliza a través de las naciones que son el ente fundamental de la sociedad, y cada sociedad es distinta y peculiar. Pedía a quien quisiera escucharle que en la narración de la historia hay que sujetarse a los hechos y dejar a un lado toda invención e imaginación o coloreado de los mismos, en clara referencia a las formas de los relatos históricos de la época del romanticismo; predicaba que hay que divorciar el estudio del pasado, tanto como sea posible, de las pasiones del presente y escribir las cosas tal como fueron, se trata de mostrar lo que de hecho ocurrió y mantenerse en el puro plano de espectador ante los hechos.

10.3. **Mommsen** (1817-1903)

Participó activamente en la vida política de su tiempo. Su obra histórica se centró en el estudio de Roma después de reunir todos los documentos que pudo desde los tiempos más remotos de la ciudad. Estudió los *Dialectos itálicos*, que constituyen una aportación transcendental para la historia y la etnografía de los primeros tiempos de Roma. Reunió todas las inscripciones romanas, participando activamente y dirigiendo un extraordinario equipo de epigrafistas que publicaron el ingente *Corpus de inscripciones latinas*. Este «Corpus» aporta una gran cantidad de datos históricos para el conocimiento de la vida pública y privada, la administración, las ciudades, el ejército, la religión, el arte, las comunicaciones, las condiciones sociales, y otros muchos aspectos de la vida de los romanos.

Sus obras históricas más destacadas son: *Historia de Roma* y *Derecho público romano*. La *Historia...* marcó un antes y un después no solo en el estudio de Roma sino también en la forma de estudiar la historia; allí aparecen nuevas aportaciones sobre etnología, sobre las instituciones y la vida de la sociedad italiana primitiva. Se le ha tachado de parcialidad, calificación a la que Mommsen ha contestado que habiendo vivido intensamente los momentos históricos que a él le han tocado vivir «empieza a ver que la historia no se escribe ni se hace sin odio o amor». Su *Derecho público romano* es el tratado histórico más grande que se haya escrito nunca sobre las instituciones políticas. Está lleno de citas de autores y de notas. Más que desde Roma, es una obra histórica escrita desde el estudio de las líneas de las fronteras del imperio, las provincias romanas, las guarniciones, los impuestos y su sistema, el comercio, etc. En sus últimos años participó también en los *Monumenta*, siendo responsable de los *Auctores antiquissimi* que abarcan los siglos de las invasiones. En todas sus obras destaca el método crítico y minucioso aplicado a todas y cada una de las fuentes históricas que utilizó.

Partidario de una Alemania unificada en un Estado fuerte creía firmemente en la necesidad de elevar el nivel cultural, y a este objetivo dedicó un gran esfuerzo.

En la obra de Niebuhr, en la de Rancke y en la de Mommsen, se pueden apreciar motivos políticos e ideológicos por los que la escuela histórica alemana concentró sus esfuerzos en el ámbito de la historia política y diplomática en tanto en cuanto existía la convicción general de que su tarea era muy importante para la «construcción de un Estado nacional alemán». Esto que pudiera empañar la labor por ellos realizada, para nada disminuye su importancia en la elaboración de un método histórico científico basado en el análisis crítico de los documentos históricos, en un estudio de los datos con independencia de las intenciones del historiador y la exclusión de las falacias, adornos y arbitrariedades históricas no asociadas a la realidad de los hechos; una cosa es «mostrar lo que realmente sucedió», actitud plausible, y otra bien distinta es la carga ideológica destinada a «instruir el presente en beneficio del porvenir» muy concreto.

El nuevo método histórico basado en la investigación en los archivos históricos y los primeros resultados de la arqueología dio origen a la institucionalización de los estudios históricos mediante la creación de un buen número de cátedras de historia en distintas universidades de Europa y América, a la formación de los Archivos Históricos Nacionales en Francia, Alemania, España (creación del Archivo Histórico Nacional de Madrid en 1866), a la aparición de revistas históricas, entre ellas la española Boletín de la Real Academia de la Historia (1877).

10.4. L' École de Chartes

El positivismo en Francia está vinculado a la creación del L' École de Chartes en el año 1820 y a la influencia que ejerció sobre la actividad de los historiadores.

Guérard fue alumno y después Director de la citada institución. Dedicó su vida a la edición y estudio de los cartularios de las grandes abadías francesas y el Políptico del abad Irminón que contiene abundantes detalles sobre las vastas haciendas del monasterio de Saint Germain-des-Prés en tiempo de Carlomagno, y analizó las relaciones entre los grupos sociales y los sistemas de propiedad de la tierra.

Delisle, alumno del L' École de Chartes y amigo y discípulo de Guérard, era un maestro en Paleografía y Diplomática, de lo que dejó constancia en su extraordinario manual. Su tarea consistió en catalogar y editar documentos manuscritos de la Biblioteca Imperial de la que era su director. Destacan sus ediciones y estudios de *Las Actas de Felipe Augusto* que son reconocidas como obras modélicas.

Giry, también alumno del L' École de Chartes, dedicó su atención a la edición y estudio de los documentos concejiles, aplicando a este análisis todos los abundantes conocimientos que le había proporcionado su erudición en Paleografía y Diplomática. Su manual de Diplomática ha ejercido una extraordinaria influencia en las generaciones posteriores de diplomatistas.

Fustel, así mismo discípulo de Guérard, expuso los principios metodológicos a los que debe ajustarse la actividad del historiador: todas las opiniones acerca de la historia, incluso las más generalmente admitidas, deben considerarse con desconfianza; el historiador debe emprender su tarea no solo sin ideas preconcebidas, sino también sin elaborar hipótesis previas; la ciencia histórica consiste en la interpretación de los documentos, para lo que bastan un espíritu sin prejuicios, el documento y el conocimiento del idioma en que están escritos los originales; después el historiador debe mirar los documentos con la mentalidad de los contemporáneos no como aparecen ante la mente del que los analiza; los lectores de la obra del historiador no han de llegar a saber jamás si el autor es republicano o monárquico, liberal o reaccionario. Para sus críticos el método de Fustel lleva demasiado lejos la duda cartesiana, y su positivismo, vinculado a la metodología de las ciencias físicas y sujeto a la idea de causa-efecto de las leyes de la naturaleza, le obligaba a dejar fuera de consideración otros elementos de la acción del hombre; desgraciadamente, sus escasos conocimientos de Diplomática le llevaron a apoyar sus narraciones históricas en algunos documentos, especialmente merovingios, cuya falsificación fue comúnmente admitida posteriormente.

Augusto Comte (1798-1857), ha sido considerado como el pontífice del positivismo aunque más desde su consideración filosófica que desde la óptica del historiador. A este respecto su pensamiento lo expuso en su célebre obra *Ley de los tres estados* por los que atraviesa la historia del espíritu humano.

La primera fase es la mitológica-teológica en la que el hombre hace depender los acontecimientos y fenómenos de la voluntad de poderes superiores, que en el estadio más primitivo se atribuyen a las propias cosas animadas (fetichismo), después a una serie de dioses, y más tarde a un solo Dios que rige todo el mundo.

La segunda fase consiste en un período metafísico en el que de forma algo más crítica aquellas fuerzas son sustituidas por entidades abstractas denominadas fuerzas, esencias, alma, ideas. Abandonados los mitos y leyendas, se pretende saber el porqué y el cómo de las cosas.

La tercera parte la denomina periodo positivo en el que el hombre conoce la esencia del saber humano; se limita a saber lo positivamente dado, es decir, lo que es aprehensible en la experiencia sensible externa e interna; esto es ya realidad y no ficción; el hombre busca la relación de causa-efecto que le

permite conocer las series de acontecimientos encadenados unos a otros como ocurre en las ciencias físicas.

Estos tres estados son sucesivos y no yuxtapuestos y la ley histórica asegura el cumplimiento de las tres etapas. Las naciones europeas: Francia, Alemania, Italia y España ya están en la tercera etapa, pero ello no significa que se hayan eliminado todos los elementos de los estados anteriores; la situación de crisis actual en Europa responde a esa situación de tránsito de uno a otro estadio, al estado positivo.

Jules Michelet (1789-1874) hace una investigación histórica apoyada en una búsqueda de documentación original en los archivos. Anticlerical y polemista, tanto como antimonárquico, su *Historia de la revolución francesa* deja traslucir un ferviente nacionalismo, sin que olvide presentar el conflicto político e ideológico asociado a las condiciones económicas y sociales de cada uno de los momentos de la revolución. Otorgó el protagonismo revolucionario a un nuevo agente histórico que articuló en torno al concepto de «pueblo de Francia», entendiendo por tal el sector laborioso de la población opuesta a los privilegiados. De hecho Marx dirá que descubrió la lucha de clases leyendo a los historiadores franceses: Thierry, Guizot, Tocqueville y Michelet. Este contribuyó a que la historia nacional y un tanto romántica se extendiera por otros muchos países a lo largo de todo el siglo XIX.

10.5. Macaulay-Burckhardt

El siglo XIX es el siglo de la historia, del hecho dado, el siglo del triunfo del documento y del nacionalismo histórico. Los historiadores ingleses también se adhirieron a esta corriente positivista. Macaulay (1800-1859) atendió tanto a la investigación archivística y de fuentes documentales, cuanto a la conservación de la tradición retórica y literaria para el relato histórico. Diputado liberal, juzga y elabora la historia metiendo en escena el presente inglés de la Inglaterra victoriana, próspero y complaciente. Además de la historia entendida al gusto positivista alemán centrada en lo político y lo diplomático inserta abundantes elementos de lo que hoy entendemos por historia social, cultural y de las mentalidades. En su obra *Historia de Inglaterra*, que no pasa de ser una historia de la revolución de 1688 y el reinado de Guillermo III, es una defensa del liberalismo y de la industrialización. Se ha afirmado que es el más grande de los historiadores de su partido político, no el más grande de los historiadores, y desde esta óptica a veces renuncia a la verdad, tanto de los hechos como a la hora de retratar a sus personajes, en beneficio de una frase eficaz y contundente.

Ya desde finales del siglo XIX algunos historiadores ponían en cuestión algunos principios por los que se había regido el positivismo. No se cuestionaba tanto el método en lo relativo a la crítica razonada de los documentos y a la apoyatura de la investigación en documentos originales de archivo,

cuanto los fines políticos de sus narraciones que favorecieron la creación y extensión del nacionalismo alemán; se valoraba negativamente su relato casi exclusivo de los aspectos político-diplomáticos y militares del acontecer histórico en detrimento del estudio de otros aspectos y el excesivo peso concedido a las individualidades en el desarrollo de la historia. Los resultados de la aplicación del método positivista fueron una serie de monografías exhaustivas sobre tiempos históricos muy concretos y relatados por los historiadores positivistas de forma muy útil para los especialistas en las respectivas materias.

Burckhardt (1818-1897) con su obra *La civilización del Renacimiento italiano,* ampliaba el campo de acción del historiador a temas no político-diplomáticos y militares, al tiempo que se alejaba del positivismo histórico porque había eliminado al historiador en la construcción del relato histórico reduciéndolo a la función de mero espectador; otro tanto había hecho Dilthey con relación a los principios del positivismo.

Turner (1861-1932) por su parte proclamaba que a la hora de hacer el relato histórico «debemos tener en cuenta todas las esferas de la actividad del hombre» y no solamente lo político-diplomático y militar.

10.6. **Marx** (1818-1883)

Marx nació en Tréveris; era hijo de un abogado judío. En la universidad siguió a Hegel y con Feuerbach entró a formar parte de la corriente denominada izquierda Hegeliana. Para Hegel la idea, el espíritu, era lo primero y lo fundamental, todo lo demás era sólo un fenómeno derivado de la idea, del concepto o del espíritu del mundo. Para Marx lo primero y lo fundamental es la realidad material; en cambio, todo lo ideal: costumbres, derecho, religión, cultura no son sino fenómenos derivados de la materia; las condiciones que determinan el modo de ver las cosas, de pensar y de obrar y, por consiguiente, todo el proceso de la historia humana, tienen sus raíces en lo material. Declara la guerra a toda metafísica. De igual modo rechaza toda las ideas religiosas como presupuesto para la creación de un mundo en el que el hombre sea dueño de sí mismo; porque la religión es lo que más quita al hombre la conciencia de su miseria al consolarse con la esperanza de otro mundo mejor; por eso afirma que la « religión es el opio del pueblo». Conserva de la filosofía de Hegel la idea del eterno devenir, de la superación de los contrarios, el avance incesante hacia lo nuevo; esto es, mantiene los tres elementos de análisis hegelianos: *tesis, antítesis y síntesis.*

Concibió Marx su visión de la historia después de estudiar las revoluciones de su tiempo y de analizar con detenimiento la industrialización de mediados del siglo XIX. Las revoluciones europeas de 1830 a 1848 pusieron de manifiesto, a pesar de su fracaso, la existencia de un problema de gran calado social. La industrialización había atraído a los obreros que procedían del

campo y se habían incorporado a la ciudad y al trabajo en las fábricas. Aquellos campesinos, ahora obreros en la industria, habían dejado atrás la miseria en la que se desenvolvía la vida rural y ahora, ya en la ciudad, las malas cosechas de patatas y cereales de los años 1845 y 1846 habían agravado su ya mala situación urbana. Su vida en la ciudad industrial volvía a situarlos ante un trabajo duro y de jornadas largas que no les evitaba la miseria, sino que ésta se incrementaba con el desarraigo de sus costumbres rurales vinculadas a las estaciones y su forma de vida campesina.

El análisis de esta situación social, tanto del fracaso de las revoluciones como la de los obreros industriales, está a la base del materialismo histórico de Marx y de Engels. Más que la economía, aunque sin obviarla, el estudio se centró en los modos de producción, en los fundamentos económicos y en las consecuencias sociales de la implantación del orden burgués y capitalista.

En la sociedad se da una forma de relaciones entre los hombres que participan en la producción de los bienes materiales; de un lado están los propietarios de los medios de producción, que forman un pequeño grupo, y de otro lado los obreros, los proletarios, que conforman una masa. Sobre esta estructura se eleva de forma dominante una superestructura jurídica, un derecho, y una superestructura política dominante y defensora de la situación real, que está en poder de los burgueses, y que crea una manera concreta de conciencia social.

Esta realidad social dada ha creado un grupo social muy grande, una clase social, alejada de la propiedad privada de los medios de producción, ya que la propiedad está en manos de unos pocos. Por tanto la sociedad se estructura en relación con la propiedad o no de esos medios de producción y las consecuencias que de ello se derivan son: miseria para los más, abundancia para los menos. La industrialización, *la tesis*, estaba dando ocasión a la creación de una clase universal, el proletariado, esto es, *la antítesis*, que podía y debía de ser, según Marx, el sujeto agente de la revolución del proletariado, que eliminara aquella organización capitalista de la sociedad; el camino no es otro que la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y la creación de una sociedad sin clases sociales, con lo que se llegaría a *la síntesis*. La revolución industrial, por tanto, llevaba en sí misma la contradicción social que haría posible su propia destrucción.

El materialismo histórico se define a partir de su propósito de transformar el mundo y de los medios que propone para llevar a cabo sus aspiraciones; la intención básica del marxismo es crear las condiciones necesarias entre el proletariado para hacer la revolución política contra el capitalismo y la burguesía. La primera formulación clara de su pensamiento la encontramos en *El manifiesto del partido comunista* (1848) que comienza afirmando: «la historia de todas las sociedades existentes hasta el presente es la historia de la lucha de clases»; y termina con el llamamiento a la revolución: «¡prole-

tarios de todos los países, uníos!». En su obra *Contribución a la crítica de la economía política,* expone Marx lo que se conoce como el canon doctrinal del marxismo:

> «... en la producción social de su existencia los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política, y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia (...) el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser; por el contrario, su ser social es el que determina su conciencia (...) se abre una era de revolución social (...) es preciso explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto que existe entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción (...) las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver el antagonismo...».

Todas estas ideas las desarrolla Marx de forma más amplia en su obra fundamental titulada *El Capital.*

El materialismo histórico sostiene que la historia nos muestra la evolución de la humanidad como un progreso que no puede definirse por el mayor o menor grado de desarrollo de la producción a través de los tiempos, sino por las relaciones que se han establecido entre los hombres en el mismo proceso de producción, esto es, el tipo de relación que ha existido entre «amo y esclavo, señor y vasallo, empresario capitalista y asalariado». Para Marx el paso del capitalismo al comunismo, es decir, el paso de las relaciones entre los hombres en los medios de producción que él conoció, a otro en que los hombres se trataran de igual a igual como entre hombres libres, no se concibe como consecuencia del desarrollo industrial del capitalismo, sino gracias o debido a una revolución del proletariado, con el objetivo de conseguir la abolición de la propiedad privada y su sustitución por la propiedad estatal y la planificación centralizada.

BIBLIOGRAFÍA

Solamente reseñamos las obras más utilizadas.

ALTANER, Berthold, *Patrología,* Edit. Espasa Calpe, Madrid, 1956.

ANDRÉS-GALLEGO, José (Coord.) *Historia de la historiografía española,* Ediciones Encuentro, Madrid, 1999.

BENAVIDES LUCAS, Manuel, *Filosofía de la Historia,* Edit. Síntesis, Madrid, 1994.

CANFORA, Luciano, *La storiografía greca,* Edit. Mondadori, Milán 1999.

COLLINGWOOD, R.G., *Idea de la historia*, Edit. Fondo de Cultura Económica, México (reimpresión), 1993.

FONTANA, Josep, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Edit. Crítica, Barcelona, 1982.

GARCÍA LARRAGUETA, Santos, *La datación histórica*. Edit. Universidad de Navarra, Pamplona, 1998.

GOOCH, George P., *Historia e historiadores*, Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1942.

LAUGHHLIN, John C.H., *La arqueología y la Biblia*, Edit. Crítica, Barcelona, 2001.

LE GOFF, Jacques, *El orden de la memoria*, Edit. Paidos, Barcelona, 1991.

LE GOFF, J. y NORA, P., *Faire de l'histoire*, Edit. Gallimard, París, 1974.

MARAVALL, José Antonio, *Antiguos y modernos*, Edit. Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1966.

MITRE FERNÁNDEZ, Emilio. *Historia y pensamiento histórico. Estudio y Antología*. Edit. Cátedra, Madrid, 1997.

MORADIELLOS, Enrique, *El oficio de historiador*, Edit. Siglo XXI, Madrid, 1999.

PRITCHARD, James, *La Arqueología y el Antiguo Testamento*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1976.

SHOTWELL, James, *Historia de la historiografía en el mundo antiguo*, Edit. Fondo de Cultura Económica, México (reimpresión), 1982.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, *Corrientes del pensamiento histórico*, Edit. Universidad de Navarra, Pamplona, 1996.

TOPOLSKY, Jerzy, *Metodología de la Historia*, Edit. Cátedra, Madrid, 1992.

TOUCHARD, Jean, *Historia de las ideas políticas*. Edit. Tecnos Madrid, (reimpresión), 1977.

VARIOS AUTORES, *L'Histoire et ses méthodes*, Edit. Gallimard, París, 1961.

I.2

TENDENCIAS HISTORIOGRÁFICAS EN EL SIGLO XX

Isidro Sepúlveda Muñoz

INTRODUCCIÓN

Para quienes estudian matemáticas o física el conocimiento de la evolución de su disciplina no es en absoluto prioritario; a diferencia de las «ciencias exactas», en las ciencias sociales ese conocimiento no solo es aconsejable si no en ocasiones muy necesario. Para todos los que estudian e investigan el transcurso y la evolución histórica de la Humanidad resulta imprescindible conocer, lo más profundamente posible, el desarrollo de la historiografía, que no es otra cosa que la historia de la Historia.

Las limitaciones de espacio y el nivel requerido para esta asignatura no permiten hacer aquí un recorrido detenido por la historia de la historiografía contemporánea, cuanto menos exponer un complejo y contextualizado panorama de la producción historiográfica del siglo XX. Más modestamente, se pretende analizar las distintas concepciones de los fundamentos teóricos y metodológicos de la historiografía, centrando la atención en la variable percepción del pensamiento y la práctica de los historiadores de ese siglo.

Hombres de su tiempo, aunque con una diferente cuando no opuesta visión crítica de ese tiempo, los historiadores han presentado una amplia variedad de plasmaciones epistemológicas. A muy grandes rasgos, pueden señalarse tres principales etapas en la evolución de la historiografía. Hasta la segunda posguerra la larga e influyente herencia decimonónica imperó en la mayor parte de los quehaceres historiográficos; si bien desde el periodo de entreguerras se anunciaban los grandes cambios que se acabaron produciendo en las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta. Ésta ha sido considerada por muchos como la «época de oro» de la historiografía contemporánea y de tal modo puede ser vista si se atiende a la profunda renovación y al crecimiento exponencial de la producción de los historiadores. Desde finales de los años setenta la misma evolución de las corrientes renovadoras, el cuestionamiento de los grandes paradigmas mantenidos en las décadas anteriores y la propia reformulación de la base disciplinar han hecho que sean muy numerosas las voces que señalen la existencias de un mayor número de certidumbres que de certezas. Esta tercera fase, a la que se le suele denominar con demasiada frivolidad como «crisis de la historiografía», es como se eviden-

ciará más adelante un nuevo paso en la búsqueda de respuestas a las grandes cuestiones que plantea un mundo extremadamente complejo, muy distinto al existente en la primera mitad de siglo e incluso del salido de la segunda guerra mundial.

1. LA HERENCIA DECIMONÓNICA

Resulta imposible realizar un análisis de la evolución de la historiografía del siglo XX sin recordar los grandes logros alcanzados por los historiadores decimonónicos, ya analizados en este volumen anteriormente. Dos razones principales lo evidencian: por una parte sus fundamentos teóricos y sus prácticas tuvieron una larga influencia hasta bien entrado el siglo (manteniéndolo en épocas posteriores en no pocos casos); por otra, la existencias de fuertes y contrastadas críticas a estos fundamentos por las «escuelas» dominantes desde los años cuarenta, cuyo punto de partida fue una negación de la herencia decimonónica.

Durante el siglo XIX se realizó la fundamentación de la disciplina historiográfica en su estado actual. Aun con contradictorias prácticas dubitativas, se produjo en esa centuria el hecho trascendental que supuso esa fundamentación: el abandono de la concepción de la Historia como una crónica de los hechos del pasado conocidos mediante los testimonios trasmitidos a través de generaciones y el inicio de la actividad investigadora basada en un conjunto de prácticas metodológicas. Este cambio revolucionario suponía la superación de la tradición historiográfica europea mantenida al menos desde el Renacimiento, cuando no desde la misma Grecia clásica. De la *crónica* se pasaba al significado pristino de «historia»: *investigación*; se realizaba además aplicando una metodología que tenía la explícita voluntad de ligar la práctica historiográfica a la «ciencia», por lo que debían tomarse como principios profesionales la objetividad y la neutralidad del historiador.

Mas allá de las profundas diferencias entre la historiografía positivista (H. Taine, T. H. Bucle) y del historicismo alemán (Ranke, Droysen, Bernheim), lo más significativo desde el punto de vista de los historiadores contemporanistas fue el hecho de que todos ellos estuvieron de acuerdo en algo que afecta de modo directo a la concepción e interpretación de la *historia contemporánea*; unos y otros desaprobaron los esfuerzos para historiar el pasado reciente, por no decir nada de buscar una interpretación historiográfica a su coetáneo presente. Si bien alguno de ello —comenzando por el propio Ranke y teniendo como más destacado ejemplo a Alexis de Tocqueville— escribieron sobre temas contemporáneos y defendieron la prolongación del análisis histórico hasta los acontecimientos más recientes, lo cierto es que la práctica conllevó la costumbre de que los historiadores analizaran como tal los acontecimientos y procesos más remotos, mientras que para el pasado reciente o el presente esos mismos autores «hablaran» como periodistas o publicistas. Desde ese

punto de vista, la ausencia de la imprescindible documentación y de una no menos obligada perspectiva condenaron cualquier tentación presentista; para historiadores positivistas como G. Monod, E. Lavisse o Ch. Seignobos la historia era la «ciencia del pasado», por lo que por definición etimológica era imposible que existiera una *historia contemporánea*. Y sin embargo la había; Sorel la había incorporado desde los años setenta del siglo XIX al temario de la École Libre des Sciencies Politiques y ya a comienzos del siglo XX E. Bourgeois y el mismo Seignobos, ambos procedentes de la historia medieval, ingresaron en la Sorbona como contemporanistas.

Más allá de las diferencias interpretativas y de las diversas plasmaciones epistemológicas entre historicistas y positivistas, un hecho de gran trascendencia fue la transformación de la Historia en una disciplina que comenzó a denominarse «ciencia histórica», explícitamente opuesta a la noción tradicional de «historiografía». El cambio denominativo no sólo alcanzaba a la percepción que sus practicantes tenían de sí mismos, si no a su propia identidad; la Historia devenida en ciencia pasó a ser estudiada por profesionales, que a su vez se fueron reuniendo en universidades y centros de investigación. El área germánica y en concreto la Universidad de Berlín fueron pioneros en esta reunión de historiadores profesionales durante el primer tercio de siglo, lo que a partir de 1848 se extendió a Francia, Países Bajos, Estados Unidos y Gran Bretaña, alcanzando España en el último tercio de siglo. Una de las consecuencias de la profesionalización e institucionalización de la historiografía fue su creciente ideologización; en un periodo que a nivel político se caracteriza por la fuerte nacionalización de los Estados y por el control de los poderes por la burguesía, los historiadores participaron tanto en la conformación de identidades sociales colectivas como en la interpretación de la Historia como proceso evolutivo que alcanza su culminación con la consolidación de la sociedad capitalista y el Estado liberal (que a su vez fue la base ideológica, por supuesto reinterpretada, de la escuela historiográfica marxista durante el siglo XX). Fueron estas transformaciones —cientificidad, profesionalización, institucionalización, ideologización— las que ejercieron una mayor influencia en la disciplina histórica a lo largo del siglo XX, conformando el activo más destacado de la herencia decimonónica.

2. LA *NUEVA HISTORIA:* ESCUELAS Y GRANDES PARADIGMAS

Durante el periodo de entreguerras se fueron abriendo paso paulatinamente nuevas concepciones en todos los campos de las ideas, de la creación intelectual y las ciencias sociales. La historiografía no se vio exenta de este proceso de transformación. Si hasta la Gran Guerra el historicismo y la historiografía empírico-positivista conformaron un paradigma relativamente unitario e incuestionado, durante los años veinte y sobre todo los treinta fue-

ron apareciendo las bases de las corrientes más influyentes e innovadoras en la historiografía del siglo XX. Las principales tendencias de lo que acabó denominándose *Nueva Historia* surgieron del diálogo entre la historiografía y la teoría social, evidenciando además una reacción frente a la llamada «vieja historia» decimonónica, a la que se tachaba de narrativa, nacionalista, positivista e historicista. Se reprovaba a esta vieja historia que dedicara una atención casi exclusiva a los hechos políticos, militares y diplomáticos, a las personalidades y coyunturas. Esta reacción frente al conjunto de prácticas decimonónicas hermanó a corrientes cuya teoría histórica y metodología en realidad tenían grandes diferencias; como aseguró Peter Burke, el mejor modo de definir la Nueva Historia —al igual que los teólogos medievales trataban de definir a Dios por la «vía negativa»— era señalar lo que sus cultivadores rechazaban, pues si existe una unidad en el movimiento nuevohistoriador se encuentra en aquello a lo que se oponen: la «vieja historia».

Es necesario, antes de entrar en el análisis de cada una de las corrientes, señalar tres hechos de gran trascendencia: la verdadera influencia del conjunto de la *Nueva Historia* no se evidenció hasta los años cuarenta y cincuenta; además no se produjo el cambio de un paradigma casi universalmente aceptado por otro, si no que fue sustituido por al menos tres nuevos y hasta cierto punto contrapuestos grandes paradigmas; por último, esta multiplicación fue también fragmentación, pues además de persistir la influencia decimonónica, la aceptación e incluso el mero conocimiento de estos grandes paradigmas nunca fue generalizado. La matización de tales extremos se verá más adecuadamente en la exposición de los planteamientos teóricos y metodológicos de cada «escuela».

2.1. La escuela de Annales

Con antecedentes aislados aun en el siglo XIX (J. Burckhardt, F. Jackos Turner o W. Dilthey), el primer movimiento historiográfico que reaccionó contra la herencia decimonónica surgió en la Francia de entreguerras en torno a la revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale.* Fundada por March Bloch y Lucien Febvre en 1929 en la ciudad de Estrasburgo, acabó convirtiéndose en el emblema y lugar de encuentro de los «nuevos historiadores». Sin embargo, su influencia no se hizo notoria hasta los años cincuenta, con la celebración en París del IX Congreso Mundial de Ciencias Históricas, verdadera plasmación de las nuevas concepciones historiográficas a nivel mundial.

Esta corriente más que ninguna otra, por su coherencia interna y su actuación como grupo públicamente reconocible, puede recibir la denominación de *escuela*. Si bien su influencia fue tan extensa como trascendental, también ha sido muy irregular; sólo en Francia, donde nació y se ha desarrollado hasta sus postrimerías, su hegemonía fue indiscutible, llegando a cons-

tituir un verdadero grupo de presión, cuyo núcleo se encontró en la Sección VI de la École Practique des Hautes Études, dedicada a las ciencias sociales, fundada y dirigida hasta su muerte por Lucien Febvre. Sin embargo la coherencia y el agrupamiento no impidió una evolución muy visible, tanto en planteamientos teóricos como instrumentales, a lo largo de los años. Se han señalado tres etapas fundamentales en esta evolución: la primera corresponde a la época fundacional, personificada en Febvre y Bloch, y se prolongó hasta la década de los cincuenta; la segunda coincide con la gran expansión e influencia exterior de *Annales* y estuvo liderada por Fernand Braudel hasta los años setenta; la tercera fase se caracteriza por una gran heterogeneidad y tiene como autores más destacados a Le Roy Ladurie, Chaunu, Duby, Le Goff, Ferro, Revel, Chartier o Wachtel.[1]

a) Annales y el combate por la Historia

Frente al historicismo imperante en Europa durante el siglo XIX y principios del siglo XX, en 1929 March Bloch y Lucien Febvre fundaron la revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, que supuso un cambio de rumbo en la historiografía, tan importante que acabó siendo hegemónico en Francia y con una notable influencia en otros países. En cierto modo, lo que los franceses difundieron estaba siendo propuesto en algunos medios académicos alemanes, encabezados por Weber y el economista Smoller. La conformación de la «doctrina central» de Annales fue fruto de una larga reflexión sobre la práctica historiográfica y el oficio de historiador, materializada en cientos de artículos y recensiones, posteriormente sistematizadaen las dos obras de referencia de los fundadores: *Combats pour l'Histoire* de Lucien Lebvre y *Apologie pour l'historie ou métir d'historien* de Marc Bloch.

La primera fase del movimiento de Annales se caracterizó por un triple «combate»: el análisis de problemas frente a la mera narración («recusar la historia superficial y simplista que se detiene en la superficie de los acontecimientos»); la ampliación del objeto de la historia hacia nuevos campos, rechazando la unidireccionalidad del énfasis en lo político, en lo que se acabó denominando «historia total»; y el llamamiento a la multidisciplinaridad, al diálogo con las ciencias sociales y la utilización de metodologías hasta ese momento extrañas a la historiografía. Epistemológicamente, frente al modo narrativo del historicismo, la nueva historia quería ser analítica, estudiar problemas sectoriales y ocuparse de temas más que elaborar relatos lineales cronológicos.

Con ser innovador este extremo, su más revolucionaria aportación fue el extraordinario desarrollo de un nuevo objeto de estudio: el pueblo, la «masa social». Frente a la anterior atención focalizada en los grandes personajes, los nuevos historiadores se interesaban por los fenómenos sociales y la acción

colectiva. El paradigma de *Annales* situaba su atención en el estudio de las fuerzas impersonales de la geografía, la demografía y la economía, que a su juicio eran las verdaderas fuerzas profundas y básicas de la Historia. Sin el estudio de las estructuras no se podría reconstruir las diversas coyunturas históricas y el acontecimiento —superficie visible del edificio de la Historia— aparecía como mera apariencia sin significación. Para abordar el análisis de las estructuras este movimiento historiográfico encontró inspiración en ciencias sociales como la sociología, la economía, la antropología e incluso la psicología; grandes maestros de la teoría social como Marx, Weber o Durkheim fueron sus inspiradores. Existía la esperanza de que la historiografía, al abrirse a la influencia de todas las ciencias sociales, podría abordar todos los aspectos de la vida humana en sociedad.

Esta nueva concepción de la Historia supuso una importante ampliación de su campo de estudio, que a partir de ese momento dejaba de estar exclusivamente centrado en el estrecho dominio de lo político-institucional para abarcar la totalidad de la realidad social. Los primeros annalistas no combatieron la historia hermenéutica «por su rigor a la hora de acumular información», ni por su objetivo de alcanzar «la comprensión de los fenómenos históricos» a través de métodos científicos, pues «investigación de fuentes, crítica de documentos y comprensión de sentido como elementos de una actividad científica serán las tres herencias que la historiografía alemana dejará a todas las demás, incluso a sus críticos».[2] Se trataba sobre todo de luchar contra esa orientación de la historiografía que tendía a tratar de forma exclusiva la política, el Estado, los grandes personajes, las batallas y la diplomacia, para abordar todos los aspectos sociales que rodean al hombre. Una de las consecuencias directas de esta reorientación temática fue la manifestación de un desinterés por la historia política, siendo sustituida por una centralización de la atención del discurso histórico en los fenómenos económicos y sociales que habían sido abandonados hasta entonces.

La escuela de Annales mantenía que lo sustantivo de la Historia eran los grandes conjuntos en largos períodos, al mismo tiempo que marginaba el acontecimiento puntual y desplazaba la atención de la vida política a otras actividades humanas de carácter socio-económico. El objetivo perseguido era hacer de la historiografía una ciencia que superara la narración de los acontecimientos y penetrara en las estructuras de las sociedades para entender los mecanismos que provocan los cambios. La *histoire événementielle* (o la «historia historizante», como en ocasiones se la descalificó) fundamentada en la erudición y con una estructura cronológica, debía ser reemplazada por la historia-problema, «que tenía que dirigir preguntas y utilizar modelos en los que cada hecho recibiera su sentido a partir de la relación que el investigador estableciera con todos los demás y con su propio presente», en palabras de Marc Bloch. De esta manera el análisis debía sustituir a la narración y el razonamiento a la descripción, al mismo tiempo que el historiador debería explicar el cómo y el por qué de su oficio.

b) Braudel y la segunda generación de Annales

La reflexión de los primeros annalistas no fue construida en abstracto, sino consecuencia del enfrentamiento con las dificultades del trabajo diario del historiador. Sus conclusiones fueron acogidas ya como un corpus doctrinal unitario, con indudable influencia en la segunda generación de **Annales**. Tras el fusilamiento de Bloch por los alemanes en 1944 y la muerte de Febvre en 1956, comienza esta segunda generación, cuya figura principal acabó siendo Fernand Braudel, quien en 1947 asumió la dirección de la revista, rebautizándola con el nombre de *Annales: économies, sociétés, civilisations*. El cambio de denominación y dirección significó una reorientación del discurso histórico, que durante los años cincuenta y sesenta abandonó la preocupación por el mundo contemporáneo para centrarse en los siglos XVI y XVII y privilegió los estudios específicamente económicos y demográficos en detrimento de los aspectos socio-culturales y sobre todo de la historia política. En esta época florecieron las monografías regionales o locales, a través de las cuales se pretendía hacer posible la totalidad de la ciencia histórica.

También fue la época en que el concepto de *civilización* acabó siendo usado para definir los rasgos esenciales de las sociedades y comparar estructuras económicas dispares, en un intento de construir la «historia total». No hay que olvidar la fuerte influencia del estructuralismo de Lévi-Strauss, y también de Althusser, Barthes, Lacan y Foucault, tanto en el marxismo como en **Annales** durante aquellos años. Braudel dotó a los estudios históricos de un carácter estructural mediante el desplazamiento de lo social al estudio de las civilizaciones, al mismo tiempo que ponía en el primer plano del pensamiento la categoría del *tiempo* para explicar los fenómenos humanos, lo que hacía de la Historia la única ciencia que podía aspirar a realizar la síntesis de todos los saberes parciales. En su monumental obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Braudel intenta realizar una especie de geohistoria, enmarcada en un tiempo de larga duración. Para él todos los fenómenos sociales se encuentran afectados por la duración, es decir por «esos tiempos múltiples, contradictorios de la vida de los hombres que no son únicamente la sustancia del pasado, sino también la materia de la vida social actual». En el nivel más superficial situaba la *corta duración*, el tiempo en el que se desenvuelven los acontecimientos, «el tiempo por excelencia del cronista o del periodista». En un estadio más profundo se situaría el *tiempo medio*, el de la cuantificación, donde suceden las coyunturas económicas y sociales que determinan los episodios efímeros del tiempo corto. Y por último se extendería la *larga duración*, el ámbito de la geohistoria, que comprende las tendencias seculares y las estructuras, entendidas como realidades «que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar».[3] Braudel propuso, y aplicó en su magno estudio sobre el mundo mediterráneo, una concepción tripartita —también— del tiempo histórico, que distinguía la *historia episódica* de los acontecimientos, la *his-*

toria coyuntural de ondas relativamente cortas, como las de los ciclos económicos, y la *historia estructural*, de movimientos seculares casi imperceptibles, a la que atribuyó una especial importancia. La historia estructural, la larga duración, lo que permanece durante siglos, constituye verdaderamente una nueva dimensión histórica puesta de manifiesto por Braudel, aunque la historia nunca haya llegado a ser exactamente inmóvil. Por el contrario, se ha reprochado a la escuela de Annales su desdén por la historia episódica, por los acontecimientos, que constituían la base de la historia política e intelectual tradicional.

Una de las principales aportaciones de Lucien Febvre y Fernand Braudel había sido su énfasis en la *histoire probleme*, la necesidad de plantear la investigación y la exposición histórica en torno a problemas bien definidos; prolongación de esta preocupación fue su interés en que la historia abordara todos los aspectos de la vida humana y se abriera a la influencia de todas las ciencias sociales, en busca de una historia total; por ello Braudel afirmaba que el historiador se había hecho economista, sociólogo, antropólogo, demógrafo, psicólogo, lingüista. En cuanto al proyecto de construir una historia total —a la vez demográfica, económica, social, política o cultural—, las diferencias entre los fundadores de *Annales* y la segunda generación de annalistas son muy notables. Mientras Lucien Febvre rechazó la posibilidad de primar unos aspectos sobre otros (ni siquiera los económicos y sociales que dieron originalmente título a la revista), Fernand Braudel tendió a establecer una jerarquía que descomponía la realidad histórica en tres niveles, del más básico y determinante al más superficial y determinado. Esta división tripartita más que ser teóricamente formulada con precisión, se impuso en la práctica de muchos historiadores. En palabras de Lawrence Stone, algunos historiadores franceses formularon en los años cincuenta y sesenta una disposición jerárquica estandarizada: «primero, tanto en lugar como en orden de importancia, venían los hechos económicos y demográficos; después la estructura social; y por último los desarrollos intelectuales, religiosos, culturales y políticos». La relación entre estos tres elementos se suponía análoga a la de los pisos de una casa: cada uno se apoya en el de abajo, pero los de arriba pueden tener un efecto recíproco pequeño o nulo sobre los inferiores. Dado que sólo el primer nivel importaba realmente y dado que su objeto eran las condiciones materiales de las masas, no la cultura de la élite, se llegó a emplear la expresión *histoire inmobile* para referirse a la historia de la Europa continental del siglo XIV al XVIII.

Fernand Braudel dirigió durante más de 20 años (de 1946 a 1968), primero con Febvre y después solo, la revista *Annales*; a su vez presidió la 6.ª sección de *l'École Pratique des Hautes Études* y fue miembro del *Collège de France*. Su pleno control de la escuela de Annales se vio ratificado por la influencia que ejerció sobre los jóvenes historiadores franceses; a principios de 1970 Braudel «dividió *su* herencia» entre sus sucesores, encabezados por Jacques Le Goff y Emmanuel Le Roy Ladurie.

c) La regeneración y transformación de Annales

Tras un breve paso por el estructuralismo —durante los años 1960— y una fuerte dependencia de los aspectos sociales de la economía —en especial a los modelos econométricos—, se desarrolló una tercera generación de annalistas. Sus representantes más significativos fueron Emmanuel Le Roy Ladurie, Jacques Le Goff, Marc Ferro, Georges Duby y Pierre Nora; quienes trataron de abrir nuevas perspectivas a la ya un tanto anquilosada escuela de *Annales*, lanzando en 1978 la propuesta de una *Histoire Nouvelle*, que partiendo de un cierto espíritu conciliador con la historia tradicional (a la manera de Fustel de Coulanges), reivindicaba los métodos positivistas, durante tantos años denostados por los annalistas. Nuevos historiadores vinculados a *Annales*, como André Burguière, Roger Chartier, Jacques Revel o Jean-Claude Scmitt, junto a los más representativos de dicha escuela, Jacques Le Goff y Pierre Nora, participaron muy directamente en la renovación de la historiografía francesa y la actualización de los postulados tradicionales de *Annales*. Tras muchos años de defensa del tiempo de larga duración, del estructuralismo y de la historia social y económica como modelo de historia total, en los nuevos annalistas se manifiestó una tendencia a tener también en cuenta otros tiempos históricos,.a valorar el acontecimiento y la historia *événementielle*, tan denostada por *Annales*, y a no despreciar otros formas de historia como la política, la cultural o la de las mentalidades.

La búsqueda de la totalidad de la historia por la generación de Braudel condujo, paradójicamente, a la sectorialización y al desmenuzamiento de su objeto. La tercera generación de analistas sufrió un proceso de fraccionamiento y policentrismo. Desde 1970, la introducción por Maurice Agulhon del concepto de «sociabilidad» dio lugar a una renovada atención por el mundo de las ideas y de las representaciones colectivas. Si los autores pertenecientes a la segunda generación (Braudel, Morazé, Mandrou, etc.) tuvieron una importante producción de escritos metodológicos, los de la tercera aumentaron esta producción, dando a la luz dos de las obras colectivas más influyentes de las últimas décadas: *Faire de l'Histoire* y *La Nouvelle Histoire*.[4] Las fecundas divergencias epistemológicas de los annalistas en las últimas décadas ha producido una multiplicación de los campos de interés y de las prácticas instrumentales: se produjo una fuerte influencia de la antropología, del estructuralismo de origen lingüístico, de la demografía y el cuantitativismo pero sobre todo terminó redescubriéndose el valor de la acción frente a la determinación de las estructuras. Fue en ese sentido como se desarrollaron las nuevas preocupaciones por las mentalidades colectivas, la historia sociocultural, la historia antropológica, la vuelta a una nueva historia política y, permeando toda esta plasmación, la revalorización de la narrativa. Los planteamientos de la original «escuela» estaban definitivamente derruidos.

En 1989, a los sesenta años de la fundación de *Annales*, se planteó una renovación profunda tanto del ámbito de influencia de los llamados annalis-

tas, como de los postulados que durante más de medio siglo habían sido dominantes. Desde la redacción de la revista *Annales* se renunció a la consideración de *escuela* —que tenía mucho de capilla o institución—, se rechazó el limitado papel de mero recopilador de artículos (*boîte aux lettres*) y, por el contrario, se reivindicó la función de lugar de experimentación y confrontación de las investigaciones en curso.

Contra el tiempo lineal de las crónicas y de la historia positivista, los primeros historiadores de Annales rechazaron el acontecimiento y defendieron el tiempo social y de larga duración. Hoy, los historiadores de **Annales** reconocen la importancia del acontecimiento, al mismo tiempo que ponen en cuestión el tiempo histórico como el único y verdadero objeto específico de la Historia. También los annalistas renovadores cuestionan la aspiración braudeliana de construir una historia total en permanente relación con las ciencias sociales. No se pretende ya que la historia se convierta en una ciencia social, aunque, gracias no sólo a los historiadores de *Annales* sino a muchos otros, se haya enriquecido con la utilización de métodos procedentes de las ciencias sociales. El problema de fondo lo ha expuesto, no sin sentido del humor, el historiador italiano Carlo Ginzburg, al describir el desagradable dilema en que se encuentran las ciencias humanas, que tienen que elegir entre «adoptar un standard científico débil para poder alcanzar resultados significativos, o adaptar un standard científico riguroso para alcanzar resultados sin importancia». En realidad, si se excluye la ciencia económica, que al centrar su análisis en el tipo de comportamiento humano que es más susceptible de análisis racional en función de costes y beneficios (los del *homo economicus*) ha logrado importantes resultados en el estudio abstracto y cuantificable de dicho comportamiento, cabe argumentar que las promesas de los científicos sociales se han cumplido en bastante menor medida de lo que cabía esperar hace unas décadas. Se ha llegado a señalar que las afirmaciones de las ciencias sociales son altamente cuestionables, salvo en los casos en que son triviales.

La crítica también llega al estructuralismo y al funcionalismo, que han dominado durante mucho tiempo las ciencias sociales y que consideran a la sociedad como un objeto inmóvil, que puede ser medido y pesado por medios econométricos, y analizada según modelos estáticos. Partiendo del eclecticismo que en la actualidad caracteriza a los estudios históricos y de la necesidad de redefinir los proyectos y las prácticas de la historiografía, la revista *Annales* reconoce la inviabilidad de los modelos (econométricos, estructurales, etc.) excesivamente cerrados, defendiendo un tipo de modelo mucho más abierto, que no pretenda ser más que «un sistema de proposiciones explicativas sólidamente relacionadas entre ellas» y que no se encierre en categorías previamente construidas, como hacía el marxismo.

Desde posiciones muy cercanas al positivismo, **Annales** propone un tipo de historia inteligible que se construya desde la investigación, por procedi-

mientos de experimentación, y desde una perspectiva multidisciplinar, que sirva para unificar el campo de las ciencias sociales. Sin embargo, los annalistas advierten que la práctica positivista comporta también sus peligros. La carencia absoluta de modelos, o de procedimientos comunes en la investigación histórica, ha provocado, por ejemplo, que muchos trabajos de historia local o estudios electorales que han proliferado apenas hayan contribuido a un mayor conocimiento de la historia general.

La verdad es que los annalistas han tenido una especial capacidad para adaptarse a las nuevas circunstancias, superar sus crisis y buscar nuevos caminos a la Historia. Si bien es cierta la crisis de la historiografía marxista y resulta pertinente la crítica a la cliometría, no se puede decir lo mismo de **Annales**, dado que la autocrítica y la desaparición de dogmatismo le ha permitido mantener una singular vigencia.

2.2. La historiografía marxista

La influencia que el marxismo ha ejercido sobre el conjunto de las ciencias sociales se vio multiplicada en el caso de la historiografía por la propia concepción teórica marxista fundamentada sobre la Historia. El marxismo se presentaba como un modelo interpretativo completo y cerrado que daba una explicación global y racional al desarrollo de los procesos históricos. El materialismo histórico analiza la evolución histórica como resultado de las tensiones internas en el seno de una sociedad humana conformada en su totalidad por planos diferenciados pero interrelacionados, con dinámicas autónomas y enfrentadas. Existió también, aunque de modo similar al de otras ciencias sociales, el valor añadido del «compromiso», entendido como participación-contribución en un proceso de transformación social al que los historiadores aportarían una interpretación del pasado susceptible de fundamentar el futuro.

Dejando de lado este «valor añadido», es necesario señalar la lenta entrada del marxismo en los círculos académicos —y en especial en el campo historiográfico— a consecuencia de tres razones principales: el rechazo por parte de la historiografía académica del siglo XIX de los presupuestos teóricos del marxismo; el temor a las implicaciones revolucionarias que tenía la interpretación materialista de la historia; y por último, la persistencia de la hegemonía de lo político como centro de la práctica historiadora frente a las reflexiones teóricas (lo que motivó la paradoja de que los primeros historiadores ideológicamente identificados con el marxismo, analistas de la lucha de clases en la Europa de principios del siglo XX, no aplicaran en la metodología de su trabajo las teorías del materialismo histórico). Por el contrario, la interpretación materialista de la evolución de las sociedades y los individuos fue utilizada por los más despiertos profesionales de las ciencias sociales desde finales del siglo XIX, aunque no estuvieran de acuerdo —algunos de ellos

explícitamente— con las conclusiones políticas propuestas por Marx. En este sentido, el marxismo como modelo interpretativo tuvo una aceptación que trascendió al círculo de marxistas declarados; frente al modelo descriptivo empírico-positivista, el marxista ejerció una clara influencia en dos disciplinas esenciales: la historia económica y la historia social; ante la singularidad e individualidad estudiadas por la historiografía del siglo XIX, ambas disciplinas centraban su atención en magnitudes cuantificables, en procesos masivos y anónimos.

No fue hasta los años treinta del siglo XX, nueve décadas años después de que Marx y Engels elaboraran *La ideología alemana*, cuando comenzaron a utilizarse extensamente las enseñanzas marxistas en la interpretación histórica. De igual modo que la escuela de *Annales*, su influencia no se haría notar a nivel internacional hasta la segunda postguerra; pero a diferencia de ésta, participada casi en exclusiva por autores franceses, el marxismo tuvo un radio de influencia y participación mundial. Si bien el *corpus* teórico y epistemológico basado en los principios marxistas fue común en todos los países, también son perceptibles rasgos propios en cada uno de los casos, dependiendo del desarrollo interpretativo de la teoría social marxista y las circunstancias de cada país. De ese modo es posible hablar de historiografías marxistas nacionales, sin duda con una trabazón entre sí, pero con peculiaridades distintivas que en algunos casos son notorias.

En los países del antiguo bloque del Este, el poderoso apoyo estatal contribuyó a hacer hegemónica la historiografía marxista, pero tal vez esa incuestionabilidad hizo que sus contribuciones teóricas y metodológicas no fueran tan trascendentales como las desarrolladas en Occidente; cabe destacar sin embargo la copiosa producción de la historiografía soviética hasta comienzos de los años noventa (Kovaliov, Porchnev, Mescheriakov, Maidanik), y los casos de la República Democrática Alemana (Brendler, Kossor y el grupo de la Universidad Karl Marx de Leipzig) y Polonia (Kula, Topolsky, Novak y el filósofo Adam Schaff). En Europa occidental destacaron cuatro países en los cuales la historiografía marxista tuvo una amplia e influyente aceptación: Gran Bretaña (Dobb, Hill, Hobsbawn, Hilton, Thompson, Anderson), Francia (Labrousse, Vilar, Lefebre, Soboul, Bouvier), Italia (Sereni, Zangheri, Rocacci, Romero, Barbagallo) y España (Fontana, Tuñón, Elorza y Pérez Garzón, entre otros).

Las aportaciones más importantes de la «escuela» soviética escapan del ámbito contemporáneo (etnografía, arqueología, prehistoria, estudios bizantinos). La piedra de toque de la interpretación de la contemporaneidad la dio la publicación de la *Historia del Partido Comunista de la URSS* (1938), abriendo un camino que desembocó en la mera argumentación doctrinaria, legitimista y propagandista; el propio Kruschev indicaba en 1956 que los «historiadores son peligrosos, son capaces de poner todas las cosas patas arriba; hay que vigilarles». Para entonces la historiografía marxistas soviética se encontraba ya

insertada dentro del engranaje del PCUS. Cabe destacar sin embargo la labor de reflexión sobre problemas metodológicos y la teorización sobre la historicidad, en especial a partir de los años setenta, cuando los historiadores y otros científicos sociales rompieron la autarquía académica soviética y entraron en relación con la producción exterior.[5] A partir de 1970 comenzó a publicar la Academia de Ciencias de la URSS la revista *Ciencias Sociales*, al tiempo que la Editorial Progreso realizaba una extraordinaria labor de difusión de las investigaciones sociales soviéticas; es de destacar tanto la influencia perceptible de corrientes externas, como la persistencia de elaboraciones teóricas anteriores, todo ello dado a conocer en las principales lenguas extranjeras.

La historiografía marxista francesa, en contraste con el paisanaje de *Annales*, no presentó un quehacer grupal y homogéneo. Sin embargo una de sus características es la focalización temática de su producción, ésta sí casi enteramente ubicada en el estudio de la contemporaneidad: la historia del movimiento obrero (de modo significativo la historia del comunismo francés, donde destaca Elleinstein) y la investigación sobre las revoluciones y en especial la Revolución Francesa (Lefebvre, Soboul, Bois, Reberioux, Mazauric) son los temas con una bibliografía más abundante; a los que siguen diferentes aspectos de la historia social, la etnología histórica e incluso el arte. Al mismo tiempo es necesario destacar la importancia de los estudios sobre la naturaleza histórica y las reflexiones sobre los aspectos sociales de la práctica del historiador (Vilar, Balibar, Dhoquois, Chesneaux). Paradógicamente, los dos más significados historiadores marxistas franceses no investigaron sobre los temas más recurridos; Ernest Labrousse, fundador de la historia cuantitativa francesa, centró su trabajo en los aspectos económicos generales del periodo revolucionario. Pierre Vilar, el otro gran representante del marxismo francés y de mucha más influencia en España, se especializó en algunos aspectos de la historia española —de la que además realizó una síntesis memorable por su incidencia—, además de desarrollar una extraordinaria labor teórica y disciplinar sobre historiografía.

Uno de los grupos de historiadores marxistas occidentales más cohesionado y originales fue el británico, el único al que puede adjudicársele la denominación de «escuela», dada la entidad de sus aportaciones y su actuación grupal públicamente reconocible. Sin embargo es necesario hacer constar inicialmente dos aspectos de suma trascendencia: los planteamientos marxistas de la «escuela» británica fueron siempre de una ortodoxia laxa, con gran capacidad de renovación y una flexibilidad que los aleja de otros colegas del continente; además, aunque suele hablarse de una «historiografía marxista británica» (y por razones se síntesis aquí también se mantiene) en realidad fueron varios los «grupos» que integraron esta corriente, teniendo como motivo común su afinidad ideológica. La entrada del marxismo en la historiografía británica contribuyó extraordinariamente a la renovación de la práctica tradicional liberal (J. P. Taylor, H. Trevor-Hoper, G. Elton). Esta renovación se produjo tanto en temáticas como en metodología, pero sobre todo

cabe destacar que la gran aportación de este grupo fue su trascendental fundamentación conceptual, tanto más influyente al haber sido afortunadamente divulgada en numerosos ensayos (prácticamente todos los autores de este grupo hicieron pública su concepción de la historia y los fundamentos de sus prácticas) y en una serie de magníficas revistas: *Past and Presente, New Left Review, History Workshop Journal* o *Socialist Register.*

Una primera generación de historiadores marxistas británicos se aglutinó desde 1952 en la revista *Past and Present*, donde destacaron el arqueólogo Gordon Chile, en medievalista Rodney Milton, el modernista Christopher Hill, el contemporanista Eric J. Hobsbawn y el economista Maurice Dobb.[6] Los principales integrantes del grupo emprendieron desde 1956 una crítica neomarxista y humanista de las lecturas economicistas de la obra de Marx. En ningún momento perdieron de vista el peso del Estado, de la acción individual y colectiva, y del mundo de las ideas. No obstante, la historia social que practicaban poseía, al igual que el movimiento de *Annales*, una ambición totalizadora que pretendía hacer de la Historia el eje central para la comprensión de la política y de la sociedad modernas.

Las últimas tendencias de la historiografía marxista británica se agrupan en torno al *History Workshop Journal*, donde se reunieron una serie de historiadores de una segunda generación, entre los que destacan R. Samuel, S. Rowbotham y sobre todo G. S. Jones. El enfoque principal de sus investigaciones ha sido el estudio de las relaciones entre sociedad y política. Partiendo del énfasis en los «lenguajes de clase», explicados a partir de la naturaleza de la política más que de las determinaciones estructurales, Jones realiza una interpretación de la significación de la acción de los movimientos sociales. En otras palabras, mantenía que la política de los movimientos sociales y la acción colectiva no se debe explicar en relación con la economía sino con el carácter y evolución del Estado.[7]

La «caída del Muro» y la «desintegración» de la URSS —metáforas de tan alto poder visual como enunciativo— no hicieron si no materializar lo que desde finales de los años setenta ya se denominaba «crisis general» del marxismo. Pero mientras los regímenes de «socialismo real» se mostraban incapaces de asumir cualquier tipo de evolución sin hacer peligrar el sistema, cuya inmovilidad hacía precipitar su caída, la historiografía marxista (al igual que el marxismo en otras ciencias sociales) sí pudo realizar un trabajo de autocrítica, redefinición y renovación; en ocasiones con contrastes con tanta influencia como el *debate Brenner* o el enfrentamiento entre Louis Althusser y E. P. Thompson (*Miserias de la teoría*, 1978). Ya en 1979 Paul Sweezy hablaba de la «crisis de paradigma» para conceptualizar el imposible mantenimiento de unas concepciones ideológicas aplicadas a las ciencias sociales. Sin embargo esta crisis era en mayor término una «disfunción estructural» —que afectaba al marxismo como filosofía con ambición de explicación totalizadora—, que la constatación de su ineficacia operativa.

Si bien los historiadores dejaron de contemplar el marxismo como clave interpretativa (como «ciencia» en el sentido althusseriano), lo continuaron utilizando como instrumento de análisis; en este sentido se ha evidenciado una bajada de la producción de obras encuadradas en estas corrientes, pero a la vez se han seguido produciendo en los años ochenta e inicios de los noventa obras de investigación e incluso de análisis teórico con una calidad superior a décadas anteriores (Foster, St. Croix, R. Williams). Sin embargo ni el marxismo ni los historiadores —como otros científicos sociales— marxistas de los años ochenta y sobre todo noventa tienen la coherencia interna y la centralidad de fundamentos del medio siglo anterior. Las evoluciones motivadas por la autocrítica y readactación han hecho conformarse un panorama complejo —cuando no confuso—, en directa relación con la crisis de identidad y la búsqueda de horizontes de toda la izquierda. Tal vez una de las escasas ocasiones de cerrada oposición se produce en la contradicción a los ensayos anunciadores del «definitivo triunfo» del liberalismo —o los similares planteamientos del «fin de la historia»—, lo cual evidencia definitivamente el cambio sufrido en lo que fue la historiografía marxista.

2.3. Cuantitativismo, cliometría y *social history*

El cuantitativismo se constituyó en el tercer gran paradigma historiográfico de la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo tal afirmación requiere una necesaria puntualización conceptual; una metodología cuantitativista ha sido utilizada por la historiografía y por otras ciencias sociales de un modo muy abundante, pero no toda su producción puede decirse que participa de tal paradigma. La utilización de series estadísticas evidencia una «historia cuantificada», pero se entiende por historiografía cuantititativista aquella que se constituye sobre un modelo explicativo cuya lectura es esencialmente matemática y toma un rango epistemológico de explicación.[8]

Con el antecedente directo de la «escuela histórica alemana de economía», de raíz positivista, el cuantitativismo comenzó a aplicarse al menos desde los años treinta, en Francia como ya ha sido señalado por Ernest Labrousse y en Estados Unidos por Simón Kuznets, que con su concepto de «ciclos largos» y sus análisis del crecimiento económico contribuyó como nadie al desarrollo de esta corriente. Los trabajos de Gerschenkron sobre el crecimiento y el atraso desde una perspectiva histórica y, ya en los años cincuenta, las investigaciones sobre la economía esclavista de Conrad y Meyer sentaron las bases conceptuales y metodológicas de lo que sería la época dorada de la corriente: los años sesenta y setenta. La denominación «historia cuantitativa» se generalizó en Europa desde su utilización en 1961 por Jean Marczewski, si bien en Estados Unidos el término más utilizado fue el de *cliometría*, aunque a la larga se impuso la denominación *New Economic History*.[9]

El origen del cuantitativismo se encuentra en la recuperación de la teoría económica, realizada por **Annales** y el marxismo, como instrumento historiográfico; la incorporación de la historia económica a la explicación del conjunto de la historia total evidenció sin embargo la debilidad del cuerpo metodológico y la ausencia de teorías explicativas globales. Estas carencias trataron de superarse respectivamente con la ayuda de la estadística y desplazando el interés historiográfico desde el acontecimiento singular a las series masivas, desde el hecho singular a los procesos colectivos. El tercer y último paso en la maduración del cuantitativismo se produjo cuando se entendió que los hechos económicos no eran suficientes para encontrar explicaciones completas, pues la economía está lejos de agotar la dimensión de las motivaciones y actuaciones humanas; una explicación de la realidad social de cada época debía ser abordada a través del análisis de datos que pudieran ser presentados en series homogéneas lo más extensas posible en tiempo y dimensión. Superando la mera historia económica, el cuantitativismo alcanzó así la historia demográfica, de las costumbres, de la cultura e incluso de la política, teniendo como exigencia la existencia de amplias serie sobre las que pudiera aplicarse una metodología estadística.

En general el cuantitativismo llegó a tener tan amplia influencia en el conjunto de la historiografía que Le Roy Ladurie llegó *a afirmar que* «la historia que no es cuantificable no puede ser histórica». Esa fue una de las características teóricas de esta corriente; la creencia de que la cientificidad sólo puede darse en el conocimiento cuya naturaleza se manifiesta sobre lo cuantificable; por esa razón no sólo se afirmó que se estaba realizando una «historia científica», sino que el cuantitativismo era la «única» historiografía científica. Sus practicantes, que se denominaban a sí mismos como «científicos sociales», practicaban una historia econométrica utilizando únicamente variables cuantificables,y despreciaban el talante humanista de la historia anterior, sus cuestiones de estilo y su parentesco con la literatura.

En el conjunto del movimiento cuantitativista, la **cliometría** ocupa sin duda el lugar más extremo, consecuencia de la aplicación en la historiografía de las pretensiones «cientificistas» que imperaron en el conjunto de las ciencias sociales en Estados Unidos durante los años cincuenta, volcadas en un investigación social con una metodología empírico-cuantitativa. La cliometría surgió al aplicar la teoría económica neoclásica a la perspectiva histórica, pero no sólo en la cuantificación de las variables en el análisis de la historia económica, si no llegando a conformar modelos formalizados matemáticamente que mostraban el proceso investigado. La explicación de la historia reducida a teoremas y fórmulas matemáticas. Lo que resultó totalmente novedoso en el desarrollo de la cliometría fue la utilización intensiva de esos modelos matemáticos; en primer lugar para la construcción de las «hipótesis contrafácticas», un intento de «experimentación» o simulación contrafactual que otorgaba carácter funcional al modelo, especialmente indicado para la investigación sobre procesos de transformación económica; en segundo lugar, y de modo

totalmente distintivo respecto al resto de la historiografía, con la ligazón de las conclusiones de forma continua al conjunto de los hechos incluidos en el modelo descriptivo. De ese modo la cliometría se conformaba como el proyecto basado en la matematización de modelos de procesos temporales, cuyo objetivo era «construir» por sí mismo una explicación de esos procesos de largo plazo.

Con planteamientos teóricos y metodológicos menos radicales, el **cuantitativismo** presenta al menos otros dos grandes grupos. Se caracterizan por mantener una rigurosa y amplia utilización de la cuantificación, focalizando su interés en el análisis de estructuras económicas, sociales o culturales. El punto de diferenciación esencial con la cliometría es la ruptura de continuidad entre la metodología cuantificadora y las explicaciones, alejadas de cualquier planteamiento matematizador, que se exponen en el lenguaje verbal común. Estos grupos unieron el cuantitativismo y el estructuralismo, diseñando una metodología basada en el diseño del procedimiento para la reunión de datos históricos numéricos; el tratamiento de los datos en un proyecto de investigación específica; la determinación de modelos estructurales y la «reconstrucción» de los hechos históricos en forma de series temporales de unidades homogéneas y comparables. Esta metodología fue ampliamente utilizada con peculiaridades por distintos grupos y autores, pero en realidad no llegó a crear un paradigma distinto al cuantitativista. Los distintos grupos que pueden identificarse pertenecientes a este *cuantitativismo estructuralista* se reúnen en dos áreas determinadas; en Francia la segunda y tercera generación de *Annales* utilizó ampliamente esta metodología —Furet, Le Roy Ladurie, Chaunu—, así como otros autores no pertenecientes a la «escuela» —Bois, Ariès, Vovelle, Roche—; en Estados Unidos esta corriente fue denominada *Social History* —cuyos más señeros representantes han sido Tilly, Shorter o Landes—, que ya en los años ochenta y tras mesurar las pretensiones cuantitativistas pasó a llamarse *Social Science History*, donde imperaba un estructuralismo social.[10]

3. LAS NUEVAS DIRECCIONES DE LA HISTORIOGRAFÍA EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS

Durante los años setenta se evidenciaron signos de estancamiento, cuando no de agotamiento, de los tres grandes paradigmas historiográficos que habían imperado desde el final de la segunda guerra mundial. Estos signos no sólo se apreciaban en la historiografía, sino que el conjunto de las ciencias sociales atravesaban por situaciones análogas. Este estancamiento fue resaltado por la aparición de las primeras críticas sistemáticas a las teorías y metodologías aplicadas en las últimas décadas. Procedentes del exterior a las grandes «escuelas» o realizadas por algunos de sus representantes más señeros, con una clara voluntad inicial de transformación, estas críticas acababan

poniendo de relieve las profundas contradicciones de los grandes modelos conformadores de la *nueva historia*, y también el proceso de desintegración de cada uno de los modelos debido a la fragmentación interna y la multiplicación de adaptaciones contrapuestas a que habían sido sometidos. Sin embargo estas críticas también evidenciaban dos ideas principales: por un lado, los grandes modelos historiográficos habían producido un progreso cuantitativo y cualitativo sin precedentes y era impensable un retorno hacia el pasado haciendo tabla rasa con la producción de las últimas cuatro décadas; la segunda idea desprendida de esas críticas era la ausencia de una nuevo paradigma que contraponer a los criticados o dados por fenecidos. De ahí se desprenden las dos principales características de la historiografía de los años ochenta y noventa: un conjunto inorgánico de corrientes, metodologías y temáticas que evidencian una crisis de paradigmas y a los que transciende una búsqueda de nuevos modelos de investigación y, sobre todo, de comunicación expositiva-demostrativa.

La ausencia de un tratamiento detenido y fructífero de la temática política —o su total ausencia de las preocupaciones de los grandes modelos— y la explícita voluntad de un tratamiento más cuidadoso de la expresión fueron los dos formidables arietes que inicialmente incursionaron contra la fortaleza de la *nueva historia*. Aunque rápidamente se sumaron a estas críticas historiadores de muy diversas procedencias, fue sintomático que fuera la historiografía anglosajona de cariz conservador la que lanzara los primeros ataques. La estadounidense Gertrude Himmelfarb y el eminente historiador *tory* Geoffrey Elton abordaron una crítica de las derivaciones y excesos de la «nueva historia».[11] Reivindicaban las cualidades de la «vieja historia» de carácter narrativo, reclamando sacar del «olvido» en el que había caído, a su juicio, la historia política. No rechazaban los métodos y campos de la historia social, sino su pretendida superioridad y voluntad totalizadora; por otro lado, el ataque se dirigía hacia sus colegas cliómetras y, en general, hacia el paradigma cuantitativo, solicitando en su lugar explicaciones historiográficas a la más característica emanación social del ser humano: la política.

La crisis de los grandes paradigmas fue evidenciada desde fuera de las corrientes, pero también desde su interior. El cuestionamiento de los paradigmas de la *nueva historia* y de las grandes escuelas o movimientos que la componían fue patente desde los años setenta. En realidad, esa década fue el momento del fraccionamiento de la escuela estrella de la nueva historia, *Annales* (dispersión a la que se sumaba cierto narcisismo conformista y autolaudatorio, pero también autocrítico); la historia econométrica se fue estancando desde el comienzo de la siguiente década; y la historiografía marxista, además de fragmentarse, caía en el escolastismo dogmático. El proceso de renovación más importante se produjo en el seno de la corriente estructuralista y economicista de la historia social marxista que comenzó a renovarse desde el comienzo de los años setenta; tanto el grupo británico aglutinado en torno a *Past and Present* como el francés reunido, por ejemplo, alrededor de

la revista *Le Mouvement Sociale*, mantuvieron una recurrente y fructífera autocrítica que posibilitó una sostenida transformación sin grandes rupturas. Desde entonces fueron sustituidas las lecturas economicistas de la formación de las clases obreras; la historia hagiográfica y meramente institucional del movimiento obrero dio paso a un desplazamiento del interés por los líderes y la política obrera, al estudio de la condición y cultura del obrero consciente, del campesinado y, en general, de los grupos sociales.

3.1. Política y narrativa

Las dos aportaciones, cuya trascendencia no ha dejado de ponerse de relieve, más importantes de los últimos tiempos han sido el crecimiento de las temáticas políticas y el aumento del cuidado en la construcción expresiva. Ambos fenómenos han sido reiteradamente calificados como el *retorno de la política* o el *retorno de la narrativa* —título del muy influyente trabajo de Lawrence Stone—. Aun con buenas razones en las explicaciones de tales denominaciones, en el fondo es necesario negar su validez; como ya se ha evidenciado, a lo largo de todo el siglo XX se han seguido escribiendo buenas «viejas historias», con unos planteamientos formales basados en el narrativismo y unas temáticas prioritariamente políticas. ¿Qué hay de «nuevo», por tanto, en lo «viejo»? Básicamente, lo aportado por los grandes modelos de la segunda mitad del siglo, incorporado a las nuevas formas historiográficas. Ni la política es investigada ahora como en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, ni la importancia de la narrativa radica en una mera pretensión de escribir buenos relatos.

a) La recuperación de la dimensión política

La ausencia de la política de la temática de la *nueva historia* estuvo hasta cierto punto causada por el cansancio producido por una historiografía tradicional centrada en estudiar dinastías y personalidades, gobiernos y guerras, leyes y tratados. Sin embargo esta ausencia de lo político tuvo consecuencias poco gratas para el mundo académico; es conocido el hecho de que un consejo de ministros francés llegó a examinar en agosto de 1983 un informe que indicaba que dos tercios de los escolares de secundaria del país no conocían los datos más señeros de la Revolución francesa, comenzando por su fecha. Más trascendencia que estas consecuencias tuvo además el propio cansancio de los profesionales por las frías e impersonales «estructuras de larga duración», especialmente si se contrastan con la potencialidad que encerraban los tratamientos sobre el drama de los acontecimientos, el poder de las ideas o la dignidad de los individuos. Incluso en la patria de la negación de la dimensión política, y tras muchos años de claro dominio de los *annalistas*, los historiadores de «lo político» tomaron el relevo y se constituyeron en el grupo más influyente de la historiografía francesa, sobre todo a partir de la

publicación de la obra colectiva *Pour une histoire politique*, dirigida por René Remond, expresamente presentada como una rehabilitación de la historia política. Frente a la expresión «¡Todo es social!», proclamada por Lucien Febvre para justificar el subtítulo de los primeros números de Annales, René Remond respondía: «¡Todo es político!» y añadía que no había «más historia total que la de la participación en la vida política».[12]

Todo ello ha producido un profundo cambio epistemológico entre los historiadores, caracterizado por el reconocimiento del papel de los individuos como sujetos activos de la Historia. Frente a las interpretaciones deterministas antes dominantes, según las cuales la libertad de elección del individuo es anecdótica frente a las fuerzas sociales impersonales que verdaderamente determinan los grandes acontecimientos y la evolución de la humanidad, la nueva historiografía política ha venido a recordar la trascendental importancia de las acciones individuales y grupales, la fuerza transformadora de las ideas —de la razón, pero también del irracionalismo— y en definitiva de la propia voluntad humana en su interacción con las fuerzas de la naturaleza. La recuperación del sujeto, la nueva valoración del peso del individuo en la Historia frente a las visiones deterministas y frente a la obsesión por las fuerzas impersonales son los principales rasgos de ese giro intelectual; pero además la evidencia histórica ha demostrado el poco satisfactorio reduccionismo de las explicaciones basadas en modelos prestados de la economía, la demografía o la sociología. Frente a la primacía de la dimensión económica y social, la nueva historia política ha venido a recordar la significación de las acciones humanas individuales y colectivas.

Las consecuencias directas de este profundo cambio no pueden ser más trascendentales: la responsabilización del individuo sobre sus actos y la reformulación de la Historia con una función ejemplarizante o, al menos, referencial. Lejos de ser una «historia del individuo» —común o principal—, es una «historia del hombre en sociedad», con toda la complejidad y vitalidad, las expectativas y las contradicciones, los logros y las desgracias que la vida en común tiene. Nadie reivindica una vuelta al pasado, a las pretensiones de hegemonía o las voluntades totalizadoras; según François Dosse, «lo político fecunda de nuevo el campo histórico, pero con una mirada nueva y como lugar de gestión de la sociedad global, no como un subcontinente desconectado de la historia social».

b) Nuevos espacios, nuevos tratamientos

La crisis de los grandes metarrelatos, de las explicaciones basadas en los grandes paradigmas tiene como consecuencia la fragmentación de la atención historiográfica y el desarrollo de nuevas prácticas epistemológicas. Las estructuras metafísicas en las que se basaban aquellos paradigmas (los *sistemas sociales* funcionalistas y las *formaciones sociales* marxistas) han sufrido

una desmembración sustancial; por esta razón los amplios conjuntos sociales que centraban el interés anterior —tales como los Estados, los países (aunque no las naciones), las sociedades globales— pierden interés a favor de elementos que antes formaban parte de los mismos y ahora adquieren plena relevancia: las ciudades, las instituciones o los «lugares de la memoria» (ya sean del dolor o del placer, de la conmemoración o del olvido).

Dentro de estos conjuntos sociales, tal vez la crisis más significativa se encuentre en el declinar del interés por las clases sociales; por el contrario, se multiplican los trabajos sobre las elites (de todo tipo: político, cultural, económico), definidas por Rocher como personas o grupos que «dado el poder o la influencia que ejercen, contribuyen a la acción histórica de una colectividad, ya sea por las decisiones que toman, ya por las ideas, los sentimientos o las emociones que expresan o simbolizan»; dentro de esta tendencia han emergido estudios sobre profesionales, familias y generaciones. Aun con mayor notoriedad se ha producido un retorno de la atención de la historiografía actual hacia los individuos, ya tomados de un modo individual o colectivo, ahora con determinantes agrupadores en razón de la raza, las creencias, los gustos, el género, los lenguajes, los valores o las costumbres. Esta tendencia «individualizadora» alcanza su mayor manifestación en el auge de la **biografía** que, abandonando las tendencias hagiográficas de la «vieja historia», a través del análisis de la acción individual pretende comprender el acontecimiento y el proceso histórico en el que está inmerso el personaje, cuya acción tiene su trascendencia en los mismos.

La agrupación de individuos, en razón de elementos distintos a la anteriormente omniexplicativa noción de clase social, también ha generado corrientes historiográficas de gran relevancia. Una de las más prolífica ha sido la evolución de la **historia de las mentalidades**, concepto-denominación que ha sufrido inteligentes matizaciones; dentro de ella se pueden encontrar aportadores estudios centrados en el análisis de las ideas (la libertad, la moral pública, la naturaleza, la marginación, el otro), de los sentimientos (la vergüenza, la compasión, el patriotismo, la enfermedad, el deseo), los valores (la atracción del o la resistencia al totalitarismo) o la memoria (ya sea del terror, del fascismo de cualquier tipo, de la propia pertenencia a un grupo). Derivada también de la historia de las mentalidades se encuentra la **historia de las costumbres**, cuyo objetivo último es el conocimiento de las manifestaciones sociales públicas o privadas como medio de articular esquemas comprensivos de un mundo fragmentado y diverso; para tal fin el historiador se interesa por la fiesta, los viajes, el deporte, los instrumentos y materiales (de trabajo, de placer, de subsistencia), la urbanidad o los estereotipos sociales. Dentro de este grupo (y como prolongación del retorno del individuo a la historiografía), pero diferenciado en cuanto a su originalidad y tratamiento, se encuentra el *cuerpo* como temática y entidad historiada; el cuerpo como último reducto humano, sujeto al paso del tiempo y la enfermedad, sexuado, mantenido y cuidado.

c) La transmisión narrativa

Junto con la recuperación de lo político y la entrada de nuevos campos temáticos, la búsqueda de fórmulas comunicativas que tuvieran una mayor facilidad de aprehensión y, en el grado óptimo, una capacidad de producir satisfacción al lector hizo que se reivindicara la narrativa como la forma esencial y característica de la transmisión del quehacer histórico. Esta reivindicación, que partió de historiadores ajenos a las corrientes de la «nueva historia» —y usualmente como crítica a su discurso pretendidamente «científico»—, fue rápidamente asumida por algunos de sus más conspicuos cultivadores, en especial los integrantes de la tercera generación de *Annales*. El estudio de la aldea de Montaillou por Le Roy Ladurie o el de la batalla de Bouvines por Duby no solo estaban muy alejados de las historias cuantificable y estructural que pocos años antes habían defendido estos mismos autores, sino que además utilizaban sin ningún tipo de prevención las armas del discurso narrativo; entre otros objetivos plenamente logrados, *contaban* una historia.

El interés por la mentalidad y el individuo supuso también que la economía y la sociología no fueran ya las ciencias sociales más influyentes en la historia, cediendo el paso a la antropología, que se caracteriza por su capacidad de iluminar todo un sistema de valores a través del análisis pormenorizado de un caso concreto. El abandono de las tendencias estructuralistas e impersonales por muchos nuevos historiadores no supuso la vuelta a la historia tradicional, a pesar de coincidir con ésta en su interés por el individuo y el acontecimiento y en su frecuente utilización de la narración cronológica, en vez del análisis temático. Lawrence Stone destacó cinco diferencias fundamentales entre estos nuevos historiadores y los tradicionalistas: su interés por las vidas, los sentimientos y la conducta de la gente pobre y oscura y no de los grandes y poderosos; la combinación de la descripción con el análisis; la utilización de nuevas fuentes, a menudo documentos de tribunales; el empleo de unos modelos narrativos alejados de la narración clásica, ya que, bajo la influencia de la novela moderna y de las ideas freudianas, exploran cuidadosamente el subconsciente en lugar de apegarse a los simples hechos y, bajo la influencia de los antropólogos, intentan revelar significados simbólicos a través de la conducta; y por último, el hecho de que analizan la historia de una persona, un proceso o un episodio dramático, no por su importancia en sí, sino por la luz que puede arrojar sobre el funcionamiento interno de una cultura y una sociedad del pasado.

Frente al «fracaso» de los tres modelos deterministas que habían fundamentado la elaboración de la historia científica (el modelo económico marxista, el ecológico-demográfico francés, vinculado a *Annales*, y el cliométrico americano) Stone constataba que «cada vez son más numerosos los nuevos historiadores que intentan descubrir lo que ocurría en la cabeza de la gente de antaño, lo que era vivir en otros tiempos: y cuando uno se plantea esas cuestiones, vuelve inevitablemente a la narración». Este retorno a la narrati-

va anunciaba el final de la pretensión de explicación científica de las evoluciones pasadas, para dar paso a una historia que de

> «... las circunstancias que rodean al hombre, se va hacia el hombre en sus circunstancias; en cuanto a los problemas estudiados: de lo económico y lo demográfico, hacia lo cultural y afectivo; en cuanto a las fuentes primordiales de influencia: de la sociología, la economía y la demografía a la antropología y la sociología; en cuanto a los modelos explicativos de la mutación histórica: de la estratificado y lo unicasual, a lo comunicante y multicasual; en cuanto al método: de la cuantificación del grupo al ejemplo individual; en cuanto a la organización: de la analítico a lo descriptivo, y en cuanto a la noción que uno se hace del papel del historiador: de la científico a lo literario»[13]

Una de las ventajas de esta nueva forma de comunicar los resultados de la investigación histórica es su amenidad. Así como los estudios estructurales y cuantitativos resultan a menudo terriblemente aburridos para cualquiera que no sea un especialista, penetrar en los aspectos más recónditos de la mente de nuestros antepasados, a través por ejemplo de historias de crimen y de brujería, de pasión y de sexo, puede resultar tan atractivo como leer una buena novela. Parecía como si los nuevos historiadores, perdida la esperanza de poder emular a la ciencia, hubieran optado por competir con la literatura. El peligro no es menor; si bien ésta proporciona indudablemente un conocimiento de la vida humana, lo hace de una manera impresionista, que plantea indudables problemas epistemológicos. En primer lugar, existe el problema de cuándo se puede generalizar un caso concreto, de cómo se puede determinar si se trata de un episodio característico de una cultura o de una rareza individual. En segundo lugar, para bucear en las mentes —especialmente en los subconscientes—, parecen indispensables ciertos conocimientos psicológicos, pero hasta el momento la colaboración entre psicología e historia se ha revelado problemática. En definitiva, cabe el peligro de convertir la historia en una rama especial de la literatura, en una recopilación de casos más o menos interesantes, a veces fascinantes, pero a partir de los cuales no se podría generalizar.

La narración, el interés por lo concreto, por el acontecimiento, despreciados en los sesenta tanto por *Annales* como por la cliometría, están en pleno auge, porque renunciar a todo ello supone mutilar radicalmente la comprensión del pasado. Pero a su vez, renunciar a la conceptualización supondría no comprender nada. De hecho es imposible, y los historiadores que pretenden no elaborar conceptos lo que hacen es emplear los elaborados en el pasado. Por lo que respecta a la cuantitativización, es una conquista irrenunciable: no responde a todas las cuestiones, no da respuestas definitivas, no satisface todas las esperanzas que en ella se pusieron hace treinta o cuarenta años, pero es un instrumento valioso.

La conclusión principal de todo lo anterior es la que supone un anclaje en el eclecticismo. Como ya escribiera Robert Fogel, uno de los más destacados

representantes de la cliometría norteamericana, la historiografía habrá de seguir combinando en el futuro las pruebas sistemáticas sometidas a procedimientos estadísticos rigurosos y de pruebas informales y fragmentarias. Sin recurrir a casos humanos específicos no se puede interpretar ni dar sentido a las tablas y diagramas que resumen las pruebas sistemáticas, mientras que los métodos estadísticos son necesarios para decirnos qué ejemplos humanos son típicos y cuales atípicos. Así es que, en opinión de Fogel, la historiografía ha de recurrir a la cuantificación sin por ello renunciar a su tradicional condición de arte literario.

Una de las críticas más importantes al retorno de la narrativa fue la formulada por Eric Hobsbawm, que niega la justificación de la historia narrativa a partir del creciente interés por los acontecimientos y los individuos, pues hay todavía muchos historiadores que consideran que estos objetos «no son fines en sí mismos, sino medios de aclarar una cuestión más general, que va mucho más allá de la historia particular y de sus personajes». Defiende, por lo tanto, la necesidad de seguir respondiendo a los *grandes por qués* de la historia, sin por ello renunciar a la observación microscópica.

> «Es posible —decía— considerar la historia de los hombres y de las mentalidades, de las ideologías y de los acontecimientos, complementarias del análisis de las estructuras y de las corrientes socioeconómicas, antes que obligada a sustituirla».

La polémica entre Stone y Hobsbawm tuvo sus repercusiones en España. Por una parte Josep Fontana rechaza contundentemente el retorno a la narrativa porque presentar la narración como la alternativa a los «sistemas teóricos» resulta una falsa solución a un problema al que hay que enfrentarse asumiéndolo en toda su complejidad: el de la necesidad de recuperar una visión global, lo que exige plantear seriamente el análisis de los criterios de ordenación que han de definir esta globalización. Por el contrario, Morales Moya y Tusell se sitúan en la órbita de Stone, rechazando gran parte de las posiciones de Hobsbawm y defendiendo, aunque con matices, el retorno a la narrativa.[14]

d) Narrativa y narrativismo

A partir de finales de los años setenta y en especial durante los ochenta las escrituras «problemáticas» fueron siendo sustituidas por construcciones formales en el mejor estilo literario. Pero esta recuperación por el gusto de «contar historias» —expresión utilizada con tanto sarcasmo como irritación por los críticos a este cambio— se vio complementada por lo que acabó siendo conocido como «teoría crítica» (tomado el término de filólogos y críticos de la cultura) o «giro lingüístico». Ambas expresiones denominan la influencia polivalente del análisis del lenguaje, en este caso, del lenguaje histórico; influencia reflejada en la preocupación por las formas del lenguaje como

definidoras de la realidad. Si Rorty ya afirmó que todo problema es un problema de lenguaje, Paul Ricoeur, más apologista que teórico de este cambio, fue quien con más habilidad extendió el debate; para él toda la historia, hasta la más estructural, se construye a partir de fórmulas que gobiernan la producción de las narraciones.[15]

Las dos manifestaciones más trascendentes de este nuevo enfoque han sido el deconstruccionismo y el nuevo historicismo; que a pesar de ser interpretados como las caras de una misma moneda por ciertos autores —e incluso hacerlos sinónimos, no sólo manifestaciones, del postmodernismo—, son en realidad dos interpretaciones o corrientes distintas, con planteamientos contrapuestos en muchos de sus más significativos extremos.[16]

El **deconstruccionismo** es esencialmente una teoría de la escritura perteneciente a la lingüística postestructuralista; la pretensión de «explicar el mundo» a través del análisis del lenguaje —siguiendo las tesis del «giro lingüístico»— conlleva un necesario *análisis del discurso* que esencialmente, en el campo historiográfico, se traduce en una centralización de la investigación en la escritura de la historia como una forma de discurso. Esta teoría de la escritura tiene como principal instrumento metodológico la decodificación del todo texto, lo que conlleva la centralización de la atención exclusivamente en el discurso —documental y epistemológico—, lo que en consecuencia tiene unas repercusiones directas en la propia concepción de las prácticas historiográfica y en último extremo de la misma Historia y de la esencialidad del hombre en sociedad. Uno de los textos más famosos del autor paradigmático del deconstruccionismo, Jacques Derrida, lleva por título *¿Cómo no hablar?* y el subtítulo de una de sus más emblemáticas obras es *La retirada de la metáfora*, evidenciando la implícita voluntad de retrotraer la representación de la realidad mediante el discurso a la propia interpretación del lenguaje de ese discurso. La práctica deconstruccionista pretende presentar nuevas visiones de la realidad social a través de la desestructuración o descomposición de la arquitectura conceptual de un determinado sistema o proceso histórico; y a través de la desedimentación de los estratos de sentidos que ocultan la construcción de un determinado proceso significante, construido supuestamente desde la objetividad. En el campo historiográfico el deconstruccionismo incide sobre dos de las columnas vertebrales de su teoría: el documento como «fuente» histórica y la «objetividad» de la plasmación discursiva del conocimiento; razón por la que, lejos de ser ignorado, ha sido más atacado que seguido.

La otra gran emanación historiográfica de la «teoría crítica» ha sido el **nuevo historicismo**, concepción narrativista del análisis del discurso, pero con escasas relaciones con la deconstrucción. Es en realidad la última fase de la ya mencionada corriente *Social Science History*, cuyos planteamientos de signo estructural han sido mantenidos por el círculo de C. Tilly y han tenido en la última década como autor más representativo a Hayden White.[17]

3.2. Postmodernismo, postmodernidad y sociedad posindustrial

Una de las características más evidentes de la práctica historiográfica de las últimas décadas es el extraordinario desarrollo acontecido, tanto en la propia dimensión de los trabajos historiográficos como en las direcciones temáticas y las metodologías a ellas asociadas. Como reiterara el ex ministro de cultura francés Lang hasta hacerlo su lema sobre la cultura «la mejor dirección es cualquier dirección», la historiografia ha extendido sus campos de interés en todas las direcciones, hasta conformar un complejo tramado cuya intercomunicación es tan difícil —y por desgracia escasa— que resulta cuanto menos problemático ver el conjunto como una disciplina integral. Este fenómeno en ocasiones se ha calificado como «desmigamiento», pero sería mejor considerarlo como *mitosis*, la «fragmentación telescópica» que hace multiplicarse y especializarse las células conservando la unidad del organismo biológico al que pertenecen. Las causas de esta *mitosis historiográfica* no pueden buscarse, como en ocasiones se ha argumentado, en el «propio crecimiento de la disciplina», pues éste resulta ser evidentemente una consecuencia. Parece fundado asegurar que son tres las causas principales: la búsqueda de explicaciones lo más globales posible; la pretensión de «historia total» de la «nueva historia»; y la «crisis de la modernidad» que se ha gestado en las sociedades posindustriales, generando la conciencia posmoderna. La consecuencia de todo ello es el panorama de una historiografía multidimensional, con numerosas especialidades que tienden a delimitarse lo más claramente posible y que, más a menudo de lo que sería recomendable, tienen dificultades de comunicación entre sí.

Una de las grandes corrientes de pensamiento de los años ochenta y noventa, posiblemente la que más influencia ha tenido en la conformación del pensamiento intelectual del final de siglo, es aquella que no sin interminables debates parece haber terminado denominándose *posmoderna*.[18] Sin embargo la gran producción ensayística no solo atenta contra una denominación única de esta corriente, sino que en gran medida evidencia la existencia de planteamientos que apenas tienen otra cosa en común que la realidad ante la que reaccionan, siendo sus análisis y sus perspectivas antagónicas.

El primer punto en desacuerdo es la naturaleza de la realidad que la corriente *post* trata explícitamente de trascender. Esta multiplicación de significantes hace que la utilización del prefijo premeditadamente trascendente contemple significados notoriamente distintos; en los medios académicos anglosajones el *modernismo* era aplicado exclusivamente a los movimientos de vanguardia artística y literaria y la *modernidad* era un largo periodo surgente en el Renacimiento y que alcanzaba el inicio del siglo XX. Desde Weber a Habermas la modernidad está definida por la separación de la razón sus-

tantiva en tres esferas autónomas: ciencia, moralidad y arte; para Foucault comenzaba en el siglo XVIII, para Heidegger concretamente con Descartes; para Talcott Parsons habría que retroceder al siglo XVII, comienzo de las sucesivas oleadas revolucionarias: industrial, democrática y educativa; para Marshall Berman, la modernidad tendría su primera etapa en los siglo XVI y XVIII y la tercera en el XX.[19]

La heterogeneidad conceptual de *moderno* y sus desinencias hace que lo *postmoderno* y también las suyas muestren como primera manifestación su imprecisión, ampliamente controvertida. Como ha señalado, con evidente sarcasmo, Ernest Gellner «no está nada claro que diablos es. De hecho, la claridad no está nada presente entre sus atributos más acusados. No sólo no la practica, sino que en ocasiones llega a repudiarla».[20] La confusión de las categorías ha hecho que la posmodernidad se utilice en prácticamente todas las ramas de las ciencias sociales y humanas y el posmodernismo se use indistintamente para describir desarrollos en muy distintos campos, desde cualquier rama del arte (y las críticas a esas manifestaciones artísticas), a la comunicación o la moda (en realidad, desde una perspectiva posmodernista, todo es moda, o encuentra su manifestación como moda), identidades sexuales, religiosas y comunitarias, reflexiones filosóficas, políticas o históricas.

En este magma telúrico en que se convierte el uso del concepto *posmoderno* se encuentra un rasgo común que, a falta de aspectos más sustantivos comunes a todas las manifestaciones, debe ser tomado como elemento definidor; este rasgo común concierne a aspectos de *reflexión estética* o *formal* sobre la realidad circundante. En este planteamiento el postmodernismo abarca todas las corrientes y manifestaciones artísticas, los prácticas críticas formales y las corrientes de pensamiento que en su conjunto reaccionan críticamente a los planteamientos de la tradición moderna. Evidentemente esta tradición es distinta según el campo de aplicación; en arquitectura responde a los supuestos de Robert Venturi y Charles Jenks contra la estética modernista, proponentes de una ciudad como reinterpretación lúdica o irónicamente nostálgica del pasado. En las artes plásticas el postmodernismo será la reacción ante las vanguardias: el «elitismo antielitista», el reconocimiento de la inutilidad de la intención hermeneútica —pues nada hay que interpretar—, la negación de la representación artística ya sea realista, simbólica o abstracta: toda realidad es imagen, ficción, simulacro. A esta misma conclusión ha conducido esa línea de pensamiento posestructuralista que transcurre entre Foucault, Roland Barthes, Derrida y Jean Baudrillard, más radical con cada uno de estos pensadores franceses, alcanzando el paroxismo cuando Baudrillard sostiene que la «realidad real» ya no existe, reemplazada por la «realidad virtual» creada por los intereses y la fantasía mediáticos.

Estos planteamientos afectan directamente a la noción de Historia y por ende a la práctica historiográfica; y la afecta de un modo trascendental, alcanzando su línea de flotación al señalar la imposibilidad de conocimiento del

pasado mediante el análisis documental, al estar inexorablemente viciada la interpretación e incluso al proclamar que no sólo es imposible evitar que así sea, sino que incluso es conveniente. De ese modo, la labor de los historiadores estaría «condenada» a una constante reconstrucción, renunciando al principio de causalidad y a la persecución de evidencias. El objeto de la historiografía sería, como el de toda exploración cultural, la *interpretación*; no el de la *explicación* de la realidad objetiva, que como tal deja de tener significado. En lugar de buscar las causas y consecuencias de los acontecimientos, la historiografía tan sólo interpretará el discurso emanado en esos acontecimientos.

Si esa era la consecuencia de la interpretación del posmodernismo, que como tal no produce mayor interés que el motivado por la recuperación exaltativa del relato narrativo, algo distinto será la caracterización de lo que —con grandes reservas, motivadas por la multiplicación de significantes ya acumulados— podríamos denominar *postmodernidad*, utilizando en esta ocasión un sufijo de significado temporal y social. Si el postmodernismo es una reflexión estética o formal sobre la realidad circundante, la *posmodernidad* es la conceptualización de la naturaleza de esa realidad social del fin de siglo, de los elementos que la componen, de los fenómenos que la caracterizan y de los cambios que la transforman. La postmodernidad deja de ser subjetiva e interpretativa, remite a realidades (aunque algunas de ellas cuestionen la existencia de realidades y la sustituyan por representaciones) y es susceptible de ser analizada como cualquier otro periodo histórico.

Son reseñables los hechos, aunque persista —como siempre ha ocurrido— la posibilidad de ser explicados de forma diferentes; no ya como *interpretaciones de representaciones*, sino como análisis de una realidad tangible, mesurable, datable. Entre los fenómenos que caracterizan esta posmodernidad pueden señalase la transnacionalización política y económica, la formación de grandes conjuntos regionales, la pérdida de los Estados nacionales de su antigua hegemonía en el control económico, la globalización de mercados productores y financieros, la modificación de hábitos y costumbres sociales, la desmovilización política y la crisis de los sistemas de valores tradicionales, la revolución de los medios de comunicación y entretenimiento, el acceso generalizado a la educación y la cultura, la revolución científica y tecnológica o las misma nuevas corrientes de pensamiento que se integran bajo el postmodernismo, que por tanto pasa a ser un fenómeno característico de la postmodernidad. La «tangibilidad objetiva» de esos fenómenos característicos no puede, sin embargo, encubrir la densa ambivalencia que recorre esta época, donde el pluralismo de numerosas subculturas y tendencias hace que no exista una línea nítida, grandes paradigmas, explicaciones genérica y universalmente aceptadas. Pero esto no deja de ser también una característica de la postmodernidad, igualmente registrable y susceptible de ser analizada.

Dado el debate sobre la conceptualización de la postmodernidad como periodo histórico, tal vez sería interesante tratar de encontrar una denomi-

nación alternativa. Habermas hablaba de una estrategia «neoilustrada», crítica superadora de la razón ilustrada, pero temerosa del estrechamiento postmodernista de la razón como una traición al proyecto ilustrado de la modernidad. Han sido ya muy utilizados los términos de «era mediática», «sociedad digital» o «edad de la comunicación», para remarcar la importancia de los medios de comunicación, la nueva cultura de la imagen y el simulacro (la «sociedad del espectáculo» de Guy Debord) o la trascendencia de la revolución tecnológica como transformadora de la sociedad. Daniel Bell a comienzos de los años setenta fue quien primero conceptualizó los cambios ya perceptibles como conducentes a la conformación de una nueva «sociedad postindustrial»; y Giddens utilizó el término de «modernidad radicalizada».[21]

Independientemente de la denominación utilizada es interesante señalar un aspecto del debate que le confiere toda la carga historiográfica para haber sido tratado aquí: ¿es la posmodernidad una etapa de crisis, la culminación de la modernidad, el anuncio de algo nuevo o los primeros atisbos de un nuevo periodo?; en otras palabras, ¿es la posmodernidad la última etapa de la contemporaneidad o la primera fase de una era naciente? No es función de los historiadores —ni posiblemente de ningún científico social— determinar cómo será el futuro. La función básica de los historiadores es el análisis de los fenómenos que han motivado las profundas transformaciones que han dado origen a la sociedad de comienzos del siglo XXI y que son tan amplias y profundas que permiten hablar de la determinación de un nuevo periodo histórico; es el estudio de las consecuencias sociales, culturales, económicas y desde luego políticas que han tenido esos fenómenos; es levantar acta pública de lo que está pasando desde una perspectiva histórica, sabiendo que todo el presente es consecuencia directa de acontecimientos, decisiones y actuaciones precedentes, en ocasiones muy alejadas en el tiempo. Es, en primera y última estancia, dar fe de que la humanidad ha entrado en una nueva era; explicar o mucho menos determinar cómo será esa era no es, precisamente, labor de los historiadores.

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV: *New History, Nouvelle Histoire: Hacia una Nueva Historia*, Madrid, Actas, 1993.

ANDRÉS GALLEGO, José (ed.): *New history, nouvelle histoire: hacia una nueva historia*. Madrid, Universidad Complutense, 1993.

ARÓSTEGUI, Julio: *La investigación histórica: Teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995.

BARROS, C. (ed.): *Historia a Debate*, 3 tomos. Actas del Congreso Internacional «A historia a Debate», julio 1993. Santiago de Compostela.

BOURDÉ, Guy y MARTIN, Hervé: *Las escuelas históricas*. Madrid, Akal, 1992.

BRAUDEL, Fernand: *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 1968.

BURGUÈRE, A. (dir.): *Diccionario de ciencias históricas*. Madrid, Akal, 1990.

BURKE, P. (ed.): *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1993.

DOSSE, F.: *La historia en migajas: de Annales a la «nueva historia»*. Valencia, Alfons el Magnànim, 1989.

DUBY, Georges: *Diálogo sobre la historia*. Madrid, Alianza Editorial, 1980.

FEBVRE, Lucien: *Combates por la Historia*, Barcelona, Ariel, 1970.

FONTANA, J.: *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982.

LE GOFF, J.: *Pensar la historia*. Barcelona, Paidós, 1991.

LE GOFF, J. y NORA, P. (dir.): *Hacer la historia*. Barcelona, Laia. 3 vols. 1978-1980.

MORADIELLOS, E.: *El oficio de historiador*. Madrid, Siglo XXI, 1994.

ROMÁN REYES (ed.): *Las ciencias sociales en España: historia inmediata, crítica y perspectivas*; Madrid, Editorial Complutense, 2003.

RICOEUR, P.: *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid, 1987. (1983).

STONE, L.: *El pasado y el presente*. México, FCE, 1986.

THOMPSON, P.: *La voz del pasado;* Valencia, Alfons el Magnánim, 1988.

TODOROV, Zvetan: *Las morales de la historia*. Barcelona, Paidós, 1993.

WHITHROW, G.J.: *El tiempo en la historia: la evolución de nuestro sentido del tiempo y de la perspectiva temporal*. Barcelona, Crítica, 1990.

NOTAS

[1] BURKE, P.: *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales, 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1994.

[2] JULIÁ, S.: *Historia social. Sociología histórica*, Madrid, Siglo XXI, 1989, p. 6.

[3] BRAUDEL, F.: «La larga duración» en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1968, pp. 64-70.

[4] En 1974 aparecía la obra colectiva *Faire de l'histoire*, dirigida por Jacques LE GOFF y Pierre NORA. Cuatro años más tarde, en 1978, se publicaba *La nouvelle histoire*, bajo la dirección de J. LE GOFF, R. CHARTIER y J. REVEL. Y en 1984 salía a la luz el primer volumen de *Lieux de mémoire* de Pierre NORA. Estas tres publicaciones constituyen el cuerpo doctrinal más importante del nuevo tipo de historia propugnada por *Annales*, planteando nuevos problemas, esbozando nuevos puntos de vista y marcando nuevos objetivos.

[5] *La teoría marxista-leninista del proceso histórico: dialéctica de la época contemporánea*; Moscú, Progreso, 1989. *Teoría y metodología de la historia*; Moscú, Nauka, 1990.

[6] KAYE, H. J.: *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1989.

[7] JONES, G. S.: *Lenguajes de clase. Estudios sobre la clase obrera inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 1989. SAMUEL, R. (Ed.): *Historia popular y teoría socialista*; Barcelona, Crítica, 1984.

[8] La definición está tomada de HEFFER, J.: «Une historie scientifique: la Nouvelle Histoire Économique»; *Annales. E.S.C.*, 34, 4 (1977); p. 824. Un compendio bibliográfico sobre el cuantitativismo y sus debates metodológicos en GROSSBART, S.R.: «Quantitative and Social Science Methods for Historians. An Annotated Bibliography of Selected Books and Articles»; *Historical Methods*, 25, 1 (1992); pp. 100-120.

[9] TEMIN, P. (ed.): *La nueva historia económica*; Madrid, Alianza, 1984.

[10] LANDES, D.; TILLY, C.: *History as a Social Science;* New Jersey, 1971.

[11] ELTON, G.R.: *Return to Essentials. Some Reflections on the Presents States of Historical Study*; Cambridge, Cambridge University Press, 1991. HIMMELFARB, G.: *The New History and the Old. Critical Essays and Reappraisals*; Cambridge-Mass., Harvard University Press, 1987.

[12] RÉMOND, R.: «Une histoire présente» en RÉMOND, R. (dir.): *Pour une histoire politique*, Paris, Seuil, 1988, p. 29

[13] La polémica entre Lawrence STONE y Eric HOBSBAWM: «La historia narrativa» en *Debats*, 4, 1982, pp. 93, 98 y 104.

[14] FONTANA, J.: *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica, 1992. ARÓSTEGUI, J.: *La investigación histórica: Teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995. MORALES MOYA, A.: «Algunas consideraciones sobre la situación actual de los estudios históricos» en *La(s) otra(s) historia(s);* Bergara, UNED, 1987; y «Historia y postmodernidad» *Ayer*, 6 (1992); pp. 15-38.

[15] RORTY, R.: *El giro lingüístico*; Barcelona, Paidós-UAB, 1990. LA CAPRA, D.: *History and Criticism*; Ithaca, Cornell University Press, 1985. RANCIÈRE, J.: *Les mots de l'Histoire*; Paris, Seuil, 1993. RICOEUR, P.: *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*; Madrid, 1987.

[16] JAMESON, F.: *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*: Madrid, Visor, 1989. LYOTARD, J.F.: *La condición postmoderna*; Madrid, Cátedra, 1983.

[17] WHITE, H.: *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*; Barcelona, Paidós, 1992.

[18] SEIDMAN, S. (ed.): *The postmodern turn. New perspectives on social theory*; Cambridge-New York, Cambridge University Press, 1994. VV.AA.: *En torno a la posmodernidad*; Barcelona, Anthropos, 1990.

[19] DEL RÍO, E.: *Modernidad, posmodernidad (Cuaderno de trabajo)*; Madrid, Talasa, 1997. Hans BERTENS: *The Idea of the Postmodern. A History*; London-New York, Routledge, 1995.

[20] GELLNER, E.: *Posmodernismo, razón y religión*; Barcelona, Paidós, 1992; p. 37.

[21] *Habermas y la modernidad*; Madrid, Cátedra, 1988. BELL, D.: *El advenimiento de la sociedad postindustrial*; Madrid, Alianza, 1991. GIDDENS, A.: *Las consecuencias de la modernidad*; Madrid, Alianza, 1993.

II

LA HISTORIOGRAFÍA EN LAS DISTINTAS ÁREAS DE CONOCIMIENTO

II.1

ARQUEOLOGÍA Y PREHISTORIA

Victoria Cabrera Valdés
Carmen Guiral Pelegrín
Mario Menéndez Fernández

INTRODUCCIÓN

La Arqueología ha dejado de ser un ejercicio romántico para convertirse en una actividad científica, compleja y reglada. Pero la conversión de la Arqueología en una ciencia histórica ha necesitado de un largo proceso. Antes de llegar a ser una ciencia, la Arqueología era una actitud que se manifestaba en el interés especial por los objetos de la Antigüedad.

En las líneas que siguen realizaremos un breve esbozo de la Historia de la Arqueología, con especial referencia a la Arqueología Prehistórica, centrándonos únicamente en las actividades claves y en la ideología o actitudes que subyacen bajo ellas, obviando los aspectos concretos, basados en nombres y fechas que harían tediosas estas páginas que debemos dedicar a las tendencias ideológicas y epistemológicas del s. XX.

La estructuración de este capítulo se ha hecho siguiendo criterios cronológicos, es decir, un desarrollo diacrónico de las diferentes corrientes metodológicas y criterios de interpretación. La elección de este tipo de estructura responde a que es la única que permite relacionar las distintas teorías con el momento histórico en el que surgen pudiendo, en algunos casos, comprender mejor su significado e influencia. Por otro lado, este planteamiento histórico permite también una perfecta observación del porqué unas teorías sustituyen a otras cuando, por diversas causas, éstas se han quedado obsoletas o ya no solucionan los problemas que motivaron su creación.

Este apartado se ha articulado en dos bloques fundamentales. El primero dedicado a la Arqueología «precientífica», ya que los trabajos realizados hasta el s. XIX carecen de una doctrina teórica que acompañe la interpretación de los datos, si bien aparecen algunos esfuerzos por aplicar técnicas de recuperación y clasificación que serán la base de trabajos posteriores. El segundo bloque, denominado Arqueología «científica», comienza con las corrientes de interpretación del s. XIX, para finalizar con los problemas que actualmente se plantea la teoría arqueológica tras la revolución de la Nueva Arqueología y su pronta superación. Este segundo bloque lo articulamos a su vez en dos apartados, el primero se centra en las corrientes de interpretación anteriores a la

Nueva Arqueología, generalmente teorías procedentes de otros campos de la ciencia que se aplican a la investigación arqueológica, y el segundo apartado se abre con la Arqueología Procesual, el debate suscitado por su *corpus* doctrinal y la aparición de nuevas metodologías aplicadas estrictamente a la Arqueología.

1. CONCEPTOS GENERALES

Antes de comenzar la explicación de las corrientes historiográficas actuales aplicadas a la Arqueología y a la Prehistoria, es necesario clarificar estos conceptos que a lo largo de su historia han tenido acepciones diversas y que incluso actualmente suscitan un amplio debate sobre su significado y campo de aplicación.

1.1. Arqueología

La Arqueología entendida como estudio del pasado (de *arqueos*, antiguo, y *logos*, discurso), se dedica a la búsqueda, recogida e interpretación de los restos materiales, ya sean muebles o inmuebles, de los que se deducen datos esenciales, únicos en algunas ocasiones, para la reconstrucción histórica. Para el conocimiento científico de estos restos materiales utiliza una serie de técnicas, denominadas en el seno de la disciplina *método arqueológico*, que presenta tres fases:

- Observación y recogida de *información*, a través de prospecciones y excavaciones.
- Definición, clasificación y ordenación de los datos mediante las tipologías.
- Explicación y elaboración del argumento histórico, que es el aspecto que se desarrollará en este curso.

La aplicación adecuada de esta metodología arqueológica permite transformar los restos materiales en auténticas fuentes históricas. Por lo tanto la Arqueología es una especialización de la Historia considerada como la ciencia global y única del pasado de la humanidad y de ello se deduce que el arqueólogo es un historiador especializado en la investigación histórica a través de las fuentes materiales. Con esta definición, comúnmente aceptada en la actualidad se pone fin a la tradicional consideración de la Arqueología solamente como una disciplina auxiliar de la Historia.

Aunque consideremos la Arqueología como una disciplina histórica, se diferencia de la Historia escrita en un sentido fundamental derivado de las propias características del material arqueológico. El registro histórico escrito ofrece opiniones, emite juicios, y hace declaraciones, aunque deban ser

interpretadas con posterioridad. En este sentido es significativa la conocida frase de Moberg: «El nacimiento de la Arqueología ha tenido como consecuencia la *liberalización de la Historia*, al hacer que ésta no dependa exclusivamente de las fuentes escritas, de las lenguas verbalizadas». En cualquier caso los historiadores y los arqueólogos construyen sus argumentos sobre distintas bases documentales y no deben menospreciar el documento construido por los otros; el trabajo de cada uno de ellos tiene problemas particulares y requiere técnicas específicas, por lo que son adecuados para problemas históricos diferentes. Frente a las críticas de que la Arqueología no puede describir sucesos, puede argumentarse que es imprescindible para explicar procesos y en muchos casos se convierte en el único testimonio de las épocas o de los sectores sociales que no han generado documentación escrita; es decir, del 99% de la historia de las sociedades humanas sobre el planeta.

Sin embargo, los objetos arqueológicos no dicen nada en sí mismos y son los arqueólogos quienes deben darles sentido y desde ese punto de vista la Arqueología es similar a la práctica científica ya que ambas recogen datos, realizan experimentos, formulan hipótesis para explicar los datos y elaborar conclusiones. De todo ello se deduce que la Arqueología es tanto una ciencia como una disciplina humanística.

El ámbito espacial de la Arqueología ha ido creciendo de forma lenta pero inexorable y, al compás de los acontecimientos históricos, se ha pasado del exclusivo interés humanista por el mundo clásico a la progresiva planetarización del espacio arqueológico.

Por lo que se refiere al ámbito temporal, en la actualidad nadie discute, al menos en teoría, que las técnicas arqueológicas pueden aplicarse desde las épocas más remotas de la Prehistoria hasta las fechas más actuales. Aunque existen ciertas reticencias en los sectores mas tradicionales y conservadores, en estos momentos este hecho es ya indudable y un buen ejemplo de ello son las recientes investigaciones en el lugar de la batalla de Little Bighorn, donde los restos conservados se han analizado siguiendo un método exclusivamente arqueológico, lo cual da muestras de cómo éste puede aplicarse a los momentos más recientes de nuestra Historia.

En la actualidad se admiten diferentes Arqueologías, entendiendo la diferenciación en sentido diacrónico y así se habla de Arqueología Prehistórica, Clásica, Medieval e Industrial, siendo susceptibles de admitir algunas de ellas otras subdivisiones de carácter cronológico y/o cultural. Estas distinciones diacrónicas desdibujan la visión general de la ciencia arqueológica y aunque existen ciertas diferenciaciones entre los procedimientos de estudio entre la Arqueología Prehistórica y la Medieval, todas las etapas deben analizarse con unos mismos principios y métodos generales que son distintos a los utilizados por el resto de las ciencias denominadas humanísticas.

1.2. Prehistoria

El término Prehistoria, designa el más largo periodo en que se divide la historia de la humanidad. Pero también se refiere a una ciencia, y en cuanto tal se entiende como el estudio con técnicas arqueológicas de las sociedades prehistóricas a través de sus restos materiales. Éstas se definen como las sociedades que no conocen la escritura, dejando al margen las sociedades ágrafas actuales que son estudiadas por la Antropología y la Etnografía. Es, por lo tanto, una parte de la Historia y por ello el prehistoriador es un historiador que estudia las sociedades ágrafas desaparecidas y es también un arqueólogo porque las fuentes son materiales y las técnicas que emplea en su estudio son arqueológicas. De ahí deriva el concepto, cada vez utilizado con más frecuencia, de Arqueología Prehistórica. Por lo tanto se puede deducir que existe una disciplina arqueológica independiente en la que la Prehistoria es una parte de la misma. La expresión Arqueología prehistórica tiene su origen en la tradición anglosajona y en este sentido Prehistoria y Arqueología prehistórica significarían lo mismo y la figura del prehistoriador estaría unida a la del arqueólogo.

Sin embargo en los medios académicos españoles todavía se observa una tendencia a distinguir la Arqueología Prehistórica de la Prehistoria, considerando la primera como encargada de la recuperación y análisis, mientras que el objetivo de la segunda serían las labores de interpretación y síntesis; de ello parece deducirse que la Arqueología es una ciencia auxiliar de la Prehistoria. Esta posición es censurada por Clark quien identifica los términos de Prehistoria y Arqueología, criticando la idea del prehistoriador que realiza el trabajo sintético y el arqueólogo el analítico.

A pesar de todas las opiniones expuestas, la autonomía real de la Prehistoria con relación a la Historia no se cuestiona, por lo que el estudio de las sociedades prehistóricas se aborda desde la Prehistoria y queda fuera del campo conceptual asignado de forma tradicional a la docencia de la Arqueología.

1.3. Antropología y Etnología

De forma general se puede definir como el estudio del hombre, tanto de las características físicas, como de los rasgos no biológicos que denominamos cultura. Los antropólogos basan sus conclusiones en la experiencia de la vida real dentro de las comunidades contemporáneas. Es por lo tanto una disciplina muy amplia que se divide en dos especialidades:

- Antropología física o biológica que estudia las características físicas del hombre y su evolución.
- Antropología cultural o social que analiza la cultura y sociedad humana (tecnología, pautas de comportamiento, organización social y creencias). Se divide en dos ramas fundamentales:

- Etnografía. Estudio y descripción de las culturas vivas individuales.
- Etnología. Establecimiento de principios generales sobre las culturas contemporáneas, mediante el método etnográfico.

En general podemos decir que la Antropología se ha dedicado al estudio de los pueblos primitivos y ágrafos contemporáneos y también al estudio de las llamadas culturas marginales que subsisten en las sociedades modernas (minorías étnicas, reservas indias, etc.).

La relación de la Antropología con la Arqueología ha sido intensa y se basa en la tradición académica norteamericana, que considera la Arqueología americana como Antropología ya que estudia el pasado de las sociedades indígenas conquistadas por los colonizadores europeos. En Europa el enfoque es distinto ya que se considera como una subdivisión de la Historia que estudia los denominados pueblos primitivos contemporáneos, por lo que durante una primera etapa son dos disciplinas paralelas. Con la aparición del estructuralismo y el funcionalismo las dos disciplinas se separan ya que la Antropología propugna un enfoque sincrónico, en lugar del diacrónico de la Historia. En la actualidad esta división se ha superado y se tiende hacia una colaboración. La Historia no debe ser reemplazada por la Antropología, sino enriquecida con su ayuda, como disciplinas complementarias en su esfuerzo común por hacer inteligible lo humano.

2. LA ARQUEOLOGÍA PRECIENTÍFICA

Antes de llegar a ser una ciencia fundamental para el conocimiento de las culturas tanto antiguas como contemporáneas, como hemos analizado en líneas anteriores, la Arqueología experimentó una fase de tanteos. Así el propio concepto ha variado profundamente a lo largo de los siglos, sobre todo en los últimos años, como corresponde a una ciencia viva, ya que toda ciencia que quiera definirse como tal deberá encontrarse siempre en vías de construcción.

La Arqueología, como cualquier disciplina científica, atravesó una etapa en la que los datos se recogían sin ninguna razón u objetivo en concreto o bien con la esperanza de que en el futuro se sabría lo suficiente como para formular las cuestiones o hipótesis convenientes. Cuando los datos arqueológicos se convirtieron en un objeto serio de estudio, los investigadores procedieron a su examen, pensando que su tarea arrojaría luz sobre los problemas que se consideraban significativos desde un punto de vista filosófico, histórico o científico. Antes de llegar a ser una ciencia, como hemos dicho, la Arqueología era una actitud, y esa actitud se manifestaba en un interés especial por los objetos y las obras de arte de la Antigüedad.

En ninguna de las civilizaciones antiguas existió una disciplina semejante a nuestra Arqueología, si bien el vocablo es bien conocido desde Platón que

lo utiliza con el significado de «Historia de los Antiguos héroes, de las razas, de los antiguos orígenes de la ciudad». Para los autores clásicos, la Arqueología tenía el significado de Historia Antigua, mientras que la Historia era el relato de los hechos contemporáneos.

En esta primera época, al igual que sucederá hasta el Renacimiento, se observa una actitud de contemplación o descripción de los hechos antiguos y en ningún caso se desarrollan técnicas específicas de recuperación o de estudio de los restos. En ninguna de las civilizaciones antiguas conocidas existió una disciplina parecida a lo que ahora entendemos como Arqueología.

Durante la Edad Media el interés por los restos del pasado fue mucho más restringido que en época clásica y se limitaba a la colección y conservación de las reliquias sagradas. Esta época parece caracterizada por un olvido, cuando no un rechazo y destrucción, de los restos de las civilizaciones clásicas. Todo ello no estimuló en absoluto el desarrollo de un estudio sistemático de los restos materiales del pasado. Pero la visión cristiana que de éste se tenía, centrada en la idea de que las únicas noticias válidas estaban contenidas en la Biblia, constituyó un punto de partida conceptual a partir del cual se desarrollaría en Europa el estudio de la Arqueología, como veremos posteriormente.

El gran impulso lo aporta el Renacimiento que adopta como modelo la Antigüedad Clásica. Es en estos momentos cuando se inicia un hecho que tendrá gran repercusión, como es el coleccionismo de obras antiguas, generalmente por parte de la nobleza y de la Iglesia, que será el germen de los Museos que se crearán en momentos posteriores. Los materiales que comienzan a almacenarse no son siempre objeto de hallazgos fortuitos, sino que se observa una cierta actividad encaminada hacia su recuperación, mediante la realización de excavaciones que únicamente tienen como objetivo la «caza» de objetos de arte y que, en ningún caso, son consideradas como actividades científicas.

Esta creciente atención por las actividades del pasado se consolida en los siglos XVII y XVIII, con la creación de instituciones dedicadas a ello, que además comienzan a editar en publicaciones periódicas sus propias excavaciones. Es también el momento de la fundación de los grandes museos a partir de las colecciones reales y eclesiásticas de épocas anteriores. Igualmente es cuando comienzan a realizarse las primeras excavaciones intensivas y continuas, entre las que cabe destacar las realizadas en la Campania por la Casa Real de los Borbones. Este interés por la Antigüedad Clásica iniciado en Italia, se fue extendiendo por toda Europa y además de las expediciones por el Mediterráneo patrocinadas por la nobleza, con el único fin de recuperar objetos antiguos, también se inicia una creciente preocupación por los hallazgos en las antiguas zonas conquistadas por el Imperio Romano.

A pesar de toda esta actividad no se logra dar un contenido científico al movimiento; si bien no podemos olvidar la figura de J. J. Winckelman (1717-

1768) que en su obra *Historia del Arte en la Antigüedad* (1764) ordenó coherentemente los descubrimientos, de manera que se le considera el verdadero fundador de la Historia del Arte y en cierto modo de la «Arqueología clásica» que, en esos momentos, parece diluida dentro de la Historia del Arte. Winckelman fue el que primero transfirió el estudio del arte hacia conceptos generales que servirían de guía para la reconstrucción cronológica y para extraer de ella elementos de vital interés para la época que se trata. Aún conscientes de la superación de los planteamientos del autor, no podemos despreciar la aportación que supuso la reconstrucción de la cronología de parte del Arte Antiguo ya que éste era uno de los grandes problemas que presentaba y que, aún hoy, ofrece dificultades.

A finales del s. XVIII se produce un acontecimiento científico que tendrá una gran repercusión en la creación de la disciplina arqueológica. El científico J. Hutton publica la obra *Teoría de la Tierra* (1785), en la que estudia la estratificación sedimentaria y la formación de las rocas, estableciendo los principios que posteriormente serán la base de la excavación arqueológica.

Aunque en el s. XIX todavía domina el espíritu coleccionista y catalogador de los anticuarios y coleccionistas y este aún no ha desaparecido en nuestro siglo, es en esta época cuando comienzan las actividades arqueológicas a gran escala y los primeros intentos de interpretación de los restos, aplicando teorías procedentes de otras ciencias al estudio de las culturas antiguas. Así mientras que la investigación sobre la Historia del Arte Antiguo continuó basándose en los textos escritos para la ordenación cronológica de sus datos, los problemas que presentaba la aplicación de este método a periodos más antiguos, sin escritura, provocaron que creciese el número de arqueólogos que tomaron conciencia de la importancia que revestían los objetos recuperados mediante la excavación arqueológica para conocer los logros humanos. Todo ello permitió la recuperación de gran número de materiales y con ello surge la necesidad de crear un cierto método que no deja de basarse en un espíritu de clasificación y seriación, creando los grandes catálogos y *corpora* de diversos materiales. Sin embargo, todavía existía un gran obstáculo para el establecimiento de una cronología de los tiempos más remotos: la creencia de que todos los hallazgos realizados ilustraban únicamente los acontecimientos históricamente registrados. Este hecho se basaba en la idea de que el conocimiento histórico solamente podía adquirirse a través de los documentos escritos y que si no se disponía de ellos no era posible conocer los tiempos más antiguos.

3. LA ARQUEOLOGÍA CIENTÍFICA

A pesar de los tímidos avances expuestos, la primera fase especulativa no finaliza hasta mediados del s. XIX, momento en que la Arqueología comienza a constituirse como una verdadera disciplina. Los cien años que discurren

entre ese momento y mediados del s. XX, en el que se produce un cambio decisivo en la Arqueología, constituyen un periodo complejo de analizar por la dificultad de definir o encuadrar en una escuela o corriente de pensamiento concreto a algunos autores, cuyas posiciones teóricas con frecuencia se entrecruzan y comparten paradigmas diferentes. Sin embargo es un periodo fundamental para la creación de nuestra ciencia, tanto en la elaboración de teoría, como en el descubrimiento y aplicación de métodos y técnicas de excavación y análisis.

3.1. Los inicios de la Arqueología como ciencia: Siglo XIX

La liberación de la restricción para el establecimiento de una cronología se produjo a mediados del s. XIX, de manos de lo que actualmente se denomina Arqueología Prehistórica que también fue decisiva para el establecimiento de la antigüedad del hombre.

La antigüedad del hombre. El reconocimiento de que los orígenes del hombre eran muy anteriores al Diluvio Universal descrito en la Biblia, fue uno de los aportes intelectuales más importantes del s. XIX. J. Boucher de Perthes (1788-1868) mientras excavaba fosas militares en Abbeville (Francia) descubrió útiles líticos asociados a huesos de animales extinguidos, lo cual era indicio de la antigüedad del hombre. Así nació la noción de una Prehistoria de la humanidad y este concepto fue de uso generalizado tras la publicación de J. Lubbock, *Prehistoric Times*, en 1865.

El evolucionismo. A mediados del s. XIX (1859) Darwin publica los resultados de sus descubrimientos en la obra *El origen de las especies*, que es el punto de partida de la teoría evolucionista en Biología. Según esta los animales evolucionan unos a partir de otros, mediante alteraciones genéticas que se transmiten a la descendencia (mutaciones), reguladas por la selección natural o supervivencia de los más aptos, que de esta manera transmiten los cambios más ventajosos a su descendencia y de forma gradual las características de una especie cambiarían hasta surgir una nueva. Con la publicación en 1871 de *El origen del hombre*, Darwin expone que la especie humana había surgido de la misma forma. Así se podía comenzar a buscar los orígenes del hombre en el registro material utilizando las técnicas arqueológicas.

El sistema de las tres edades. Con el descubrimiento del origen y la evolución del hombre, a mediados del s. XIX ya se habían sentado las bases de la Arqueología prehistórica moderna. C. Thomsen fue quién clasificó los objetos arqueológicos de la Comisión Real de Copenhague según su materia prima (piedra, bronce e hierro) y su posible función. Existían, según el autor, tres edades. Una primera edad con instrumentos de piedra para cazar, pescar, recolectar o defenderse; una segunda con predominio del cobre y del bronce y una tercera con aparición y desarrollo del hierro como materia prima fun-

damental. De esta forma los objetos arqueológicos dejaron de ser restos aislados y pasaron a ser la clave de la identidad cultural. Este sistema se fue perfeccionando de la mano de Worsaae y Montelius quienes aplicaron en sus excavaciones y análisis de materiales la posibilidad de ordenarlos cronológicamente, siguiendo la tipología de los objetos.

Los grandes descubrimientos y el progreso de las técnicas. A lo largo de la segunda mitad del s. XIX y comienzos del s. XX se producen una serie de grandes descubrimientos que afectan no sólo al origen del género humano (Erectus, Neanderthal, Cro-Magnon) y a la Prehistoria (periodización del Paleolítico), sino también a las llamadas grandes civilizaciones de Egipto, Próximo Oriente, Egeo y Mediterráneo. Sin embargo hasta avanzado el s. XX no se progresa en los modelos de interpretación que siguen, con matizaciones, basándose en el sistema de Thomsen y en la estratigrafía.

El interés por recuperar objetos, que preside los trabajos arqueológicos hasta finales del s. XIX, se enriquece con la adopción paulatina de una metodología de excavación que conlleva la documentación gráfica de los lugares arqueológicos, mediante planos y secciones y el registro de los objetos hallados. Se puede considerar a Pitt-Rivers como el pionero en las técnicas de registro, influenciadas por su experiencia militar, en las excavaciones que realiza en Cranborne Chase en Inglaterra, si bien el impulso definitivo proviene de las técnicas de cuadrícula y registro tridimensional establecidas por Wheeler.

A finales del s. XIX estaban ya implantadas algunas de las características esenciales de la Arqueología moderna y también se habían descubierto las principales civilizaciones de la Antigüedad. La primera mitad del s. XX se caracterizó por el interés en establecer cronologías y definir las características de cada zona. Además de los trabajos de Petrie y Carter en Egipto, de Evans en Creta y de Wooley en Mesopotamia, entre otros muchos, hay que destacar los trabajos sobre los indios norteamericanos y sobre todo los llevados a cabo por V. Gordon Childe y H. Breuil en la Prehistoria europea.

3.2. La consolidación como ciencia: primera mitad del s. XX

Tras los intensos debates del siglo XIX acerca de la evolución biológica humana y de la antigüedad del mundo, la Prehistoria nace como verdadera ciencia encargada del descubrimiento y explicación del nuevo horizonte que se abre. El género humano pasa a formar parte de la naturaleza como una especie animal más y su antigüedad en el mundo se amplía extraordinariamente. El estudio de estas sociedades humanas y de su desarrollo cultural será el objeto de la Prehistoria, que entra en el mundo científico de la mano de la Antropología, la Biología y, sobre todo, la Geología, de las que toma gran parte de su terminología descriptiva e intenta imitar su metodología de investigación.

La posición científica de toda la primera mitad del s. XX se puede resumir en la visión autocomplaciente y confiada del positivismo. El razonamiento científico, heredero del Renacimiento y la Ilustración, frente al pensamiento mágico y religioso medieval, se afirma en el empirismo, bien ejemplificado en el Círculo de Viena, y en la creencia de que todas las ciencias comparten objetivos y métodos para merecer tal nombre. Supone que mediante la *inducción*, de la constatación de fenómenos particulares podemos deducir leyes generales, yendo de lo particular a lo general. El Positivismo Lógico (Russel, Whithead, Wittgestein) cambiará inducción por *deducción*, de manera que mediante el método hipotético-deductivo formulamos hipótesis generales de las que se deducen consecuencias que expresan fenómenos constatables. Si la posterior experimentación comprueba como «verdaderos» estos fenómenos, la hipótesis se confirma como cierta.

Durante toda la primera mitad del siglo XX, la Prehistoria se instala en la seguridad y confianza de certeza del positivismo científico que hemos descrito, aunque lo haga a través de diferentes escuelas (evolucionismo, difusionismo, funcionalismo, etc.), como veremos, pero encuadrables dentro de una visión historicista o normativista de la cultura o de la historia. Desde este punto de vista su objetivo es establecer datos «científicos» (incuestionables): «las interpretaciones son libres pero los hechos son sagrados». Es decir, establecer hechos y explicarlos mediante leyes generalizables. Así, una gran parte de la bibliografía arqueológica consistió en una recopilación exhaustiva de datos, fechas y descripciones de objetos y estructuras procedentes de las excavaciones arqueológicas, ordenados cronológicamente, carentes de una teoría general o paradigma propio, dentro de un modelo que se ha definido irónicamente como «empiricismo estratigráfico». Los rasgos materiales de los objetos arqueológicos (útiles líticos, cerámicas, objetos metálicos, etc.) identificaban cada «cultura», y los cambios formales de los mismos mostraban la transformación cultural. Sin embargo, si todo ha de probarse y poder formularse en leyes, según el positivismo, llegamos a un punto muerto, pues la Prehistoria, entendida como parte de la Historia, no admite el empleo del método experimental. Todo lo más se podría aplicar el método comparativo etnográfico, tomando como modelo los llamados pueblos «primitivos» actuales.

En la segunda mitad del siglo XX la ciencia acometió la tarea de reflexionar sobre sí misma, descubriendo que la objetividad y la certeza de los datos eran una ilusión. Popper, Kuhn y otros pusieron de manifiesto que los datos dependen de la teoría y que ésta es variable, por lo que no existen datos objetivos. Este relativismo conmovió los cimientos del pensamiento científico, y también de la arqueología, al mostrar que la ciencia sólo alcanza verdades relativas. La Arqueología prehistórica, sobre todo en el ámbito angloamericano, más vinculada a la antropología, comienza también a reflexionar sobre sí misma y decide dotarse de una teoría propia que le otorgue el estatus de ciencia. Así surgen numerosas corrientes y escuelas con paradigmas diferentes y no

siempre excluyentes (Nueva Arqueología, procesualismo, postprocesualismo, materialismo cultural, etc.) que participan en mayor o menor grado de otros modelos teóricos generales como el marxismo, estructuralismo, etc.; pero sin duda mucho más críticos desde el punto de vista epistemológico.

3.2.1. El Evolucionismo

La adopción por la Arqueología de un modelo explicativo evolucionista está directamente marcada por la teoría de la evolución biológica darwinista desarrollada, como hemos visto, en el s. XIX. Durante este siglo ya Spencer trató de aplicar el modelo biológico al estudio de las sociedades y Taylor observó el necesario proceso de evolución previo a la aparición de las grandes civilizaciones antiguas. Pero será Morgan, un antropólogo americano, quien sistematice las fases de este proceso y marque las líneas básicas de esta teoría explicativa del cambio cultural. Para Morgan las sociedades han de pasar progresiva e inevitablemente por los estadios sucesivos de *salvajismo-barbarie-civilización*, en una concepción evolutiva del progreso cultural copiada del modelo biológico de la época, que confía en el progreso unidireccional. Mientras en la evolución biológica la unidad de análisis es el individuo, pues el motor del cambio son las mutaciones genéticas que se producen en el proceso de la reproducción, para la antropología o la arqueología la unidad de análisis es la sociedad o el grupo cultural. Esto implica la búsqueda de leyes generales que expliquen este desarrollo progresivo en fases y que tengan validez universal.

La primera e inmediata influencia se produjo en el marxismo. El materialismo histórico clásico establece diferentes fases o modos de producción (depredador, esclavista, feudal, capitalista y socialista), que se corresponden con diferentes sociedades (igualitaria, antigua, medieval, etc.) con un claro e inexorable sentido evolutivo. Así, cuando Engels argumenta sobre *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado*, utiliza testimonios etnográficos. Desde ese momento, marxismo y evolucionismo se complementarán frecuentemente desde el punto de vista epistemológico.

Durante todo el siglo XX la visión evolucionista del cambio cultural ha estado permanentemente presente en los estudios prehistóricos, con frecuencia oponiéndose a la explicación difusionista de los cambios culturales. Algunos autores propusieron modelos evolutivos similares al de Morgan, aunque con una visión menos rígida. Así, E. Service establece una división en cuatro fases: *Banda-Tribu-Jefatura-Estado*. Similar es el esquema de M. Fried, cuyas cuatro fases son: *Sociedad igualitaria-Sociedad de rangos-Sociedad estratificada-Estado*. Aunque con algunas diferencias, ambos parten de las sociedades cazadoras-recolectoras, para llegar en un proceso evolutivo unilineal hasta el estado. Cada fase evolutiva tiene sus características materiales, que el arqueólogo ha descubrir en el registro arqueológico.

Esta concepción evolucionista del cambio social se ha desarrollado, sobre todo, en el mundo anglosajón, y particularmente en la antropología americana. La Prehistoria europea de base evolucionista ha seguido un patrón de análisis más centrado en la evolución tecnológica y tipológica. Un ejemplo emblemático de esta concepción podemos encontrarlo en la obra del paleolitista francés F. Bordes, que estructura todo el Paleolítico europeo como un proceso evolutivo cultural, que enlaza y otorga continuidad y sentido a las diferentes fases del Paleolítico, con manifestaciones permanentes en la evolución de los útiles líticos, paralelamente a la evolución de los tipos humanos. Bordes toma el esquema de desarrollo del Paloelítico europeo trazado por H. Breuil, el gran sistematizador de estos estudios, a principios del siglo XX. Breuil combina eclécticamente una visión evolucionista de las diferentes culturas/industrias paleolíticas con la explicación difusionista desde áreas originarias o de invención.

La visión evolucionista ha condicionado el desarrollo de toda la teoría posterior en la arqueología prehistórica. Está presente tanto en el enfoque ecológico-cultural de los funcionalistas, como en la consideración de la cultura como mecanismo de adaptación (forma humana extrasomática de adaptación) de los neoevolucionistas, aspecto este que tanto ha influido en la aparición de la Nueva Arqueología. Igualmente el evolucionismo es determinante en la formulación del materialismo cultural de M. Harris, para quien el mecanismo de cambio es la «selección cultural», mediante la cual los individuos se adaptan a las condiciones medioambientales, cambiando su comportamiento (cultura) sin necesidad de modificar sus genes. De esta manera, la selección cultural puede contradecir a la natural. Así, la natalidad más alta hoy se da en los países menos desarrollados y no donde hay más recursos; igualmente los avances médicos y sociales impiden que los individuos más débiles o enfermos estén condenados inevitablemente a morir, etc. En sentido contrario se expresa R. Dunnel, que aplica el concepto darwinista de selección natural a los cambios culturales. Así, como ocurría con las mutaciones genéticas, tales cambios aparecen por azar y son seleccionados en función de su operatividad.

3.2.2. El Difusionismo

Como modelo de explicación del cambio cultural, el difusionismo podría definirse como la irradiación de avances técnicos y culturales desde las áreas de creación o elaboración de los mismos a otras zonas, mediante contactos, migraciones o invasiones. Los difusionistas tendían a describir conjuntos de objetos elaborados (cultura material) e identificarlos con un pueblo, otorgando a la cultura arqueológica (conjunto recurrente de objetos) una concepción étnica. Así, Gordon Childe trató de reconstruir la Prehistoria de Europa ordenando cronológicamente los conjuntos de objetos que eran exponentes de los desplazamientos o influencias de unos pueblos sobre otros en un proceso que se denominó de *difusión*.

Para el difusionismo, o historicismo cultural, existen unas «áreas de invención» donde aparecen las ideas que dan lugar a los cambios sociales que se expresarán en la cultura arqueológica. El mecanismo de difusión será la transmisión de las ideas (fenómenos de aculturación) o bien el desplazamiento de poblaciones portadoras de tales novedades (migraciones o invasiones). Así, el megalitismo fue explicado por Childe como la llegada al occidente de Europa de una nueva religión (fenómeno de aculturación) que incluía la construcción de grandes monumentos en piedra para realizar enterramientos colectivos. La extensión del vaso campaniforme por Europa se interpretó como migraciones desde la Península Ibérica y una vuelta a la misma (centro de invención), en corrientes de flujo y reflujo, que explicaban las dos grandes fases del mismo que se constataban en los diferentes estilos cerámicos (cultura arqueológica). Finalmente, el Solutrense o los Campos de Urnas se explicaban mediante la invasión de pueblos que ocupaban determinadas áreas imponiendo en las mismas una nueva tradición cultural.

El origen de un determinado rasgo material (útil lítico, cerámica, objeto metálico, tipo de enterramiento, etc.) que caracteriza a una «cultura», debe buscarse donde aparece en un momento cronológico más antiguo, constituyendo por tanto el centro de invención. Desde este punto de vista, han existido planteamientos más toscos o hiperdifusionistas, que pretendieron un único lugar de origen para la práctica totalidad de los avances culturales, como el de G. E. Smith en Egipto, Lord Reaglen en Sumeria, o G. Kossina en Centroeuropa, este último ligado a los planteamientos nacionalistas de una raza aria, superior y motor de todo progreso. Otros autores, como Childe, siguiendo ideas de O. Montelius, propusieron un difusionismo en sentido general de Oriente a Occidente (*ex Oriente lux)*, teniendo en cuenta que las grandes invenciones y transformaciones culturales se habían producido en Oriente (agricultura y ganadería, urbanismo, descubrimiento del metal, la escritura, la rueda, la vela, etc.). Bosch Gimpera fue el representante español más cualificado en esta tendencia, aunque su difusionismo esté frecuentemente entreverado de ideas evolucionistas. También para la Prehistoria de la Península Ibérica ha habido una explicación difusionista recurrente que situaba el foco originario en África. Autores como H. Obermaier, L. Pericot o M. Almagro Basch han situado en el norte de África el origen de diferentes culturas prehistóricas del sur y levante peninsular, o la influencia en la aparición del arte rupestre levantino.

A partir de los años 50 la aparición del método de datación absoluta conocido como Carbono 14, permitió establecer la antigüedad de determinados materiales orgánicos, originando lo que llamó C. Renfrew «la revolución del radiocarbono», en una obra ya clásica: *Before Civilization*, 1973, que sancionaba el final del difusionismo como explicación básica del cambio cultural en la Prehistoria europea. Así, muchos teóricos centros de invención se revelaron posteriores cronológicamente a las áreas colonizadas. Por ejemplo, el megalitismo del occidente de Europa era muy anterior a los *tholoi*

(sepulcros de falsa cúpula) del Mediterráneo oriental. Pero además, las dataciones absolutas permitieron un nuevo modelo interpretativo poligenista que contradecía la premisa básica de la argumentación difusionista: las sociedades satisfacen idénticas necesidades mediante soluciones similares. Así, se demostraron varios focos de invención de la metalurgia de forma autónoma, o se reforzaron los estudios sobre intercambio y comercio de determinados bienes u objetos sin necesidad de recurrir al constante y obsesivo trasiego de poblaciones.

Finalmente, el difusionismo tuvo en algunos autores un marcado carácter colonialista, siendo exponente de la época y sociedad en que se desarrolló. Hoy aceptamos que todas las sociedades tienen potencialmente la misma creatividad, no dependiendo ésta, y por tanto los centros nucleares o creadores de cultura, exclusivamente de factores endógenos. En la actualidad se desarrolla en Arqueología prehistórica un nuevo difusionismo, basado en la genética de las poblaciones actuales, que pretende reconstruir, con ayuda de otras ciencias como la lingüística, los movimientos de población a lo largo de la historia del hombe. Su representante más conocido es el genetista italiano L. Cavalli-Sforza. Igualmente, estudiando los cambios en el ADN de la mitocondria u otras características hereditarias se trata de reconstruir el proceso de colonización humana del planeta por el *H.s. sapiens* durante el Paleolítico y su relación con otras poblaciones, como los neandertales.

Algunos autores difusionistas clásicos, como G. Childe, participaron activamente de otras escuelas o paradigmas, como el evolucionismo o el marxismo. Childe introdujo además el interés por los factores económicos y el medio ambiente. Así, en sus teorías sobre el origen del Neolítico y de las sociedades urbanas son determinantes las consideraciones ecológicas (clima, medio físico) y los factores sociales (clases, organización de la producción, etc.). En este sentido es precursor de muchas características del materialismo y ecologismo cultural.

3.2.3. El Marxismo

El marxismo, desde el momento de su aparición, ha tenido una gran influencia en los estudios históricos y la Arqueología no ha permanecido al margen. En realidad la preocupación del marxismo por las etapas más antiguas de la humanidad se encuentra ya en la obra de F. Engels que en el año 1884 publicó su libro sobre *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, en el que entraba en el análisis de las primeras colectividades humanas. Este, como hemos visto, tomaba de Morgan la idea de una evolución lineal de la humanidad a lo largo de tres estadios: salvajismo, barbarie y civilización. En términos generales la primera fase corresponde al Paleolítico, la segunda al Neolítico y Edad de los Metales y la tercera a la aparición de la escritura y de las sociedades urbanas con Estado. A cada estadio se le asigna-

ban además unas características tecnológicas y unos modelos económico-sociales que, a la larga, quedaron como absolutamente indemostrables a la par que excesivamente generalizadores, lo que provocó la crisis de las interpretaciones de progreso lineal de las sociedades a principios del siglo XX. Solamente Gordon Childe, y de forma más teórica que real, defendió estas interpretaciones marxistas. Sin embargo, poco después de la Segunda Guerra Mundial nuevas corrientes de interpretación dentro del marxismo plantearon alternativas a partir de una revisión de la obra de Marx. En realidad las interpretaciones del marxismo sobre las sociedades más primitivas no están separadas de su visión del conjunto de la Historia de la humanidad. El materialismo histórico analiza las formaciones sociales (las sociedades o grupos sociales en lenguaje marxista) diferenciando una base económico-social (la estructura) que está formada por las fuerzas productivas y por las relaciones de producción, y una superestructura que abarca los aspectos jurídicos, políticos o ideológicos. En el análisis marxista la estructura determina la superestructura sin descartar la influencia que ésta tiene como posterior refuerzo de una estructura dada.

Los marxistas establecen de este modo una prioridad de la estructura a la hora de estudiar la sociedad. El historiador que desprecie el estudio de los fenómenos económico-sociales no está realizando un auténtico análisis. Hay que destacar la especial importancia que revisten las relaciones de producción, que se revelan como el auténtico motor del cambio social a partir de un proceso dialéctico resultante del delicado y precario equilibrio que se establece dentro de los elementos sociales. Son las contradicciones dentro de las relaciones de producción las que dan lugar a cambios en busca de un nuevo equilibrio que durará tanto tiempo como el que tarde en aparecer un nuevo conflicto, ya que la sociedad no puede interpretarse como un conjunto estable.

El problema para aplicar este método a las sociedades sin escritura se centra en la dificultad de identificar, de forma nítida e indistinta, grupos sociales diferenciados únicamente a partir de sus restos materiales. Hay también que destacar que los conflictos sociales pueden probablemente ocupar un lugar secundario en la dinámica social de las sociedades primitivas, carentes de excedentes, en las que la presión del medio ambiente puede ser un motor más poderoso que las relaciones de producción, aparentemente sencillas.

Es necesario citar, no obstante, la gran influencia del marxismo en la Arqueología, existiendo profesionales de reconocido prestigio que lo asumen como corriente interpretativa. A. Carandini es uno de ellos y quizá las causas de este poderoso influjo del marxismo en la Arqueología encuentren un refuerzo extra porque, tal como dice este autor, los aspectos fundamentales que conciernen a la historia de las clases dominantes están documentados en las fuentes escritas, pero no ocurre lo mismo para con las clases dominadas. La escritura es un instrumento de poder; no existen en los anales noticias sobre las formas de la cultura subalterna de las clases dominadas. El trabajo

era muy duro, y también la relación del hombre con la naturaleza; por lo tanto también los instrumentos debían realizarse en materiales duraderos, estos instrumentos que son producto de la explotación se han conservado en gran parte. Son los testimonios involuntarios de la historia. Estos productos manuales comunican también mensajes en su lenguaje particular. Los productos intelectuales son también útiles y están dotados de materialidad, aún cuando a veces son tan perecederos que si se han conservado ha sido gracias a la voluntad de ciertos grupos humanos de trasmitirlo, no gracias a su intrínseca y duradera consistencia. Son los testimonios voluntarios de la historia. Los materiales históricos derivados de la explotación de la clase trabajadora refutan la creencia de que el historiador de la antigüedad no disponía de datos en serie sometidos a análisis cuantitativos y además permiten llegar a una historia que no sea la de los grandes acontecimientos. Los hechos de esta historia no son los acontecimientos políticos irrepetibles y extraordinarios, sino aquellos que se pueden insertar en una serie, comparar con los que le siguen y preceden, los fenómenos repetitivos, ordinarios y cotidianos. Esta historia sin narración tiene sus métodos particulares que no coinciden con aquellos capaces de tratar los acontecimientos incomparables y que en especial, pero no sólo para la Prehistoria o la Historia Antigua, únicamente pueden ser métodos arqueológicos. Esto supone en realidad revalorizar el papel de la Arqueología como ciencia histórica de pleno derecho y con una importancia especial.

3.2.4. El Funcionalismo y la Ecología cultural

El funcionalismo surge en los años 20 como reacción ante el evolucionismo. Al contrario de aquel, el funcionalismo pretende estudios actualistas, en una visión sincrónica de las sociedades y la cultura. Su principal representante fue el antropólogo B. Malinowsky, polaco de origen, aunque de formación británica. Malinowsky estaba muy influido por el pensamiento de E. Durkein, quien en su obra fundamental sobre *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912) analizaba el hecho religioso en términos de función en cuanto a la cohesión social. Malinowsky interpreta la cultura como un conjunto funcional e integrado de ideas, valores, costumbres, objetos materiales, etc. semejante a un organismo vivo, en el que ninguna parte se puede entender si no es con relación a tal conjunto. Todo cumple una función y forma parte del funcionamiento del conjunto. Además, Malinowsky relaciona la cultura con la subsistencia humana, es decir, sirve para solventar las necesidades de todo tipo del individuo y de la sociedad. Esa función que cumple cada elemento de la cultura es lo que explica su presencia en ella. En resumen, la cultura es un instrumento que nuestra especie ha creado para satisfacer sus necesidades.

Malinowsky propugna el estudio de las características culturales de cada grupo humano en sí mismo y en ese momento concreto, sin hacer referencias

al pasado, en términos de funcionalidad, alejándose tanto del evolucionismo como del difusionismo. Esto indujo a los estudios arqueológicos a ver a las sociedades prehistóricas como subordinadas al medio ambiente, cuya cultura era creada para relacionarse con el mismo en términos de funcionalidad.

El continuador de Malinowsky fue Radcliffe-Brown, si bien en los años cuarenta se separa de la interpretación funcionalista de la cultura para desarrollar un modelo que otorga mayor peso al estudio de la sociedad y sus estructuras antes que al de la cultura. La sociedad, para Radcliffe-Brown, está constituida por partes interfuncionales e interdependientes, como un sistema integrado. Estas partes, como en un organismo vivo, tienen la función de contribuir a la conservación y persistencia del organismo social. En realidad, esta visión de la sociedad está muy próxima al paradigma estructuralista que se consolida por esos años, a mediados del siglo XX, en los estudios antropológicos.

En definitiva, el funcionalismo aportó la idea de la cultura como instrumento de supervivencia y relación con el medio físico en el que se desarrollan los individuos y las sociedades. A partir de esa idea, un antropólogo americano, L. White, interpreta la cultura como «sujeta a los cambios ambientales locales». Hombres y mujeres, como otras especies, buscan en la naturaleza los recursos que les permitan perpetuarse a ellos y a su grupo. Pero, a diferencia de otras especies animales, la humanidad desarrolla la cultura para ayudarse en ese proceso. Naturalmente, el uso de la misma durante miles de años la ha convertido en el instrumento más eficaz y desarrollado de la subsistencia.

White busca la ley que explique el cambio cultural y la encuentra en el concepto de energía:

> «... la cultura se desarrolla cuando la cantidad de energía de que dispone el hombre por cabeza y por año se acrecienta; o en la medida en que aumenta la eficacia de los medios tecnológicos para aplicar esta energía al trabajo; o al incrementar ambos factores simultáneamente».

White, que aúna aspectos funcionalistas y evolucionistas, aplica al esquema de Morgan sobre la evolución cultural (salvajismo-barbarie-civilización) su ley de la energía. Para él, durante la etapa de salvajismo la humanidad sólo tuvo acceso a la energía de su propio cuerpo. Identifica esta etapa con el Paleolítico (sociedades cazadoras-recolectoras), etapa de desarrollo por la que han pasado todos los pueblos y en la que la cultura sólo evoluciona al aumentar la operatividad de la tecnología, es decir, al inventar nuevos y eficaces instrumentos. En la segunda etapa, denominada barbarie, identificada en su origen con el Neolítico (producción de bienes) la humanidad incorpora una fuente de energía no meramente tecnológica, que es la ganadería y agricultura. Algunos pueblos han permanecido en el estadio anterior, y otros han ido evolucionando culturalmente al sumar nuevos aportes tecnológicos: cerámica, metales, escritura, arquitectura, etc. Sin embargo, no hay un salto a la fase siguiente, denominada civilización, hasta el descubrimiento de la aplica-

ción de nuevas energías con la Revolución industrial, en el siglo XIX. Este planteamiento tiene, igualmente claras resonancias materialistas.

A esta visión de cultura como instrumento o medio extrasomático de adaptación, añade J. Steward una mayor influencia del medio ambiente, del ecosistema (cantidad y distribución de los recursos existentes). Así, los estudios arqueológicos se deben centrar tanto en el análisis de los factores ecológicos como en los económicos, indisolublemente unidos, analizando modelos en la explotación de un área, captación de recursos y entorno físico, etc. Esta influencia del medio ambiente en el desarrollo y cambio cultural es especialmente significativa en las sociedades con un desarrollo tecnológico primitivo, pues han de adaptarse permanentemente a una medio físico tiránicamente cambiante (ecuación: cambio medioambiental → cambio cultural = evolución).

La visión de la cultura y de sus cambios como indisolublemente unidos al medio físico propició la aparición de una tendencia en la arqueología prehistórica, a mediados de siglo, que valoró extraordinariamente las informaciones sobre el ecosistema y su influencia en la adquisición de recursos por los grupos humanos. Esta tendencia se conoce como *ecologismo cultural* y tiene como ejemplo pionero las excavaciones arqueológicas realizadas por J. Clark en el yacimiento británico de Star Carr a principios de los años cincuenta. En este yacimiento se estudió el ecosistema en general (entorno físico, clima, flora, fauna, etc.) y los restos de la ocupación de este poblado construido a las orillas de un lago durante el mesolítico, se pusieron en relación con el medio físico y con los modelos de explotación del entorno y de ocupación del yacimiento (estacional, anual...). Este trabajo fue modelo de otros muchos en Arqueología prehistórica y la idea del ecologismo cultural, junto con la consideración de la cultura como medio extrasomático de adaptación, condicionarán toda la historiografía y el desarrollo teórico y práctico de la Prehistoria en la segunda mitad del s. XX.

3.2.5. La Etnoarqueología

La etnoarqueología podría definirse como una etnología (estudio de los pueblos «primitivos» actuales) hecha por arqueólogos. Es decir, se trata del estudio del comportamiento y cultura material de pueblos que en la actualidad presentan un estado de evolución cultural similar a alguno de los grupos prehistóricos que estudia la Arqueología. De tal comportamiento y de los restos materiales que produce, el etnoarqueólogo trata de establecer paralelos que le ayuden a interpretar la cultura material de los grupos prehistóricos y a comprender su comportamiento. En definitiva, se trata de estudiar el pasado desde el presente.

Esta analogía simple y directa de proyectar los comportamientos del presente al pasado, ya fue empleada a finales del s. XIX. Como hemos visto, F. Engels utilizó argumentos etnográficos, que además resultaron ser falsos, en

1884, para justificar sus asertos sobre *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el estado*. Poco más tarde, en 1890, un antropólogo escocés llamado J. G. Frazer publica *La rama dorada*, donde estudia religión y magia y establece los principios funcionales de la segunda y su uso por algunos pueblos cazadores actuales. Esto sirvió a S. Reinach para elaborar su teoría explicativa del arte rupestre paleolítico como magia propiciatoria de la fecundidad y de la caza; teoría posteriormente desarrollada por H. Breuil. Igualmente, evolucionistas y difusionistas, como hemos visto, utilizaban profusamente argumentos etnológicos para sustentar sus diferentes interpretaciones. De manera que este fue el comportamiento durante la primera mitad del siglo XX. Es decir, establecer analogías simples entre la cultura material de los pueblos prehistóricos y su comportamiento social, ritual, etc. desde similares características de los pueblos «primitivos» actuales; fundamentalmente aborígenes australianos, indios del suroeste americano y de la amazonía, esquimales (Inuit), y pueblos del centro y sur de África (nubas, pigmeos, bosquimanos, etc.).

Esta posición empírica, basada en el valor indudable de los datos cuando están bien establecidos —por tanto de las comparaciones etnográficas entre ellos— entra en crisis en la segunda mitad del siglo XX, como hemos visto. Los datos dependen de la teoría, y el valor de los mismos es relativo. Además, si la arqueología trata de conocer el comportamiento de pueblos que han desaparecido y se estudia el pasado desde modelos del presente, sólo descubriremos lo que ya nos es conocido. Asimismo, no podemos asegurar que a similar cultura material correspondan comportamientos culturales parecidos, pues no hay posibilidad de verificación. Por ejemplo, que cuando los indios irokeses dibujan bisontes en el suelo antes de ir a cazar como magia propiciatoria, ese comportamiento sea extrapolable a la realización de bisontes en las cuevas del Paleolítico superior europeo.

Con un enfoque diferente, la Nueva Arqueología retomará la interpretación etnográfica como un elemento básico de la arqueología prehistórica. El congreso *Man the hunter*, celebrado en Chicago en 1966, marcará un hito en este sentido. Los «nuevos arqueólogos», con Binford a la cabeza, rechazan el método comparativo directo entre presente y pasado, pero admiten el valor de los datos etnográficos para formular hipótesis que después tengan una comprobación en el registro arqueológico, como veremos en el apartado dedicado a esta corriente epistemológica. Por otra parte, los postprocesualistas admiten el valor del método etnográfico, pero no la mera comparación formal, sino la búsqueda de las causas últimas que desencadenan los procesos, las llamadas «relaciones de relevancia».

La etnoarqueología ha proporcionado importantísimas informaciones sobre la formación del depósito arqueológico, la naturaleza y el reparto de los elementos que lo constituyen (trabajos de Binford con los esquimales Inuit); sobre el uso de los útiles líticos y óseos. La cerámica muestra no sólo el tipo de alimentos que se cocinan, sino también los que se almacenan; la diversi-

dad y difusión de sus decoraciones han sido interpretadas como parte de las informaciones que transmiten las mujeres en los intercambios matrimoniales (trabajos de R. Haaland con los nubas sudaneses), etc. Igualmente la etnoarqueología ha proporcionado modelos de discusión sobre actividades específicas masculinas o femeninas a la llamada «arqueología del género». En los aspectos de susbsistencia ha mostrado la importancia de la recolección vegetal (hasta el 80% de los alimentos consumidos) en pueblos que se consideran a sí mismos cazadores, como los bosquimanos del desierto del Kalahary. Permite inferir hipótesis sobre modelos de organización social (demografía de los grupos locales, del entorno matrimonial, redes de intercambio y comercio, etc.). Pero quizá en lo que resulta más difícil la aplicación de la etnoarqueología sea en el campo simbólico, en los aspectos referidos a lo conceptual o espiritual, es decir, al mundo del arte, la magia y la religión. Cuando hablamos de interpretación del arte prehistórico como resultado del trance propiciatorio de los chamanes, según paralelos tomados de los bosquimanos San sudafricanos (trabajos de J. Lewis-Willians), como en la interpretación de la magia propiciatoria ya descrita; o de la antropofagia ritual por las huellas de descarnado en esqueletos humanos prehistóricos; o interpretamos como trascendentes determinados ritos funerarios, podemos estar haciendo una inferencia cuando menos arriesgada, sino claramente etnocéntrica, del comportamiento del pasado desde el presente.

4. LA REVOLUCIÓN EPISTEMOLÓGICA

Podemos denominar así a las nuevas propuestas que se producen fundamentalmente a partir de los años sesenta y que han ido evolucionando hasta nuestros días. Coincide esta crisis con los movimientos sociales de la juventud de esos años, ampliamente arraigados en los campus universitarios, y nacida de una sociedad en plena «guerra fría» durante la cual se había alcanzado un gran desarrollo tecnológico. Ello propició un impulso de la investigación en muchos campos científicos y al mismo tiempo la búsqueda de una base filosófica de las propuestas. En Europa continental asistimos al desarrollo de algunas de las «escuelas» ya vistas y otras nuevas como el estructuralismo, y en el mundo anglosajón al nacimiento de la Nueva Arqueología, posteriormente denominada Arqueología Procesual.

4.1. El estructuralismo

La escuela de pensamiento denominada estructuralismo nace de la obra, *Curso de Lingüística General* (1916) y del pensamiento del lingüista Ferdinand de Saussure creando especialmente una viva conciencia crítica. Para los estructuralistas la cultura es como el lenguaje. Éste, según Saussure, es un sistema de relaciones en el que el valor de cada elemento depende de todos

los demás. Cada una de sus unidades tiene una estructura fonética, los *significantes*, que se corresponde arbitrariamente con un *significado* mental. La concepción del lenguaje como una estructura traspasó las barreras de otras ciencias alcanzando la etnología.

Claude Lévi-Strauss siguiendo estos parámetros intentó demostrar a través del estudio de los mitos de las poblaciones *primitivas* la existencia de leyes universales del pensamiento simbólico del ser humano. La cultura por tanto se concibe como un sistema de signos organizados por las estructuras profundas de la mente, que son inconscientes y comunes a toda la especie humana. Estas estructuras, sin embargo, afloran o se manifiestan en sus actividades conscientes y quedan reflejadas en sus creencias, costumbres y expresiones materiales del grupo, constituyendo sus *significantes.* Su gran legado se muestra en la obra *Antropología estructural* (1958), constituyendo el broche de oro del simposium *Man the Hunter,* que ya hemos citado, con su conferencia de aceptación de la medalla de la Viking Fund sobre el concepto de lo primitivo, unido a los antropólogos americanos por un ansia común: la rigurosidad de los datos y de los métodos utilizados en la investigación. Lévi-Strauss influye con sus teorías a otro etnólogo, A. Leroi-Guorhan, discípulo suyo, quien las aplicará a la arqueología prehistórica.

André Leroi-Gourhan (1911-1986) es, sin duda, uno de los grandes prehistoriadores del siglo XX y a quién se deben resultados sin par de sus reflexiones y de su trabajo. En un breve resumen de sus logros, podemos enumerar en un tipo de catálogo, los ejes mayores de su obra:

— Elaboración y perfeccionamiento del método y especialmente de la problemática de la excavación. Su mensaje mas importante en este sentido es que la cuestión decisiva para una buena recuperación de los datos es la adaptación del método de excavación depurada a la estructura del yacimiento y no sólo a los objetivos propuestos. Su última gran excavación Pincevent, popularizó el estadio final de su método: aquel de los grandes levantamientos de capas dejando en superficie todos los elementos antes de su extracción.

— Análisis morfotipológico y tecnológico de las industrias. Constituye una de las mayores preocupaciones del círculo de París detectar y analizar los procesos tecnológicos de los instrumentos. Así tenemos la obra de M. Brezillon, discípulo suyo.

— Empresa esencial es aquella que concierne las estructuras de habitación y la utilización del espacio, y de hecho, el desarrollo de trabajos paleoetnológicos.

Normalmente la interrogación directa de los datos de excavación es el método más sencillo: determinación de objetos descubiertos, como «fósiles directores», estructuras evidentes (hogares, zonas de acumulación de detritus...), comparación con otros objetos, otros yacimientos. A ello debe sumar-

se el análisis microtopográfico de la superficie cubierta de vestigios, pues ello puede conducir a observar el plano de circulación en el interior del territorio doméstico. Es lo que Leroi-Gourhan denominaba la *interrogación indirecta* de los datos y que llevaba a una interpretación más vívida de la ocupación humana de un yacimiento. Ejemplo básico de estructuras de habitación lo tenemos en la reconstrucción del espacio habitable y las actividades realizadas que el equipo dirigido por él en Pincevent hizo de la sección 36.

Constituía Pincevent el primer yacimiento en su género en el que se reconstruía un modelo de habitación (1972) para grupos paleolíticos. Diez años mas tarde encontró su contrapartida en los modelos realizados por Binford (1983) en *In pursuit of the past*. Este último criticó a Leroi-Gourhan su idea preconcebida en relación con la presencia de una habitación, pues para él podría tratarse de un hogar al aire libre y no un hogar de habitación, estableciendo diferentes modelos a partir de sus observaciones etnográficas entre los esquimales Nuniamut.

Un acercamiento novedoso en 1953 al examen de los vestigios paleontológicos y la creación de lo que podría denominarse la paleoantropozoología y que ha dado lugar a la Zooarqueología actual.

Por último y posiblemente sobre todo una visión nueva del arte paleolítico, de su naturaleza, de su estructura y de su motivación.

Su aproximación al arte paleolítico es expuesta a partir de 1958 y, tanto por sus normas como por su método, es realmente científica; sin duda es la primera vez que el arte paleolítico es examinado fuera de todo dogmatismo y con el rigor que tiende a caracterizar las ciencias humanas. Dentro de este factor merecen destacarse una serie de aspectos:

El análisis riguroso de los datos. Constantemente, Leroi-Gourhan ha tomado el estudio analítico como base de partida de su razonamiento. Y es destacable como, a pesar de ser etnólogo de formación, es el prehistoriador que más ha rehuido hacer comparaciones etnográficas.

La selección de parámetros significativos: El análisis de datos ofrece los parámetros que Leroi-Gourhan asocia para definir en que grado de probabilidad una hipótesis sugerida por la observación o la reflexión es aceptable. Un trabajo que él emprendió con la ayuda de fichas de perforación periférica.

La definición de parámetros y la utilización de pruebas matemáticas permitió a Leroi-Gourhan demostrar la existencia de asociaciones, de correlaciones objetivas entre los distintos elementos de la expresión paleolítica: bien se trate de signos o de figuraciones e incluso de relaciones entre los mismos y la posición que ocupen al interior de una misma cueva o un mismo conjunto. A la inversa también le han servido para demostrar casos de incompatibilidad. Cada uno de los elementos extraído por el análisis no se puede interpretar mas que dentro del conjunto al que pertenece.

Estudio estadístico de estos parámetros: el hecho mismo de la repetición de estos fenómenos ofrece un valor demostrativo y elimina la hipótesis de azar o desorden. Es por ello legítimo intentar cuantificar el conjunto de observaciones tanto lo que concierne las figuraciones o los signos como sus diversas formas de relación, de asociación o de situación.

Esta intención estadística está expuesta desde sus trabajos iniciales. Particularmente demostrativa es la primera tabla de distribución de animales del arte parietal en función de su localización: la casi totalidad de los bisontes, caballos, mamuts y bóvidos se sitúan en los paneles centrales, mientras que otros animales, como los ciervos, los osos, los leones, muestran una clara tendencia a agruparse hacia la entrada o el fondo de la cueva. Sin embargo hemos de hacer la salvedad que al intentar aplicar a las cuevas con arte fuera de los grupos aquitano y pirenaico, las excepciones comenzaron a ser la norma, constituyendo uno de los primeros pasos para la crítica de su sistema.

Proposición de una hipótesis explicativa en función de estos parámetros. Ante la persistencia, a veces estadísticamente masiva, de ciertos resultados, por ejemplo la alternancia de animales, le conduce a atribuir valores opuestos a los mismos. Leroi-Gourhan llegó a la idea de una organización, material o espiritual, en una doble dicotomía en la que *por hipótesis*, él atribuye un valor sexual. Por tanto él oponía una primera asociación «mujer/bisonte» a una segunda asociación «hombre/caballo» que tienden a integrar igualmente otros animales y representaciones.

La autocrítica y las carencias. A diferencia de muchos de sus predecesores Leroi-Gourhan insistió en la complejidad de los hechos reales y sobre la casi imposibilidad de explicar todo. Muy honestamente él expuso que no le parecía a él mismo suficiente demostración y que continuaría enfocando los problemas.

Su teoría levantó airadas críticas, pero como dijo su colega A. Laming-Emperaire «no se trata de una teoría, sino de una dirección de investigación» que interpreta la estructura compleja del arte parietal

> «...como la imagen de sistemas de alianzas entre grupos sociales... los grupos sociales estarán representados por las especies animales, la asociación de dos machos de especies diferentes representaría una alianza de grupos, la asociación de un macho y una hembra de especies diferentes representaría una alianza matrimonial» (Arte rupestre y organización social. *Santander Symposium*, 1972).

El principal problema metodológico que se desprende de estas interpretaciones estructuralistas surge cuando se intentan asignar significados a los significantes materiales. Sin embargo es eficaz a la hora de establecer relaciones significativas entre los símbolos. Se ha señalado incluso como no se puede establecer en Arqueología el sentido de un signo debido a que existen muchos que han desaparecido o están ausentes.

A mediados de la década de los setenta, el edificio epistemológico construido por el Neopositivismo lógico comenzó a entrar en crisis y por ello el paradigma estructural-funcionalista de las ciencias sociales. Por ello comenzaron a aparecer posturas neohistoricistas, fundamentalmente en arqueología clásica mucho mas apegada a la Historia. Especialmente se muestran algunos autores como E. Goodenough y B. L. Goff muy críticos con la verificabilidad etnográfica, pues en sus estudios se demuestra que la continuidad iconográfica no tiene porqué indicar la continuidad simbólica.

Comienza el abandono de la ilusión de un modelo científico objetivo similar a las ciencias básicas, deslizándose la ciencia histórica moderna hacia posturas cada vez más relativistas, donde domina la subjetividad, reclamándose la vuelta a una Historia narrativa, en la que los sujetos de estudio se someten al orden continuo de la cronología y se renuncia a las teorías explicativas de carácter general. Colaboran así al nacimiento de la Arqueología Contextual (o Postprocesal), que veremos al estudiar las últimas tendencias del s. xx.

4.2. La Nueva Arqueología

Como hemos visto la preocupación por imbuir de método científico a la Arqueología comenzó en los años 40 y 50 pero será a partir de la década de los sesenta cuando todas estas tendencias cristalizan en lo que se ha denominado la *Nueva Arqueología*, que reúne bajo este epígrafe una constelación de investigadores animados por esta ambición y que mayoritariamente pertenecen al mundo anglosajón. Incluso podría hablarse de una Nueva Arqueología americana y otra más marcadamente inglesa que aglutinaría la Arqueología Analítica.

Con las premisas de ser más antropológicos y científicos, el eminente antropólogo S. Tax, invitó a R. Lee e I. Devore en 1965 a organizar un simposium sobre la investigación actualizada de los pueblos cazadores-recolectores de todo el planeta. Tal simposium tuvo lugar en abril de 1966, en la ciudad de Chicago, con 55 investigadores procedentes de todo el mundo y que estaban realizando trabajos de campo en aquel momento enfocados sobre distintos aspectos de los pueblos cazadores pretéritos y actuales. El libro recopilatorio del simposium, titulado *Man the Hunter* (El hombre cazador, 1973) supuso una de las aportaciones teóricas y documentales de gran trascendencia por el futuro desarrollo que realizarían posteriormente los autores implicados en los estudios sobre grupos cazadores prehistóricos: L. y S. Binford, G. L. Isaac, J. Desmond Clark y L. G. Freeman, este último en la Prehistoria cantábrica española. El broche de oro estaría representado por el etnólogo francés C. Lévi-Strauss estructuralista y maestro de André Leroi-Gourhan.

Es conveniente recordar que una gran parte de esta revolución fue realizada precisamente por los prehistoriadores dedicados a temas de Paleolítico o a sociedades cazadoras-recolectoras pleistocénicas, ya que era la parte de la

Prehistoria mas enraizada en las ciencias naturales y menos atada a la concepción tradicional de la Historia.

De todos los miembros del grupo de aquellos jóvenes que criticaban la forma acientífica de construir la interpretación arqueológica, el mas destacado es sin duda L. Binford quién en sus primeros tiempos trabajó con S. Binford, editando en 1968 uno de los textos básicos de la Nueva Arqueológía americana: *New Perspectives in Archaeology.*

En síntesis los puntos clave de la Nueva Arqueología podríamos desglosarlos en los siguientes:

a) La cultura y la evolución cultural

La teoría de los «nuevos arqueólogos» norteamericanos, al igual que sus colegas ingleses (D. Clarke y C. Renfrew fundamentalmente) estaba basada, en gran parte, en la teoría de sistemas. Binford entendería la cultura como un sistema de adaptación al medio integrado por varios subsistemas (tecnológico, social, ideológico, etc.) entre los cuales el de la cultura material es sólo uno de ellos pero no el más importante. Los seres humanos se adaptarían al medio ambiente a través de la cultura. Ésta se concibe por consiguiente como una «forma extrasomática de adaptación al medio de los seres humanos», sistema en el que los diferentes componentes se relacionan unos con otros como corresponde a un sistema en funcionamiento. Una excelente síntesis puede seguirse en el libro *El método científico en Arqueología* de P. J. Watson, S. A. Leblanc y C. L. Redman.

La evolución de las culturas constituía un pilar básico de sus propuestas concibiéndose las sociedades en una escala que va de lo simple a lo más complejo. Por ello se colegía que las sociedades evolucionaron de un estadio a otro; por ejemplo de sociedades de bandas a tribales y posteriormente a jefaturas.

Los sistemas y subsistemas pueden ser definidos en la medida en que podemos determinar sus productos. No podremos observar directamente las normas de un artesano de instrumentos líticos, pero podremos analizar directamente las piezas creadas por él e inferir procesos tecnológicos (subsistema tecnológico) o de intercambio con otros grupos (subsistema comercial o de intercambio). De manera parecida no podemos desenterrar un «subsistema de subsistencia» pero si extrapolar y observar la cantidad de carne y por lo tanto las Kilocalorías resultantes a partir del análisis de los restos de fauna dejados en el yacimiento.

Los subsistemas son interdependientes y se relacionan unos con otros, por lo que un cambio en una parte del sistema origina una serie de cambios en el conjunto del mismo, dando lugar a una respuesta negativa o positiva, a una transformación. Esto se produce ya que los sistemas culturales se estiman como sistemas del mundo natural en los que se tiende siempre a un estado de equilibrio.

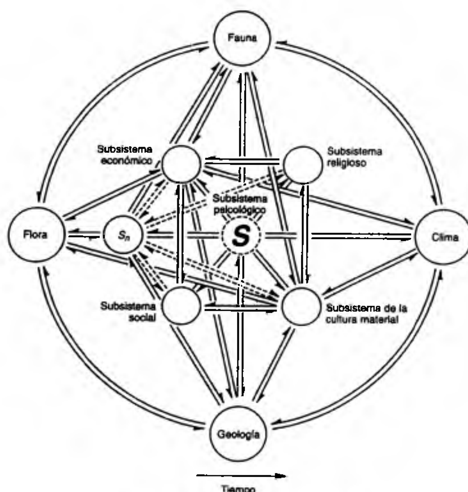


FIGURA. Esquema de David Clarke

b) El medio ambiente

Si la cultura era adaptativa, lo era a un ambiente externo, por lo que el énfasis sobre la importancia del medio externo condujo a interesarse por el materialismo cultural (lo material prevalece sobre lo mental), la ecología cultural y las formas de la economía de subsistencia. Al mismo tiempo las nuevas técnicas científicas avanzaron considerablemente como la interpretación y análisis paleontológicos, los análisis geológicos, los sistemas de datación, etc. Dentro de este apartado convendría recordar las figuras de Karl Butzer para los estudios de paleoambientes y Richard Klein para los de fauna, ambos han llegado a la actualidad con propuestas nuevas como la Geoarqueología y la Arqueozoología.

c) El enfoque científico

Una de las grandes preocupaciones de la Nueva Arqueología era apartarse de las técnicas de la historia tradicional. Así la Ciencia llegó a concebirse como la base de la Arqueología y la contrastación científica de las hipótesis da la medida de su progreso. Así mismo será el razonamiento deductivo la base de toda interpretación.

d) El proceso cultural

Uno de los hitos de esta corriente es precisamente la noción de proceso. Los procesos de reconstrucción constituyen la «explicación» arqueológica. Binford distinguiría entre dos niveles en la explicación, la *explication* o exposición por la que se caracterizaban los restos que forman los sistemas culturales y la *explanation* o verdadera explicación de las relaciones entre los distintos elementos que forman los sistemas y de estos entre sí.

e) La precisión

Si bien se utilizaron conceptos de la arqueología tradicional como es el caso de David Clarke en su libro *Analytical Archaeology*, se argumentaba siempre cómo estos debían definirse. Especialmente para este investigador el requisito de ser explícitos y precisos en el uso de la terminología era un exponente claro de la Nueva Arqueología.

f) La resolución de problemas

El trabajo arqueológico en sí tenía que encaminarse a la resolución de una serie de problemas planteados. Es decir no podían acometerse trabajos de investigación arqueológica sin un planteamiento previo de hipótesis o corpus de problemas a resolver. Como vemos de nuevo nos enfrentamos a la obsesión de fundamentar con métodos científicos la Arqueología. Esta resolución de problemas tiene siempre un esquema básico: a) Hipótesis de partida, tomando como ejemplo el estudio de casos etnográficos modernos; b) Test o prueba en el que se analiza los datos o elementos arqueológicos correlacionándolos entre sí; c) Deducción o interpretación, y, por último, d) la Generalización.

g) La idea de variabilidad

Básicamente se basaban en la comprensión de un sistema a partir de un análisis estadístico que ayudara a comprenderlo en toda su extensión. Hasta el momento a menudo la comprensión del pasado se basaba en los mayores y más espectaculares yacimientos o en aquellos objetos mas hermosos. La Nueva Arqueología, muchas veces aplicando métodos matemáticos, estudia hasta los más infinitesimales factores de una cultura y no busca siempre aquellos elementos más relevantes. De esta manera en el estudio de un asentamiento, por ejemplo, los hallazgos podrían ser menos espectaculares, pero nuestra comprensión del sistema completo de ocupación del territorio sería mucho mayor.

Para entender la variabilidad una de las pautas que se siguieron fue observar y analizar de forma crítica las técnicas de muestreo. El muestreo de una serie de elementos debía hacerse siempre teniendo en cuenta la representatividad del mismo.

Estas son en suma las bases de la Nueva Arqueología, conocida también como Procesal (mejor que procesual). Casi todos los jóvenes que la concibieron como una revolución hoy en día han madurado y algunos incluso se encuentran ya retirados de sus cátedras. En Europa tuvo un menor peso fuera de los estudios de Paleolítico, ya que las premisas de carácter antropológico se encontraban lejos de nuestro acervo cultural. Incluso en los estudios de los cazadores recolectores del Viejo Mundo el peso de otros investigadores como el estructuralista Leroi-Gourhan, Bordes y otros prehistoriadores sirvieron de contrapeso en el intento de explicación de la cultura, si bien a veces es importante poder observar las diferentes interpretaciones que de un mismo hecho cultural pueden extraerse según las diferentes escuelas como es el caso del Musteriense.

Como caso de ejemplo de diversidad de modelos tenemos el relativo a la explicación de la existencia de diferentes facies musterienses. Definidas a partir de análisis estadísticos sencillos por François Bordes se basaban en la existencia de una serie de seis asociaciones o conjuntos de útiles caracterizados por diferentes porcentajes de los mismos. Así tendríamos un grupo de facies caracterizado por un elevado porcentaje de raederas, otros grupos por un porcentaje mediano de las mismas y otro cuyo útil predominante son los denticulados. Estos conjuntos pueden aparecer en niveles arqueológicos coetáneos, por lo que no existe una claro significado geográfico o cronológico evidente.

Para F. Bordes, renovador de los estudios del Paleolítico Inferior y Medio y enmarcado en tendencias evolucionistas, como hemos visto, las facies musterienses son claros exponentes de diferentes grupos con distintas tradiciones técnicas. Así una mujer de un grupo con tecnología Quina que entrase a formar parte de un grupo de Tradición Achelense Tipo A por matrimonio, daría como resultado el hallazgo de esporádicas raederas tipo Quina entre los útiles característicos del conjunto de Tradición Achelense, hasta que su asimilación tecnológica fuese completa o desaparecieran esos vestigios al romperse el vínculo. Estas tradiciones, tendrían sus raíces en etapas antiguas y enlazarían con las etapas posteriores del Paleolítico Superior.

Por su parte Binford plantea una explicación de las facies a partir de la idea de la variabilidad funcional. Aplicando sobre las facies unos análisis estadísticos más complejos (análisis factorial) llegó a considerar que los utensilios recogidos en una excavación son representativos de las actividades que se han realizado en ese lugar y en un momento determinado. Lógicamente no aparece el mismo tipo de instrumentos en un yacimiento tipo cazadero, donde los utensilios empleados serían los necesarios para el descarnado de los animales, que en un taller destinado a la fabricación de instrumentos o en un

lugar de habitación permanente. Incluso los grupos cazadores recolectores realizarían desplazamientos estacionales según la época del año y desarrollarían diferentes actividades en invierno que en verano, lo que tendría repercusión en el tipo de útiles empleados y abandonados en el yacimiento arqueológico. Aún más, en las diferentes áreas de cada asentamiento se realizarían actividades distintas (raspado y curtido de pieles, talla de la piedra, cocina, descarnado de piezas cobradas, juegos infantiles, etc.) y por lo tanto tendríamos la variabilidad de funciones interna en cada yacimiento. Siguiendo esta pauta L. G. Freeman analizó la capa 17 de cueva Morín, ofreciendo como resultado que, en el área excavada, los conjuntos de útiles y la disposición de los mismos estaba vinculada a una actividad de tratamiento de pieles llevada a cabo por los habitantes musterienses de la cueva.

5. ÚLTIMAS TENDENCIAS

5.1. La teoría de alcance medio

Tras el debate que siguió al desarrollo de la Nueva Arqueología y el procesualismo y como reacción a alguno de sus excesos, sobre todo a su desmesurado cientifisno, impropio de las ciencias humanas, surgen en el seno de los propios grupos procesualistas algunas corrientes críticas. Merece destacarse la llamada *Teoría de alcance medio (Middle range theory)* planteada por el propio Binford en los años 70 y con un gran desarrollo en la siguiente década.

Según Binford, el carácter científico de la arqueología depende del uso que hagamos de las analogías; es decir, de la relación que establezcamos entre pasado y presente. El arqueólogo necesariamente interpreta el pasado desde el presente, desde los datos del registro arqueológico. Pero esos datos son estáticos y están en el presente; y nosotros queremos conocer los comportamientos o sistemas culturales prehistóricos, que son dinámicos y pertenecen al pasado. Todos los arqueólogos, cuando interpretan el registro arqueológico, hacen presunciones (analogías) de alcance medio, es decir, del espacio que media entre el pasado y el presente, entre lo estático y lo dinámico. Estas formulaciones son lo que llama Binford «proposiciones de alcance medio», que tienen en la etnoarqueología, la arqueología experimental, arqueología espacial, etc. su nueva «Piedra Rosetta» para tender puentes entre los datos del registro arqueológico y el conocimiento de las dinámicas culturales del pasado. Esos puentes entre pasado y presente verifican su validez en la etnoarqueología, principal fuente de hipótesis contrastables, que ya hemos visto; y en la arqueología experimental, o repetición actual de los procesos que dieron lugar a los restos arqueológicos que estudiamos. Algunas de las innovaciones metodológicas en las que se sustenta esta teoría de alcance medio, de uso habitual en la arqueología prehistórica más vanguardista de las últimas décadas, se pueden resumir de la siguiente manera:

a) **Modelos matemáticos**. Construcción de determinados modelos para el tratamiento de los datos que permitan ser contrastados con las informaciones del registro arqueológico. Uno de los primeros modelos matemáticos fue el elaborado por Ammerman y Cavalli-Sforza, denominado de «la oleada de avance» (*wave of advance),* que mostraba la progresiva colonización de Europa por grupos de productores de alimentos procedentes del Próximo Oriente, es decir, la difusión del Neolítico en Europa. Igualmente entre los modelos matemáticos se pueden incluir las simulaciones por ordenador, que han experimentado un gran desarrollo en los últimos años.

b) **Modelos económicos**. Quizá el más conocido sea el «análisis de captación del yacimiento» (*Site catchment Analysis),* que estudia el territorio logístico de cada yacimiento y cómo en él se produce la adquisición de recursos para la supervivencia más rentable de los miembros del grupo que lo ocupan. Igualmente se han establecido modelos de intercambio y comercio entre diferentes grupos, etc.

c) **Arqueología espacial**. Trata de poner en relación los restos arqueológicos con el espacio en que aparecen. Se puede plantear en tres diferentes niveles o categorías: *microespacial,* donde definimos actividades o funciones específicas en espacios concretos, y generalmente reducidos, dentro del yacimiento. Por ejemplo cuando se determinan áreas específicas de trabajo, descanso, preparación del alimento, áreas masculinas o femeninas, etc. Un segundo nivel es el llamado *semimicro* o relacionado con el yacimiento arqueológico en su totalidad, tal como definir la función del yacimiento y su relación con el entorno inmediato. Finalmente, el estudio *macroespacial,* que atiende a los modelos de asentamiento, explotación de los recursos accesibles desde el mismo (área de captación), etc.

d) **Arqueología demográfica**. Trata de crear modelos ecológicos de capacidad de sustentación de la población a partir de los recursos potenciales y el teórico volumen de población. Igualmente se interesa por el estudio paleodemográfico de las necrópolis, la esperanza de vida de las poblaciones prehistóricas, el volumen de población capaz de ser albergado en las diferentes estructuras arquitectónicas, etc. A partir de estos estudios se han establecido algunos modelos de desequilibrio entre población y recursos disponibles que han servido para explicar alguno de los grandes cambios en las sociedades prehistóricas, como la aparición de la agricultura y la ganadería en el Próximo Oriente.

e) **Arqueología social**. Trata de reconstruir modelos de organización social desde los datos de la Etnología y contrastarlos con las informaciones procedentes del registro arqueológico. Por ejemplo, el volumen de población y comportamiento social que corresponde a un grupo

local de cazadores-recolectores actual (equivalente a un campamento-base paleolítico) y las características y relaciones sociales del conjunto de grupos locales que constituyen el universo matrimonial o ámbito de intercambio habitual.

f) **Arqueología de la muerte**. Trata de determinar características económicas o sociales, tales como estratificación social o reparto de la riqueza, diferenciación de rango o sexo, etc. a través de los rituales y ajuares funerarios. Igualmente trata de acceder al ámbito conceptual o simbólico que tales rituales pueden mostar (vida sobrenatural, prácticas animistas, antropofagia ritual, etc.)

g) **Arqueología del comportamiento**. Estudia como evolucionan los objetos y estructuras arqueológicas desde que fueron realizados hasta que llegan a manos del arqueólogo. En ese proceso, similar a los estudios tafonómicos con restos de fauna, se producen alteraciones en el uso, reutilizaciones, alteraciones pre y postdeposicionales, etc. que están en relación con el comportamiento aleatorio de los grupos que fabricaron y, generalmente, desecharon tales objetos o estucturas con posterioridad.

5.2. La Arqueología Postprocesual

Esta corriente de pensamiento agrupa los diferentes acercamientos teóricos a la arqueología de la última década del siglo XX. Al igual que en otras disciplinas, sobre todo en las llamadas ciencias humanas, la arqueología de finales de siglo muestra un profundo escepticismo en cuanto a la ciencia, que contrasta con la confianza de la primera mitad del siglo XX. Con su relativismo y tolerancia epistemológica de que todas las interpretaciones son válidas, acoge las formulaciones modernas de teorías clásicas, como el neomarxismo o neoestructuralismo, o bien otras que conectan con movimientos de opinión y movimientos sociales contemporáneos, tales como la arqueología del género o la arqueología contextual, definiéndose de forma genérica como la arqueología de la era postmoderna.

La arqueología postprocesual surge en la década de los 80 como corriente europea, siendo su principal impulsor es el británico I. Hodder. Se sitúa frente al procesualismo y la insatisfacción de las explicaciones ingenuas de la Nueva Arqueología y del funcionalismo reduccionista. No aceptan los postprocesualistas que la cultura sea sólo adaptación, sino que también deben tenerse en cuenta las actitudes, las creencias y los símbolos, no aceptando la dominación de lo económico sobre lo ideológico. Así, la cultura material no es solamente el resultado de un conjunto de normas, sino que en su elaboración intervienen decisivamente las personas, que son los agentes del cambio cultural. Estas personas parten de situaciones diversas, pretenden hacer un uso diferente de los objetos que fabrican y tienen estrategias

sociales igualmente diversas. Es decir, no sólo interesa la función de los objetos materiales sino también el significado que tuvieron para los hombres y mujeres que los crearon. Por tanto, es difícil probar o contrastar alguna cosa concreta en tal heterogeneidad. Además, cada arqueólogo está condicionado por su propia actitud epistemológica y su situación social. Por ello, cuando se interpreta el registro arqueológico ocurre como cuando se lee un texto literario, que hay tantas interpretaciones como lectores y que las interpretaciones quedan fuera del control del autor. Este relativismo en cuanto a las diferentes y válidas interpretaciones del registro arqueológico se denomina *equifinalidad.* En este sentido se puede definir como una «arqueología interpretativa».

La arqueología postprocesual retoma aspectos de la Prehistoria tradicional, sin apartarse de los avances científicos de la Nueva Arqueología o la Teoría de Alcance Medio. En este aspecto muestra su origen europeo y por ello su directa vinculación con la Historia, frente a la tradición más antropológica de la arqueología americana.

Para los postprocesualistas no existe la neutralidad científica. El contexto social y la ideología del investigador condicionan su interpretación del pasado y toda interpretación del pasado es política. A lo largo de las páginas anteriores hemos visto como la arqueología ha sido puesta, y sigue poniéndose ocasionalmente, al servicio del nacionalismo cuando así interesaba a la ideología dominante al país difusor primero, y a quienes financian las investigaciones, en la actualidad. Por el contrario, en los países colonizados que alcanzaron la independencia, surgió una arqueología antiimperialista e indigenista, que contrasta con el viejo paradigma de la arqueología de la metrópoli, que justificaba la dominación de otros pueblos en estadios evolutivos inferiores. Igualmente la arqueología marxista, fundamentalmente la arqueología oficial soviética, trató de justificar su visión cíclica e inexorable del desarrollo histórico interpretando el registro arqueológico según sus particulares intereses. Lo mismo que la llamada «arqueología bíblica» desarrollada sobre todo en Próximo Oriente y frecuentemente dirigida desde instancias confesionales.

En la actualidad se desarrollan algunas escuelas o especialidades abiertamente vinculadas con movimientos políticos o sociales. La llamada Arqueología social latinoamericana, con presencia también en la historiografía europea en general, y la española en particular, toma su esquema fundamental de análisis del materialismo histórico, aunque reinterpretando algunos conceptos que pudieran considerarse básicos en el análisis marxista tradicional. Así considera el modelo de adquisición de recursos de los cazadores-recolectores, la apropiación, como un verdadero modo de producción; al tiempo que niega la permanente adaptación de las sociedades al medio, defendiendo su transformación mediante el trabajo y el desarrollo técnico. Igualmente se enfatizan algunas características de la estructura social de

estas comunidades prehistóricas, como la reciprocidad o la solidaridad, que constituyen elementos básicos de su funcionamiento y se plantean como valores sociales a recuperar por nuestra sociedad. Esta corriente ha tenido especial incidencia en la Arqueología latinoamericana, donde se da la circunstancia de una gran población indígena, sin acceso al poder y a la cultura, cuyos antepasados fueron los autores de los restos arqueológicos que se estudian en la actualidad. Ello implica al investigador y a su trabajo en la dinámica social existente.

Igualmente relacionado con el momento que nos ha tocado vivir debe señalarse la importancia del feminismo en la sociedad en general y en las ciencias humanas en particular, lo que ha dado lugar a que se desarrolle una arqueología preocupada por la identificación de la presencia de la mujer y su papel en el registro arqueológico y el desarrollo cultural de la humanidad; revisar su posición en la profesión; el lenguaje que se utiliza, etc. Esta especialidad se conoce como «arqueología del género».

Como resumen de todo lo anterior, en cuanto a la evolución historiográfica de la Prehistoria o Arqueología prehistórica, hemos visto como ésta se constituía como ciencia a finales del siglo XIX, tras un periodo definido como precientífico en que estaba lastrada por los prejuicios religiosos de una interpretación literal de la Biblia. La entrada en el mundo científico lo hizo de la mano de la Biología y, sobre todo, de la Geología. De esta manera, aceptó su racionalismo positivista en la confianza ciega del método científico que obtenía datos incontrovertibles. La búsqueda de leyes generales que expliquen el comportamiento humano y su evolución general, desarrollada sobre todo en la Antropología americana, marcó sus etapas evolucionistas y funcionalistas. El difusionismo y ecologismo cultural tendrán un sesgo más europeo. Todo ello ocupa algo más de la primera mitad del siglo XX.

A partir de los años sesenta, tras la autocrítica que se hace la Filosofía de la ciencia, la Arqueología decide crear su propio paradigma que la libere de su misión descriptiva de la cultura y le permita una utilidad interpretativa. Los nuevos arqueólogos convulsionan el mundo académico con su interpretación sistémica de la cultura. La enorme carga teórica y cierta obsesión cientifista hacen que esta corriente se fragmente en múltiples interpretaciones; pero ciertamente supone un hito en el desarrollo de la Prehistoria. Paralelamente, el estructuralismo, igualmente tomado de la Etnología, trataba también de establecer los principios universales que gobiernan el comportamiento humano y su aplicación a la Arqueología prehistórica. Marxismo y evolucionismo cultural trataban igualmente de explicar, mediante patrones de comportamiento universal, las sociedades prehistóricas. El final del siglo XX, con las corrientes postmodernas como el postprocesualismo, vuelve a poner el acento en el relativismo y lo individual, tratando de entender las sociedades de abajo a arriba, desde la vida cotidiana.

BIBLIOGRAFÍA

BINFORD, L. (1988): *En busca del pasado*, Edit. Crítica, Barcelona.

CLARKE, D. (1984): *Arqueología analítica*, Bellaterra, Barcelona.

DANIEL, G. (1974, 1981): *Historia de la Arqueología. De los anticuarios a V. Gordon Childe*, Alianza Editorial, Madrid.

FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. (2000): *Teoría y método de la Arqueología*, (2.ª ed.) edit. Síntesis.

FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. Etnoarqueología: Una guía de métodos y aplicaciones. Revista de Dialectología y Tradiciones Populares. T. XLIX. Madrid. pp. 137-169. CSIC.

GUTIÉRREZ LLORET, S. (1997): *Arqueología. Introducción a la historia material de las sociedades del pasado*, Universidad de Alicante.

HODDER, I. (1988): *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*, Crítica, Barcelona.

LEROI-GOURHAN, A. (1972): Fouilles de Pincevent. Essai d'analyse ethnographique d'un habitat magdalénien. *Gallia Préhistoire*, 7, Paris.

MARTÍN DE GUZMÁN, C. (1988): Arqueología y paradigma: tendencias y resistencias. *Revista de Occidente*. 81, pp. 27-46. Madrid.

MATTHEW JOHNSON, (2000): *Teoría arqueológica. Ariel Historia. Madrid.*

RENFREW, C.; BAHN, P. (1993): *Arqueología. Teorías, Métodos y Práctica*, Akal, Madrid.

TRIGGER, B. G. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*, Crítica, Barcelona.

RODANÉS VICENTE, J.M.ª (1988): *La Prehistoria. Apuntes sobre concepto y método*, Zaragoza.

II.2
HISTORIA ANTIGUA

Manuel Abad Varela

1. HISTORIA ANTIGUA

1.1. Concepto

Al iniciar este capítulo con el título de las Tendencias Historiográficas Actuales en la Historia Antigua conviene aclarar determinas cuestiones.

Parece que, al aceptar la división de la Historia en etapas, estuviésemos negando el verdadero sentido de la misma, es decir, su carácter unitario que busca a través de la narrativa el conocimiento de la vida de la Humanidad a lo largo del tiempo, en la que el hombre y las colectividades, en sus distintos espacios, se encuentran unidos al pasado y proyectados hacia un futuro.

La idea de universalidad que implica la propia historia se ha visto parcelada con las etiquetas de Antigua, Media, etc. por razones prácticas, no científicas, ya que abarcar la vida de la Humanidad en toda su extensión y profundidad es imposible. A esto se han unido razones didácticas o académicas que fijan estos períodos[1], con métodos expositivos similares para todas las épocas, aunque sean muy diferentes sus fuentes de información, análisis y comprensión, como ocurre con las de Historia Antigua.

Esta periodización de la Historia es una herencia del humanismo y coincide con las nomenclaturas de Edad Antigua, Media y Moderna. La de Historia Contemporánea es más reciente. Esta división no obedece a un criterio histórico riguroso, puesto que los vínculos entre unos períodos y otros son tan próximos que a veces resulta complicado establecer divisiones claras en función del tiempo, del espacio, de fenómenos materiales o humanos, sin embargo han terminado por ser aceptadas por su sentido práctico. También se recurre a este sentido, por ser prioritario y más metodológico, cuando, desde el punto de vista académico, se incluye en los programas únicamente la Historia Antigua de Europa u Occidente, abandonando, por ejemplo, la de China, o la Oriental.

En España esta división académica no se ve plasmada hasta 1941, con la creación de la primera Cátedra de Historia Antigua que fue desempeñada por D. Santiago Montero con el título oficial de Historia Universal Antigua y

Media en la Universidad Central (Complutense de Madrid)[2]. No sería hasta 1966, lo que nos habla de su juventud, cuando se dotaron y cubrieron por primera vez Cátedras específicas de Historia Antigua.

1.2. Límites temporales y espaciales

La Historia Antigua se encuentra limitada por la Prehistoria y la Historia Medieval. Está generalmente admitido que aquella tiene su inicio desde el momento en que nos encontramos con documentación escrita. A la Prehistoria le correspondería el tiempo anterior, no obstante, a medida que se han venido produciendo en algunas zonas, como el Oriente próximo, nuevos hallazgos arqueológicos con documentos escritos éstos han obligado a rebajar la fecha inicial de la Historia Antigua. El corte entre ambos períodos no tiene por qué producirse al mismo tiempo en todo el mundo, puesto que la historia no empieza al unísono en todas partes ni de forma brusca en cada una de ellas. Un pueblo puede alcanzar la etapa histórica gradualmente sin que se produzca ninguna ruptura. Aquellos momentos en los que coexiste la Prehistoria y la Historia Antigua se ha dado en llamar Protohistoria. El marco cronológico de su inicio estaría en torno al III milenio a.C., etapa en la que de forma más generalizada nos encontramos con los primeros documentos escritos.

Sobre el final de la Historia Antigua el desacuerdo es mayor y son numerosas las fechas que se esgrimen para fijar su límite. Algunos ingleses la han establecido durante el momento en que Constantino, como único emperador cristiano, se queda al frente del Imperio (324). Otros, como los franceses, han querido llevarla hasta la muerte de Teodosio (395). En España unos han preferido seguir la tradición alemana y poner como fecha límite el 476, momento en el que desaparece el Imperio Romano de Occidente tras haber sido depuesto su último emperador, Rómulo Augusto, por Odoacro el rey de los hérulos. Pero hay otros que la atrasan o adelantan. El hecho de que al final de este período se hayan desarrollado las raíces sobre las que se sustenta la Edad Media dificulta el problema del límite, sin embargo, al haber sido aceptada como fecha de inicio para la etapa del Bajo Imperio la ascensión de Diocleciano (284) o Constantino (306) favorece el alargar la fecha límite[3]. También empuja a ello la denominación alemana de *Antigüedad Tardía*, por habernos influido tanto esta corriente alemana, e incluso alguno de ellos como A. Riegl y A. Dopsch llevan el final todavía más allá, hasta la época de Carlomagno (768). En España hay medievalistas que piensan que la Baja Antigüedad continúa vigente durante el reino visigodo hasta la invasión árabe (711). Otros historiadores alemanes como E. Meyer y F. Lot entienden que el período que transcurre entre Diocleciano y Carlomagno se puede considerar como una etapa de *transición* que conduciría la Antigüedad al auténtico Medievo[4].

En lo que se refiere al ámbito geográfico comprobamos que a lo largo del tiempo éste se ha ido ampliando a medida que se realizan nuevos descubri-

mientos, no obstante, desde el punto de vista de los programas académicos y por las razones indicadas anteriormente se suele atender a las culturas antiguas más en conexión con el mundo occidental o Mediterráneo, es decir, Oriente, Grecia y Roma, aunque de Oriente se refieran más a las que se desarrollan dentro de lo que se llama el Creciente Fértil y que engloba las zonas de Egipto, Mesopotamia, Palestina, Siria y el Asia Menor. La historia antigua de China e India, que antes se abordaba en los manuales, hoy por razones de utilidad académica se pasa por alto en nuestro país.

1.3. Fuentes y método

Si en otras áreas del conocimiento se puede permitir el seleccionar las fuentes en Historia Antigua, por su escasez, no. Toda aquella que sea susceptible de aportar alguna información es imprescindible. Hasta el extremo que se ha recurrido a la cultura material, e incluso se ha puesto énfasis en el mundo físico para contrastar la información literaria.

Entendemos como fuentes para la Historia Antigua todo lo que le ofrezca al historiador la posibilidad de obtener información sobre cuestiones relacionadas con el estudio de sus investigaciones. Pero no todas las veces es posible obtener respuestas. Las posiciones subjetivas con las que se abordan los conocimientos del pasado, la madurez profesional y las relaciones con otras disciplinas favorecen otros enfoques que a la larga nos permitirán ofrecer nuevas perspectivas que allanen el camino para la obtención de respuestas.

Las fuentes con las que se puede contar, además de las tradicionales o literarias, siempre enriquecidas con la aportación de los estudios filológicos, son:

— Las «monumentales», con sus reflexiones artísticas y filológicas.

— Las epigráficas, no sólo con respecto a la novedad textual que nos ofrecen sino por las aportaciones que se deriven de los estudios grafológicos, evoluciones lingüísticas e incluso por los rasgos, que se puedan deducir de ellas, relacionados con aspectos de la personalidad.

La ciencia «epigráfica» puede ser, partiendo de textos administrativos, de importancia extraordinaria para obtener conocimientos que son ya imposibles de recibir de otra forma.

La ciencia de la «papirología» se encuentra en la misma línea que la epigrafía, bien es verdad que hasta ahora, sus hallazgos se han limitado a zonas donde el clima favorece la conservación de los mismos en escombreras, como ocurre en la zona de El Fayum, cuyos documentos nos permiten conocer un largo período de la administración en Egipto, su vida social, contratos, denuncias, edictos, etc. También se cuenta con otros soportes, como cortezas de madera, donde se conservan escritas interesantes cartas que nos dan información sobre la relación y forma de vida de algunas poblaciones en la Antigüedad.

La «numismática» es otra de las ciencias que ha permitido, por el carácter bilingüe de algunas monedas, descifrar, leer y entender algunas lenguas, descubrir el emplazamiento de ciudades, dar el nombre a un asentamiento, conocer algunas de las divinidades y la imagen de templos y monumentos, formas de gobierno, riqueza con que se contaba en algunas zonas, cuál era la base de la sustentación en algunas ciudades por los emblemas que les representaban, si estaban en paz o en guerra, por dónde se extendieron sus relaciones comerciales y se abastecieron de minerales, incluso conocer la figura de algunos de sus mandatarios a través del retrato aparecido en las monedas, los títulos de los representantes, etc.

Hay también otras ciencias que son básicas para completar los datos documentales como la «Geografía» y la «Cronología», al igual que el Derecho, Instituciones, Religión, Cultura, Sociología, Economía, etc., a las que habría que incorporar la Medicina, la Biología, la Botánica, en fin, todas aquellas ciencias que, no sólo por sí mismas sino por medio de la interrelación con otras, aporten resultados para completar información sobre el pasado.

El método, a tenor de la visión que tengamos del problema, puede ser variado. No obstante el «método histórico» requiere una etapa, la *heurística*, de búsqueda de información o fuentes sobre la que se va a asentar el estudio, la *crítica* con su argumentación que vendrá a dar fuerza a la elaboración del trabajo, formulando *hipótesis* o *síntesis* en la que se produce la explicación del hecho y se da el valor a los datos aportados por la investigación. Sin embargo, el historiador se mueve hoy por un campo más complejo en el que necesita la colaboración interdisciplinar, al igual que él participa de todas las demás disciplinas. Su método, al final, no resulta tan simple. Hay momentos en su investigación que está dependiendo de un análisis, una restauración, un complejo proceso informático, un estudio geológico, una prospección arqueológica, o la confirmación del ADN. En el desarrollo de su método tampoco es posible muchas veces señalar la jerarquización en busca de una meta, por eso el método a seguir saldrá del mismo proceso de búsqueda de la información.

2. HISTORIOGRAFÍA ACTUAL

El término de Historiografía es un neologismo al que se recurre cada vez más puesto que permite liberarse de la carga que conlleva el término historia y da pie para englobar en él numerosas referencias relacionadas con el campo de la historia que la simple palabra, historia, no permite. Así, al hablar de historiografía nos podemos referir a la presentación de todos aquellos acontecimientos relacionados con la historia mejor o peor estructurados, narraciones, publicaciones realizadas por historiadores, incluida la hermenéutica, así como las actividades llevadas a cabo por los mismos, incluida la heurística, con la presentación de fuentes, etc. En ella pueden tener además cabida la

epistemología, con la presentación científica de los pensamientos históricos, sus métodos expositivos y desarrollo narrativo, así como todo lo que pueda incidir en su estudio, pensamiento y presentación. En ella se pueden incluir las ideologías y toda aquella ciencia relacionada con acontecimientos históricos, escritos de historiadores, así como actividades de los mismos, etc.

2.1. Introducción

Los historiadores de la Antigüedad no han protagonizado ninguna de las grandes tendencias historiográficas modernas, sin embargo, la Historia Antigua ha estado siempre presente, como punto de referencia, en toda actividad histórica. De hecho la historiografía anterior al siglo XVII se identifica con la greco-latina. El propio término «Renacimiento», rememorando la *Roma Instaurata* (1444-1446) de Flavio Biondo, nos recuerda la pasión que despertaron los estudios de la Antigüedad en el pasado[5]. El concepto de «Humanismo» o títulos corporativos que todavía perduran en las Academias, como el de «Anticuario», cuyo origen está en el *antiquarium* fundado por Sixto IV en el Capitolio, son otros ejemplos.

En el siglo XVII se mantiene una visión teológica y una concepción antropocéntrica y providencialista de la historia, debatiéndose entre los naturalistas la localización del paraíso terrenal[6].

Durante el siglo XVIII se producirá un cambio sustancial en la historiografía. La Historia Antigua, al ser referencia obligada, actuará de detonante entre las mentalidades filosóficas. En el transcurso de este siglo se produjo el rechazo del marco temporal fijado en el Génesis para el pasado. A lo largo de este siglo se llega a aceptar entre los hombres cultos la idea del cambio y evolución, admitiendo que la antigüedad de nuestro planeta podría ser de millones de años. Es en este momento cuando empieza a interesar un tipo de historiografía no limitada a los acontecimientos militares y políticos sino preocupada por las leyes, el comercio, la manera de pensar y las costumbres de una determinada sociedad.

A partir del siglo XVIII, como ya se ha visto en otros capítulos, al historiador, tras el rechazo textual del Antiguo Testamento, se le permite ampliar la escala cronológica de su existencia con todo lo que lleva implícito. De esta forma se liberaba al historiador del providencialismo, pasando, a partir de ahora, a establecer la distinción entre historia natural e historia humana, utilizando bases empíricas.

Atraídos por la erudición se comienzan los estudios de otras zonas, además de Roma, se amplían los estudios sobre Italia, la Galia e Hispania, al mismo tiempo que los de otras lenguas, como las orientales, y otras fuentes como las monedas, archivos, etc. Son los primeros pasos en la constitución de la Historia de la Antigüedad como ciencia, en los que no fueron ajenos por su

interés y participación los filósofos a través de sus investigaciones históricas y prácticas[7].

No vamos a repetir aquí el cambio sustancial que se produjo en la historiografía durante el siglo XVIII, la época de la Ilustración, en que la historia, gracias al desarrollo de la heurística y la actitud crítica de algunos pensadores[8], abandona la narración y el marco cronológico extraído del Antiguo Testamento. La erudición, que no había sido bien vista por algunos filósofos de este siglo[9], sirvió para inspirarse en las formas de gobierno de la Roma republicana, de Grecia o de Esparta y para que ante posturas como las de Napoleón se recurriesen a actitudes del pasado, tomando como ejemplo lo sucedido en las Termópilas o Maratón.

La Antigüedad fue siempre un referente y no es de extrañar que la principal obra historiográfica del momento fuese la de E. Gibbon, *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*[10]. En ella se abordaba la historia de Roma desde los Antoninos, momento en que establece su apogeo, hasta la caída de Constantinopla en manos de los turcos. Su historia, rodeada de erudición y haciendo referencias constantes a las fuentes, incorpora como guía, dentro de su exposición, otras categorías en cierta medida sociológicas, geográficas, económicas, además de dar pie para que con su visión se inaugure el inicio de una tendencia que apunta al cristianismo como el principal causante de la decadencia del Imperio Romano.

Con la vista puesta en el pasado como modelo, el desarrollo de la crítica y su relación con el presente da lugar a que surjan en el siglo XVIII los conceptos de *civilización*, en oposición a barbarie[11], y su sinónimo *cultura*.

2.2. El historicismo alemán

Si queremos entender las direcciones por donde se conducen las últimas tendencias historiográficas conviene dar algunas pinceladas sobre lo que supuso el siglo XIX para el conocimiento y desarrollo futuro de la Historia Antigua, no en vano, como ha dicho H. Berr, es el «siglo de la historia». En él aparece la figura clásica del historiador que cada vez se diferenciará más del filósofo. En realidad el historiador no busca en este momento enseñar sino presentar los hechos tal como fueron, sirviéndose de un conjunto de técnicas históricas basadas en los conocimientos adquiridos por medio de la filología y otras ciencias que se han llamado auxiliares de la historia. El dominio de estos saberes situará al historiador en un plano de privilegio dentro de la sociedad que atenderá siempre sus dictámenes.

El camino que le llevó a alcanzar esta situación de prestigio se inició a través de los nuevos sistemas didácticos impartidos en centros universitarios alemanes, así como la crítica de las fuentes surgida en l'École de Chartres (1823). No obstante, a principios del siglo, algunos continuaban mirando a

los historiadores clásicos como puntos de referencia. Tucídides era aceptado tanto en Alemania como en Inglaterra por su método historiográfico y como modelo para entender los problemas sociales y las políticas nacionales.

Durante la Restauración, la historiografía es utilizada por la burguesía liberal como base para sus argumentos reivindicativos, al igual que sirvió de inspiración para los ideales democráticos en la revolución de 1848[12].

El Romanticismo tendrá su mejor representación historiográfica en Alemania con las dos tendencias dedicadas a los estudios del derecho y a la filosofía hegeliana.

Los grandes historiadores alemanes del siglo XIX, como se ha indicado en el primer capítulo, abrieron el camino de una nueva historiografía a futuras generaciones europeas, que se conoce como *historicismo*. Leopold Von Ranke (1795-1886) decía que al historiador le compete exponer la historia pura, mostrando los hechos como sucedieron realmente[13], partiendo de observaciones concretas sin dependencias teóricas ni elaboraciones globales. B. Niebuhr (1776-1831) creó el método histórico-crítico. Planteó su *Historia Romana* (1811) en tiempo presente. Este enfoque alentó la búsqueda de nuevas referencias concretas para el conocimiento de la Historia Antigua. De hecho, se comenzaron a elaborar recopilaciones, con sus correspondientes valoraciones, de fuentes no literarias, que originaron el nacimiento de nuevas ciencias históricas como la Papirología, Epigrafía y Numismática. Droysen (1808-1884), con su obra *Historia de Alejandro*, libera a Filipo II y a Alejandro de la carga peyorativa introducida por Demóstenes, presentándolo como el principal promotor de civilización de la humanidad. Su obra más importante, *Geschichte des Hellenismus* (1836-1843), en dos volúmenes, sirvió para extender con un nuevo término «*helenismo*» los límites tradicionales de la Antigüedad clásica que se utilizaban hasta entonces. Mommsen (1817-1903) compendiará a través de sus investigaciones todo lo conocido sobre la Antigüedad en su época, mediatizando todavía con algunos de sus escritos a los actuales especialistas de la Antigüedad. Su *Historia de Roma*, modelo para numerosas generaciones, mereció en 1902 el Premio Nobel de Literatura[14]. Nos dejó escritos cerca de 1500 trabajos, pero por la trascendencia para la ciencia de la Antigüedad cabría destacar, en el campo del derecho, su *Derecho público romano* y *Derecho penal romano*, así como el haber sido el organizador de uno de los instrumentos más eficaces para el conocimiento de la Historia Antigua, la recopilación epigráfica iniciada en 1863 bajo su dirección con el título: *Corpus Inscriptionum Latinarum (CIL)*[15]. Mommsen además de editor fue crítico con cada una de las fuentes recopiladas, al mismo tiempo que buscaba en sus estudios monográficos jurídicos, filológicos, históricos, epigráficos y numismáticos llevar a síntesis sus conclusiones. En este momento el jurista malagueño, M. Rodríguez de Berlanga (1825-1909) realizó el estudio de las leyes municipales de *Salpensa* y *Malaca*, que tanto fruto dieron al alemán Mommsen, abriendo el camino de la investigación epigráfica como fuente de la Historia Antigua de España[16].

2.3. El positivismo histórico

Mientras tanto, en el resto de Europa, en la segunda mitad del siglo XIX se produce una reacción frente a la erudición y el nacionalismo romántico.

Tras la aparición del positivismo, se refuerzan los conocimientos eruditos de la historia y se rompe con la literatura histórica basada en los relatos fantásticos. Entonces se decía que «la historia se hace bebiendo en las fuentes o documentos». Cuantos más datos se tengan más científica será la reconstrucción de los hechos, como ocurre en las ciencias naturales.

Esta corriente convivió e incluso se alió ocasionalmente con otras como la historiografía liberal burguesa, el idealismo hegeliano, el historicismo alemán y el nacionalismo romántico, que exaltaba la historia nacional y consagraba la biografía como género histórico. Todos ellos confluyeron en realizar una historia desde arriba en la que predominan los personajes importantes y los acontecimientos políticos que mueven los Estados.

Ahora bien, el positivismo impedía la posibilidad de explicación, parcelaba las investigaciones y suponía una presentación fija de los hechos. Sin embargo, fomentó el desarrollo de las grandes ciencias que se han llamado auxiliares (cronología, geografía, paleontología, etnografía, filología, arqueología, epigrafía, numismática, papirología, etc.) y supuso el inicio de las primeras grandes síntesis que buscaban abarcar toda la Antigüedad.

La interdisciplinaridad y la dependencia de unas ciencias con otras son cada vez más necesarias y no por eso las llamadas auxiliares pasan a estar sometidas, constituyendo una red o equipo de trabajo que se enriquece y complementa mutuamente con los conocimientos de otras ciencias sin limitar su número.

A la Historia Antigua, que había dependido tradicionalmente para su conocimiento y desarrollo de los estudios de Filología, se le abrieron nuevas vías como la Arqueología. La fe ciega en los poemas homéricos y su perseverancia permitieron a través de excavaciones sistemáticas descubrir Troya (1870) y otras ciudades como Micenas, Tirinto y Orcómenos. Posteriormente se ampliarían los conocimientos de la Historia de Grecia con los descubrimientos llevados a cabo en Creta. A estos seguirían otras excavaciones sistemáticas en antiguas ciudades como Babilonia[17], Sumer, o el hallazgo de fragmentos de tablillas cuneiformes en Hattussa[18], etc. facilitando una información hasta entonces desconocida para la historia de estas épocas.

Otras vías por las que salió beneficiada la Historia Antigua fueron los estudios sobre Epigrafía y Numismática al incorporar nuevas fuentes documentales.

El desarrollo de todas estas nuevas ciencias desembocó en la edición de importantes diccionarios[19] y síntesis enciclopédicas[20] de enorme trascendencia para el conocimiento y posteriores estudios de la Historia Antigua.

2.4. El materialismo histórico

El materialismo histórico, independientemente de su repercusión en la vida política (movimiento obrero, partidos socialistas), se introdujo, como se ha visto en otro capítulo, en los análisis históricos de las ciencias sociales y en las exposiciones académicas, particularmente en el ámbito de la sociología y la economía. También se sintió atraído por la Historia Antigua, principalmente por algunos temas, como el origen de las comunidades primitivas[21], la sociedad esclavista[22], las revueltas de esclavos (el caso de Espartaco) y la religión[23], con el fin de demostrar sus tesis, y así lo observamos en los manuales de Struve y Kovaliov[24] que, aún a pesar de haber llegado traducidos a nosotros tardíamente, han sido utilizados como manuales de estudio en algunas universidades españolas en los años setenta [25].

Estas ideas han repercutido en gran medida en la historiografía posterior, bien por su seguimiento dentro de la ortodoxia o por numerosas tendencias afines con este pensamiento, como por todas aquellas otras opuestas orientadas a criticar rigurosamente el método y la concepción filosófica. El materialismo histórico no sólo pasó a ser un método de análisis, además de una teoría de la historia, dotada de un aparato conceptual propio para interpretar el desarrollo de las sociedades y sus leyes de funcionamiento, sino también un proyecto para la transformación de la sociedad. En definitiva, el materialismo histórico implicaba «una visión del pasado, una explicación del presente y un proyecto de futuro»[26]. En Europa alcanzará una enorme difusión a través de la escuela de Frankfurt y la obra de pensadores como Lukács, Korsch y Gramsci.

2.5. Nuevas corrientes

El pensamiento materialista inspiró algunas reacciones de cambio como fue la aparición en 1900 de la *Revue de Synthèse Historique* bajo la dirección de Henri Berr, partidario de hacer de la historia una «ciencia-síntesis»[27]. Su idea la plasmó dirigiendo la *Biblioteca de Síntesis Histórica, La Evolución de La Humanidad*[28], que tanto ha servido de ejemplo y contribuido a aumentar el caudal de conocimientos historiográficos. Se pretendía, con los volúmenes de esta Biblioteca de Síntesis Histórica, dar a conocer la historia de la humanidad, una de las aspiraciones más legítimas del hombre, puesto que con ella se quería hacer resurgir retazos de la vida antigua, ignorados durante largo tiempo. Se trataba de hacer una historia integral frente a una historia política. La Historia para Berr no es sólo una memoria que conserva sino también una memoria que renace. Disponía esta biblioteca de cuatro secciones más una serie complementaria, conteniendo en total ciento sesenta y ocho volúmenes. Se dedicaron entre la Sección primera y segunda de la Biblioteca cuarenta y tres al período cronológico de la Historia Antigua,

además de los ocho que aparecieron en la «Serie complementaria» entre los que el propio Henri BERR presentó sus tres obras, una sobre «Introducción a la Historia Universal»[29], y las otras dos restantes dedicadas «Al Margen de la Historia Universal»[30].

Aunque en el plan general de esta Biblioteca había ideas directrices que le daban unidad, sin embargo, cada uno de los volúmenes constituía por sí mismo una obra completa, ya que los investigadores pudieron mantener su personalidad, elaborando su trabajo con libertad y responsabilidad. Los temas abarcan desde la civilización egipcia, Mesopotamia, hititas, griegos, Roma, celtas, germanos, Irán antiguo, China e India, así como Israel, el cristianismo, el fin del mundo antiguo y el mundo bizantino, además de las ciencias, el arte y la religión.

Con la aparición de la *New History* en New York (J. H. Robinson, 1912) se busca tanto por su estudio como por el método de trabajo, hacer del análisis del pasado una «ciencia social» que aborde al «hombre común». Se formulan hipótesis y se aplica un método comparado en el que se utilizan todos los descubrimientos realizados sobre el hombre por antropólogos, economistas, sociólogos y psicólogos[31].

En Europa, las ciencias sociales adquieren un carácter protagonista a través de las propuestas de sociólogos, como M. Weber (1864-1920)[32], figura capital en la renovación metodológica de las ciencias sociales. Weber buscó descubrir estructuras sociológicas fundamentales a través de simplificaciones ideales, *Idealtypus*. Estos son idealizaciones derivadas de la metodología, conceptos límite, medidas peculiares con las que imitamos la realidad, que han sido creados tomando como base el conocimiento de la realidad pero no sirven de descripción o clasificación de tal realidad. El cometido del historiador es relacionar la realidad con esos tipos ideales. Otro de los conceptos empleados por él, que ha pasado a ser utilizado por el historiador, es el de «estratificación social», estableciéndola en tres dimensiones: el poder económico, el poder político y el honor social o prestigio. En definitiva, se pretendía que la historia abandonase su dependencia de los acontecimientos. A partir de ahora, el historiador se convierte en un «creador» ya que a través de una comprensión «ideal-tipo» de la sociedad construye una imagen del pasado. Esta idea fue subrayada por pensadores como Spengler[33], cuya obra ha gozado de una enorme influencia entre los historiadores del pasado, al igual que la de Toynbee[34].

La historia económica adquirió también protagonismo dentro de los ambientes académicos europeos a través de revistas de historia económica y social[35], siendo apoyada por el francés Hauser y el belga Pirenne.

En este momento conviene mencionar a Meyer (1855-1930) con su *Historia sincrónica de la Antigüedad* (realizada entre 1884-1902)[36]. Al vivir en una época en que se enfrentaban la metodología tradicional, de marcado corte

positivista, y las nuevas corrientes innovadoras (mayoritariamente anglo-francesas) que hacían hincapié en el terreno de lo social, manifestó una posición conciliadora en su antología de ensayos[37]. Meyer emprendió por primera vez un gran intento de realizar una Historia Antigua universal, basada en un análisis uniforme y crítico de todo tipo de materiales (su erudición fue importante). Con ella se abrieron los límites de la Antigüedad, cerrados hasta entonces en el entorno del mundo greco-romano, al incluir las culturas del Antiguo Oriente, debido a los descubrimientos arqueológicos y al desciframiento de las escrituras jeroglífica y cuneiforme.

2.6. El posicionamiento epistemológico

2.6.1. La Escuela de Annales

a) Desde finales del s. XIX la historia se había visto afectada por la profesionalización, quedando en manos de investigadores-profesores. En el siglo XX, no entenderíamos la historiografía actual sin conocer el significado de la obra desarrollada por el medievalista Marc Bloch[38] y Lucien Febvre, continuadores de la historia integral iniciada por Berr. A través de la revista *Annales d'Histoire économique y sociale*, se plantearon en 1929 la necesidad de hacer una «historia total» como alternativa práctica a la historia positivista. La aparición de *Annales* señaló un «antes» y un «después» en la nueva manera de hacer historia, y se inicia con ella el renacimiento de la disciplina histórica en Francia. Se enfrentó directamente con la historia política, puesto que propugnaba una «historia de la totalidad», fundamentada en la historia económica y social, al mismo tiempo que sustentaba una nueva metodología en la que contraponía la «historia-problema» a la «historia-relato», al mismo tiempo que ofrecía una nueva relación con las otras ciencias sociales (sociología, geografía, economía, además de: lingüística, etnología, psicología y antropología), promocionando el estudio de las mentalidades, por lo que se constituía en «historia-integradora». Al decir de Dosse[39], permitió modernizar el método de trabajo historiográfico y contener el avance de la sociología como ciencia con pretensiones unificadoras en defensa de la especialidad de la historia, reagrupando las ciencias humanas bajo su bandera.

Sin embargo, Bloch, con la profesionalización de la Historia, consideró que no hay ningún criterio especial que pueda demostrar que la historia es una ciencia, por lo que al analizar esta cuestión se centró, más que en el objeto de la historia, en la profesión de historiador, en su método histórico y en el ámbito de competencias que comparten los historiadores. Para él los argumentos de un historiador son verdaderos si es validado para el resto de los historiadores especializados, por tanto, para que la historia sea una ciencia deberá compartir el mismo lenguaje entre sus profesionales, profesores, que permita evaluar las investigaciones de sus compañeros. Así la profesión se

encuentra organizada en torno a procedimientos académicos de juicio, (tesis, tribunales, comisiones, etc.) que permiten valorar la capacidad científica de los que aspiran a ser profesionales de la historia. Al mismo tiempo es necesario que todo texto histórico se encuentre acompañado de un sistema de referencias o citas que posibilite a los lectores su comprobación. De acuerdo con ello, el fundador de *Annales* entiende que el historiador, en cuanto que científico, debe también rendir cuentas.

Otro de los valores que debe tener el historiador, según Marc Bloch, es saber tender puentes dentro de la sociedad humana a la que pertenece, entre los hombres del pasado y los del presente, entre la comunidad científica y el gran público, traduciendo a lenguaje normal los resultados de sus investigaciones y recogiendo las curiosidades, preocupaciones y problemas del mundo en el que vive para presentarlos en cuestiones pertinentes a la sociedad científica en la que está inmerso.

Con la profesionalización de la Historia se abordaron obras en equipo de gran envergadura, de acuerdo con las posibilidades de cada uno, como la *Cambridge Ancient History*[40], la *Histoire Générale* de G. Glotz, o la enciclopedia alemana *Handbuch der Altertumswissenschaft* y *Handbuch der Archäologie* de W. Otto, y otras que abordan parcelas concretas. En todas ellas participan especialistas en temas clásicos que dan una visión propia y sintética del campo de trabajo al que se dedican. Un ejemplo nos lo da Rostovtzeff, M. (1937) y (1967)[41] que abordó un profundo estudio sobre la vida social y económica del mundo romano y helenístico.

b) A esta primera generación le sucedería en 1947 una «segunda serie de *Annales*», ahora *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations*, dirigida por Fernand Braudel, que duró hasta mediados de los años sesenta. A través de ella y como indica la nueva denominación se produjo una reorientación hacia los estudios económicos y demográficos, sin olvidar los aspectos socioculturales, al mismo tiempo que se abandona definitivamente la historia política. Durante este tiempo florecieron las monografías regionales o locales por medio de las cuales se buscó hacer posible esa «síntesis» que reafirma la vocación por la totalidad de la ciencia histórica. Fue también la época en que se instrumentalizó el viejo concepto de «civilización» para definir los rasgos esenciales de las sociedades y comparar estructuras económicas dispares, constituyendo otro intento de elaborar una historia más objetiva con aspiraciones totalizadoras.

Si hacemos una valoración de la escuela de *Annales* destacaríamos su deseo por realizar una «historia total», circunstancia que les empujó a integrar los aspectos geográficos y a buscar la interacción entre el grupo social y el medio natural. Toda investigación histórica que desarrollase acontecimientos singulares o relatos era acusada de oscurantista y por tanto propia de la época precientífica de la historia. Los historiadores fijaron su centro de atención en la mutua interrelación entre las estructuras geográficas, econó-

micas, sociales y políticas planteadas en sus dimensiones temporales, de aquí el aumento de los estudios empíricos regionales. La limitación del marco de análisis a una región permitía disponer prácticamente de toda la documentación al respecto y seguir la evolución de un grupo social a lo largo del tiempo, analizando los distintos niveles estructurales: geográfico, demográfico, económico, social e incluso ideológico. Sus logros fueron esencialmente de carácter metodológico y estuvieron volcados hacia la práctica historiográfica, teniendo una importante difusión por el aumento del personal universitario en ese momento, pero de escasa entidad teórica[42].

c) La «nouvelle histoire» surgida en la tercera generación de *Annales* orientará a los historiadores hacia caminos muy dispares, lo que se ha dado en llamar la «historia en migajas»[43], alejándose en cierta medida de las pretensiones iniciales de Braudel. La nueva historia ha acabado interesándose por casi cualquier actividad humana, «todo tiene una historia»[44]. Al final, se ha impuesto el análisis de estructuras frente a la historia de acontecimientos, la historia desde abajo frente a la historia desde arriba, la historia cuantitativa frente a los documentos únicamente oficiales. El modelo tradicional de explicación histórica deja de ser válido para la nueva historia porque no consigue dar respuesta a la variedad de cuestiones planteadas por los historiadores. La nueva historia pasa a considerar utópica la historia objetiva.

2.6.2. El estructuralismo

A partir de los años sesenta a estas corrientes de «Annales» se les oponen los argumentos epistemológicos surgidos de la filosofía del discurso, «estructuralismo», y de la filosofía crítica de la historia, «hermeneutica». Pues, como dice Topolsky (1977), la reflexión metodológica «antipositivista» nació de un triple escepticismo: la duda sobre el conocimiento analítico, la duda sobre la continua evolución de los valores morales e intelectuales del hombre y la duda sobre el rango de ciencia exacta que se atribuía a la historia. Por eso se dio más importancia en la investigación histórica a la visión global, que negaban los positivistas, para lo que utilizaron otras ciencias en sus estudios. Esto les condujo a un punto de vista nuevo, «estructural», en el que se atendía a la sociedad en su conjunto con todos los elementos relacionados entre sí. En Historia Antigua al no disponer la mayor parte de las veces de toda la información que nos gustaría sobre los acontecimientos sucedidos en el pasado, se ha utilizado este camino tratando de recomponer la historia de una sociedad utilizando diversas ciencias.

En Gran Bretaña R. G. Collingwood[45] desarrolló estas ideas antipositivistas señalando que el pasado no es enteramente independiente del presente, sino que vive en conexión con el mismo, y que los acontecimientos históricos, las acciones y los procesos pueden por lo tanto ser reproducidos o reconstruidos de nuevo a partir de una estructura lógica.

2.6.3. *Historia cuantitativa - Historia serial*

Partiendo de teorías económicas un conjunto de economistas propugnaba que el análisis de la historia económica exigía un método hipotético-deductivo. Esta nueva corriente americana practicaría lo que se ha dado en llamar, a veces irónicamente, *cliometría* (las medidas de la diosa de la historia, Clio). Extraía el método de la teoría económica para aplicarlo a los datos obtenidos en trabajos realizados por historiadores que sometían a su análisis[46]. Esta línea de estudio no era nueva, puesto que desde finales del siglo XIX estudiosos como Schumpeter, Kuznets y Keynes, etc. sintieron la necesidad de utilizar categorías históricas para establecer modelos de desarrollo económico. Esto les llevó a iniciar un amplio campo de trabajo sobre población, precios, salarios e intercambios al objeto de relacionarlos entre países y establecer ciclos económicos del pasado.

Al aire de esta historia economicista surgiría la «historia cuantitativa», que como decía G. Lefebre, «no bastaba con describir; había que contar». Este tipo de historia cuantitativa adquirió por sí misma carácter propio e independiente de la historia económica. Su principal cultivador fue J. Marczewshi quien a través de su obra, *Histoire quantitative de l'économie française*, postula la necesidad de practicar «una cuantificación total y sistemática» como única forma posible de proporcionar cientificidad a la historia económica. Este método dio nuevas ideas para emprender estudios que mejorasen el conocimiento económico del mundo antiguo. De hecho los estudios numismáticos se beneficiaron del mismo al permitirles cuantificar la producción de los tipos monetarios que se acuñaron durante la antigüedad en algunos talleres. Para P. Vilar[47], el cuantitivismo convirtió a la historia en un mero instrumento de adaptación práctica olvidando a menudo las fuerzas económicas y sociales que operaban en ella, lo que al final la puede convertir en una simple «econometría»[48].

P. Chaunu, vinculado a la *Escuela de Annales* haría otra propuesta: *la historia serial*, que supuso el primer intento de hacer historia de la totalidad social, integrando lo económico en el análisis histórico. Este tipo de historia cuantitativa y serial no tiene demasiada incidencia en la historiografía de la Antigüedad por la peculiaridad de sus fuentes, aunque en cierta medida se haya sacado provecho, como hemos visto, para algunos estudios obtenidos a partir de hallazgos numismáticos y arqueológicos.

La influencia de la escuela de Annales pervive en Francia fusionándose con el materialismo histórico, que tiene a P. Vilar como al historiador más representativo. La «historia desde abajo» y el deseo de los *annalistes* por estudiar la «totalidad histórica» se unieron con la visión del análisis marxista, poniendo el protagonismo en la acción colectiva y buscando la relación dialéctica que existe entre los modos de producción y las formaciones sociales[49].

Como hemos visto con la escuela de Annales, también el marxismo ha sufrido después de la Segunda Guerra Mundial un proceso de reformulación permanente. En Gran Bretaña historiadores agrupados en torno a M. Dobb, compartieron unos fundamentos teóricos y metodológicos y unieron a la formulación dialéctica marxista la tradición empírica[50].

3. ÚLTIMAS TENDENCIAS

Por lo que hemos estado viendo, la elaboración de los estudios historiográficos está condicionada por múltiples elementos aunque fundamentalmente habría que tener en cuenta: las distintas preferencias de los historiadores a la hora de incorporar métodos y conceptos procedentes de otras ciencias, las variadas tradiciones historiográficas nacionales y las distintas perspectivas teóricas de las que se parte al abordar el análisis histórico. La interacción de cada uno de ellos ha dado lugar a múltiples combinaciones que sería muy prolijo enumerar, produciendo al mismo tiempo un gran desconcierto. Dentro de estas posibles combinaciones podríamos señalar, sin que para ello hayamos utilizado ningún criterio, la «nouvelle histoire» surgida en la tercera generación de «Annales», la corriente marxista británica a través de la revista «*History Workshop*», la nueva historiografía alemana y la «*social history*» norteamericana.

Paralelamente la especialización de la historia económica y demográfica de los años cincuenta y sesenta ha llevado al fraccionamiento de la historia social en los años setenta y ochenta, viéndose favorecidos todo tipo de estudios. Así las tendencias de aproximación a la historiografía de la Antigüedad se presentan como una dicotomía entre lo que demanda un público deseoso de adquirir conocimientos o de entusiasmarse contemplando objetos de la antigüedad y lo que la administración ofrece a través de la docencia que se imparte en las aulas.

Por un lado, el público que demanda estos conocimientos es un público muy heterogéneo que acude a los museos para contemplar las colecciones arqueológicas, las exposiciones temáticas y demanda información, cursos y conferencias, visitas guiadas donde encuentre la conexión de lo práctico con lo teórico. Es el que suele refugiarse, las más de las veces, en asociaciones o grupos culturales sin conexión, en su mayoría, con el mundo académico o universitario.

3.1. Postmodernismo

Las distintas tendencias o caminos abiertos para escribir la Historia durante la segunda mitad del siglo XX junto con los nuevos temas han sido incapaces de dar soluciones a cuestiones epistemológicas o historiográficas

que se plantean en la actualidad o a los continuos avances en las investigaciones históricas de temas nuevos, entiéndase por ejemplo la historia oral, la historia mundial como global, o la que no tardando mucho surja como la historia visual. Ante esta situación, se ha estado hablando de crisis desde hace varios años. Aunque la auténtica crisis se produjo tras la desaparición de los dos grandes bloques, con el final de la «guerra fría», la caída del Muro de Berlín (1989) y el derrumbamiento de la Unión Soviética (1991). Entonces se presagiaba lo que Fukuyama denominó como «el fin de la historia»[51]. Parecía que a partir de ese momento la ONU podía garantizar por medio de los «cascos azules» un nuevo orden internacional en el que quedaba la paz asegurada. El futuro de la historia había perdido su razón de ser como algo total y únicamente se podían abordar razones parciales. Para los posmodernistas la gran Historia terminaba y sólo quedaba ser sustituida por incontables historias[52].

Pronto se encargaría de desmentirlo el estallido en el mundo de una serie de conflictos de gran violencia, así como la sucesión de campañas terroristas y acciones bélicas de castigo y conquista que todavía se prolongan. La guerra parece que da continuidad a la Historia. Sin embargo la propuesta de Fukuyama sobre la Historia introdujo un debate de naturaleza epistemológica. De él surgieron distintos planteamientos que han desembocado en otros debates más generales como el de la «posmodernidad» o «posmodernismo»[53], que niega la objetividad histórica y trata de igualar historia y ficción, defendiendo los «metarrelatos» o «grandes cuentos». Era algo que en 1979 Stone hacía anunciado como un nuevo paradigma, historia-relato, sin embargo es ahora, a comienzos del siglo XXI, cuando se cumple con mayor intensidad. El número de lectores que demanda este tipo de novelas históricas ha ido en aumento, las editoriales la satisfacen e incluso la fomentan haciendo propaganda de las mismas, de tal manera que se ven favorecidos por los medios de comunicación al mismo tiempo que ante el éxito de esta corriente los escritores literarios y filósofos se sienten atraídos hacia la narrativa histórica. Entre ellas tienen un gran atractivo las que se refieren a la antigüedad. Incluso en el cine, puesto que dentro de los temas históricos, las películas de cine épico están más de moda. El ejemplo más reciente lo tenemos en *Gladiator*. A este genero de películas con temática romana se le denomina *Peplum*, aunque el nombre se ha generalizado y hoy día se aplica también a todas las que tratan temas de mitología griega, Antiguo Testamento, vida de Cristo, Babilonia, Egipto, Persia o Antiguo Oriente[54]. En definitiva esta corriente de algunos historiadores posmodernistas propugna, al igual que los literatos y filósofos que se dedican a este género, la desaparición de la historia científica e incluso van más allá al afirmar, cuando defienden esta corriente narrativa de la historia, que con ello la historia vuelve a sus orígenes literarios puesto que entre ficción e historia no hay grandes diferencias epistemológicas ni metodológicas.

Sin embargo, la corriente posmodernista alberga un pensamiento vacío, justifica el desinterés colectivo por la historia y propone el abandono de las

grandes construcciones explicativas de carácter estructural que se habían venido desarrollando. En cierta medida la crisis por la que está pasando la historia es debida al descrédito que produce este tipo de historia, ya que la historia no puede estar basada en la ficción y si esto sucediese dejaría el camino abierto para su manipulación.

3.2. Hacia un nuevo positivismo

Los excesos del postmodernismo, renunciando a la objetividad histórica e igualando ficción con historia han empujado a los historiadores a revindicar el oficio de historiador, tratando de impedir que no profesionales de la historia redacten historias o biografías narrativas. No les parece suficiente ofrecer al lector hechos y nombres sin una elaboración basada en los conocimientos específicos del autor, en el estudio crítico de las fuentes documentales y sin atender las exigencias sociales o del lector medio que las demanda. Además contribuye a esta reacción positivista la propia formación que reciben los jóvenes historiadores, rodeados de un ambiente académico tradicional que hace que salgan de las facultades con una concepción de la historia puesta en los paradigmas del siglo XX. Sin embargo esta tendencia historiográfica actual no quiere decir que no presente diferencias con el positivismo alemán de finales del siglo XIX o con el neopositivismo francés de principios del siglo XX en el que se proclamaban intenciones científicas tan simples como la que decía que la historia consistía en conocer el pasado «tal como fue». Hoy día la aplicación del positivismo radical llevaría a la propia historia fuera del carácter científico que se atribuye a otras ciencias. Pues al igual que las otras ciencias, la historia es ciencia en cuanto que el propio sujeto interfiere en el objeto del conocimiento junto a circunstancias internas y externas, bien sean estas la relación con los investigadores especialistas que le rodean o la propia comunidad social y política. Si separamos al objeto del conocimiento del sujeto nos estaríamos apartando de la propia ciencia. En este caso nos encontraríamos más próximos al postmodernismo de lo que nos podíamos imaginar.

Tanto la historiografía como la historia caminan hacia delante por eso se reclama un nuevo concepto de historiador sin que su función se limite a la exposición simple de las fuentes o de otras ciencias, que se conocen con el término decimonónico de auxiliares de la historia. La función del historiador es la de reconstruir, valiéndose de su conocimiento y capacidad, los hechos y las obras realizadas por el hombre en el pasado, trabaje con unas fuentes u otras como la numismática o la epigrafía, indispensables para la historia antigua e historiografía. Al igual que las otras ciencias, la historia avanza y, debido al carácter residual y fragmentado de sus fuentes como a las incontrolables circunstancias en que aparecen, su conocimiento puede ser variable en cualquier momento. Las fuentes para la Historia Antigua son limitadas lo que no quiere decir que no sean extensas, pero dependiendo de la parcela his-

toriográfica que se desee investigar obliga a exprimir más el contenido de la documentación existente.

3.3. La Historia a debate

Estas dos últimas corrientes historiográficas, junto con la aceleración de los acontecimientos que se suceden cada día y la globalización de la comunicación que impide que las antiguas corrientes históricas sean aportadas únicamente por países dominantes económica, política y culturalmente, exigen una renovación historiográfica. Esta situación ha llevado a algunos historiadores a plantear el «Manifiesto de Historia a Debate» en el que se han plateado dieciocho propuestas metodológicas, historiográficas y epistemológicas a los historiadores e historiadoras del mundo para su debate y en su caso, adhesión crítica y posterior desarrollo[55].

Proponiendo un nuevo paradigma:

> XVIII. Nuevo paradigma
>
> La historiografía depende de los historiadores y de la historia inmediata. El cambio de paradigmas historiográficos que venimos proponiendo, desde 1993, cabalga sobre los cambios históricos acelerados iniciados en 1989. Entre diciembre de 1999 (Seattle) y julio de 2001 (Génova) hemos observado los comienzos de un movimiento global sin precedentes, contra los estragos de la globalización, que busca ya alternativas de sociedad: el pensamiento único es ahora menos único. Son muchos los que califican de cambio de civilización la globalización y sus críticos, la sociedad de la información, la nueva revolución científico-tecnológica y el movimiento social global: no es fácil entrever lo que nos depara el mañana pero hay razones para la esperanza. Todos debemos colaborar.
>
> Historia a Debate es parte activa de este proceso transformador: queremos cambiar la historia que se escribe y coadyuvar a cambiar la historia humana. Según evolucione el debate historiográfico, y la historia más inmediata, nuestras propuestas recibirán más o menos consenso académico, las variaremos o no según interese, si bien hay planteamientos que, aun siendo por el momento minoritarios, nos parecen ineludibles para condicionar críticamente el nuevo paradigma en formación: el conjunto plural de valores y creencias que va a regular nuestra profesión de historiador en el nuevo siglo. Por todo ello, la historia nos absolverá, esperemos.

4. ÚLTIMOS CAMPOS DE INVESTIGACIÓN

El historiador a finales de este último siglo y a partir de la historia total amplió su interés por el estudio de un número mayor de actividades humanas de las que habían preocupado a sus antecesores. La Historia Antigua no ha sido una excepción, sin embargo, no se puede decir, en estos momentos, que la Historia Antigua sea uno de los períodos históricos más deseado por los

nuevos estudiantes que acceden a estudiar historia en nuestras Facultades. En parte es lógico, pues el dominio de una serie de conocimientos y técnicas limita y aleja incipientes vocaciones. Y es que la Historia Antigua, a pesar de la evolución historiográfica, sigue mantenido técnicas de estudio en materias que le son necesarias y esto no la hace disciplina deseable. Para aquellos que desean adentrarse en esta asignatura académica, les esperan los correspondientes manuales[56], que sin coincidir plenamente con lo que afirman J. Arce y D. Plácido (1990), sí son las obras generales o manuales que más aparecen publicadas. También es verdad que la Historia Antigua es de reciente creación y en un Estado donde los estudios superiores están repartidos por un número tan alto de Universidades se necesita mucho tiempo y dinero para equipar bibliotecas y laboratorios, que también son necesarios en Historia Antigua.

Aunque la investigación es muy variada, la Historia Antigua académica se ha sentido orientada hacia las fuentes literarias, el estudio de las vías, la religión, el ejército, la sociedad, administración, prosopografía y aspectos jurídicos, además de otros temas, incluso la alimentación en la antigüedad.

Maestros como A. García y Bellido, J.M.ª Blázquez, A. Montenegro, entre otros, han sido los pioneros y dieron su fruto en nuevas generaciones.

No obstante, la mayoría de los historiadores de la Antigüedad piensa que se necesitan las fuentes como elemento de inicio para cualquier investigación sobre Historia Antigua y así lo entienden también investigadores como Alföldy, Millar, Syme, etc., e incluso, como mantiene Alföldy, es necesaria la publicación de nuevas fuentes, (especialmente las epigráficas y numismáticas, aunque las literarias sigan siendo en líneas generales el testimonio más importante) puesto que constituyen un paso previo para el desarrollo de toda ciencia histórica. De ahí el incremento en importancia de las llamadas «ciencias auxiliares»[57].

Difícilmente podríamos saber hacia donde se dirigen las tendencias de la Historia Antigua si no tuviésemos conocimiento de los repertorios bibliográficos, de igual manera, lo juzgaría J. Burckhardt cuando dijo que la historia era «el registro de los hechos que una edad encuentra notables en otra», es decir, a cada generación le corresponderá revisar y reorientar la línea de sus investigaciones.

Por eso, el conocimiento de estos repertorios es uno de los objetivos prioritarios para el investigador, ya que poseer un fichero especializado se convierte en un tesoro. El sistema oficial de clasificación de los libros en las bibliotecas no consigue facilitar plenamente los deseos del investigador[58], cuando los libros están no todas las veces se encuentran entre los de la materia adecuada y es ya imposible cuando se trata de obtener la referencia de un artículo. Los índices, que serían un arma eficaz, no les ofrecen todas las revistas, esta es la razón de que siempre se haya mantenido interés por ofrecer este

tipo de información. Obras como las de Sánchez Alonso, B. (1946): *Fuentes de la Historia española e hispanoamericana*, CSIC, Madrid, buscaban facilitar esta información. Así se crearon algunos índices generales o repertorios bibliográficos regionales conteniendo artículos de interés para la Historia Antigua como el iniciado por Fletcher Valls, D. y Pla Ballester, E.(1953)[59]. Otros partieron de la misma Subdirección Gral. de Arq. y Etnografía bajo la coordinación de Fernando Piñón Varela (1970), los *RAE*[60]. Otros se han enfocado a la España romana como los dos Suplementos bibliográficos dirigidos por Montenegro Duque, A. et alii (1972-1973) desde el Col. Univ. de Álava, Vitoria[61], y el III por Crespo Ortiz de Zárate, S. y Sagredo San Eustaquio, L. (1976), desde el Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Valladolid. También tenemos la *Revista Indice* en Barcelona, así como repertorios bibliográficos que figuran en algunos manuales de Historia Antigua españoles. En el campo internacional hay que destacar la labor que viene desarrollando en este sentido *L'année philologique. Bibliographie critique et analytique de l'antiquité gréco-latine*, París, Les Belles Lettres, 1928, con carácter anual, donde se presenta por temas y con crítica el repertorio bibliográfico más importante, haciéndose indispensable su consulta para la Historia Antigua. Los avances informáticos, algunas páginas en Internet, la relación entre colegas y los esfuerzos de algunas empresas pueden mostrar el interés que hay por estos temas. Como ejemplo se puede señalar el estudio reciente de Fernández Sánchez, J. (1994) sobre la *Historia de la Bibliografía en España*[62]. Esta publicación nos demuestra el impulso que están tomando estas informaciones bibliográficas y por donde camina la preocupación de algunos investigadores, pues observando los títulos que figuran en el índice de consulta del siglo XX, nos encontramos con apartados sobre: «Bibliografía de la Prensa», «Bibliografía especial científica y técnica», «Bibliografía Pedagógica», Bibliografía Regional», «La enseñanza de la Bibliografía» o «Estudios sobre el tema».

Haciendo un seguimiento de los temas investigados sobre Historia Antigua, no nos debe extrañar observar un número de publicaciones tan variado. Desde el género literario, incluidas las novelas históricas, actualmente en alza como hemos señalado, hasta las revistas de carácter divulgativo, además de abundante número de manuales. Pero también nos encontramos con trabajos de investigación de temas más o menos atractivos para un lector de conocimientos medio o universitarios. También se escribe sobre historia urbana como la de Pelletier, A.(1982)[63], o los que se dedican a aspectos sociales como el que trata de *Sociedad amor y poesía en la Grecia antigua* de Rodríguez Adrados, F. (1995)[64]. Los que se dedican a la «Historia de las mujeres» luego reconvertida en *Historia de género*, como el coloquio sobre *La mujer en el mundo antiguo*[65]. Les hay también que vuelven sobre temas ya tratados a mediados del siglo XX, *La vida en (...) Roma, Egipto, Babilonia, etc.*). Los relacionados con el derecho[66], instituciones, o los dedicados a la prosopografía[67]. Los que tratan sobre la educación[68], o sobre esclavos y semilibres[69], o los buenos trabajos de Alföldy sobre la sociedad romana[70]. Otros abordan aspectos

de la vida cotidiana, la alimentación, la familia (con sus variantes sobre la «infancia»[71], juventud y vejez) y las historias especializadas en torno a fenómenos sociales diversos, como la pobreza y la marginación, la vivienda y el vestido, la salud y la enfermedad, la locura y la muerte, el ocio y la fiesta, el crimen y las cárceles, las culturas populares[72], etc. Son numerosos los trabajos que abordan temas relacionados con las vías o calzadas[73], los relacionados con el ejército[74], e incluso también se tratan temas de asentamiento poblacional, como las centuriaciones. También nos encontramos con cuadernillos monográficos dedicados a *Los ingenieros, El ejército romano*, etc., de autores ingleses traducidos por nuestras editoriales. Igualmente suelen elegirse temas del mundo clásico para guiones de películas. Las biografías son otras de las fórmulas que tienen bastante aceptación y a la que se incorporan lectores universitarios si se trata de obras rigurosas, como las referidas a la vida de Julio César[75], con numerosa documentación multidisciplinar, la de Calígula[76], o a la de Agustín de Hipona[77], como ejemplos.

5. OTRAS CIENCIAS

El investigador y paleógrafo Th. Sickel introdujo en el siglo XIX el término de «ciencias auxiliares». Esta denominación suponía en su origen una actitud dominante hacia otras ciencias que hoy puede dar lugar a equívocos ya que resulta imposible mantener a una ciencia únicamente como auxiliar o dependiente de otra, cuando por sí misma tiene un desarrollo propio y la interrelación que se produce es mutua. La elaboración histórica necesita cada vez más de la participación común de distintas ciencias sin que se menoscabe el ámbito autónomo de investigación de cada una de ellas, aunque eso sí, la colaboración interdisciplinaria es necesaria cada día más, pues ello redunda a la larga en beneficio de la propia historiografía. Lo que no impide que cualquier historiador por sus conocimientos se sienta capacitado para participar en la etapa heurística y que cualquier otro científico de otra disciplina realice un desarrollo histórico o de síntesis histórica.

5.1. Epigrafía

Ya hemos señalado la importancia que tiene esta ciencia como fuente para la Historia Antigua, pues al igual que la numismática es un documento directo, que percibimos tal como lo vieron los ciudadanos en su época. En realidad debería ser la paleografía la que se encargase de las fuentes escritas antiguas, independientemente del tipo de soporte sobre el que estuviese lo escrito. Sin embargo se entiende que corresponde al campo de la epigrafía toda la escritura incisa en soportes de material duro o perdurable, normalmente piedra, metal, cerámica, pizarras, conchas, etc. En cambio la paleografía investiga las escrituras que han sido realizadas sobre soportes blandos:

Papiro, tablillas enceradas, tejido, pergamino, papel o corteza de árbol. La contemplación de su escritura aviva el recuerdo del momento en que se escribió. Las inscripciones epigráficas suelen aparecer en monumentos, paredes, columnas, lápidas funerarias, bronces, ladrillos, etc., como lugares más frecuentes. Sin el aprovechamiento de este tipo de fuentes antiguas la documentación histórica directa que disponemos quedaría muy mermada.

Ya desde el siglo XVIII se conocen viajes realizados con el afán de recoger o coleccionar inscripciones, como el organizado por el humanista ilustrado Antonio Valcarcel Pío de Saboya por el reino de Valencia. Pero con quienes alcanza un gran desarrollo como ciencia será con los historicistas alemanes que emprendieron una gran labor de recopilación y edición de estas fuentes en los conocidos *corpora*. A. Böckh (1825-1859) iniciaría las ediciones con el *Corpus Inscriptionum Graecarum* (CIG), Más adelante, a partir de 1873 se refundiría en *Inscriptiones Graecae* (IG). Mommsen sería un gran impulsor de los mismos así como sus colaboradores (O. Hirschfeld e E. Hübner, al que tanto debemos en lo referente a nuestra Península, etc.). Se buscaron por todas partes nuevas inscripciones dándolas a conocer con sus interpretaciones y posteriores revisiones. Se editaron recopilaciones de forma periódica, así como el estudio de los nuevos hallazgos (*L'Année Épigraphi*, París, 1888 y ss.). Desde entonces, salvo algún altibajo, se han seguido publicado sin descanso los hallazgos epigráficos, independientemente de las distintas tendencias historiográficas.

En España tras las obras de Rodríguez de Berlanga, M. (1853), se continuaron dando a conocer las nuevas inscripciones en revistas especializadas como elementos indispensables para cubrir una parte de la Historia que las fuentes literarias no podían ofrecernos. Ante la dificultad que había para consultar los *corpora*, por su rareza en las bibliotecas, Vives, J. (1971)[78], publicó un catálogo-manual conteniendo las inscripciones latinas más solicitadas entre los investigadores de Hispania, esperando y con el deseo de que alguien emprendiese en algún momento la tarea de revisión y edición, incluyendo los nuevos hallazgos. Este aire nuevo al final llegó, lo cual hace presagiar que la epigrafía se encuentra nuevamente en marcha con publicaciones como *Hispania Epigraphica*, iniciada bajo la dirección de J. Mangas (1989)[79]. Esto nos hace pensar que los anteriores estudios de la década de los cincuenta, como el de A. D'Ors (1953)[80], tienen ya continuadores. En la actualidad, pasadas las dificultades anteriores de publicación y disponiendo de las ventajas informáticas, se está llevando a cabo la revisión y puesta al día de nuevos *corpora*, con ficheros actualizados de epígrafes y referencias bibliográficas para la Península Ibérica[81]. Al mismo tiempo, se siguen notificando en revistas especializadas los últimos hallazgos y aparecen otros trabajos de conjunto como el más reciente de Hernández Guerra, L. (2001)[82], para la provincia de Salamanca. Ahora bien, quisiera señalar que el epigrafista no es un simple instrumento técnico que transcribe lo que tiene. El epigrafista incorpora toda la carga de sus conocimientos, sus ideas, su pensamiento en el hecho cultural.

que estudia, lo que le convierte a su vez en un historiador. Me gustaría, referirme a los que transcriben la documentación de los archivos de Ebla, o a los que analizan los óstraca del ágora de Atenas, los que leen jeroglíficos en Egipto, o estudian la documentación que contienen los muros en Delfos, pero simplemente me referiré a la *tábula* aparecida en Bembibre (León) cuyo análisis de Alföldy, G. ha permitido conocer el nombre exacto de los *aiiobrigiaecini*[83], hasta entonces leídos como: *allobrigiaecini*.

5.2. Numismática

La numismática es otra de las fuentes directas y de primera mano que tenemos para el conocimiento y comprensión de la Historia Antigua. Al igual que la epigrafía requiere para su seguimiento y estudio una preparación adecuada con conocimientos técnicos suficientes pero sin embargo es una buena fuente de información que afecta a un gran período cronológico de la Historia Antigua.

La numismática fue otra de las ciencias que más interés ha despertado. Numerosos estudios se habían editado antes del siglo XIX, entre los que figuraban los españoles A. Agustín, Lastanosa, P. Flórez, Pérez Bayer, etc., como se puede observar en los dos volúmenes del Catálogo bibliográfico publicado por Heyne[84], sin embargo será a partir de mediados del siglo XIX cuando la edición de catálogos adquiera una verdadera importancia. Las obras de Cohen para las monedas romanas[85], la de Sabatier para la bizantina[86], el Catálogo de moneda griega del Museo Británico[87], la obra de Babelon de obligada consulta para la moneda de la República romana[88], o la de Heiss[89] y la de A. Delgado[90] para España fueron imprescindibles para los estudios historiográficos de la época. En ellas se reproducían los ejemplares que atesoraban los gabinetes o museos, quienes, por otro lado, procuraban constantemente incrementar sus colecciones.

A partir del siglo XX será cuando la ciencia numismática de un gran salto con la mejora de las catalogaciones. Así tenemos que la catalogación de las monedas de la República Romana no variará desde el siglo XIX hasta el trabajo de Crawford[91]. Para catalogar la moneda imperial romana aparecerá (de 1923 a 1962) la obra dirigida por Mattingly, H. y Carson, R. A. G., incompleta, de: *Coins of the Roman Empire in the British Museum* (VI volúmenes en VIII tomos desde Augusto a Pupieno). La obra de Cohen sobre la moneda imperial romana quedó muy anticuada con la publicación del *Roman Imperial Coinage* (X volúmenes en XIII tomos, desde 1923 a 1994). El taller de Lyon adquiría una visión muy completa con la serie publicada por P. Bastien. Recientemente han aparecido catalogaciones de colecciones, en las que se siguen completando las series y también mejoró mucho la catalogación de la moneda de bronce bajoimperial con la aparición de la obra de Carson, R. A. G., Hill, P. V. y Kent, J. P. C. (1960)[92], aunque comienza a estar anticuada.

Los progresos en la numismática peninsular han sido más espectaculares, desde que Gómez Moreno fijó la interpretación de los caracteres ibéricos, muchos han sido los logros de identificación de ciudades y fijación de cronología. Se han publicado varios manuales como el de Gil Farres, O. (1966)[93] y Villaronga, L.(1979)[94], así como otras obras generales y de catalogación. La investigación ha abordado otros terrenos más arduos como el de la metalografía, la producción de los talleres a partir del estudio de los cuños, la iconografía, propaganda, emblemática, la circulación monetaria, así como son frecuentes las presentaciones de hallazgos sueltos y de depósitos cerrados. Sobre cuestiones de método, se han hecho estudios de porcentajes y análisis de interpretación de los depósitos pertenecientes al Bajo Imperio localizados en nuestra Península[95]. También se han publicado monografías sobre cecas hispanas y clasificaciones cronológicas, etc. La numismática no ha estado cerrada a otras ciencias como la filología, arqueología, etc. y con esa intención se celebró una reunión internacional sobre *La moneda hispánica. Ciudad y territorio*[96]. En definitiva, la numismática es una ciencia a la que todavía le falta darnos muchas sorpresas y es fuente indispensable para la Historia Antigua.

5.3. Papirología

La Papirología comienza a llamar la atención con Winckelmann cuando se descubrieron los primeros papiros en Herculano durante el año 1752. La publicación de la primera serie de los XI *Herculanensia volumina* se realizaría entre 1793-1855. Luego vendría el primer papiro descubierto en Egipto en 1778 y los estudios de egiptología, gracias a la presencia de Napoleón allí quien contribuyó a aumentar el interés por la Papirología, con lo que se desató la carrera por la compra de papiros. Numerosas fueron las naciones que los compraron y fomentaron su estudio. De todos ellos podemos decir que el primer papirólogo sería el alemán U. Wilcken quien llevó a cabo la edición de la conocida colección de los Papiros de Berlín (1895-1937) en 10 vols., siendo el impulsor y director del *Archiv für Papyrusforschung*, desde 1900. Austria, Bélgica, Holanda, Italia y Estados Unidos se colocaron a la cabeza de estos estudios.

En lo que respecta a la ciencia de la papirología, es una especialización de la paleografía que se caracteriza por tener lo escrito en papiro y aunque no suelen aparecer con mucha frecuencia podemos afirmar que esta ciencia está en auge. Durante este último siglo han sido muy importantes los hallazgos y a veces también las penas con motivo de algún incendio. Es cierto que el hallazgo de los célebres manuscritos del Mar Muerto en Qumrám ha llevado a una carrera en búsqueda de nuevos descubrimientos para satisfacer los deseos de los coleccionistas y sobre todo a partir del conocimiento de nuevas técnicas para desenrollarlos. En España Alvaro D'Ors (1948)[97] participó en su día en el estudio de varios documentos del Egipto romano. Aunque lo intere-

sante es que, fruto de estas búsquedas y deseos, en 1994 se descubrió un papiro en manos de un coleccionista, probablemente procedía de un vertedero, que ha desatado grandes expectativas entre los investigadores de la Hispania Antigua. Mide 2,5 m de largo y contiene un mapa de la Hispania del siglo I a.C., dibujado en tinta negra sobre un antiguo papiro egipcio. Según los papirólogos sería una copia de una serie de trabajos geográficos perdidos hace tiempo y que fueron escritos a finales del siglo II a.C. por el geógrafo griego Artemidoros.

BIBLIOGRAFÍA

BARROS, C. (Editor) (1993): *Historia a debate. Actas del Congreso Internacional «A Historia a Debate»* (7-11 julio de 1993, Santiago de Compostela, 3 vols.

BARROS, C. (Editor) (2000): *Historia a Debate* (Actas del II Congreso Internacional, 14 al 18 de julio de 1999 en Santiago de Compostela) 3 vols.

BERMEJO, J.C. (1987): *El final de la Historia, Ensayos de Historia teórica*, Akal, Madrid.

BLÁZQUEZ, J.M.ª (1999): «La Historiografía sobre la Edad Antigua», VV.AA.: *Historia de la historiografía española*, Madrid,, págs. 15-66.

BRAVO, G. (1994): «La evolución de la Historia Antigua peninsular en el siglo XX. Ensayo historiográfico», *Estudios sobre Historia Antigua e Historiografía Moderna*, Univ. P.V., Vitoria, págs. 81-93.

BRAVO, G. (1985): «Hechos y teoría en Historia (Antigua): Cuestiones teóricas en torno a un modelo-patrón de investigación», *Gerión*, 3, Univ. Complutense, Madrid, págs. 19-41.

BURKE, P. (ed.) (1993): *Formas de hacer Historia*, Alianza Universidad, Madrid.

CARR, E.H. (1966): *¿Qué es la Historia?*, Seix Barral, Barcelona.

CHÂTELET, F. y MAIRET, G. (ed.) (1989): *Historia de las ideologías*, Akal/Universidad, Madrid.

NOIRIEL, G. (1997): *Sobre la crisis de la Historia*, Frónesis Cátedra, Univ. Valencia.

KECHEKIAN, S.F. y FEDKIN, G.I. (1959): *Historia de las ideas políticas desde la antigüedad hasta nuestros días*, Buenos Aires, 1959.

PETIT, P. (1969): *Guide de l'Etudiant en Histoire Ancienne*, PUF, París.

ROLDÁN HERVÁS, J.M. (1975): *Introducción a la Historia Antigua*, Madrid.

RUIZ TORRES, P. (ed.) (1993): *La Historiografía*, Ayer, Marcial Pons, Madrid.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1972): *Europa: Una conciencia histórica en la encrucijada*, Univ. de Valladolid, Valladolid.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.(1976): *Grandes interpretaciones de la Historia*, Eunsa, Pamplona.

TUÑÓN DE LARA, M. (1993): *Por qué la Historia*, Salvat, Barcelona.

VOGT, J. (1971): *El Concepto de la Historia de Ranke a Toynbee*, Guadarrama, Madrid.

NOTAS AL CAPÍTULO II.2

[1] Para GELZER «todas las periodizaciones y delimitaciones en el curso de la Historia Antigua Universal son sólo condicionales y, por ello, completamente voluntarias. La Historia misma en la que cada acontecimiento está en relación causal con el que le sigue, no hace ningún corte, es un continuo sucesivo». R.G. COLINGWOOD, afirma que «los libros de Historia comienzan y terminan, pero no los sucesos que los describen».

[2] REMESAL, J. (1988): «Historia Antigua. Estado actual de una disciplina», *Actas I Congreso Peninsular de Historia Antigua, III,* Santiago de Compostela, págs. 313-320.

[3] El término de Bajo imperio lo comenzó a utilizar LE BEAU (1758) en su obra *Histoire du Bas — Empire en commençant a Constantin Le Grand,* París.

[4] ROLDÁN, J.M. (1975): *Introducción a la Historia Antigua,* Madrid.

[5] El inicio de grandes colecciones fomentaron la realización de excavaciones arqueológicas para alimentarlas.

[6] RODRÍGUEZ, Rafael y Pedro (1766): *Historia literaria de España desde su primera población hasta nuestros días,* Madrid, (1769 2.ª edic. corregida)

[7] Es el caso de HUME, VOLTAIRE y otros.

[8] Destaca por esta actitud, con respecto a la historiografía tradicional, BEAUFORT, L. de (1738) por su obra *Dissertation sur les cinque prémières siècles de Rome,* La Haya. Kant, etc.

[9] VOLTAIRE argumentaba que la erudición había sido una aliada de la religión, por ayudarla a mantener la oscuridad durante los siglos anteriores.

[10] *History of the Decline and Fall of the Roman Empire,* 1766-1788. En español se editó en VIII tomos, Barcelona, 1842, y Turner la reeditó en facsímil, Madrid, 1984.

[11] El término «civilización» aparecerá en MIRABEAU (1756). En inglés en 1772, en oposición a *barbarity.*

[12] El inglés GROTE, G. (1846-1856) en su *History of Greece,* une a su rigor científico la pasión de un demócrata. En la historia de MOMMSEN (1854-1856), *Romische Geschichte,* se percibe un fiel reflejo de su época. Aunque otros como el suizo BURCKHARDT, J. (1852) en su obra *Konstantin der Grosse und seine Zeit* se ocupa fundamentalmente de los aspectos culturales y esteticistas (la edición española es de 1945, FCE).

[13] Su obra *Historia de los pueblos romanos y germánicos.* CARRERAS ARES, J. J. (1981): «El historicismo alemán», *Estudios sobre Historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara),* Madrid, vol. II, págs. 627-641.

[14] (1876): *Historia de Roma (Romische Geschichte),* 5 libros en IX vols. Madrid. Abarca únicamente la etapa de la República. Hay otra edición en castellano de 1960.

[15] La constante aparición de nuevas inscripciones ha hecho imposible concluir esta monumental obra con más de XVI volúmenes y algunos con suplementos. En la actualidad se encuentra, con la colaboración de distintas instituciones internacionales en proceso de revisión y reedición.

[16] RODRÍGUEZ DE BERLANGA, M. (1853): *Etudios sobre los dos bronces encontrados en Málaga a fines de octubre de 1851,* Málaga, así como la otra obra (1864): *Monu-*

mentos históricos del municipio Flavio Malacitano, Málaga, en la que recoge todas las inscripciones relacionadas con la ciudad.

[17] KOLDEWEY, R. (1914): *The excavations at Babylon*, MacMillan, Londres.

[18] DELAPORTE, L (1957): *Los hititas*, UTEHA, México.

[19] *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, Paris, (5 vols)

[20] *Manuel des antiquites romaines*, en 20 vols. Paris

[21] KUCZINSKI, J. (1972): *Breve historia de la Economía*, Madrid. En la que dedica un capítulo a «El tránsito de la comunidad primitiva a la esclavitud», o las obras de KAJDAN, A. (1966): *Historia de la Antigüedad. Oriente*, Grijalbo, México, y la de MISHULIN, A.V. (1965): *Historia de la Antigüedad*, Buenos Aires.

[22] UTTSCHENKO, S.L. (1957): «Classes et structure de classe dans la société esclavagiste», *État et classe dans l'antiquité esclavagiste. Structure-Évolution,.»Recherches Internationales à la lumière du marxisme»*, 2, París, mayo-junio, págs. 104 y ss.

[23] TOKAREV, S. (1856): «Origen y formas primitivas de la religión», *Problemas de filosofía*, n.° 8, (1961): *La religión de los diferentes pueblos en el pasado y el presente*, Moscú, o su más reciente (1979): *Historia de las religiones*, Akal, bolsillo, Madrid.

[24] STRUVE, V.V. (1964): *Historia de la Antigua Grecia*, Futuro, Buenos Aires, 1964, KOVALIOV, S.I.(1964): *Historia de Roma*, Futuro, Buenos Aires.

[25] Sobre el pensamiento marxista stalinista que se plantea en estas obras y su análisis se puede leer los trabajos de FATÁS CABEZA, G. (1974): *Sobre algunos manuales soviéticos de historia antigua*, Zaragoza, (1978): «Sobre una interpretación dogmático-marxista de la Historia Antigua», *Sistema*, 22, pág. 67 y nota 20, y (1977) en «Marxismo, Antigüedad y Matizaciones»(Enero, 1979), *Hispania Antiqva*, vol. VII, Valladolid, págs. 393-401, en respuesta a ORTIZ DE ZÁRATE, C. (1976): «Consideraciones en torno a ciertos aspectos de la historiografía marxista del mundo antiguo», *Hispania Antiqva*, vol. VI, Valladolid, págs. 347-353.

[26] FONTANA, J. (1982): *Historia. Análisis del pasado y proyección social*, Barcelona, pág. 148.

[27] DOSSE, F. (1988): *La historia en migajas. De «Annales» a «la Nueva historia»*, Valencia, págs. 15-56.

[28] En castellano sería traducida y publicada en los años veinte por la editorial Cervantes de Barcelona como: *La Evolución de la Humanidad. Síntesis Colectiva*. Más tarde, por los años cincuenta, se volvería a editar en México por la Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, UTEHA.

[29] *La síntesis en la Historia. Su relación con la síntesis general.*

[30] *Los problemas de la Historia. Los orígenes humanos. Las primeras civilizaciones. El milagro griego. La aurora de la Ciencia»*, y *—Roma y la civilización romana. La Economía antigua. Céltica, Germania y mundo romano, Irán, China e India. Pensamiento oriental y ciencia occidental.*

[31] JULIÁ, S. (1989): *Historia Social / Sociología histórica*, Madrid, 4.

[32] WEBER aplica el método de comprensión a los fenómenos sociales, produciendo el desencantamiento del mundo. Para él la Historia es un proceso de racionalización que sustituye a la magia por fría eficacia positivista. La racionalización es la que

da forma a la burocracia administrativa y gubernamental y produce la aparición del especialista profesional. Debido a la formación de este tipo de organizaciones, la vida se convierte en despersonalizada, mecánica y rutinaria. Es el que establece e investiga los principios epistemológicos de las ciencias sociales.

[33] SPENGLER, O. (1922): *La decadencia de Occidente*, en versión española de la segunda edición de 1922, aunque se inició en 1917, Espasa Calpe, Madrid.

[34] TOYNBEE, A.J. (1934-1954): *Estudio de la Historia*, 15 vols., Buenos Aires, 1958-1968.

[35] *Economic History Society* (1927).

[36] *Geschichte des Altertums* (en 5 vols.).

[37] Recogidos y traducidos al español en *El historiador y la historia antigua*, México, 1955 (Halle, 1910)

[38] BLOCH, M. (1952): *Introducción a la historia*, México, (Madrid, 1985).

[39] DOSSE, F. (1987): *op. cit.*

[40] Únicamente se encuentra traducida en versión completa al español la *Historia del Mundo Moderno*, por la editorial Sopena, 1970.

[41] ROSTOVTZEFF, M. (1937): *Historia social y económica del Imperio romano*, Espasa-Calpe, 2 vols. Madrid, y (1967): *Historia social y económica del Mundo Helenístico*, Espasa-Calpe, 2 vols., Madrid.

[42] FONTANA, J. (1985): «Ascenso y decadencia de la escuela de los Annales», AA.VV. *Hacia una nueva Historia*, Madrid, págs. 109-127.

[43] DOSSE (1988), *op. cit.*

[44] HALDANE, J.B.S. (1951): *Everything has a History*, Londres.

[45] COLLINGWOOD, R.G. (1946).: *Idea de la historia*, México, 1969.

[46] FONTANA, J. (1992): *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, pág. 33.

[47] VILAR, P. (1983): *Economía, Derecho, Historia*, Barcelona, págs. 58-78.

[48] Corriente dentro de la económica matemática que tiende a desarrollar modelos o teorías, en función de conceptos cuantitativos, destinados a ser objeto de comprobación estadística.

[49] VILAR, P.: «Histoire marxiste, histoire en construction. Essai de dialogue avec Althusser», *Annales*, 28, 1973, 165-188.

[50] HOBSBAWM, E.J. (1978): «The historian's group of the Communist Party», en M. CONFORTH, *Rebels and their causes. Essays in honor of A.L. Morton*, Londres, págs. 21-48, y KAYE, H.J. (1989): *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza.

[51] FUKUYAMA, F. (1992): *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona.

[52] JULIÁ, S.: «El historiador escéptico», en *Debates por una historia viva.*

[53] MORALES MOYA, A. (1992): «Historia y postmodernidad», *Ayer*, 6, págs. 22-34.

[54] SALOMON, J. (2002): *Peplum. El mundo antiguo en el cine*, ed. Alianza editorial, Madrid.

[55] Este interés ha favorecido la celebración en Santiago de Compostela de tres Congresos de *Historia a Debate*. BARROS, C. Editor (1993): *Historia a debate. Actas del Congreso Internacional «A Historia a Debate»* (7-11 julio de 1993, Santiago de Compostela, 3 vols.; BARROS, C. Editor (2000): *Historia a Debate* (Actas del II Congreso Internacional, 14 al 18 de julio de 1999 en Santiago de Compostela) 3 vols.; Y el *III Congreso Internacional Historia a Debate* que se celebrará el 12 de marzo de 2004.

[56] ARCE, J. y PLÁCIDO, D. (1990): «Tendencias actuales y perspectivas de investigación en Historia Antigua», *Tendencias en Historia*, (Encuentros en la Universidad «Menendez Pelayo» (UIMP), julio 1988) Madrid, pág. 21, dicen hablando de la escasez de la producción en Historia Antigua, que son una excepción: «los manuales, ya que de ellos existe una superabundancia, de todos los tipos y tamaños, repetitivos y sin originalidad alguna, que constituyen el negocio para la editorial, y en parte para el autor, y la indigestión para el estudiante».

[57] ALFÖLDY, G. (1983): «La Historia Antigua y la investigación del fenómeno histórico», *Gerión*, 1, págs. 39-61.

[58] AMANIEL, C. (S/F): *Encabezamientos de materias para bibliotecas*, Madrid.

[59] *Repertorio de Bibliografía Arqueológica Valenciana*, CSIC. Inst. de Arq. «Rodrigo Caro», Apartir de la serie de Trabajos Varios n.° 13, Valencia.

[60] PIÑÓN VARELA, F. Coordinación (1970 y ss.): *Repertorio de Arqueología Española*, más de trece vols., Madrid.

[61] MONTENEGRO DUQUE, A. et alii (1972-1973): *Suplemento bibliográfico. I y II Hispania romana, Hispania Antiqvae, Rev. De Historia Antigua*, II, Col. Univ. Álava, Vitoria, y el III por CRESPO ORTIZ DE ZÁRATE, S. y SAGREDO SAN EUSTAQUIO, L. (1976), desde el Dpto. de H.ª Antigua de la Univ. de Valladolid.

[62] FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, J. (1994): *Historia de la Bibliografía en España*, Compañía Literaria, Madrid.

[63] PELLETIER, A.(1982): *L'urbanisme Romain sous l'Empire*, Picard, París.

[64] RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (1995): *Sociedad amor y poesía en la Grecia antigua*, Alianza Editorial, Madrid.

[65] GARRIDO GONZÁLEZ, E. editor (1987): *La mujer en el mundo antiguo*, Madrid, Univ. Autónoma. Se han editado también obras como la dirigida por G. DUBY y M. PERROT (1991): *Historia de las mujeres en Occidente*, en 5 tomos, Edit. Taurus, Alfaguara, Madrid. El tomo 1.° lo dedica la Antigüedad.

[66] Como ejemplo el realizado por MUÑIZ COELLO, J. (1982): *El sistema fiscal en la España romana (República y Alto Imperio)*, Pórtico, Zaragoza.

[67] GARRIDO GONZÁLEZ, E. (1987): *Los gobernadores provinciales en el Occidente bajo-imperial*, Univ. Autónoma, Madrid.

[68] MARROU, H.I. (1985): *Historia de la Educación en la Antigüedad*, Madrid, que cumple al mismo tiempo la función de manual como el de BOWEN, J. (1985): *Historia de la educación occidental. Tomo 1. El mundo antiguo 2000 a.C.-1054 d.C. Oriente próximo y Mediterráneo,* trad. Esp. Barcelona.

[69] VV.AA. (1989): *Esclavos y semilibres en la Antigüedad clásica*, (Coloquio n.° 15 del G.I.R.E.A.), Univ. Complutense.

[70] ALFÖLDY, G.(1975): «La sociedad romana: problemas y posibilidades de su definición», *PLAV* XI, págs. 407-426 y el de (1987): *Historia social de Roma*, Alianza Editorial, Madrid (1984).

[71] BAJO, F. y BETRÁN, J.L. (1998): *Breve historia de la infancia*, Temas de Hoy Historia, Madrid.

[72] MORALES MOYA, A.(1992): «Historia y postmodernidad», *Ayer*, 6, págs, 22-34.

[73] Como ejemplo el de ROLDÁN HERVÁS, J.M. (1975): *Itineraria Hispana. Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica*, Univs. Valladolid-Granada, Madrid.

[74] GARCÍA Y BELLIDO, A.(1970): «Nacimiento de la Legio VII Gemina», *Legio VII Gemina*, León, págs. 321-328.

[75] GRANT, M. (1971): *Julio César*, Bruguera, Barcelona, (1969).

[76] NONY, D. (1990): *Calígula*, Clío, (1986).

[77] BROWN, P. (1969): *Biografía de Agustín de Hipona*, Rev. De Occidente, Madrid, (Londres, 1967).

[78] VIVES, J. (1971): *Inscripciones latinas de la España romana*, 2 vols. CSIC, Barcelona.

[79] MANGAS, J., dirección (1989): *Hispania Epigraphica*, donde figuran más de IV vols. M.C. Direc.Gral. B.A., Madrid.

[80] D'ORS, A. (1953): *Epigrafía jurídica de la España romana*, CSIC, Madrid, y entre otros DIEGO SANTOS, F. (1959): *Epigrafía romana de Asturias*, Inst. Est. Ast. Oviedo.

[81] El Centro CIL II de la Universidad de Alcalá, (Península Ibérica) Colegio de San Ildefonso, Plaza de San Diego, s/n 28801 Alcalá de Henares.

[82] HERNÁNDEZ GUERRA, L. (2001): *Epigrfía de época romana de la Provincia de Salamanca*, Univ. Valladolid, Valladolid.

[83] ALFÖLDY, G.(en prensa): «El nuevo edicto de Augusto de El Bierzo en Hispania» (Reunión monográfica tenida en el Museo de León para tratar sobre el mencionado hallazgo).

[84] HEYNE, Chr.G. (1801): *I.G.Lipsi Bibliotheca numariafive Catalogus auctorum quiusquae ad finem seculi XVIII de re monetaria aut numis scripserunt*, 2 vols. Lipsiae.

[85] COHEN, H. (1857): *Description historique des monnaies de la république romaine communément appelées médailles consulaires*, París; y la *Description historique des monnaies frappées sous l'empire Romain*, 8 vols. París, 1880-1892 han servido de gran utilidad para las clasificaciones de monedas romanas hasta mediados del siglo XX.

[86] SABATIER, S.J. (1862): *Description Générale des Monaies Byzantines*, 2 vols..

[87] *A Catalogue of the Greek Coins in the British Museum*, 29 vols. Londres, 1873-1927.

[88] BABELON, E. (1885-1886): *Description historique et chronologique des monnaies de la république romaine*, 2 vols. París.

[89] HEISS, A. (1870): *Description générale des monnaies antiques de l'Espagne*, París.

[90] DELGADO, A. (1871-1876): *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*, Sevilla, 4 vols. uno de láminas.

[91] CRAWFORD, M. H. (1974): *Roman Republican Coinage*, 2 vols. Londres.

[92] CARSON, R. A. G.; HILL, P. V. y KENT, J. P. C. (1960): *Late Roman Bronze Coinage. A.D. 324-498*, Londres (Reimpreso 1978).

[93] GIL FARRES, O. (1966): *La moneda hispánica en la Edad Antigua*, Madrid.

[94] VILLARONGA, L. (1979).: *Numismática Antigua de Hispania*, Barcelona.

[95] ABAD VARELA, M. (1989): «Algunas cuestiones sobre las tesaurizaciones durante el siglo IV d. C. en Hispania», *VII C.N.N.* Madrid, págs. 235-252.

[96] GARCÍA-BELLIDO, M.ª P. y Sobral Centeno, R.M. (1995) (eds.): *La moneda hispánica. Giudad y territorio, Anejos AEspA* 15, Madrid.

[97] D'ORS, A. (1948): *Introducción al estudio de los documentos del Egipto romano*, CSIC, Madrid.

II.3
HISTORIA MEDIEVAL

José-Luis Martín

INTRODUCCIÓN

Aunque la Historiografía, entendida como la ciencia que permite elaborar el conocimiento histórico y trasmitirlo[1], no se confunde con la Filosofía de la Historia, no han perdido actualidad, en este sentido, las palabras de Henri Irénée Marrou cuando afirmaba que la elaboración histórica ha respondido siempre a las concepciones filosóficas en boga y que sería fácil mostrar cómo la ciencia histórica es un reflejo de la historia del pensamiento occidental y «cómo se hallan, sosteniendo la inspiración, animando el trabajo [de cada uno de los historiadores] una u otra de las grandes tendencias que han animado la cultura occidental: racionalismo ilustrado, idealismo romántico, empirismo liberal... hasta el marxismo en sus diversas formas»[2], cuyas huellas pueden verse en la llamada historia *Positivista*, en la que debe su origen a *l'École des Annales*, en la Historia *Marxista,* en el *Cuantitativismo,* en la Historia de las *Mentalidades...*[3]

Teorías como las citadas tienden a explicar la Historia general de la Humanidad, todos los procesos a lo largo de todos los tiempos, pero las sociedades humanas son excesivamente complejas y viven y se mueven en un tiempo concreto, y para mejor conocerlas se ha llegado a la división de la Historia en períodos y a estudiar en cada época aspectos diversos (economía, organización social, religiosidad...) cuya interrelación permitirá explicar los procesos históricos de cada época y encuadrarlos en el marco de la Historiografía general por lo que difícilmente podrá hablarse de corrientes historiográficas de época antigua, medieval, moderna o contemporánea.

En las páginas que siguen intentaré presentar lo que llamamos Edad Media[4] para, en una segunda parte, volver sobre las corrientes historiográficas del siglo XX y analizar hasta qué punto están presentes en los estudios medievales de carácter general y en algunos trabajos concretos de especial interés. Dedicaré, por último, algunas páginas a hablar de las pervivencias de la Edad Media y, de paso, a romper el tópico de la Edad Media como época oscura e ignorante que todo el mundo desprecia y todos utilizan al servicio de sus ideas.

1. EL PERÍODO HISTÓRICO MEDIEVAL

El afán humano de conocer y comprender la Historia ha encontrado una muralla en la complejidad de los hechos históricos, tanto en el sentido temporal como en el espacial, y se ha pretendido salvar esta dificultad mediante divisiones y parcelaciones que facilitaran su comprensión. Este fragmentar la Historia, en el tiempo y en el espacio, ha tenido lugar en todas las épocas y en todos los espacios culturales, con criterios muy diversos. Para nuestro mundo, heredero más o menos inmediato del grecorromano y judío, la división espacial no ha sido necesaria: los historiadores han ignorado hasta tiempos recientes cualquier grupo que no perteneciera a su mundo, al occidental, y para la época presente, la extensión de la técnica y de la civilización de Occidente ha logrado que exista una cierta unidad entre todas las partes de la tierra por lo que no cabe establecer divisiones espaciales. La atención de los historiadores se ha dirigido a dividir la Historia en épocas o períodos cronológicos, atribuyendo a cada uno de ellos unas características comunes que definen el período, lo diferencian de los restantes y plantean problemas concretos.

Para el mundo occidental, que desde muchos puntos de vista, se confunde con la Cristiandad, sobre todo en la Edad Media, la división de la Historia en períodos temporales tiene una de sus manifestaciones en el libro del profeta Daniel, intérprete de los sueños de Nabucodonosor y soñador-visionario él mismo de cuatro bestias que surgen del mar y representan, como las cuatro partes de la estatua soñada por el rey, los imperios Asirio, Persa, Macedonio y Sirio que serán destruidos para dar paso al imperio del Mesías representado en el sueño real por la piedra que destruyó la estatua y se convirtió en «una gran montaña, que llenó toda la tierra», imperio que «no será destruido jamás y que no pasará a poder de otro pueblo; destruirá y desmenuzará a todos estos reinos, mas él permanecerá por siempre..., no acabará nunca... nunca desaparecerá» y que muchos, sin negar su vinculación al Mesías, identifican con el último de los grandes imperios, el de Roma.

La visión de Daniel se sitúa durante la Edad Media en un contexto mucho más amplio que incluye la Historia del pueblo judío, antes y después de las visiones proféticas, y la Historia de otros pueblos, Roma y Grecia sobre todo. Se hacen eco de esta división, entre otros muchos, las *Etimologías* o la *Crónica* de Isidoro de Sevilla[5] que citan entre sus fuentes a Julio el Africano, Eusebio de Cesarea o San Jerónimo y al que siguen, por ejemplo, el obispo Lucas de Tuy o el rey Alfonso X en el siglo XIII. Para ellos la historia se divide en seis períodos o edades: la primera se extiende desde la creación del hombre hasta el Diluvio Universal, la segunda llega hasta Abraham y durante este período surgen los reinos de los escitas, egipcios y asirios, y Zoroastro inventa la magia; entre Abraham y David se sitúa la tercera edad en la que se inventan la astrología, la escritura, las fábulas o la música y en

la que se cree vivió Homero; se inicia la cuarta edad con el reinado de David y finaliza con la ocupación de Judea por Nabucodonosor, época en la que se fundan Cartago y Roma, en la que profetiza Daniel y filosofa Tales de Mileto; llega la quinta edad hasta el nacimiento de Cristo y durante estos años se dan a conocer Sófocles y Eurípides, Demóstenes y Aristóteles, surge y desaparece el imperio macedónico, Roma ocupa Grecia, Siria, Egipto y Judea y Julio César se corona Emperador de Roma. Con el nacimiento de Cristo se inicia la sexta y última etapa de la humanidad que se confunde con la Historia de Roma, de sus emperadores y de los pueblos bárbaros que entraron en las tierras imperiales. «Cuanto tiempo resta de esta edad, sólo Dios lo sabe», escribe Isidoro de Sevilla en el año décimo del rey visigodo Recesvinto, 696 de la era hispánica, 658 de la era cristiana.

La pervivencia del Imperio Romano —imperio carolingio primero, germánico más tarde y coexistiendo con ambos el imperio bizantino— permitió seguir encuadrando en la última de las edades del mundo cuanto sucedía y había de suceder desde la aparición de Cristo en la tierra hasta los años finales del período que hemos llamado Edad Media.

Otras muchas divisiones de la Historia pueden verse en los tiempos medievales, pero he llamado la atención sobre la historia isidoriana porque recuerda, incluso en sus fuentes, el doble origen del mundo medieval, heredero al mismo tiempo del mundo judío y del mundo clásico greco-romano.

> En seis días creó Dios todas las criaturas del mundo... El sexto día fue creado Adán que vivió 930 años [y con él comienza la primera edad del mundo]. *Adán engendró a Set a la edad de doscientos treinta años... cuando Noé tenía seiscientos años tuvo lugar el Diluvio...* En la segunda edad... *Sem, dos años después del Diluvio, engendró a Arfaxad... Teraj a los setenta años engendró a Abraham.* La tercera edad se extiende *desde Abraham hasta David...*; en la cuarta edad... *David reinó cuarenta años... Sedequías reinó durante once años*; se inicia la quinta edad con los *setenta años de cautividad de los hebreos bajo los reyes de Babilonia* y finaliza con el *nacimiento de Cristo el año cuadragésimo segundo del emperador Augusto, año décimo tercero del reinado de Herodes, con el mundo en paz; año setecientos cincuenta y dos de la fundación de Roma... Los años de esta sexta edad se cuentan por los años de la encarnación de Cristo... hasta el fin del mundo* (LUCAS DE TUY, *Hispaniae illustratae seu urbium rerumque hispanicarum academiarum, bibliothecarum, clarorum denique in omni disciplinarum genere Scriptorum Auctores varii Chronologi, Historici,* t. IIII, Francfort 1608).

Al desaparecer el Imperio Romano con la caída de Constantinopla (1453) desaparece también la ficción de las cinco edades de Daniel o de las seis de Isidoro, y, por otra parte, el conocimiento y la admiración de los humanistas por el Imperio Romano les inspiró la idea de que entre su época y la romana —notables ambas por su nivel cultural— se había desarrollado una época intermedia despreciable y bárbara, la *media tempestas*, la edad de las tinieblas. Este concepto, limitado al campo literario, no halló plasmación oficial hasta 1688, año en el que Cristóbal Keller fijó por primera vez los límites de

la Edad Antigua, de la Medieval y de la Moderna en su *Historia Medii Aevi a temporibus Constantini Magni ad Constantinopolim a Turcis captam*, historia del tiempo que media entre Constantino el Grande y la ocupación de Constantinopla por los turcos: antes de Constantino estamos hablando de Historia Antigua, la conquista de Constantinopla por los turcos nos sitúa en la Historia Moderna, y entre ambas épocas se coloca la Historia Medieval.

En la actualidad, por razones académicas de tipo práctico, no porque haya ruptura entre las distintas partes, el esquema Edad Antigua-Media-Moderna —al que se añadió en el siglo XIX la Edad Contemporánea, de la que se desgaja en los últimos planes de estudio el Mundo Actual— es admitido por todos los historiadores aunque no se ha logrado unanimidad en la fijación de los límites cronológicos de cada una de estas partes de la Historia.

1.1. Los límites de la Edad Media Occidental

El estudio de la Edad Media, del período situado entre los siglos IV-XV de la era cristiana, puede extenderse a los pueblos africanos y a las comunidades americanas y asiáticas, pero el concepto de Edad Media no es meramente temporal, no es aplicable a la historia de la humanidad en un período determinado sino sólo a aquella parte de la historia que transcurre en un ámbito geográfico concreto, el que antes ocupó el Imperio Romano y el que ocupan, durante los siglos citados, los pueblos que están en estrecho contacto con los herederos de Roma: germanos, hunos, árabes, eslavos, turcos, tártaros...

Antes hemos señalado que la periodificación consiste en dividir la Historia en épocas de forma que cada una de ellas tenga uniformidad, posea unas características comunes para todo el ámbito geográfico que abarca. Como ocurre en toda labor histórica, estas características comunes dependen del concepto de la Historia que posea quien intenta la periodificación y del campo de trabajo en que se ocupe: el historiador de los hechos políticos verá en un determinado período unas características que pasarán desapercibidas al historiador de la religión y que no dirán nada al estudioso de la economía o de cualquier otro campo del saber histórico, y tanto más perfecta será una periodificación cuantos más elementos del quehacer humano tenga en cuenta.

Keller centraba la Historia alrededor del Imperio Romano y, en consecuencia, fijó el límite inicial de la Edad Media en la división del Imperio por Constantino, y el punto final en la conquista de Constantinopla por los turcos: los límites de la Edad Media coinciden con la existencia del Imperio Bizantino. La historia política posterior a Keller aceptó el tope final de la Edad Media pero no así el inicial que situó en las invasiones germánicas, en la creación de los reinos germánicos de los que saldrán la mayoría de las naciones europeas actuales. Para estos historiadores, la división del Imperio carecía de significado y veían, en cambio, en las invasiones un motivo de ruptura con el mundo Antiguo y una reafirmación de su propia personalidad.

Un detenido estudio de la época de las invasiones y la búsqueda de hechos que unieran y no dividieran a los países europeos llevó a historiadores alemanes, franceses e ingleses a negar la ruptura entre el mundo Antiguo y el posterior a las invasiones y a rechazar la teoría catastrofista, surgida y desarrollada tras la guerra franco-prusiana de 1870; la entrada de los germanos en el mundo romano dejará de ser una catástrofe que inicie un mundo nuevo, existe continuidad entre la civilización romana de los siglos III-IV y la occidental de los siglos V-VI, lo que no impedirá hacer comenzar la Edad Media con las invasiones, porque con ellas se inicia la historia de las naciones europeas.

La teoría catastrofista, de la que ahora no serían responsables los germanos sino los árabes, será renovada por el historiador belga Henri Pirenne en una obra ya clásica, *Mahoma y Carlomagno*[6]. Pirenne fija el comienzo de la Edad Media a fines del siglo VII y señala como causa fundamental la expansión árabe por el Mediterráneo: cuando los árabes ocupan el Norte de África, se rompe la unidad económica entre los países del Imperio, desaparece el tráfico marítimo y con él el oro amonedado, el papiro, las telas preciosas y las especias orientales. En realidad, esta teoría no es sino una consecuencia del auge logrado por la historia económica: los predecesores de Pirenne buscaron el comienzo de la Edad Media en razones políticas y culturales, Pirenne se basa en las realidades económicas.

> Los reinos bárbaros fundados en el siglo V en el suelo de la Europa occidental habían conservado el carácter más patente y esencial de la civilización antigua: su carácter mediterráneo... Fue precisa la brusca irrupción del Islam en la historia, durante el siglo VII, y su conquista de las costas orientales, meridionales y occidentales del gran lago europeo, para colocar a éste en una situación completamente nueva, cuyas consecuencias debían influir en todo el curso ulterior de la historia. En lo sucesivo, en vez de seguir siendo el vínculo milenario que había sido hasta entonces entre el Oriente y el Occidente, el Mediterráneo se convirtió en barrera... A partir del principio del siglo VIII, el comercio europeo está condenado a desaparecer... El movimiento económico, desde entonces, se orienta hacia Bagdad. En estas costas [mediterráneas], que antaño correspondían unas con otras en la comunidad de las mismas costumbres, necesidades e ideas, se afrontan ahora dos civilizaciones o, mejor dicho, dos mundos extraños y hostiles, el de la Cruz y el de la Media Luna. El equilibrio económico de la Antigüedad, que había resistido a las invasiones germánicas, se derrumba ante la invasión del Islam... (Henri PIRENNE, *Historia económica y social de la Edad Media*, Méjico 1969, pp. 9-10)

La tesis de Pirenne ha sido aceptada, criticada y defendida de las críticas en numerosas ocasiones, pero tanto los que están de acuerdo como quienes niegan valor a sus teorías aceptan su descripción de Europa en el siglo VIII: enrarecimiento del comercio, desaparición de los artesanos y mercaderes y de las ciudades —centros de producción, consumo y comercialización—, huida de la población ciudadana al campo que, a su vez, se repliega sobre sí mismo y apenas produce lo que necesitan sus cultivadores para sobrevivir: si no

hay objetos que comprar ni personas capaces de pagar los productos del campo, ¿para qué producir más de lo necesario? La exactitud de la descripción del historiador belga mantiene en pie el problema de cuándo comienzan a darse estas circunstancias que son, en definitiva, las que establecen la diferencia entre la Antigüedad y el Medievo.

El problema de los orígenes de la Edad Media depende pues de la contestación que demos a la pregunta de si la situación descrita por Pirenne es prolongación de otra existente en la Antigüedad o si, por el contrario, nos hallamos ante una ruptura, ante un corte total con el mundo Antiguo. A esta pregunta han respondido, entre otros muchos, los historiadores reunidos en 1961 en la «Settimana di Studio» de Spoleto: historiadores de la política y del pensamiento político, del derecho, del arte, de la economía, de la vida social y religiosa, de la lengua, de la cultura literaria y de la escritura se reunieron en un intento de aclarar si realmente hubo cambios, y si los hubo cómo, en qué medida y bajo el estímulo de qué fuerzas se produjeron. Las conclusiones pueden verse en el resumen-discurso final de Ottorino Bertolini con el que podemos aceptar que existe una continuidad, con variantes, entre el mundo Antiguo y el Medieval tanto en el aspecto de la espiritualidad cristiana como en el del arte, la escritura, el derecho, la economía y la sociedad. No hay ruptura entre la Antigüedad y la Edad Media, y las características que señala Pirenne para la sociedad del siglo VIII se dan ya en el Bajo Imperio aunque atenuadas, adquieren mayor intensidad con la invasión germánica y son perfectamente visibles en el siglo VIII.

La existencia de una continuidad entre ambos mundos, la negación de rupturas tajantes en cualquier período de la Historia —puede aplicarse lo dicho para el comienzo de la Edad Media al paso de la Historia Medieval a la Moderna y de ésta a la Contemporánea—, hace imposible fijar en un momento concreto los límites inicial y final de los períodos históricos por lo que se acepta que los comienzos y finales de épocas históricas no son un punto sino franjas de transición, de cruce, y de acuerdo con esta teoría podemos fijar el comienzo de la Edad Media en el siglo VIII, cuando estas características aparecen perfectamente dibujadas, pero teniendo en cuenta que desde el siglo IV la sociedad está claramente orientada hacia la época medieval. El nombre que se dé a este período de transición es indiferente —Post Antigüedad, Primera Edad Media, Muy Alta Edad Media, Tardía Antigüedad...—, pero hay que tenerlo en cuenta a la hora de estudiar la Edad Media.

Los mismos problemas que se plantean para fijar el comienzo de la época medieval se nos presentan al tratar de señalar su final. Tampoco aquí podemos hablar de un corte o ruptura entre el Medievo y la Modernidad, e igualmente tenemos que recurrir a crear un período intermedio.

Generalmente se admitió el año 1453, que marca la desaparición del Imperio Bizantino, como final de la Edad Media, pero esta fecha ha sufrido numerosas variantes: para los historiadores de la política el medievo termina

cuando se constituye el estado nacional con las características que tendrá en la Edad Moderna; los historiadores de la economía fijarán este final en el resurgir del gran comercio; los estudiosos de la literatura no admitirán la Edad Media después de la publicación de las obras de Dante; los de la religión hablarán de tiempos modernos en el momento en que la cristiandad entra en crisis... y estas características se dan en un período que abarca los siglos XIV y XV, que formarían la franja intermedia entre la Edad Media y la Época Moderna, sin que falten quienes hagan llegar este período intermedio hasta el siglo XVI, hasta la división de Europa entre Catolicismo y Protestantismo, hasta el afianzamiento de las actividades económicas entre Europa y América. Los límites son más imprecisos aún si aplicamos el punto de vista marxista, si hacemos coincidir la Edad Media con el Feudalismo, situado entre el Esclavismo y el Capitalismo comercial.

1.2. La Edad Media hispana

Los períodos señalados para la historia europea son perfectamente válidos y aplicables a la situación peninsular. Durante mucho tiempo se situó el comienzo de la Edad Media en el año 409, primeras invasiones germánicas, y su final en 1469, año en el que, a través del matrimonio de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, se lograría la unión de las coronas de Castilla y de Aragón. En época posterior, las ideas de Pirenne han llevado a situar el comienzo de la edad Media en los primeros años del siglo VIII, aunque por razones políticas: para Pirenne, historiador de la economía occidental, la ocupación del Mediterráneo por los musulmanes era importante en cuanto que de ella derivaba la ruralización de Europa; para los historiadores hispanos, la llegada de los musulmanes en el año 711 interesa sobre todo porque con ella se inicia un enfrentamiento religioso-político entre cristianos y musulmanes que finalizará con la derrota de los últimos en 1492, fecha en la que terminaría la Edad Media hispana. Mientras Pirenne supera el esquema político-nacionalista, la historiografía española lo refuerza no sólo por identificar la Edad Media con la *Reconquista*, entendida como la recuperación por Castilla de las tierras ocupadas en el año 711 por los musulmanes, sino también porque en 1492, fecha final de la Edad Media, se logró la unidad religiosa mediante la expulsión de los judíos.

Desde el punto de vista económico es menos defendible la validez de las fechas propuestas: la invasión musulmana fue catastrófica para la economía hispana pero sólo si adoptamos un punto de visto cristianocentrista e incluso en este caso conviene recordar que el proceso de abandono de las ciudades y la subsiguiente ruralización se inicia antes y por las mismas causas que en el resto de Europa; y si de la Hispania cristiana pasamos a la musulmana es innegable que las ciudades y el comercio alcanzaron en al-Andalus una importancia superior a la de época romana y sólo superada en tiempos modernos.

Junto al cristianocentrismo ha caracterizado a la historiografía española un fuerte castellano-centrismo que ha llevado por ejemplo a destacar en 1492 el descubrimiento por Castilla de América, la ocupación de Granada por tropas castellanas y la expulsión de los judíos por los Reyes Católicos, acontecimientos fundamentales desde el punto de vista económico, político y religioso pero que no tuvieron la misma importancia para Castilla que para Aragón y Navarra y, mucho menos, para Portugal, cuya «reconquista» finaliza en el siglo XIII y cuyo comercio adquiere dimensión intercontinental desde mediados del siglo XV gracias a la ocupación de diversas plazas en el Atlántico africano y a la explotación de sus riquezas: oro, esclavos y especias fundamentalmente.

Puede afirmarse, por tanto, que las fechas inicial y final de la Edad Media han sido elegidas en función de dos ideas clave: los valores religiosos y la unidad política española realizada desde Castilla cuyos intereses y cuya historia se han identificado en muchos casos, para bien y para mal, con los de España. A partir de estas ideas se ha producido una sobrevaloración de la historia cristiana con relación a la musulmana y una exaltación de los valores castellanos y de los hechos que, a juicio de los historiadores, condujeron a la unidad española, rechazada o combatida en los últimos tiempos con argumentos que se remontan a la Edad Media e incluso a épocas prehistóricas. El factor político-nacionalista sigue siendo para muchos la clave de la historia de una España unida o separada olvidando que, desde una perspectiva actual, una visión de la Edad Media española no puede mantenerse en los estrechos límites de la historia política —ni en los de la historia religiosa— y que es preciso conocer la sociedad, la economía, las mentalidades, las conexiones entre ellas y con los hechos políticos, religiosos y culturales para situar la historia medieval hispana en el contexto europeo sin olvidar la estrecha relación que Hispania mantiene con el Islam durante la Edad Media.

> El 11 de noviembre de la era 749 los árabes, dominada la tierra junto con el reino, mataron a los más por la espada, y a los restantes se los ganaron atrayéndolos con un tratado de paz (...) Un cierto Pelayo, que había sido espatario de los reyes Vitiza y Rodrigo, agobiado por la dominación de los ismaelitas se metió en Asturias (...) Los sarracenos dejaron de perseguirlo y él, dirigiéndose a las tierras montañosas, reunió a cuantos halló que iban a concejo, y subió a un gran monte cuyo nombre es Auseva, y se refugió en el costado del monte, en una caverna que sabía muy segura (...) Cuando el rey [musulmán] lo oyó (...) ordenó que saliera de toda España una hueste innumerable (...); a cierto Oppa, obispo de la sede toledana, hijo del rey Viutiza, por cuya alevosía se perdieron los godos, le ordenó ir a Asturias (...) Y el ya dicho obispo Oppa, subiéndose a una altura ante la Covadonga, habla a Pelayo... A esto respondió Pelayo: 'Cristo es nuestra esperanza de que por este pequeño monte que tú ves se restaure la salvación de España y el ejército de los godos...» (Juan GIL FERNÁNDEZ, José L. MORALEJO, Juan I. RUIZ DE LA PEÑA, *Crónicas Asturianas*, Oviedo 1985, pp. 200-204).

La unidad de Hispania, bajo la dirección de los sucesores de Pelayo (astures-leoneses-castellanos), son repetidas por los cronistas medievales y llegan hasta los tiempos modernos como puede verse en el siguiente texto de 1897:

> La España visigoda no sucumbió tan completa y miserablemente que del todo quedase a merced del vencedor. No había entrado en los designios de la Divina Providencia que el pueblo español pereciese ni se desnaturalizase, sino que purificado de sus errores y vicios con el castigo y la desgracia, se levantase algún día con nueva vida y mayor poderío... Los naturales de nuestra Península... arrostraron animosamente aquella prueba, pues mientras los menos en número y más afortunados luchaban por su independencia en las ásperas comarcas del Norte, los más de ellos... se sometieron al yugo sarracénico...
>
> Los primeros españoles (si tal nombre merecen) que entraron en tratos y avenencia con los infieles, fueron los Príncipes de la familia de Witiza. A estos patricios traidores debemos considerar como los fundadores y jefes del partido favorable a los invasores que se formó en nuestro país a consecuencia de la conquista, como ha ocurrido siempre en casos semejantes; parcialidad formada por gente sin fe, sin lealtad y sin patriotismo, atenta únicamente a su particular ganancia y medro, como los afrancesados de nuestro siglo...» (Francisco Javier SIMONET, *Historia de los mozárabes de España, tomo I, Los virreyes (años 711 a 756)*, Madrid 1983, p. 39)

1.3. Características de la Edad Media

Podríamos caracterizar este largo período de la Historia como el que posee unas estructuras económicas que tienden no al lucro como fin principal sino a lograr la subsistencia; la situación demográfica está caracterizada por una fuerte natalidad compensada por una no menor mortalidad motivada por las pestes y el hambre: nos encontramos ante amplias fluctuaciones relacionadas directamente con el resultado de las cosechas que, a su vez, dependen de la mediocridad de las técnicas agrícolas. El débil rendimiento del trabajo agrario lleva aneja la neta preponderancia de la actividad agrícola como único medio de subvenir a las necesidades de la población puesto que el mercado y la circulación monetaria son de escaso alcance.

A estas estructuras económicas corresponde una sociedad desigual en la que los beneficios sólo en una mínima parte se reinvierten: los ricos los emplean en gastos de prestigio que sólo de manera indirecta y escasa revierten sobre la masa de la población campesina sometida a los propietarios de la tierra para garantizar su seguridad; las clases medias, poco importantes, imitan a ricos y poderosos y destinan sus beneficios a gastos de exhibición para ponerse socialmente a la altura de los poderosos; la instrucción está limitada a algunos grupos privilegiados, y estas condiciones favorecen la aparición de regímenes políticos autoritarios, cuyo autoritarismo está limitado por la estrechez del dominio en el que ejercen su acción y por la debilidad de sus medios así como por el respeto a la costumbre y a las concepciones religiosas dominantes.

En esta sociedad adquieren gran importancia los lazos de fidelidad personal y las concesiones de tierra, fuente casi única de riqueza, contra la prestación de servicios casi siempre de tipo militar[7]. La cohesión y organización social se fundamentan y fortalecen mediante la difusión de teorías que consideran a la sociedad dividida en tres órdenes: el de quienes la defienden en el plano material (guerreros o bellatores) o espiritual (oratores o clérigos) y la de quienes trabajan para el sostenimiento de todos (laboratores o campesinos)[8].

La sociedad medieval es una sociedad en movimiento en la que por razones internas y externas se producen continuos cambios que no permiten hablar de una sola Edad Media, y se ha llegado a subdividirla en períodos o etapas que conocemos con los nombres de *Transición de la Antigüedad a la Edad Media* (siglos V-VIII); *Alta Edad Media* (siglos VIII-XI); *Plena Edad Media* (siglos XI-XIII) y *Baja Edad Media* o transición de la Edad Media a la Época moderna (siglos XIII-XV), sobre cuyas características no es posible detenerse en una obra de esta naturaleza.

1.4. La Edad Media vista por los hombres medievales

El medievalista está obligado, como cualquier otro historiador, a conocer las corrientes historiográficas de los tiempos actuales y a saber cómo han afectado a la época que estudia las visiones de las grandes escuelas del momento en el que vive, pero no puede olvidar la visión que de su tiempo tienen los hombres medievales ni las interpretaciones que de la Edad Media se han dado a lo largo de los tiempos, y aunque de una y otras se habla en la parte general de esta obra conviene volver sobre algunos aspectos.

Los hombres del Occidente cristiano medieval se consideran, con San Agustín, incluidos en la última edad de la Historia que coincide con el Imperio de Roma, pero el agustinismo[9] no es la única aportación medieval a la historiografía, enriquecida con las aportaciones de Ibn Jaldún[10], no menos importantes aunque apenas fueron conocidas hasta el siglo XIX. Ibn Jaldún, nacido en Túnez —1332— y muerto en El Cairo —1406—, tras recordar el interés que por la historia sienten letrados e ignorantes insiste en que el historiador ha de examinar y verificar los hechos, investigar atentamente las causas que los han producido, tener un conocimiento profundo de la naturaleza de los acontecimientos y de sus causas para que su estudio pueda incluirse en el campo de las ciencias[11].

De los seis libros que forman la *Introducción*, interesa sobre todo el primero, que trata de la finalidad de la historia: darnos a conocer «el estado social del hombre en su dimensión humana, o sea la urbanización y civilización del mundo, y de darnos a entender los fenómenos concomitantes naturalmente a su índole tales como la vida salvaje, la humanización, la coligación agnaticia, las diversas formas de supremacía que los pueblos logran

unos sobre otros y que originan los imperios y las dinastías, las distinciones de rangos, las actividades que adoptan los hombres y a las que dedican sus esfuerzos, tales como los oficios para subsistir, las profesiones lucrativas, las ciencias, las artes; en fin, todo el devenir y todas las mutaciones que la naturaleza de las cosas pueda operar en el carácter de la sociedad».

Por su lugar de residencia, Ibn Jaldún conoce bien la historia de los nómadas norteafricanos —beréberes— y sus relaciones con los sedentarios de las ciudades situadas a orillas del Mediterráneo y a ellos dedica los libros segundo, tercero y cuarto[12]. Estudia en el quinto los medios de subsistencia en el interior de estas sociedades, desde el trabajo al servicio de un amo hasta la búsqueda de tesoros pasando por la lisonja y el halago a los grandes, la agricultura y el comercio..., y está dedicado el sexto y último libro a las ciencias y la enseñanza, desde el Corán y las tradiciones o el derecho hasta la astronomía, lógica, física, medicina, magia, alquimia, astrología, lingüística, poesía... sin que falten capítulos sobre lo beneficioso que son para el estudiante «los viajes emprendidos con el fin de acrecentar los conocimientos y tomar cursos bajo profesores de otros países» o en los que recuerda que «de todos los hombres, los sabios son los que menos entienden en la administración política y sus procedimientos»

Los sabios tienen por costumbre aplicar su intelecto a elevadas especulaciones, ahondarse en el abismo de la reflexión en busca de ideas abstractas, recoger las ideas que ofrecen los objetos sensibles, y despojarlas en el entendimiento a fin de reducirlas a universalidades comunes a todos los individuos del mismo género y tener el medio de alcanzar sobre esos individuos un juicio que sea aplicable a todos... En cambio, aquel que dirige el gobierno de un Estado está obligado a prestar su atención a las cosas externas, a observar con cuidado las circunstancias que se relacionan con ellas y las que pudieran sobrevenirles... Quizá estas cosas no presenten ningún rango que permitiera asimilarlas a otras, y se muestren rebeldes al principio general que se pretendiera aplicarles... Los sabios están habituados a generalizar sus juicios y fundar sus opiniones en las analogías que existen entre las cosas; por eso, cuando se ocupan en la administración política, vierten sus ideas en el mismo molde que sirve a sus especulaciones... De ahí resulta que incurran en errores con mucha frecuencia y que inspiren poca confianza en su dirección. Podríamos decir otro tanto de aquellos hombres que en las sociedades civilizadas, se distinguen por su fineza y su inteligencia; penetran tanto en sus especulaciones que, al igual que los sabios se dejan arrastrar por la vivacidad de su espíritu al grado de basar sus juicios en las analogías y las semejanzas. Por consiguiente, se equivocan como aquéllos. No ocurre lo mismo con el hombre común, de naturaleza sana y vivacidad mediana: su facultad reflexiva, al ser escasa y no habituada a abordar las abstracciones, se limita a enfocar cada materia desde su punto de vista ordinario y a apreciar cada cosa o cada individuo según su carácter particular... (Pp. 1006-1007)[13].

Ibn Jaldún es consciente de que está creando una ciencia nueva que, aunque relacionada con la Retórica y con la Ciencia de la Administración, no puede confundirse con ellas, no puede reducirse al empleo de «discursos persuasivos, propios para inducir a las multitudes a una opinión, o en contra de ella» (Retórica), ni confundirse con la narración del «gobierno de una familia o de una ciudad, conforme a las exigencias de la moral y la prudencia, a efecto de encauzar al pueblo por una senda que conduzca a la conservación y perduración de la especie».

La Historia, hoy hablaríamos de «historia total», se ocupa de cuanto acontece al género humano en su estado social y debe tratar cuanto distingue al hombre de los demás seres vivos: las ciencias y las artes, producto del pensamiento; la necesidad de un poder capaz de imponer el orden; la lucha por la subsistencia y el trabajo; la convivencia en tiendas o en poblados; y el estado social que comprende la vida nómada que se desarrolla en los desiertos y sus proximidades, y la vida sedentaria en ciudades, poblaciones, aldeas y caseríos.

El musulmán como el judío o el cristiano —véase lo dicho sobre el agustinismo y recuérdense las profecías y visiones de Daniel— está convencido de la presencia constante de Dios en su vida personal y social, y todos recuerdan, a propósito del establecimiento de la autoridad, que ésta no puede existir

> «...sino en virtud de una ley emanada de Dios, y conferida a un individuo de la especie humana... y que el hombre así distinguido tiene el derecho de exigir de todos los demás la sumisión y la fe a su palabra, a efecto de que la autoridad que él debe ejercer sobre ellos no encuentre oposición ni impostura».

Ibn Jaldún, como buen musulmán, acepta este principio en las sociedades que «poseen los libros revelados», pero atenúa su importancia al recordar que en las sociedades paganas, que son mayoría, existe este principio de autoridad sin que para nada intervengan los profetas.

Ibn Jaldún divide la sociedad entre nómadas y sedentarios, caracterizados los primeros por la solidaridad existente en el grupo y por la resistencia y energía física de sus miembros a los que puede definirse como esforzados, sencillos y rudos; los sedentarios tienen una mayor complejidad económica y social y se caracterizan por la delicadeza de costumbres que los hacen acomodaticios y débiles, tanto más cuanto mayores son sus riquezas. La solidaridad nómada da fuerza al grupo y lleva a sus jefes a imponerse a los sedentarios, a crear un nuevo reino sobre las ruinas del anterior, y a adaptarse y adoptar las formas de vida sedentaria en la que pierde fuerza o desaparece la solidaridad de grupo. En la ciudad aumenta la presión fiscal, crece la industria, el lujo forma parte de la vida social así como la especulación con la que se inicia la decadencia del grupo: para poner fin a los problemas, el poder político restringe el crédito e intenta controlar y dirigir la economía, aumentan desconsideradamente los impuestos y con ellos el descontento popular y la disgregación social, las diferencias y enfrentamientos entre las masas y las

oligarquías. En estas condiciones el Estado cae fácilmente ante los ataques del grupo nómada dotado de solidaridad interna, que inicia una vez más el ciclo descrito: sedentarización, pérdida de solidaridad...

Podría pensarse que Ibn Jaldún concibe la historia como una sucesión de ciclos cerrados que se repiten una y otra vez con el mismo ritmo e idénticas consecuencias, pero hablando sobre los errores de los estudiosos de la historia los acusa de ignorar, de no tener en cuenta los cambios que la variación de los tiempos realiza en el estado de las naciones y de los pueblos. El cambio es importante y evita la repetición de los ciclos, aunque muchos de estos cambios sean tan lentos que se tarda en verlos años o siglos: el estado de los pueblos es «un devenir constante, una serie de vicisitudes que perdura a través de la sucesión de los tiempos, una transición continua de un estado a otro»; la historia es movimiento, transición constante, hecho que olvidan los malos historiadores a los que acabe achacar otros defectos: parcialidad, adhesión a ciertas opiniones o doctrinas; confianza, no comprobada, en la fuente trasmisora y en los historiadores que de ella se hacen eco; no tener en cuenta los objetivos perseguidos por los actores e ignorar la relación entre los sucesos y las circunstancias concomitantes; el halago al poder establecido, la ignorancia de «la naturaleza del desarrollo social y sus circunstancias concomitantes» y la aceptación de leyendas absurdas que narran hechos de imposible realización[14].

Todavía hoy, sirven las teorías de Ibn Jaldún para explicar las relaciones entre nómadas y sedentarios en Arabia y en el Norte de África, para explicar los orígenes del Islam y la sucesión de imperios en el Norte de África entre los siglos X y XIII.

1.4.1. Manifestaciones del agustinismo

Las teorías elaboradas por Agustín de Hipona, detalladamente expuestas en la primera parte de esta obra, tienen su presentación histórica en los siete libros *Historiarum adversus paganos* de Orosio quien. no sólo admite el gobierno providencial de Dios sobre la vida de la Humanidad sino que, al decir de uno de sus estudiosos, ve en las cosas más dispares y alejadas entre sí una correspondencia ordenada por una divinidad que no deja al azar ningún detalle. Su historia es el relato de una serie de culpas y castigos, «de méritos y premios, en que los hechos más aparentemente fortuitos hallan su explicación». Se explica de este modo que un «romano» como él, nacido en Tarragona o en Braga, acepte, en cuanto enviados por Dios, los males y desgracias provocados por las invasiones germánicas.

Quizá, una de las maneras más completas de expresar el concepto providencialista de la Historia la encontremos en la llamada *Crónica Profética* en la que se «explica», mediante una de las profecías de Ezequiel, la entrada de los musulmanes en la Península y se «anuncia» o profetiza su expulsión una vez cumplido el objetivo asignado por Dios:

> Que los sarracenos iban a poseer la tierra de los godos, lo encontramos ya en el libro (...) del profeta Ezequiel (...): Entrarás en la tierra de Gog con pie fácil, y abatirás a Gog con tu espada y pondrás el pie en su cerviz, y los harás tus siervos tributarios. Sin embargo, puesto que abandonaste al Señor tu Dios, también yo te abandonaré y te llevaré de un lado a otro, y te entregaré en manos de Gog.

La explicación por el cronista del texto profético y su traslado al mundo visigodo no deja lugar a dudas sobre el concepto de Historia aprendido de San Agustín y de sus discípulos:

> Gog es ciertamente el pueblo de los godos (...) y lo que dice el profeta a Ismael: «Entrarás en la tierra de Gog con pie fácil (...)» ya se ha cumplido pues Gog designa a España bajo el dominio de los godos, en la que por los delitos de la gente goda entraron los ismaelitas y los abatieron con la espada y los hicieron sus tributarios (...) Y lo que el mismo profeta dice otra vez a Ismael: «Puesto que has abandonado al Señor, también yo te abandonaré y te entregaré en manos de Gog, y te dará tu pago (...) Cristo es nuestra esperanza de que cumplidos en tiempo próximo 270 años desde que entraron en España, los enemigos sean reducidos a la nada y la paz de Cristo sea devuelta a la Santa Iglesia...»[15]

Partiendo de las ideas de San Agustín, el historiador atribuye a Dios el proceso histórico, justifica los éxitos y fracasos por la intervención divina y da credibilidad a narraciones legendarias o milagrosas como la serie de prodigios que anunciaron durante tres años la proximidad de la muerte de Carlomagno, según su biógrafo Eginhardo:

> Durante tres años consecutivos, los últimos de su vida, hubo frecuentes eclipses de sol y de luna y a lo largo de siete días se vio en el sol una mancha negra de color negro. El pórtico, una construcción inmensa que había hecho levantar entre la basílica y el palacio, súbitamente se hundió hasta los cimientos el día de la Ascensión del Señor. Además, el puento sobre el Rin que hizo construir cerca de Maguncia... se incendió accidentalmente... a esto vinieron a sumarse los temblores que frecuentemente sacudieron el palacio de Aquisgrán y los continuos chasquidos de artesonados que se oían en las estancias que Carlos ocupaba. Además, la basílica en la que después le enterraron fue alcanzada por un rayo... En esta misma basílica... había una inscripción en letras rojas que indicaba el nombre del fundador del templo y en cuya última línea se leía: KAROLVS PRINCEPS. Algunos observaron que el mismo año en que murió, unos pocos meses antes, las letras de la palabra PRINCEPS estaban tan borrosas que apenas se podían leer.

La muerte de reyes hispanos como Alfonso VI de León es anunciada por las piedras de la iglesia de San Isidoro que manan agua, símbolo de las lágrimas que habría de verter el reino tras la muerte del monarca[16], y, en los años finales del siglo XV, el cronista Alonso de Palencia, se hace eco de los prodigios hechos públicos por Dios para demostrar su oposición a Enrique IV y, consiguientemente, su apoyo a Alfonso y a su hermana Isabel la Católica:

> Creo oportuno referir también que en este año de 1458... aconteció un prodigio en el palacio del rey en la ciudad de Segovia. Fue que en altas horas de

la noche los huéspedes, satélites y camareros aterrorizados oyeron por los aires alaridos y lúgubres lamentos de espíritus, viendo al mismo tiempo horribles fantasmas; el rey se estremecía en medio del espanto y terror, cuando de pronto se oyó un estrépito más horroroso acompañado de gran vocerío que hizo caer por tierra a todos. A la mañana siguiente, cuando la luz dio aliento a los corazones y el imperio de las sombras se disipó, todos vieron una profunda grieta atravesando por medio del palacio de la cúspide a los cimientos hasta llegar a los abismos —horrible vorágine que no presentaba ningún indicio natural de terremoto, sino sólo presagios de futuras calamidades. Por tanto Tordesillas, hermano del camarero Juan de Tordesillas, y Portocarrero huyeron al día siguiente al monasterio de Nuestra Señora de la Peña de Francia en la diócesis de Salamanca, advertidos por tan horribles visiones y terrores que debían escaparse de aquella compañía criminal para siempre...[17]

Imperio e Iglesia

El control de la Ciudad Terrenal —el Imperio, el poder civil— por la Ciudad Eterna —la Iglesia— encuentra numerosas dificultades en el terreno práctico, y Occidente ve durante siglos cómo se enfrentan Pontificado e Imperio, empeñado el primero en que se le reconozca la primacía, e interesado el segundo en que se respete su autonomía en el campo civil. No es posible resumir en pocas líneas el agustinismo político de los siglos XI-XII ni los conflictos Iglesia-Imperio de los tiempos finales de la Edad Media por lo que nos limitaremos a recordar que la Iglesia incluye entre los herejes a cuantos niegan su primacía: unos alegan prioridad en el tiempo de reyes y emperadores —los defensores de la Iglesia afirman que ésta comienza con Adán—; declaran otros que reyes y emperadores son la Iglesia o, al menos, su cabeza, olvidando que Cristo y el Papa su representante son realmente la cabeza de la Iglesia o que «entre la dignidad de los pontífices y el poder de los reyes hay tanta diferencia como entre el oro y el plomo..., el sol y la luna..., el espíritu y la carne» por lo que emperadores, reyes y príncipes pueden ser excomulgados por los obispos o por el papa y deben a éstos obediencia.

Afirman otros herejes que puede haber auténtica jurisdicción fuera de la Iglesia, lo que es falso porque no puede ser bueno lo que se hace sin Dios y sin su Iglesia; reivindica así Roma su jurisdicción y poder sobre infieles y herejes al tiempo que recuerda a los dirigentes católicos que su predecesor, Constantino, depositó las insignias reales y la espada en manos del papa Silvestre en prueba de que el poder político no era legítimo hasta ser recibido de la Iglesia, lo que ésta traslada a los emperadores del siglo XIII: nadie es emperador si no recibe la Corona de la Iglesia; el poder no viene de los electores o del pueblo sino del Papa. Consecuencia lógica de estos planteamientos es la consideración de los clérigos como un grupo aparte cuyos miembros sólo pueden ser juzgados por clérigos, nunca por condes, reyes o emperadores a los que Roma acusará una y otra vez de no respetar el fuero eclesiástico, motivo más

que suficiente para dictar la excomunión, amenazar con la sustitución de los recalcitrantes y, en algún caso concreto —Sancho II de Portugal— llegar a la privación efectiva del reino...[18].

Las ideas de Agustín de Hipona conservan parte de su fuerza hasta los tiempos modernos, pero se ven afectadas por el valor creciente que los filósofos dan a la razón, es decir por la pérdida de la exclusividad de la Teología a medida que Averroes en el campo musulmán, Maimónides en el judío y, tras ellos, filósofos como Santo Tomás entre los cristianos aceptan las teorías aristotélicas: a la verdad se puede acceder a través de la fe y, también, mediante la razón; la Historia, sin abandonar enteramente el campo de la Teología pasa a convertirse en la parte de la filosofía que aspira a entender el sentido universal de los hechos humanos; el avance de la razón no impedirá, sin embargo, que siga considerándose durante siglos que la Providencia planea sobre los hechos humanos para corregir los excesos en los que pueda caer el hombre sirviéndose de la libertad que le otorga el uso de la razón.

Por otro lado, el universalismo del Imperio y de la Iglesia pierden fuerza en los siglos XIV y XV debido a los enfrentamientos entre ambos poderes, a la pérdida de prestigio de un Imperio en manos de los electores y a la división de la Iglesia entre Roma y Aviñón así como a la fuerza adquirida por el concilio frente al poder pontificio, y los hombres de estos siglos, en Italia sobre todo, comienzan a pensar que su tiempo es un tiempo nuevo, separado de los tiempos gloriosos por la *media tempestas*, la *media aetas*, el *medium tempus*, lo que no impedirá que en las tierras del Imperio alemán siga hablándose de una historia en la que el Sacro Romano Imperio tiene el papel universal atribuido a Roma.., al menos hasta la implantación del Protestantismo en el siglo XVI.

La Reforma no se opone en principio a las ideas de Agustín de Hipona, pero al propugnar la vuelta al cristianismo primitivo, que los reformadores consideran alterado por los pontífices, acentúa la visión de la Edad Media como un período oscuro o, en el mejor de los casos, como un paréntesis entre los tiempos de Cristo y los actuales, exactamente igual que, desde otros planteamientos, han hecho los humanistas. Por otro lado, la oposición a Roma lleva a los historiadores a dar preferencia al poder civil sobre el eclesiástico, a justificar el derecho de Carlomagno o de los emperadores germanos a nombrar obispos y pontífices, convocar concilios y vigilar —puesto que su poder viene de Dios y no del papa—, por la pureza de la doctrina, por el mantenimiento de la disciplina eclesiástica. La Reforma toma claramente partido por el poder civil frente al eclesiástico romano y al hacerlo termina rompiendo la unidad medieval: no es el papa quien elige al emperador sino los electores, los *proceres Germaniae*, lo que equivale a negar el carácter universal del Imperio, reducido a Germania y a las zonas de Italia conquistadas militarmente, y a admitir y apoyar la existencia de iglesias nacionales frente al universalismo o catolicismo de Roma, defendido por el Derecho Canónico y la Escolástica de los que son propagadores franciscanos y dominicos, según puede verse en la

reelaboración y continuación de la *Crónica de Carión* llevada a cabo por Gaspar Peucer, yerno de Melanchton[19].

1.4.2. La Historia en la Edad Media

La Historia ni se enseña ni se aprende, en la Edad Media, como disciplina científica independiente sino tan sólo como auxiliar de la Gramática y de la Retórica; como señalan Carmen Orcástegui y Esteban Sarasa cuando en el estudio del *trivium* se dan reglas de conducta y ejemplos a imitar «era natural buscar en el pasado —es decir, en los libros de Historia— ejemplos reales, pero únicamente como ilustración»[20], finalidad de los escritos históricos, aceptada y confesada por cronistas como Otón de Freising, Orderico Vital o, entre los hispanos, Pedro López de Ayala para quien la Historia es maestra de la vida, narración del pasado para información de la posteridad:

> Los sabios antiguos fallaron ciertas letras e artes de escrebir, porque las sciencias e grandes fechos (...) fuesen escriptos e guardados para los omes los saber e *tomar dende buenos exemplos para facer bien e se guardar de mal* (...) E por ende fue después usado e mandado (...) que fuesen fechos libros, que son llamados crónicas e estorias (...) porque los que después dellos viniesen, leyéndolas, *tomasen mejor e mayor esfuerzo de fazer bien e de se guardar de facer mal*»[21].

La historia es una disciplina auxiliar y la profesión de historiador no existe: escriben Historia, como actividad secundaria, monjes y clérigos al servicio de la comunidad, del rey o de familias nobiliarias, o personajes civiles que ocupan cargos en la corte real o señorial y escriben, en la mayoría de los casos, para ensalzar o por encargo de sus protectores: en alabanza de Carlomagno o de su hijo Luis el Piadoso escriben, respectivamente, el abad y cortesano Eginhardo y el monje Ermoldo el Negro[22]; por orden de Berenguela «Hispaniarum reginae» escribe Lucas de Tuy la historia de los reyes de España para que aprendan los príncipes a gobernar los reinos que les están sometidos[23], y a su señor Fernando, por la gracia de Dios rey de Castilla y Toledo, dedica la «Historia de los hechos de España» Rodrigo Jiménez de Rada quien confiesa haber recibido el encargo real de narrar «lo que viniese a mi memoria de las antigüedades de España y también de lo que acaeció en los tiempos antiguos y modernos»[24]. En el siglo XV los reyes incluirán entre sus oficiales a los cronistas

> Cuyo oficio es de evangelista y conviene que esté en persona que tema a Dios porque ha de tratar en cosas muy importantes y débelas decir, no tanto arrimándose a la elocuencia y ornamento retórico cuanto a la puridad y valor de las palabras, pues que son memorias que han de durar más que los reyes y vida del príncipe al que sirven, pues es notorio que, además del que lleva el salario de tal oficio, no faltarán otros muchos que escriban sin ese interés[25]

La publicación en fechas recientes de la obra antes mencionada de Carmen Orcástegui y Esteban Sarasa, nos exime de estudiar los anales, crónicas e historias escritas en la Edad Media, pero conviene al menos mencionar o

recordar con los autores citados algunas de las obras más significativas como el *Adversus paganos* de Paulo Orosio, que narra la Historia de la humanidad desde la Creación hasta el año 417 y servirá de base a las obras de Próspero de Aquitania, Gregorio de Tours, Isidoro de Sevilla, Beda el Venerable o Paulo Diácono, que enlazan la historia universal con la de los nuevos pueblos asentados en tierras del Imperio.

La historia universal tendrá cultivadores a lo largo de toda la Edad Media pero, lógicamente, predomina la historia de los pueblos surgidos tras la desaparición del Imperio Romano, de sus reyes, sus obispos o sus monasterios. Se trata siempre de obras escritas en latín por clérigos que cuentan con el apoyo del círculo de Carlomagno en el Imperio o, en Inglaterra, con el estímulo del rey Alfredo de Wessex, al que se debe la *Cronica anglo-sajona*, escrita en inglés y enviada a todos los monasterios ingleses en muchos de los cuales se encuentran continuadores que prolongan la crónica, cuya versión original finaliza el año 891, hasta el siglo XII. En la Península Ibérica, en el círculo próximo al rey astur Alfonso III se escriben crónicas —la *Profética* entre otras— que, en los años finales del siglo IX, intentan relacionar a los reyes astures con la monarquía visigoda.

Durante el siglo X y los primeros años del XI destacan, junto a los Anales en los que se ensalza el Sacro Imperio Romano Germánico, y al lado de las crónicas laudatorias de reyes o emperadores, los relatos del embajador de Otón I, Liutprando, premiado por su señor con el obispado de Cremona; los relatos de sus embajadas a Bizancio en el 949 y 968 (*Antopodosis* y *Relatio de legatione constantinopolitana*) dan a conocer en Europa el mundo bizantino y sus relaciones con el imperio alemán; a la princesa Matilde, hija de Otón, dedica el monje Widukind de Corvey las laudatorias *Gestas de los Sajones* que llegan hasta el momento de la muerte de Otón el año 973 y por los mismos años —comienzos del siglo XI— Aimon escribe en la abadía de Fleury la primera *Historia de los Francos*.

En el siglo XI, sigue pensándose en una Historia Universal o de la Cristiandad, pero tras breves páginas se centran los cronistas en la historia que mejor conocen: Borgoña, en el caso de Raúl Glaber, Périgord, Limousin y Aquitania en el de Ademar de Chabannes. Sigue cultivándose el género biográfico y comienza a tenerse en cuenta a los escolares que pueblan los estudios de las principales ciudades europeas; de ellos y para ellos escribe Hugo de San Víctor una *Crónica* universal en la que aconseja a la Iglesia que anime a las nuevas instituciones, a las escuelas, para cuyos alumnos ha escrito el *Didascalicon*, enciclopedia del saber medieval.

Las hazañas de los normandos, establecidos en suelo franco y llegados en fecha temprana al Sur de Italia y a Inglaterra están narradas en numerosas obras dedicadas a los primeros duques o a Guillermo, conquistador de Inglaterra; normando y «universalista» es Orderico Vital que escribe en la primera mitad del siglo XII la *Historia Eclesiastica*: de los trece libros que la compo-

nen, los dos primeros son una crónica universal desde la Encarnación de Cristo hasta la época del autor; «los libros III al V cuentan las expediciones normandas a Italia e Inglaterra y el libro VI lo dedica exclusivamente a su abadía [Saint-Evroul]. El resto constituye una historia de Francia y de la cristiandad en general desde el año 751 hasta 1141[26]».

En Alemania combina la historia de los emperadores con la universal Otón de Freising, representante fiel del agustinismo —titula su obra *Chronicon* o *Historia de las Dos Ciudades*— que considera a Federico I «el símbolo de la voluntad divina y de la nueva vitalidad del Imperio en estrecha colaboración con el Papado», pero en líneas generales predominan las biografías de los emperadores en las que tiene un papel importante la pugna entre el Pontificado y el Imperio, según puede verse en obras como *De bello saxonico* de Bruno de Magdeburgo —los sajones se aliaron al papa Gregorio VII contra el emperador— o en el *Liber ad amicum* en el que Bonizo, hombre del papa en Lombardía, narra las calamidades que afligen a la Iglesia.

En Inglaterra, la historia, promovida por los reyes normandos, tiene sus mejores representantes en Eadmer (*Historia Novorum in Anglia*) en la que se mezclan la vida pública de San Anselmo de Canterbury, las relaciones entre la Iglesia y el Estado y los tiempos coetáneos al autor, muerto en 1124. Unos años posterior es Guillermo de Malmesbury, autor de las *Gestas de los Reyes Ingleses*, y de la *Historia Nueva*, fuentes básicas para la historia inglesa desde la llegada de los sajones hasta mediados del siglo XII; es autor igualmente de una *Historia de los obispos* de Inglaterra desde la conversión hasta 1125.

Las crónicas del astur Alfonso III tienen su continuador en la *Crónica* escrita por Sampiro, obispo de Astorga entre 1035 y 1041, que lleva su relato hasta el año 999. Menos esquemáticas y más modernas en su concepción, abiertas a personajes distintos de los miembros de la realeza y a acoger noticias procedentes de la cultura popular, romances sobre todo, son las crónicas posteriores: *Silense* —llega hasta 1065—, *Najerense* —termina en 1109— así como los relatos que tienen por protagonista al rey Alfonso VII (*Crónica Adephonsi Imperatoris*), al obispo Diego Gelmírez (*Historia Compostelana*) o a Rodrigo Díaz (*Historia Roderici*). Anales y cronicones proliferan en todos los reinos peninsulares y merecen especial atención el *Chronicon* que narra la historia aragonesa desde la conquista musulmana hasta Ramiro II el Monje (1137), y las *Gesta comitum Barcinonensium* escritas en el monasterio de Ripoll a partir de 1162.

Los relatos cristianos tienen su contrapartida en las crónicas musulmanas peninsulares, de las que sólo recordaremos, para los tiempos iniciales, el nombre de Ahmed b. Mohammed al-Arrasi (*El moro Rasis* de los relatos cristianos) cuyo texto fue traducido del árabe al portugués y de éste al castellano, e incorporado en la *Crónica de 1344*. Del siglo XI parece ser el *Ajbar Machmúa* (Colección de tradiciones) que cubren los dos primeros siglos de dominio musulmán. Para el período de los reyes de taifas, la obra fundamental es la

del cordobés Ibn Hayyan, autor de *al-Muqtabis* (Libro del que desee conocer la historia de España) y *al-Matin* (Lo sólido) obras sólo en parte conservadas y básicas para el conocimiento de la historia hispano-musulmana del siglo XI; el rey de Granada, Abd Allah es autor de una autobiografía publicada en castellano con el título de *El siglo XI en 1.ª persona. Las «memorias» de Abd Allah, último rey zirí de Granada, destronado por los almorávides (1090)*[27]. Marroquí parece haber sido Ibn Idari, autor a mediados del siglo XIII, de *al-Bayan al-Mugrib...* (Exposición curiosa relativa al resumen de las noticias de los reyes de al-Andalus y del Magreb) que recoge diversas noticias sobre la historia de al-Andalus en época almorávide y almohade, es decir en los siglos XI-XIII[28].

Las Cruzadas fueron objeto, lógicamente, de numerosos relatos que, de alguna forma, rompen con los modelos anteriores: narran «acontecimientos no determinados por la cronología de las «siete edades», por la épica nacional ni por la biografía ejemplar de un monarca, de un santo obispo o de un abad benemérito. Se trata más bien de una historiografía que, a pesar del tono religioso que adquieren sus relatos... comprende, en realidad, un tema político y seglar. A pesar de la identificación del ideal de Cruzada con el de Cristiandad... los expedicionarios a Oriente no dejaron de ser, por ello, hombres ambiciosos en busca de tierras, riquezas y títulos más allá de los límites de la Europa cristiana... En definitiva, pues, la historiografía de las Cruzadas supuso un aire innovador que liberó... de los modelos antiguos y preparó el camino hacia la gran renovación de los escritos históricos en el siglo XIII»[29].

El punto de vista occidental sobre las Cruzadas está reflejado en las *Gesta Dei per Francos* del normando Guiberto de Nogent, originariamente, un diario escrito por uno de los seguidores de Bohemundo de Tarento en el que, con el tiempo, se insertaron leyendas, acuerdos y tratados; la conquista-peregrinación a Jerusalén tiene sus cronistas en Raimundo de Aguilers, *Historia francorum qui ceperunt Iherusalem*, y Fulquer de Chartres, *Gesta francorum Iherusalem peregrinantium*. Para los períodos posteriores, la obra básica es la de Guillermo de Tiro, franco nacido en Siria, que narra la historia del reino latino de Jerusalén (*Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*) hasta la segunda mitad del siglo XII. Hablar de las Cruzadas requiere conocer los puntos de vista de bizantinos y musulmanes, plasmados, respectivamente, en obras como la *Alexiada* escrita por Anna Commeno poco después de 1140, y en la *Chronikê diêgêsis*, de Nicetas Choniata testigo de la cuarta cruzada. Entre los autores musulmanes cabe citar al ya mencionado Ibn al-Atir (1160-1233) que dedica a las Cruzadas los volúmenes X-XIII de *al-kamel Fit-Tarij*[30].

A partir del siglo XIII, la historia se «humaniza» en el sentido de que se aleja cada vez más de la especulación teológica: las Cruzadas quedan, en muchos casos, como referencia que permite situar la historia de determinados linajes caballerescos (*El hada Melusina*, origen de los Lusignan; *el Caballero del Cisne*, predecesor caballeresco y legendario del primer rey de Jerusalén, Godofredo de Bouillon...); la Historia ha sido monárquica y eclesiástica

y seguirá siéndolo a partir del siglo XIII, pero frente a la historia de los territorios feudales predomina la historia de las naciones que están formándose en estos tiempos, y «en cuanto al orden social, el predominio de la vida urbana desarrollará una 'cultura burguesa' que pronto exigirá su propia historiografía, dando lugar a las 'crónicas urbanas' tan numerosas en los siglos bajomedievales». Como ejemplo de crónicas urbanas o historia de las ciudades puede verse la *Crónica de Florencia* escrita por los hermanos Giovanni y Mateo Villani y continuada por Filippo Villani:

> «...no es sólo una historia de una de las ciudades más importantes de Europa en la Baja Edad Media, sino que constituye sobre todo la historia de sus gentes, sus diferencias, sus negocios y de las grandes familias que dominaban política y socialmente la ciudad»[31].

La Historia de París en la primera mitad del siglo XV puede seguirse a través del *Journal d'un bourgeois de Paris*, que, como indica uno de sus editores, «es uno de los textos más extraordinarios que la Edad Media nos ha trasmitido. No es un diario ni su autor es un burgués pero el objetivo es París»[32].

Por otro lado, se acentúa la parcialidad de la Historia, de los historiadores, que utilizan sus conocimientos como arma política en las luchas de la época, como puede comprobar quien se acerque a las Crónicas de Enrique IV de Castilla escritas, desde planteamientos políticos opuestos, por Alfonso de Palencia y Diego Enríquez del Castillo[33], a pesar de que unos años antes el obispo de Cuenca Lope Barrientos propusiera, frente a la antigua, una nueva historia más creíble y mejor documentada[34].

Aunque sigue utilizándose el latín[35] comienzan a predominar las crónicas escritas en las lenguas nacionales, como puede ser la *Primera Crónica General* de Alfonso X en Castilla o el *Llibre dels feyts* de Jaime I de Aragón a las que sucederán, entre otras muchas, en Castilla las *Crónicas* escritas por Pedro López de Ayala, o las redactadas en Cataluña por Bernat Desclot, Ramón Muntaner y el rey Pedro el Ceremonioso, en Navarra por Carlos de Viana o en Portugal por Fernando Lopes (*Crónicas de Pedro I, Fernando I y Juan I*) o Gomes Eanes de Zurara (*Crónica da tomada de Ceuta* y *Crónica do descubrimiento e conquista de Guiné*).

En Francia la historia está dominada por los nombres de Geoffroy de Villehardouin, responsable y cronista de la cuarta cruzada que acabó en la *Conquista de Constantinopla*; Jean de Joinville es el autor de una *Historia de San Luis*, al que acompañó en la cruzada contra Egipto en 1248; Jean Froissart es el gran historiador del siglo XIV: sus *Crónicas* son imprescindibles para conocer la Guerra de los Cien Años desde 1325 a 1400. Cierran esta lista las *Memorias* de Philippe de Commines[36] que concibe la historia como un *espejo de príncipes*, género con cultivadores tan conocidos como Juan de Salisbury (*Policraticus*), Santo Tomás de Aquino (*De regno ad Regem Cipri*), Egidio Colona (*De regimine principum*) o, en Castilla, Juan Gil de Zamora (*De preconiis Hispanie*), Álvaro Pais (*Speculum Regum*); en Aragón Francesc Eiximenis (*Dotzè del Crestià*)... En

el siglo XV se escriben nuevos Espejos de Príncipes y obras que, sin ser espejos, ayudan a fijar la imagen del rey justo: el Marqués de Santillana escribe contra los malos dirigentes, personalizados en Álvaro de Luna, el *Doctrinal de Privados,* y para la educación de Enrique IV los *Proverbios morales;* el *Vergel de Príncipes* de Rodrigo de Arévalo está dedicado a Enrique IV; Diego de Valera dirige a Fernando el Católico su *Doctrinal de Príncipes* y, en verso, escribe para Isabel y Fernando un *Regimiento de Príncipes* Gómez Manrique; Alfonso Ortiz es autor de un *Diálogo sobre la educación del Príncipe don Juan...*

A las obras sobre o dirigidas a los reyes se unen en el siglo XV las crónicas de los nuevos héroes, de caballeros como Jacques de Lalaing, Jehan de Saintré o, en Castilla, Pedro Niño, Miguel Lucas de Iranzo, o Álvaro de Luna[37], y colecciones de biografías como las reunidas por Fernán Pérez de Guzmán (*Generaciones y Semblanzas*) o Fernando del Pulgar (*Claros varones de Castilla*); para la educación y formación de las mujeres, presentándoles modelos históricos, se escriben libros como el *Llibre de les dones* de Francesc Eiximenis, traducido al castellano en numerosas ocasiones; la obra de Diego de Valera (*En defensa de las virtuosas mujeres*), el *Jardín de las Nobles doncellas* de fray Martín de Córdoba —10— y la *Vita Christi* de Isabel de Villena, que forma parte de los libros escritos por mujeres en defensa de las mujeres, corriente de la que es precursora Cristina de Pizan (*La ciudad de las Damas*); por último no faltan tratados sobre el protocolo en la corte (*Ceremonial de Príncipes* de Diego de Valera) o sobre la forma en la que los galanes han de tratar a las mujeres (*Doctrinal de Gentileza,* del comendador Ludueña)...

Fuente imprescindible para el conocimiento de la Edad Media son las narraciones de viajes emprendidos por misioneros y peregrinos, diplomáticos, mercaderes y caballeros: en el siglo XIII abren el camino hacia tierras asiáticas frailes y embajadores del rey de Francia o del Papa o del rey de Francia como Juan del Plan Carpino y Guillermo de Rubruck autores, respectivamente, de la Historia Mongolorum y del Itinerarium. El viaje del primero ocupa los años 1246-1247 y el del segundo se extiende desde 1253 a 1255, y sus narraciones sobre el viaje y las maravillas contempladas en Caracorum excitan la imaginación de los europeos ante la inmensidad de los nuevos espacios, la multiplicidad de razas que en ellos habitan, sus costumbres, modos de vida..; estos y otros viajes[38] preparan de algún modo la entrada de los mercaderes en el Asia Central: en 1250 los venecianos Nicolás y Mateo Polo, llegados desde Constantinopla al puerto de Soldaya en Crimea, con un cargamento de joyas y piedras preciosas para el que no encuentran compradores, deciden internarse en los dominios mongoles; por primera vez Occidente entra en contacto con la ruta de la Seda, y los hermanos Polo actúan a su regreso como embajadores del Gran Kan; en 1275 inician un nuevo viaje en el que serán acompañados por Marco, hijo de Nicolás; el viaje duró veinticinco años y, a su regreso, Marco escribió el Libro de las maravillas del mundo, cuyos relatos harán posible Los viajes soñados o inventados por Sir John Mandeville[39]. Al conocimiento del mundo asiático colaboran activamente los

viajeros musulmanes y entre ellos el ceutí Ibn Batuta, viajero impenitente desde 1325 hasta 1349. Tras su peregrinación a La Meca viaja por Turquestán, Afganistán, India, China y, al igual que Marco Polo, dicta su diario o Rhila hacia 1350, durante una estancia en la Alhambra granadina. Las dificultades de la ruta asiática dejan paso en los siglos XIV y XV a los intentos de llegar a la India y China por mar, cruzando el Atlántico y el viejo sueño europeo se verá realizado en 1492 con la llegada de Colón a las llamadas Indias Occidentales, a América, continente que se interpone en el camino a la India, guiado por las obras de Eneas Silvio Piccolomini (*Historia rerum ubique gestarum*), la *Imago Mundi* del cardenal francés Pierre d'Ailli o los mapas dibujados por Toscanelli y dados a conocer en 1474; el viaje y los hallazgos tienen su mejor cronista en el *Diario de a bordo* del Almirante.

Las peregrinaciones y cruzadas hacen posibles obras como el Codex Calixtinus, la primera guía del Camino de Santiago, y excitarán la curiosidad de numerosos peregrinos a Jerusalén, que nos ofrecen obras como la Crónica de Guillermo de Tiro, las Gesta Dei per Francos de Guiberto de Nogent o, en otro sentido, la descripción geográfica de Tierra Santa escrita por Almerich, arcediano de Antioquia (*La fazienda de Ultra Mar*), y la afición a los viajes y a escribir sobre ellos está en el origen de numerosas obras como las *Andanzas y viajes* de Pero Tafur por diversas partes del mundo, del hidalgo Pero Tafur, el *Libro del conocimiento de todos los reinos, tierras y señoríos que son por el mundo* escrito en Sevilla por un franciscano, o la *Embajada a Tamerlán* de Ruy González de Clavijo a comienzos del siglo XV...

La idea que sobre el mundo en el que viven tienen los hombres medievales puede seguirse a través de las enciclopedias científicas y morales encabezadas por las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, y continuadas en Francia por Vincent de Beauvois (*Speculum*), en Inglaterra por Bartolomé Anglicus (*Acerca de las propiedades de las cosas*) o, en la Península, por Juan Gil de Zamora (*Historia Natural*) y Francesc Eiximenis (*Lo Crestià*)...; aunque el título y las materias que el autor propone estudiar son claramente religiosos, su contenido es mucho más amplio: el libro doce se refiere a la institución de un buen regimiento de las comunidades y en él se hablará del origen e historia de las ciudades, del gobierno de reinos, señoríos y ciudades...

2. CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS DEL SIGLO XX EN LOS ESTUDIOS HISPÁNICOS

La falta de interés de los historiadores profesionales por la teoría[40], es más visible aún si cabe entre los medievalistas, especialmente entre los hispanos, de los que podría decirse como del personaje de Molière, salvo raras y honrosas excepciones, que han sido positivistas, seguidores de la Escuela de los Annales, marxistas, o historiadores de las mentalidades, sin saber que lo eran o ignorando que, por su producción, podían incluirse entre los seguido-

res de estas corrientes historiográficas, y, desde luego, sin que hubieran reflexionado sobre la profesión, excepto en el ejercicio de oposiciones —cuando las había— sobre «Concepto, método, fuentes y enseñanza de la asignatura». Pese a este desinterés general, algunos medievalistas han tenido un papel importante en la formulación y puesta en práctica de nuevas tendencias: pensemos, por ejemplo, en Marc Bloch, creador junto a Lucien Febvre de la Escuela de los Annales, en el marxista Pierre Vilar o en Georges Duby, cultivador y difusor de la historia de las mentalidades.

La presencia de medievalistas no puede hacernos olvidar que la Edad Media sólo existe como una división académica de la Historia y que quienes han trabajado y trabajan sobre el período medieval están influenciados, como los demás historiadores, no sólo por las corrientes filosóficas predominantes sino también por la realidad en la que viven por lo que son válidas para la época que estudiamos las páginas que dedica Josep Fontana al Renacimiento y a la Ilustración, a los intentos de la escuela escocesa de apoyar y justificar el Capitalismo, a la Revolución Francesa, al Materialismo Histórico o a la destrucción de la ciencia histórica en el siglo XX[41].

2.1. El positivismo

Hasta los años treinta de este siglo —años setenta para España— el estudio de la Edad Media siguió las corrientes positivistas, empíricas o metódicas propugnadas, entre otros muchos, por Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos[42]: la historia empírica es, ante todo, un método: «extrae los hechos de los documentos[43], determina las relaciones que existen entre ellos y que forman la sustancia de la historia general» pero no admite la existencia de leyes históricas ni cree en las grandes construcciones que propone la Filosofía de la Historia. La primera tarea del historiador es averiguar hasta qué punto son fiables los testigos que utiliza, sabiendo que la imagen que lega a la posteridad depende de la imagen que el testigo se ha formado de los hechos, entendiendo por éstos los hechos humanos individuales[44]. Este tipo de historia se centra en la historia de las creaciones intelectuales (artes, ciencias, filosofía, religión) y en la historia política (revoluciones, reformas, guerras).

La historia no formula juicios de valor, se limita a recordar la existencia de individuos cuyos actos han tenido consecuencias sobre la vida y la conducta de sus semejantes: «el iniciador —según Seignobos— lleva a la sociedad a cambiar de conducta o de apreciación del valor o del procedimiento de la acción; crea o destruye un valor, una técnica de producción, una vía de comunicación, un procedimiento de cambio; o, indirectamente, modifica la organización del trabajo o incluso la distribución de un fenómeno demográfico, haciendo por ejemplo, llegar a unos pobladores a un país hasta entonces desierto, o introduciendo una cultura nueva»; puede hablarse y se ha insistido en muchas ocasiones de un cierto determinismo: cada hecho histórico encuentra su causa y

su explicación en los hechos que lo preceden: «Toda la historia de los acontecimientos es un encadenamiento evidente e incontestado de accidentes cada uno de los cuales es causa determinante de otro» y el trabajo del historiador consistirá en determinar con precisión el lugar de cada hecho en la cronología para que desempeñen su papel en la serie de causas y consecuencias.

Si hay que citar a medievalistas hispanos a los que quepa calificar de positivistas[45] o empíricos, podríamos elegir entre don Ramón Menéndez Pidal, uno de los mejores conocedores de los textos y erudito en grado sumo[46], o don Claudio Sánchez-Albornoz, historiador de oficio que, con frecuencia, se ha interrogado sobre el sentido de su trabajo y de la ciencia que cultiva; la respuesta a los interrogantes planteados se halla implícita en toda su obra, aparece con relativa claridad en algunos de sus artículos polémicos y se desarrolla en trabajos como *El sentido de la Historia*, *El juego de fuerzas en la Historia* o en el capítulo inicial de *España un enigma histórico*[47].

En la ya vieja pugna que opone a objetivistas y subjetivistas, don Claudio se inclina hacia la primera posición, pero reconoce que los datos manejados por el historiador aparecen teñidos de un doble subjetivismo: el de quienes los trasmitieron y el de la personalidad del historiador que tiende a proyectarse sobre el objeto de estudio. Eliminar este subjetivismo es la primera tarea del historiador, que cuenta para ello con la razón y con el conocimiento de la naturaleza humana; vistos los «datos» de modo objetivo, sometidos a crítica, dejan de ser meros datos físicos para adquirir un sentido que el historiador debe saber interpretar, y para ello no le bastan la técnica, la experiencia y la cultura; necesita «cierto *quid* misterioso y quizá innato, una peculiar constitución mental, una noble pasión por la verdad», palabras con las que Sánchez-Albornoz se niega a reducir lo histórico al nivel de cualquier otra ciencia y al historiador al de un científico con un campo peculiar de trabajo; la ciencia, la técnica en sí no constituye la historia; ésta es también un arte y en cierto modo, para un creyente como don Claudio, un sacerdocio.

Pasando de la teoría al trabajo concreto del historiador, Sánchez-Albornoz expone un programa que es, en realidad, una imagen perfecta de su actuación: el historiador debe relacionar los hechos científicamente conocidos y llegar a dominarlos racionalmente para lo que necesita responder a mil preguntas; sólo tras conocer la respuesta a todos los interrogantes que se le plantean en el intento de comprensión está en condiciones de «hacer» historia; en la práctica y siguiendo este esquema, la tarea del historiador comprende tres fases:

1. Estudio y edición crítica de las fuentes.
2. Redacción de monografías que permitan resolver los interrogantes planteados.
3. Elevación, sobre las fuentes y las monografías, de las grandes construcciones históricas.

Para llevar a cabo este trabajo el historiador debe dominar una metodología y una técnica complejas, conocer diversas lenguas y disciplinas variadas, estar en contacto permanente con la realidad circundante («necesita conocer al hombre de su tiempo y el alma de las masas y de los pueblos de hoy para poder comprender a los de antaño»), tener agudeza mental para superar las dificultades de la investigación histórica y para penetrar en la psicología de los hombres y de las naciones («debe contribuir, consciente de su responsabilidad, a la formación de la conciencia histórica de su pueblo y de su época») y tener talento de escritor.

2.2. La Escuela de los Annales

La sumisión al documento es matizada o rechazada por algunos historiadores entre los que son representativos Lucien Febvre y Marc Bloch, creadores en 1929 de la revista *Annales d'histoire économique et sociale*[48], que proponen al historiador que salga del mundo de los datos y de los acontecimientos y se abra al exterior, intentan poner en contacto —dicen en el manifiesto fundacional—[49] «a dos clases de trabajadores hechos para comprenderse y que, de ordinario, trabajan codo con codo sin conocerse», a los historiadores de la vieja escuela que aplican a los documentos los métodos ya probados por la práctica, y a los que se consagran al estudio de las sociedades y de las economías. Abierta al mundo, la historia es hija de su tiempo y del hombre, no de los datos.

Frente a la objetividad y al determinismo que se desprende de la concatenación de los datos, Lucien Febvre el más teórico de los fundadores, se muestra claramente subjetivista: «No hay más Pasado que el que engendra el historiador. Es el historiador el que hace nacer la Historia (...) No hay Historia. Hay historiadores» frases con las que se destaca la independencia y la libertad del historiador frente al «documento» y al «hecho» positivista y se recuerda que el historiador ilumina el pasado desde su presente y cuanto más rico sea éste mejor llegará a conocer el pasado; cuanto más completa sea la formación personal del historiador mejor será su trabajo porque

> «...la historia se hace con documentos escritos sin duda, cuando existen. Y puede y debe hacerse sin documentos escritos cuando no los hay. Se hace con todo lo que el ingenio del historiador le permite utilizar (...) Con palabras, con signos, con paisajes y con tejas, con las formas de los campos y de las malas hierbas, con eclipses de luna y con los arreos del ganado, con el análisis de las piedras por los geólogos y el de las espadas de metal por los químicos. En una palabra, con todo lo que siendo propio del hombre, depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las maneras de ser del hombre».

La Escuela de los Annales ha evolucionado considerablemente desde los tiempos de Bloch y Febvre y una de sus últimas vías de investigación ha sido la llamada Historia de las Mentalidades que, según Julio Aróstegui, «tiene,

sin duda, mucho de opción alternativa a la idea de más alcance de *ideología* que introduce el marxismo».

Al marxismo que concibe la historia como un continuo movimiento, a la *historia en construcción*[50] se contrapone la historia inmóvil, la historia que o no cambia o cambia muy lentamente, la historia de los elementos inconscientes, los arcaísmos, la afectividad, lo irracional, los sistemas culturales, los sistemas de creencias, de valores, el equipamiento intelectual, según dos de los más conocidos medievalistas franceses, Jacques Le Goff y Georges Duby[51]. En la actualidad, aunque se reconoce que las mentalidades son resistentes al cambio, ni siquiera en el campo de la religión, de las creencias y del mito se habla de inmovilismo. Creencias, ritos, prácticas devotas y supersticiones tienen su propio ritmo de evolución, se adaptan progresivamente a condiciones diversas, según han demostrado los estudios sobre el carnaval, la muerte, el amor... Desde un punto de vista práctico, Georges Duby recomienda al historiador de las mentalidades que se centre en el estudio de 1. el instrumental mental, comenzando por el lenguaje, 2. los sistemas de información y educación, y 3. los mitos y creencias.

En los primeros tiempos, también por influencia del marxismo, o del antimarxismo, llegó a afirmarse que la mentalidad era interclasista, que, «eminentemente colectiva, la mentalidad parece sustraerse a las vicisitudes de las luchas sociales» o que la historia de la mentalidad estudia lo que tienen en común «César y el último soldado de sus legiones, san Luis y el campesino que cultivaba sus tierras, Cristóbal Colón y el marinero de sus carabelas», pero el paso del tiempo ha hecho reconsiderar esta postura y ha llevado a Le Goff a reconocer que «sería un grosero error aislarla de las estructuras y de la dinámica social... Hay mentalidades de clases al lado de mentalidades comunes».

Pese a las muchas ambigüedades y a los problemas sin resolver, la historia de las mentalidades ha cumplido y cumple un papel importante al llamar la atención sobre el nivel de la superestructura olvidado frecuentemente por quienes, pretendiendo hacer una historia total o una historia marxista se quedaban en el análisis de los elementos económicos o, como mucho, llevaban su estudio hasta las relaciones sociales y, con frecuencia, aunque afirmaran lo contrario, sólo admitían una relación mecánica desde las fuerzas productivas hasta las relaciones de producción, términos que ha puesto al alcance del historiador, junto con otros muchos, el materialismo histórico, del que hablamos más adelante.

Entre los medievalistas hispanos, la Escuela de los Annales fue prácticamente desconocida hasta finales de los sesenta y no puede decirse que haya tenido muchos seguidores; ha tenido, eso sí, bastantes adaptadores de trabajos: la historiografía francesa generaliza partiendo de casos particulares, y aquí, se aceptan las generalizaciones y se aplican a casos concretos sin reparar, salvo honrosas excepciones, en que la sociedad y las fuentes que manejamos son distintas y, en consecuencia, las conclusiones no pueden ser las mismas aunque

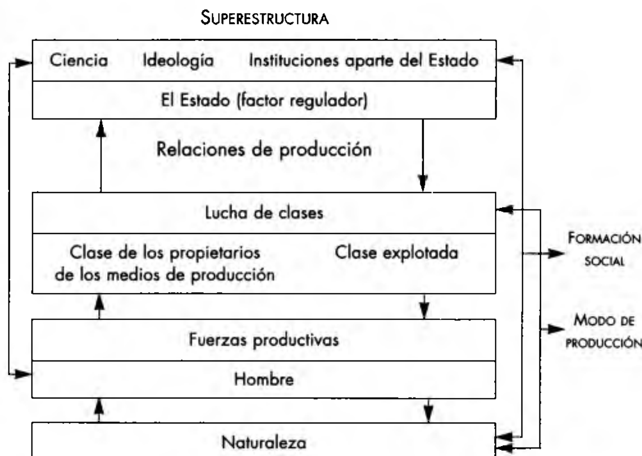
sea válido el punto de partida. Como caso extremo y afortunadamente no demasiado extendido, puede hablarse de algunos trabajos tan directamente dependientes de su modelo que sólo se cambia el nombre del lugar, de los personajes y de la fecha. Más que de trabajos de investigación actualizados se trata de plantillas que van rellenándose de acuerdo con la localización espacial y cronológica del trabajo, y que lo mismo sirven para Cataluña en el siglo X que para Andalucía en el XV. Tampoco puede decirse que la «Historia de las Mentalidades» haya tenido o tenga muchos seguidores aunque puedan citarse bastantes estudios sobre la muerte, el amor, el carnaval..., más descriptivos que interpretativos, más en la línea de la historia positivista que de cualquier otra concepción de la Historia.

2.3. El materialismo histórico

Las páginas dedicadas al marxismo por Pierre Vilar, Julio Aróstegui y Josep Fontana, de lectura obligada para cualquier historiador, explican suficientemente la importancia que las ideas de Marx y de sus seguidores tuvieron en el campo de la Historia por lo que me limitaré a recordar, para los alumnos que no vivieron aquellos tiempos, que el historiador de los años sesenta se vio obligado a conocer el materialismo histórico en versiones clericales gravemente adulteradas o en resúmenes que, con toda su buena voluntad, ayudaban a crear una mayor confusión. Pudieron conocer el marxismo y su influencia en la historia quienes salieron de España, exiliados o por razones de trabajo, y los demás se limitaron a una formación autodidacta, no siempre fácil y en muchos casos movida por posturas políticas de oposición al franquismo más que por convicción. Sobre las dificultades que tuvo el marxismo baste recordar dos anécdotas de signo opuesto y complementario: a comienzos de los años sesenta, Pierre Vilar es invitado a dar una conferencia en la Facultad de Derecho de Barcelona, y los catedráticos de la Facultad de Historia se ponen de acuerdo para no acudir, para no dar credibilidad con su presencia a un marxista; diez años más tarde, Pierre Vilar es invitado por las Universidades de Las Palmas y de Salamanca a dar un curso sobre Historia Marxista, y los alumnos boicotean los actos porque dicen que si Vilar da el curso normalmente, el régimen franquista podrá presumir de abierto, tolerante y demócrata.

En la actualidad, la caída y abandono del marxismo político se ha traducido en un desprecio del materialismo histórico, justificado, al menos entre los medievalistas hispanos, porque junto a trabajos escritos con seriedad y rigor fueron numerosas las investigaciones en las que la teoría marxista no pasó de ser una declaración de principios terminológicamente adornada. Se escribía un prólogo en el que se afirmaba que el método marxista era el apropiado para el estudio que se presentaba, y el estudio podría haberlo firmado un historiador positivista con sólo sustituir «lucha de clases» por conflictos sociales...; la única aportación marxista era aceptar e intercalar fórmulas como «clases sociales», «relaciones de producción», «modos de producción»...

Los fallos cometidos en los años iniciales y la actual situación política no justifican el olvido de las teorías marxistas y hará bien el historiador en releer textos como *Metodología de la historia* del polaco Jerzy Topolski y seguir el juego de relaciones e interacciones representado, por ejemplo, en el siguiente cuadro[52]:



El auge de la historia económica, promovido por la Escuela de los Annales y por el marxismo ha llevado a cuantificar los datos de todo tipo a disposición del historiador que puede, en la actualidad, optar por las soluciones ofrecidas por la *cliometría* cuyo método se basa —son palabras de Aróstegui— en «una matematización de modelos explícitos de comportamiento temporal, que pretenden constituir en sí mismos 'explicaciones' de procesos históricos a largo plazo», o si el método cliométrico no le satisface puede inclinarse hacia la historia *estructural-cuantitativista* que cuantifica para mejor conocer las estructuras económicas, sociales o culturales; lamentablemente el medievalista apenas dispone de datos que pueda cuantificar sistemáticamente, ni siquiera cuando pretende hacer historia económica por lo que no es posible dedicar unas líneas a esta corriente historiográfica.

De las diversas tendencias o corrientes los medievalistas españoles han tomado lo que les ha parecido más oportuno y en una misma obra, en un mismo manual, pueden encontrarse huellas, numerosas, de la historia positivista, de la historia propugnada por los fundadores de los Annales, de la historia marxista, del estructuralismo, y de la historia nacionalista romántica cultivada en Europa a lo largo del siglo XIX; ejemplo de esta última corriente, pueden ser en

España dos de los mejores conocedores de la documentación y de la bibliografía: Ramón Menéndez Pidal y Ferran Soldevila, enfrentados al analizar el *Compromiso de Caspe*, el acuerdo por el que en 1412 un castellano, Fernando de Antequera, fue aceptado como rey de Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca.

La aproximación al *Compromiso* se hace desde planteamientos del siglo XX: reprocha Soldevila a Menéndez Pidal que dé una interpretación subjetiva y poco acertada porque se «esfuerza en presentar de manera favorable, tanto si es así como si no, los hechos y figuras de la historia Hispánica y, muy especialmente, aquellos que han sido objeto de críticas y censuras más o menos acerbas», y ataca Menéndez Pidal a los historiadores catalanes que, en el siglo XX, han visto en Caspe el comienzo del declive político de Cataluña o, lo que es lo mismo, la pérdida de su independencia nacional, tema que subyace en todas las interpretaciones del Compromiso, más actual hoy que en el momento en que se produjo.

Castellanistas y catalanistas parten de ideas preconcebidas sobre las ventajas e inconvenientes de la integración en España y de la independencia catalana, que les obligan a llegar necesariamente a la conclusión de que los acuerdos de Caspe fueron beneficiosos o perjudiciales. Los catalanistas, nostálgicos de la época en que Cataluña era independiente, y deseosos de que el país recupere su independencia e importancia política, hacen responsables del declive nacional catalán a los compromisarios y a cuanto rodeó las decisiones de Caspe. Los castellanistas, en cambio, consideran que lo mejor que ha podido suceder a Cataluña es la integración en España y ven en Caspe el inicio de la fusión por lo que se consideran legitimados para apoyar la actuación de cuantos posibilitaron el nombramiento de Fernando de Antequera.

En este contexto, tiene razón Soldevila, siempre que también se apliquen a él sus palabras, cuando se dirige a Menéndez Pidal para recordar que

> «Este trascendental acontecimiento es uno de aquellos cuyo verdadero carácter, aunque se aclare con luz meridiana y con pruebas incontrovertibles, jamás llegará a conocerse totalmente, porque nunca faltará quien surja desplegando cortinas de humo que enturbien su claridad y tergiversen las pruebas para convertirlas en ineficaces y contrapuestas»

o para negarles validez: quienes piensan, con Menéndez Pidal, que la unidad de España es deseable o necesaria, verán en Caspe un paso más hacia esa unidad; y quienes opinan, con Ferrán Soldevila, que Cataluña debió y debe mantener su independencia, rechazarán cualquier argumento que justifique la decisión tomada en Caspe[53].

José Álvarez Junco y Santos Juliá afirman en 1988 que

> «...los dos grandes cierres que han tenido lugar en la Historiografía española —constituir a España como problema en el primer tercio de siglo; buscar la identidad local/regional en este último— han provocado (...) un atraso significativo en la recepción de las corrientes historiográficas»[54],

atraso todavía no superado en el campo de la historia medieval que podríamos definir como una historia cargada de *excesivo provincianismo* y de demasiada *dependencia del exterior*. España es, sin duda, uno de los países europeos en los que menos se investiga sobre temas de otros países. Frente al trabajo encomiable y digno de agradecimiento de los hispanistas dedicados a la Historia Medieval no contamos con españoles que investiguen sobre la historia medieval francesa o inglesa... como mucho, se llega a la investigación de temas internacionales en los que alguno de los reinos hispánicos tuvo un papel activo: guerra de los Cien Años, enfrentamientos catalano-genoveses por el control del Mediterráneo...

El provincianismo se manifiesta igualmente en la reducida presencia de investigadores españoles en las reuniones o congresos internacionales; acuden pocos, son siempre los mismos y hablan siempre de la Historia Medieval Hispánica. Este provincianismo nacional ha dado paso con el tiempo, a un regionalismo y localismo al que no es ajena la política de la Administración, más interesada en la llamada investigación científica que en la humanista. La falta de apoyo oficial obliga a buscar financiación en las instituciones locales, provinciales o autonómicas que, lógicamente, dan preferencia a los estudios relacionados con su ámbito geográfico o con sus intereses políticos. Sea cual sea la razón, es evidente, a juzgar por las publicaciones de los últimos años, que los temas de interés general han perdido importancia ante los de carácter local, como puede ver quien se acerque a las revisiones llevadas a cabo por las Universidades de Salamanca en 1987, por la Complutense una año más tarde, y por la Semana de Estudios Medievales de Estella en 1998.[55]

El índice de estas publicaciones basta para probar lo que afirmamos: La investigación histórica en Galicia, Cantabria, el País Vasco, La Rioja, Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia, Murcia, Andalucía, Extremadura, La Mancha y Madrid, en la publicación madrileña, y títulos menos fieles al mapa autonómico en la revista salmantina: historiografía sobre la edad media de Galicia, Los estudios históricos de tema medieval en Cantabria-País Vasco-Navarra-Rioja; Balance crítico y perspectivas de una década sobre la historia dc Aragón; Balance crítico... sobre historia medieval catalano-balear, y La historia medieval sobre Castilla y León con un añadido sobre Organización social del espacio: Propuestas de reflexión y análisis histórico de sus unidades en la España Medieval. Menos «regionalista» fue la Semana de Estella donde, se prefirió abordar la Edad Media desde planteamientos que, de alguna forma, resumen los campos de trabajo actual de los medievalistas: Historia política, ideología y poder, historia cultural, arqueología, historia de la Iglesia, fiscalidad, comercio y economía artesanos, población y poblamiento y derecho...

El provincianismo o regionalismo no está reñido con la dependencia del exterior. El investigador español, incluso el que está bien informado de las tendencias actuales de la historiografía europea y procura actualizar sus investigaciones, con más frecuencia de la deseable se limita a trasplantar

modelos y a rellenarlos con datos hispánicos aunque se trate, como he señalado antes, de situaciones y de épocas claramente diferentes; en otros casos, tras una declaración de principios inspirada en modelos leídos en revistas o libros extranjeros se realiza una investigación que podría haberse hecho desde cualquier otro planteamiento.

NOTAS AL CAPÍTULO II.3

[1] Para no cargar de notas este apartado, remito a la parte introductoria de la obra y a las páginas escritas por Julio ARÓSTEGUI, *La investigación histórica. Teoría y método*, Barcelona 1995.

[2] «Qu'est-ce que l'histoire?» en *L'Histoire et ses méthodes*, Brujas 1961, p. 29.

[3] ARÓSTEGUI habla de la crisis de estos «grandes paradigmas» y dedica algunas páginas de su obra a las corrientes surgidas de la crisis: postmodernismo, microhistoria, nueva historia cultural, historia socioestructural...; en esta obra puede verse un análisis del sentido de las distintas formas de entender la Historia.

[4] Muchos alumnos llegan a la Universidad sin haber oído hablar de la Edad Media y sin tener una idea clara de lo que este término indica, y puesto que su primer contacto con la época medieval se produce a través de esta asignatura, sin olvidar las tendencias y corrientes historiográficas del siglo XX, prestaré especial atención a explicar qué es o a qué llamamos Edad Media, dedicaré algunas páginas a citar las crónicas más importantes escritas durante el período medieval e insistiré en las dos aportaciones fundamentales de los hombres medievales a la historiografía: las teorías de San Agustín —ya analizadas por Blas CASADO en páginas anteriores— y las ideas expuestas por Ibn JALDÚN.

[5] No puede olvidarse, por la influencia que tiene en el mundo europeo, la obra de BEDA EL VENERABLE, «De sex huius saeculi aetatibus», *Monumenta Germaniae Historica, Auctores Antiquissimi, Chronica Minora*, III, pp. 247 y ss.

La versión de Isidoro puede verse en *Etimologías*, edición bilingüe preparada por José OROZ RETA y Manuel-A. MARCOS CASQUERO, I, Madrid 1993, pp. 551-565.

[6] La elaboración de esta teoría pasa por una serie de publicaciones que se inician con el artículo aparecido en 1922 en la Revue Belge de Philologie et d'Histoire y finaliza con la edición póstuma de *Mahomet et Charlemagne*, Bruselas 1937. En castellano puede utilizarse la versión publicada por Alianza Editorial, *Mahoma y Carlomagno*, Madrid 1979.

[7] Sigo, en líneas generales, el artículo de Philippe WOLFF, «L'Étude des économies et des sociétés avant l'ère statistique», *L'Histoire et ses méthodes*, pp. 847-892.

[8] V. la obra de Georges DUBY, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Barcelona 1980.

[9] Poco ha de añadirse a lo expuesto sobre el agustinismo historiográfico o providencialismo agustiniano salvo añadir a la lectura de la *Ciudad de Dios*, una obra menos conocida (*De la verdadera religión*) en la que puede verse claramente resumida su idea sobre la intervención de Dios en la historia: «La divina Providencia no sólo atiende al bien de cada uno de los hombres en privado, sino también públicamente a todo el género humano... y lo que se ha hecho con el género humano lo quiso transmitir por la historia y la profecía. Para conocer los hechos temporales, pasados o futu-

ros, la fe es más necesaria que el razonamiento». El agustinismo es la formulación del predominio del Cristianismo sobre la vida del género humano, sobre la Historia, concebida como la lucha entre la ciudad terrena, equiparada al poder temporal, al Imperio, y la ciudad eterna representada en este mundo por la Iglesia, que está por encima del Imperio como no dejarán de recordar los defensores de la teocracia pontificia en siglos posteriores (La Biblioteca de Autores Cristianos ha publicado las *Obras de San Agustín*, vols. XVI y XVII (*La Ciudad de Dios*) y vol. IV (*De la verdadera religión*).

[10] *Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)*, México 1971.

[11] El autor pasa revista a la obra de los historiadores musulmanes, entre los que salva a unos pocos, pueden contarse con los dedos de una mano, e incluye a los demás entre la «gente sin criterio propio, que se conforman con seguir, en todo punto, el mismo plan trazado por sus antecesores... Lo que ellos refieren es un hacinamiento de sucesos, sin idea de las causas... (*Introducción*, pp. 93-95).

[12] El segundo libro se dedica a la historia de los nómadas, pueblos semisalvajes y organizados en tribus, el tercero se refiere a las dinastías, la realeza, el califato y el orden de dignidades en el sultanato; el libro cuarto trata de los poblados, ciudades, aldeas y demás lugares donde se hallan poblaciones sedentarias.

[13] La misma sensación, frente a los historiadores, tiene el maestro de medievalistas Claudio SÁNCHEZ-ALBORNOZ; en un artículo periodístico recogido en sus *Ensayos sobre Historia de España* (Madrid 1973, pp. 142-148) llama la atención sobre la atracción mutua entre política e historia y sobre el fracaso que en la mayoría de las ocasiones acompaña a quienes se atreven a cambiar de campo: «Cuando el político en vez de leer y meditar sobre las enseñanzas del pasado, se deja arrastrar por el deseo de escribir de Historia, fracasa de ordinario... Va a la Historia con el espíritu lleno de apriorismos y... busca en (el pasado) la comprobación de sus teorías, de sus preferencias y de sus pasiones partidistas...» y no está más acertado el historiador que «baja al tendido del gran ruedo del mundo, en que asiste, como curioso espectador, al juego, trágico a veces, de la vida pública... Está habituado a torear sombras, que saben esperar, que no acometen, que dan plazo a la reflexión, que se dejan observar. De pronto, se halla frente al toro del problema político diario, que acude furioso a la muleta, que no da lugar al análisis... Y con frecuencia se deja embestir por la urgencia del minuto. Acostumbrado a la duda científica, al estudio despacioso, a la madura reflexión, al lento análisis de los fenómenos históricos, se encuentra embarazado para actuar en la vida pública, en la que a cada hora es forzoso elegir... Y cuando regresa, arrepentido, al trato más placentero con las sombras, se siente en ocasiones frente a ellas sacudido por los recuerdos de sus luchas con la fiera cornuda de la actualidad de sus instantes de político y cree ver, a veces, la imagen de hoy en el ayer».

Se explica así que «la mayor parte de las deformaciones de la Historia» sean obra de hombres públicos metidos a historiadores» (a ellos se deberían las teorías equivocadas y errores que circulan sobre el feudalismo, las libertades municipales, la organización gremial, el régimen parlamentario, los fueros, la inquisición, la guerra de las comunidades, la expulsión de los judíos...); y si para muestra basta un botón, Alfonso X puede ser el prototipo de historiador metido a político que, como tal, «malogró la obra de su padre, Fernando III. Indeciso, lento en sus resoluciones, analítico, débil de voluntad, vanidoso, se dejó seducir por la aventura de sus pretensiones al Imperio, no supo evitar la guerra civil con su hijo Sancho, murió solo y abandonado de su pueblo» y fue en definitiva, uno más de los historiadores-políticos que «padecieron persecuciones y amarguras».

[14] *Ob. cit.* pp. 141-142.

[15] *Crónicas asturianas*, Oviedo 1985, pp. 262-262.

[16] La leyenda es recogida por la crónica Najerense, por el Tudense y el Toledano y por Alfonso X el Sabio.

[17] Alfonso de PALENCIA, *Gesta hispaniensia ex annalibus suorum dierum collecta*, Edición, estudio y notas de Brian TATE y Jeremy LAWRANCE, tomo 1, Madrid 1998, pp. 187-188.

[18] Frei ÁLVARO PAIS, *Collyrium fidei adversus haereses - Colirio da fe contra as heresias*, Lisboa 1954, I, pp. 57-89.

[19] Melanchton había reelaborado esta crónica hasta los tiempos de Carlomagno (P. MELANTHONIS, «Chronicon Carionis», *Corpus Reformatorum*, XII, 1844) y Peucer la amplía hasta la muerte del emperador Maximiliano en 1519 (*Tertia pars Chronici Carionis* a CASPARO PEUCERO *expositi et aucti*, Francfort 1624). Pueden verse las ideas de uno y otro con mayor detalle, en la obra de Giorgio FALCO, *La polemica sul medioevo*, Nápoles 1974.

[20] *La Historia en la Edad Media*, Madrid 1991, p. 17.

[21] Pero LÓPEZ DE AYALA, *Crónicas*. Edición, prólogo y notas de José-Luis Martín, Barcelona 1991, p. 3.

[22] Aunque la figura de cronista real no existe oficialmente hasta el siglo XV, en la práctica una parte considerable de la obra histórica medieval tiene como autores a personajes áulicos.

[23] Sigo la edición de Andreas SCHOTT publicada en *Hispaniae Illustratae...* tomus IIII, Francfort MCVIII, p. 1.

[24] Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA, *Historia de los hechos de España*. Introducción, traducción, notas e índices de Juan Fernández Valverde, Madrid 1989, pp. 54-56.

[25] Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Libro de la Cámara Real del Príncipe don Juan e offiçios de su casa e serviçio ordinario*, Madrid 1870, pp. 174-175.

[26] *La Historia en la Edad Media*, pp. 150-151.

[27] Traducidas por E. LÉVI-PROVENÇAL y Emilio GARCÍA GÓMEZ, Madrid 1980.

[28] IBN IDARI, *La caída del Califato de Córdoba y los Reyes de Taifas (al-Bayan al-Mugrib)*. Estudio, traducción y notas de Felipe MAÍLLO SALGADO, Salamanca 1993.

A los cronistas hispanos y magrebíes habría que añadir los historiadores del Islam, tanto los que dedican atención especial a al-Andalus como los que se limitan a narrar la historia del mundo islámico desde la predicación de Mahoma; entre ellos hay que mencionar a al-Tabari (*Historia de profetas y reyes*), que recoge obras anteriores y lleva su relato hasta el año 914, o al-Masudi autor de una historia y geografía universales (*La Historia del tiempo*) o Ibn al-Atir que escribe en el siglo XIII (*Lo Completo acerca de la historia*).

[29] *La Historia en la Edad Media*, p. 188.

[30] Sobre otros historiadores, v. Amin MAALOUF, *Las Cruzadas vistas por los árabes*, Madrid 1989.

[31] *La Historia en la Edad Media*, p. 230.

[32] *Journal d'un bourgeois de Paris de 1405 à 1449*. Presentado y comentado por Colette Beaune, Paris 1990, p. 5.

[33] V. la edición de Brian TATE y Jeremy LAWRANCE, *Alfonso de Palencia. Gesta Hispaniensia ex annalibus suorum dierum collecta*, Madrid 1998.

[34] «... muchas vezes acaece que las crónicas e historias que hablan de los poderosos reyes y notables príncipes son habidas por sospechosas... por dos razones: la primera, porque algunos que se entremeten de escribir... son hombres de poca vergüenza y más les place escribir cosas extrañas y maravillosas que verdaderas y ciertas... El segundo defecto de las historias es porque los que las crónicas escriben es por mandado de los reyes y príncipes, los cuales, por los complacer... o por temor dc los enojar, escriben más lo que les mandan y lo que creen que les agradará, que la verdad del hecho como pasó. A mi ver, para las historias se hacer bien y derechamente son necesarias tres cosas: la primera, que el historiador sea discreto y sabio, y haya buena Retórica para poner la historia de hermoso y alto estilo...; la segunda, que él sea presente a los principales y notables autos de guerra y de paz. Y porque sería imposible..., a lo menos... que no recibiese información sino de personas dignas de fe y que hubiesen estado presentes a los hechos *(Refundición de la Crónica del Halconero* por el obispo don Lope Barrientos. Edición y estudio por Juan de Mata Carriazo, Madrid 1946, p. 5; he actualizado la ortografía).

[35] V. por ejemplo las crónicas antes citadas de Lucas DE TUY o de Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA (notas 22 y 23).

[36] En la abadía de Saint-Denis se escribieron, en francés, las *Grandes Crónicas de Francia*, crónicas oficiales auspiciadas por los reyes; algo parecido sucede en la abadía de San Albano, cerca de Londres, donde escribe la *Crónica Maiora* Mateo Paris.

[37] Las crónicas fueron editadas en los años 40 por Juan de Mata Carriazo para la editorial Espasa-Calpe. Para la historia de los caballeros, hispanos y europeos, son de gran utilidad los trabajos de Johan HUIZINGA, *El otoño de la Edad Media*, Madrid 1929, y Martín de RIQUER, *Caballeros medievales y sus armas*, Madrid 1999. A pesar de los años trascurridos desde su aparición, merece la pena consultar para cuanto se refiere a los anales, crónicas e historias hispanas la obra de B. SÁNCHEZ ALONSO, *Historia de la historiografía española*, Madrid 1947.

[38] Los textos han sido publicados por Juan GIL, *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII*, Madrid 1993.

[39] Han sido editados por Ana PINTO, *Los viajes de Sir John Mandeville*, Madrid 2001.

[40] Puede verse el lamento en el artículo de H. I. MARROU, «Theorie et practique de l'histoire», *Revue Historique*, CCXXXIII, 1965, p. 156: «Les historiens de métier demeurent extrêmement méfiants à l'egard de toute Geschichtsphilosophie», palabras que hace suyas Jean GLÉNISSON, «L'historiographie française contemporaine: tendances et réalisations», *Vingt-cinc ans de recherche historique en France (1940-1965)*, París 1965, 1, pp. IX-LXIV al hablar de la «indifférence que manifeste l'ecole française dans sa quasi-totalité pour l'histoire de l'histoire» —p. IX—. En líneas generales sigo el artículo de Glenisson al hablar de la historia positivista, que él y los teóricos de esta corriente prefieren llamar historia empírica.

Sobre el interés de los historiadores españoles por la teoría, baste leer el dossier —medianamente optimista— sobre *Historiografía española y reflexión historiográfica* publicado en el número 198 (1998) de la revista *Hispania* con artículos de Julio ARÓSTEGUI, «Identidad, mundialización e «historización» de la experiencia», pp. 97-125, Gonzalo PASAMAR, «Los historiadores españoles y la reflexión historiográfica», 1880-1980, pp. 13-48, Gonzalo BRAVO, «Limitaciones y condicionamientos de la reflexión

historiográfica española», y Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, «La historia contemporánea en España: tendencias recientes», pp. 65-95.

[41] Entre las numerosas obras de Fontana, de las que sin duda hablarán con más detalle mis colegas, me refiero a *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona 1982.

[42] *Introduction aux études historiques*, París 1898. Un poco posterior es la obra de SEIGNOBOS, *La méthode historique appliqué aux sciences sociales*, París 1909.

[43] Se trata casi siempre de documentos escritos.

[44] La persona, el individuo, aparece así como la razón última de la evolución histórica. Hay hechos colectivos pero son reducibles a actos de individuos que los contemporáneos toman como modelo o se deben a las acciones de una reunión de individuos.

[45] El término no tiene ni debe tener sentido peyorativo y el historiador actual está obligado a conocer la obra de los positivistas, que han dado a conocer y criticado con acierto los documentos en los que, necesariamente, tenemos que basar nuestros estudios, aunque a ellos tengamos que añadir las aportaciones posteriores.

[46] Baste ver el estudio introductorio a la *Primera Crónica General de España*, Madrid 1906.

[47] Sobre las publicaciones, la vida y la obra de don Claudio, véase el estudio de Sonsoles CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *Semblanza histórico-política de Claudio Sánchez-Albornoz*, Madrid 1992. Puede consultarse también mi estudio *Claudio Sánchez-Albornoz*, Valladolid 1986, en el que pueden verse más ampliamente las ideas aquí expuestas.

[48] Tuvo este título entre 1929 y 1944, cambiado en 1945 por *Annales d'histoire social* y por *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations* a partir de 1946.

[49] Puede verse en el «aviso a los lectores» incluido en el número 1 de los Annales.

[50] *Historia marxista, historia en construcción* es el título de una obra de Pierre Vilar, Barcelona 1974.

[51] Las ideas de Duby pueden verse en «Histoire des mentalités» en *L'histoire et ses méthodes*, París 1961, pp. 937-966, y las de Le Goff están recogidas en «Les mentalités: une histoire ambiguë», en *Faire de l'histoire*, III, París 1974, pp. 76-94.

[52] La edición castellana se publicó en Madrid 1985. El cuadro y las explicaciones correspondientes pueden verse en la p. 233.

[53] Las ideas de MENÉNDEZ PIDAL pueden verse en «El Compromiso de Caspe, autodeterminación de un pueblo» en *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, Madrid 1964, pp. IX-CLXIV; las de Ferran SOLDEVILA en *El Compromís de Casp (Resposta al Sr. Menéndez Pidal)*, Barcelona 1965. El nacionalismo ha dado paso al localismo o regionalismo pero el planteamiento es el mismo: la Historia medieval es utilizada para explicar o justificar situaciones actuales y se corre el riesgo de magnificarlos y, sobre todo, de «descubrir mediterráneos» con más frecuencia de la deseable.

[54] «Tendencias actuales y perspectivas de investigación en Historia Contemporánea», *Tendencias en Historia* Encuentros en la Universidad Intrernacional «Menéndez Pelayo», julio 1988, Madrid 1990, p. 57.

[55] Pueden verse los resultados en *Studia Historica. Edad Media*, 1988, en *Presente y futuro de la Historia Medieval en España*, Madrid 1990 y en La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998), Pamplona 1999.

II.4
HISTORIA MODERNA

Carlos Martínez Shaw

I. LA HISTORIA MODERNA: CRONOLOGÍA

Las novedades que presenta la Edad Moderna le confieren una indudable unidad. Así, el equilibrio entre el feudalismo tardío y el capitalismo mercantil en el plano económico, la convivencia entre una sociedad estamental y una sociedad de clases, la implantación del absolutismo como sistema político dominante y la fidelidad al valor normativo de la cultura clásica dentro de un mundo impregnado de la religiosidad propagada por las diversas confesiones cristianas, son los caracteres que individualizan los tiempos modernos. La ruptura de esta unidad, dando paso a otra época histórica, se produce con la aparición de una serie de fenómenos tales como el definitivo triunfo del capitalismo en el plano económico, la cancelación de la sociedad estamental, el establecimiento de la monarquía constitucional basada en el principio de la soberanía nacional y la aparición de una nueva civilización como producto de la revolución industrial y la revolución burguesa.

La larga duración de estos procesos de cambio hacen que la Edad Moderna pueda considerarse, en general, comprendida entre mediados del siglo XV y mediados del siglo XIX. Sin embargo, el magnetismo de los hitos simbólicos ha ofrecido como principio la fecha de 1453 (caída del imperio bizantino ante la acometida otomana) y como final la fecha de 1789 (desencadenamiento de la revolución francesa), aunque en España también conservan su valor los años de 1474 (inicio del reinado de los Reyes Católicos) y de 1808 (crisis del Antiguo Régimen e invasión napoleónica) para marcar, respectivamente, las fechas de comienzo y de fin de los tiempos modernos.

Hay que decir, por último, que los conceptos utilizados y las fechas propuestas implican una opción claramente eurocéntrica a la hora de plantear las divisorias históricas. No obstante, la noción de Edad Moderna puede aplicarse también de manera laxa a los restantes continentes. Así, en América, la llegada de los españoles primero y de otras potencias europeas más tarde supuso la quiebra del mundo precolombino y el inicio de una larga etapa de colonización del continente. África, a su vez, sufrió también una conmoción de ingentes proporciones, debida esencialmente al impacto causado por la introducción de la trata de esclavos, que condicionó decisivamente la evolu-

ción de las poblaciones. Asia, por su parte, asistió a la formación de una serie de poderosos estados centralizados y sometidos a una fuerte autoridad monárquica que hay tentación de calificar como absolutista, forzando el paralelismo con la simultánea evolución experimentada en Europa. Y, para terminar, una última razón para extender el concepto a escala planetaria: la expansión europea a los otros continentes permitió, en los tiempos modernos, la aparición de un único mundo y el nacimiento de una auténtica historia universal.

2. LA RENOVACION HISTORIOGRÁFICA DE ENTREGUERRAS

Durante las primeras décadas del siglo XX, el panorama historiográfico estuvo dominado por la escuela positivista, sólidamente implantada en los ámbitos académicos, y por los grandes ensayos interpretativos de algunas filosofías de la historia o morfologías culturales, entre las que destacaban las construcciones de Oswald Spengler (*La decadencia de Occidente*, edición original alemana de 1918 y primera española de 1923-1927, publicada en Madrid gracias al interés de José Ortega y Gasset) y de Arnold Toynbee (*Estudio de la Historia*, edición original inglesa publicada a partir de 1934 y primera española a partir de 1959, publicada en Buenos Aires). Sin embargo, justamente antes de iniciarse los años treinta se estaba gestando una profunda revolución en este campo que para muchos significa la aparición de una historia plenamente científica. El historiador francés Pierre Chaunu ha llegado incluso a certificar el nacimiento de la nueva historiografía, en el clima de la gran depresión, con estas palabras:

> «La historia, ciencia humana unificadora de nuestro tiempo, nació entre 1929 y el comienzo de los años treinta: nació de la angustia y la miseria de los tiempos, en la atmósfera dolorosa de una crisis de enormes dimensiones y de repercusiones infinitas».

Esta ciencia histórica provenía de la triple confluencia entre un movimiento académico protagonizado en Francia por un grupo de historiadores profesionales (la llamada «escuela de los *Annales*»), la asimilación de la teoría marxista del materialismo histórico y su concepto de interdependencia de los fenómenos sociales y la aparición de una historia cuantitativa y serial a partir del diálogo establecido por la historia con la teoría económica y con el resto de las ciencias sociales (geografía, demografía, sociología, antropología). Nacía así el concepto de *historia total*, que ha condicionado decisivamente el quehacer de los historiadores durante el resto del siglo XX.

2.1. La escuela de los *Annales*

La corriente representada por la escuela de los *Annales* produjo un rápido impacto en el mundo de la historiografía, gracias a la utilización de la cátedra universitaria o de la revista científica como instrumentos de difusión

de sus conceptos. Su crítica de la historia académica de cuño positivista (llamada despectivamente «historia historizante») marcó profundamente a las generaciones siguientes. La escuela toma su nombre de la revista *Annales d'Histoire Economique et Sociale* (hoy *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*), fundada por Lucien Febvre y Marc Bloch, los iniciadores del movimieto, el año 1929, la fecha simbólica del nacimiento de la nueva historiografía. Desde ese momento, los *Annales* van a difundir los presupuestos de su concepción de la ciencia histórica, fundamentalmente mediante artículos, recensiones y comentarios, es decir de una manera desordenada y fragmentaria que hace difícil una exposición sistemática de la doctrina de la escuela. En todo caso, es posible una aproximación al pensamiento de sus fundadores a partir de sus dos obras teóricas más importantes: *Combats pour l' Histoire*, colección de los artículos más representativos de Lucien Febvre, seleccionados y ordenados por el mismo autor, y *Apologie pour l' histoire, ou métier d'historien* (traducida en español bajo el título de *Introducción a la Historia*), que resume las reflexiones de Marc Bloch.

En la primera de estas obras aparecía una definición de la nueva ciencia social:

> «La historia es el estudio científico elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras (el postulado es de la sociología); actividades y creaciones con las que cubrieron la superficie de la tierra y la sucesión de las edades».

Sin embargo, esta concepción no se generó tanto a partir de una reflexión abstracta sobre la ciencia histórica como desde el enfrentamiento cotidiano con la manera de elaboración concreta de la historia en los medios académicos franceses, por lo que sus afirmaciones positivas son el fruto de un combate contra los presupuestos de los historiadores de la época. La identificación de estos combates nos permite conocer mejor los fundamentos de la escuela.

En primer lugar, los *Annales* combaten a favor de una historia total y contra la idea de que sólo unos determinados hechos (los políticos, los militares y los diplomáticos) tienen categoría histórica. «Sólo existe la historia en su unidad», lo que excluye el privilegio de una clase de hechos sobre otros. La acción del hombre es política, económica, cultural: todos estos elementos son indisociables y constituyen una única realidad. Juntamente con esta ampliación del campo temático, la escuela subrayó igualmente la unidad en el tiempo y la universalidad en el espacio de la historia del hombre, intentando por primera vez suprimir las barreras artificiales entre los especialistas de diversas épocas y abogando por una dimensión auténticamente universal (y no eurocéntrica) del desarrollo histórico. La introducción en el terreno académico de este concepto de historia total, que ya había sido formulado por el materialismo histórico y que hoy nos parece tan evidente, fue sin duda una de las mayores aportaciones de la escuela.

En segundo lugar, los *Annales* hacen un llamamiento a la tarea interdisciplinar, a la colaboración entre las diversas ciencias del hombre, frente a la incomunicación entre las ciencias similares. Preocupada por la renovación metodológica, la escuela de los *Annales* no solamente amplió y mejoró el utillaje del historiador (técnicas auxiliares), sino que incorporó también métodos que procedían de otras ciencias sociales como una de las fuentes más fértiles de enriquecimiento de la ciencia histórica. Sus exploraciones en el terreno de la sociología, la economía o la antropología constituyen una de las herencias más importantes de la escuela.

En tercer lugar, frente a la historiografía positivista basada en el dato, los *Annales* se pronuncian a favor de una historia de problemas e hipótesis. Problemas e hipótesis que guarden relación con la vida de los hombres en el seno de sociedades concretas. Con esta actitud, se entabla el combate contra la historia como una sucesión de datos aislados que formen un repertorio sin vida, sin ayudar a comprender la obra de las generaciones anteriores y, por tanto, sin ayudar a comprendernos a nosotros mismos. La historia es la historia del hombre en sociedad en el inmenso territorio del pasado.

Las enseñanzas de *Annales* fructificaron enseguida en una serie de obras monumentales que llevaron a la investigación práctica los principios inspiradores de la escuela. En este sentido, hay que señalar como paradigma la obra de Fernand Braudel: *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, publicada en su edición original francesa en 1966. Su objetivo era el de dar a conocer la historia completa de la cuenca mediterránea en la segunda mitad del siglo XVI a partir de tres planos diferentes que se articulan entre sí según el *tempo* de los diferentes procesos. Primero, tendremos el tiempo lento de la geohistoria, es decir de la interacción entre el hombre y el medio geográfico; después vendrá el tiempo de las estructuras económicas y sociales, que es también de larga duración (*longue durée*, concepto básico braudeliano); y, finalmente, el tiempo rápido de los acontecimientos políticos y militares de la historia tradicional. Por su originalidad y amplio aliento, y pese a las críticas que han recaído sobre esta solución para ordenar los procesos históricos, la obra de Fernand Braudel ha sido una de las de mayor influencia en el campo de la Historia Moderna desde su publicación hasta nuestros días.

2.2. La historiografía marxista

Mientras que a lo largo del siglo XIX y del primer tercio del XX las corrientes positivistas conquistaban los ámbitos académicos, los pensadores Karl Marx y Friedrich Engels ponían las bases de una concepción alternativa en el análisis de la sociedad y en el estudio de la evolución histórica. Recogiendo los presupuestos del racionalismo ilustrado, la economía clásica inglesa, la filosofía alemana y el pensamiento socialista francés, el

marxismo proponía una concepción teórica que habría de transformar profundamente el campo de las ciencias sociales en general y de la historia en particular.

Las claves del materialismo histórico aparecen ya definidas ampliamente en los escritos de los fundadores del sistema. La sociedad se concibe como una totalidad de planos relacionados entre sí, la relación entre dichos planos de la realidad social se opera a partir de unas constantes (definidas según el llamado modelo de base y superestructura), el desenvolvimiento de las tensiones internas en el seno de las sociedades constituye el motor esencial del desarrollo histórico. Sin embargo, las trascendentes aportaciones del materialismo histórico no tuvieron una influencia inmediata en la investigación historiográfica. Las razones hay que buscarlas tanto en el rechazo monolítico de las nuevas corrientes por parte de la historiografía académica como en las implicaciones revolucionarias que la interpretación marxista de la historia tenía para la sociedad de su tiempo y como, asimismo, en la primacía que las cuestiones políticas tuvieron sobre las cuestiones teóricas al calor de la aceleración de los procesos de lucha de clases en la Europa de la época.

La rígida interpretación escolástica del materialismo histórico propugnada desde los años veinte por los regímenes comunistas propició que la aplicación de sus presupuestos, liberados de los elementos más discutibles (aquellos que conducían a una interpretación economicista del modelo de base y superestructura y a una interpretación determinista del modelo de evolución histórica) se produjese fundamentalmente en los medios intelectuales de la Europa occidental, a través de una serie de debates que hoy se consideran clásicos y esenciales para el avance de la ciencia historiográfica. Entre ellos, señalemos el debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo (abierto en 1946 por el economista británico Maurice Dobb y cuyas principales piezas fueron recogidas por Rodney Hilton en *La transición del feudalismo al capitalismo*, versión española de 1977) o la polémica sobre la crisis del siglo XVII (desencadenada en 1954 por el historiador también británico Eric John Hobsbawm y cuyos principales elementos se recogen en el libro editado por Trevor Aston en 1965 bajo el título de *Crisis in Europe, 1560-1560*).

Hoy día, el más importante legado de la escuela marxista es la confluencia de su concepto de totalidad social con el de historia total de la escuela de los *Annales*. De este modo, si ya el prestigioso economista austríaco Joseph Alois Schumpeter pudo proclamar a Karl Marx como el creador de la «historia razonada», el historiador francés Pierre Vilar ha podido reclamarse al mismo tiempo de la tradición marxista y de los presupuestos enunciados por *Annales* para hablar de una «historia integradora» y para llevar al terreno de la investigación concreta esta concepción teórica en su obra mayor, publicada en 1962, *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, un análisis de los fundamentos geográficos e históricos de la inserción de aquella región en el marco español.

2.3. La historia cuantitativa y serial

La proclamación del concepto de totalidad social permitió a la historia establecer contacto con otras ciencias sociales, en las que descubrió una serie de enfoques, métodos y técnicas que remodelaron su capacidad analítica y su utillaje científico. Ahora bien, entre estos fértiles intercambios, el primero y el de mayor trascendencia fue el mantenido con la economía. El hallazgo de este espacio común entre economistas e historiadores había tenido su precedente en el siglo XIX con la aparición de la llamada «escuela histórica alemana de economía», que pese a su buen planteamiento inicial naufragó por su estrecho positivismo, por su incapacidad para la generalización a partir de los datos recogidos en los archivos.

Ya en el siglo XX, el segundo encuentro entre la economía y la historia se produjo por iniciativa de los historiadores que, formados al calor de los *Annales* y del marxismo, decidieron recurrir a la teoría económica para explicar los hechos reflejados en sus documentos. Se basaban en la consideración de que los hechos de la historia económica son parte integrante de un conjunto explicativo más amplio que incluye todos los planos de la realidad social, en el convencimiento de la necesidad de elaborar teorías económicas específicas para cada tipo de sociedad histórica y la conciencia de la debilidad de su arsenal de teoría económica y técnicas estadísticas para abordar los fenómenos que debían ser objeto de estudio.

Ahora bien, esta aproximación a los hechos económicos produjo enseguida un desplazamiento del interés historiográfico desde el hecho individual a los hechos colectivos, del dato puntual a la serie de datos extendidos en el tiempo, del acontecimiento singular que se describe a las repeticiones masivas que se cuantifican. De este modo, impulsada por los métodos de la economía, por la inclusión de la historia en el conjunto de las ciencias sociales y por el protagonismo otorgado por el marxismo a las colectividades en el pasado y en el presente, la historia cuantitativa consiguió carta de naturaleza y se convirtió en una de las líneas principales del desarrollo historiográfico desde entonces hasta nuestros días.

Sin embargo, la preocupación común por no segregar los hechos económicos de los restantes hechos que configuraban la realidad social, de acuerdo con las nuevas definiciones de la historia total, llevaba a la historia cuantitativa a ocuparse de todos aquellos tipos de fenómenos del pasado cuyos datos pudieran ser presentados en series homogéneas. Así, la cuantificación se desplazaba al campo de la historia demográfica, política o cultural, ya que el único requisito exigido era la posibilidad de ordenar los datos en series susceptibles de tratamiento estadístico. Por ese motivo, esta corriente historiográfica, que buscaría «sustituir lo aberrante por lo significativo» sería denominada, a propuesta de uno de sus cultivadores, «historia serial» para distinguirla de la historia cuantitativa en sentido estricto, término que debía

reservarse a partir de ahora a las elaboraciones de los historiadores de la economía.

Ahora bien, si la historia del segundo encuentro había surgido de la iniciativa de los historiadores, la historia del tercer encuentro o historia cuantitativa propiamente dicha brotaría del impulso de una serie de economistas asentados en los Estados Unidos, que creían indispensable el recurso a la historia para dar solidez a sus reflexiones teóricas. Esta historia cuantitativa ofreció ya sus primeras obras de relieve en la década de los treinta, fundamentalmente en el campo del estudio de la evolución de los precios, una variable que se consideró significativa a la hora de comprender y explicar las bruscas oscilaciones de la economía capitalista, así como también de modo particular la crisis que había conducido a la depresión de aquellos años. Uno de los trabajos más importantes fue *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1503-1650*, publicado en 1934 por el historiador estadounidense Earl Jefferson Hamilton, cuyo análisis de las remesas de oro y plata llegadas de América y su efecto sobre el aumento de los precios y de los salarios en España sustentaría su teoría de la inflación del beneficio (causada por el desfase precios/salarios, ocasionado a su vez por la introducción de moneda en el circuito productivo) como elemento básico del desarrollo del capitalismo, una tesis que habría de ser incoporada a sus argumentaciones por el británico John Maynard Keynes, el economista más influyente de su época. Casi al mismo tiempo, un historiador francés, Camille-Ernest Labrousse ponía en circulación dos obras capitales, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle* y *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution* (de 1933 y 1944 respectivamente, de las que existe una versión española resumida bajo el título de *Fluctuaciones económicas e historia social*, 1972), destinadas a demostrar que la evolución diferenciada de los precios agrícolas, los salarios y la renta de la tierra constituyó el sustrato económico que explica la Revolución Francesa.

La historia de los precios dejó paso pronto a otro tipo de investigaciones, que estuvieron siempre relacionadas con los problemas que la realidad presente planteaba en cada momento a los teóricos de la economía. Así, la preocupación por el crecimiento económico condicionó la aparición del trabajo de W. A. Cole y Phyllis Deane, publicado en 1962, sobre la estructura y las tendencias mayores de la economía de Gran Bretaña entre 1688 y 1959, así como también el ensayo de reconstrucción estadística de las variables macroeconómicas de la economía francesa, emprendido a partir de 1961 por Jean Marczewski. Del mismo modo, el afán por identificar en el pasado los requisitos esenciales para el despegue económico, con objeto de aplicar los resultados obtenidos a los países atrasados, condujo a la proliferación de trabajos sobre los orígenes de la revolución industrial europea, que se convirtió en una de las cuestiones más estudiadas y debatidas a partir de los años sesenta.

Una última derivación del tercer encuentro fue la aparición en 1957 de la llamada *New Economic Hi*story. La nueva escuela se proponía en esencia la aplicación de la teoría económica y de las técnicas econométricas a las series y variables macroeconómicas de la historia cuantitativa. Sin embargo, pese al ímpetu y la ambición de sus planteamientos iniciales, pronto quedaron al descubierto una serie de insalvables limitaciones, como fueron la aceptación sin crítica de la teoría económica elaborada por los doctrinarios del neoliberalismo económico, la dudosa justificación de los llamados modelos contrafactuales (o pruebas *a contrario*, donde las variables reales se sustituían por otras inventadas para comprobar las diferencias que hubieran podido introducirse en los procesos económicos), la reducción de la explicación histórica a los meros datos económicos (negando así las conquistas de la historia total) y, finalmente, el área restringida de aplicación de su metodología, que difícilmente podía superar el ámbito de la historia contemporánea. De este modo, los trabajos más importantes de la escuela se ocuparon de la historia económica de los Estados Unidos en los siglos XIX y XX, mientras no dejaban de ser decepcionantes los intentos de aplicar sus presupuestos a la historia de tiempos anteriores, como puede comprobarse en la obra de Douglass C. North y Robert Paul Thomas, *The Rise of the Western World. A New Economic History* (1973).

En definitiva, los resultados de la historia del tercer encuentro y su heredera, la *New Economic History*, parecen cuestionar el conjunto de los trabajos producidos por esta corriente. Porque, evidentemente, el capital básico legado por la renovación historiográfica de entreguerras reside en las enseñanzas de la escuela de los *Annales* y de la teoría marxista. Los conceptos de historia total, de interdependencia de los fenómenos sociales, de articulación explicativa de los diversos elementos de la realidad histórica, definen las coordenadas de la historiografía de la actualidad. Por ello, sólo la historia serial (aplicada a los hechos económicos, sociales, políticos o ideológicos) se inserta con pleno derecho en el horizonte imaginado por la renovación historiográfica de entreguerras, que todavía regula el quehacer de los investigadores.

2.4. El triunfo de la historia total

Tras la segunda guerra mundial, la batalla de la nueva concepción científica de la historia estaba ya ganada. Sin embargo, todavía durante muchos años, como una consecuencia de la guerra fría, de la división del mundo en dos campos irreductibles, las escuelas se armaron de una fuerte carga ideológica, que si bien sirvió para animar los debates, también contribuyó a levantar barreras artificiales entre los profesionales. Sólo el paso del tiempo, con los cambios acaecidos en el panorama internacional, fue difuminando los límites entre las diversas corrientes y fue permitiendo el intercambio por encima de las trincheras. Del mismo modo, la historia fue abriéndose al diálogo con las distintas ciencias sociales (geografía, economía, demografía,

sociología, antropología), integrando los resultados de las especialidades afines (historia del derecho, del arte, de la literatura, de la filosofía, de la ciencia, de las religiones) y explorando nuevos campos de investigación para incorporar todo el conjunto de la actividad humana.

La historia se convertía en verdadera historia universal, como declaraba Pierre Vilar: «En la difícil aproximación a la totalidad histórica, puede y debe servirnos toda investigación que se inspire en los métodos más recientes de los psicólogos, de los sociólogos y de los economistas. Siempre y cuando el historiador no olvide su propia labor, consistente en establecer síntesis, en distinguir los episodios históricos que forman un todo, en no reducir la historia ni al largo plazo que deshumaniza ni al corto plazo que impide ver el crecimiento y el progreso. Labor que consiste, en definitiva, en el estudio de los mecanismos que relacionan los acontecimientos con la dinámica de las estructuras».

Ahora bien, si nuestro horizonte es la historia total, esta constatación no quiere decir que cada investigación pueda abordar la totalidad de la realidad histórica de un determinado espacio y un determinado tiempo, a menos que el lugar se defina a escala liliputiense o la cronología se constriña a la medida de un reloj de arena. Es imposible para la capacidad humana comprender simultáneamente todo el pasado en su múltiple despliegue, a menos que se posea el *aleph* imaginado por Jorge Luis Borges. La construcción de la historia total es un punto de fuga hacia donde convergen todos los esfuerzos del historiador, una meta ideal que sirve de guía al investigador para no extraviarse, para orientarse, para mantener siempre el rumbo. Sin embargo, la investigación concreta se ha de ceñir a objetivos parciales, con las únicas condiciones de su relevancia y su vocación de articularse con otras investigaciones paralelas para construir aquella inalcanzable totalidad. De ahí que nos sea lícito dividir las tendencias historiográficas actuales en el campo de la Edad Moderna de acuerdo con los sectores que han ido definiéndose a lo largo de la segunda mitad del siglo XX: la historia económica, social, política y de la cultura. Aunque aun así nos quedarán objetos de difícil definición (¿dónde encuadrar la historia climática o la historia marítima?), objetos que remiten a varios sectores (la historia de la población, que se reclama a un tiempo de la historia económica y de la historia social), objetos nuevos recientemente explorados pero en incesante expansión (la polivalente historia de las mentalidades), objetos que parecen desmentir la historia total, pero que nos devuelven en cifra una realidad que no podemos captar en su epifanía (la microhistoria).

En cualquier caso, vamos a tratar de definir lo que Emmanuel Le Roy Ladurie llamó «el territorio del historiador», procediendo desde los enfoques más clásicos o más tradicionales hasta los más innovadores o más recientes, aquellos que Michel Vovelle pusiera bajo el epígrafe de «los frentes avanzados de la historia».

3. LA HISTORIA ECONÓMICA

La historia económica abordó inicialmente una serie de cuestiones planteadas por la teoría económica contemporánea. La historia de los precios se constituyó como uno de los primeros sectores en acotar sus objetivos y su metodología, generando una especialidad que conserva todo su prestigio y continúa atrayendo adeptos a su campo. Siguieron los trabajos de reconstrucción de las contabilidades nacionales, que no obstante tropezaron siempre con la dificultad del escaso material estadístico disponible para los tiempos modernos y la consiguiente exigencia de una constante extrapolación de datos que dañaba la precisión y por tanto la credibilidad de los resultados finales. La respuesta consistió en reducir la ambición a la elaboración de series parciales de algunas variables concretas, ya fueran los precios, los salarios, la producción o el consumo en determinadas áreas o determinados periodos. Tal tipo de cuestiones siguen constituyendo un ámbito clásico de la investigación histórica. Sin embargo, al mismo tiempo se abría camino una tendencia al estudio de los sectores económicos, que se apoyaba en una documentación tanto cuantitativa como cualitativa.

3.1. Los sectores económicos

3.1.1. Los intercambios

En efecto, la utilización de series implicaba la posibilidad de aunar los datos cuantitativos a los cualitativos para proceder a rehacer la historia de los diversos sectores. En este caso, la casa empezó en buena parte a construirse por el tejado, ya que la facilidad del acceso a las fuentes y la preferencia de la escuela de los *Annales* por los factores de circulación e intercambio por encima de los factores de producción produjeron la aparición de una serie de grandes obras dedicadas a la historia del comercio, dentro de una colección titulada significativamente *Ports, routes et traffics*. Entre ellas, deben citarse por su carácter pionero las de Huguette y Pierre Chaunu (*Séville et l'Atlantique, 1504-1650*, de 1955-1960), Frédéric Mauro (*Le Portugal et l'Atlantique au XVIIe siècle, 1570-1670*, de 1956) y Louis Dermigny (*La Chine et l'Occident. Le Commerce à Canton au XVIIIe siècle, 1718-1833*, de 1964).

Esta historia del comercio fue primeramente una historia de los grandes flujos internacionales, incluso intercontinentales, como se desprende de los títulos citados. Las grandes rutas europeas o ultramarinas, las compañías privilegiadas o el tráfico de esclavos fueron los principales centros de interés por mucho tiempo, dando lugar a algunas otras obras clásicas, como las de Krystof Glamann (*Dutch-Asiatic Trade 1620-1740*, de 1958), K. N. Chaudhuri (*The English East India Company. The study of an early joint-stock Company, 1600-1640*, de 1965) y Niels Steensgaard (*The Asian Trade Revolution of the Seventeenth Century*, de

1973). Como consecuencia, también lo fueron los instrumentos de este gran comercio, es decir la letra de cambio (con las operaciones implicadas de endoso y descuento) las pólizas de seguros, los préstamos a interés, los cambios marítimos o préstamos a la gruesa, las sociedades mercantiles (desde la comenda a la compañía de responsabilidad limitada y por acciones). Y, finalmente, las instituciones a su servicio, como las grandes ferias internacionales, los bancos de depósito y giro, las lonjas de mercaderes, las bolsas de mercancías y de valores, los consulados y las cámaras de comercio. Todo un mundo que cuenta ya con una sólida tradición historiográfica.

Sin embargo, la preocupación fue desplazándose después hacia el tráfico interior, especialmente a partir del debate sobre la formación del mercado nacional en paralelo con la difusión de la revolución industrial. La consolidación de los mercados locales, la conformación de una red viaria y de un sistema regular de transporte, la persistencia de complicados sistemas aduaneros, la relación desigual entre el campo y la ciudad, la paulatina formación de una red de tiendas facilitando el suministro diario de géneros, la larga marcha desde el intervencionismo de las autoridades (tasas, estancos) hasta la implantación de la libre circulación de productos. Hoy día los vínculos que unen las grandes terminales del comercio internacional con los mercados locales en contacto con los centros productores se han convertido en objeto prioritario de estudio, una vez superada la fase en que se impuso con exclusividad la brillantez de los grandes tráficos de la plata o de las especias. Lo que no quiere decir que este tipo de cuestiones deje de estar presente en la investigación reciente, como demuestra el renovado interés por la circulación de metales preciosos, atestiguado, entre otros ejemplos, por la obra de Artur Attmann (*The Bullion Flow between Europe and the East, 1000-1750*, de 1981) o de Dennis Flynn (*World Silver and Monetary History in the 16th and 17th Centuries*, de 1996).

3.1.2. La historia agraria

Tras la historia del comercio habría de abrirse paso poco después la historia de la agricultura, aunque especialmente bajo la forma de grandes estudios regionales, donde se daban cita la historia de la población, la historia de la economía agraria y la historia social de los campesinos, con ocasionales apuntes sobre la historia de la civilización rural. También en esta ocasión, baste citar las obras precursoras que han servido de modelo al resto, como fueron las firmadas por Pierre Goubert (*Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*, publicada en 1960, con más énfasis en la demografía y combinando la historia agraria con la urbana) y por Emmanuel Le Roy Ladurie (*Les paysans de Languedoc*, publicada en 1966, una historia rural equilibrada en el tratamiento de los distintos elementos demográficos, económicos y sociales). Para España deben mencionarse la obra ya citada de Pierre Vilar sobre Cataluña, cuyo corazón es un estudio de historia de la población y la agricultura, aunque supere con mucho este marco.

Tras el despliegue de las monografías de historia regional, el interés se ha desplazado hacia el estudio de la empresa agrícola. El acotamiento de un observatorio más reducido ha permitido en este caso prestar mayor atención a los problemas específicos de la explotación del campo, es decir a cuestiones tales como la conquista de la tierra cultivable, las innovaciones tecnológicas (los abonos, los regadíos, las rotaciones de las cosechas), la introducción de nuevos cultivos, los rendimientos por unidad de superficie. Señalada la temática por la obra clásica de B. H. Slicher van Bath (*The Agrarian History of Western Europe, A. D. 500-1850*, versión inglesa de 1963), las contabilidades conservadas para determinados estados nobiliarios y para los grandes monasterios han convertido a estas unidades en el territorio privilegiado para este tipo de investigaciones. En cualquier caso, la historia agraria no ha dejado de incorporar nuevas problemáticas, tales como la evolución de los predios de explotación comunal (con la cuestión clásica de las *enclosures* inglesas), las transferencias de propiedades agrícolas (con la cuestión del endeudamiento campesino), la creación de cinturones rurales en torno a las ciudades europeas (y la gestión económica de la burguesía), la experimentación agraria o, finalmente, la cuestión del señorío, que nos introduce en la historia social e institucional.

3.1.3. Industria, protoindustrialización, industrialización

Tras la agricultura y el comercio, faltaba una historia de la industria. En este caso, la discusión sobre los orígenes de la revolución industrial precedió en mucho a la elaboración de monografías sobre los establecimientos industriales de la Europa moderna. La polémica se inició tras la revisión de la tesis clásica que señalaba a la revolución de la tecnología (telar mecánico y máquina de vapor) como la base del despegue industrial en Inglaterra. Las nuevas líneas interpretativas pusieron sucesivamente el acento en la acumulación primitiva de capital para la inversión en el sector, en el desarrollo paulatino de las manufacturas, en una revolución agrícola previa o simultánea, en la expansión del mercado internacional, en la formación de un mercado interior impulsado por la demografía y el incremento de la capacidad adquisitiva de la población, en la creación de un empresariado de nuevo cuño interesado en impulsar los sectores suceptibles de una producción masiva de géneros manufacturados. Esta copiosa literatura terminó por desplazarse desde el análisis obsesivo del caso inglés al estudio de otras vías diferentes, produciendo una segunda oleada de trabajos unidos en la tarea de descentralizar las investigaciones y de reflexionar sobre la originalidad de los procesos de industrialización llevados a cabos en otras regiones europeas.

Al margen de esta cuestión (sin duda, una de las que han generado una literatura historiográfica más abundante), ha sido la historia de la industria durante los tiempos modernos el campo donde se han producido últimamente mayores novedades, en especial con la aparición del concepto de proto-

industrialización y con el interés por la llamada arqueología industrial. Introducido por Franklin Mendels en un estudio sobre el Flandes del siglo XVIII publicado en 1972, el concepto de protoindustrialización trata de definir los procesos de creación de áreas industriales que se producen en el seno de las sociedades de los tiempos modernos, caracterizados por la existencia de una manufactura destinada al mercado extrarregional, la participación de la población rural en esta producción y su conexión con el desarrollo regional de una agricultura comercializada. Entablado un debate sobre un modelo que guarda relación con las fórmulas conocidas de la industria rural, la industria doméstica o el llamado *putting out system* (y también *Verlagssystem*), los trabajos del grupo de historiadores alemanes compuesto por Peter Kriedte, Hans Medick y Jürgen Schlumbohm (*Industrialisierung vor der Industrialisierung*, 1977) han contribuido a definir mejor la compleja fisonomía de la manufactura europea anterior a la revolución industrial.

La arqueología industrial aparece en primer lugar como una técnica al servicio de la historia de la industria, ya que se trata del rescate y estudio de los restos materiales dejados por la manufactura europea. Sin embargo, el extraordinario desarrollo de la nueva especialidad, particularmente en Inglaterra por razones obvias, ha permitido afirmar la viabilidad de una verdadera historia de la vida material, que ya tendría un carácter sustantivo. De este modo, la arqueología de las fábricas y de los centros de producción ha derivado hacia el estudio de los medios de transporte, de los centros comerciales, de los instrumentos agrícolas y artesanales. Incluso últimamente se ha teorizado la posibilidad de una arqueología del paisaje, que enlazaría con otras temáticas exploradas anteriormente desde perspectivas diferentes y que pueden incluirse dentro del denominador común de la historia del entorno.

3.2. La historia marítima

La historia de los sectores tradicionales aborda a veces el estudio de una serie de actividades económicas relacionadas con el mar, como pueden ser el comercio marítimo o la industria naval. Sin embargo, la historia de la economía marítima incluye toda otra serie de actividades que escapan al marco general, del mismo modo que la relación con el espacio marítimo genera la aparición de fenómenos específicos en el campo de las formaciones sociales, el desarrollo institucional o las actitudes y las mentalidades colectivas que han propiciado la aparición de una especialidad con personalidad propia reconocida en los foros académicos internacionales a partir de la celebración en París en 1956 del primer Coloquio Internacional de Historia Marítima bajo la autoridad indiscutible del propio Lucien Febvre.

De esta forma, por una parte, la historia de la economía marítima ha pasado a integrar el comercio marítimo (con sus instrumentos mercantiles, financieros y jurídicos) y sus formas asociadas (el «comercio alternativo» del

corso y el contrabando, más otras actividades productivas como el rescate de pecios), la construcción naval tanto de buques mercantes como de buques de guerra (y sus suministros de madera, jarcia, lona, alquitrán, hierro o cobre), la pesca (incluyendo no sólo peces, sino también mamíferos, perlas, coral, carey o esponjas) y la explotación de otros recursos (sal, ámbar, algas). Y, por otra, también se inserta en la reciente historia urbana, por su interés en el estudio de las ciudades portuarias y sus infraestructuras materiales, sanitarias, administrativas, fiscales y defensivas, problemática de tal riqueza que ha llegado a constituirse como una especialidad casi autónoma.

Sin embargo, desde otro punto de vista, la historia marítima se reclama también de una vertiente social, a través del estudio de sus agentes: mercaderes, navieros, pescadores, marineros, gremios de maestranza, oficios portuarios (consignatarios, sobrecargos, corredores, prácticos, estibadores, descargadores, buzos, fareros) y oficios vinculados con los establecimientos de acogida (taberneros, posaderos, prostitutas). La historia social del mar incluye también la historia laboral y la historia de la emigración, tanto voluntaria (pasajeros) como forzada (galeotes, cautivos, esclavos).

De igual forma, la historia marítima tiene una vertiente que forma parte de la historia institucional, puesto que se ocupa del estudio de los organismos que guardan relación con el ámbito marítimo, como pueden ser las instituciones dedicadas a la administración mercantil, los consulados de mar, los almirantazgos, las oficinas portuarias, los centros de formación (academias de guardiamarinas, escuelas náuticas, de pilotos o de mareantes), las aduanas o las instituciones sanitarias (juntas de sanidad, resguardos, lazaretos). Por otra parte, las actividades marítimas son generadoras de derecho: legislación relativa a fletes, seguros, matrículas de mar, jurisdicción de marina, habilitaciones de buques, contratos comerciales y laborales.

Finalmente, la historia marítima tiene una vertiente que se inscribe en el marco de la historia cultural. Ceñida durante mucho tiempo al ámbito de la historia de los descubrimientos y de las expediciones marítimas, más recientemente se ha puesto al descubierto que la ciudad portuaria tiene unas peculiaridades culturales distintivas (desde la propia organización del espacio y la disposición de sus edificios), del mismo modo que puede identificarse un modo de vida particular de los marineros, que también poseen una cultura grupal privativa, manifiesta en una sociabilidad, una religiosidad y un modo de expresión fuertemente individualizado. Finalmente, el estudio de las actitudes ante la vida o ante la muerte de aquellos que van a bordo de los buques (expresadas privilegiadamente en ocasión de tormentas o naufragios) constituiría un primer capítulo dentro de una historia de las mentalidades que sólo ahora empieza a abrirse camino entre los investigadores.

De esta forma, se avanza en el camino de la reconstrucción de la historia marítima (o de la construcción de una historia marítima plenamente científica). Porque la historia marítima tiene vocación totalizadora, puesto que

integra y se integra en la historia económica, social, institucional, cultural y de las mentalidades, en el sentido de la historia total de los *Annales*. En definitiva, la historia marítima trata de ser una historia total en el inmenso espacio del mar y sus orillas.

3.3. Historia de la población o demografía histórica

No hay historia económica sin el estudio de los agentes, es decir de los hombres. Ahora bien, si la constitución de grupos humanos en el seno de las distintas comunidades se reclama de la historia social, la contabilidad de la población, así como otras cuestiones afines, caen plenamente dentro de una especialidad que sólo ha adquirido su estatuto científico en los años posteriores a la segunda guerra mundial y como resultado de la acción conjunta de los demógrafos y los historiadores de la economía: la demografía histórica, reconocida académicamente en el XII Congreso de Ciencias Históricas de 1965, el mismo año en que se crea la Sociedad de Demografía Histórica y se inicia la publicación de los *Annales de Démographie Historique*.

La demografía histórica ha empezado siendo esencialmente una historia cuantitativa de los hombres. Primero, los censos de población ordenados por los estados modernos han permitido conocer con aceptable aproximación el número de habitantes de las distintas regiones, así como los periodos de crecimiento o recesión demográfica. Posteriormente, el uso de los registros parroquiales ha desvelado para muchos ámbitos la evolución de las variables esenciales de la natalidad, la mortalidad y la nupcialidad, permitiendo la evaluación de la esperanza de vida o la elaboración de pirámides de población. Y también ha generado debates sobre cuestiones tales como la estabilidad de las comunidades (los pueblos «inmóviles» que mantienen sus constantes a lo largo de todos los siglos del Antiguo Régimen) o como la causa última que alumbra la demografía moderna (fin de la mortalidad catastrófica, revolución agrícola rompiendo el techo maltusiano que impedía el despegue demográfico o conjunción de diversos factores económicos, sociales y políticos).

A partir de aquí, la demografía histórica se ha propuesto toda una serie de nuevos objetos que pronto se han convertido en clásicos, como las tasas de fertilidad, la duración de los intervalos intergenésicos, los sistemas de control de natalidad, los grupos de edad o las relaciones entre la mortalidad ordinaria y la mortalidad catastrófica. Una problemática que ha cobrado autonomía es la de la movilidad espacial, es decir la historia de la emigración, tanto la forzosa (desplazamientos provocados por las guerras, deportaciones, traslados de esclavos, etc.), como sobre todo la voluntaria, motivada por diversos factores, llamados de expulsión (malas condiciones de vida) o de atracción (expectativas de progreso económico y social). En este terreno, el recuento de los emigrantes deja paso a su clasificación siguiendo su procedencia, su destino, su sexo, su edad o su condición social, así como a otras cuestiones más

complejas, como las condiciones de salida e instalación, las cadenas migratorias, las emigraciones periódicas o los retornos definitivos.

3.4. Geohistoria, historia medioambiental e historia ecológica

La relación del hombre con su entorno es un dato fundamental de la evolución histórica. De hecho, la escuela de los *Annales* nació en estrecho contacto con la escuela francesa de geografía humana integrada por personalidades como Paul Vidal de la Blache, Jean Brunhes y Albert Demangeon, Y de ahí que las primeras obras encuadradas en la corriente de los *Annales* viniesen por lo general antecedidas de un extensa introducción de carácter histórico. Ahora bien, si Lucien Febvre pudo colaborar con Albert Demangeon en la redacción del volumen *Le Rhin* (en 1930) y si Pierre Vilar se planteó en primer lugar un trabajo de geografía humana a la hora de iniciar su vida como investigador (también en los años treinta), fue Fernand Braudel quien llevó a su máxima expresión esta tendencia. Pues, en efecto, en su magna obra sobre el Mediterráneo, el historiador francés no sólo se ocupó de analizar las relaciones del hombre con el medio natural, sino que llegó a estudiar la evolución de ese medio geográfico como una realidad que no permanecía inmutable, sino que también conocía el fenómeno del cambio, por muy lento que fuera el ritmo de sus transformaciones. Nacía así la geohistoria, título dado por el autor a la primera parte de su investigación.

A partir de esta primera aproximación a una historia del medio natural, otros especialistas se han ocupado de otros aspectos de la geografía que también tienen su historia. El primer fenómeno que fue objeto de análisis desde este nuevo punto de vista fue el clima, objeto de un trabajo famoso de Emmanuel Le Roy Ladurie (*Histoire du climat depuis l'an mil*, de 1967). La utilización de sofisticadas técnicas de datación (carbono 14, oxígeno 18, dendrocrología, paleobotánica) y la acumulación de documentos de muy variada índole que contenían datos útiles para esta «historia de la lluvia y el buen tiempo», permitieron llegar a resultados plausibles sobre la evolución de esta variable en los tiempos bajomedievales y modernos, entre ellas la célebre conclusión sobre la «pequeña edad de hielo» del siglo XVII, con su sucesión de inviernos fríos y veranos lluviosos. Más adelante, el interés de estos planteamientos sería confirmado por la aparición del volumen colectivo puesto bajo el epígrafe de *Climate and History* y publicado por la Universidad de Princeton en 1981.

El clima tenía una incidencia capital sobre el destino de las cosechas y, por tanto, sobre la vida de una sociedad básicamente agraria que carecía en general de instrumentos de previsión ante una meteorología adversa. De ahí que otros factores hayan pasado a ser objeto de estudio por parte de historiadores provenientes en general del ámbito de la historia agraria. Así, junto a la

evolución de las temperaturas y a la alternancia de lluvias y sequías, también se ha prestado atención al granizo, a las heladas intempestivas, a las tormentas o a los vendavales. Y, sin abandonar el campo, también se ha recogido información sobre la acción de otros agentes destructivos, como la langosta, los roedores o los causantes (a veces no identificados) de otras plagas que han arruinado las cosechas o han diezmado los ganados.

Por último, en un plano más general, al margen de los efectos de la naturaleza desatada sobre la economía agropecuaria, ha ido constituyéndose una verdadera historia de las catástrofes, donde han ocupado su puesto desde los terremotos y las transgresiones marinas hasta los incendios (en los campos pero, sobre todo, en las ciudades) y los naufragios en el mar.

Hay que referirse, por último, a una problemática que ha encontrado recientemente su teorización y hasta su denominación, la llamada historia ecológica, que pone el énfasis en la acción del hombre sobre la naturaleza. Aunque sus orígenes pueden rastrearse en las reflexiones de naturalistas y administradores coloniales de los tiempos modernos (como pone de relieve Richard Grove: *Green Imperialism: Colonial Expansion, Tropical Island Edens and the Origins of Environmentalism, 1600-1860*, 1995), los antecedentes próximos hay que buscarlos en la preocupación por la progresiva escasez de recursos que se detecta en el mundo de hoy, así como por el negativo impacto que causa sobre el planeta el descontrolado modelo de desarrollo económico imperante, muchas veces impuesto por los países capitalistas avanzados sobre los estados más pobres, sobre el llamado Tercer Mundo.

Precedido por algunas obras pioneras (como el volumen colectivo editado por William Thomas: *Man's Role in Changing the Face of the Earth*, de 1956, y el celebrado libro de Clarence Glacken: *Traces on the Rhodian Shore: Nature and Culture in Western Thought, from Ancient Times to the End of the Eighteenth Century*, de 1967), uno de los primeros trabajos que se encuadran en esta tendencia data de 1972, cuando Alfred Crosby procedió a estudiar el «intercambio colombino», es decir las consecuencias biológicas (y también culturales) que para América supuso la llegada de los europeos en 1492. A partir de ahí se han analizado con mayor atención las cuestiones relativas a los desajustes entre las comunidades humanas y el medio natural (y, en particular, las crisis que podían generar en las sociedades antiguas), así como los efectos de la explotación impuesta por los países europeos sobre las regiones colonizadas, implicando graves alteraciones del equilibrio tradicional (prácticas depredadoras, sustitución de cultivos de subsistencia por productos de plantación, transferencias forzosas de mano de obra, introducción anárquica de establecimientos industriales), en un proceso que ha podido ser calificado de «imperialismo ecológico» (Alfred Crosby: *Imperialismo ecológico*, 1988) y que ha venido durando desde la era de los descubrimientos en el siglo XV hasta nuestros mismos días.

3.5. Historia urbana

La atención sobre la trascendencia del fenómeno urbano en la construcción de Europa fue señalado en un libro clásico por el historiador belga Henri Pirenne (*Les villes du Moyen Âge*, 1927). Sin embargo, no sería hasta mucho más tarde cuando la historiografía francesa deudora de *Annales* iniciara una línea de investigación llamada a un brillante porvenir, el estudio integrado de las coordenadas espaciales, demográficas, económicas y sociales que definían a una determinada ciudad del Antiguo Régimen. Así, en 1967 aparecían las obras modélicas de Pierre Deyon (*Amiens, capitale provinciale. Etude sur la société urbaine au XVIIe siècle*) y de Bartolomé Bennassar (*Valladolid et ses campagnes au Siècle d'Or*), una monografía regional que no sólo procedía a analizar el número de los hombres, la composición de los grupos sociales y la organización de su actividad económica dentro de la propia ciudad, sino que ponía al núcleo urbano en relación con su territorio circundante, revelando una interdependencia que se manifestaba en el intercambio de productos agrícolas contra artículos manufacturados, de suministros contra capitales, de impuestos contra servicios.

Esta primera aproximación a la ciudad se complementaría pronto con otros puntos de vista más complejos que conducirían a la aparición de la historia urbana propiamente dicha, centrada en el proceso de urbanización. El análisis de las ciudades debería tener en cuenta la definición demográfica (concentración de la población en un determinado punto), la definición estructural (especialización, más o menos rigurosa, en funciones políticas, administrativas, industriales, comerciales, religiosas y hasta culturales o universitarias) y, finalmente, la integración de las ciudades dentro de sistemas más extensos y complejos. En este caso, no se trata sólo de las relaciones entre el campo y la ciudad (con la aparición de modelos mixtos, como las agrovillas), sino de las relaciones de jerarquía o de dependencia establecidas entre las diversas ciudades, que en general pueden reducirse a dos tipos: el sistema centralizado (*central place system*), que sitúa en su vértice a una capital nacional o regional con funciones políticas (y, como derivación, ceremoniales), administrativas y comerciales bien definidas, y el sistema disperso (*network system*), que nace del comercio internacional, conectando ciudades alejadas (normalmente por vía marítima) en una compleja red donde las hegemonías establecidas son múltiples o pasajeras, en una sucesión siempre cuestionada, que tal vez podía incluir para los tiempos modernos a Venecia, Lisboa, Amberes, Sevilla, Amsterdam y Londres.

En cualquier caso, los estudios urbanos se han multiplicado de modo extraordinario en los últimos tiempos, siguiendo una serie de reflexiones teóricas, como las de Jan de Vries y su modelo de la «ciudad posmedieval preindustrial», es decir, la ciudad de los tiempos modernos (*European Urbanization, 1500-1800*, 1984). Los estudios se han centrado sucesivamente en el análisis

de la aglomeración humana, los límites espaciales (con el papel jugado por la muralla, frente al enemigo, la competencia económica y las epidemias), la organización y jerarquización del espacio interior, las funciones primordiales y complementarias, la especificidad de su estatuto jurídico frente a otros poderes, la singularidad de su estructura social, el carácter de sus productos culturales (consideración de la ciudad como ámbito privilegiado de una cultura heterónima) y, por último, la inserción en un sistema de ciudades. Y, más recientemente aún, se ha puesto el énfasis en su papel como centro ceremonial (representación del orden social, escenario para la glorificación de los poderes) o en el proceso de autoafirmación, que hace aparecer las primeras historias complacientes con un pasado más o menos idealizado y las primeras imágenes que subrayan los rasgos considerados más significativos por la comunidad de los ciudadanos.

4. LA HISTORIA SOCIAL

Hay que estar de acuerdo con Lucien Febvre cuando afirmaba que toda historia es social. Sin embargo, la propia escuela de los *Annales* ya estableció desde el principio una distinción entre historia económica e historia social para después rotular su órgano de expresión con los términos de «economías, sociedades y civilizaciones». De este modo, la historia social es aquella que se ocupa específicamente de los grupos humanos. Para la Edad Moderna, la historia social debe resolver en primer lugar el estéril debate sobre la dicotomía sociedad estamental/sociedad clasista, por la sencilla razón de que los estamentos (definidos por estatutos jurídicos diferenciados) y las clases (definidas por el lugar que ocupan sus integrantes en el sistema de propiedad, producción y distribución de los bienes) coexisten perfectamente en la Europa del Antiguo Régimen. Y tambien porque estas divisorias no son las únicas, sino que, siempre durante los tiempos modernos, hay otros elementos fundamentales de diferenciación, como puede ser la pertenencia a distintas castas (colonizadores europeos frente a colonizados indígenas), el color de la piel (lo que ha permitido hablar de una auténtica «pigmentocracia»), la descalificación por motivos de raza (judíos o musulmanes en ciertas sociedades europeas) o por motivos religiosos (conversos en España, católicos en Inglaterra o en los Países Bajos) y, simplemente, la ausencia de todo derecho, como en el caso de los esclavos.

4.1. La historia de los grupos sociales

4.1.1. Los privilegiados

Como era previsible, la historia social comenzó por ocuparse de los distintos grupos sociales. Sin embargo, hay que empezar constatando la sorpresa

que causa la tardía renovación de los estudios sobre la nobleza del Antiguo Régimen, pese al incontestable papel que juega en la historia de la Europa moderna. Puede decirse que el punto de arranque para el análisis sistemático de estos grupo sociales se sitúa en los años sesenta, cuando en España Antonio Domínguez Ortiz (*La sociedad española del siglo XVII. La nobleza*, 1963), en Inglaterra Lawrence Stone (*The Crisis of the Aristocracy, 1558-1641*, 1965) y en Francia Jean Meyer (*La noblesse bretonne au XVIIIe siècle*, 1966) escribían las primeras monografías específicas para señalar las bases económicas (propiedades agrarias, derechos feudales, privilegios fiscales) y sociales (sistema señorial, presencia en la Corte y en los órganos centrales de la administración, influencia en los gobiernos regionales y locales, privilegios jurídicos, altos cargos en el ejército y en la marina) que garantizaban su preeminencia en todos los sectores de la vida de la comunidad. Sólo a partir de aquí se han multiplicado los trabajos sobre las distintas familias, sobre la estratificación en el seno de la propia aristocracia, sobre los grupos nobiliarios inferiores (caballeros, hidalgos), sobre sus cambiantes relaciones con la Monarquía y sobre su educación y formación cultural. Finalmente, una última corriente tiende a ocuparse de la formación de grupos para el usufructo del poder político, tanto en el plano del gobierno monárquico como del gobierno municipal, constituyendo clases dirigentes o élites de poder (que en las ciudades adoptan la forma de oligarquías o patriciados urbanos) y utilizando para sus fines todos los mecanismos de la sociedad estamental, con la inclusión de las calculadas estrategias matrimoniales y las indispensables redes clientelares.

La misma situación puede señalarse para el caso del clero. Los estudios sobre la historia religiosa se habían ceñido a la historia institucional de la Iglesia, a las definiciones teológicas y a las controversias doctrinales, con especial énfasis en el tema central de la Reforma y de la represión de la disidencia en las distintas regiones europeas. Sin embargo, el tránsito de la atención historiográfica desde el campo de la oposición entre las iglesias hasta el campo de la actuación separada de las mismas en el ámbito pastoral ha puesto en primer plano la figura del clérigo como agente de este esfuerzo de encuadramiento de los fieles cristianos a lo largo de los tiempos modernos, tanto en el ámbito católico como en el protestante. En el caso del catolicismo (siguiendo los pasos de los trabajos precursores de Gabriel Le Bras y de Louis Perouas), los decretos del Concilio de Trento han sido el punto de partida para la investigación del nuevo papel asignado a los obispos (dedicados por completo al gobierno de sus diócesis frente al absentismo habitual de los tiempos anteriores), y a los párrocos, que mejoran su condiciones materiales de vida, así como su formación intelectual (a través de los seminarios, los sínodos, las visitas pastorales y las congregaciones de sacerdotes), sin dejar de lado las órdenes religiosas, tanto masculinas como femeninas, e incluso las cofradías de laicos, que contribuyen a la obra común. En el mundo protestante (donde hay que atribuir el papel pionero al libro de Bernard Vogler sobre el clero protestante renano en el siglo de la Reforma, los pastores reciben asimismo una sólida formación teológica y

perfeccionan sus facultades para la predicación, al tiempo que se controlan periódicamente su ortodoxia, su gestión de los bienes eclesiásticos, sus lecturas y su conducta moral. Esta base permite la aparición de una auténtica historia social del clero europeo del Antiguo Régimen, que tiene en cuenta sus ingresos, su estratificación (desde el obispo al clero rural, pasando por las élites de canónigos y beneficiados), su nivel cultural, el grado de cumplimiento de sus funciones y su inserción en la comunidad.

4.1.2. El tercer estado

El tercer estado, definido jurídicamente de modo negativo como el grupo constituido por todos aquellos que no gozan de privilegios, constituye un cajón de sastre integrado por diversos grupos, que se escalonan desde la rica burguesía de negocios al estrato de aquellos que a falta de mejor definición pueden llamarse los pobres. En este caso, la investigación ha avanzado simultáneamente por diversos caminos. Así, por un lado, el interés de la primera historia económica por el mundo de los intercambios ha propiciado un rápido desplazamiento desde el tráfico comercial a sus agentes, desde la mercancía a los mercaderes. Así, en otra serie también surgida al socaire de la escuela de los *Annales*, la titulada *Affaires et gens d'affaires*, aparecieron pronto las primeras monografías sobre la actuación de la burguesía comercial dedicada a los más diversos negocios tanto mercantiles como financieros, con obras clásicas como la de Henri Lapeyre (*Une famille de marchands, les Ruiz*, 1955). Y, en su surco, la historia del mercader polivalente del Antiguo Régimen ha multiplicado los temas: procedencia social, formación profesional, fundación del escritorio, relaciones internas y externas de la casa o firma, vinculación necesaria entre negocio y familia, destino de las inversiones (con la cuestión de la supuesta «traición de la burguesía»), proyección social, sistema de valores (con la presunta tendencia al desclasamiento y el consiguiente ennoblecimiento), actuación política (con el fenómeno de la conciencia de clase y la asunción de una opción revolucionaria).

Toda otra serie de grupos situados más abajo en la escala social han atraído igualmente a los investigadores. Uno de los más favorecidos por los historiadores ha sido el mundo de los artesanos organizados en sus gremios o corporaciones. En este campo, el principal hallazgo ha sido comprobar que, pese a la imagen que asociaba a los gremios con los tiempos medievales, el Antiguo Régimen resulta también ser otra edad de oro, o al menos la época del canto del cisne, del mundo corporativo, hasta que la acción combinada de la industria rural y de la concentración fabril de trabajadores independientes rompa con la unanimidad que había reinado en el sector y permita su definitiva aunque siempre lenta disolución. Aquí, también toda una literatura especializada ha abordado multitud de cuestiones, como la organización interna de los gremios (acceso, categorías, promoción), los conflictos de demarcación entre los gremios afines o entre el oficio corporativo y el trabajo libre, las

tareas de encuadramiento social y fiscal, las funciones de defensa profesional y de asistencia social (cofradías), el tránsito desde el artesanado hasta la empresa industrial o mercantil, la existencia de una cultura artesanal en la Europa moderna.

El tercer estado ha sido estudiado durante mucho tiempo desde una óptica estrictamente urbana. Sin embargo, el desarrollo de la historia agraria puso al descubierto que la mayoría de sus componentes, la mayoría de la población, vivía en el campo y que, por tanto, había necesidad de reconstruir la historia de los campesinos europeos. Una historia que debe tener en cuenta una pluralidad de situaciones, que van desde el labrador propietario de su propio predio hasta el siervo de la gleba de la Europa oriental desprovisto de los derechos más elementales y progresivamente arrastrado en algunas regiones (como Rusia) al límite de la esclavitud, pasando por toda una serie de colonos que cultivan parcelas ajenas (enfiteutas, arrendatarios y aparceros, campesinos con contrato o pendientes de la voluntad del señor o el propietario, toda una infinita serie de variantes que se multiplican a lo largo y lo ancho de la Europa agraria).

4.1.3. El final de la escala: los pobres

El final de la escala viene representado por un grupo heterogéneo que es el de los pobres. Sus integrantes pueden ser definidos por aquellos individuos que carecen de encuadramiento social y de una fuente fija de ingresos. En general, por tanto, son individuos que trabajan sólo ocasionalmente, es decir subempleados, o que no encuentran trabajo, es decir desempleados o, como diríamos hoy, sencillamente parados. Una clase social numerosa que, especialmente en ese «siglo de hierro» que fue el siglo XVII, podía alcanzar proporciones considerables, hasta una cuarta parte de la población.

Entre ellos, unos, en consecuencia, malviven en las más precarias condiciones, mientras otros se encuentran en la más pura indigencia, constituyendo lo que la terminología castellana de la época definía como la clase de los pobres de solemnidad, aunque también solían ser calificados simplemente como vagos, en realidad menesterosos obligados a recorrer los caminos por falta de medios de subsistencia o desplazados por el hambre del campo a la ciudad, que se convierte en lugar de acogida. Esta capa social, por tanto, se dedica a la mendicidad, recurre a la caridad eclesiástica (beneficiándose del concepto del «pobre de Cristo») o se convierte en víctima de lo que Michel Foucault definía como «el gran encierro» (*le grand renfermement*), es decir pasan a ser asilados voluntarios o forzosos en los centros asistenciales que, con una componente cada vez más laicizada, se fundan al efecto en toda la geografía europea.

Después del estado de la cuestión publicado por Jean-Pierre Gutton (*La société et les pauvres en Europe (XVIe-XVIIIe siècles*, 1974), son muchos los

historiadores que han dedicado todo su esfuerzo a indagar sobre el problema de los pobres y los vagos en el Antiguo Régimen, así como a estudiar la red de asistencia pública (hospitales, asilos, casas de misericordia, *workhouses*) establecida para hacer frente a una realidad estructural, a un fenómeno crónico. Finalmente, una derivación lógica era el tránsito de una fracción de estos menesterosos al mundo de la delincuencia, lo que nos introduciría en el ámbito de la conflictividad cotidiana, no tan estudiada como los momentos culminantes de la revuelta social, pero que constituye un terreno a explorar a partir de la documentación judicial, donde se manifiesta el duro carácter represivo de la justicia del Antiguo Régimen.

4.1.4. Los márgenes de la sociedad

Si el numeroso ejército de los pobres ya puede considerarse como el primer contingente de los marginados, este grupo engloba a muchos otros tipos, segregados de la sociedad estamental por motivos muy diversos. Entre estos, los primeros en atraer la atención de los estudiosos fueron los integrantes de las llamadas minorías étnico-religiosas, algunas de las cuales han sido estudiadas con particular dedicación, como es el caso, por un lado, de los judíos y los musulmanes (enemigos de la fe cristiana y por tanto expulsados o perseguidos en muchos países europeos) y, por otro, de los judeoconversos y los moriscos, sospechosos de practicar en secreto sus antiguas religiones y por ello objeto de un trato discriminatorio cuando no también de abierta persecución o de destierro. Naturalmente, el análisis de estas comunidades y sus avatares han dado lugar a numerosas monografías, que se han extendido a otros supuestos conectados, como puede ser el caso de los renegados que cambian de religión por convicción o conveniencia. Junto a estas minorías étnico-religiosas heredadas de los tiempos medievales, también hay otras más recientes, y estrictamente religiosas, que son producto de la fractura generada por la Reforma en el seno de la cristiandad occidental y que ocasiona procesos de persecución y de resistencia, como en el caso de los hugonotes franceses o de los católicos ingleses, por citar dos ejemplos clásicos.

Otros marginados no lo son por causa de religión, sino por otra multitud de motivos. Los gitanos son perseguidos, más que por constituir una etnia diferente, por sus hábitos de vida que son considerados inasimilables por la sociedad dominante. Otros grupos son marginados en función de sus oficios, como en el caso de los «oficios malditos» (los verdugos, por ejemplo) o como en el caso de las prostitutas, condenadas a la ambigüedad de una actividad reglamentada por los municipios pero al mismo tiempo situada fuera de las fronteras de la comunidad legítimamemte constituida. Los extranjeros también experimentan restricciones en sus países de acogida, ya que, aunque algunos integrantes de las comunidades mercantiles puedan llegar a insertrse en la sociedad en que se han establecido o algunos artistas puedan llegar a fundar duraderas dinastías confundiéndose con la población local, otros

muchos serán siempre objeto de discriminación, mirados con recelo y perseguidos abiertamente a la mínima ocasión que se ofrezca para despertar el sentimiento xenófobo latente, como por ejemplo en caso de guerra entre los países de origen y recepción.

Finalmente, la esclavitud se configura como un fenómeno aparte en la historia de la marginación. Los esclavos de la Europa moderna constituyen por lo general una minoría que procede sobre todo de la guerra entre países de distinta confesión religiosa: son los esclavos moros de las ciudades españolas o los prisioneros cristianos de los baños de Argel. Sin embargo, la misma Europa que apenas si utiliza el trabajo esclavo dentro de sus fronteras es la encargada de organizar en gran escala el tráfico de africanos destinados al trabajo forzoso en las plantaciones americanas. De esta forma, la esclavitud genera una historia demográfica (los millones de africanos que cruzaron el Atlántico en los tiempos modernos), una historia económica (el valor del llamado «comercio triangular»), una historia social (de desarraigo, violencia y supervivencia en las tierras del Nuevo Mundo) y una historia cultural, que se ocupa del legado afroamericano y de las formas sincréticas que genera en el campo de la religión o de la producción artística.

Hay que terminar diciendo que estos estratos situados en los últimos peldaños de la escala social no habían sido considerados hasta fechas recientes sujetos de la investigación histórica, hasta el punto de que su presencia ha sido reivindicada bajo el rótulo de la «historia de las gentes sin historia». Ahora bien, no se trata sólo de proclamar la necesidad del análisis de la totalidad de los agentes sociales (desde los integrantes de las élites hasta los legalmente excluidos), sino de introducir un cambio de perspectiva que permita incluir también la experiencia de los grupos de individuos anónimos, para hacer una «historia desde abajo», una *History from Below*, según la afortunada expresión acuñada en 1966 por Edward Palmer Thompson.

4.2. La conflictividad social

Este mundo tan profundamente dividido y compartimentado debía ser, por definición, un mundo conflictivo. En este caso, si la historia tradicional ya se ocupaba de los conflictos políticos mayores, es decir de las guerras entre los estados, más recientemente la historiografía de inspiración marxista ha potenciado el estudio de los conflictos en el interior de las propias sociedades, desde los grandes acontecimientos revolucionarios hasta la violencia de orden doméstico. En el primer caso, la historia de la revolución francesa llegó a convertirse en un coto de la investigación marxista debido a la participación de historiadores como Georges Lefebvre, Camille-Ernest Labrousse o Albert Soboul (con su definición de una «revolución burguesa, con un sustrato popular y campesino»), del mismo modo que la interpretación de las revoluciones inglesas del siglo XVII conocía una profunda renovación a partir de la ingente obra

de Christopher Hill, que ha retomado bajo nuevos supuestos la noción del carácter progresista del bando parlamentario frente al viejo orden representado por el bando unido del rey y la aristocracia.

Ahora bien, al margen de estos magnos acontecimietos revolucionarios, la historia de los conflictos sociales ha definido otros tipos de enfrentamientos en la Edad Moderna. En primer lugar, los grandes levantamientos campesinos que ponen en movimiento a poblaciones enteras contra sus señores o contra los propietarios de sus tierras. Son las grandes *jacqueries* (de la denominación medieval del campesino como «Bon Jacques»), que para la Francia de los tiempos modernos fueron estudiadas por el historiador ruso Boris Porchnev (*Les soulèvements populaires en France à la première moitié du XVIIe siècle*, versión francesa de 1963). Estos mismos campesinos pueden recurrir, sin embargo, a la escapatoria individual del bandolerismo, una actitud que respondía a unas constantes que se repetían en los distintos casos y que fueron definidas por Eric John Hobsbawn en dos trabajos famosos (*Primitive Rebels*, de 1959, y *Bandits*, de 1969). Ahora bien, si el bandolerismo social era un fenómeno rural, la ciudad producía sus propias rebeldías primitivas, que podían adoptar las formas comunes del motín de subsistencias o del motín antifiscal, entre otras muchas variantes.

El estudio de la revuelta popular se enriqueció mucho gracias a las teorizaciones y los trabajos de otros historiadores. Entre ellos hay que citar a George Rudé (*The Crowd in History*, de 1964), que puso en circulación el concepto del «rostro de la multitud», rechazando la consideración de los amotinados como una masa anónima imposible de identificar. Y también a Edward Palmer Thompson, que en su obra mayor logró analizar en profundidad el proceso que llevó a la construcción de la clase obrera en Inglaterra (*The Making of the English Working Class*, de 1965), mientras en otros escritos reflexionaba sobre la aparición de la conciencia de clase entre los grupos desfavorecidos, al tiempo que ponía de manifiesto la existencia de un pacto tácito entre las clases dominantes y las clases subalternas, una «economía moral» cuya violación por los privilegiados desencadenaba la revuelta.

4.3. La historia de la familia

La familia es, por excelencia, el gran ámbito de sociabilidad. En este sentido, el avance de la demografía histórica tenía que acabar confluyendo con una historia social de la familia. El hallazgo por el historiador y demógrafo Louis Henry del llamado «método de reconstrucción de familias» ya auguraba este encuentro, al permitir, mediante la investigación de la historia biológica de la las familias (concebidas en primer término como el lugar de conservación y reproducción de la vida), dar respuesta a una serie de cuestiones tales como la edad de acceso al matrimonio, el número medio de vástagos por unidad familiar, la evolución de la mortalidad infantil o la aparición del control

de natalidad. Una serie de fenómenos que no tenían una causalidad mecánica, sino que respondían a pautas de comportamientos, en definitiva a la organización de la vida familiar.

La familia aparecía como lugar privilegiado de la socialización, cumpliendo en buena medida las funciones de la escuela, de la iglesia y aun del taller. Del mismo modo, desempeñaba importantes fuciones económicas, tanto dentro de las comunidades campesinas como dentro de la vida urbana. No eran menores sus virtualidades sociales, visibles en el papel de los linajes nobiliarios, de las casas mercantiles o de la transmisión de los oficios artesanales. Las estrategias matrimoniales, las relaciones conyugales, las relaciones entre los padres y los hijos, la inclusión de otros familiares, la presencia de los sirvientes se convertían en otros tantos objetos de estudio. Más allá, afloraba el problema de los parentescos, reales (hasta varios grados) y ficticios (padrinos, madrinas, compadres, comadres). Finalmente, la familia era un núcleo de solidaridad interna que se sumaba a otras solidaridades más amplias en el seno de la comunidad.

Sin embargo, uno de los debates más importantes fue el mantenido sobre el concepto mismo de la familia moderna. El Antiguo Régimen ¿siguió manteniendo el modelo de la familia extensa, donde convivían miembros de diversas generaciones más algunos parientes colaterales? O, por el contrario, ¿conoció ya el modelo de familia nuclear (cónyuges e hijos) que es la regla en nuestros días? Peter Laslett, uno de los miembros más conocidos (junto a E. A. Wrigley) del llamado «Grupo de Cambridge», se pronunció en un influyente libro (*The World We Have Lost*, 1965) por la consolidación durante el Antiguo Régimen de la familia nuclear, que pasaría a ser el modelo más extendido en Europa, al menos en el ámbito más avanzado del área noroccidental. Sin negar esta constatación, los estudios actuales han intentado poner de manifiesto la evolución del modelo familiar en los distintos ámbitos geográficos, al mismo tiempo que han tratado de subrayar la influencia que en las dimensiones de los grupos domésticos tuvo la coyuntura económica, que favorecía la permanencia en un mismo hogar durante los periodos de recesión y la división en varios hogares en los periodos de bonanza.

Un último enfoque de la vida familiar consiste en el estudio de las relaciones en el interior del hogar. Primero, el libro pionero de Philippe Ariès (*L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, 1973) introdujo la problemática del lugar ocupado por el niño en el interior de la sociedad conyugal, con toda una serie de cuestiones implicadas, como, por ejemplo, los juegos, los castigos o la escuela. Posteriormente, una serie de historiadores anglosajones se preocuparon por la caracterización de los sentimientos prevalentes en la organización de la vida doméstica. Aunque con matices dignos de consideración, Edward Shorter, Alan Macfarlane y Lawrence Stone trataron de demostrar el tránsito desde una sociedad conyugal rígidamente patriarcal y autoritaria (que en general reprimía la afectividad entre los esposos y entre

los padres y los hijos) a una familia donde la ternura entre sus integrantes se imponía como regla esencial de conducta. Por este camino, la familia rebasaba el territorio de la historia social y se adentraba en el campo de la historia de los sentimientos.

4.4. La historia de las mujeres

Hasta una fecha muy reciente la historia era esencialmente una historia de los hombres, con unas gotas dedicadas a las «mujeres sobresalientes» (en general, reinas o santas). Como se ha dicho, la mitad de la humanidad quedaba excluida de la historia universal. Frente a esta situación, el movimiento feminista que arranca de los años sesenta ha reclamado la necesidad de una historia específica de la mujer como una herramienta indispensable para la superación de su situación subordinada dentro de una sociedad patriarcal. Con palabras de una de las principales teorizadoras de la cuestión, Gerda Lerner, «la historia de las mujeres es indispensable y básica para lograr la emancipación de las mujeres». A partir de este momento, la historiografía va a acoger un nuevo objeto de estudio, que se apoya en unas premisas insoslayables: el colectivo de las mujeres tiene unos lazos comunes al margen de las divisorias de clase o de raza presentes en cada formación social, la historia de las mujeres es la historia de una exclusión que posee una dimensión diacrónica, la subordinación de las mujeres no guarda relación con la biología sino con una interpretación de su condición en términos culturales que conduce a la discriminación social.

Sustentándose en esos cimientos, la historiografía anglosajona primero y posteriormente la francesa y la italiana iniciaron una serie de investigaciones que han ampliado enormemente el campo temático. Joan Kelly (en su influyente ensayo *Women, History and Theory*, de 1984) acuñó el término de historia de género (*Gender History*) para definir un concepto cultural y no biológico (sexo) que implicaría una desigualdad radical de las mujeres en la vida económica, en la prática política y en la estratificación social que sería siempre anterior a otras desigualdades determinadas por la etnia o la clase social. Posteriormente, la historiografía ha preferido el análisis que toma en consideración la dialéctica entre sexo o género, por un lado, y etnia o clase social, por otro, como un método de aproximación más apropiado para captar la dimensión histórica de los distintos fenómenos considerados.

Así nace no una historia de la mujer, sino una historia de las mujeres, porque aparte de la oposición entre una historia signada por lo masculino (*his-story*) y una historia de lo femenino (*her-story*), hay que abrirse a «la cuestión de la diferencia en el seno de la diferencia» (según la atinada expresión de Joan Scott), ya que el historiador se encuentra en su investigación con mujeres pobres y ricas, con mujeres negras e indias, con mujeres casadas y solteras, con mujeres mundanas o mujeres que se pasan la vida en un convento.

Por ese camino, se ha llegado a una fecunda multiplicación de las perspectivas y de las temáticas. Así, se han abordado cuestiones tales como la división social del trabajo en el hogar, el trabajo femenino en la agricultura o en la industria, los roles estrictamente femeninos (esposa, monja, prostituta), los arquetipos sexistas impuestos a las mujeres, la discriminación jurídica de las mujeres, los discursos interesados sobre la mujer (especialmente los eclesiásticos), la sexualidad específicamente femenina, la persistente subordinación de las mujeres a los hombres (padres, hermanos, hijos), los comportamientos de las mujeres solas (solteras, viudas), la cultura específicamente femenina.

Finalmente, hay que referirse a la influencia ejercida por la historia cultural y social de las mujeres practicada por la historiadora Natalie Zemon Davis, que ha estudiado desde la imagen de la mujer que se impone al hombre (las *women on top*), hasta los casos de tres mujeres que protagonizan experiencias singulares en el siglo XVII: la esposa de un mercader judío del norte de Alemania, una monja ursulina establecida en Quebec y una pintora holandesa activa en Surinam (*Women on the Margins. Three Seventeenth-Century lives*, de 1995).

Y no se puede dejar de mencionar la aparición de otras dos obras de notables dimensiones y ambiciosos planteamientos que han contribuido a consolidar la nueva corriente historiográfica, al tiempo que han permitido hacer un balance de los estimables resultados ya conseguidos: la editada por Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinser (con un título inspirado en la escritora Virginia Woolf, *A History of their Own*, 1988) y la editada por Georges Duby y Michelle Perrot (*Historia de las mujeres en Occidente*, versión española de 1993, volumen tercero, *Del Renacimiento a la Edad Moderna*, dirigido en su versión original italiana de 1990 por Arlette Farge y Natalie Zemon Davis, con una serie de capítulos adicionales bajo la dirección de Reyna Pastor).

5. LA HISTORIA POLÍTICA E INSTITUCIONAL

La historiografía positivista se impuso como tarea fundamental la de revelar los hechos históricos, la de certificar la realidad de los acontecimientos del pasado tal como habían sucedido. Sin embargo, no se ocupó de todos los acontecimientos, sino que tendió a privilegiar sobre los demás los decretos dictados por los gobernantes, los conflictos bélicos y las negociaciones diplomáticas, es decir se pronunció por la historia política, militar y diplomática, por una historia de leyes, batallas y tratados. La imposición de esta temática como objeto (si no único sí al menos prioritario) de la historia y su difusión a través de las cátedras universitarias y de los planes de estudios escolares fueron las principales razones que movilizaron a Lucien Febvre contra esa «historia historizante». Por ello, el triunfo de *Annales* significó el descrédito indiscriminado de la historia política y de la historia de las rela-

ciones internacionales, sustituidas por la historia económica, del mismo modo que la biografía quedaba arrinconada ante el auge de la historia social.

Hubo de transcurrir por tanto un cierto tiempo para que los historiadores reclamaran el derecho de la historia política a figurar con toda lógica entre los objetos de la historia total. Sin embargo, ya no podía tratarse de la historia narrativa tradicional, sino que ahora se hacía preciso incorporar los nuevos instrumentos de análisis, insertar los hechos políticos dentro de una interpretación más amplia y señalar nuevas problemáticas apenas entrevistas por la investigación de las épocas anteriores. De este modo, se produjo una renovación de la temática favorita de la historiografía positivista, que ha vuelto así a recuperar su prestigio, a encontrar su sitio en el mundo académico y a abrir nuevos caminos llamados a un gran desarrollo en el futuro.

5.1. La historia constitucional del absolutismo

El gran tema de la historia política del Antiguo Régimen es naturalmente la Monarquía Absoluta, por mucho que también sea precisa una «historia de las repúblicas en el tiempo de las monarquías», considerando entre las mismas no sólo a las tradicionales de Génova o Venecia, sino también a la emergente república holandesa, la república de las Siete Provincias. Aunque la historiografía positivista se había ocupado de la cuestión desde el punto de vista institucional, la renovación del debate se produciría a raíz del Congreso de Ciencias Históricas celebrado en Roma en 1955 y de la ponencia presentada por Roland Mousnier y Fritz Hartung, que defendieron la concepción de la Monarquía Absoluta como instancia arbitral entre los distintos estamentos y como un régimen político que lejos de ser arbitrario estaba sometido a una serie de leyes de derecho natural y consuetudinario. Sus puntos de vista serían contestados no sólo por Boris Porchnev (que ya había publicado su obra fundamental en ruso en 1948, aunque la recepción en Francia no se hizo hasta 1963) y por la historiadora también rusa Alexandra Lublinskaya (que publicaba su obra mayor en inglés en 1968 y cuyas principales tesis pueden leerse en la recopilación española de sus trabajos puesta bajo el título de *La crisis del siglo XVII y la sociedad del absolutismo*, 1979), los cuales argumentaban en favor de una Monarquía Absoluta inmersa en el juego de la lucha de clases, aunque la segunda concedía mayor capacidad de acción al soberano.

En cualquier caso, la propuesta de Roland Mousnier abriría el camino a una reflexión sobre la realidad jurídica del absolutismo, propiciando, por un lado, la colaboración con los historiadores del derecho político y, por otro, la aparición de una historia constitucional de la Monarquía Absoluta. Esta nueva corriente, entre cuyos máximos exponentes hay que mencionar al historiador portugués Antonio Manuel Hespanha (y su obra *As vésperas do Leviathan. Instituçoês e poder político. Portugal, sec. XVII*, 1986), se ocupa de la situación

de la Corona con respecto a las leyes fundamentales del reino, de la articulación de los distintos poderes dentro de la Monarquía, de las relaciones entre las diversas instancias políticas y los grupos sociales en presencia y del funcionamiento de los órganos representativos y, por tanto, de la dialéctica entre Rey y Reino. Y, finalmente, de la relación del soberano con los diversos reinos incluidos dentro de una misma Monarquía, es decir del encaje constitucional de las monarquías compuestas (concepto avanzado por el historiador británico John Elliott), que son todas las del Antiguo Régimen (Austria-Hungría-Bohemia, Castilla-Aragón-Navarra, etcétera).

Dentro de la historia constitucional, una especialidad que ha cobrado reciente auge es la articulada en torno a la noción de confesionalidad (*Konfesionalisierung*, según la historiografía alemana que ha impuesto el concepto). La cuestión se refiere al carácter confesional de las monarquías absolutas, articuladas sobre la base de una religión de estado (catolicismo español, anglicanismo inglés, iglesia ortodoxa rusa, luteranismo de muchos principados alemanes), con sus múltiples implicaciones, entre las que se cuentan las relaciones entre Iglesia y Estado, la defensa de la religión como una de las bases esenciales de las relaciones internacionales (al menos hasta la paz de Westfalia), la fundamentación de un pensamiento político sobre presupuestos dogmáticos y, en sentido contrario, la progresiva secularización de la vida política que acaba triunfando en el siglo XVIII, pese a los rebrotes de ideología fundamentalista como reacción contra la Revolución Francesa.

5.2. La historia de las instituciones

La renovación historiográfica llegó también a la historia institucional, uno de los reductos de la historia positiva académica del siglo XIX y primer tercio del siglo XX. En este sentido, es muy significativo el auge de los estudios sobre los principales instrumentos del absolutismo, como son los órganos de gobierno (central con sus secretarías y consejos, regional con sus intendencias, lugartenencias, virreinatos o capitanías generales, local con todas las variedades del municipio), las instituciones de la hacienda pública (contadurías, casas de la moneda, oficinas de aduana), las instancias judiciales (tribunales supremos, audiencias, juzgados locales) y las administraciones sectoriales para las casas reales, los cuerpos militares (el ejército, la marina, la diplomacia o el servicio secreto), las obras públicas, los monopolios estatales o las reales fábricas. Junto a este repertorio hay que mencionar el estudio de algunas prácticas esenciales, como la venalidad de los oficios, o de algunos fenómenos estructurales, como los conflictos constitucionales dentro o fuera de las asambleas y parlamentos.

Junto a las instituciones de la Monarquía, el estudio de la Iglesia ha sido otro de los mayores beneficiados por los nuevos planteamientos. Se han

investigado las transformaciones del episcopado, la organización diocesana, el sistema beneficial, la parroquia (y la fábrica parroquial), los seminarios conciliares, las fundaciones religiosas (capellanías, obras pías) o los tribunales eclesiásticos, entre los cuales con especial dedicación las distintas inquisiciones, y en particular la Inquisición española. También se han analizado los conflictos institucionales con el Estado (por la actuación de estos tribunales, pero también por el derecho de asilo, por los recursos de fuerza o por los privilegios fiscales), que se sustancian mediante la declaración de la superioridad del Estado sobre la Iglesia, mediante la práctica de la excomunión o el entredicho por parte de la autoridad eclesiástica, por la ruptura de relaciones con la Santa Sede o, finalmente, mediante el compromiso representado por la firma de un concordato.

Naturalmente, el Estado y sus instrumentos y la Iglesia o las iglesias no son las únicas instituciones del Antiguo Régimen. En este sentido, también las instituciones culturales han sido objeto de investigaciones, como, por poner un ejemplo, ha sido el caso de las universidades, que cuentan con una importante literatura ocupada en darnos razón de sus estatutos, su organización interna, sus rentas, sus planes de estudios, sus profesores y sus estudiantes (con su origen social y geográfico y su distribución por disciplinas). Y lo mismo puede predicarse de otras instituciones científicas, como las surgidas al calor del auge del humanismo o de las corrientes ilustradas (desde los colegios trilingües del siglo XVI a los observatorios astronómicos o los jardines botánicos del siglo XVIII). Y, finalmente, pueden incluirse toda otra serie de instituciones de promoción cultural, nacidas no de las instancias oficiales, sino de la iniciativa particular, como las tertulias literarias, las academias provinciales o las Sociedades Económicas de Amigos del País que proliferaron en la España del Setecientos.

El desarrollo de la historia constitucional del Antiguo Régimen y la renovación de la historia de las instituciones ha tenido como efecto beneficioso el impulso dado a la colaboración entre los historiadores y los historiadores del derecho. En efecto, toda institución se basa en un cuerpo jurídico de disposiciones que condicionan su funcionamiento, por mucho que en ocasiones la realidad se aleje de la voluntad del legislador expresada en la normativa. En este sentido, los conflictos en el seno de las propias instituciones permiten captar el distanciamiento entre la teoría y la práctica, del mismo modo en que la repetición de una misma norma nos hace sospechar de su incumplimiento. Por otra parte, las sentencias dictadas en los pleitos dan lugar a la creación de jurisprudencia, lo que permite conocer los cambios y prever la futura evolución de las instituciones. Por último, casi no hace falta señalar que el derecho es también el producto de un contexto histórico determinado, por lo que su estudio ofrece una nueva perspectiva para obtener una visión más completa de las formaciones políticas y de las sociedades analizadas.

5.3. La historia social de la administración

Una de las últimas tendencias en la historia de las instituciones ha sido la llamada historia social de la administración, que traslada el punto de mira desde el funcionamiento del propio organismo hasta la sociología del personal puesto a su servicio.

Los rasgos fundamentales que definen a dicho personal son su origen social (que permite constatar la sustitución de la nobleza por unos funcionarios de extracción más modesta que deben su posición al favor del rey), su formación profesional (normalmente universitaria y, más concretamente, jurídica, lo que convierte a las facultades de derecho en vivero de letrados al servicio del absolutismo) y el *cursus honorum*, que permite observar la especialización en los distintos ramos, la pluralidad de las funciones desempeñadas y la lógica de la promoción interna. Esta corriente ha derivado en la mayoría de los casos hacia una prosopografía de los altos cargos del gobierno central (secretarios y consejeros), de la justicia (oidores y jueces) o del ejército y la marina (oficiales y generales, capitanes y almirantes).

Recientemente, una última corriente tiende a ocuparse no tanto del personal de la administración pública como del grupo de los cortesanos, es decir de los servidores directos del soberano en la casa real. La premisa de partida es la consideración de la Corte como el lugar donde se tiene acceso directo a la principal fuente del poder, de donde la importancia de una serie de temas hasta ahora marginados, como la propia organización interna de la casa del rey, los complejos sistemas ceremoniales o los mecanismos de control del acceso a la persona real (formalizados por las rigurosas etiquetas palaciegas), permitiendo la intriga que lleva desde la decepción de los pretendientes desafortunados o la desgracia de los arribistas demasiado atrevidos hasta el valimiento del siglo XVII o la primera secretaría de estado en el siglo XVIII.

De la prosopografía hay un camino que conduce directamente a la biografía. Tras su exaltación en el siglo XIX por Thomas Carlyle, para quien la historia era sólo la biografía de los grandes hombres, el más absoluto descrédito había caído sobre un género descalificado por una historiografía atenta al juego de las estructuras y de los grupos sociales que no creía en el papel protagonista asignado a las individualidades. Hoy día, sin embargo, parece imponerse la necesidad de conocer de cerca la obra de las personalidades más influyentes de la vida política de un determinado momento histórico (su llegada al poder, su obra de gobierno, la dialéctica de su voluntad enfrentada a los condicionamientos del entorno que ponían límites a sus decisiones). De esta forma se ha producido una auténtica resurrección de la biografía que, al margen de su éxito editorial gracias al favor de un amplio público lector, debe mucho al ejemplo de obras como la dedicada al Conde Duque de Olivares por John Elliott.

5.4. La historia de las relaciones internacionales

La historia de las relaciones internacionales estaba igualmente arrinconada por la condena de la nueva historiografía, cansada de la inacabable enumeración de batallas y de tratados con sus correspondientes modificaciones territoriales que habían hecho de la disciplina un terreno árido y aburrido. Sin embargo, la renovación alcanzó pronto a la investigación sobre los instrumentos fundamentales, en concreto sobre el ejército. En este sentido, tuvo gran influencia la aparición del concepto de «revolución militar» acuñado por Michael Roberts, que insistió en las grandes innovaciones de la guerra de los tiempos modernos: el predominio de las armas de fuego, el aumento de las dimensiones de los ejércitos, el perfeccionamiento de las estrategias y el peso del capítulo bélico en las finanzas estatales. Más adelante, Geoffrey Parker (*La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de occidente, 1500-1800*, 1990) añadiría algunos nuevos elementos, señalando el relevante papel de la guerra de sitio (y la consiguiente importancia de las técnicas de asedio y de la construcción de fortificaciones), así como la incidencia de las comunicaciones y la intendencia en el resultado de las guerras, y llamando la atención sobre el papel decisivo de la guerra marítima (estudiada por otros historiadores como Jean Meyer), para concluir en la capacidad militar de Europa como una baza fundamental para el éxito de su expansión por otros continentes.

El estudio de las cuestiones militares y navales preparó el terreno para un relanzamiento de la vieja historia de las relaciones internacionales. En este campo, los resultados han sido menos espectaculares, aunque se han beneficiado de la aportación de nuevos tipos de documentos, así como de la inserción de los datos bélicos y diplomáticos en marcos conceptuales más amplios. Así, siguiendo las sugestiones de la obra clásica de Fernand Braudel sobre el Mediterráneo, una batalla como la de Lepanto ha debido explicarse en el contexto de la evolución económica, política e ideológica de los dos grandes imperios enfrentados. Del mismo modo, otra serie de conceptos generales han permitido arrojar nueva luz sobre acontecimientos que parecían desvinculados entre sí, como ha sucedido en los debates sobre la decadencia de los imperios, o sobre las componentes religiosas, dinásticas, protonacionales o económicas en las guerras del Antiguo Régimen, o sobre el tránsito desde los tratados centrados en la negociación de las transferencias territoriales a los tratados más interesados por los beneficios comerciales (y económicos en general) a obtener por los vencedores.

6. LA HISTORIA DE LA CULTURA Y DE LAS MENTALIDADES

La definición del concepto de cultura ha desatado numerosas controversias a lo largo de los tiempos. Sin embargo, la noción clásica la identifica

como el conjunto de las creaciones significativas en el campo del pensamiento, las ciencias, la literatura y las artes. Definida así, la historia de la cultura empezó siendo (en la Edad Moderna, entre el Renacimiento y la Ilustración) una crónica de los autores y de las obras más relevantes en las distintas áreas, analizadas por separado: así hubo una historia de la lengua y la literatura, una historia del derecho, una historia de las matemáticas y, sobre todo, una historia del arte, que fue perfeccionando sus contenidos y sus métodos de aproximación desde Giorgio Vasari (1550) hasta Johann Joachim Winckelmann (1764). La primera historia que trató de integrar el conjunto de las creaciones en las distintas ramas del arte y el saber fue la debida al historiador francés François Guizot, con dos obras famosas: *Historia de la civilización en Europa* (1928) e *Historia de la civilización en Francia* (1829-1932). Este es asimismo el concepto que prevaleció en otra serie de trabajos que han quedado como faros de la historia cultural de todos los tiempos: se trata de las obras de Jakob Burckhardt (*La civilización del Renacimiento en Italia*, 1860), Johan Huizinga (*El otoño de la Edad Media*, 1919) y Paul Hazard (*La crisis de la conciencia europea*, 1935).

Ahora bien, precisamente frente a ese concepto clásico de la cultura como el conjunto de las creaciones excelsas en el campo del pensamiento, las ciencias o las artes, la antropología ha ampliado el concepto de cultura, definiéndola (según las palabras del historiador británico Peter Burke) como «un sistema de significados, actitudes y valores compartidos y las formas simbólicas en que se expresan o en que están insertos». De esta forma, frente a la única cultura reconocida con anterioridad, aparece ahora la noción de los distintos niveles culturales, que pueden reducirse esquemáticamente a dos (con todas las gradaciones intermedias que se quieran): la cultura dominante, cultura erudita o cultura de élites, por un lado, y por el otro la llamada cultura popular, definida por el historiador italiano Carlo Ginzburg como «el conjunto de actitudes, creencias, patrones de comportamiento propios de las clases subalternas en un determinado periodo histórico». De esta forma, aparece en el panorama historiográfico un nuevo objeto de estudio, que es el de la cultura popular, con sus múltiples implicaciones. La cultura popular se configura como una cultura del cuerpo (fiestas y juegos, bailes y violencias), de la palabra (cuentos y leyendas, baladas y canciones) y de la imagen (estampas y retablos, paradas y espectáculos) y, en último extremo, como una cultura de la supervivencia frente a un mundo hostil dominado por unas fuerzas incomprensibles (visibles e invisibles) contra las que apenas se dispone de defensa.

Esta nueva definición de la cultura abría el camino a la reflexión sobre la posibilidad de estudiar las visiones del mundo, compartidas por el conjunto de la sociedad o patrimonio de grupos sociales particulares. Visiones del mundo que configuran una suerte de imaginación colectiva (*imaginaire collectif*, según la expresión francesa), de la que muchas veces ni siquiera se tiene plena conciencia (de donde también la expresión de inconsciente colectivo). De este modo se daba entrada en la historiografía del siglo XX a un nuevo

campo de investigación donde tenían cabida una historia de los valores, una historia de las vivencias (incluyendo por tanto una historia de la religiosidad y de la percepción del más allá), una historia de las actitudes (incluyendo así una historia de la muerte) y hasta una historia de los sentimientos (desde el amor al miedo), todo lo cual pasaba a englobarse bajo el término que ha hecho fortuna de la historia de las mentalidades. Una historia de las mentalidades que era definida por Michel Vovelle como el «estudio de la relación dialéctica entre las condiciones objetivas dc la vida de los hombres y la manera en que la cuentan y aun en que la viven». De esta forma, la historia de las mentalidades no quedaba en un terreno sin cimientos, sino que pasaba a constituirse en «la prolongación natural y el punto final (*la fine pointe*) de toda historia social».

6.1. La historia clásica de la cultura

6.1.1. Las historias culturales especializadas

La historia positivista, como vimos, dejó fuera las realidades distintas de las políticas, militares y diplomáticas, como las económicas y sociales, pero también las culturales (la filosofía, el derecho, la ciencia, la literatura o el arte), que quedaron a cargo de otros especialistas, al margen de los historiadores.

Este divorcio ha sido igualmente cuestionado desde la renovación historiográfica de entreguerras, dado que la noción de historia total exigía la inserción de los fenómenos culturales dentro de la sociedad de su tiempo. En este sentido, algunos historiadores del arte vinieron en ayuda de esta nueva concepción de la unidad de los fenómenos sociales, como Arnold Hauser, cuya obra (*Historia social de la literatura y el arte*, primera edición en inglés de 1951 y primera edición en alemán de 1953) tuvo un amplio impacto entre los estudiosos, o como Ernst Gombrich, que llegó a afirmar que «la historia del arte es un hilo del tejido inconsútil de la vida que no puede aislarse de los hilos de la historia económica, social, religiosa o institucional sin dejar algunas hebras sueltas».

Sin embargo, esta necesaria incorporación de los fenómenos culturales dentro del marco de la historia total no podía ser incompatible con una investigación específica en la historia de las diversas ramas de la producción científica, literaria o artística, de modo que el mundo académico siguió manteniendo las separaciones entre los profesionales de estas áreas. Es decir que si conceptualmente la unidad de la historia es una realidad aceptada, por el contrario la comunicación entre las distintas especialidades debe hacerse mediante el mecanismo de la interdisciplinariedad, es decir mediante el intercambio de los resultados obtenidos por los diversos profesionales, de modo que los historiadores del arte (o del pensamiento o de la ciencia) se beneficiasen de los trabajos de los restantes investigadores para conocer el

marco general donde se desenvuelven sus objetos particulares, mientras los historiadores utilizaban los hallazgos obtenidos por sus colegas que estudiaban la iconografía mariana en la pintura del Barroco (o el neoplatonismo en las cortes del Renacimiento o los descubrimientos botánicos de las expediciones científicas de la Ilustración) para completar las coordenadas que definen un determinado periodo histórico.

Asentada esta premisa, que permite la existencia de áreas de historia de la filosofía, de la ciencia, de la literatura o del arte (y también de la educación, del pensamiento político, del pensamiento económico o de la tecnología), la historiografía más reciente se ha introducido en una serie de territorios nuevos que no habían sido acotados previamente por aquellos especialistas. Así, por ejemplo, ha ocurrido en esos espacios fronterizos que son la historia del libro y la lectura (compartida con los historiadores de la literatura), la historia de la alfabetización (compartida con los historiadores de la educación) o la historia de la imagen o historia visual (compartida con los historiadores del arte).

6.1.2. De la historia del libro a la historia de la lectura

La historia del libro empezó siendo una historia de la edición, gracias al trabajo modélico de Henri-Jean Martin (*Livre, pouvoir et société à Paris au XVIIe siècle (1598-1701)*, 1969), que utilizó el registro impuesto a los impresores para clasificar el contenido de la literatura impresa a lo largo del Seiscientos. A continuación vino el estudio de las bibliotecas, que ofrecía una panorámica de las lecturas de los distintos grupos sociales cuyos libros se especificaban en los registros notariales. Finalmente, las temáticas se dispararon en todas las direcciones, incluyendo las condiciones de edición, las condiciones de difusion (bibliotecas, librerías), las condiciones de lectura (oral en grupo, individual en soledad), las clases de productos (libros, panfletos, hojas volanderas, gacetas, periódicos, almanaques), las clases de lectores. Un notable muestrario tal como se puede encontrar en la obra de uno de los máximos especialistas actuales de este campo, Roger Chartier (por ejemplo, en su obra *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, editada originalmente en español, 1993).

La lectura presupone la alfabetización, que se ha convertido en otro de los campos de ejercicio de la historia serial en el ámbito cultural. El análisis de los niveles de alfabetización ha requerido el vaciado de miles de documentos notariales para medir a través de la firma el dominio de la escritura por parte de las poblaciones del Antiguo Régimen. A partir de ahí, ha sido preciso recurrir a otros tipos de documento para establecer la relación entre la capacidad de firmar, por un lado, y, por otro, la de escribir corrientemente (un grado superior) o la de leer simplemente (un grado inferior). Tras una primera aproximación de carácter general, las encuestas han permitido incidir en los

condicionantes de la alfabetización, según criterios de estratificación social (las clases dominantes sobre las subalternas), dimorfismo sexual (los hombres sobre las mujeres) y localización geográfica (las ciudades sobre los pueblos) para componer un mapa de la Europa alfabetizada.

6.1.3. La historia de la imagen y la propaganda

La cultura del Antiguo Régimen no se expresa sólo a través de lo escrito (pese al papel revolucionario que se ha reconocido a la difusión de la imprenta), sino también a través de la imagen. Esta imagen también puede ser difundida de modo masivo mediante el grabado y la estampa (por lo que se ha podido hablar de una democratización del consumo iconográfico), pero adopta asimismo la forma de la creación singular, que puede obedecer a una necesidad social generalizada, como ocurre con las tallas devocionales, los retablos de las almas del purgatorio o los exvotos agradeciendo las intercesiones celestiales. Sin embargo, estas creaciones singulares vienen representadas sobre todo por las grandes obras de la pintura y la escultura, cuyo estudio ahora implica cuestiones tales como el ejercicio del mecenazgo, la aparición del coleccionismo, el diseño de programas iconográficos, la caracterización de las clientelas y el mercado artístico y la utilización del arte por parte de los poderes políticos y religiosos con fines de propaganda y adoctrinamiento.

Las posibilidades de utilización del material visual para determinados objetivos historiográficos habían sido puestas de manifiesto por algunas obras pioneras, como la de Emilio Sereni (*Storia del paesaggio agrario italiano*, 1960), que analizaba las transformaciones del campo italiano a través de las obras pictóricas, o como la de Michel y Gaby Vovelle (*Vision de la mort et de l'au-delà en Provence d'après les autels des âmes du Purgatoire, XVe-XXe siècles*, 1970), que buscaba recrear las imágenes colectivas del más allá a partir de los retablos de almas del Purgatorio. El ejemplo ha cundido, y hoy Francis Haskell ha podido teorizar sobre los diversos campos abiertos al historiador a través del estudio de las obras de arte (*History and its Images: Art and the Interpretation of the Past*, 1993).

Recientemente, algunos historiadores se han venido ocupando de otra utilización del arte, del recurso a la creación cultural con fines de propaganda y de exaltación del poder. Una obra fundamental en este terreno es el estudio de Bob Screibner sobre la función desempeñada por los grabados (de Durero y de Cranach, pero también de muchos artistas menores) en la difusión de la Reforma en Alemania (*For the Sake of Simple Folk. Popular Propaganda for the German Reformation*, 1981). En el ámbito político, la obra que ha servido de modelo para sustentar esta nueva corriente ha sido la dedicada por Peter Burke a la «fabricación de Luis XIV» (*The Fabrication of Louis XIV*, 1992), un programa que incluía la utilización de textos (históricos, políticos o literarios), de imágenes (esculturas, pinturas, grabados), de escenarios (teniendo como paradigma

el palacio de Versalles, igual que Felipe II se había servido de la majestad del Escorial), del mecenazgo (de las letras, las artes, las ciencias) y hasta de los meros gestos compuestos ante el público o la propia oralidad, un método de difusión muy eficaz en una época de altas cotas de analfabetismo. En definitiva, una prolongación de la historia de la cultura, en el límite de la historia política, es decir tal vez un ensayo de historia de la cultura política.

6.2. La historia de la cultura popular

Antes de recorrer el extenso territorio puesto bajo este epígrafe, hay que hacer referencia al importante debate sobre las relaciones entre la cultura dominante y la cultura popular y sobre el destino de esta última a lo largo de los tiempos modernos. En el primer caso, las posiciones enfrentadas son la de los defensores de la separación entre uno y otro nivel (la primera como instrumento del poder de las clases dominantes y la segunda como patrimonio exclusivo de las clases subalternas) y la de los partidarios de la circularidad o comunicación permanente entre ambos niveles, con una cultura popular compartida por toda la comunidad, tal como defiende el filólogo ruso Mijail Bajtín (*L'oeuvre de François Rabelais et la culture populaire au Moyen Âge et sous la Renaissance,* 1970). En el segundo caso, el historiador británico Peter Burke (*Popular Culture in Early Modern Europe*, 1978) asentó la tesis de una cultura popular homogénea hasta el final del siglo XVI o principios del XVII, que sería arrinconada por la reacción de los grupos dominantes a lo largo de los siglos XVII y XVIII hasta convertirse en la cultura folclórica del siglo XIX, aunque actualmente tienden a revisarse sus planteamientos en el sentido de una coexistencia permanente entre ambos niveles, de unas relaciones cambiantes y multiformes a lo largo del periodo.

6.2.1. La historia de la fiesta

Definida como la cultura popular en acción, la fiesta ha sido en los últimos años objeto frecuente de la atención de los historiadores, que han seguido así la huella de los antropólogos. La fiesta aparece como una de las manifestaciones fundamentales de la sociabilidad y como uno de los momentos privilegiados de la participación social. En algunas de estas fiestas, las clases subalternas son meras espectadoras (por ejemplo, las entradas reales), en otras participan aceptando el orden establecido por la sociedad estamental (por ejemplo, los desfiles de cuerpos constituidos en una sucesión perfectamente jerarquizada), mientras que finalmente en muchas se convierten en organizadores y protagonistas. Algunas de las fiestas populares adoptan un contenido que puede ser subversivo, como ocurre con las llamadas fiestas de inversión, como las fiestas de los locos (organizadas por las «abadías de desgobierno» y representando el tópico del «mundo al revés») y, sobre todo, como el carnaval, calificado como la fiesta privilegiada del rito de la inversión

social, con la abundancia en el comer y el beber, el empleo de la sátira, la mayor libertad sexual y la utilización de disfraces que permiten el cambio de sexo o el cambio de condición social. De ahí que la fiesta tenga sus puntos de contacto con la revuelta, según aparece en el libro de Yves-Marie Bercé (*Fête et révolte. Des mentalités populaires du XVIe au XVIIIe siècle*, 1976) o que pueda sufrir fáciles metamorfosis para adecuarse a otros contextos políticos y sociales, como demostró Michel Vovelle (*Les métamorphoses de la fête en Provence de 1750 à 1820*, 1976) hasta desembocar incluso en la fiesta revolucionaria de Mona Ozouf (*La fête révolutionnaire, 1789-1799*, 1976).

6.2.2. *La literatura popular*

La cultura popular es una cultura corporal, gestual, oral. Sin embargo, también está abierta a lo escrito. Posibilitada por el avance de la alfabetización, la literatura popular se difunde a lo largo de los tiempos modernos, bajo la forma de la literatura de cordel (o, según la expresión francesa, *littérature de colportage*). Revelada al mundo historiográfico por un libro ya clásico de Robert Mandrou (*De la culture populaire aux XVIIe et XVIIIe siècles. La Bibliothèque Bleue de Troyes*, 1964), este tipo de literatura transmitía una visión del mundo que interesaba a las clases dominantes, una visión fatalista y determinista, imbuida de valores religiosos y destinada a prevenir la toma de conciencia social y política. Seguida por otros estudiosos (entre ellos, Julio Caro Baroja, en su *Ensayo sobre la literatura de cordel*, 1969), esta línea se ha mostrado una de las más versátiles en la configuración del mundo de la cultura popular.

6.2.3. *Magia y religiosidad popular*

La cultura popular es una cultura de la supervivencia, por lo que precisa de una comprensión de la realidad inmediata. Estos saberes incluyen una determinada noción del espacio y del tiempo, pero también una concepción mágica del universo, un mundo poblado de fuerzas sobrenaturales que deben ser propiciadas a través de una serie de prácticas que componen la magia o brujería popular. La brujería, que busca la intercesión entre las fuerzas invisibles y los hombres, aparece así como una respuesta ante la incapacidad de conseguir seguridad a partir de un saber técnico muy imperfecto o de unos poderes eclesiásticos o políticos que no son dignos de confianza o que estan demasiado alejados. Combatida por las autoridades, la caza de brujas se convirtió en un fenómeno característico de la Europa moderna, en una verdadera fractura de la civilización occidental. Por su universalidad y su diversidad, la mentalidad mágica, el mundo de la brujería ha pasado a ser un objeto privilegiado de la investigación y un territorio de excepción de la historia de las mentalidades.

Sin embargo, la magia convive con el cristianismo. A su lado existe una práctica religiosa popular que se expresa a través de manifestaciones peculiares, imponiendo sus propios lugares sagrados, sus santos protectores particulares, sus calendarios festivos diferenciados, sus imágenes singulares en capillas y ermitas concretas, sus peregrinaciones y romerías tradicionales, sus apariciones marianas, sus «devociones terapéuticas» para conseguir curaciones milagrosas de santos taumaturgos especializados. Es por tanto una religiosidad impregnada de superstición, que confunde las prácticas cristianas con los ritos mágicos (la oración con la invocación, el exorcismo con el hechizo, la jaculatoria con el conjuro), que traslada el sentido del viejo rito solsticial a la fiesta de San Juan, que mantiene reminiscencias paganas en cultos agrarios ancestrales, que opone una tenaz resistencia a la imposición de los preceptos de carácter universal de las iglesias.

6.2.4. La historia de la alimentación

La práctica mágica o la necesidad del milagro están conectadas con un mundo de la escasez. De ahí que la obtención del pan cotidiano sea una de las primeras obsesiones de una sociedad que conoce la desnutrición permanente y el hambre periódica, cuyos mitos son los del país de Cucaña o el país de Jauja (donde los alimentos y las bebidas están al alcance de la mano) y cuya fiesta por excelencia es el carnaval con sus excesos gastronómicos. Este es uno de los puntos de partida de una historia de la alimentación que, a través de la información aportada por fuentes muy variadas (la documentación hospitalaria en primer lugar), ha tratado de establecer los niveles de consumo de las distintas clases sociales, el contenido calórico de los alimentos, la composición de las comidas (proteínas, grasas, hidratos de carbono), la variedad de los manjares y las bebidas, la difusión de nuevos productos, especialmente a partir de la expansión europea por otros continentes, con inclusión de las nuevas especias (pimienta, clavo, nuez moscada, canela), los nuevos destilados (ron y otros licores) y los nuevos excitantes (té, café, chocolate).

Esta historia social de la alimentación ha encontrado, finalmente, una última derivación en la historia del gusto culinario, en que los datos seriales han sido sustituidos por una aproximación cualitativa a la evolución de la composición de la despensa y de las recetas de cocina. La sofisticación, que se hace cada vez más patente a lo largo de los tiempos modernos, se demuestra a través de la proliferación de los tratados de cocina, el uso selectivo de las especias y los condimentos (autóctonos y exóticos), la cuidada preparación de los banquetes y festines, la multiplicación de los refrescos, la aparición del *gourmet* (el entendido en gastronomía frente al mero glotón, comensal sin discernimiento), la propia difusión del concepto de arte culinario. Un mundo lógicamente muy alejado de la mesa parca y monótona de los campesinos y las clases populares, pero en todo caso un capítulo básico de la historia de la cultura material.

6.2.5. *Cultura material, vida cotidiana y vida privada*

Desde los alimentos resultaba fácil el tránsito a la historia de la vida cotidiana. Este nuevo campo de investigación había venido precedido por el proyecto de reconstrucción de la cultura material que se incluía en el primer volumen de la obra de Fernand Braudel *Civilisation matérielle, économie et capitalisme* (publicada en su versión definitiva en París, 1979, aunque este primer volumen ya había aparecido en una primera entrega en 1967), cuyo título («Las estructuras de lo cotidiano») prefiguraba su contenido: el pan de cada día (y el trigo, el arroz y el maíz), la comida y la mesa, las bebidas y los excitantes, la casa y el mobiliario, el vestido y la moda, las fuentes de energía y los metales, los transportes por tierra y por mar, la moneda y el crédito. Todo un completo programa de investigación que ha venido siendo desarrollado por los historiadores a lo largo de las últimas décadas.

Ahora bien, el eje de la vida material es el cuerpo humano. De ese modo, los historiadores han reclamado también el cuerpo como objeto histórico que no permanece inmutable sino que sufre transformaciones, al mismo título que lo hace la naturaleza. Y así, los primeros estudios pioneros (como el firmado en 1972 por Jean-Pierre Aron, Pierre Dumond y Emmanuel Le Roy Ladurie, *Anthropologie du conscript français*, sobre la antropometría de los soldados franceses) han dejado paso a nuevas aportaciones sobre la evolución de la estatura, sobre la fisiognomía, sobre la anatomía y la fisiología, sobre los sucesivos modelos de belleza corporal o sobre los avances de la higiene personal, con la aparición y desarrollo de los excusados, los cuartos de baño o los tocadores (todo ello tratado por Jean Vigarello: *Le propre et le sale. L'hygiène du corps depuis le Moyen Age*, 1985). Tal línea de investigación conducía necesariamente al estudio de la significación atribuida al cuerpo humano a través de los tiempos, como en el trabajo de Piero Camporesi sobre el lugar de los cuerpos incorruptibles en la religión y en la mentalidad popular (*The Incorruptible Flesh: Bodily Mutation and Mortification in Religion and Folklore*, 1988) o en algunos de los recogidos por Michel Feher en una obra que resume los avances en este campo (*Fragments for a History of the Human Body*, 1989).

Sin embargo, no bastaba una historia de la cotidianeidad referida sólo a los aspectos materiales. Un nuevo proyecto, puesto bajo la dirección del medievalista francés Georges Duby, prolongaba los ecos de la propuesta braudeliana e incluía nuevos supuestos bajo el epígrafe de una *Histoire de la vie privée* (obra colectiva en cinco volúmenes publicada originalmente en francés en 1986 bajo la dirección de Philippe Ariès y Georges Duby, aunque el volumen tercero, que incluía la Edad Moderna, estaba a cargo de Roger Chartier). La temática no olvidaba el marco material, pero se ocupaba además de otros numerosos aspectos marginados hasta aquel momento: la aparición del concepto de civilidad (a partir de la influyente obra del sociólogo

suizo Norbert Elias, *Sobre el Proceso de la Civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, de 1939), la organización de las habitaciones privadas (con los *petits appartements* tan característicos del siglo XVIII), la intimidad amorosa (ceñida a la alcoba), el papel de la compostura física y de la cosmética, los juegos de salón, el arte de la conversación en las veladas con los familiares y los amigos, el placer de la escritura privada (memorias y diarios) y, en contrapunto, los espacios para los espectáculos públicos o los ámbitos de sociabilidad (las tabernas, los clubs o los cafés).

6.3. La historia de las mentalidades

6.3.1. La historia del amor

La historia de las mentalidades se basaba en la constatación de que todas las actividades humanas, incluyendo los gestos y las actitudes ante las experiencias universales del sexo o la muerte, lejos de constituir hechos inalterables e intemporales anclados desde siempre en la naturaleza humana, eran productos históricos, es decir fenómenos que se modificaban al mismo título que los sistemas de estratificación social o los instrumentos de la vida material. Otra cuestión era el modo de hacerlo, sobre el cual había teorizado la historiografía marxista (considerando que los hechos de la superestructura se modificaban en la medida en que lo hacían los datos esenciales del mundo de la economía), así como también Fernand Braudel, que consideraba a las mentalidades dotadas de una tendencia al cambio más lenta que la de los demas planos de la realidad, como «prisiones de larga duración». En cualquier caso, el análisis de los sentimientos y las actitudes se insertaba dentro de la diacronía, en el territorio de la historia.

Asentadas estas premisas, el estudio de la vida familiar conducía a una historia sentimental de la familia, que se decantaba en una historia de la vida conyugal, en una historia de la vida afectiva y, más ampliamente, en una historia del amor. La primera aproximación se mantenía muy cerca de la descripción de la sociedad familiar, tratando de cuestiones tales como los contratos matrimoniales, la intervención de las iglesias en la santificación de los enlaces o el «desorden de las familias» (adulterio, divorcio, encierro de esposas infieles, bastardía). Otros enfoques tendían a ocuparse (siguiendo la teorización de Philippe Ariës) del «descubrimiento del niño», que lleva a una mayor «inversión afectiva» en los infantes (tal vez condicionada por el aumento de la esperanza de vida), aunque coexista con el extendido fenómeno de las nodrizas que parece poner en tela de juicio el amor maternal. Un debate esencial es el de la «revolución de la afectividad», que (tal vez desde el siglo XVIII) pone nuevas bases a la relación entre los cónyuges, multiplica los gestos amorosos, reclama mayores espacios de intimidad, separa el erotismo de la procreación y reivindica el matrimonio por amor frente al enlace por interés, con su corolario, la denuncia del matrimonio desigual por la edad o la condición social y su consi-

guiente condena pública, a veces ruidosamente manifestada mediante la «aspera música» de la cencerrada. Siempre desde una perspectiva social que distingue entre los amores de las clases dominantes y de las clases populares, entre los amores de las ciudades penetradas de urbanidad y los amores campesinos estudiados de modo pionero por Jean-Louis Flandrin (*Les amours paysannes. Amour et sexualité dans les campagnes de l'ancienne France*, 1975).

6.3.2. La historia de la muerte

El interés, desde una perspectiva histórica, por el sentimiento de los europeos ante ese fenómeno universal que es la muerte arranca tal vez de las obras pioneras del historiador italiano Alberto Tenenti, que entre los años 1952 y 1957 publicaría dos libros sobre el sentido del amor y la muerte en la época del Renacimiento. Sin embargo, el creador de una historia serial de la muerte es Michel Vovelle, a partir de una obra fundamental, su *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle* (1973), un libro que ha sido también punto de arranque de otras corrientes llamadas a un brillante porvenir en el mundo de la historiografía. Michel Vovelle recurre al uso sistemático del testamento como fuente privilegiada para averiguar las preocupaciones de la población provenzal del Setecientos ante el fenómeno de la muerte: las pompas fúnebres, el lugar de la sepultura, la demanda de misas por la salvación del alma, el encargo de caridades y obras de misericordia. Posteriormente, ampliaría sus reflexiones con nuevas fuentes y nuevos temas, especialmente, como ya se vio, el de la percepción del más allá a través del análisis de los retablos provenzales consagrados a las almas del purgatorio.

Pocos años después de la aparición de este verdadero hito fundacional, otro historiador, Philippe Ariès, abriría nuevas perspectivas en este campo con otra obra fundamental, *L'Homme devant la Mort* (1985), donde utilizaría todo tipo de fuentes (literatura piadosa, sermonarios, hagiografías, libros de bien morir, romances populares, textos jurídicos) para establecer una cronología del sentimiento humano ante su fin inevitable. Así, las etapas sucesivas, identificadas mediante una serie de metáforas, serían las de la «muerte domesticada» (siglos XI-XII), la «muerte propia» (siglos XII-XVI), la «muerte próxima» (siglo XVII), la «muerte ajena» (siglos XVIII-XIX) y la «muerte prohibida» (siglo XX). La ambigüedad de esta diacronía, que prescinde de muchos cambios significativos en espacios cronológicos más cortos, no ha impedido que la obra del investigador francés haya ejercido una poderosa influencia y fascinación en la investigación posterior de una temática que ha tenido numerosos continuadores en toda la geografía europea.

6.3.3. Cristianización y descristianización

La renovación de los estudios sobre la evolución de las iglesias después de las reformas del siglo XVI tuvo también como efecto el desplazamiento del

interés hacia la historia de la vivencia y la práctica religiosa, es decir hacia la realidad de la vida religiosa cotidiana. En ese sentido, el francés Jean Delumeau, retomando una idea de Gabriel Le Bras, propuso el término de cristianización para el proceso de instrucción y de aculturación de unas poblaciones europeas que se revelaron a los ojos de los reformadores como sumidas en la ignorancia y en la superstición. Este proceso de cristianización incluyó la enseñanza de las verdades de la fe (a través de la catequesis, la escuela, la predicación, las misiones, la literatura piadosa y la imagen devocional), la insistencia en la caridad y en el efecto salvífico de las obras de misericordia y la imposición de una práctica religiosa regularizada que implicaba el desarraigo de las «piedades folklóricas».

En el mundo católico, la introducción de un principio de orden en la liturgia y la universalización de las prácticas esenciales de la vida cristiana se manifestó en la santificación del domingo y las fiestas de guardar, en la depuración de la misa, en la llamada obligatoria a la comunión, en la frecuentación de los otros sacramentos, en la potenciación de una serie de devociones (el culto a la Virgen María y a Cristo y, especialmente, la adoración del Sagrado Corazón y del Santo Sacramento bajo la forma privilegiada de la devoción de las cuarenta horas) y en el combate contra la religiosidad popular, que adoptó la forma de la cristianización de las fiestas tradicionales y de las peregrinaciones y la lucha contra las fiestas paganas y las prácticas teñidas de superstición.

Sin embargo, el libro de Michel Vovelle puso de manifiesto para Provenza la aparición en la segunda mitad del siglo XVIII de un proceso contrario de descristianización. El fenómeno, que se reflejaba en las fórmulas testamentarias y en las disposiciones adoptadas sobre el destino de los restos mortales y sobre la salvación del alma, se explicaba por la superficialidad de la vida religiosa como fruto en buena parte del uso preferente de la pedagogía del miedo, por el desplazamiento del conformismo en una sociedad donde la práctica se había universalizado pero donde al mismo tiempo se habían reprimido los comportamientos más libres y más profundos, por el ensanchamiento del foso que separaba a los clérigos de los laicos y, finalmente, por la difusión de nuevas ideologías que implicaban una crítica de la Iglesia y, más allá, incluso de los fundamentos del cristianismo.

6.3.4. La historia del miedo

La historia de las mentalidades permitía el desplazamiento hasta una historia de los sentimientos. Así, junto al sentimiento amoroso, que había aparecido como objeto de estudio a partir de la historia de la familia y de la vida conyugal, empezaron a explorarse otros territorios, como el de la conciencia de culpa o de pecado, el del sentido del humor, el de la aproximación a la naturaleza, el de la percepción de la belleza femenina, el del interés por la deformidad y los monstruos (con la presencia de bufones, enanos y otros «hombres de placer» en las cortes europeas), el de la percepción de los colores y los olo-

res, el de la sensibilidad ante la suciedad y la limpieza. Incluso, los mundos más elusivos, como el mundo de los sueños retenidos al despertar (y no el de las utopías o los universos soñados o imaginados) pasaban a integrarse en el extenso campo de la investigación histórica.

Uno de los sentimientos que ha hallado a su historiador ha sido el miedo, que dispone de un libro clásico debido a Jean Delumeau (*La peur en Occident (XIVe-XVIIIe siècle). Une cité assiégée*, 1978). La Edad Moderna se presenta como una ciudadela asediada por el miedo, dominada por la sensación de inseguridad de las comunidades. Una inseguridad que es física: miedo al hambre, al frío, a la muerte próxima. Una inseguridad que es sicológica: miedo a los animales (los lobos, los perros rabiosos), a los hombres (los bandidos, los nigromantes), al cuerpo humano, de funcionamiento misterioso. Una inseguridad que imagina amenazas: miedo a la noche («el dominio privilegiado de la angustia humana»), a los hechos insólitos (los terremotos, los cometas), a los espíritus (los demonios, los fantasmas). El miedo exige la protección física de la muralla y la protección sicológica de la familia y de la solidaridad campesina, cuando no de los saberes de las brujas, al mismo tiempo temidas y solicitadas.

6.3.5. La microhistoria como método de aproximación

La historia de las mentalidades ha puesto en circulación un método de aproximación propio que se suele conocer con el nombre de microhistoria. La historia cuantitativa había propuesto la serie de datos significativos como antídoto contra el hecho aberrante, pero también es posible analizar el hecho significativo como paradigma que revela una realidad de carácter general. Este enfoque se teoriza por primera vez en la conocida obra de Carlo Ginzburg titulada *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500* (1976), que nos explica el destino de un intermediario cultural, Domenico Scandella, llamado Menocchio, un molinero del Friul del siglo XVI, capaz de transmitir una confusa ideologia de su invención, frontalmente opuesta a las doctrinas oficiales sobre la creación del universo.

El fundamento de la microhistoria reposa, por tanto, en la convicción de que una observación microscópica de un caso puede revelar una serie de hechos que pasan desapercibidos a una aproximación convencional. Se trata, por tanto, como ha señalado Giovanni Levi, de un «procedimiento intensivo», de una distinta «estrategia de conocimiento» que utiliza una escala más reducida para aprehender la realidad, según la expresión de Jacques Revel. Así, el análisis microhistórico del proceso de Galileo permite averiguar que la iglesia romana se defendía contra una teoría atomista que imposibilitaba la transformación del pan y el vino en cuerpo y sangre, según la tesis de Pietro Redondi (*Galileo eretico*, 1983).

A partir de ahí, los estudios de casos singulares se han sucedido en el campo de la historia de las mentalidades, con obras como la de Natalie Zemon

Davis (*The return of Martin Guerre*, 1973, que sería incluso llevada al cine por Daniel Vigne, con un guión escrito en colaboración con la historiadora), un episodio de suplantación de personalidad en la Francia del siglo XVI, o como la de Giovanni Levi: *L'eredità immateriale: carriera di un esorcista nel Piemonte del Seicento* (1985), que nos explica la historia de Giovan Battista Chiesa, un sacerdote exorcista piamontés del siglo XVII. Desde ahora quedaba trazado el camino que conducía al análisis de otros hechos aislados en el campo de la historia social (la actitud de un pueblo italiano ante la amenaza de la epidemia) e incluso de la historia política (el enfrentamiento entre dos clanes que se disputan el poder en una ciudad castellana). Y, finalmente, último paso, aparecían las biografías, no ya de personajes de influencia excepcional en el terreno de la vida política o de la investigación científica o de la creación artística, sino de un personaje sacado del anonimato de la historia para contarnos una experiencia irrepetible pero que podía servir de modelo para muchas otras similares: un burgués que se promociona, un adolescente que escribe un diario, una mujer encarcelada por su marido o una monja visionaria dotada del don de la profecía.

7. LA HISTORIA FUERA DE EUROPA

Uno de los reproches de las nuevas escuelas con respecto al positivismo académico era su carácter eurocéntrico. Es decir, la historia realmente importante era la historia de Europa, mientras que el pasado de los restantes continentes sólo cobraba interés en cuanto aquellos mundos entraban en contacto con los europeos, es decir en cuanto se convertían en escenario de la colonización europea. Sin embargo, sin rehusar una historia de la expansión de los europeos fuera de las fronteras del Viejo Mundo, que constituye sin duda un capítulo relevante de la Edad Moderna imposible de soslayar, hay que abrir de modo inexcusable un espacio a la historia sustantiva de los otros continentes, donde la relación con los europeos constituya a su vez sólo un capítulo de la evolución completa de aquellos mundos. De este modo, si la historia de la expansión europea fue primera en el tiempo, al constituir inicialmente tan sólo una proyección de la concepción eurocéntrica en otros ámbitos, hoy día, sin abandonar este área de investigación (que se muestra fecunda en problemáticas como los procesos de mestizaje o de aculturación), hay que estudiar la historia de la evolución propia de cada una de las regiones extraeuropeas, aunque en algunos casos la presencia foránea supusiera una ruptura traumática en el modelo imperante de organización económica, social, política y cultural.

7.1. La historia de la expansión europea

La historia de la expansión europea por otros continentes encuentra una primera plasmación académica con el reconocimiento de la especialidad de la

historia de los descubrimientos geográficos, asociada por lo general a la historia de la cartografía y de la ciencia náutica. Sin embargo, esta conceptualización pronto pareció demasiado limitada, ya que la extroversión de los pueblos europeos generó una serie de fenómenos de primera magnitud en el campo de la vida económica y en el campo de la vida cultural que fueron decisivos para el porvenir tanto de los países protagonistas de la exploración y la colonización como de las regiones que recibieron la visita o vieron la instalación en su territorio de los soldados, los comerciantes y los misioneros llegados del Viejo Mundo.

Así, en el plano de la economía se imprime un decisivo impulso a la aparición de una verdadera economía mundial, que tiene su centro, su alfa y omega, en las metrópolis europeas, que imponen una verdadera división del trabajo que reserva a América la producción de materias primas (metales y productos de plantación), a Asia la producción de géneros de gran valor con la incorporación de un trabajo artesanal altamente cualificado, y a Africa el suministro de mano de obra destinada al trabajo forzado en las colonias americanas, a la espera de la inserción mucho más tardía en los espacios de Oceanía. Del mismo modo, en el ámbito de la cultura, la instalación de los europeos en otras tierras permite ampliar enormemete los conocimientos geográficos mediante la exploración llevada a cabo a través de expediciones terrestres y marítimas (de tal manera que las fronteras del mundo se ensanchan considerablemente a lo largo de la Edad Moderna), al tiempo que se recogen infinidad de nuevos datos antropológicos a partir de la observación de sociedades que habían permanecido ignoradas (caso de algunos pueblos africanos y de la totalidad de los americanos) o que conocidas desde antiguo por referencias escasas o inseguras son desveladas ahora en su enorme riqueza, como en el caso de los grandes reinos e imperios asiáticos.

De ahí que se abra un amplio abanico de temáticas necesitadas de investigación. El estudio de los descubrimientos viene seguido de las monografías sobre la conquista y la colonización de los nuevos mundos, sobre las compañías privilegiadas de comercio, sobre la apertura de nuevas rutas transoceánicas, sobre la importación de cultivos exóticos, sobre la revolución de los precios y los circuitos internacionales de la plata, sobre la aparición de las sociedades coloniales, sobre la exportación de modelos culturales, sobre los procesos de evangelización, sobre los experimentos utópicos en los nuevos mundos, sobre las grandes expediciones científicas terrestres y marítimas, sobre los procesos de emancipación e independencia de las regiones colonizadas. Este universo estudiado desde el punto de vista de Europa todavía no presta atención a otros temás, como los de las economías tradicionales, las sociedades indígenas, las organizaciones políticas preexistentes, las creaciones culturales que por el momento o se ignoran o llegan a Europa como curiosidades destinadas a las *Wunderkammern* (los gabienetes de maravillas) de los poderosos. Se hace preciso el paso siguiente, la investigación de las historias sustantivas de los otros mundos.

7.2. Las historias sustantivas de los otros mundos

El estudio de los países extraeuropeos apenas si ocupa un espacio marginal dentro de los programas de Historia Universal Moderna de los diversos departamentos universitarios europeos. En España, dejando a salvo el caso de Hispanoamérica, que siempre ha contado con una presencia significativa en el mundo académico (al mismo título que las regiones que formaron parte de los imperios coloniales de Portugal, Francia, Inglaterra o los Países Bajos la tienen en sus antiguas metrópolis), son bien escasos los departamentos dedicados a la investigación del pasado de los restantes continentes, incluso a pesar de que algunos territorios estuvieron unidos políticamente a la Monarquía Hispánica durante varios siglos (caso de las Filipinas en Asia, de varios archipiélagos del Pacífico, de los antiguos presidios y colonias subsaharianas en Africa e incluso de buena parte de los actuales Estados Unidos).

Incluso cuando se da la situación contraria, es decir cuando alguno de esos países desempeña el rol contrario de invadir los territorios europeos, como es el caso de la Turquía otomana, tampoco la situación experimenta una variación sensible, pues ahora se explica la arremetida militar del enemigo precedida de una breve introducción sobre las bazas que la hicieron posible (la exigencia de la *yihad*, el gobierno centralizado, la próspera hacienda y el ejército de jenízaros), todo ello contemplado desde el lado europeo, es decir prescindiendo de la visión del otro, que sólo se vislumbra a través de los documentos de los diplomáticos o de los escritos de los viajeros.

Pues bien, parece llegada la hora de que la investigación europea introduzca como norma necesaria el conocimiento de la historia de los países extraeuropeos como una realidad sustantiva, que no depende para su existencia del mantenimiento de ningún tipo de contacto con los estados europeos, que no está subordinada al posible efecto ejercido sobre el Viejo Mundo. Y esta exigencia adquiere mayor valor si cabe para la Historia Moderna, un momento privilegiado, de gran densidad histórica, en que, mientras los países africanos se desarticulan progresivamente por la incidencia de la trata esclavista, los países asiáticos consolidan una economía próspera y bien organizada, constituyen estados centralizados y absolutistas, hacen frente al reto de los visitantes europeos (soldados, mercaderes, misioneros) y protagonizan un florecimiento cultural que forma hoy parte del patrimonio de la humanidad.

Esta historia ha de superar necesariamente una serie de obstáculos. En efecto, la investigación tropieza con unas fuentes que se hallan depositadas en archivos lejanos (aunque algunas resulten más accesibles al haberse recogido en repertorios documentales) y que han sido escritas en lenguas también de difícil dominio, aunque en ocasiones entre ellas se encuentren observaciones impresas de visitantes europeos. La bibliografía presenta inconvenientes similares, ya que si la literatura europea puede ser abundante en algunos

casos, en otros (particularmente en el mundo asiático) hay que recurrir a obras publicadas en idiomas autóctonos que no han conseguido los honores de la traducción. Del mismo modo, la cronología de los otros mundos desafía las convenciones establecidas en la historia europea, de modo que incluso hablar de una historia moderna para los ámbitos extraeuropeos requiere una previa justificación.

Tales dificultades no deben contrariar, sin embargo, el principio teórico de la necesidad de reconstruir la unidad del desarrollo histórico de la humanidad. Máxime cuando la Edad Moderna representa el momento en que los distintos mundos, hasta ahora separados por la distancia geográfica y la distancia mental, toman contacto y se disponen a configurar un solo mundo. Un mundo recorrido por los viajeros, cruzado por las rutas comerciales, interrelacionado por la circulación de las noticias. Un mundo que está comunicado desde fines del siglo XV a través de un eje que se inicia en el extremo meridional de Europa, llega en dirección a oriente hasta los confines de China y en dirección a occidente, cruzando América y la vasta extensión del Pacífico, hasta las Filipinas, para confluir en el espacio que Pierre Chaunu denominó el Pacífico de los Ibéricos. De este modo, el anhelo de una historia total termina por engendrar una verdadera historia universal.

BIBLIOGRAFÍA

Incluyo sólo algunos títulos fundamentales de reflexión histórica publicados en español. Naturalmente, son también de lectura recomendable todos los estudios citados en el texto.

BLOCH, Marc (1957): *Introducción a la Historia*, México, Fondo de Cultura Económica.

BRAUDEL, Fernand (1968): *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial.

BURKE, Peter (ed.) (1993): *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza Editorial.

BURKE, Peter (2000): *Formas de Historia cultural*, Madrid, Alianza Editorial.

CARR, Edward Hallett (1967): *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, Seix Barral.

FEBVRE, Lucien (1970): *Combates por la Historia*, Barcelona, Ariel.

FONTANA, Josep (1982): *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica.

FONTANA, Josep (1992): *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica.

FONTANA, Josep (2001): *La historia de los hombres*, Barcelona.

GOFF, Jacques Le y NORA, P. (1985): *Hacer la historia*, Barcelona, (2 vols.).

STONE, Lawrence (1987): *El pasado y el presente*, México.

VILAR, Pierre (1974): *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, Ariel.

VILAR, Pierre (1980): *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica.

VOVELLE, Michel (1985): *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, Ariel.

II.5
HISTORIA CONTEMPORÁNEA

1. El período histórico contemporáneo
Asunción Díez López

2. Historia de las Relaciones Internacionales
Rosa Pardo Sanz

3. Historia de la Cultura
Alicia Alted Vigil

4. Historia del Mundo Actual
Javier Tusell Gómez

1. EL PERÍODO HISTÓRICO CONTEMPORÁNEO

A lo largo del siglo XIX, se materializan una serie de cambios que, a los ojos de los coetáneos, conforman un mundo muy diferente al de los siglos anteriores. Estos cambios, que, aunque a ritmos distintos, acaban afectando a todos los aspectos del devenir humano, tienen como desencadenantes más evidentes la desaparición del Antiguo Régimen y la revolución industrial. A las tres edades clásicas, Antigua, Media y Moderna, se añade una cuarta, la Contemporánea, en la que el Hombre se siente dueño de su destino (soberanía nacional, sufragio) y dueño de la Naturaleza (avances tecnológicos). Ello conlleva la delimitación académica de una nueva área de conocimiento, la Historia Contemporánea, cuyo campo es esta nueva edad.

1.1. Límites temporales

Por razones evidentes, tan sólo el punto inicial del período es susceptible de ser discutido y fijado, puesto que su término pertenece al futuro.

Salvo en el límite inicial de la Historia Antigua, que viene determinado por la aparición de testimonios escritos, los elementos utilizados para acotar los diferentes períodos corresponden a acontecimientos relevantes de la historia política. Ello se debe, fundamentalmente, al hecho de que la historia política se desarrolla en ciclos cortos y los cambios tienen efectos inmediatos y visibles. Para la Historia Contemporánea, el punto de partida se sitúa en la Revolución Francesa y, en el caso de España, en la Guerra de la Independencia. Sin embargo, existe una diferente percepción entre las historiografías continental e inglesa a este respecto. Para franceses y alemanes (y aquellos historiadores que están en su área de influencia, los españoles entre ellos) la Historia contemporánea se inicia efectivamente con la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas que convulsionaron a todo el continente. Para los historiadores británicos, en cambio, el siglo XIX es la culminación de los cambios iniciados en el siglo XV y cierra, por tanto, la Edad Moderna; será la Primera Guerra Mundial la que marque el inicio de la Historia Contemporánea.

Aunque el límite final del período permanece abierto, sí se suscita la cuestión de hasta donde puede extenderse la acción del historiador. Este debate es relativamente reciente y afecta sobre todo a la historiografía continental. Hasta el siglo XX, la labor de los historiadores se centraba en la historia política, que, recordemos, es de ciclo corto, y no se cuestionaba que los sucesos significativos inmediatos fueran o no susceptibles de ser analizados. De hecho, el estudio del pasado tenía como finalidad primordial explicar y comprender el presente. El cambio se produce al ampliar los campos en los que se desarrolla la tarea del historiador. Las estructuras económicas y sociales están sujetas a un ciclo largo, que pueden abarcar varias generaciones y cuyos efectos son visibles a largo plazo. Aparecen nuevas disciplinas (Economía, Sociología), con sus propios métodos de investigación y análisis que estudian el momento presente de esos fenómenos y se reserva el pasado para la Historia. La visión de historia total propia de la Escuela de Anales, con su rechazo y un cierto desprecio hacia la historia política, deja fuera de la investigación histórica al presente y al pasado reciente. La recuperación de la historia política ha traído consigo la reivindicación, por parte de los historiadores, del derecho a no limitar cronológicamente su campo de actuación, dando carta de naturaleza a una historia del Tiempo Presente.

1.2. Límites espaciales

En cuanto a los límites espaciales, en los siglos XIX y XX se pasa de una historia europea a una historia mundial. Esto no obedece a un abandono del europocentrismo sino al hecho de que los modelos culturales y políticos nacidos en Europa han adquirido carácter universal.

Durante el siglo XIX, la expansión colonial amplía el escenario de los conflictos entre las potencias europeas a los continentes africano y asiático. El contacto con otras culturas, menos desarrolladas tecnológicamente, refuerza la idea de la superioridad incuestionable de la civilización occidental, no ya sólo en aspectos científicos y técnicos, sino también culturales y hasta morales. Ello hace que la penetración económica vaya acompañada con la imposición de modelos organizativos sociales y políticos, que sustituyen las formas autóctonas, reputadas como bárbaras, y en los que las poblaciones nativas pasan a ocupar un segundo plano.

El siglo XX se abre con la crisis de los valores que vertebraban la civilización europea. La Primera Guerra Mundial supone la ruina económica del continente y el desplome del sistema político internacional, vigente hasta entonces, con la desaparición de los Imperios centrales (Alemán y Austrohúngaro) y Orientales (Rusia y Turquía) y el nacimiento de la Unión Soviética. El carbón, que había sido el motor de la revolución industrial, perderá importancia frente al petróleo, cuyos yacimientos más importantes son extraeuropeos, lo que acarreará un profundo cambio en el mapa geopolítico. El

proceso de atomización de los estados centrales de la vieja Europa, que tiene lugar en 1918, se generalizará con el proceso descolonizador. Paralelamente, se irá afirmando la hegemonía mundial de los Estados Unidos, que será ya indiscutible al finalizar el siglo, tras la desaparición de la URSS.

1.3. Características de la Edad Contemporánea

1.3.1. Economía y población

Como en todo período histórico, los aspectos presentes son un conglomerado de procesos iniciados en el período anterior y del germen de nuevos procesos, cuyo desarrollo se completará en el futuro.

Dos son los cambios más determinantes entre los que caracterizan la nueva edad: la generación de energía independiente de la fuerza humana o animal y el crecimiento acelerado de la población. Ambos cambios, conocidos respectivamente como revolución industrial y revolución demográfica, se inician en el siglo XVIII y conformarán el mundo tal y como lo conocemos.

Disponer de energía abundante y barata permitirá una explotación de los recursos naturales a una escala creciente que modificará las condiciones de vida y las relaciones de poder. Por primera vez, desde la revolución neolítica, la agricultura deja de ser la base de la riqueza. La industrialización traerá consigo el desarrollo tecnológico, la ampliación geográfica de los mercados, la movilidad de la población y su concentración en las ciudades, la ruptura de la dependencia de las condiciones naturales del territorio. Esos cambios se van dando de forma gradual y la adaptación a las nuevas condiciones generará nuevos conflictos cuya resolución será la urdimbre de la historia del período.

No parece que el cambio en el comportamiento demográfico de la población europea, que se inicia a mediados del siglo XVIII, esté originado por la revolución industrial, dado que ambos fenómenos son simultáneos y poblaciones no industrializadas, como Rusia, también lo experimentan. Lo que sí es cierto es que la industrialización favorecerá ese proceso en las generaciones siguientes. Pero también es cierto que el crecimiento de la población proporcionará la mano de obra necesaria para el desarrollo de la industria. Hasta el siglo XVIII, la población europea crecía muy lentamente, debido a la presencia periódica de episodios de mortalidad catastrófica que diezmaban los excedentes acumulados por cada generación. Son varios los factores por los que esa mortalidad catastrófica disminuye en el siglo XVIII: por causas no muy bien conocidas, desaparece la peste, que era endémica desde el siglo XIV; se descubre la vacuna, lo que permite prevenir las epidemias de viruela, que había substituido a la peste; las guerras reducen su impacto negativo sobre la población civil, al tiempo que disminuye el número de conflictos; se diversifica la dieta con la incorporación de productos americanos, maíz y patatas, fundamentalmente; los tejidos de algodón, más fáciles de limpiar, sustituyen

a los de lana, con lo que mejora la higiene. La disminución de la tasa de mortalidad y el mantenimiento de una natalidad muy alta, hará que la población europea crezca en unas proporciones desconocidas hasta el momento y ni siquiera el convulso período napoleónico que abre el siglo XIX, la aparición de nuevas enfermedades como la tuberculosis o el cólera, o crisis como la hambruna de Irlanda de los años 40, cambiarán la tendencia. En el siglo XX, la natalidad europea bajará significativamente, pero la revolución demográfica se extenderá a todo el planeta, dando lugar a la superpoblación. En 1850, la población mundial era de 1.000 millones, cifra que se duplica en 1930. Las terribles pérdidas originadas por la Segunda Guerra Mundial no llegan a frenar el crecimiento y, en 1947, la población alcanza los 2.326 millones. Con la recuperación tras el conflicto, se produce la explosión demográfica, llegando en 1960 a la cifra de 3.000 millones, cifra que se ha duplicado en los últimos años.

1.3.2. La sociedad

El desplazamiento de la generación de riqueza y la presencia de generaciones jóvenes más numerosas pusieron en quiebra las estructuras sociales del Antiguo Régimen. Los fenómenos sociales durante el siglo XIX se pueden articular en torno a tres ejes: La preponderancia de la burguesía, la aparición del proletariado como una fuerza social y la urbanización de la sociedad. El proceso de consolidación de la sociedad burguesa va parejo al abandono de formas tradicionales de vida, al tiempo que la mentalidad burguesa transfunde sus valores a todo el conjunto social. La ciudad es el marco de la nueva sociedad y su estructura cambia de acuerdo con las nuevas relaciones sociales. Paralelamente a esta consolidación, la aparición y desarrollo del proletariado industrial introduce un factor de conflicto que la burguesía intenta paliar unas veces con medidas represivas, otras con medidas sociales, y, a la larga, ese conflicto acabará configurando a su vez la sociedad, tal y como será al finalizar el siglo. El siglo XX se caracteriza ante todo por la masificación de la sociedad. Las masas serán utilizadas y canalizadas tanto por los poderes políticos como por los económicos. El desarrollo de los medios de comunicación dará nacimiento a otro fenómeno característico de este siglo: la importancia de la propaganda y la posibilidad de movilización y polarización de esas masas. Este fue un factor fundamental en el surgimiento de los estados totalitarios que aparecieron en Europa en los años 30. Tras la Segunda Guerra Mundial, el sostenido desarrollo económico y la diversificación de productos darán lugar a la aparición de la sociedad de consumo, en la que coinciden en el mismo colectivo la función generadora de bienes y servicios, y la función consumidora de esos mismos bienes.

A lo largo de los últimos 200 años, tiene lugar la paulatina relegación de lo religioso a la esfera privada, al tiempo que un número creciente de personas abandonan toda práctica religiosa. La sociedad occidental se hace laica.

También en este aspecto, en la edad contemporánea se desarrolla y generaliza un fenómeno cuyo germen surge en el período anterior. Para el pensamiento ilustrado, eminentemente racionalista, la religión no es más que un cúmulo de mitos y supersticiones, mediante los cuales los poderosos perpetúan situaciones de tiranía y privilegios. La unión del altar y el trono (Iglesia y monarquía absoluta) refuerzan el poder de los dos primeros estados, frente al tercero, más dinámico, impidiendo su progreso. Surgirá así un anticlericalismo que será un rasgo distintivo del pensamiento liberal. Durante el siglo XIX, según se van estableciendo los nuevos Estados liberales, se multiplican las actuaciones para privar al sector eclesial de su poder. Confiscación de tierras (desamortización), supresión de los diezmos (percepción de impuestos), desaparición del régimen señorial, debilitan su poder económico. A esto se añade la asunción por parte del Estado de la función educadora. La escuela pública inculca a las nuevas generaciones los valores cívicos deseables en los ciudadanos: patriotismo, laboriosidad, espíritu de superación, filantropía, etc. Pero existe un factor de descristianización, ajeno a la labor directa del Estado, que, a la larga, será tanto o más determinante: la urbanización. En el mundo rural, los hechos religiosos tienen carácter social; bodas, entierros, festividades, refuerzan los lazos solidarios de la comunidad. Cuando los campesinos se trasladan a la ciudad, se desarraigan de su parroquia y la práctica religiosa pierde gran parte de su motivación. La vida se rige por la sirena de la fábrica y no por los toques de las campanas. A esto se añade que las masas proletarias tendrán problemas para los que la Iglesia no ofrece más solución que la resignación y el sometimiento, lo que hará que el clero sea identificado con las clases explotadoras, dando nacimiento a un anticlericalismo proletario especialmente virulento. Así, ya en el siglo XX, los estados socialistas serán confesionalmente ateos, tomando medidas, incluso persecutorias, contrarias a toda manifestación religiosa. Por su parte, los estados capitalistas mantendrán, en términos generales, la separación entre Iglesia y Estado.

1.3.3. Los sistemas políticos

El nuevo ordenamiento del Estado, que se va estableciendo a lo largo del siglo XIX, culmina un largo proceso, iniciado por las monarquías europeas a finales de la Edad Media, al que se le añaden nuevos elementos que tienen su raíz en los cambios económicos, sociales e ideológicos que se producen en el siglo XVIII. Frente a la atomización del poder, característica de la Edad Media, aparece un Estado unificador, tanto jurisdiccional como territorialmente, cohesionado por la Corona. La consideración del territorio como bien patrimonial del señor, que suponía el derecho de enajenación, trueque y particiones entre herederos, deja paso a la idea de nación inalienable, de la que el Rey no es el dueño sino el custodio. La monarquía autoritaria, que desembocará en el despotismo ilustrado, articula un Estado en el que todos los poderes confluyen en la Corona, que es la única detentadora de la soberanía y la

encarnación de la nación. El fortalecimiento de este Estado, sin embargo, no supone la desaparición del complejo entramado sociojurídico en el que perviven usos de origen medieval. Los intentos reformistas de las monarquías del siglo XVIII se ven obstaculizados en gran medida por la dificultad, en unos casos, y la imposibilidad, en otros, de articular un sistema fiscal que sanee la Hacienda y permita llevar a buen término dichas reformas. Paradójicamente, es precisamente en el país en el que la Corona es más poderosa, Francia, donde la situación desemboca en una revolución especialmente violenta, en tanto que en Inglaterra, con una monarquía mucho más debilitada y a la cabeza de la cual se sucederán, durante los 60 años cruciales del cambio de siglo, un rey loco, un regente desprestigiado y una reina casi adolescente, los cambios serán introducidos, de forma paulatina, por los representantes de los grupos hegemónicos (fundamentalmente, nobleza rural y burguesía mercantil).

El nuevo Estado liberal reposa sobre un principio básico: la soberanía pertenece a la Nación, entendiendo por Nación el conjunto de los ciudadanos. El poder lo ejerce la Nación a través de sus representantes elegidos periódicamente mediante sufragio. Para evitar situaciones tiránicas, se separan las tres manifestaciones de ese poder: Ejecutivo, Legislativo y Judicial, de tal manera que cada uno de esos tres poderes controle y modere a los otros dos. Las reglas que rigen el sistema se plasman en una Constitución escrita, a la que se jura respetar.

Sin embargo, a lo largo del siglo XIX, el sistema se aplicará con distintas modificaciones, según los países y el momento. Aunque los revolucionarios franceses habían proclamado la República, influidos por una visión idílica de la antigua república romana, y también por los recién creados Estados Unidos, la monarquía sigue siendo el régimen dominante en los países europeos. Así, lo que se conoce como *liberalismo doctrinario* establece que la soberanía pertenece por igual al Rey y a la Nación, y el Rey tiene poder legislativo y derecho a vetar las Leyes emitidas por las Cámaras de Representantes.

Otra suavización del régimen parlamentario consiste en el establecimiento de dos cámaras: una, la cámara baja o Congreso, formada por representantes elegidos por sufragio; otra, la cámara alta o Senado, formada por senadores no elegidos sino designados por el Rey, o natos, por el cargo desempeñado o por su pertenencia a una determinada élite, como la Cámara de los Lores, en Gran Bretaña. La misión de la cámara alta es la de moderar las veleidades igualitarias de la cámara baja que puedan perjudicar el status de las clases más elevadas.

Pero el elemento más controvertido será el carácter del sufragio. En la I República francesa, el sufragio era universal masculino, pero en el sistema parlamentario decimonónico se impondría el llamado *sufragio censitario*. El sufragio censitario parte del principio que sólo puede votar con libertad aquél que no depende de un tercero para su supervivencia; también subyace la idea de que quién tiene capacidad para regir bien sus asuntos, demuestra su capa-

cidad para regir los asuntos públicos. Esto se traduce en un censo de electores restringido a aquellos varones que disponen de ingresos iguales o superiores a una cantidad determinada, y un censo de elegibles en el que figuran tan sólo aquellos varones que poseen bienes iguales o superiores a un monto determinado. De esta manera, las clases desposeídas: campesinos sin tierra propia, jornaleros y obreros fabriles, ni estarán representadas, ni tendrán voz en el ordenamiento del nuevo estado. La lucha por la democratización de los sistemas parlamentarios se desarrollará a lo largo del siglo XIX y estará estrechamente unida a los procesos industrializadores y al fortalecimiento y desarrollo del *movimiento obrero*. El sufragio universal masculino se empieza a consolidar en vísperas del siglo XX (Francia: 1884; España: 1890; Noruega: 1898; Austria: 1907) y se generalizará a partir de la Primera Guerra Mundial. (Inglaterra: 1918; Italia: 1919; Polonia y Checoslovaquia: 1922; Japón: 1925). Aunque algunos países, al establecer el sufragio universal, incluyen a las mujeres en el censo de votantes en igualdad con los hombres (Australia: 1901; Finlandia: 1906; Rusia y Holanda: 1917; Alemania: 1918), en otros el voto femenino o bien está restringido (Inglaterra: 1918, pero limitado a las mayores de 30 años), o bien se establece con posterioridad, a veces muchos años después, como en el caso de España (1931), Francia e Italia (1945), y, por último, Suiza (1971).

La universalización del sufragio trae consigo el fortalecimiento de los partidos de masas y su peso determinante en la vida pública. En el período entreguerras aparecerán en Europa los sistemas totalitarios, de uno y otro signo, en los que un partido se hace con el poder, desplazando y eliminando a todos los demás e identificándose con el Estado. Una parte de estos regímenes dictatoriales (la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini, la Francia de Petain) caerá tras la Segunda Guerra Mundial, en tanto que los de ideología comunista no lo harán hasta la última década del siglo XX.

Los regímenes autoritarios del Sur de Europa (el Portugal de Salazar y la España de Franco) desaparecerán en los 70 con la muerte de los dictadores.

1.4. La Historia en la Edad Contemporánea

1.4.1. El desarrollo de los estudios históricos

Es en la Edad Contemporánea cuando los estudios históricos adquieren el rigor y la solidez propios de las Ciencias Humanas, campo en el que se adscriben. Pocas disciplinas reflejan, tanto como la Historia, los centros de interés y el carácter de la época en la que los historiadores realizan su tarea y, a través de las sucesivas escuelas historiográficas, pueden rastrearse los cambios políticos, sociales e ideológicos sobrevenidos a lo largo de los últimos doscientos años.

Aunque el interés por los vestigios del pasado, especialmente los de la antigüedad clásica, aparece ya en el siglo XVIII, la Historia recibirá, a comienzos del XIX, un impulso determinante debido a dos factores fundamentales.

El primero de ellos será la Revolución francesa. La conmoción que los acontecimientos de Francia originan a sus contemporáneos hace que éstos se interroguen por las causas y el significado de la súbita caída de un régimen milenario. Proliferan los testimonios escritos, tanto a favor como en contra, y se buscan en el pasado los argumentos que puedan defender el régimen caído o justificar su pérdida. Este interés que, como veremos más adelante, no desaparecerá en las generaciones posteriores, supondrá una nueva comprensión del presente basada en el conocimiento de los procesos históricos.

El otro factor será el establecimiento de los estados-nación y el consiguiente nacimiento de los nacionalismos. Los nacionalismos buscarán sus raíces y su justificación en la historia particular de cada una de las nuevas entidades, historia que será a veces sesgada o magnificada según los intereses políticos del momento, pero que permitirá rescatar, salvaguardar y valorar una documentación hasta el momento considerada irrelevante. Estas historias nacionales adquieren especial importancia en el caso de aquellas nacionalidades que, o bien no habían llegado a formar un estado durante la Edad Moderna, como Alemania o Italia, o bien estaban incluidas en un estado multinacional, como Hungría (Imperio austrohúngaro), Polonia (Imperio ruso) o los países balcánicos (Imperio otomano).

Esta historia romántica y de tintes épicos dará paso, en la segunda mitad del XIX, a otra en la que se prima la minuciosidad y exactitud de los datos, siempre sin abandonar el protagonismo de los acontecimientos, y que refleja la influencia del ambiente «cientifista» creado por el espectacular desarrollo de las ciencias experimentales.

El siguiente cambio relevante se deberá a la creciente importancia de la presencia de las masas en la política y la sociedad, a la que ya nos hemos referido. Esta influencia se manifestará en dos aspectos diferentes. El primero se refiere a la interpretación histórica, dando lugar a una historia socialista, contrapuesta a la historia burguesa. El segundo se plasmará, independientemente de la interpretación, en una ampliación de los campos de la Historia, hasta entonces reducida a la historia política. Todas las manifestaciones del quehacer humano son pues susceptibles de ser estudiadas por los historiadores, pues todas ellas son determinantes en el proceso histórico. Aparecen así nuevas especializaciones: Historia Social, Historia Económica, Historia Agraria, Historia de la Población, Historia de las Mentalidades y un largo etcétera.

1.4.2. La ampliación hacia los espacios extraeuropeos

Durante la Edad Contemporánea, el interés de los historiadores europeos no se limita al propio ámbito, sino que se extiende también al pasado de aquellos pueblos con los que la expansión colonial o comercial los pone en contacto.

Ya en el siglo XVIII, se emprenden expediciones de carácter científico para estudiar otros territorios. Este estudio, además de la flora y la fauna, describe también leyes, costumbres y productos de otras civilizaciones. Lo exótico se pone de moda y en ninguna residencia señorial faltará un «salón chino» o un fumador de estilo árabe.

Cuando Napoleón desembarque en Egipto, la expedición militar irá acompañada de un grupo de estudiosos. El hallazgo de la piedra Rosetta y su posterior descifrado abrirá el campo de la Egiptología. La penetración inglesa en el Medio Oriente permitirá el estudio de las grandes civilizaciones mesopotámicas e igual sucederá con el subcontinente indio y con el Lejano Oriente.

Los cambios experimentados por los estudios históricos que hemos descrito en el apartado anterior también se manifiestan en los estudios extraeuropeos. Al mismo tiempo, la mundialización de la política y la economía que se produce en el siglo XX, hace que, sin abandonar el estudio de las grandes civilizaciones desaparecidas, cobren relevancia los procesos que se desarrollan en otras partes del mundo, que pierden así su carácter exótico, para entrar a formar parte de un proceso global, en el que está implicada toda la Humanidad.

1.5. La historiografía de la Revolución Francesa

La historiografía de la Revolución Francesa constituye un buen ejemplo de cómo han evolucionado los estudios históricos a lo largo de la Edad Contemporánea. También muestra como cada época arroja una nueva luz sobre los sucesos del pasado. No menos interesante es ver de qué manera influye la postura personal del historiador en las diferentes interpretaciones del mismo fenómeno. Y lo más importante: cada escrito histórico, independientemente de lo partidista que pueda ser en su interpretación de los fenómenos, aporta elementos para el conocimiento que pueden ser útiles para todos.

Más cerca de nosotros, nuestra propia evolución historiográfica ha estado siempre, incluso ahora, fuertemente influenciada por la francesa, de modo que la evolución de la una encuentra un fiel reflejo en la de la otra.

Pero quizá lo más importante es que, a través de la reflexión y el análisis de la Revolución, se va articulando el bagaje ideológico y la filosofía política que caracteriza la edad contemporánea. La división entre derechas e izquierdas, el ideario nacionalista, la concepción racista de las colectividades humanas, el convencimiento de que el progreso llevará al nacimiento de una nueva sociedad más justa e igualitaria.

En general, se puede hablar de tres corrientes interpretativas de la Revolución: una de *derechas*, una *republicana* y una *socialista*. Pero incluso dentro de cada corriente, se dan posturas distintas. La derecha exaltará la figura de

Luis XVI, pero otros lo harán con Napoleón; el Terror estará considerado por los historiadores republicanos como nefasto para sus ideales o como una dolorosa necesidad; por su parte, los historiadores socialistas mostrarán simpatía por la burguesía revolucionaria o la odiarán. Al mismo tiempo, las influencias son múltiples entre las tres tendencias y en la obra de un legitimista pueden aparecer elementos propios de cualquiera de las otras dos y viceversa.

1.5.1. Los comienzos

Desde el principio, los contemporáneos se consideraron inmersos en un conjunto de circunstancias que poseían su propia coherencia e intentaron escribir su historia. Sus obras están influenciadas por el modo de escribir e investigar propio del final del Antiguo Régimen. Aparecen así recopilaciones jurídicas y cronologías, en tanto que las historias generales, inspiradas en Voltaire, Montesquieu y la antigüedad clásica, y aparecidas ya en 1792, están principalmente preocupadas por el estilo y la forma literaria y la presentación *filosófica,* propia de los ilustrados. Tras la reacción termidoriana, cuando se afloja la férrea censura impuesta por el Comité de Salud Pública, aparecen gran número de memorias, que ponen a disposición de los publicistas una abundante información. Los escritos de este momento están, como es natural, impregnados de la pasión política y tan sólo una de estas historias, la del vizconde Toulongeon (noble unido al Tercer Estado, republicano y de talante liberal), recoge material de archivos privados, haciendo una clara distinción entre sus fuentes y sus recuerdos.

Mientras tanto, los emigrados también hacían su propio análisis, teñido sobre todo por el afán propagandístico. Fue con este fin con el que se estableció la «teoría del complot», expuesta por Barruel en sus *Memorias para servir a la historia del jacobinismo*, publicadas en 1799; había existido un complot interior y otro exterior, una alianza de los filósofos y los masones con aventureros de los clubs jacobinos y la Providencia se había servido de la maldad de los hombres para castigar a una sociedad blasfema y descreída. Para la derecha, esta teoría la liberaba de responsabilidad en los acontecimientos, pues lo sucedido era por tanto inevitable, aun antes de que Luis XVI subiera al trono.

Lo importante de esta teoría es que pone de relieve un problema fundamental cuando se estudia una revolución: la relación entre las ideas y los acontecimientos. Para Barruel había habido una organización deliberada; para otros, como Chateaubriand, que no querían renegar de la Ilustración, las ideas se habían desvirtuado por culpa de los intereses ambiciosos. Para Maistre, la libertad de pensamiento, iniciada por la Reforma, estaba en el origen del desastre. Una minoría se mantuvo escéptica sobre la importancia de las ideas, pues pensaban que eran las pasiones las que gobernaban el mundo; otros consideraron la filosofía como un síntoma del mal general y no su causa.

Posteriormente, muchos historiadores, y no sólo los conservadores, buscaron el origen de la Revolución en las ideas y en su difusión, si bien desecharon la idea de la conspiración (Taine).

El análisis de los emigrados aportó otros elementos que serían el punto de partida de estudios posteriores: el poder decreciente de la antigua centralización; la naturaleza corporativa del Antiguo régimen; la presencia de una Fronda aristocrática como desencadenante inicial de la revolución (Chateaubriand); el juego de los intereses creados, debido a la subasta de las propiedades incautadas.

De la derecha provienen también las explicaciones más convincentes del Terror, que para Maistre y Chateaubriand constituye la esencia de la Revolución. Para ambos, es la acción necesaria en épocas de decadencia; la revolución moral que es el requisito previo a la democracia; admiraron de los jacobinos el que fueran capaces de vencer a los ejércitos extranjeros, superar la guerra civil, la inflación, el hambre, la corrupción. Robespierre fue fiel a sus principios y los aplicó sin vacilación, Napoleón expulsó al extranjero y salvó la unidad nacional. Maistre, incluso, verá la Emigración como un crimen, pues abandonó la patria en peligro para pedir la ayuda de los extranjeros.

Aparece pues en fechas muy tempranas el dilema que acompañó siempre a la derecha de la historiografía francesa, y que constituye un puente entre ella y la historia de la izquierda. Se pueden condenar los principios del 93, pero no sus logros. Aunque fuera bajo la bandera republicana, era Francia la que salía victoriosa. La patria no se puede llevar al exilio. El patriotismo es un terreno común para los emigrados y sus perseguidores.

Otro punto de coincidencia es el determinismo histórico. Para los emigrados es un castigo de la Providencia o la obra del Destino; para los revolucionarios, empapados de la fe en el progreso, las revoluciones son como los cambios físicos de la materia: inevitables. En ambos casos, el hombre es la víctima de fuerzas ajenas a él.

1.5.2. La historiografía de la primera mitad del XIX

Tras la Restauración, veinticinco años más tarde del comienzo de la Revolución, es el momento en el que los que la presenciaron hacen el balance de su generación. El primero de ellos es el propio Napoleón, con su *Memorial de Santa Elena*. También determinista, su propia carrera se presenta como obra del Destino y él mismo sería el hijo y heredero de la Revolución, completando la labor y llevando la grandeza nacional a la cima de la gloria. Nace así el mito bonapartista que constituye otro elemento de unificación patriótica. Esta exaltación patriótica estará presente en toda la historiografía de la primera mitad del siglo XIX.

Maistre y Bonald, emigrados, y Saint-Simon y Roederer, revolucionarios, coinciden en incidir en el papel de las ideas como causa de la Revolución. Madame de Stäel, fiel al progreso y al modelo constitucional inglés, defiende el ideario liberal del 89, separando la bondad de las ideas de las pasiones con que fueron aplicadas. Señala que se atacó más el privilegio que el despotismo y abre el camino a la interpretación con la dialéctica entre libertad e igualdad. Para Chateaubriand, el igualitarismo revolucionario habría dejado a la sociedad inerme frente a la anarquía o el despotismo.

Pero si la igualdad había sido la fuerza motriz, las ideas, aunque importantes, habrían tenido menos importancia que las tensiones sociales en la génesis de la Revolución. Surge así la idea de una fuerza social que había ido tomando ímpetu a través al menos de seis siglos y que sería el agente revolucionario. Esta fuerza sería la burguesía, pidiendo la igualdad ante la ley, las carreras abiertas al talento y no al nacimiento, y, como un epifenómeno, la libertad.

El tema de una naciente clase media sería recogido por la joven generación, la que no había presenciado los hechos. Thierry y, sobre todo, Guizot lo tomarían como guía para interpretar todo el movimiento de la historia francesa. En su interpretación subyace una hipótesis racial, en la que el pueblo, los galos, mantienen una lucha secular contra sus opresores, los francos, convertidos en clase nobiliaria. La revolución sería así la última batalla de esa lucha de trece siglos. La falacia reside en que el Tercer Estado no es idéntico a la burguesía y la clase media no es el pueblo.

Los que habían vivido en el Antiguo Régimen y sentido el impacto del caos revolucionario, estaban obsesionados por la búsqueda de sus causas y el misterioso trabajo del destino. La generación siguiente vio la Revolución como algo esencialmente materialista: la apertura para los que deseaban hacer carrera y una enorme transferencia de propiedad. Por debajo de las conscripciones y de las victorias se habían estado construyendo intereses puramente materiales. Si bien las primeras historias de la Revolución, propiamente dichas, las de Thiers y Mignet, serían progresivas, complacientes y esencialmente políticas, la visión de los contemporáneos era mucho más pesimista al describir la nueva sociedad que había surgido de la inflación y de la venta de los bienes nacionales (Sthendal, Balzac).

La línea de interpretación republicana nace con Thiers y Mignet y continuaría, ya al borde de las revoluciones del 48, con Lamartine. Es una visión unificadora, donde el Destino deja paso a las «circunstancias» y donde todas las voluntades se aúnan en la defensa de la patria. La violencia fue terrible, pero necesaria en aquel momento y, en algún sentido, inevitable. Hay una diferencia substancial entre Lamartine y los otros dos historiadores: cuando Lamartine escribe, ya se está organizando el movimiento obrero, por ello su descripción de las matanzas, que repudia, es particularmente vívida, a fin de evitar su posible repetición. La democracia social tiene que llegar, pero que

llegue sin nueva violencia, como una revolución pacífica que conquiste el mundo.

Los historiadores liberales elogiaron al 89 y a la burguesía, pero en esos mismos años se va fraguando un pensamiento de izquierdas que exaltaba al 93 y al proletariado; en tanto que convertía a Robespierre en la encarnación de los ideales revolucionarios, justificaba el Terror como instrumento de regeneración, veía Termidor como el cese del progreso y a Napoleón como un tirano. Este pensamiento, que era el de Babeuf y, más tarde, Cabet, tiene su reflejo historiográfico en la historia de Louis Blanc, en donde las lamentaciones por la crueldad de Robespierre se mezclan con el respeto hacia él como la encarnación del principio del futuro contra los constituyentes y los girondinos burgueses. Así, desde Babeuf parte un análisis de la Revolución que llegará hasta Jaurès y los historiadores socialistas en general; también de Babeuf parte una teoría de la dictadura revolucionaria que, a través de los extremistas decimonónicos, llega hasta Marx y, finalmente, hasta Lenin, que fue el que la puso en práctica.

El pensamiento de los herederos de Babeuf, era dictatorial, sentimental e igualitario. De Saint-Simon y Comte surge un orden de ideas diferente: organizador, científico, jerárquico. La tradición de los primeros proclamaba a Rousseau y Robespierre como sus profetas y creía que la revolución había sido detenida brutalmente a mitad de su curso; la de los segundos proclamaba a Diderot como su teorizante y a Danton como su primer practicante, y consideraba que la revolución había demolido lo necesario pero no había descubierto su verdadera finalidad. Según Comte, la filosofía del XVIII había sido esencialmente negativa, pero había habido un pensador que previó la recomposición que seguiría a la destrucción: Diderot, cuya Enciclopedia resume la ciencia, la síntesis y el orden, y un héroe que aplicó estos principios: Danton, para él igualable a Richelieu o a Cromwell. A mediados de siglo, existían pues dos escuelas de pensamiento que habían hecho de la Convención la gran época de la Revolución. Los robespierristas contaban con una tradición ininterrumpida; la escuela dantonista era una nueva creación.

Un aspecto relevante para los estudios históricos es que, a partir de 1830, se da comienzo a la tarea de localizar, clasificar y publicar las fuentes documentales de la historia nacional. Los historiadores de la Restauración habían trabajado, preferentemente, con memorias, testimonios orales y prensa. La interpretación había tenido más peso que la investigación, y la ingente cantidad de documentos generados por la burocracia borbónica y la tarea revolucionaria, permanecían abandonados.

A partir de ahora, la labor de los historiadores se apoyará sobre estas fuentes, comenzando la articulación de un método de trabajo científico que será el característico de la disciplina y que dará sus frutos a finales de siglo, aunque las grandes síntesis y las construcciones teóricas tardarán todavía en ser abandonadas en favor de estudios monográficos definitivos.

1.5.3. Las grandes historias de mediados de siglo

El historiador que mejor personaliza las tendencias políticas y literarias de mediados de siglo, revolución del 48 y Romanticismo, es sin duda Michelet. Ve su época como la del advenimiento de la etapa política del *pueblo*, término que tiene más de concepto místico que de denominación de una clase social. Es el pueblo el verdadero héroe de la Revolución, en tanto que el Terror era obra de siniestros individuos de la clase media. El pueblo era generoso y se guiaba por la emoción espontánea, no por la razón desalmada. El populacho parisino pasa a ser unas masas revolucionarias exasperadas por el hambre. Michelet, familiarizado con el pensamiento alemán y con la obra de Vico, elabora su propia filosofía de la historia: la lucha eterna de la libertad y de la necesidad, la divinidad del género humano, las grandes ideas que se manifiestan a sí mismas en el pueblo. A esto se une el convencimiento roussoniano de la fe en la bondad inherente del hombre. De todo ello surge un concepto de pueblo sentimental y colectivo. No hay análisis de las estructuras económicas, tensiones sociales ni jerarquías. Moldeado por la geografía, el mito y el lenguaje, portador de la idea de justicia, el pueblo era la fuerza espontánea que se encontraba detrás del desarrollo histórico, buscando una vaga libertad colectiva. El pueblo de Michelet es, a fin de cuentas, un fenómeno nacionalista, como nacionalista es toda su interpretación de la historia de Francia. Anticlerical convencido, adopta deliberadamente el paralelismo sacramental: la Revolución es una nueva religión y la Declaración de los Derechos del Hombre, que hasta entonces había despertado poco interés, se convierte en el «Credo de la nueva era», cuyos profetas habían sido Rousseau, que enseñó al pueblo su misión divina de construir un nuevo mundo, y Voltaire, que encarnaba el genio humano y satírico de la Francia eterna.

Más allá de su valor histórico, la obra de Michelet ocupa un lugar casi bíblico dentro de la historiografía francesa. Dio esperanza a los republicanos durante el Segundo Imperio y, cuando triunfó la III República, alivió la árida monotonía funcionarial. El mismo Lucien Fèvbre, el fundador de la Escuela de Anales, se refugió en ella durante la ocupación alemana, en la Segunda Guerra Mundial. Es, en suma, el evangelio del republicanismo.

Si Michelet parte de la filosofía y de la historia universal para llegar a la Revolución, el otro gran autor, Tocqueville, lo hace de un amplio análisis sociológico de la democracia.

Tocqueville es un liberal desbordado por la marea popular que, tras el intento de la II República, se volcó en el Imperio. Su análisis parte pues de sus propias observaciones directas de la sociedad de su tiempo y su método se basa en el recurso directo a las fuentes documentales, utilizadas no para insertar detalles pintorescos en la estructura narrativa, sino para servir a un plan trazado dentro de un nuevo campo histórico: el estudio de la estructura administrativa de la Francia de la que surgió la Revolución. Tocqueville se

diferencia de sus predecesores en varios aspectos fundamentales: la utilización rigurosa de las fuentes documentales, el abandono de la historia narrativa por la historia analítica, la imparcialidad y el planteamiento del análisis del fenómeno revolucionario. En este último sentido, hasta este momento se había visto el comienzo de la Revolución en 1789, impulsada por la burguesía y el pueblo; para Tocqueville, la fecha de partida es 1787, con la revuelta de los privilegiados, que se resisten a las reformas que la Corona intenta llevar a cabo.

En *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856) los individuos no desempeñan un papel decisivo, tampoco se ocupa de la política, la vida cortesana o la guerra. Es una historia administrativa, económica y social, cuyo material es el impacto de la política centralizadora de la monarquía, de la venta de cargos, de la elevación de la clase media, del empobrecimiento de la nobleza, la compra de tierras por los campesinos, el desarrollo de un proletariado industrial en París, las malas cosechas de 1787. Describe las tensiones sociales dentro de una estructura de clases, lo que supone un avance metodológico, y compensa la simplificación de las unidades sociales (en la que también caería Marx) con un agudo análisis de las diferentes motivaciones dentro de las clases. Desdeña cómodas explicaciones como la raza o el clima, así como la acumulación de hechos, y se dedica a establecer los eslabones lógicos del proceso revolucionario. También busca comparaciones, cuando esto es posible: con los aristócratas ingleses, con los campesinos renanos, entre el despotismo francés y el del resto de Europa. En donde Michelet ve una crisis de hambre, Tocqueville considera que la creciente prosperidad fue una fuerza revolucionaria más poderosa; el pueblo se rebeló, no porque su situación hubiera empeorado, sino porque vio una oportunidad de mejorarla; el momento más peligroso para un mal gobierno es aquel en el que trata de reformarse. Afirmaciones que ningún historiador actual discute.

La obra de Tocqueville ha ejercido una influencia enorme y continuada sobre los estudios históricos en general y revolucionarios en particular, al fomentar el análisis y la investigación. La izquierda siguió su método, el estudio de las tensiones de clase, la derecha siguió sus directrices hacia la rehabilitación de la Francia prerrevolucionaria, y, para todos, abrió el camino que lleva a los sólidos estudios que se realizarán en el siglo XX.

1.5.4. El último tercio del siglo XIX

En la década de los setenta, los estudios históricos experimentan una transformación. En ello confluyen varios factores: la erudición alemana, la Escuela de Chartres, las enseñanzas del filósofo y filolólogo Renan, la política educativa en los últimos años del Imperio. En 1876 se funda la *Revista histórica*, a la que seguirán en los siguientes años una docena de revistas especializadas, una de ellas *La Revolución francesa*. En 1886, la Revolución se

enseña ya en la Facultad de Letras de París y ocho años más tarde la preparación historiográfica técnica pasa a formar parte de la enseñanza superior. Se produce una especie de «revolución industrial» en la historiografía, caracterizada por la investigación minuciosa, por la división del trabajo (especialización), por el empleo de expertos técnicos y por el enorme aumento de la producción. Como efecto de todo ello, el centro de gravedad pasa de la Academia a la Universidad, lo que le da un nuevo carácter a los estudios históricos, oficializándolos.

La historia ya no se considera como la respuesta a una pregunta que se le hace al pasado, sino como *hechos* aislados establecidos con pruebas y reunidos de nuevo en su forma original. El método de este historicismo cientifista se resume en el lema: *la historia no es más que la utilización de documentos*. Nace así la historia *évenementielle* (de «événement»= «evento»), que será tan denostada por la escuela de Anales. La apasionada historia narrativa deja paso a una aséptica historia descriptiva. El puente entre ambas es Taine.

Al igual que el Romanticismo impregna la obra de Michelet, el auge y prestigio de las ciencias experimentales, y el Naturalismo literario de Zola y Maupassant, están en la base de la obra de Taine. La derrota de 1870, con la pérdida de Alsacia y Lorena, y los sucesos de la Comuna de París le llenan de pesimismo: los hombres son crueles y las masas capaces de los crímenes más atroces. Su *Orígenes de la Francia Contemporánea,* que empieza a publicar en 1876, es un amargo estudio patológico de una nación que, a su juicio, está enferma. Taine es decididamente darwinista, y acusa a la *razón* de los filósofos del XVIII (que él se esfuerza en distinguir de la verdadera ciencia) de ser el bacilo inicial que torcerá la evolución.

El método, que él mismo califica como científico, se fundó en la investigación detallada, a ejemplo de la erudición alemana; buscó leyes, en el sentido de la sociología positivista de Comte; hizo una clasificación en tipos, al modo de los zoólogos y los geólogos; al modo de Cuvier, el padre de la paleontología, dedujo el secreto de todas las vidas del estudio detallado de un órgano particular. Abandona la historia de grandes frescos y escoge cuidadosamente una sucesión de cuadros descritos minuciosamente con la crudeza propia de la novela naturalista. De ellos extrae la clave que contiene el secreto que gobierna todo el ámbito de un período histórico. Ilustra vívidamente la complejidad de la situación revolucionaria, al tiempo que reduce toda esa complejidad a una sola fórmula: el espíritu destructivo de la argumentación abstracta que proviene de la pura razón había generado la idea de soberanía popular. Esa idea, plasmada en el *Contrato Social* de Rousseau había pasado de la literatura, a través de los políticos de café, a los bárbaros de la calle. Este era el germen morboso que, al introducirse en una sociedad enferma, había producido el delirio y las convulsiones. Los jacobinos, una minoría salida de la baja burguesía, inflamados por esas abstracciones revolucionarias, se unieron bajo la bandera del *Contrato Social* para confiscar la propiedad, des-

truir la vida familiar y la religión, utilizando para sus fines a la escoria de una sociedad, la *multitud epiléptica y escrofulosa*.

Aunque su interpretación fue demolida por la crítica histórica posterior, tanto por sus prejuicios como por su *ciencia*, Taine ejerció una gran influencia sobre la historiografía ya que hizo ver las posibilidades de una vasta documentación, sin utilizar hasta entonces. A esto se añade la novedad de incluir en sus cuadros los sucesos que se desarrollaron en las provincias, no menos parte de la Revolución que los que tuvieron lugar en París.

El primer catedrático de Historia de la Revolución fue Aulard, inaugurando una línea que, de maestro a discípulo, llega hasta nuestros días. Partiendo de un riguroso análisis de las fuentes y estableciendo una precisa cronología de los hechos, construye lo que será la historia oficial de la Revolución. Escribe una historia política, sin prestar atención a los aspectos más negativos ni a las idiosincrasias personales; se centra en los grupos oficiales: las asambleas, los clubs, los municipios, los batallones militares, y habla poco de los grupos sociales y las cuestiones económicas que los separaban. La Revolución termina con la coronación de Napoleón y de ahí arranca la escisión entre la burguesía revolucionaria y el pueblo que acepta jubiloso a un amo, traicionándola y dejándola reducida a la impotencia. Aulard era un republicano moderado que estaba a la defensiva contra el socialismo, así que lo que los socialistas admiraban de la Revolución, lo descartó como recursos de emergencia; no hubo movimiento republicano en el 89, ni teoría comunista entonces ni después, sino una reacción al privilegio; fue la invasión prusiana lo que causó la ruina de la monarquía. Las decisiones se toman por la fuerza de las circunstancias y como reacción a ellas, no con un plan establecido ni un programa. Y recoge el dantonismo de Thiers.

Esta explicación no podía satisfacer a la izquierda. Pero la violencia impone sus propias divisiones a las creadas por la ideología, por ello los recuerdos del Terror, y los más recientes de la Comuna, contribuyeron a dividir a los socialistas franceses en reformistas e intransigentes. No existía pues una fórmula única prefabricada a disposición de los historiadores de izquierdas. Tenían que escoger entre el grado de determinismo histórico más apropiado para sus tesis, entre Robespierre y Hébert, entre la burguesía protagonista del progreso y la burguesía opuesta al proletariado, y, sobre todo, entre las doctrinas de la transformación violenta y de la no violenta. Jaurès, en su *Historia Socialista de la Revolución Francesa* (1901) escoge siempre la opción más moderada, fijando lo que será el talante que prevalecerá en el socialismo francés. Las ideas no están subordinadas al determinismo económico, sino que dependen del advenimiento de una nueva clase social, creada por el capitalismo. La Revolución es en esencia la ascensión al poder político de la burguesía, pero sin lucha de clases, pues aun no se tenía conciencia de tal. El que la propiedad privada fuera el fundamento de la libertad se basó en un convencimiento honrado. La burguesía, en aquel momento, lucha por el progreso de

toda la humanidad y proporciona un modelo para cuando llegue el día de las revoluciones proletarias.

1.5.5. El siglo XX

El convulso principio del siglo XX, con la Primera Guerra Mundial y una Revolución, la rusa, de efectos tan profundos como fue la francesa, introduce nuevos elementos en los estudios revolucionarios. Aunque ya en 1897 aparece el primer estudio sobre las propiedades campesinas y la venta de bienes nacionales, y aunque la documentación económica se empieza a publicar a partir de 1910, será el período 14-18, con su economía de guerra afectando todos los engranajes del país, el que marcará el despegue de la historia económica de la Revolución.

La idea de una Revolución hecha por las voluntades y la unión de burgueses y proletarios en un impulso compartido, la idea mística del pueblo, se viene abajo con los sucesos de Rusia, que prueban el poder determinante de una minoría.

El triunfo de un régimen comunista en Rusia, aumenta el prestigio de la interpretación marxista de la historia, dando origen a una de las principales escuelas historiográficas de este siglo.

Economía, realidad social, conflicto de clases y conflicto de intereses lejos del escenario teatral que es París, es el entramado de *Los campesinos del Norte durante la Revolución* (1924), de Lefebvre. El detallado estudio de la estructura económica y de las fuerzas que se encontraban detrás del cambio social abre un nuevo camino a la historiografía, lo mismo que su obra *El Gran Miedo de 1789* (1939) será pionera en la historia de las mentalidades. Explica la marcha de la Revolución en términos del cambio de alianzas entre cuatro clases sociales básicas: la aristocracia, cuya obstinada resistencia a las necesarias reformas desencadena la Revolución; la burguesía, que proporciona los dirigentes y el programa revolucionario; el campesinado que con su sublevación en 1789 asegura el éxito de la Revolución; las clases trabajadoras urbanas, que conforma la muchedumbre bajo cuya presión los dirigentes burgueses toman las medidas necesarias para la protección de la Revolución, tras 1792.

A partir de 1920, el estudio de la Revolución se convierte en una industria intelectual masiva, con sus periódicos, sus instituciones y sus expertos propios a los que se unen estudiosos extranjeros. El método crítico se perfecciona, lo que depura el análisis de los documentos. Los estudios estadísticos remplazan las generalizaciones sobre pruebas fragmentarias y las precisiones estadísticas de la historia económica permiten a Labrousse combinar la revolución del hambre de Michelet con la revolución de la prosperidad de Tocqueville en un molde único basado en la curva de precios del siglo XVIII.

Las antiguas divisiones teóricas del XIX se han zanjado con un cambio en la naturaleza del conocimiento histórico. Sirva como ejemplo la agria polémica entre dantonistas y robespierristas, resuelta por Lefebvre en un breve ensayo que no aportaba nuevas pruebas a favor de uno o de otro, sino que examinaba las suposiciones previas de ambas escuelas.

El avance de la investigación en nuevas direcciones y el abandono del fatalismo implícito en la historia positivista, lleva al estudio de lo que Aron llama *la probabilidad retrospectiva*. Este método implica la necesidad de escapar a la revolución única y homogénea que hipnotizó a los contemporáneos y del procedimiento partidista de sumar puntos a favor o en contra de esa gran totalidad.

Hubo muchas revoluciones dentro de la revolución, cada una con sus causas y hubo también causas para que estas revoluciones se entrelazaran. Hubo muchos factores que representaron un papel y muchos sectores que vivieron el proceso de una manera particular y específica. Fue un fenómeno complejo en una sociedad compleja, y según aparezcan nuevos centros de interés en la sociedad actual, los historiadores irán añadiendo nuevos elementos al conocimiento del pasado.

BIBLIOGRAFÍA

— *Historia del Mundo Moderno de la Cambridge University*, tomos del VIII al XII, Ed Sopena, Madrid, 1984

BARRACLOUGH, G. (1993): *Introducción a la Historia Contemporánea*. Biblioteca Universitaria Gredos, Ed, Gredos, Madrid.

BORRIE, W. D. (1972): *Historia y Estructura de la población mundial*. Istmo, Madrid.

CASTELLS, M. (1986): *La ciudad y las masas: sociología de los movimientos sociales urbanos*, Alianza, Madrid.

GIDDENS, A. (2000): *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Alianza, Madrid.

GROETHUYSEN, B. (1981): *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.

KEMP, T. (1981): *Modelos históricos de industrialización*, Fontanella, Barcelona.

MAYER, Arno J. (1994): *La persistencia del Antiguo Régimen*, Alianza, Madrid.

MEINECKE, F. (1984): *El Historicismo y su génesis*. Fondo de Cultura Económica, Madrid.

MOORE, B. (2002): *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Península, Barcelona.

NAHUM, B. (1979): *El pensamiento político y social en el siglo XIX*, Cincel, Madrid.

POPPER, K. R. (1999): *La miseria del historicismo*, Alianza, Madrid.

VOVELLE, M. (2000): *Introducción a la Revolución Francesa*, Crítica, Barcelona.

2. HISTORIA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

La Historia de las Relaciones Internacionales estudia el amplio campo de las relaciones e intercambios (sociales, económicos, políticos, culturales) entre colectividades humanas (estados, pueblos, grupos, organizaciones, etc.) que pertenecen a distintas sociedades o estados. Lo que significa una pluralidad de actores (individuales, colectivos, estatales y no estatales) y una cierta transnacionalidad e interestatalidad en el ámbito de esas relaciones, así que obliga a atender a distintos contextos nacionales. Dado su origen —la historia diplomática— y dada la primacía que los historiadores han otorgado tradicionalmente al estudio de las relaciones político-diplomáticas entre diferentes estados sobre el resto de los posibles actores y temáticas, se podría considerar como una vertiente de la historia política. Sin embargo, el factor internacional que determina su objeto de estudio le otorga suficientes peculiaridades como para constituir una especialidad.

Además, en las últimas décadas, la historia de las RRII ha saltado la barrera de lo político para entrar en campos de investigación muy variados. Ya no sólo se atiende a la política exterior y a lo que sería la proyección exterior del estado; sino que se concede cada vez más atención a las relaciones culturales e intelectuales, económicas, a la influencia de ideologías, modelos políticos o procesos internacionales sobre la evolución política interna; a los fenómenos de la imagen del «otro» o la «autoimagen» de la nación con respecto al exterior, etc. Se atiende a la evolución de fenómenos más globales del sistema internacional (mecanismos de regulación internacional, guerras y conflictos, etc.). Tampoco es ya el estado el único actor: se toman en consideración empresas, partidos, sindicatos, grupos de presión u opinión, organizaciones transnacionales, internacionales y no gubernamentales, así como los individuos concretos que intervienen en las cuestiones internacionales.

2.1. De la Historia Diplomática a la Historia de las Relaciones Internacionales

Hasta llegar a este punto, ha habido un largo proceso de evolución, vinculado a la renovación temática y metodológica general de la historiografía (en particular de la historia política) y, también, a la propia evolución del sistema internacional y de las relaciones internacionales. En principio, la historia diplomática nació para describir las relaciones entre estados a partir de la documentación conservada en los archivos diplomáticos (tratados, informes de embajadores, notas sobre negociaciones, memorandos políticos, etc.). De hecho, ese tipo de archivos, creados desde el momento en que se instauran representaciones diplomáticas permanentes (en el siglo XVI) eran de los mejor preservados en el viejo continente. Uno de los precursores de su uso fue el historiador alemán Leopoldo Ranke, estudioso hacia mediados del XIX del

tema *Los otomanos y la monarquía española*. Fue de los primeros en utilizar documentación diplomática para estudiar las historias nacionales y las relaciones entre estados (las *relazioni* de los embajadores venecianos), aunque no fuera nada crítico con los informes diplomáticos manejados, cuya objetividad no ponía en duda.

Poco a poco, con la publicación de recopilaciones y series de tratados internacionales, con las primeras colecciones nacionales de documentación diplomática (los *Libros Azules* británicos abrieron camino) y con la organización y apertura de los archivos nacionales, fue cuajando la historia diplomática. Era una historia de las negociaciones y los acuerdos internacionales, productos de las maniobras de reyes, estadistas y diplomáticos, y sólo utilizaba el tipo de documentación descrita. Su pleno desarrollo tuvo lugar desde el último tercio del siglo XIX. Su objeto casi exclusivo de estudio siguieron siendo las relaciones entre los estados, básicamente los europeos. Además, la actividad estatal exterior era tratada como si fuera independiente del contexto interno de los países; incluso algunos autores, como el propio Ranke, le concedían primacía sobre la política interior.

Hay que recordar que, en aquellos años, la política exterior era concebida como la relación de poder entre los estados (*Realpolitik*), sobre todo en la formulación arquetípica de la historiografía alemana. En consecuencia, el tipo de historia diplomática que se escribía era también emanación del nacionalismo que se vivía en los estados europeos, en pleno proceso de consolidación y socialización política. Los relatos sobre la expansión imperial y sobre las gestiones diplomáticas de los hombres de estado y los monarcas que defendían el interés nacional —entendido como razón de estado— abonaban la mitología nacionalista que se estaba consolidando; las historias nacionales eran historias de diplomacia y guerras. Ese proceso incluía también el perfeccionamiento de los instrumentos de política exterior nacionales y, para ese objetivo, el conocimiento de la historia diplomática era un utensilio más. En el caso francés, por ejemplo, la derrota de 1870-1871 sirvió de estímulo para estudios que analizaron las causas de la derrota francesa y, como derivación, hasta fines del XIX la calidad científica de la historia diplomática fue avanzando: en 1887 aparecía la *Revue d'Histoire diplomatique* (copada en su redacción por aristócratas y monárquicos, con un matiz muy conservador), que organizó el primer Congreso de Historia Diplomática en La Haya en 1988.

La historia diplomática adolecía de todos los vicios de la vieja historia política denunciados poco después por la nueva historia: culto al documento, pura narración de los acontecimientos internacionales, subjetivismo nacionalista, prejuicios sociales y positivismo burdo, sin reflexión teórica alguna sobre el objeto y método de la historia internacional. Pero, poco a poco, empezó a enriquecerse con nuevas perspectivas merced a la influencia de diversos factores. En primer lugar, el desarrollo de la prensa y el creciente papel de la opinión pública en las sociedades occidentales, preocupadas por la imparable tensión

internacional y, a un tiempo, manejadas en un sentido nacionalista. Cobran relevancia las cuestiones económicas (comercio, inversiones y comunicaciones internacionales) y la expansión mundial de la influencia occidental alcanza su cenit. Comienzan también las críticas de liberales y socialistas, fustigadores del orden social, político y económico europeo. Empiezan las investigaciones sobre los orígenes sociales y económicos del imperialismo y su impacto en el orden internacional; se cuestiona el empleo de la guerra en nombre de supuestos intereses nacionales y se critica la diplomacia secreta o la carrera armamentística en la coyuntura de la Paz Armada.

En casi todos los países hubo historiadores pioneros que comenzaron a combinar historia y análisis y a dar cuenta de factores estructurales que determinaban la política exterior de los estados. Además se interesaban por la historia más reciente haciendo, casi, historia del tiempo presente. Se pueden citar los *Estudios en diplomacia* del conde V. Benedetti (1896) y *The Practice of Diplomacy* (1906) del norteamericano J. W. Foster, con sugerencias sobre la formulación y ejecución de la política exterior; la obra del británico D. J. Hill, *A History of Diplomacy in the International Development of Europe* (1905-1914), etc. En España destacan el Marqués del Olivart, Conde de Limpias, el Marqués de Villaurrutia, Rafael M.ª Labra y, sobre todo, a Jerónimo Bécker.

La renovación definitiva se desarrolló a raíz de la convulsión que provocan la mortalidad y crueldad, desconocidas hasta entonces, de la I Guerra Mundial. Varios estados beligerantes, empezando por Alemania y Gran Bretaña, publican la documentación diplomática del periodo previo a agosto de 1914, dando lugar a la edición de numerosas obras sobre el conflicto (S. B. Fay, B. E. Schmitt, L. Albertini o P. Renouvin). Se trataba de determinar las responsabilidades en el estallido del conflicto, aunque en algunos casos también subyacía el ánimo idealista de evitar que se pudiera repetir la tragedia. El hecho fue que esta discusión sobre las causas de la *Gran Guerra* puso de manifiesto las limitaciones de la documentación oficial y obligó a reflexionar sobre los factores políticos, económicos, ideológicos y estratégicos que desencadenaron la guerra, así como sobre la incumbencia de aquellos individuos que tomaron las decisiones de declararla.

En este clima se crean en Gran Bretaña las primeras cátedras de *International History* (ya no historia diplomática) en Chatham House (*The Royal Intitute for International Affairs*) y en la *London School of Economics and Political Science*, precisamente como reacción contra el tono nacionalista de la historiografía previa. A sus primeros catedráticos (Sir Charles Webster y Arnold Toynbee) se les prohibió, como servicio a la causa de la paz, enseñar historia con una perspectiva nacional. De esta forma, la historia diplomática anglosajona amplió su ámbito geográfico de interés, dejó de ser meramente europea y, sobre todo, empezó a incorporar los aspectos estratégicos, sociológicos y económicos de los fenómenos internacionales. No sólo se considera la estructura del sistema internacional, sino que se traba la relación entre

política interior y política exterior, sin dejar de contemplar la libertad de acción de los individuos, en especial el papel de los Secretarios del *Foreign Office*. Los grandes maestros de esa tradición serán entre otros: A. Ward, D. P. Heatley, H. W. V. Temperley, G. P. Gooch y, por supuesto, E. H. Carr (*The Twenty Years' Crisis, 1919-1939*, de 1939).

La misma evolución se da también en otros países. En Italia el precursor es F. Chabod (*Storia della politica estera italiana dal 1870 al 1896*, de 1951), que entiende la política exterior como el reflejo de toda la vida de un pueblo, sus condiciones socioeconómicas, sus contrastes internos, pero sobre todo, su cultura e ideología, sus aspiraciones ideales, sus tradiciones históricas. En Francia, el proceso es paralelo, azuzado por las críticas de los nuevos historiadores de la escuela de *Annales*, que colocan a la vieja historia diplomática en el punto de mira de sus críticas. Para ellos es el paradigma de la historia *événementielle*, narrativa, ensimismada en la búsqueda de documentación diplomática inédita, interesada sólo por la actividad política que desarrollan unos cuantos hombres de estado; frente a los proyectos de historia total, de las civilizaciones, más económica y, sobre todo, social, por la influencia de la historiografía marxista.

Por otra parte, en el periodo entreguerras, el mismo impulso idealista que alentó la Sociedad de Naciones y el progreso del derecho internacional o confió en que la educación de los pueblos y los líderes políticos y el conocimiento científico de la realidad internacional bastarían para erradicar la guerra, también hizo surgir una nueva disciplina académica: las Relaciones Internacionales, inscrita en la ciencia política. Desde su nacimiento va a estar en íntima conexión con la historia diplomática y su desarrollo correrá paralelo a la evolución de ésta hacia un mayor rigor científico. Las relaciones entre ambas disciplinas —no siempre buenas— fueron desde entonces inevitables y mutuamente enriquecedoras. En principio quedó establecida una especie de división del trabajo: las Relaciones Internacionales adoptaron una aproximación más analítica y prospectiva, menos narrativa y apenas preocupada por el enfoque diacrónico. Tratarían de buscar regularidades y teorías que explicaran el funcionamiento del sistema internacional y de sus actores, que pudieran, incluso, prever los eventos y conflictos internacionales. Estudiarían la estructura del sistema (relaciones de poder o influencia), sus reglas y formas de interacción (diplomacia, comercio, guerra) y se interesarían por fenómenos más generales, como el imperialismo, el manejo de las crisis, las alianzas, las recurrencias en el comportamiento de los estados, los móviles de ese comportamiento, los modelos de relaciones resultantes (balance de poder, guerra fría, etc.).

Aunque algunos de los primeros nombres señeros de las Relaciones Internacionales habían tenido una formación histórica, desde muy pronto, los politólogos internacionalistas acusaron a los historiadores de trabajar de manera intuitiva, sin teoría. A su vez, los historiadores achacaron a aquéllos la vacuidad e ineficacia de sus esquemas teóricos. Sin embargo, de una manera consciente o no, ambos se van a utilizar desde el primer momento. Los politólogos

harán de la historia una especie de campo de pruebas de validación de sus teorías. Por su parte, los historiadores de las relaciones internacionales manejarán nociones y conceptos sobre la sociedad internacional que responderán a la evolución de ésta y a su conceptualización por parte de las distintas escuelas o tradiciones de pensamiento de la teoría de Relaciones Internacionales: idealistas y realistas, luego también transnacionalistas y estructuralistas. Como ha señalado A. Niño, los historiadores irán recogiendo los hallazgos de la ciencia política, aunque no siempre lo hagan explícito. De hecho, durante décadas, la mayor parte de los historiadores han trabajado asumiendo la teoría realista de las Relaciones Internacionales (desde E. H. Carr, H. Morguenthau o R. Aron a K. Waltz): primacía de los estados como actores esenciales del sistema internacional, que rigen su acción por el criterio del interés nacional y hacen de las relaciones de poder el motor del sistema.

En el mundo anglosajón, sin alharacas, la *International History* fue renovando temas y metodología al compás del resto de la historiografía política. El impacto de la II Guerra Mundial y el estallido de la guerra fría supusieron un nuevo revulsivo. Fue especialmente fructífero el debate sobre la política de apaciguamiento británica respecto a Alemania como elemento relevante en el estallido del conflico. Quienes hacían historia diplomática no renegaron de su identidad, a pesar de las críticas de que fueron objeto por parte de la nueva historiografía, sobre todo marxista, al comparar su quehacer con los avances de la historia económica y social. Incluso se achacó a la historia diplomática su escaso valor edificante al poner énfasis en las luchas de poder de hombres y naciones, pugna que solía comportar violencia y muerte. Entre las figuras de esta escuela se puede destacar a A. J. P. Taylor, D. C. Watt, G. Peden, W. N. Medlicott, J. Joll, F. H. Hinsley o D. Dilks. Algo semejante ocurrió en Alemania, donde la historia política nunca llegó al grado de desprestigio que en otros países europeos. En el caso norteamericano, desde 1945, con las nuevas responsabilidades mundiales de los Estados Unidos y, posteriormente, con la guerra de Vietnam, la historia diplomática también desvió su foco principal de interés desde las relaciones políticas a las económicas, ideológicas y culturales; además concentró su atención en las motivaciones y determinaciones de política interna que influyeron en la política exterior norteamericana. Los temas que han dado lugar a los estudios más ricos han estado vinculados al Imperialismo norteamericano a finales del XIX, al papel de los Estados Unidos en el Este asiático y al tema de los orígenes y desarrollo de la Guerra Fría. Tanto es así que en los años cincuenta y sesenta la definición de historia diplomática fue relegada a favor de *Foreign Policy*. Finalmente, desde los setenta se adoptó como definición común de la especialidad *Foreign Relations*, siguiendo con cierto retraso lo que se había hecho en parte de la Europa continental. Se puede ver la evolución en la revista *Diplomatic History* de la *Society of Historians of American Foreign Relations*.

En Francia, el embate crítico de la escuela de *Annales* llevó a los historiadores diplomáticos a vincularse más a la *École des Sciences Politiques* y a

acentuar su diálogo con la ciencia política y la sociología; las figuras de Raymond Aron y Marcel Merle fueron decisivas al respecto. Estas influencias condujeron a la transformación del nombre mismo de la especialidad, que pasó a llamarse «Historia de las relaciones internacionales». Se trataba de una reacción casi defensiva para demostrar que se había superado la vieja historia diplomática. El pionero fue, desde los años treinta, Pierre Renouvin, quien entre 1953-1958 publicó una obra con ese título. El definitivo reconocimiento académico de este cambio se produjo con el libro escrito junto a su discípulo J. B. Duroselle, *Introduction à l'histoire des relations internationales* (1964). En él daban cuenta de la complejidad política, social, cultural, económica y jurídica que hay tras los fenómenos internacionales y de la imposibilidad de considerar de forma aislada la acción exterior de los estados. Renouvin introdujo el concepto de «fuerzas profundas» (sin duda influido por la obra de Braudel), que permite verificar la incidencia de factores de larga duración sobre los acontecimientos: cómo las estructuras influyen de una manera dinámica sobre el mapa mental de los individuos que toman las decisiones. Esas fuerza profundas recogerían los condicionamientos geográficos, es decir, demográficos, geoestratégicos, los recursos naturales, etc.; los económicos (financieros, comerciales, industriales, etc.) y los psicológicos, los relativos a las mentalidades colectivas, vinculados a la evolución social, cultural, ideológica, a la religión, las imágenes colectivas, todos los fenómenos de opinión pública, etc. Sus determinaciones se filtran a través del proceso de decisión de los responsables que elaboran la política exterior, pero no siempre aparecen descritas en los documentos diplomáticos. Esta renovación historiográfica no desbancó el primado de lo político, la acción de los estados, ni el papel de los individuos, que seguía siendo determinante en la explicación, sobre todo en las obras de J. B. Duroselle, continuador de la labor de su maestro en la Sorbona desde 1964. En todo caso, los avances y la renovación temática y metodológica de esta escuela se van a recoger desde 1974 en la revista *Relations Internationales* y en los resultados de diversos coloquios internacionales franco-suizos y franco-italianos, sobre todo. Por fin, en 1985, en el Congreso de Ciencias Históricas de Stuttgart, debuta la nueva Comisión Internacional para Historia de las Relaciones Internaciones que recoge de manera oficial el impulso alcanzado por esta especialidad en las décadas anteriores.

La historiografía española va a seguir el camino francés a partir de los años setenta, porque en esa época se atendía más a la historiografía de Francia que a la del mundo anglosajón. El proceso de renovación fue más lento que en otros países. Las circunstancias políticas, la situación de dictadura y la falta de integración y protagonismo internacional del país no contribuían a suscitar el interés de los historiadores por la insignificante acción exterior del estado. La primacía del conflicto interno no sólo seguía obstaculizando el desarrollo de la política exterior española —como señalara Jover— sino también su mismo estudio. Por otra parte, la ausencia de colecciones de documentos diplomáticos como los publicados en otros países y las deficientes

condiciones de los archivos diplomáticos, amén de las restricciones a la consulta de documentos por razones políticas, también dificultaron durante décadas la labor de los historiadores. Tras el efímero impulso en los años republicanos con la creación en 1934 de la *Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales*, los primeros trabajos en los cuarenta y cincuenta fueron elaborados por iusinternacionalistas (Castiella, Barcia Trelles, Cordero Torres), que seguían muy impregnados de nacionalismo y respondían de cerca a las necesidades internacionales del Franquismo. En 1950 aparecía la revista *Cuadernos de Política Internacional* y empezó a llegar la influencia de la historiografía francesa. La obra de autores como Palacio Atard, Rodríguez Casado, Jesús Pabón y, sobre todo, J. M. Jover, supuso el inicio de la Historia de las Relaciones Internacionales en España. Este último historiador y maestro de historiadores ha sido el gran renovador de la disciplina en España con sus estudios sobre Utrecht, la diplomacia de la Ilustración, el 98 o la diplomacia en tiempos de Alfonso XIII. Ante todo ha sido capaz de mostrar la cantidad y complejidad de problemas nacionales sobre los que se puede echar luz al estudiar las relaciones internacionales y ha integrado el estudio de éstas, al modo de Chabod, en Italia, o de Braudel en Francia, en el estadio superior de una historia de la civilización. De forma paralela se daban los primeros pasos desde el campo de la ciencia política, con Antonio Truyol Serra como precursor: desde 1974, las Relaciones Internacionales se convertían en especialidad universitaria.

2.2. La nueva Historia de las Relaciones Internacionales

En consecuencia, la renovación de la historia diplomática, convertida por ese proceso en historia de las relaciones internacionales ha seguido, más allá de los distintos ritmos nacionales, un camino bastante similar al del resto de la historia. Se ha nutrido de la renovación historiográfica de las últimas décadas y del diálogo interdisciplinar con otras ciencias sociales: la antropología, la psicología social, la sociología, la economía y, ante todo, la ciencia política, en especial las Relaciones Internacionales. El intercambio ha aportado nuevas hipótesis y marcos teóricos para interpelar adecuadamente a las fuentes documentales. Este proceso ha dado lugar a una interesante ampliación de temas y tratamientos al historiar los asuntos internacionales. La vieja historia descriptiva de las negociaciones entre dos gobiernos —representantes de los «intereses nacionales» de entes abstractos o estados— basada en el resumen de la documentación de un archivo diplomático se ha superado, al mismo ritmo que se ha renovado la Historia política en general.

El historiador sigue dando cuenta de los fenómenos internacionales describiendo y narrando lo que constituye su materia prima, los acontecimientos, y tratando de explicar sus causas, como fenómenos únicos, y como parte de procesos de larga duración, con sus continuidades y rupturas. Pero es consciente de que debe atender en cada momento a toda una multiplicidad de condicionantes que han podido intervenir en su desarrollo procurando precisar

en qué medida y cuándo se ha producido tal influencia. El investigador procura tener presentes múltiples factores internos e internacionales cuya incidencia debe valorar y jerarquizar según el problema elegido. Debe atender a la estructura del sistema internacional (jerárquico, de bloques, bipolar, multipolar, globalizado), las reglas de éste, la potencia y capacidad de maniobra de cada estado dentro del sistema; a la naturaleza del régimen político de los estados concernidos; a los grupos de interés que influyen en la adopción de una determinada política; al peso de la opinión pública, a si hay o no control parlamentario y libertad de prensa; al potencial económico y estratégico de los estados; a los factores de mentalidad, tradiciones de política exterior, al clima ideológico, moral e intelectual que da origen a las distintas opciones de política exterior etc. En fin, la pluridisciplinariedad e interdisciplinariedad utilizadas por los historiadores de las relaciones internacionales han permitido que sus productos historiográficos no estén ya desprovistos de análisis, merced al uso de modelos, conceptos y hallazgos de otras ciencias sociales, que ayudan a preguntar a las fuentes y a identificar problemas a los que dar respuesta. En cambio, han sido escasos los intentos de elaborar una reflexión teórica por parte de historiadores de las relaciones internacionales. Tal vez la excepción sea J. B. Duroselle (*Todo imperio perecerá*) y los anglosajones Francis H. Hinsley (*Power and the Pursuit of Peace: Theory and Practice in the History of Relations Between States*. Cambridge, 1963) y Christopher Thorne (*Border Crossing: Studies in International History*. Oxford, 1988).

Por lo que se refiere a la metodología, el enfoque continúa siendo fundamentalmente empírico, porque el trabajo riguroso de reconstrucción del acontecimiento, sobre las fuentes primarias, sigue siendo premisa. Se trata de agotar las fuentes, cuyo concepto se ha ampliado también. Ya no sólo se maneja la documentación diplomática, cuya accesibilidad está restringida por razones de seguridad (la reserva es, en el mejor de los casos, de 25 años), sino también fuentes orales, periodísticas, parlamentarias, comerciales, artísticas, literarias o cinematográficas, lugares de memoria, etc. Además, se tratan de otra manera; porque se sabe que no toda la información básica aparecerá expresada en ese tipo de documentación. Las claves explicativas pueden no estar escritas: han de valorarse los silencios, lo que se intenta disimular, así como los códigos, símbolos y convenciones del lenguaje, de la teatralidad diplomática; amén de estudiar los conceptos que estructuran el discurso de la diplomacia en cada momento (monarquía universal, hegemonía, equilibrio europeo, equilibrio de poder, guerra fría, distensión, etc.). Se relativiza el contenido de los documentos, se valora la fiabilidad y las condiciones en las que se produce el documento y, sobre todo, se busca su sentido. El historiador es consciente de que cada documento es el producto de la interpretación subjetiva que sus autores hacen de la realidad que perciben (su ideología, sus creencias, su memoria, sus intereses) y que los mismos individuos que los producen son al mismo tiempo emblemas, en el sentido de representar opciones de acción social de una colectividad concreta, valores generales —políticos, morales,

etc.— de un grupo social en una coyuntura histórica determinada (M. González de Oléaga). Sin olvidar las determinaciones que son impuestas por los valores y los esquemas teóricos del propio investigador, de los que éste deber ser consciente y procurar, en lo posible, explicitar.

Las consecuencias de esta evolución han sido impresionantes, incluso en el caso de los estudios más clásicos, sobre política exterior; es decir, centrados sobre la acción estatal. El historiador de las relaciones internacionales empezó a desterrar el presupuesto de que la política exterior era la reacción de un órgano neutro, representante de los intereses generales de una colectividad nacional ante las determinaciones impuestas por el sistema internacional, como pretendía la vieja historia política, siguiendo los patrones realistas más clásicos. El investigador es consciente de que su formulación responde a decisiones políticas, definidas a partir de los objetivos que los responsables políticos buscan en el exterior; que, a su vez, dependen de los valores, intereses y percepciones de los individuos y de los grupos que intervienen en la definición de dichos objetivos y en la elección de los instrumentos y medios para alcanzarlos. La política exterior no es, por tanto, sino la opción subjetiva de los individuos que actúan en nombre del estado, representantes, en definitiva, de unos intereses (sociales, económicos, corporativos) concretos y portadores de universos simbólicos propios y colectivos. De modo que, como ha señalado algún autor (W. A. Hazleton), el concepto abstracto del estado como actor unitario y racional, que formula una política en aras del interés nacional, se disuelve en «un mar de individuos y palancas burocráticas».

Esta constatación hace casi imperceptible la separación entre política interior y exterior y supone que el proceso de toma de decisiones cobre una relevancia decisiva. Como en su día señaló J. B. Duroselle, es entonces, a través de la percepción de quien decide, cuando se filtran las influencias del compendio de factores exógenos (del sistema internacional) y endógenos (del contexto nacional) determinantes de la política exterior de un estado. Por tanto, los historiadores de las relaciones internacionales son conscientes de que para poder reconstruir la elaboración de una política es preciso «recrear el mundo de los decisores tal y como ellos lo ven». Quienes deciden interpretan la información recibida de las representaciones diplomáticas a la luz de sus imágenes e ideas generales previas —constitutivas de lo que A. L. George llamó el *operational code*— y evalúan los riesgos y las oportunidades que el sistema internacional y la situación interior presentan.

En la historia diplomática y de las relaciones internacionales el individuo nunca desapareció bajo el peso de las «estructuras», como en la historia social y económica, sin embargo, el énfasis en el estudio preciso de la formulación y decisión de la política exterior ha sido estimulado por las obras elaboradas desde la ciencia política, la psicología, la sociología y la antropología acerca de los procesos de toma de decisión, la articulación de las dimensiones interna y externa de la política y la revalorización de las individualidades. Primero fueron los

análisis sobre la acción racional, muy influidos por el behaviorismo, con los trabajos pioneros de R. C. Snyder y G. T. Allison; luego los que destacaron las mediatizaciones de las burocracias implicadas en la toma de decisiones (sociología de las organizaciones), los juegos de negociación y poder que se dan entre sectores clave del gobierno, el peso de las tradiciones burocráticas, etc. Otros hicieron hincapié en la ligazón entre representaciones subjetivas, ideología y elección de alternativas políticas. También resultaron relevantes los estudios centrados en el complejo proceso psicológico de la percepción (los filtros, los errores de apreciación —disonancias cognitivas—, los focos de irracionalidad, etc.) de los agentes que deciden en el momento de procesar la información sobre la situación o el problema al que se enfrentan. Finalmente los modelos llamados «sistemas de política exterior», pretenden ir más allá del estudio de la decisión y tratan de proveer de una especie de teoría parcial, que contemple el dinámico proceso de decisión, formulación y puesta en marcha de la política exterior; algo así como un tipo ideal en el sentido weberiano para estos estudios.

Esta recuperación de la acción de los individuos y del proceso de toma de decisiones ha llevado los historiadores a profundizar en el estudio de las burocracias que desarrollan la política exterior. Así se han investigado los Ministerios de Asuntos Exteriores y el Servicio Exterior de los diferentes países; con ello se conoce mejor el proceso de construcción y modernización del estado, el poder y el nivel de profesionalización de su burocracia, etc. Un libro clásico sería el de Zara S. Steiner: *The Foreign Office and Foreign Policy, 1898-1914* (London, 1969). También han sido relevantes los estudios sobre grupos de presión concretos que unen a financieros, hombres de negocios, diplomáticos y altos funcionarios del estado en apoyo de una política concreta: los *lobbies* proteccionistas, colonialistas, intervencionistas, aislacionistas, etc. Un buen ejemplo sería los libros de J. C. Allain (*Agadir 1911. Une crise impérialiste en Europe pour la conquête du Maroc*. Paris, 1976) y CH.-R. Ageron (*France colonial ou Parti colonial*? Paris, 1978). En ocasiones, este tipo de estudios ayuda, además, a esclarecer la naturaleza o el funcionamiento político de un régimen, de sus estrategias políticas, enfrentamientos ideológicos, etc. También los trabajos sobre personal diplomático y las biografías de Ministros de Estado o personalidades implicadas en la política exterior enriquecen la historia social y política del periodo.

Al fin quedó definitivamente asentada la imbricación entre política interior y política exterior. Cabe citar obras como las de J. B. Duroselle (*La Décadence. 1932-39*. Paris, 1979 y *L'Abîme. 1939-1945*. Paris, 1982), de A. J. Mayer, (*Political Origins of the New Diplomacy*, de 1959 o, más reciente, de J. Avilés: *La fe que vino de Rusia*. Madrid, 1999), acerca de la respuesta de los gobiernos occidentales a la revolución rusa; del alemán Fritz Fischer (*Los objetivos de guerra de Alemania en la Primera Guerra Mundial)* o P. Guillen (*L'Expansion, 1881-1898*, de 1985). Aunque hay otra vertiente de la historiografía en que también se ligan ambos contextos, interno e internacional: los estudios acerca de la relevancia e influencia de modelos políticos, sociales, culturales o institucionales externos

sobre los actores y procesos nacionales internos: un terreno compartido con los historiadores de lo político en un sentido amplio. Un ejemplo serían los trabajos sobre los factores internacionales en los procesos de transición política, la difusión internacional de ideologías (liberalismo, nacionalismo, fascismo, comunismo, etc.) y de patrones de organización economico-social (estrategias revolucionarias, de desarrollo, economía de mercado, proteccionismo, etc.). Las investigaciones sobre la «americanización», en un sentido amplio, de los países de Europa Occidental pueden servir también como prototipo.

Novedoso es, asimismo, el enfoque cultural de las relaciones internacionales, su consideración como relaciones interculturales. No sólo ha permitido estudios sobre la proyección cultural de los estados en el extranjero (instituciones, estrategias de penetración, propaganda y patrocinio cultural, refuerzo de política exterior), sino que ha puesto de relieve que todos aquellos que, de una u otra manera, participan en la política exterior están inmersos en una cultura. Con ello se ha abierto un campo de infinitas posibilidades sobre el estudio de las imágenes y estereotipos que manejan los diferentes pueblos, grupos e individuos acerca del papel que debe jugar su país en el sistema internacional, a quiénes se considera «amigos» o «enemigos», la percepción del poder internacional; todo el juego entre los sentimientos nacionales (emociones, prejuicios, recuerdos, identidades) e ideologías de tempo largo (nacionalismos, pacifismo, etc.) con las rápidas convulsiones de la opinión pública (prensa, encuestas, propaganda, etc.). En este sentido, se han estudiado las múltiples lecturas que los nacionales de un país hacen al evaluar fenómenos internacionales de relevancia política (una revolución, una guerra civil ajena, un conflicto internacional, el imperialismo, la descolonización, etc.), las lecciones aprendidas de la historia que funcionan en la percepción de los asuntos internaciones o la utilización de la política exterior para lograr consenso interior. Se podrían citar las obras de Akira Iriye *Power and Culture: The Japanese-American War, 1941-1945* (1981) acerca de los valores e imágenes sobre la guerra y la paz de los dos pueblos enfrentados durante aquel conflicto; o los libros de R. Remond (*Les États-Unis devant l'opinion française, 1815-1852.* Paris, 1962); P. Milza (*Françaises et Italiens à la fin du XIX siècle.* Paris 1981); R. Schor (*L'opinion française et les étrangers, 1919-1930.* Paris, 1985); los tres coloquios sobre *Opinion publique et politique extériere,* publicados por l'École française de Rome en los años ochenta; o las obras dirigidas por R. Girault y G. Bossuat, en los noventa, sobre la formación de la identidad y conciencia europeas en el siglo XX. Estos estudios sobre proyectos de política exterior, imágenes, etc. dicen mucho de los presupuestos ideológicos, morales e intelectuales de los individuos y, a través suyo, de los partidos, grupos de interés y opinión o cenáculos intelectuales de una sociedad en un momento determinado, lo que puede constituir una interesante contribución a la historia del pensamiento político o del nacionalismo y ayudar a clarificar el nexo entre memoria histórica y acción social.

Otra perspectiva que ha cobrado relevancia ha sido la económica. Gracias al manejo de este tipo de fuentes, se ha profundizado en la problemática rela-

tiva a inversiones internacionales, flujos comerciales, el problema del imperialismo, los grupos de interés económicos y su influencia sobre la política exterior, las relaciones entre el estado y la banca, las vinculaciones económicas como relaciones de fuerza internacional, modernización económica y comportamientos internacionales, etc. Se podrían citar los libros sobre el imperialismo francés de R. Girault y J. Thobie o el de G. Bossuat: *La France, l'aide américaine et la construction européenne, 1944-1954,* de 1992. Algo similar ha ocurrido en el ámbito de la estrategia. Superada la mera historia militar, los temas geoestratégicos pasaron a tener una relevancia decisiva, en parte como derivación directa del clima bipolarizado de la Guerra Fría y del dominio del escuela o paradigma realista en la teoría de Relaciones Internacionales hasta los años setenta. Los historiadores han tenido muy presente la evolución de las doctrinas estratégicas, el papel de los militares en las decisiones políticas, el cálculo de riesgos y medios en los conflictos estratégicos, la presión de los intereses industriales armamentísticos, las nociones de frontera, el manejo de crisis e incluso el papel de los servicios de inteligencia. Cabe destacar a J. B. Duroselle, P. Melandri, M. Vaisse, R. Frank y, muy especialmente al norteamericano John L. Gaddis y sus estudios sobre la guerra Fría.

La renovación historiográfica en España ha sido más tardía, pero en las dos últimas décadas ha avanzado mucho el conocimiento de la política exterior y de fenómenos como el colonialismo español. El interés investigador se ha trasladado del siglo XIX al siglo XX, aunque el límite cronológico mejor estudiado se podría situar en los años cincuenta. Han predominado las obras sobre relaciones bilaterales y la prioridad ha sido dilucidar las causas de la «anormalidad» diplomática que se afrontó durante la Transición a la democracia, además de cuestiones muy vinculadas a la política interior: el peso de los factores internacionales en el fracaso de la II República, en el desenlace de la guerra civil o en el sostenimiento de la dictadura de Franco. Los resultados tienden a atenuar el carácter excepcional tradicionalmente atribuido al caso español en el marco de la política internacional europea. Falta aún mayor rigor conceptual y metodológico, así como contrapesar los numerosos estudios centrados en lo político y diplomático con otros sobre temas económicos y culturales o actores no estatales. Sin embargo, los retos más complejos se presentan, en adelante, para los historiadores del tiempo presente.

2.3. De lo internacional a lo transnacional

El fin de la Guerra Fría y la aceleración de los procesos de globalización o mundialización han supuesto cambios relevantes en sistema internacional y han afectado tanto a las reflexiones de los teóricos de las relaciones internacionales como al quehacer de los historiadores. Viejos temas son contemplados bajo una nueva luz al tiempo que los historiadores del tiempo presente intentan dar cuenta de los nuevos fenómenos: la importancia de los flujos transnacionales mundiales de carácter financiero, económico, migratorio,

cultural, mediático; la erosión de la soberanía del estado-nación en un mundo globalizado por las nuevas fórmulas de intervención internacional y por los fenómenos de descentralización —en los estados multinacionales— e integración; el protagonismo creciente de movimientos étnicos, nacionalistas y religiosos; la existencia de redes y organizaciones que traspasan las fronteras y potestad estatales; los cambios en la naturaleza de las guerras y en el despliegue de fuerza, como consecuencia de los avances tecnológicos y la evolución de la opinión pública, etc. Estas dinámicas simultáneas de fragmentación y globalización, de orden (múltiples regímenes internacionales) y desorden, de coexistencia de un sistema estatocéntrico internacional con otro multicéntrico más descentralizado y transnacional que incluye el mercado mundial, están convulsionando la sociedad internacional hasta el punto de que se habla ya de hacer historia de la «política mundial» o *global politics*.

Las dificultades para los historiadores se multiplican y será preciso modificar algunos instrumentos de análisis clásicos. El propio concepto de política exterior es mucho más complejo: los contenidos técnicos (económicos, alimentarios, energéticos, ecológicos, tecnológicos) y de seguridad en un sentido amplio (identidad nacional, bienestar social, inmigración, droga, terrorismo, etc.) están mezclados entre sí y se superponen a los diplomáticos y los relativos al uso de la fuerza más clásicos. Los profesionales de la diplomacia ya no son quienes gestionan los asuntos internacionales más relevantes; la diplomacia multilateral y las cumbres de jefes de estado cobran cada vez más relevancia. Por otra parte, los gobiernos comparten la dirección de la política exterior con las organizaciones internacionales e interregionales a las que pertenecen y tienen que contar con los gobiernos regionales o subnacionales. Además las agencias nacionales implicadas en la elaboración y puesta en marcha de políticas con ligazones internacionales se multiplica, lo mismo que los agentes no gubernamentales —muchas veces transnacionales— que intervienen en ellas (empresas, sindicatos, sectores científicos y tecnológicos, etc). Todo ello hace cada vez más complicada la planificación y gestión de los asuntos internacionales y, por lo tanto, su análisis.

En consecuencia, los historiadores están desplazando su interés hacia el estudio de los organismos supranacionales, en especial del proceso de construcción europea y de los otros casos de agrupación regional o regionalismo abierto. Otro foco de atención es la acción internacional de gobiernos intermedios o regionales y de grupos étnicos no dominantes: conflictos étnicos (irredentismo, problemas fronterizos) y diplomacias paralelas con fines nacionalistas (*Secessionist Protodiplomacy*). También se nota un mayor interés por flujos internacionales no estrictamente políticos y cada vez más desterritorializados: turismo, deporte, tecnología, cultura de masas, inmigración, etc.; fenómenos que son abordados con una perspectiva totalizadora e interdisciplinar, a caballo entre la historia demográfica, económica, social, política, cultural y de las relaciones internacionales, entre la antropología política, la sociología de los movimientos sociales y la economía; siempre procurando articular las dimensiones globales y

locales de los temas, reflejo de la compresión del espacio y del tiempo que vive la sociedad actual. En el caso de las migraciones, por ejemplo, se estudian tanto los flujos políticos como los económicos, sus motivaciones, condiciones de vida, sociabilidad, integración y relaciones con la población de acogida y otros grupos inmigrantes, las distintas percepciones mutuas que elaboran las varias comunidades implicadas, el papel de instituciones internacionales, transnacionales y gobiernos, los conflictos institucionales e internacionales que generan.

Ha cambiado incluso la dinámica de mediación de los grupos de interés a la hora de crear opinión como consecuencia de la revolución de la información y del acceso directo del individuo a ésta, por lo que el estudio del control de la producción de información sobre relaciones internacionales se vuelve más relevante que nunca. Además se está produciendo una transformación en la naturaleza de las fuentes: la documentación escrita está siendo eclipsada por otros soportes de comunicación de los que no necesariamente quedarán vestigios, lo que puede comportar una cierta inseguridad sobre la calidad de las fuentes primarias en el futuro inmediato. Aunque, por el contrario, se da la paradoja de una sobreabundancia de información desde las múltiples agencias implicadas y de los medios de comunicación. En todo caso, la lógica de globalización, presente en todos los ámbitos políticos, sociales, culturales y económicos de las dinámicas nacionales, dará una creciente relevancia al estudio de las relaciones internacionales.

BIBLIOGRAFÍA

ARENAL, C. (1979): *La teoría de las Relaciones Internacionales en España.* Madrid.

BARBÉ, E. (1995): *Relaciones Internacionales* Madrid, Tecnos, pp. 41-85.

BÉLY, L. (1998): «Répresentation, négociation et information dans l'étude des relations internationaes à l'époque moderne» en S. BERSTEIN y P. MILZA: *Axes et Méthodes de l'histoire politique.* Paris, PUF, pp. 213-231.

CASSELS, Alan (1996): *Ideology & International Relations in the Modern World.* London, Routledge.

CLARK, Ian (1999): *Globalization and International Relations Theory.* Oxford, Oxford Univ. Press.

CLARKE, M. and B. WHITE (Eds.) (1990): *Understanding Foreign Policy. The Foreign Policy Systems Approach.* Aldershot, Edward Elgar.

COMISION ESPAÑOLA DE HISTORIA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES (1994): *Historia de las relaciones internacionales: una visión desde España.* Madrid, Universidad Complutense.

CRAIG, Gordon A. (1971): «The Historian and the Study of International Relations», en *The American Historical Review*, vol. 88, (feb. 1983), 1-11 y «Political and Diplomatic History» en F. GILBERT and S. R. GRAUBARD (Eds.) (1971): *Historical Studies Today.* New York, Norton & Comp., pp. 356-371.

DOUGHERTY, J. E. & R. L. PFALZGRAFF: *Teorías en pugna en Relaciones Internacionales*. Buenos Aires, Editor Latinoamericano, 1993.

DUROSELLE, J. B.: *Introduction à l'histoire des relations internationales*. Paris, 1964 y *Todo imperio perecerá. Teoría sobre las relaciones internacionales*, Mexico, F.C.E., 1998.

ELIZALDE, M. D. (1996): «Diplomacia y diplomáticos en el estudio actual de las relaciones internacionales», en *Historia Contemporánea* n.° 15, pp. 31-52.

FIEDLANDER, S. y M. MOLNAR (1981): «Histoire Nouvelle et Histoire del Relations Internacionales», en *L'historien et les Relations Internationales. Recueil d'études en hommage á Jacques Freymond*. Genève, pp. 77-90.

FREYMOND, J. (1985): «L'Histoire des relations internationales vingt ans après», en *Relations internationales* n.° 41, pp. 5-12.

GIRAULT, R. (1998): *Être historien des relations internationales*. Paris Publications de la Sorbonne y L`histoire des relations internationales ¿peut-être une histoire totale?, en *Enjeux et puissances. Pour une histoire des elations internationales au xxe siècle. Melanges en l'honneur de Jean-Baptiste Duroselle*. Paris, Sorbonne, 1986, pp. 29-39.

GONZÁLEZ DE OLÉAGA, Marisa (1997): «De lobos y fauces: el conocimiento socio-histórico en el fin de siglo», en *Estudios sociológicos* (México), XV, 45.

GROOM, A. J. R. and M. LIGHT (Eds) (1994): *Contemporary International Relations: A Guide to Theory*. London, Pinter Publishers.

HAZLETON, W. A. (1987): «Procesos de decisión y políticas exteriores», en H. WILHELMY (Ed.): *La formación de la política exterior. Los países desarrollados y América Latina*. Buenos Aires, pp. 15-35.

HOGAN, M. J. (Ed.) (1995): *America in the World: The Historiography of American Foreign Relations since 1941*. Cambridge, Cambridge Un.Press.

HOLSTI, K. J. (1995): *International Politics. A Framework for Analysis*. London, Prentice Hall, (7.ª ed.).

JOVER ZAMORA, J. M. (1999): *España en la Política Internacional. Siglos XVIII-XX*. Madrid, Marcial Pons.

MCGREW, A. G. y M. J. WILSON, Eds. (1982): *Decision Making: Approaches and Analysis*. Manchester University Press.

MILZA, P. (1988): «Politique interieur et politique étrangère» en R. REMOND: *Pour une histoire politique*. Paris, Du Seuil, pp. 315-344.

NIÑO, A. (2000): «Historia y Teoría en el estudio de las Relaciones Internacionales» en Myriam COLACRAI (comp.): *Relaciones internacionales. Viejos temas, nuevos debates*. Rosario, CERIR, pp. 135-197; «Historia y Teoría en el estudio de las Relaciones Internacionales: (inédito) y «Las fuentes para el estudio de la política exterior española» en *Studia Historica* VI-VII (1990), pp. 93-104.

PEREIRA, J. C. (1992): «De la Historia Diplomática a la Historia de las Relaciones Internacionales: algo más que un cambio de término» en *Historia Contemporánea*. n.° 7, pp. 155-182

PEREIRA, J. C. y P. MARTÍNEZ LILLO (1997): «La política exterior de la España contemporánea» en C. ALMUIÑA (ed.), *La Historia en el 96*, revista *Ayer* n.° 26, pp. 180-189.

RENOUVIN, Pierre (1982): *Historia de las Relaciones Internacionales.* Madrid, Akal.

ROSENAU, J. N.: *The Scientific Study of Foreign Policy* London, Frances Pinter 1980; *Along the Domestic-Foreign Frontier: Exploring Governance in a Turbulent World* Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

SALOMON, N. (2002): «La teoría de las Relaciones Internacionales en los albores del siglo XXI: diálogo, disidencia, aproximaciones» en *Revista CIDOB d'Afers Internacionales,* n.° 56 (dic 2001-ene 2002), http://www.cidob.org

SMITH, Steve; BOOTH, Ken & ZALEWSKI, Marysia: *International theory: positivism & beyond.* Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1996.

SUEIRO, Susana (2004): «La historia de las Relaciones Internacionales en España. Un balance» en VV.AA: *Hacer la Historia del siglo XX.* Madrid, Biblioteca Nueva/Casa de Velázquez.

THOBIE, J. (1986): «Historia Diplomática» en *Diccionario de Ciencias Históricas* Madrid, Akal, pp. 206-8.

TUSELL, J.; J. AVILÉS, R. PARDO (2000): *La política exterior de España en el siglo XX.* Madrid, UNED.

TOMASINI, L. (1990): «El marco de análisis de la política exterior» en *Cursos de Derecho Internacional. Vitoria Gasteiz 1990.* Bilbao, Univ. País Vasco, pp. 125-164.

VIGEZZI, B. (1985): «Quelques remarques sur l'histoire des relations internationales en Italie: formation et prespectives» en *Relations Internationaless,* n.° 42, pp. 187-199.

3. LA HISTORIA DE LA CULTURA

> «La historia cultural es una de las más complejas y absorbentes ramas del quehacer histórico. Requiere de los que la practican no sólo la formación e instrumentos del historiador, sino también la capacidad analítica del experto en arte y literatura, el equipamiento metodológico del sociólogo y la sofisticación conceptual del teórico político».
>
> (Jeffrey RICHARDS)

3.1. La historia de la cultura y la historiografía

Tradicionalmente el estudio de la historia de la cultura se ha concebido con un carácter restrictivo referido a aquellas manifestaciones intelectuales y de creación artística y literaria de los elementos cultos y cultivados de una sociedad. La renovación de la historiografía en el siglo XX y especialmente desde los años sesenta, ha incidido de manera fundamental en ese concepto de cultura y en la configuración de una disciplina, historia de la cultura, historia cultural o historia sociocultural, que en la actualidad continua en proceso de redefinición y fijación de sus fronteras. En lo que nos interesa, esa renovación historiográfica se proyectó en una serie de nuevos enfoques de lo histórico, dos de los cuales iban a influir de manera determinante en la historia de la cultura, tal y como se perfilaría a partir de los años ochenta. En

primer lugar, una nueva concepción del tiempo histórico. En segundo término, la consideración de la historia como ciencia social con un carácter abierto y, por ende, interdisciplinario.

En relación con el primer aspecto, la historia es impensable sin el factor tiempo, adherido a su propia esencia e inteligibilidad. En las coordenadas temporales se insertan todos los fenómenos de continuidad y discontinuidad, de cambio y transformación, que configuran la evolución de una sociedad. A través del tiempo las acciones humanas se impregnan de historicidad. Siempre se concibió el tiempo histórico de manera lineal y continua. Este principio de continuidad lineal se vio reforzado desde mediados del siglo XIX con la idea de progreso, basada en la convicción de que el presente siempre es superior al pasado y está abierto a un porvenir mejor, marco adecuado en esos momentos para explicar el desarrollo continuado de las sociedades europeas. Los grandes cambios que conmocionaron al mundo en las primeras décadas del siglo XX, dieron al traste con ese principio de continuidad lineal y propiciaron la aparición de una concepción del tiempo histórico que lo asemeja a la corriente de un río que se ha de aprehender en su perpetua y variante forma, en su suceder lento, profundo y constante y en los cambios que emergen a la superficie y alteran ese fluir. De acuerdo con esta idea de continuidad discontinua, los primeros historiadores de la Escuela francesa de Annales precisaron los distintos niveles de duración en los que se insertan los fenómenos históricos: larga duración (estructura), duración media (coyuntura) y corta duración (acontecimiento). Hasta entonces la historia se había movido en las coordenadas de la corta duración (historia «événementielle», del acontecimiento). Los historiadores de Annales iban a poner el acento en la coyuntura y sobre todo en la estructura. Con esto último la historia entraba en contacto con la antropología, disciplina en la que los fenómenos objeto de estudio se contemplan desde una perspectiva de larga duración.

Por otra parte, la «Nueva Historia» que se organizó en Francia en torno a la Escuela de Annales y en Inglaterra en derredor de la revista *Past and Present*, consideraba la historia como una ciencia social basada en la cuantificación y en la interdisciplinariedad. Este último principio implicaba la concepción de una historia abierta a nuevos temas, enfoques y fuentes, lo que la llevaba a entrar en contacto con otras ciencias sociales, a la par que propiciaba la idea de una historia global o historia síntesis, que une e interrelaciona los diferentes sectores de una realidad social pasada, inserta en unos marcos espacial y temporal determinados.

Estos aspectos condicionaron el desarrollo de ese sector de la historia que es la historia de la cultura, que conocería su auge sobre todo a partir de la década de los ochenta, cuando una nueva generación de historiadores cuestionó el modelo de la historia como ciencia social basada en la cuantificación, predominante hasta ese momento. El interés se proyectó entonces más que en las estructuras socioeconómicas, en las estructuras mentales, en las categorías de

ideas que conforman el pensamiento, en la visión del mundo de los grupos y clases de una comunidad social, en sus sentimientos y emociones.

Pero esta historia de la cultura así concebida no era «nueva» en un sentido estricto en el quehacer historiográfico. Ya a finales del siglo XVIII pensadores como J. G. Herder o Voltaire se acercaban a ella con espíritu amplio. Así Voltaire en sus «Nuevas consideraciones sobre la Historia» escribía: «Tal vez suceda pronto con la manera de escribir la historia lo que ha sucedido con la física. Los nuevos conocimientos han proscrito los antiguos sistemas. Se querrá conocer al género humano con ese detalle interesante que constituye hoy en día la base de la historia natural... (se) tratará de averiguar cuales han sido el vicio radical y la virtud dominante de una nación... En fin, los cambios en las costumbres y en las leyes serán su gran tema. Se sabrá así la historia de los hombres en vez de conocer una pequeña parte de la historia de los reyes y de las cortes». En el siglo XIX la historia de la cultura se desarrolló al calor de un romanticismo de corte nacionalista, que la iba a nutrir de las investigaciones sobre el folklore y las costumbres populares que ese movimiento exaltaba. Sin embargo, más que el poso acumulado de unos precedentes, lo que ha enriquecido a la historia de la cultura tal y como hoy la conocemos es la interdisciplinariedad y las aportaciones de otras disciplinas como la lingüística, la literatura, la sociología y sobre todo la antropología.

3.2. Delimitación terminológica

Lo más problemático en la definición y delimitación de la historia de la cultura reside en precisar que se entiende por cultura. En 1871 el antropólogo Edward B. Tylor formulaba su definición ya clásica de cultura: «La cultura o civilización, en sentido etnográfico amplio, es aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad». A partir de entonces la acepción de cultura formulada por los antropólogos es la que se ha impuesto en el ámbito de las ciencias sociales. Pero esto no significa que haya acuerdo entre aquéllos en este punto. El problema de la definición de la cultura sigue estando vigente, sobre todo entre los antropólogos americanos interesados en el estudio de las creencias, valores, conocimientos y técnicas materiales que orientan la conducta de los individuos de una sociedad en sus relaciones con los demás miembros de la misma, aspecto este último, el de la interacción social, en el que inciden más los antropólogos británicos.

El carácter omnicomprensivo de cultura formulado por Tylor puede llevarnos a pensar que todo lo que se relaciona con los individuos, en tanto miembros de una sociedad, es cultura y aquí es precisamente donde está la mayor dificultad ante la que no ha habido una respuesta satisfactoria por parte de los investigadores sociales. No hace muchos años (1979) el escritor

mexicano Octavio Paz daba una definición de cultura cercana a la de Tylor: «La cultura es el conjunto de cosas, instituciones, ideas e imágenes que usa una sociedad determinada, ya porque las haya inventado o porque las haya heredado o porque las haya adoptado de otras culturas».

Las definiciones de los antropólogos no se separan mucho del concepto de cultura tal y como lo formuló la tradición clásica y humanista. Cultura es una palabra de origen latino que significa cultivo de algo. En la tradición clásica la cultura aplicada a la persona era el proceso (educación) por el que se pasaba del estado «inculto» al «culto». Desde el Renacimiento el término designaría más que el proceso, el resultado del mismo. Pero en esta acepción clásico-humanística el término encierra una serie de connotaciones presentes en las definiciones dadas desde el campo de las ciencias sociales: cultura como algo específicamente humano, desarrollada mediante un proceso de aprendizaje en el seno de una comunidad social que implica la adquisición de unas ideas, creencias y valores, proyectados, a su vez, en unos objetos materiales, intelectuales o espirituales que constituyen los resultados de ese proceso de aprendizaje. En suma, hay una línea de continuidad que entronca la tradición clásica y humanística con el pensamiento ilustrado y el romanticismo para llegar a las primeras formulaciones de sociólogos y antropólogos mediado el siglo XIX.

Una cultura es impensable al margen de una sociedad dentro de la cual se desarrolla. En realidad ambos conceptos son indisociables ya que la existencia de uno implica la del otro. Sociólogos y antropólogos coinciden en considerar la sociedad como grupos de personas que interactúan entre sí y se hallan organizados e integrados en una totalidad. En este sentido, la cultura de los individuos no puede aislarse de la de los grupos y éstos no pueden abstraerse de la sociedad a la que pertenecen.

Al definir la cultura Octavio Paz destaca un aspecto en el que han incidido antropólogos y lingüistas: «Todas las culturas, desde las primitivas hasta las contemporáneas, son sistemas simbólicos». En relación con esto, si se toma al individuo, al nacer es un ser «desvalido» que necesita de un largo proceso de aprendizaje mediante el cual asume los modos de comportamiento distintivos de su grupo social, que le permitirán relacionarse con el mismo, integrarse en él y realizar el conjunto de actividades que conformarán su vida cotidiana. La cultura es una abstracción de esos modos de comportamiento que tienen su expresión individualizada en una «pautas», que son las que se pueden observar de manera directa. Además, la cultura se aprende y en el proceso de aprendizaje lo que diferencia al ser humano del animal es su capacidad de simbolización. En este sentido, el origen, desarrollo y transmisión de una cultura depende de la creación y el uso de símbolos.

Un símbolo se define como un fenómeno físico que tiene un significado dado por aquél que lo utiliza, significado arbitrario porque no guarda una relación directa y necesaria con las propiedades físicas del fenómeno al que

hace referencia. El ser humano confiere significados a todos los fenómenos presentes en su vida diaria, esta capacidad de simbolización le permite convertir la experiencia humana individualizada en una experiencia continua, que puede enseñar y transmitir de forma dinámica y acumulativa. En resumen, la cultura surgió en el momento en el que el ser humano aprendió a simbolizar en el seno de una comunidad social.

En estas páginas no se pretende dar una definición clara y precisa de cultura, imposible por otra parte a la luz de lo que llevamos visto. Cultura es un término polisémico, ambiguo, con multitud de significados y usos en la vida cotidiana, paralelos a estas acepciones que tratan de delimitarlo en el campo de las ciencias sociales. En un marco de historia de la cultura, incluye además el trabajo de los historiadores de la filosofía, la religión, la música, la literatura, el arte, la ciencia... Influidos por sociólogos y antropólogos, los historiadores han tratado de dar un contenido al término que supone un enriquecimiento semántico en relación con ese sentido restrictivo señalado al principio. Anticipándose a lo que se practica en las últimas décadas, el historiador holandés Joham Huizinga, en su libro *Otoño de la Edad Media* publicado en 1919, estudiaba las actitudes colectivas, los sentimientos y las formas de pensamiento de la gente común. Estos aspectos serían recogidos en los años setenta por los historiadores de las mentalidades, término sustituido en los últimos tiempos por el de representaciones o imaginario colectivo.

Como puntualiza un historiador francés, Antoine Prost, la historia cultural se ha convertido en «una historia de las representaciones colectivas», noción ésta, escribe Roger Chartier, que «tomada en préstamo a Mauss y a Durkheim, nos faculta para pensar de manera más compleja y dinámica las relaciones entre los sistemas de percepción y de juicio y las fronteras que atraviesan el mundo social». De esta manera, según el mismo Chartier, «la historia cultural se reformula a partir de conceptos nuevos introducidos en su campo, el de *práctica* e igualmente el de *representación*, que posibilitan la articulación entre las imágenes, producidas para uno mismo y para los otros, y los esquemas incorporados y automáticos que ordenan las conductas» Prácticas y representaciones culturales son, pues, dos conceptos que están en la base de la forma de hacer la historia de la cultura, ya que lo que interesa no son sólo los objetos en cuanto resultado de unos procesos de adquisición, creación, producción y transmisión sino las fases de esos procesos en sí mismos, lo que nos lleva al mundo de las representaciones y de las prácticas culturales, es decir, a la manera como perciben, piensan y viven los miembros de un colectivo social, como se ven entre ellos, como ven a los otros y como éstos los ven.

3.3. Antropología e historia de la cultura

En la actualidad se da una vinculación entre la historia de la cultura y la antropología, pero no siempre fue así. Hasta mediados del siglo XIX historia-

dores, cronistas, viajeros o eruditos se habían interesado por todas las sociedades al margen de su nivel de desarrollo. La teoría evolucionista sin embargo separó netamente las sociedades evolucionadas o avanzadas de las sociedades primitivas, objeto de estudio estas últimas de la antropología que se estaba configurando como disciplina científica. Esta separación continuó paradójicamente en unos momentos (hacia 1930) en los que la historia empezaba su redefinición como ciencia social. En los años de entreguerras la antropología social británica estaba dominada por la escuela de Alfred R. Radcliffe-Brown, primer catedrático de antropología social en la Universidad de Oxford entre 1937 y 1946, que consideraba que la historia y la antropología representaban dos modos muy diferentes de estudiar los hechos culturales. Para él, el objeto de la antropología era el establecimiento de leyes generales sobre la sociedad humana con base en el método experimental. De ahí el estudio de los fenómenos culturales con el mismo método inductivo usado en las ciencias naturales y con un carácter ahistórico cuando no anti-histórico. Su sucesor en la cátedra de antropología social, Edward E. Evans Pritchard, consideró el papel del antropólogo como el de «traductor de culturas» y a la antropología como una rama más de las ciencias humanas. Además para él existía una estrecha relación entre la historia y la antropología, pues las diferencias entre ambas eran más técnicas que de objeto de estudio, ya que «en la práctica los antropólogos sociales no generalizaban mucho más que los historiadores». Esta apreciación iba unida a la desviación del interés, en el campo de la antropología, desde la generalización hacia el estudio especializado de sociedades incidiendo en la singularidad de sus hechos. Desde entonces se produjo una tendencia a unir lo que hasta entonces habían sido dos líneas de investigación paralelas.

Sin embargo hay dos aspectos que diferencian la antropología de la historia. El primero es que en la mayoría de los casos el antropólogo ha visitado o vivido en la sociedad sobre la que escribe (observación participante). En segundo lugar, la característica de la explicación antropológica es que trata de demostrar cual es la contribución de una determinada institución al mantenimiento de la existencia de una sociedad dada. Esta es una orientación funcionalista que dificulta la formulación de teorías sobre el cambio social, pero aunque esto es así, el antropólogo es consciente de que no hay sociedades sin historia ni sociedades sin cambio. Lo normal es que en una sociedad pasada o actual coexistan fenómenos y grupos con distintos niveles de evolución y de desarrollo y en proceso de continuo cambio. Esta última diferencia se está difuminando hoy en día ya que hay un manifiesto interés en la antropología por los fenómenos del cambio social. Se da además el hecho de que los antropólogos ya no se ocupan sólo de las sociedades llamada primitivas, y tampoco privilegian el estudio de lo sincrónico sobre lo diacrónico.

Partiendo pues del hecho de que los antropólogos y los historiadores tienen un objeto de estudio similar: el ser humano en su contexto sociocultural, cabe preguntarse que puede aprender un historiador de la cultura de un

antropólogo. Como primer punto, los antropólogos practican un concepto de historia integral o global al insertar el estudio de los fenómenos concretos de una sociedad dada en el marco del sistema más amplio en el que éstos se inscriben. De esta manera, mientras los historiadores tienden a especializarse por sectores, los antropólogos escogen una sociedad pequeña o un grupo social y lo estudian como un todo. No obstante esto, los historiadores que trabajan en los campos de la microhistoria y de la prosopografía también adoptan esa perspectiva de conjunto.

El antropólogo puede proporcionar al historiador la ventaja de su experiencia directa en la observación de una sociedad, en la que coexisten fenómenos y grupos sociales con diferentes niveles de desarrollo. Esta coexistencia se da en todas las sociedades y la investigación antropológica permite a un historiador establecer ciertos paralelismos entre la experiencia de una sociedad actual y la de una sociedad pasada. Esto se ve especialmente en el campo de la cultura popular donde confluyen historiadores y antropólogos.

En tercer lugar la antropología amplia y enriquece la noción de tiempo histórico. En palabras de Jacques Le Goff «determina un vaciamiento radical del acontecimiento», al privilegiar la larga duración en el estudio de los ritmos periódicos de los ritos atávicos, de lo repetitivo (hábitos, costumbres) de la existencia cotidiana. Esto ha influido en el estudio de las mentalidades que es lo que cambia de forma más lenta en la evolución histórica.

Por último, la antropología obliga al historiador de la cultura a preocuparse por determinadas estructuras y formas de organización social, que se suelen dejar de lado en un estudio histórico de las sociedades, así por ejemplo las relaciones de parentesco o entre los sexos, el proceso de producción de los objetos materiales, temas relativos al habitat, el cuerpo, la manera de vestir, de actuar ante determinadas situaciones... Todo ello obliga al historiador a la búsqueda de nuevas fuentes en la iconografía, obras literarias, arqueología, oralidad (tradición oral y memoria histórica)...

3.4. Niveles de cultura

Ya hemos dicho como en toda sociedad coexisten grupos sociales con distintos grados de expresión o de desarrollo. Esto hace que en ella no exista un modelo único de cultura. Desde la perspectiva de la historia de la cultura esto se proyecta en la descomposición de lo cultural en diferentes estratos o segmentos, de acuerdo con la «cosmovisión» de los grupos sociales de una determinada comunidad. Esos distintos segmentos no forman compartimentos estancos, sino que hay una continua interacción merced al carácter dinámico de los grupos sociales que hacen y participan de la cultura. De esta manera distinguimos un nivel de «alta cultura», de la cultura oficial o «dominante», de una «cultura de masas» o de una cultura popular. Pero esto no agota los diferentes segmentos de cultura, ya que se puede hablar de una cultura de la represión en un régi-

men dictatorial, de la pobreza (término utilizado por el antropólogo Oscar Lewis), del ocio... o bien de subculturas en el seno de los diferentes grupos sociales: subcultura de los adolescentes, de la marginación, de la ancianidad...

La «alta cultura» es patrimonio de los elementos más cultivados de una sociedad, que normalmente pertenecen a las clases con un mayor nivel adquisitivo. La «alta cultura» se caracteriza por su nivel de abstracción que le permite elaborar grandes sistemas de pensamiento, goza de prestigio social y establece modelos que son asumidos por otros sectores sociales.

La cultura oficial o «dominante» presenta un carácter normativo y su finalidad es asegurar la estabilidad de un sistema político determinado. Tiene poder de decisión y medios para imponer, de manera más o menos coercitiva, los patrones que deben dirigir los modos de comportamiento de los diferentes grupos sociales.

La cultura de masas tiene como base la producción y el consumo estandarizados de objetos. Los sectores a los que se dirige no crean ni comparten esa cultura sino que son simples receptores pasivos, la cultura de masas en realidad no tiene existencia por si misma, es una seudo-cultura que se apoya en otros niveles.

Finalmente, la cultura popular se identifica con la cultura creada, vivida y transmitida por el pueblo, aunque el mismo concepto de pueblo introduce unas connotaciones de imprecisión y ambigüedad. Se ha tendido a considerar la cultura popular como sinónimo de cultura de las clases subalternas (utilizando un término gramsciano) frente a cultura culta o «alta cultura»; hay no obstante otras posibles contraposiciones que amplían el marco semántico de lo que se entiende por cultura popular. Así, cultura popular/rural, frente a urbana o industrial, cultural popular/tradicional frente a cultura moderna, cultura popular/campesina opuesta a cultura obrera y ésta a su vez a cultura burguesa...

La idea de cultura popular opuesta a la «alta cultura» surgió a finales del siglo XVIII, unida a los movimientos románticos y nacionalistas que se desarrollaron en Europa durante el siglo XIX. Se produjo entonces un interés de los intelectuales y de los artistas —normalmente pertenecientes a clases medias o altas— por descubrir los valores, actitudes y creaciones de las gentes ordinarias considerando que ello constituía el «espíritu del pueblo». De esta forma el término pueblo adquirió un matiz ideológico, que más adelante se ampliaría con el surgimiento y consolidación del movimiento obrero. En el ámbito de la historiografía el interés por el estudio de las manifestaciones de cultura popular ha ido unido primero a los estudios sobre el movimiento obrero y después al auge de los estudios entorno a la historia de la cultura. Una serie de historiadores de la cultura como Peter Burke, Carlo Ginzburg o Keith Thomas, han tratado de probar la existencia de una cultura popular con vida propia y vinculada a los sectores menos privilegiados de una sociedad. La línea de demarcación entre lo culto y lo popular vendría dada por la alfabetización, pero la

adopción de este criterio entraña una serie de problemas ya que en la época medieval o en la moderna muchos sectores sociales privilegiados no sabían leer ni escribir, por otra parte, algunas expresiones de cultura popular han tenido su manifestación escrita (literatura de cordel), a la vez que en toda época se han producido relaciones entre los niveles culto y popular, y muchos autores o escritores han utilizado expresiones propias de la cultura popular, por esto hoy se tiende a hablar más que de historia de la cultura popular, de historia de la interacción entre cultura popular y cultura de elite.

3.5. Epílogo

A través de estas páginas nos hemos acercado a lo que Jeffrey Richards, en la cita inicial, considera como «una de las más complejas y absorbentes ramas del quehacer histórico». Es evidente que en la actualidad no podemos movernos en el campo de la historia de la cultura, sin conocer las aportaciones de otras disciplinas que han contribuido a abrir su campo de mira. Ello supone un riesgo puesto que tiende a diluir el objeto de estudio y las fronteras de esta disciplina en un tiempo pasado concreto y en su discurrir diacrónico. No obstante esto, el aspecto más interesante de esta forma de hacer historia, tal y como la hemos perfilado, reside en que es la que más se aproxima a esa idea de una historia global articuladora de los diferentes niveles de análisis y comprensión de las sociedades históricas.

Bibliografía

AA.VV. (1989): Dossier *Historia y Antropología*. *Historia Social*, Valencia, 3, invierno de.

AA.VV. (1991): «¿Qué es la historia de la cultura popular?» *Historia* Social, Valencia, 10, primavera-verano de.

AA.VV. (1984): «Historia popular, cultura popular», en SAMUEL, R. (ed.): *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, Crítica.

ALTED VIGIL, A. (2004): «De una historia de la cultura a una historia socio-cultural de la España Contemporánea», en AA.VV.: *Hacer la historia del siglo XX*. Madrid, Biblioteca Nueva.

AUGÉ, M. (1995): *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona, Gedisa.

BURKE, P. (2000): *Formas de historia cultural*. Madrid, Alianza.

BURKE, P. (ed). (1991): *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza.

CARO BAROJA, J. (1990): *Reflexiones nuevas sobre viejos temas*. Madrid, Ediciones Istmo.

CARRITHERS, M. (1995): *¿Por qué los humanos tenemos culturas? Una aproximación a la antropología y la diversidad social*. Madrid, Alianza.

CHARTIER, R. (1992): *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona, Gedisa.

GEERTZ, Cl. (1994): *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa, (edición original, 1973).

HUIZINGA, J. (1977): «Problemas de historia de la cultura», en *El concepto de la historia y otros ensayos*. México, FCE, (edición original, 1946)

JULIANO, D. (1986): «Cultura popular. Problemas de definición». *Cuadernos de Antropología*. Barcelona, Anthropos.

KAHN, J. S. (1975): *El concepto de cultura. Textos fundamentales*. Compilados y prologados por... Barcelona, Anagrama.

OLÁBARRI, I. y CASPISTEGUI, F. J. (drs.) (1996): *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Madrid, Editorial Complutense.

POSTER, M. (1983): *Cultural History+Postmodernity. Disciplinary readings and challenges*. New York, Columbia University Press.

RIOUX, J.-P. y SIRINELLI, J.-F. (drs.) (1997): *Pour une histoire culturelle*. Paris, Éditions du Seuil.

ROCKLAND, M. (1999): *La cultura popular o ¿por qué estudiar basura?* Leal, Servicio de Publicaciones de la Universidad.

RODGERS, E. (ed.) (1999): Encyclopedia of Contemporary Spanish Culture. London, Routledge.

RUCQUOI, A. (1993): «Historia cultural», en GONZÁLEZ MÍNGUEZ, C. (ed): *La otra historia: Sociedad, cultura y mentalidades*. Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.

RUIZ MANJÓN, O. (1996): «Nuevas orientaciones en historia cultural», en MORALES MOYA, A. y ESTEBAN DE LA VEGA, M. (eds.): *La historia contemporánea en España*. Salamanca, Universidad de...

VÁZQUEZ DE PRADA, V.; OLÁBARRI, I. y CASPISTEGUI, F. J. (eds.) (1998): *En la encrucijada de la ciencia histórica hoy. El auge de la historia cultural*. Pamplona, Ediciones de la Universidad de Navarra, S. A.

4. LA HISTORIA DEL MUNDO ACTUAL

Con frecuencia se han preguntado los historiadores si tiene sentido y resulta posible hacer una Historia del tiempo presente, es decir aquel lo bastante cercano como para resultar aproximadamente coincidente con el que se ve transcurrir a lo largo de una vida humana normal.

4.1. ¿Por qué una Historia del Mundo Actual?

El concepto «Historia» ligado al «mundo actual» parece contradictorio pero, en realidad, ni lo es en el momento actual ni nunca lo ha sido. Por parte de quienes tienen una visión superficial de las cosas la lejanía cronológica de lo tratado en Historia parece identificarse con la certidumbre de conoci-

miento seguro. Pero la ciencia histórica tiene poco que ver con la distancia cronológica. La Historia, como escribió Bloch, no es la ciencia que estudia el pasado sino a los hombres en él; incluso, mas estrictamente, se podría decir también que no se refiere de ningún modo al pasado, mas o menos remoto, sino al cambio de las cosas humanas como consecuencia del transcurrir del tiempo. La historicidad, en suma, es una categoría de lo humano, sea cual sea su lejanía cronológica.

Los historiadores clásicos ya hicieron Historia del tiempo actual. Herodoto y Tucídides narraron acontecimientos en los que habían tomado parte, aunque al mismo tiempo se documentaran sobre ellos y contaran con la colaboración de testigos; Tito Livio o Julio César también lo hicieron. No puede extrañar que buena parte de ellos eligieran las guerras, acontecimientos de ruptura, como objeto decisivo de su narración porque existía la urgencia de dar una explicación acerca del origen de tales conflictos y las causas de su desenlace. La idea de que no se puede enseñar ni comprender el pasado muy reciente en realidad es, en sí misma, una idea moderna. Sólo en la modernidad, es decir en el momento en que se pretendió que la Historia adquiriera un estatuto científico determinado llegó a considerarse que el transcurso de un determinado período de tiempo resultaba imprescindible para que el historiador pudiera cumplir su misión con el rigor adecuado. Pero en la propia Edad Contemporánea este criterio de la lejanía fue mucho menos apremiante,excepto entre los historiadores de estricta observancia positivista.

Hoy mismo nos parece obvio que la Historia del pasado más remoto puede tener un componente mas polémico que la misma Historia del Tiempo Presente o la Historia inmediata. El debate que en España tiene lugar acerca de su pluralidad no se refiere al tiempo de la transición, por ejemplo, sino a épocas remotas sobre las que conocemos poco, tanto que se juega con trasposiciones de conceptos que resultan a menudo anacrónicas. En la actualidad, además, sabemos que lo más próximo puede permitir interpretar mejor un pasado más remoto. Este es el caso de, por ejemplo, el hundimiento del comunismo en 1989. Nadie puede escribir la Historia del siglo XX de modo parecido desde esa fecha. Y, además, siempre ha sido así: nadie escribiría de igual modo en 1939 que en 1945 acerca de Historia de Alemania.

En realidad no hemos atendido a lo que decían acerca de esta cuestión algunos de los grandes maestros de la Historia de generaciones nada lejanas. Lucien Febvre, hace tiempo un clásico, llegó a escribir que «la Historia no puede lógicamente separar el estudio del pasado del estudio del presente y del porvenir». Para él, en realidad, el estudio y el conocimiento del presente proporcionaban «el mapa y el compás» para comprender el pasado en su conjunto. De hecho muchos de sus artículos y de sus intervenciones profesorales versaron sobre acontecimientos del pasado inmediato y aun de actualidad, a pesar de tratarse de un modernista que tan sólo a esta Edad dedicó sus libros de investigación. Por su parte Marc Bloch acuñó una frase definitiva para

comprender la dialéctica entre el conocimiento de lo remoto y lo cercano: «La incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero quizá no es menos vano agotarse en la comprensión del pasado si no se sabe nada del presente».

En este punto cabe citar también a otro clásico de la historiografía, Benedetto Croce, quien aseguró en un determinado momento que «toda historia es historia contemporánea». Lo decía en el sentido de que se parte siempre de las necesidades del presente a la hora de preguntar acerca de los acontecimientos del pasado. Eso que podríamos denominar como los «climas ambientales» juega un papel decisivo en la elección de temas de investigación por parte de los historiadores. No es extraño, por ejemplo, que en el momento actual se haga Historia de la empresa o se haga biografía y que ambas hubieran sido inconcebibles en otro tiempo.

En la práctica hasta los años setenta, en la Francia que luego ha protagonizado la vanguardia de las innovaciones metodológicas, la Historia muy contemporánea aparecía como algo proscrito. En esta época en que reinaban, como instrumentos interpretativos, las estructuras y las largas duraciones los modernistas y los medievalistas parecían puntos de referencia obligados, casi exclusivos, en el terreno metodológico. El clima ambiental, en definitiva, era el de «Annales» y no favorecía esos planteamientos que acercaban la Historia a la actualidad. La Historia del Tiempo Presente era muy difícil cuando, por ejemplo, Labrousse decía que «todo lo importante se repite», cuando Braudel comparaba el acontecimiento al polvo o, como escribía el sociólogo Edgar Morin, se consideraba que «el acontecimiento es una esfinge». Menos de un 5% de la investigación y de las publicaciones especializadas le correspondía a lo contemporáneo muy próximo.

En la actualidad la batalla de si la Historia del Tiempo Presente resulta viable está ganada desde hace bastante tiempo. No sin resistencias, no obstante. Todavía en 1986 un diccionario muy prestigioso de ciencias históricas decía que la Historia inmediata o la del presente tenía tres filiaciones genéticas: el periodismo, la sociología y la Historia, y parecía considerar que sólo a través de la segunda adquiría un verdadero carácter científico. Hasta los años ochenta no han existido en Francia estructuras de investigación destinadas a fomentar la Historia del Mundo actual. La primera teorización acerca de ella procede de un libro general de Le Goff en 1978, que fue también la fecha en que se decidió la creación del Instituto de Historia del Tiempo Presente como prolongación, dedicada a estas materias, de los estudios en torno a la segunda guerra mundial. Esta última todavía se sigue considerando como la «matriz del tiempo presente», en expresión de uno de los especialistas franceses.

Con el paso del tiempo este tipo de estudios históricos han dejado de ser, para la mayoría de los profesionales, un objeto de imposible tratamiento científico, impregnado de subjetividad, controvertido por cercano e incapaz de someterse a unas reglas mínimas que garanticen la imparcialidad. Lo que se

piensa, por el contrario, es que se trata de «un campo científico peculiar», no una forma de periodismo promovida por un público ansioso de novedades. En el momento actual existe coincidencia en aceptar un exigente status de ciencia histórica para este tipo de conocimiento. A esta situación se ha llegado por dos caminos confluyentes, el de una cierta evolución de la historiografía y la peculiaridad de un determinado momento histórico.

En primer lugar en la ciencia histórica se ha producido una vuelta a lo político, al acontecimiento, a la narración y al personaje. Hoy contemplamos la incapacidad de los historiadores para percibir la importancia de estas realidades como una limitación nacida, entre otros motivos, de la carencia de fuentes y de la propia incapacidad del ser humano de otros tiempos para imponerse a los ritmos lentos de lo material o lo natural. En la época medieval es, a menudo, imposible percibir el papel de la individualidad en la Historia de la misma manera que en la edad moderna la capacidad de la política o del Estado, dominado por una minoría muy reducida, resultaba muy limitada para cambiar la vida de los seres humanos, mientras ésta es una realidad bien patente en el mundo contemporáneo.

En el tiempo más actual se han dado una serie de realidades que han impulsado la necesidad de un conocimiento histórico del pasado cercano. No es una casualidad que este hecho haya coincidido con el incremento exponencial de la comunicación, la renovación de la prensa y del resto de los medios de comunicación, la elevación general del nivel de los estudios y la difusión de los programas culturales en los medios audiovisuales.

4.2. Fronteras de la Historia del Mundo Actual

Hoy la pregunta no debe hacerse ya en relación con la posibilidad de una Historia del Mundo Actual sino respecto a las fronteras del mismo. Al abordar éstas quizá podemos crear una categoría más general, las «Historias de los tiempos presentes» que englobaría, a la vez, la *Historia del tiempo presente* y la *Historia inmediata*. Esta segunda sería la característica del periodismo, aquella que narra los acontecimientos al mismo tiempo que tienen lugar. La primera, en cambio, toma para sí el espacio de una vida humana entera y permite, por lo tanto, la consulta del material documental depositado en los archivos y tiene de común con la precedente ser el tiempo del acontecimiento, de la contingencia y de la última aceleración de la historia. Como es lógico las fronteras entre ambas están en perpetuo proceso de cambio. Durante mucho tiempo la segunda guerra mundial fue el gran acontecimiento germinal de un nuevo mundo pero luego se ha se alejado. Ahora —pero tan sólo desde 1989— se puede hacer, por vez primera, la Historia del comunismo, sujeta antes tan sólo al trabajo periodístico con la única excepción de los precedentes de la revolución de 1917 y su primera etapa, aunque sin el auxilio de los archivos soviéticos.

Esta frontera cronológica nos revela el campo de coincidencia existente entre la Historia y el periodismo; se supone, no obstante, que ambos profesionales tienen requerimientos distintos y ello a pesar de que existen periodistas-historiadores y también historiadores-periodistas. Los primeros serían aquellos que, aunque trabajan en los medios de comunicación, alcanzan la pretensión de tratar del pasado con un grado de rigor que incluye, por ejemplo, el recurso a fuentes de archivo. Los segundos son aquellos historiadores que, aparte de elaborar una obra científica perdurable, tienen el hábito de la divulgación y el placer por el análisis del presente. El periodista no necesariamente «escribe para el olvido», pero es dudoso que llegue a ser en todas las ocasiones —como de él decía Albert Camus— «el historiador del instante». Escrita su obra en torbellino inmediato de los acontecimientos, necesita casi siempre una relectura para ser utilizada por el historiador.

A pesar de su posible inexactitud y de su segura imperfección, la Historia inmediata tiene una función social. El gran historiador medieval Marc Bloch hizo Historia inmediata en su libro *L'étrange défaite* en que trata de la victoria de los alemanes sobre los franceses en el verano de 1940 y la atribuye, esencialmente, a los males políticos de la III República. Pero la labor del historiador siempre es otra: a diferencia del periodista, trabaja a partir de una mediación entre sí mismo y el testigo, entre su puesto de observador y lo narrado. En definitiva el historiador del Mundo Actual es, ante todo, un historiador y, por lo tanto, sus preocupaciones son las mismas que las de un estudioso del siglo XIX o de los tiempos medievales. Sus interrogantes esenciales residen en el peso del pasado, en la multiplicidad de las fuentes y el cruce entre las mismas para comprobar su autenticidad y su fiabilidad, en el conocimiento del contexto en que se producen los acontecimientos o en el rigor y en la finura del análisis para explicar su evolución.

4.3. Dificultades y ventajas en la elaboración de la Historia del Presente

La Historia del Tiempo Presente no sólo es considerada legítima hoy en día sino que se puede decir que hasta cierto punto ha tomado el mando de la innovación historiográfica o, por lo menos, parece estar en especial boga ante el público y de moda —en el menos superficial sentido del término— entre los profesionales. Producto del último cuarto de siglo, casi no hace falta enumerar las causas por las que llama la atención del público y resulta atractiva para el científico. Vivimos en un tiempo que se caracteriza por la globalización y éste es un rasgo muy característico de esta parcela cronológica de la Historia. La propia aceleración del tiempo histórico, con la multiplicación de los cambios en todos los terrenos, induce a sentir la necesidad de preguntarse por la causa de estas mutaciones. La aparente imprevisibilidad del cambio multiplica la urgencia de saber acerca de él en mayor grado que en otras épocas. El propio volumen de la información, en una civilización en que el desarrollo de la comu-

nicación ha sido enorme, al mismo tiempo que ha multiplicado hasta el extremo su velocidad de transmisión, parece exigir una búsqueda de respuestas que sólo puede dar el conocimiento del pasado como factor esencial para cualquier análisis explicativo. En un mundo caracterizado por la democratización, en que la relevancia del Estado y de la política resulta esencial para la vida cotidiana de los ciudadanos, la explicación histórica de lo público resulta un componente esencial para la comprensión de la realidad.

Claro está que la Historia del Tiempo Presente ha sido sometida a críticas pero resulta fácil superarlas. La más elemental y más obvia se refiere a que este nuevo enfoque histórico es subjetivo, sin reglas e incluso variable de acuerdo con las circunstancias. Pero el peligro de la subjetividad es algo generalizado en la ciencia histórica y quienes consideran que no existen las reglas sencillamente olvidan qué cualquiera que sea la época acerca de la que trate todo historiador debe aplicarse idénticas normas y esto vale también para aquel que intente hacer Historia del Tiempo Presente. Más fundamentada que la acusación de subjetividad a secas parece la aporía respecto del origen mismo de esta Historia. La propia noción de la contemporaneidad muy cercana está en cuestión, pues el presente en cierto sentido ni siquiera existe, es una especie de laguna de vacío entre el pasado y el futuro. En el caso de que se le concediera virtualidad, ésta seria necesariamente plural. Hobsbawm ha señalado, con acierto, que la paradoja de la Historia muy cercana es la radical ausencia de coetanidad válida para todos porque, si es el tiempo del recuerdo propio, sucede que cada uno tiene el suyo y, por lo tanto, no es único. En fin, la Historia del Tiempo Presente parece una ciencia abrumada por el exceso de fuentes. Como en el cuento de Borges sobre Ireneo el Memorioso, da la sensación de que el exceso de recuerdo, es decir de fuentes de memoria, puede llegar a aplastar cualquier posibilidad de efectiva y racional reconstrucción del pasado. Todavía hay algo más. A diferencia del historiador que trabaja sobre otros períodos cronológicos más remotos, el que lo hace acerca del Tiempo Presente parte de la real incapacidad de llegar a descubrir el final de los acontecimientos que narra.

Más que con motivos insuperables de crítica, la Historia del Tiempo Presente se enfrenta con problemas que solucionar y con peligros que superar. El primero de ellos se refiere a que está amenazada siempre por la revelación de nuevas fuentes, dado que ha transcurrido un plazo cronológico relativamente reducido desde que se produjeron los acontecimientos; es, pues, una Historia provisional. Pero el historiador siempre debe actuar con los pies de plomo de la provisionalidad y esta exigencia parece especialmente cierta en materia de Historia del Tiempo Presente, sin que por ello ésta quede invalidada. El tiempo del pasado más reciente es aquel en que el historiador ha de jugar con mayor frecuencia con la imaginación, como ejercicio obligado presentando no sólo las cosas como efectivamente fueron sino también como podían haber sido de cambiar alguna de las circunstancias. Es, por tanto, de manera muy señalada, el tiempo de la Historia virtual.

En cuanto a la crítica de la subjetividad, una receta que han practicado los historiadores frecuentemente ha sido declarar la propia posición de entrada e incluso narrar la evolución de la misma a medida que avanzaban los acontecimientos. Revelar la procedencia de las preocupaciones intelectuales propias, de los motivos para interrogarse sobre el pasado con la técnica de historiador es la mejor prueba de estar en condiciones de superar la subjetividad. Pero también en este punto el historiador debe ser humilde: a fin de cuentas, como decía Eugen Weber, «no hay objetividad, solo hay profesionalidad». La pretensión de escribir de un modo que ofrezca versiones absolutamente definitivas de acontecimientos del pasado no demuestra mas que megalomanía.

Un argumento que suele utilizarse para restar estatuto científico a la Historia del Tiempo Presente es que produce efectos inmediatos. Pero esto no es otra cosa que un testimonio mas de la necesidad sentida por parte del hombre contemporáneo de conocer el pasado cercano. Además nos revela que la Historia del Tiempo Actual tiene un importante componente utilitario, mas allá del factor formativo general que le corresponde a cualquier enseñanza histórica.

En fin, otros dos problemas graves de la Historia del Tiempo Actual no son tampoco insolubles. Es cierto que el historiador de lo cercano tiene graves problemas con las fuentes porque no las conoce todas. Merece la pena llamar la atención también acerca del hecho de que, al mismo tiempo, se está produciendo un empobrecimiento de las mismas: la gigantesca burocracia del Estado contemporáneo tiene como consecuencia que cada vez haya mas papeles de contenido menos interesante. Existe también una obvia dificultad para percibir los cambios en quienes viven próximos a ellos. La descolonización, por ejemplo, no fue percibida como un proceso irreversible, no ya por parte de personas de ideas reaccionarias sino tampoco por parte de muchos de los progresistas que pasaron por esa experiencia.

Si hemos descartado las aporías de la Historia del Tiempo Presente y también descubierto que simplemente existen problemas a los que es posible dar una solución, tratemos ahora de descubrir el conjunto de ventajas que puede proporcionar el conocimiento de ese pasado reciente. Lo que identifica a la Historia del Tiempo Presente no es tanto una cronología ni tampoco, en estrictos términos, un método, sino un punto de vista, una percepción nueva. Claro está que se refiere a un período preciso del pasado y que, además, ha tenido como consecuencia innovaciones en el modo de abordarlo, pero lo esencial no es eso. La ventaja de la Historia del Mundo Actual se desglosa en un elenco de aportaciones para el ser humano que vamos a enumerar.

En primer lugar, la propia sociedad parece exigir un conocimiento científico del pasado reciente porque ansía una cierta jerarquía entre la catarata de datos que diariamente le llegan. De ese modo esta parcela de la Historia debiera servir para señalar, en el pasado, los ejes fundamentales que lo vertebran, en definitiva para distinguir lo esencial y lo anecdótico, lo insignificante y lo primordial.

La Historia del Mundo Actual recurre a los testigos que vivieron la experiencia que narra y esto le puede llevar a considerar que vive en libertad vigilada. Algunos han dicho que es la «Historia con testigos» y ésa no es una mala definición. Sin duda historiadores que vivan dentro de cincuenta años podrán reconstruir el pasado e incluso puede que lo hagan con información que en el momento actual no existe, pero en cada suceso histórico está rodeado también de un ambiente irrepetible que sólo el excelente profesional es capaz de transmitir a sus lectores. A menudo los testigos no proporcionan grandes revelaciones pero sí «el espíritu de un tiempo», aunque siempre su testimonio deba ser necesariamente filtrado por el historiador.

Relacionada con el papel que pueden desempeñar los testigos en la reconstrucción del pasado está la cuestión de la participación del historiador en los acontecimientos. En otro tiempo ésta podría ser considerada como una evidencia de subjetivismo, pero cualquier historiador de los sesenta sabe que uno de los mejores libros acerca del presidente norteamericano Kennedy sigue siendo el que en su momento escribió el historiador —y asesor suyo en aquel período crucial de la Historia de Estados Unidos—, Arthur Schlesinger, a caballo entre las memorias y el libro de Historia.

Al margen de los testigos y de la participación en los acontecimientos del historiador, la Historia del Tiempo Presente proporciona un conocimiento científico, como esta ciencia siempre hace, cualquiera que sea la época histórica a la que se refiera. Un historiador, por ejemplo, aunque consciente en este caso de lo complicado (e incluso imposible de su tarea) tratará en cualquier caso de agotar las fuentes. Empleará, además, como instrumento de análisis, la duda metódica porque lo propio de su tarea es siempre presentar problemáticamente el pasado. Por eso Rémond ha llegado a escribir que el símbolo por excelencia de la Historia es la interrogación.

Partiendo de ello la tarea del buen historiador se mide por su capacidad para reconstruir el pasado. Ver con ojos del historiador el pasado cercano supone, en primer lugar, testimoniar y transmitir un cierto sentido del tiempo. Decía Gide que el presente estaría grávido de todos los porvenires si el pasado no proyectara una sombra sobre él. La labor de un buen profesional no se detiene ahí. Es obligado que recurra, además, a la imaginación; la verdadera talla del historiador reside en ella y no en la memoria como se decía en la preceptiva clásica. Imaginación quiere decir capacidad de reconstrucción, con el fundamento de los datos seguros conseguidos, de un pasado irrepetible, teniendo muy en cuenta los futuribles que, con el paso del tiempo, el propio desarrollo del fluir histórico descartó. Resulta esencial que el historiador haga desaparecer «la Ilusión retrospectiva de la fatalidad».

De este modo la Historia del Mundo Actual restituye esas raíces que son las causas de los acontecimientos. El hoy aparece como punto de llegada pero también de partida hacía el futuro. En la narración histórica los acontecimientos se vinculan al pasado, restituyendo la complejidad de sus relaciones

y de esta manera se logra aquello que, en términos cinematográficos, se podría denominar como la «profundidad de campo». Esa es la gran diferencia que separa el conocimiento científico del que proporciona el buen periodismo. Se trata, en definitiva, de conseguir mayor densidad en el saber acerca del pasado.

Todavía deben ser mencionados dos aspectos importantes de la Historia del Tiempo Presente que se constituyen en otras tantas razones que inducen a cultivarla. Se trata de un campo científico, en primer lugar, para el que resulta imprescindible la síntesis. En todas las ciencias humanas o sociales se ha producido siempre una relación de «préstamos recíprocos» de la que se ha beneficiado la Historia. Pero, si este principio universal vale para todos los momentos y todas estas ciencias, éso tiene especial sentido en lo que respecta al Tiempo Presente. La explicación monocausal nunca resulta válida para el ser humano, pero en el pasado más reciente es donde aparece de forma mas clara la necesidad de recurrir a la conjunción sintética de los aportes del conjunto de las ciencias humanas.

Finalmente resulta también evidente la dimensión moral, no meramente formativa, de la Historia del Tiempo Presente. Si hay algo evidente en ella es que se trata de la Historia aplicada por excelencia. Saint Simon aseguró que la Historia era el «breviario de los príncipes», pero hoy se ha convertido en breviario de los pueblos. Sirve para definir su momento histórico, las causas por las que han llegado a un determinado estadio en su evolución e incluso las tareas que le corresponden de una manera más inmediata y exigible. Salvemini, el historiador antifascista, dejó escritas en 1918 unas frases que resumen de una forma muy correcta la doble condición formativa y moral del conocimiento del pasado inmediato: «Quien en el estudio de la Historia ha preparado su propia descendencia moral e intelectual y confrontando el pasado con el presente ha optado por.... rebuscar en el pasado los embriones del presente y en éste el desarrollo perenne del pasado... no será un simplificador, ni un intolerante, ni un ciego, no creerá que el mundo no puede cambiar ni que puede cambiar de un golpe... Sabrá observar, criticar, valorar... con un modo de pensar si no absolutamente sereno, si por lo menos...menos exclusivo y nebuloso que quien carezca de conocimientos históricos».

4.2. Método y ámbitos de estudio

De la Historia del Tiempo Presente se puede decir que no tiene un método propio y original pero tiende a ámbitos privilegiados de cultivo. Uno de ellos es la biografía por razones muy patentes: el gusto del público y la relativa facilidad para interpretar un personaje singular de aquellos que en el mundo actual dan la sensación de haber resultado particularmente decisivos. Un segundo territorio privilegiado es el de la política. René Rémond, reivindicador de ella, ha sido también uno de sus principales propulsores. En los tiem-

pos últimos se tiende mas bien a una visión cultural de la política, entendiendo por cultura pautas de comportamiento colectivo mas que ideologías o actitudes de intelectuales singulares. Otros campos predilectos de este nuevo género de Historia se refieren a lo internacional y lo comparativo. No tiene nada de particular que así haya sido dada la globalización que se ha producido en todos los aspectos de la vida humana a partir de 1945 y todavía mas a partir de la segunda mitad de la década de los sesenta. En cierto sentido se podría decir que la Historia no se ha convertido en universal sino después de esta fecha y ello obliga a recurrir al método comparativo. En un momento en que la Historia se ha convertido en global la comparación no es una posibilidad sino una exigencia. No pueden entenderse ni las descolonizaciones ni las oleadas democratizadoras, por ejemplo, sin tener en cuenta que han sido un fenómeno universal, aunque las concreciones de ambos fenómenos fueran distintas en cada parte del mundo.

Finalmente para la Historia del Tiempo Presente también constituye una dedicación privilegiada el acontecimiento, especialmente aquel que tiene la suficiente envergadura como para provocar una ruptura: las guerras, especialmente, han solido ser punto de partida de la explicación de esa pasado mas cercano (la segunda mundial o la civil española, por ejemplo).

La Historia del Tiempo Presente ha contribuido también a innovaciones metodológicas importantes. Quizá la memoria colectiva sea la mas interesante. Ya Dupront decía en 1961 que la memoria colectiva «es la materia misma de la Historia» pero, en la práctica, los historiadores dedicados a otras épocas apenas se han interesado verdaderamente por estas cuestiones porque ni siquiera tenían fuentes para poder abordarlas. La memoria colectiva es, en definitiva, lo que una generación hace con el pasado, incluso transformándolo y olvidándolo de forma parcial, así como el papel que en ello juega el inconsciente o la voluntad colectiva. En definitiva «la memoria ya no es lo que era» (Rousso), es decir puro recuerdo sino que viene a ser un medio excelente para descubrir los entresijos de cómo el pasado configura el presente. Al margen de esta aportación puede decirse también que la Historia oral como procedimiento de acceso al pasado fue utilizada por vez primera por los historiadores de la segunda guerra mundial, directos precursores de los estudiosos del pasado mas reciente.

La Historia del Tiempo Presente no sólo ha hecho aparecer nuevas preocupaciones intelectuales o instrumentos de conocer el pasado entre los historiadores sino que, además, ha modificado metodologías que tenían una larga tradición. Este último es el caso, por ejemplo, del creciente papel de la cultura, como también de la empresa o de las élites. Como se demuestra con la simple observación a la realidad más cercana e inmediata, la identidad de clase no es mas que una de las identidades posibles que, por lo tanto, no permite captar toda la realidad y, además, la falsea si se pretende embutirla en ella.

Puede asegurarse que las innovaciones metodológicas de la Historia del Tiempo Presente no se van a detener en esos aspectos sucintamente enumerados. En un momento en que los historiadores están especialmente interesados en cuestiones como la Historia de la vida cotidiana no cabe la menor duda de que en un plazo de tiempo no muy largo el interés de los profesionales se dirigirá hacia cuestiones como éstas. Sin duda este tipo de cuestiones reintroducen la larga duración, pues también en ese campo se producen cambios decisivos para la vida de los seres humanos. En los años sesenta se produjo un hecho decisivo en la Historia humana, la multiplicación del tiempo libre, y, al mismo tiempo, el modo de vida de la juventud pareció por vez primera romper las diferencias de clase. Cualquier observador descubre en las fotografías de las estudiantes universitarias que por vez primera aparecían más pantalones que faldas. Hechos decisivos que, sin embargo, el historiador del Tiempo Presente hasta el momento puede haber desdeñado.

BIBLIOGRAFÍA

CUESTA, Josefina (1993): *Historia del presente.* Madrid, Eudema.

VV.AA. (1993): *Écrire l'Histoire du temps présent.* En *Hommage à François Bédarida*, IHTP, CNRS Éditions.

PECHANSKI, D.; POLLAK, M. Y ROUSSO, H. (1991): *Histoire politique et Sciences sociales*, Bruxelles, Complexe.

GLOSARIO

Manuel Abad Varela (MAV)
Enrique Cantera Montenegro (ECM)
Carlos Martínez Shaw (CMS)
Isidro Sepúlveda Muñoz (ISM)

ANALES: Género historiográfico consistente en la exposición sucinta de acontecimientos en general contemporáneos a quien los escribe, y ordenados año por año. Con frecuencia, cada obra era redactada de forma sucesiva por distintos autores, casi siempre anónimos, quienes consignaban las noticias conforme acaecían los sucesos. En unos casos relatan únicamente hechos «nacionales», en tanto que en otros dan noticia de sucesos ocurridos en regiones lejanas. El relato suele iniciarse con el nacimiento de Jesucristo o con algún otro hecho relevante de la historia cristiana, si bien la mayor parte de las noticias ofrecidas son contemporáneas al autor. (ECM)

ANNALES: Con este término se denomina a la escuela historiográfica francesa surgida en 1929 en torno a la revista del mismo nombre. Su punto de partida consistió en el rechazo de la primacía concedida hasta entonces a los acontecimientos concretos (historia *evenemencial*), y en la defensa de una construcción historiográfica basada en los procesos de larga duración, en las estructuras generales y en las relaciones de la historia con la geografía, aspirando a la construcción de una «historia total». Su máxima influencia internacional la alcanzó en los años setenta y ochenta de la pasada centuria, que coinciden con el desarrollo de la llamada historia de las *mentalidades*. (ECM)

ANTIGUO RÉGIMEN: Concepto que define el conjunto de caracteres de las sociedades europeas de la Edad Moderna. Son éstos el feudalismo tardío y el capitalismo mercantil en economía, la convivencia entre los estamentos y las clases sociales, la aparición y afianzamiento de la Monarquía Absoluta como sistema político y la unidad de la cultura a través de los sucesivos periodos del Renacimiento, el Barroco y la Ilustración. El Antiguo Régimen se utiliza como expresión equivalente a la de Edad Moderna, por lo que se considera inaugurado a fines del siglo XV y clausurado a partir de los movimientos que imponen las conquistas de la Revolución Francesa. (CMS)

BENEFICIO: Bienes, generalmente en forma de tierras, que los reyes, la Iglesia o los magnates laicos otorgaban a un vasallo a cambio de ciertas prestaciones, principalmente de tipo militar. Más tarde el *beneficio* se fundió con el *vasallaje*, surgiendo el *feudo*, y se hizo hereditario.

No debe ser confundida esta acepción del término *beneficio* con la que también tiene de prebenda eclesiástica, es decir una renta vinculada a un cargo o a una dignidad eclesiástica. (ECM)

CAPITALISMO MERCANTIL: Expresión procedente de la Escuela de los *Annales* utilizada para definir el conjunto de las transformaciones operadas en el sistema económico de la Edad Moderna que señalan la transición al capitalismo pleno del siglo XIX, también llamado capitalismo industrial. El capitalismo mercantil implica la intensificación de la agricultura, la modernización del sector industrial y la multiplicación de los intercambios mercantiles en una economía planetaria. Implica también la liberalización de las relaciones de producción y de los mercados frente a las trabas feudales (vinculación de las tierras, sistema corporativo, monopolios comerciales, etcétera). (CMS)

CIVILIZACIÓN: Éste es uno de los términos más definitorios de la Escuela de *Annales*, y que en el año 1946 fue incorporado como subtítulo de la revista *Annales d'histoire économique et sociale*, fundada en 1929 por Lucien Febvre y Marc Bloch, y que desde aquella fecha cambió su título por el de *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*. Empleado ya por Marc Bloch en *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* (1931), este término fue utilizado profusamente por el antropólogo francés Marcel Mauss (1872-1950), así como también, posteriormente, por Fernand Braudel. Quizá la traducción más correcta del término francés *civilisation*, en el sentido empleado por los historiadores de *Annales*, sea la de *cultura*, en el más amplio sentido antropológico del término; por lo tanto, la *civilisation matérielle* de Braudel (*Civilisation matérielle et capitalisme*, 1967) podría ser traducida como *cultura material*. (ECM)

CLASE: Grupo social integrado por individuos que ocupan un mismo lugar en el sistema de producción y apropiación de bienes. En la Edad Moderna la divisoria por clases coexistió con la divisoria por estamentos sin confundirse la una con la otra. En el seno de la aristocracia podía distinguirse la nobleza titulada de los simples caballeros. Entre el estamento eclesiástico podía diferenciarse al menos entre un alto y un bajo clero. Y el tercer estado, por último, incluía a un amplio conjunto de clases sociales: el campesinado acomodado y el campesinado sin tierra, la burguesía (mercantil, financiera, industrial, intelectual), el artesanado (con sus divisiones internas entre maestros y oficiales), los empleados y los obreros no agremiados, los criados o sirvientes, los subempleados y los desempleados, sin contar con los grupos marginados o excluidos por raza o religión y los esclavos sin derechos. (CMS)

CLIOMETRÍA: Corriente radical del cuantitativismo, cuya particularidad se centraba en la utilización de sistemas matemáticos para analizar el pasado, en ocasiones elaborando modelos contrafácticos, y comunicar los resultados de la investigación. La «cientificidad» de sus métodos llegó a promover investigaciones para la utilización prospectiva de la cliometría. (ISM)

COYUNTURA: En la terminología de los economistas, *coyuntura* es equivalente, en muchos casos, a *tendencia*. Fue Fernand Braudel quien comenzó a utilizar este término con un sentido propiamente histórico, para referirse a la conexión existente entre fenómenos distintos aunque simultáneos. Más tarde, en la magna obra de Pierre y Huguette Chaunu, publicada con el título *Séville et l'Atlantique (1504-1650)* (París, 1955-1960, 12 vols.), se utilizó el término *coyuntura* para referirse al plazo medio o corto, en contraposición al plazo largo, que es denominado *estructura*; el término *estructura* había sido ya utilizado por Lucien Febvre y Fernand Braudel, si bien fue Pierre Chaunu quien lo popularizó y quien, propiamente, lo definió. Ambos términos, *coyuntura* y *estructura*, son desde entonces frecuentemente utilizados por los historiadores de *Annales* (ECM)

CRÓNICA: Género historiográfico consistente en el relato, generalmente en orden cronológico, de acontecimientos de los que el autor ha sido o no testigo. Las crónicas tienen gran interés para el conocimiento de la historia medieval, ya que constituyen buena parte de la producción historiográfica de la Edad Media. En ocasiones se refieren a períodos cronológicos concretos, pero en otros casos abarcan de forma amplia la evolución histórica de la humanidad, desde la Creación del mundo hasta la época de su redacción. (ECM)

DECONSTRUCCIONISMO: Teoría de la lingüística postestructuralista que centra el trabajo historiográfico en el análisis del discurso, el cual debe ser decodificado, llevando a cabo la descomposición de la arquitectura conceptual de un determinado sistema o proceso histórico. (ISM)

DESPOTISMO ILUSTRADO: Expresión utilizada para referirse al sistema político imperante en la mayor parte de Europa en el siglo XVIII, aunque últimamente se prefiere emplear la expresión de Absolutismo Ilustrado, para señalar al mismo tiempo las continuidades y las novedades. El Despotismo Ilustrado es un absolutismo tardío o maduro, que mantiene las bases económicas, sociales y políticas heredadas, pero que busca, a través de la renovación de la cobertura ideológica, generar la adhesión al sistema, mantener la paz social y exaltar los avances del reformismo patrocinado por la Monarquía. (CMS)

ENCOMENDACIÓN: Relación de dependencia que se establecía entre dos hombres libres, y que llevaba aparejadas ciertas prestaciones: en tanto que el más poderoso garantizaba protección al más débil, éste prometía a aquél fidelidad y determinados servicios, principalmente de tipo militar. Esta práctica se considera el precedente del *homenaje* vasallático. (ECM)

EPISTEMOLOGÍA: Doctrina de los fundamentos y métodos del conocimiento científico; en la historiografía se refiere a los fundamentos doctrinales, sistemas explicativos y métodos de análisis en la labor de los historiadores, así como sus medios para dar a conocer los resultados de su investigación. (ISM)

ESCOLÁSTICA: Así se denomina al método de razonamiento y de enseñanza propio de las escuelas y universidades medievales, y que se sustentaba

en la precisión en el uso del vocabulario, en el rigor en la demostración (mediante los silogismos) y en la referencia constante a autoridades (Biblia, Padres de la Iglesia, filósofos de la Antigüedad clásica, etc.). (ECM)

ESCUELA (HISTORIOGRÁFICA): Agrupación de historiadores de acuerdo con una tendencia filosófica, ideológica, procedimental o geográfica. Al compartir unos mismos usos metodológicos o planteamientos doctrinarios, los trabajos de cada uno de los miembros se complementan, produciendo un conjunto coherente de interpretaciones sobre aspectos mucho más amplios, inabarcables para la labor de un solo historiador. (ISM)

ESTAMENTO: Sinónimo de *orden* y *estado*, define a un grupo social integrado por los individuos que tienen un mismo estatuto jurídico y gozan de unos mismos privilegios. Los tres estamentos de la Edad Moderna perpetúan la vieja divisoria tripartita procedente de la Edad Media: los *bellatores* (encargados de la defensa militar de la sociedad) constituyeron el estamento de la nobleza o aristocracia, mientras los *oratores* (encargados de la asistencia espiritual) formaban el clero o estamento eclesiástico y los *laboratores* (encargados del sustento material) se identificaban con el resto de la sociedad o tercer estado. De hecho, los dos primeros estamentos gozaban de parecidos privilegios (inmunidad fiscal, derecho a vincular los bienes, tratamiento favorable ante la justicia, reserva de cargos, oficios y beneficios), mientras el tercer estado (estado llano o plebeyo) se definía en sentido negativo, por la ausencia de privilegios. (CMS)

ESTRUCTURA: Véase *Coyuntura*.

FEUDALISMO: Sistema político y socio-económico propio, principalmente, de la Europa medieval. La característica más señalada del sistema feudal eran las relaciones feudovasalláticas, que regulaban los vínculos y las obligaciones recíprocas entre un señor y un vasallo: a cambio del *auxilium* (ayuda, asistencia) y del *consilium* (consejo), el vasallo recibía del señor, para su mantenimiento, un bien o *feudo*. El feudalismo dio lugar a una sociedad profundamente jerarquizada, en la que predominaba una aristocracia guerrera, y a una fragmentación creciente de la autoridad pública; es lo que se ha denominado la *sociedad feudal*.

Los autores afectos al *materialismo histórico* hacen hincapié en que el rasgo que define propiamente al feudalismo es el *modo de producción feudal*, que se situaría entre los *modos de producción esclavista* y *capitalista* —es decir entre el final del Imperio Romano y las «revoluciones burguesas» de los siglos XVI al XVIII—, y que estaría caracterizado, básicamente, por la extensión de las relaciones de dependencia económicas. (ECM)

FEUDALISMO TARDÍO: Expresión de origen marxista utilizada para definir el modo de producción o sistema económico de la Europa moderna. El concepto implica la continuidad de una economía basada esencialmente en una agricultura extensiva (sobre una tierra propiedad de un número redu-

cido de terratenientes que la explotan a través de arrendatarios o de jornaleros, o también de mano de obra servil en las regiones más atrasadas), así como en una industria corporativa y en un comercio de volumen limitado que se mantienen como actividades secundarias frente a la supremacía del mundo rural. Por otra parte, el calificativo de tardío hace referencia a que se trata de la última fase de vigencia del sistema, sometido ya a importantes transformaciones en la propia Edad Moderna. (CMS)

GENEALOGÍAS: Género historiográfico que conoció un considerable desarrollo en época medieval desde los tiempos del Imperio carolingio. Su finalidad consistía en referir la ascendencia dinástica de las casas principescas. Debido al esquematismo de los asuntos tratados, son obras breves, pero que ofrecen noticias de interés que completan y corrigen las transmitidas por las crónicas. Destacan en la España cristiana, dentro de este género, las *Genealogías de Roda o de Meyá* (elaboradas desde comienzos del siglo X) y los *Gesta Comitum Barcinonensium* (redactados, en diversas fases, desde 1162 hasta 1276). (ECM)

HAGIOGRAFÍA: Género historiográfico que tiene por objeto historiar la vida de hombres y mujeres santos, haciendo especial hincapié en los milagros por ellos realizados y en el descubrimiento, traslado y veneración de sus reliquias, con el fin de estimular al devoto cristiano, animándole a la veneración y emulación del personaje. Los escritos hagiográficos tienen gran interés para el mejor conocimiento de la primera Edad Media, ya que aportan multitud de noticias históricas, y son una fuente de fundamental importancia acerca de la religiosidad popular y de la vida cotidiana en general. (ECM)

HISTORIA DE LO IMAGINARIO: Es ésta una expresión relativamente reciente en la Escuela de *Annales*, que equivale, en cierto modo, a la antigua expresión *historia de las representaciones colectivas*. Consiste, según la definición de Georges Duby, en el estudio de «las relaciones entre lo material y lo mental en el curso del cambio social». Entre los historiadores que se han interesado por esta línea concreta de investigación, surgida en el seno de la llamada «tercera generación» de *Annales*, cabe destacar a Jacques Le Goff (*El nacimiento del purgatorio*, 1981) y a Georges Duby (*Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, 1978). (ECM)

HISTORIA INMÓVIL: En el prefacio de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II* (1949), Fernand Braudel habla de una *historia casi inmóvil*, una historia cuyo transcurso es casi imperceptible y en la que todo cambio es lento, una historia de constante repetición y de ciclos permanentes recurrentes. El objeto de atención de esta *historia inmóvil* es el hombre en relación con el ambiente; es, por tanto, algo similar a la geografía histórica o *geohistoria*, según la expresión utilizada por Braudel. El término *historia inmóvil* fue utilizado en 1973 por Emmanuel Le Roy Ladurie en una conferencia sobre el ecosistema en la Francia de la primera Edad Moderna, y a partir de entonces fue aceptado comúnmente por los historiadores de *Annales*. (ECM)

HISTORIA SERIAL: A raíz de su utilización por Pierre Chaunu en su obra *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, este término es empleado normalmente para referirse al análisis de tendencias en la *larga duración* (concepto análogo al de *historia inmóvil*); mediante el análisis de series de datos que presentan una cierta homogeneidad (precios de productos; salarios; productividad agraria; nacimientos, matrimonios o defunciones anuales en una determinada localidad; etc.) se procede al estudio de las continuidades y discontinuidades en el proceso histórico. (ECM)

HISTORIA TOTAL: Expresión muy propia de *Annales*, con la que se define a la Historia como la ciencia que atiende a los más diversos campos de la actividad humana. Con frecuencia Lucien Febvre se refería a una *histoire tout court* (= historia a secas), como contraposición a la más concreta historia económica, o social, o política; en 1932 el historiador británico Richard Henry Tawney, uno de los primeros simpatizantes de *Annales* fuera de Francia, utilizó la expresión *historia total*, sin duda por influencia de la escuela francesa. Asimismo, el término *totale* era muy del gusto del antropólogo francés Marcel Mauss para definir el enfoque de su disciplina; entre los historiadores fue utilizado por Braudel en la segunda edición de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II* (1966), y desde entonces se hizo expresión común entre los historiadores de *Annales*. (ECM)

HISTORICISMO: Filosofía de la historia marcada por el determinismo; interpretaba los acontecimientos como fruto de leyes susceptibles de ser descubiertas y analizadas, por lo que podría predecirse la probable dirección del movimiento histórico. (ISM)

HISTORIOGRAFÍA: ciencia que estudia la historia, la evolución humana como sociedad, atendiendo a los hechos y los procesos, a las comunidades y las individualidades, a las causas y a las consecuencias de las actuaciones humanas. (ISM)

HOMENAJE: Acto mediante el que el vasallo reconocía la autoridad de su señor. Los elementos que conforman esta ceremonia están llenos de profundo simbolismo; son los siguientes: la *immixtio* o *datio manuum*, durante la cual el vasallo, desarmado y de rodillas, coloca sus manos entre las de su señor y se proclama su vasallo; el *osculum* o beso que, a menudo, daba el señor a su vasallo como señal de que se trata de un acuerdo honorable entre hombres libres; y la *fides* o fe que sigue al homenaje propiamente dicho, y que consiste en el juramento por las dos partes de cumplir sus respectivas obligaciones: deber de protección y de asistencia del señor para con el vasallo; y deber de fidelidad, de ayuda o *auxilium* (a menudo un servicio de orden militar) y de consejo o *consilium* (el vasallo debe acudir al consejo del señor) del vasallo para con el señor. Tras el acto de *homenaje* y el juramento de fidelidad, tenía lugar la *investidura*, consistente en la entrega por parte del señor a su vasallo de un objeto que simbolizaba el *feudo* que le entregaba. (ECM)

INMUNIDAD: Así se denomina a los privilegios otorgados por los monarcas en época medieval a algunos grandes dominios territoriales que, de esta forma, quedaban exentos del pago de todo tipo de contribuciones; incluso, en dichos territorios no podían entrar los agentes del rey. (ECM)

MATERIALISMO HISTÓRICO: Interpretación de la Historia con arreglo a los postulados teóricos del marxismo. Señala como más destacado factor de explicación histórica las relaciones o *modos de producción*, es decir las formas con arreglo a las que los hombres se interrelacionan en la producción laboral. De acuerdo con el principio formulado por Marx, el materialismo histórico concede un papel fundamental a la *lucha de clases* como motor de la Historia. (ECM)

MENTALIDADES (Historia de las): Corriente historiográfica nacida en el seno de la tercera generación de *Annales*. Dejando un tanto al margen la historia económica, la historia de las mentalidades trata de hacer una historia social más humana, interrelacionada y global. Sustentándose en fuentes de información tradicionales y, de forma muy especial, en la literatura y en el arte, estudia las formas de pensar, de sentir y de imaginar la realidad, con el fin de detectar la mentalidad subyacente. Propugna la colaboración con otras diversas ciencias sociales, principalmente con la Antropología, la Psicología Social y la Sociología. (ECM)

METALOGRAFÍA: Estudios que se dedican al análisis y composición de las monedas y medallas para averiguar la proporción y los distintos tipos de metales que contiene, estableciendo paralelos con otras del mismo o distinto taller, así como con las de otras épocas y períodos. (MAV)

MONARQUÍA ABSOLUTA: Régimen político característico de la Edad Moderna, identificado con el Estado Moderno. El monarca absoluto detenta la soberanía sobre una determinada comunidad territorial, reservándose las regalías de acuñar moneda, recaudar impuestos, promulgar leyes, declarar la paz y la guerra y erigirse en juez supremo. Para su ejercicio se dota de unas instituciones centrales de gobierno, una administración servida por un cuerpo de funcionarios, una hacienda pública, un ejército profesional y una diplomacia reconocida. (CMS)

MONARQUÍA COMPUESTA: Concepto sugerido por Helmut Koenigsberger (*estados compuestos*) y Conrad Russell (*reinos múltiples*) y difundido por John Elliott (*A Europe of composite monarchies*, 1992), para dar cuenta de las formaciones políticas de la Edad Moderna en las que coexisten varios reinos con aparato institucional propio bajo la soberanía de un mismo monarca. Sería el caso de los reinos de Castilla, Aragón y Navarra en la Monarquía Hispánica. O el de los reinos de Inglaterra, Escocia e Irlanda en el Reino Unido de Gran Bretaña. O el de los estados de Austria y los reinos de Bohemia y Hungria en el caso de los Habsburgo. También Rusia incorporó los estados de Ucrania, Estonia y Letonia. Y el ejemplo

paradigmático sería el estado dual del reino de Polonia y el gran ducado de Lituania. (CMS)

POSITIVISMO: Corriente historiográfica íntimamente relacionada con el cientificismo del siglo XIX. Sustenta que el papel del historiador consiste en dar a conocer los hechos históricos tal cual los transmiten los documentos, al margen de cualquier interpretación. Tratando de lograr la objetividad, propone la fijación de leyes que permitan sistematizar los hechos con arreglo a normas similares a las de las ciencias naturales. Hace especial hincapié en los acontecimientos concretos; por este motivo, esta forma de hacer historia fue luego definida, de forma peyorativa, por los historiadores de *Annales histoire événementielle*, es decir «historia de los acontecimientos»). (ECM)

POSTMODERNIDAD: Corriente interpretativa que señala el fin de una era, la modernidad, y de todas las bases políticas, filosóficas y estéticas que la han caracterizado. Para la historiografía, la postmodernidad incide en el subjetivismo (del historiador y de los componentes sociales) y la interpretación (no la explicación) de las realidades sociales, en ocasiones entendidas como meras representaciones. (ISM)

PROSOPOGRAFÍA: Estudios que se dedican a confeccionar un catálogo de los nombres de personas que aparecen en cualquier tipo de fuente, principalmente antiguas, especificando en el mismo su onomástica, fuentes donde aparece, origen, status, tribu, domicilio, *cursus honorum*, relaciones sociales, cronología u otras observaciones, así como bibliografía. (MAV)

SEÑORÍO: Uno de los límites al ejercicio directo del absolutismo, hasta el punto de que algunos autores han llegado a hablar de sistema monárquico-señorial para identificar la formación política de la Edad Moderna. Se trata de una delegación por parte de los monarcas de una serie de competencias que pasaban a ser detentadas por los titulares de un dominio territorial: competencias jurisdiccionales (ejercicio de la justicia), administrativas (nombramiento de determinados cargos, incluyendo los municipales), fiscales (percepción de determinados impuestos) y de orden público (promulgación de ordenanzas, organización de la policía). Este señorío jurisdiccional se doblaba del señorío solariego, que implicaba el disfrute de determinados monopolios (horno, molino, lagar, almazara, peaje, pontazgo, etcétera) y la percepción de una serie de contribuciones como reconocimiento de la propiedad eminente del señor sobre las tierras del dominio, que en mayor o menor medida también podían ser de su entera propiedad. (CMS)

TEOCRACIA: Teoría que defiende la supremacía de la autoridad religiosa sobre la civil, incluso en los asuntos temporales. Tiene su expresión más evidente, en época medieval, en los Papas desde Gregorio VII (1073-1085) hasta Bonifacio VIII (1294-1303). (ECM)

TEXTOS

Enrique Cantera Montenegro (ECM)
Blas Casado Quintanilla (BCQ)
Carlos Martínez Shaw (CMS)
Mario Menéndez Fernández (MMF)
Isidro Sepúlveda Muñoz (ISM)

I. DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA EL SIGLO XX

1. Historiografía en la Antigüedad

1.1. La Biblia.–Primer relato de la Creación (*Génesis*, 1 y 2, 1-4):

1. «En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era algo caótico y vacío, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas.

Dijo Dios. «Haya luz», y hubo luz. Vio Dios que la luz estaba bien, y separó Dios la luz de las tinieblas. Llamó Dios a la luz «día», y a las tinieblas llamó «noche». Y atardeció y amaneció el día primero.

Dijo Dios: «Haya un firmamento en medio de las aguas que las esté separando unas de otras». Y así fue. E hizo Dios el firmamento y separó las aguas que hay debajo del firmamento, y llamó Dios al firmamento «cielos». Y atardeció y amaneció el día segundo.

Dijo Dios: «Acumúlense las aguas de debajo de los cielos en una sola masa y aparezca suelo seco». Y así fue. Llamó Dios al suelo seco «tierra» y al cúmulo de las aguas llamó «mares». Y vio Dios que estaba bien.

Dijo Dios: «Brote de la tierra verdor. Hierbas de semilla y árboles frutales que den sobre la tierra fruto con su semilla dentro». Y así fue. Produjo la tierra verdor: hierba de semilla y árboles que dan fruto con su semilla dentro, según su especie. Y vio Dios que estaba bien. Y atardeció y amaneció el día tercero.

Dijo Dios: «Haya lumbreras en el firmamento celeste para separar el día de la noche, y hagan de señales para las solemnidades, para los días y para los años, y hagan de lumbreras en el firmamento celeste para alumbrar sobre la tierra.» Y así fue. Hizo Dios las dos lumbreras mayores: la lumbrera grande para dominio del día, y la lumbrera pequeña para dominio de la noche, y las estrellas. Y las puso Dios en el firmamento celeste para alumbrar sobre

la tierra, para dominar en el día y en la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que estaba bien. Y atardeció y amaneció el día cuarto.

Dijo Dios: «Bullan las aguas de bichos vivientes y revoloteen aves sobre la tierra contra la haz del firmamento celeste.» Y así fue. Y creó Dios los grandes monstruos marinos y todos los seres vivientes que bullen serpeando en las aguas según su especie, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que estaba bien. Los bendijo Dios diciendo: «sed fecundos y multiplicaos y llenad las aguas de los mares; y multiplíquense las aves en la tierra.» Y atardeció y amaneció el día quinto.

Dijo Dios: «Produzca la tierra seres vivientes según su especie: ganados, sierpes y alimañas, según su especie.» Y así fue. Hizo, pues, Dios las alimañas según su especie, y los ganados según su especie, y toda sierpe del suelo según su especie. Y vio Dios que estaba bien.

Dijo Dios: «Hagamos el hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza, y dominen en los peces del mar, en las aves del cielo, en los ganados y en todas las alimañas, y en toda sierpe que serpea sobre la tierra.

Y creó Dios el hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó; macho y hembra los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: «Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla; dominad en los peces del mar, en las aves del cielo y en todo animal que serpea sobre la tierra.» Dijo Dios: «Mirad que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la faz de toda la tierra y todo árbol que lleva fruto de semilla: eso os servirá de alimento. Y a todo animal terrestre, a toda ave de los cielos y a todo ser animado que se arrastra sobre la tierra, les doy por alimento toda hierba verde.» Y así fue. Vio Dios cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien. Y atardeció y amaneció el día sexto.

2. Así fueron concluidos los cielos y la tierra con todo su aparato, y el día séptimo cesó Dios de toda la tarea que había hecho. Y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó, porque en él cesó Dios de toda la tarea creadora que había realizado. Éstos fueron los orígenes de los cielos y la tierra cuando fueron creados».

(BCQ)

1.2. Tucídides explica los motivos de declaración de guerra por ambos bandos contendientes.

1. «Y convocando de nuevo a los aliados pusieron a votación si se debía declarar la guerra. Llegaron los delegados de los aliados, se reunió la Asamblea, y después de haber dicho los demás lo que quisieron, los más acusando a los atenienses y pidiendo guerra, los corintios, que ya antes habían pedido a cada ciudad en particular que votara la guerra, presentes allí también y tomando la palabra los últimos, hablaron así:

«No debemos censurar a los lacedemonios, ¡oh aliados! Porque no hayan votado ellos mismos la guerra y ahora nos reúnan a nosotros para ello. Pues los hegemones deben cuidar de los asuntos comunes a la vez que se cuidan de los suyos propios. Ahora bien: cuantos de nosotros han tenido relaciones antes de ahora con los atenienses, no necesitan que se les advierta que se pongan en guardia contra ellos; pero los que viven más al interior y no en las rutas marítimas, deben saber que si no ayudan a los del litoral, les será más difícil la exportación de los productos agrícolas y la llegada de los que el mar a su vez da a la tierra, y deben ser jueces diligentes de lo que ahora decimos como de cosas que les conciernen, y tener la seguridad de que si abandonan los intereses de la costa, un día de peligro llegará hasta ellos, y de que ahora están deliberando acerca de ellos mismos tanto como acerca de nosotros. Por lo cual no deben vacilar en emprender la guerra renunciando a la paz; pues es propio de hombres prudentes conservar la paz si no son ultrajados, y de hombres valerosos, trocar la paz en guerra al serlo, y en circunstancias favorables llegar a un acuerdo, dejando ya la guerra, y no envanecerse con su fortuna en ésta ni dejarse ultrajar por lo agradable de la tranquilidad de la paz; pues el que vacila a causa de este agrado es al que más pronto se le arrebata la dulzura de la inactividad, por la que vacila, mientras que el que se ensoberbece en la guerra por su buena fortuna, no piensa que se deja envanecer con una temeridad traicionera. Pues así como muchas decisiones erróneas salieron bien porque dieron con un enemigo aún más irreflexivo, muchas más todavía que se consideraban bien tomadas dieron con vergüenza un resultado contrario, porque ninguno hace sus planes y los pone en práctica con igual confianza, sino que hacemos nuestros cálculos en seguridad mientas que en la acción fallamos por miedo.

Nosotros, por el contrario, declaramos la guerra ultrajados y con motivos de queja suficientes, y cuando nos hayamos vengado de los atenienses, la depondremos a tiempo. Y hay muchas razones para que venzamos: primero, que somos superiores en número y en experiencia bélica; luego, que todos cumplimos por igual las órdenes y equiparemos una escuadra, que es la fuerza de Atenas, con los recursos de que disponemos cada ciudad y con el dinero de Delfos y Olimpia; pues si hacemos un empréstito podemos con una soldada mayor quitar a Atenas sus remeros extranjeros. Porque la potencia ateniense es comprada más que propia; mientras que a la nuestra no le ocurre esto, ya que consiste más en guerreros que en dinero. Con una victoria naval es de esperar que sucumban; y si hacen aún frente, nos ejercitaremos también nosotros durante más tiempo en el arte naval, y cuando les igualemos en práctica, les venceremos sin duda con el valor; pues lo bueno que tenemos por naturaleza no podrían adquirirlo ellos mediante la enseñanza, mientras que la ventaja en conocimientos técnicos que poseen la podemos adquirir mediante el ejercicio. Y aportaremos dinero para tener para ello, pues sería lastimoso que los aliados de los atenienses no se cansaran de pagar tributo para su propia esclavitud, y nosotros, en cambio, no gastáramos para

salvarnos a nosotros mismos a la vez que nos vengamos de nuestros enemigos, y para que no nos arrebaten nuestro dinero y se nos maltrate con su ayuda.

Tenemos además otros medios para ganar la guerra: hacer sublevarse a los aliados de los atenienses, que es la mejor manera de privarles de sus ingresos, que son su fuerza; construir fortificaciones en su territorio; y otras cosas que uno no podría prever ahora: pues una guerra no se desarrolla en modo alguno bajo leyes fijas, sino quc saca de sí misma la mayor parte de los expedientes oportunos a las circunstancias; y por esta razón el que se comporta en ella desapasionadamente es más fuerte, y el que se apasiona respecto a la misma sufre grandes fracasos.

Consideramos además que si se tratara de diferencias por la frontera de los respectivos territorios entre algunas ciudades en particular y un enemigo de igual fuerza, la cosa sería tolerable; pero la realidad es que los atenienses son dignos rivales de todos nosotros juntos, y aún más poderosos si se nos considera a cada ciudad aisladamente; de modo que a no ser que los diversos pueblos y ciudades nos defendamos de ellos todos juntos y con un plan unitario, nos subyugarán sin dificultad al encontrarnos divididos. Y aunque a alguno le duela oírlo, sepa que la derrota no nos traerá otra cosa que la esclavitud pura y simplemente: el solo hecho de que se enuncie esa posibilidad, y que tantas ciudades puedan sufrir calamidades a mano de una sola, es una vergüenza para el Peloponeso; pues si ocurriera así, se pensaría que o lo sufrimos con justicia o lo tolerábamos por cobardía y nos mostrábamos inferiores a nuestros padres, que libertaron a Grecia, mientras que nosotros ni siquiera conservamos este estado para nosotros mismos, sino que dejamos que una ciudad ocupe el papel de tirano al tiempo que pretendemos derrocar a los de las diversas ciudades. No puedo concebir que esta manera de proceder esté libre de una de las tres mayores calamidades, estupidez o cobardía o abandono. Pues no es escapando de ellas como habéis llegado a ese desprecio por los atenienses, causa de perdición para muchos que de arruinar a tantos ha recibido el nuevo nombre de locura.

¿Para qué reprobar lo pasado en mayor medida de lo que es útil para las circunstancias presentes? En cambio, es preciso que nos preocupemos por el futuro buscando salida a la situación actual —pues es herencia de nuestros antepasados el lograr éxitos a fuerza de trabajo— y que no cambiemos nuestra manera de ser porque ahora les aventajéis un poco en riqueza y fuerza —porque no es justo que lo que se adquirió con la pobreza se pierda con la riqueza— sino que vayamos a la guerra confiados por muchos motivos, ya que Grecia luchará con nosotros, ya por miedo, ya por conveniencia. Y no tomaréis la iniciativa en violar el tratado de paz, que el dios al ordenaros luchar declara ya violado, sino que, por el contrario, lo defenderéis al verlo violado; pues no quebrantan una paz los que se defienden, sino los que atacan los primeros.

Por todo ello, ya que por todas partes que se mire os está bien entrar en guerra y que nosotros os exhortamos a ello en interés de todos, si es cierto que la mayor garantía está en que los estados o los particulares tengan los mismos intereses, no os tardéis en socorrer a los potideatas, que son dorios y sitiados por jonios, pues no es ya aceptable que, mientras esperamos, los unos suframos ya daños y a los otros les ocurra lo mismo poco después si se llega a conocer que nos reunimos, pero no nos atrevemos a defendernos; por el contrario, ¡oh aliados!, pensad que habéis llegado a un caso de necesidad extrema y además que nuestros consejos son los mejores, y votad la guerra sin temer el peligro del momento, sino deseando la paz más duradera procedente del mismo —pues la paz se establece con firmeza mediante la guerra, mientras que es mucho más peligroso no entrar en guerra renunciando a aquélla —. Considerando que la ciudad tirano que se ha instaurado en Grecia se ha instaurado igual para todos, ya que sobre algunos impera ya y sobre los demás proyecta hacerlo, subyuguémosla lanzándonos al ataque, vivamos sin peligro en adelante, y libertemos a los griegos que ahora están esclavizados». Así hablaron los Corintios... «después que oyeron la opinión de todos, hicieron votar a los aliados presentes uno tras otro, y la mayoría votó la guerra».

2. «Se adelantaron primero a hablar otros muchos, cuyas opiniones estaban divididas...... hasta que, adelantándose Pericles, hijo de Jantipo, el primero de los atenienses en aquel tiempo y el más capaz para la palabra y la acción, les aconsejó lo que sigue:

«Continúo ateniéndome siempre a la misma opinión de no ceder ante los peloponesios, ¡oh atenienses!, aunque sé que los hombres no hacen la guerra con igual disposición de ánimo que la que tienen cuando se dejan decidir a ella, y que cambian de opinión según los acontecimientos. Pero veo que también ahora os tengo que aconsejar cosas parecidas y semejantes, y considero justo que aquellos de vosotros que se dejen persuadir, defiendan nuestra común manera de pensar si tenemos algún fracaso o que, en otro caso, no se atribuyan inteligencia si tenemos éxito; pues sucede a veces que el curso de los acontecimientos se desarrolla en forma no menos imprevisible que los planes del hombre, razón por la cual solemos culpar a la fortuna de cuanto sucede contra lo previsto.

Ya antes era evidente que los lacedemonios maquinaban contra nosotros, y ahora lo es más que nunca, pues habiendo propuesto nosotros que ambas partes sometan a arbitraje sus diferencias y que en tanto cada uno conserve en su poder lo que tiene, ni nos han exigido someternos a arbitraje, ni ofreciendo nosotros hacerlo así lo aceptan, sino que prefieren satisfacer sus quejas con la guerra y no con negociaciones, y ahora han venido dando ya órdenes y sin hacer acusaciones, pues exigen que levantemos el sitio de Potidea, concedamos la independencia a Egina, y deroguemos el decreto megárico, y estos últimos que han llegado nos piden que devolvamos la libertad a los griegos. Ninguno de vosotros piense que haría la guerra por un motivo fútil si no

derogamos el decreto megárico, que pretenden con la mayor insistencia que si fuera derogado no estallaría la guerra, ni dejéis dentro de vosotros mismos la acusación de que entrasteis en guerra por una cosa pequeña, pues esta pequeña cosa comprende en sí la afirmación y prueba de vuestra política, ya que, si accedéis a ella, al punto os darán otra orden de más importancia, pensando que les atendéis en esto por miedo; mientras que si corroboráis vuestra política, les haréis ver claramente que deben, por el contrario, trataros como a iguales.

Así pues, decidid ahora mismo obedecer antes de sufrir daños o luchar, cosa que estimo preferible, dispuestos a no ceder ni ante un pretexto grande ni ante uno pequeño, y no poseer con miedo lo que es nuestro. Pues la exigencia grande y la pequeña impuesta a otros por sus iguales sin atenerse a arbitraje, significa igualmente la esclavitud.

Enteraos oyéndome con atención de que no seremos inferiores en lo que toca a los recursos militares de cada bando. Los peloponesios trabajan con sus manos y no tienen dinero ni en poder de los particulares ni en el de los estados, y además carecen de experiencia en guerras largas y de ultramar, a causa de hacerla unos contra otros durante breve tiempo, debido a su pobreza. Hombres como éstos no pueden equipar naves ni enviar fuera muchas veces grandes ejércitos, ya que en este caso están distantes de sus dominios y encima gastando de sus recursos, y además con el mar cerrado; y son las reservas en dinero más que las contribuciones las que sostienen las guerras. Además, los que trabajan con sus manos están más dispuestos a luchar con sus cuerpos que con su dinero, pues tienen confianza en que los primeros podrán sobrevivir a los peligros, mientras que no consideran seguro que el segundo no se gaste antes de tiempo, sobre todo si, como es natural, la guerra se prolongase más de lo que esperan; pues los peloponesios y sus aliados tienen fuerza para hacer frente en una batalla a todos los griegos unidos, pero no son capaces de hacer la guerra contra una organización militar diferente, ya que no disponen de una Asamblea permanente para poner en práctica con energía un plan, y que teniendo todos igual voto y no siendo de igual estirpe, cada uno se afana por lo que le interesa, situación en la que suele no llevarse nada a término. Pues, en efecto, los unos quieren ante todo tomar venganza, y los otros infligir el menor daño posible a sus propiedades. Y cuando al cabo de tiempo se reúnen, examinan algún asunto de interés común en una pequeña fracción de tiempo, mientras que durante casi todo él negocian sus asuntos privados y cada uno piensa que no va a sufrir daños por su falta de atención, sino que le corresponde a algún otro tomar medidas en su interés, de modo que, al pensar de esta forma cada uno por su parte, no se dan cuenta de que los intereses comunes todos juntos se echan a perder.

Y, sobre todo, les será obstáculo su escasez de dinero, pues sufrirán demoras al procurárselo con dificultad; y las oportunidades que ofrece una guerra no esperan. Tampoco, en verdad, se debe tener miedo a que hagan fortificaciones

en la Ática, ni a su marina. Pues aún en la paz es difícil que una ciudad de igual poder lo lleve a término, y mucho menos en territorio enemigo y estando nosotros por nuestra parte tan fortificados como puedan estarlo ellos; y aunque un fuerte, podrán dañar una parte del país con incursiones y acogiendo a esclavos fugitivos, pero no bastará para impedir que nosotros, mediante expediciones navales, nos fortifiquemos en su país y que nos defendamos con la escuadra, que es nuestra fuerza. Porque, a pesar de todo, la guerra naval nos da más experiencia en la terrestre que la que a aquéllos les da la terrestre en la naval. Y no lograrán con facilidad hacerse expertos en el arte naval; pues ni vosotros siquiera, que habéis ejercitado este arte desde las mismas Guerras Médicas, lo habéis llevado aún a la perfección. ¿Cómo, pues, gentes labradoras y no marineras, y que además ni siquiera podrán adquirir práctica por estar bloqueadas permanentemente por muchas naves, podrían hacer algo de provecho? Pues contra unas pocas que les bloquearan podrían arriesgarse dando confianza a su inexperiencia con el número; pero al tener cerrado el mar por muchas, no se moverán, y al no ejercitarse se harán más inexpertos y por lo mismo más inactivos. El arte naval, en efecto, es una técnica como cualquier otra, y no admite ser aprendida como cosa accesoria en cualquier ocasión, sino que, por el contrario, exige no tener junto a sí ninguna otra cosa accesoria.

Y si tomando prestado el dinero de Delfos u Olimpia intentaran con una soldada mayor quitarnos los marineros extranjeros, sería esto cosa grave si no pudiéramos hacerles frente embarcándonos nosotros y nuestros metecos; pero la verdad es que esto no nos es dado y que, sobre todo, tenemos ciudadanos por pilotos, y el resto de nuestras tripulaciones es más numeroso y mejor que el de toda Grecia reunida. Además ninguno de los extranjeros aceptaría con peligro propio ser desterrado de su patria y luchar en unión de ellos por percibir una gran soldada por pocos días con menor esperanza de salvación.

Tal o semejante me parece ser la situación de los peloponesios, mientras que la nuestra creo que carece de los defectos que reprochamos a aquéllos y que tiene otras grandes ventajas que no admiten comparación. Si avanzan por tierra contra nuestro territorio, nosotros navegaremos contra el suyo, y no serán cosas equivalentes que una parte del Peloponeso sea devastada y que lo sea el Ática central: ellos no podrán adquirir a cambio otra tierra sin lucha, mientras que nosotros tenemos muchas posesiones en las islas y en el continente; pues el imperio del mar es una cosa decisiva. Mirad: si fuéramos isleños, ¿quiénes serían más inexpugnables? Pues bien, es preciso que os hagáis ahora una idea semejante a dicha situación, y abandonando la campiña y las casas, defendáis el mar y la ciudad; y, además, que no os confiéis, indignados por la suerte de las primeras a una batalla decisiva contra los lacedemonios, superiores en número —porque si vencemos tendremos que luchar otra vez con un número no inferior de ellos, y si somos derrotados, perderemos encima nuestros aliados, que son nuestra fuerza, pues no dejarán de organizar expediciones contra ellos, si no somos capaces de defenderlos— ni lloréis por

las casas ni la campiña, sino por los hombres; pues estas cosas no nos procuran hombres, sino que son los hombres quienes nos las procuran. Y si confiara en persuadiros, os invitaría a salir de la ciudad para destruirlas vosotros mismos y mostrar a los peloponesios que no les obedeceréis por vuestro interés por ellas.

Muchas otras razones puedo exponer que dan esperanza de que salgamos vencedores si os decidís a no adquirir nuevas posesiones durante la guerra y a no atraeros peligros arrastrados voluntariamente; pues temo más a nuestros errores que a la estrategia del enemigo. Pero éstas las expondré en otro discurso cuando estemos en guerra; ahora debemos despachar a los embajadores, respondiendo de este modo: que dejaremos que los megarenses utilicen nuestro mercado y puertos, si los lacedemonios no decretan expulsiones de extranjeros que nos alcancen a nosotros o a nuestros aliados —pues ni lo uno ni lo otro está prohibido en el tratado de paz— que devolveremos a las ciudades su libertad, si cuando concertamos el tratado la tenían, y siempre que ellos permitan a las suyas gobernarse libremente, no según sus conveniencias, sino según las de cada una de ellas conforme a su deseo; y que, finalmente, nos sometemos a arbitraje de acuerdo con el tratado y no comenzaremos la guerra, pero nos defenderemos de los que la comiencen. Ésta es la respuesta justa y a la vez digna de nuestra ciudad; pues hay que convencerse de que la guerra es necesaria —y cuanto más voluntariamente la aceptemos, menos dispuestos estarán nuestros enemigos al ataque— y de que los mayores peligros resultan para las ciudades y los individuos los mayores honores. Nuestros padres, por ejemplo, hicieron frente a los persas, y aunque no dispusieron de tantos recursos como nosotros, sino que incluso abandonaron lo que tenían, rechazaron a los bárbaros y llevaron nuestra prosperidad al estado presente, más por cálculo que por buena suerte y gracias a una audacia superior a su fuerza; y no debemos quedar detrás de ellos, sino defendernos por todos los medios de nuestros enemigos y procurar entregar esta prosperidad a nuestros descendientes no disminuida. Así habló Pericles. Y los atenienses, juzgando que les aconsejaba lo mejor, aprobaron su proposición y contestaron a los lacedemonios según su manera de pensar...»

TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso.* Introducción y traducción por Francisco RODRÍGUEZ ADRADOS. Edit. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid 2002. Págs. 56-59 y 67-71.

(BCQ)

1.3. Tito Livio justifica la redacción de su **Historia de Roma (Ab urbe condita libri)**

No sé bien si haré algo que valga la pena relatando la historia de Roma desde los orígenes de la ciudad y, si lo supiera, no me atrevería a decirlo, puesto que me parece que el tema es viejo y conocido, en tanto que constantemente

nuevos historiadores confían aportar a los hechos documentación más segura o aventajar con el arte de la palabra la rudeza de los antiguos. De cualquier modo que fuera, no obstante me agradará haber contribuido también yo según mis medios al recuerdo de las hazañas del pueblo más grande de la tierra; y si entre tan numerosa muchedumbre de historiadores mi renombre quedase en la obscuridad, me consolaré con la fama e importancia de los que impiden mi celebridad. La empresa requiere además un inmenso esfuerzo, puesto que se remonta a más de setecientos años y, habiendo partido de unos comienzos muy modestos, ha crecido hasta el punto de que ya sucumbe bajo el peso de su propia grandeza. Más aún, a la mayoría de los lectores no dudo que los primeros orígenes y los acontecimientos inmediatos a los orígenes habrán de suscitarles menos interés, teniendo prisa por llegar a estos tiempos recientes en los que se agotan las fuerzas mismas de un pueblo muy poderoso desde hace tiempo. Por el contrario, yo obtendré también este premio de mi trabajo: desviar mi atención al examen de las desgracias que nuestra época ha contemplado durante tantos años, cuando menos en tanto que me aplico reflexivamente a todos aquellos acontecimientos antiguos, libre de toda preocupación que pueda inquietar el ánimo del escritor, aunque no apartarlo de la verdad.

Los acontecimientos que se narran anteriores a la fundación de Roma o de que se tuviese la intención de fundarla, realzados por las leyendas poéticas más que por los documentos auténticos de las hazañas, no está en mi ánimo confirmarlos ni refutarlos. Se otorga a la antigüedad el privilegio de hacer más augustos los orígenes de las ciudades mezclando las acciones humanas con las divinas; y si a algún pueblo es menester permitirle divinizar sus orígenes y vincularlos a la intervención de los dioses, el pueblo romano posee tal gloria militar que, cuando atribuye por encima de todo a Júpiter su nacimiento y el de su fundador, el género humano consiente esto de buena gana, lo mismo que su dominio.

Pero a estos hechos y otros semejantes a éstos, de cualquier manera que se observen o juzguen, sin duda alguna no les otorgaré gran importancia: a mi parecer, cada cual por su parte debe poner su atención con empeño en la vida y las costumbres del pasado, mediante qué hombres y con qué artes en la paz y en la guerra se creó y engrandeció el Imperio; luego, al debilitarse gradualmente la disciplina, debe seguir con el ánimo una especie de debilitamiento de las costumbres primero, después como una degeneración de ellas cada vez mayor, finalmente el comienzo de su caída hasta llegarse a nuestros días, en que no podemos consentir nuestra corrupción ni sus remedios. Esto es sobre todo lo saludable y fecundo en el conocimiento de los hechos: que contemplas ejemplos de todo tipo apoyados en ilustres testimonios; ahí debes encontrar modelos que imitar en tu beneficio y en el de tu país, ahí acciones vergozosas en su comienzo y en su final que evitar.

Por lo demás, o me engaña la pasión por el trabajo emprendido, o nunca hubo Estado alguno mayor, más augusto y más rico en buenos ejemplos, ni

ciudad en la que infiltrasen más tardíamente la avaricia y la lujuria, ni donde existiese tan profundo y por tan largo tiempo el respeto a la pobreza y a la economía. Hasta tal punto que, cuanto menos se poseía tanto menos se deseaba. Pero recientemente las riquezas han acarreado la avaricia; y la abundancia de placeres, el deseo de perderse y de perderlo todo por mediación del lujo y del desenfreno. Pero nada de lamentaciones, que ni siquiera habrán de ser agradables cuanto tal vez sean necesarias, en el comienzo de la obra indudablemente tan grande que voy a emprender. Si hubiese la costumbre también entre nosotros, como entre los poetas, de buena gana empezaríamos mejor con buenos presagios, votos y súplicas a los dioses y a las diosas, para que nos concediesen mejor éxito a la actividad nada más comenzada».

TITO LIVIO, *Los orígenes de Roma. (Libros I-IV)*, Prefacio. Edición de Maurilio Pérez González. Madrid. Akal (col. Akal/Clásica), 1989, págs. 63-65.

(ECM)

1.4. Tácito justifica la redacción de sus Historias (Historiae)

«Servirá de inicio a mi obra el consulado de Servio Galba —por segunda vez— y de Tito Vinio. En efecto, los ochocientos veinte años anteriores desde la fundación de la Urbe los han tratado muchos autores, con tanta elocuencia como libertad mientras se historiaban los hechos del pueblo romano. Después de que se combatió a Accio y el interés de la paz exigió que todo el poder se concentrase en un solo hombre, desaparecieron aquellos grandes talentos; al propio tiempo la verdad se vio quebrantada de varias maneras: primero por ignorancia de la cosa pública como si de ajena se tratara, luego por ansia de agradar o, al contrario, por odio hacia los dominadores. Así ni unos ni otros —ya por adversos, ya por favorables— mostraron consideración alguna por la posteridad. Ahora bien, la lisonja de un historiador se repudia sin más, en tanto que a la detracción y al resentimiento se les prestan oídos propicios. Y es que la adulación atrae sobre sí la infamante tacha de servilismo, mientras que la malevolencia asume la falsa imagen de libertad. Yo a Galba, Otón y Vitelio no los conocí ni para bien ni para mal. Que mi carrera política debe su inicio a Vespasiano, que fue favorecida por Tito y que Domiciano la hizo llegar más lejos, no voy a negarlo. Sin embargo, quienes han hecho profesión de veracidad incorruptible deben hablar de cada cual sin amor y sin odio. Para el caso de que llegue a vivir lo bastante, he reservado para mi vejez el principado del divino Nerva y el imperio de Trajano, materia más rica y segura, en razón de la poco común felicidad de unos tiempos en los que está permitido pensar lo que se quiera y decir lo que se piensa».

TÁCITO, *Historias*, Libro I. Edición de José Luis Moralejo Álvarez. Madrid. Akal (col. Akal/Clásica), 1990, págs. 36-37.

(ECM)

1.5. La concepción historiográfica de San Agustín

1. «Los ciudadanos que forman parte de los santos son bienaventurados en esperanza durante la vida temporal.

Siendo, pues, el bien supremo de la ciudad de Dios esta paz eterna y perfecta —no la otra por la que atraviesan los mortales naciendo y muriendo, sino aquella en la que permanecerán inmortales, lejos de todo padecimiento, de toda adversidad—, ¿quién se atreverá a negar que una tal vida es perfectamente bienaventurada, y que la otra que transcurre en esta tierra, por muy colmada que esté de todos los bienes espirituales, corporales y materiales, es totalmente desgraciada? Con todo, si uno vive esta vida ordenándola a aquella otra que ama ardientemente y espera con plena fidelidad, no sin razón se le puede llamar ahora ya feliz, más bien por la esperanza aquélla que por la realidad ésta. De hecho, esta realidad sin aquella esperanza es una engañosa felicidad y una gran desventura: no ofrece al alma los verdaderos bienes, puesto que ella no es la sabiduría auténtica, que sabe elegir con prudencia, realizar con fortaleza, regular con templanza y distribuir con justicia. Le falta estar ordenada hacia aquel fin donde Dios lo será todo para todos en una eternidad segura y en una paz perfecta».

Obras de San Agustín. XVII. *La Ciudad de Dios (2.°)*, libro XIX, capítulo 20. Traducción de Santos Santamarta del Río y Miguel Fuertes Lanero. Madrid. B.A.C., 1978, pág. 607.

(ECM)

2. «La paz de los pueblos alejados de Dios. De ella se sirve el pueblo de Dios durante su exilio en este mundo para fomentar la religión.

Así como el alma es el principio vital de la carne, así también Dios es la vida bienaventurada del hombre. De ello dicen las sagradas Letras de los hebreos: *Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor*. Desgraciado, por tanto, el pueblo alejado de este Dios. Con todo, también él ama la paz, una cierta paz que le es propia y que no hay por qué despreciar. Cierto que no disfrutará de esta paz al final, porque no la ha utilizado debidamente antes de ese final. Y a nosotros nos interesa también que durante el tiempo de esta vida disfrute de esta paz, puesto que mientras están mezcladas ambas ciudades, también nos favorece la paz de Babilonia. De esta ciudad se libera el pueblo de Dios por la fe, es verdad, pero teniendo que convivir con ella durante el tiempo de su destierro. De aquí que el mismo Apóstol encomendase a la Iglesia orar por los reyes y autoridades, añadiendo estas palabras: *Para que tengamos una vida tranquila y sosegada, con la mayor piedad y amor posibles*. Ya el profeta Jeremías, junto con el anuncio al antiguo pueblo de Dios de su futura cautividad, y con el mandato divino de que fuesen dócilmente a Babilonia, ofreciendo sus mismos padecimientos como un servicio a Dios, les aconsejó también que orasen por la ciudad, y les dijo: *Porque su*

paz será la vuestra. Una paz todavía temporal, por supuesto, común a buenos y malos».

Obras de San Agustín. XVII. *La Ciudad de Dios (2.°)*, libro XIX, capítulo 26. Traducción de Santos Santamarta del Río y Miguel Fuertes Lanero, págs. 626-627.

(ECM)

2. Historiografía Medieval

2.1. Historiografía musulmana

2.1.1. La invasión musulmana de la Península Ibérica según el Ajbar Machmu'a

«Al saber el Rey de España la nueva de la correría de Tarif, consideró el asunto como cosa grave. Estaba ausente de la corte, combatiendo a Pamplona, y desde allí se dirigió hacia el mediodía, cuando ya Tárik había entrado, habiendo reunido contra éste un ejército de cien mil hombres o cosa semejante, según se cuenta. Apenas llegó esto a noticia de Tárik, escribió a Muça, pidiéndole más tropas y dándole parte de que se había hecho dueño de Algeciras y del lago, pero que el Rey de España venía contra él con un ejército que no podía contrarrestar. Muça, que desde la partida de Tárik había mandado construir barcos y tenía ya muchos, le mandó con ellos 5.000 hombres, de suerte que el ejército acaudillado por Tárik llegó a 12.000. Había ya cautivado muchos e importantes personajes, y con ellos estaba Julián, acompañado de bastante gente del país, la cual les indicaba los puntos indefensos y servía para el espionaje.

Acercóse Rodrigo con la flor de la nobleza española y los hijos de sus reyes, quienes, al ver el numero y disposición de los muslimes, tuvieron una conferencia y dijéronse los unos a los otros: *Este hijo de mala mujer se ha hecho dueño de nuestro reino sin ser de estirpe real, antes bien, uno de nuestros inferiores: aquella gente no pretende establecerse en nuestro país; lo único que desea es ganar botín: conseguido esto, se marcharán y nos dejarán. Emprendamos la fuga en el momento de la pelea, y el hijo de la mala mujer será derrotado.* En esto quedaron convenidos. Había dado Rodrigo el mando del ala derecha de su ejército a Sisberto, y el de la izquierda a Obba, hijos ambos de su antecesor Gaitixa, y cabezas de la conspiración indicada. Aproximóse, pues, con un ejército de cerca de 100.000 combatientes, y tenía este número (y no otro mayor) porque había habido en España un hambre, que principió en el 88, y continuó todo este año y los de 89 y 90, y una peste durante la cual murieron la mitad o más de los habitantes. Vino después el año 91, que fue en España año que por su abundancia recompensó los males pasados, y en el cual se efectuó la invasión de Tarif.

Encontráronse Rodrigo y Tárik, que había permanecido en Algeciras, en un lugar llamado el Lago, y pelearon encarnizadamente; mas las alas derecha e izquierda, al mando de Sisberto y Obba, hijos de Gaitixa, dieron a huir, y aunque el centro resistió algún tanto, al cabo Rodrigo fue también derrotado, y los muslimes hicieron una gran matanza entre los enemigos. Rodrigo desapareció, sin que se supiese lo que había acontecido, pues los musulmanes encontraron solamente su caballo blanco, con su silla de oro, guarnecida de rubíes y esmeraldas, y un manto tejido de oro y bordado de perlas y rubíes. El caballo había caído en un lodazal, y el cristiano que había caído con él, al sacar el pie se había dejado un botín en el lodo. Sólo Dios sabe lo que pasó, pues no se tuvo noticia de él, ni se le encontró vivo ni muerto».

Ajbar Machmua. (Colección de Tradiciones). Crónica anónima del siglo XI, dada a luz por primera vez. Traducida y anotada por Don Emilio Lafuente y Alcántara. Madrid. Ediciones Atlas, 1984 (edición facsimilar de la publicada en Madrid, en 1867), págs. 21-22.

(ECM)

2.1.2. Abd Allah (1073-1090), último rey zirí de Granada, explica el método seguido en la redacción de sus Memorias

«En todo esto que precede he relatado buen número de sucesos harto notorios, ocurridos en al-Andalus, tal como sucedieron, a mi juicio, dejando a un lado las otras versiones contradictorias, porque la verdad se encuentra en un solo lado, y las noticias, tal como se divulgan, suelen exceder de lo que realmente ha sabido uno de ciencia cierta o visto con sus propios ojos. Lo que hemos consignado es lo que se ajusta a lo razonable, con supresión de hipérboles y ambigüedades.

Otra cosa muy distinta es cuando narramos un suceso acaecido en nuestro propio gobierno, en el que hemos intervenido y que hemos presenciado. Ahí nos hemos extendido más, refiriéndolo en pormenor hasta el final, desentrañando el secreto oculto tras las apariencias y sus más menudas causas. Relatar con detenimiento aquello en que uno ha intervenido puede hacerse con más elocuencia y precisión que describir los negocios ajenos de que uno ha sido testigo, pero sin interés personal; lo mismo que relatar lo que uno ha presenciado, aunque no le concierna peculiarmente, puede hacerse con más elocuencia que referir lo que se ha oído de un tercero, sin comprobación personal de su veracidad. En este último caso hay que limitarse a contar lo que no repugna a la razón, y emplear el propio discernimiento en dar una versión más verosímil que la que corre en lenguas del vulgo, aun a riesgo de ser acusado de embustero.

Por este motivo hemos resumido los acontecimientos más notorios de al-Andalus, suprimiendo muchos detalles, y, en cambio, nos hemos extendido tan sólo en aquéllos que nos concernían, por haber intervenido en ellos o por haber sido en ellos testigo de vista.

La verdad histórica es de gran utilidad para el que quiere describir algo en verso o prosa, trátese de elogios o de censuras. Si el hombre encuentra ancho campo para hablar, puede hacerlo amplia y elocuentemente, aun con un poquito de exageración, sólo posible en las cosas más comunes y corrientes, porque en estos dos casos le creerán, ya que las gentes conocen los sucesos.

Aunque este libro mío está exclusivamente dedicado a describir, de modo especial, nuestro reino, la verdad es que las cosas se enredan, y a veces no hay más remedio que hacer digresiones, cuando resulta necesario hacerlas, o traer a cuento un refrán que adorne el discurso, o fundamentar un argumento, o dar vueltas en torno a la verdad por medio de perífrasis».

El Siglo XI en 1.ª persona. Las «Memorias» de Abd Allah, último Rey Zirí de Granada destronado por los Almorávides (1090). Traducidas, con introducción y notas, por E. Levi-Provençal (ob. 1956) y Emilio García Gómez. Madrid. Alianza Editorial, 1982 (4.ª ed.), capítulo V, págs. 169-170.

(ECM)

2.1.3. Nómadas y ciudades según Ibn Jaldún

«Los beduinos son, en efecto, gentes dadas al pillaje y al bandolerismo; de todo aquello que pueden apoderarse sin lucha ni peligro, se adueñan, huyendo luego hacia sus pastos del desierto... Las tribus que se atrincheran contra ellos en las rocas de las montañas están al abrigo de sus rapiñas y sus violencias, ya que ellos no escalan alturas ni se adentran por terrenos difíciles, ni se exponen a peligros por alcanzarlas. Pero si pueden apoderarse de las llanuras por estar mal custodiadas o porque el poder gubernamental carezca de fuerza, hacen de ellas su botín y su presa, que devoran; en los llanos multiplican sus incursiones, sus pillajes y violencias, a causa de la facilidad que les ofrecen, hasta que sus habitantes acaban por caer bajo su dominio; luego se los pasan unos a otros y el desorden conduce a la ruina de su civilización: ¡Dios tiene poder sobre sus criaturas; Él es el Único, el Refrenador, y no hay más Señor que Él! Estos beduinos son, en efecto, un pueblo fiero en el que la rudeza de costumbres está tan arraigada que se ha convertido en su temperamento propio y natural; y se complacen en ello, que les permite escapar a la influencia de la autoridad y a la sujeción a un gobierno. Tal naturaleza es incompatible con la civilización, y les impide desarrollarse, ya que andar errante y ser los más fuertes son los únicos objetivos que les marca su forma de vida, lo cual impide la vida ciudadana, de la que depende la civilización y con la que dicha naturaleza es incompatible».

IBN JALDÚN, *Introducción*. Texto tomado de D. y J. SOURDEL, *La civilización del Islam clásico*. Barcelona. Editorial Juventud, 1981, págs. 278-279.

(ECM)

2.2. *Historiografía cristiana*

2.2.1. *Eginhardo destaca en su Vita Carolis la faceta constructora de Carlomagno.*

«Si bien Carlos destacó tanto debido a la ampliación de su reino y a la sumisión de naciones extranjeras, y a pesar de que se dedicó continuamente a empresas de este tipo, no obstante comenzó en diversos lugares numerosas obras destinadas al embellecimiento y a la utilidad del reino e incluso terminó algunas. Entre éstas, se pueden con justicia considerar como las principales la basílica de la Santa Madre de Dios en Aquisgrán, una obra de admirable construcción, y el puente sobre el Rin en Maguncia, que tiene quinientos pasos de longitud, pues allí el río tiene esta gran anchura. Pero este puente se quemó en un incendio un año antes de que Carlos muriera y por esto no pudo reconstruirlo a pesar de que ya tenía la idea de rehacerlo en piedra en vez de en madera.

También comenzó la construcción de unos magníficos palacios: uno no lejos de la ciudad de Maguncia, cerca de la villa que recibe el nombre de Ingilenheim; el otro en Nimega sobre el Waal, río que baña la isla de los bátavos por el lado meridional. Pero, sobre todo, Carlos tuvo conocimiento de que en algunos lugares de su reino había recintos sagrados que se derrumbaban por su antigüedad y mandó a los obispos y prelados, a los que estaba asignado su cuidado, que los restauraran, procurando, a través de sus emisarios, que se cumplieran sus órdenes.

Formó asimismo una flota para la guerra contra los normandos. A este efecto se construyeron naves junto a los ríos que desde la Galia y Germania desembocan en el océano septentrional. Y como los normandos devastaban en constantes acometidas el litoral galo y germano, colocó vigías y puestos de guardia en todos los puertos y desembocaduras de ríos, por donde creían que las naves podían acceder, e impidió, con tales fortificaciones, que el enemigo pudiera huir. Hizo lo mismo en las partes del sur, en las costas de la provincia narbonense y en las septimanas, y también en toda la costa de Italia hasta Roma, para oponerse a los mauros, que desde hace poco se dedicaban a ejercer la piratería.Gracias a esto, en su tiempo no se vieron afectadas por ningún daño grave ni Italia, por parte de los mauros, ni Galia y Germania, por parte de los normandos, a excepción de la ciudad de Centumecella, en Etruria, que, por una traición, fue tomada y devastada por los mauros y a excepción también de algunas islas en Frisia, cercanas al litoral germánico, que fueron saqueadas por los normandos».

EGINHARDO, *Vida de Carlomagno*, capítulo XVII. Introducción, traducción y notas por Alejandra de Riquer. Barcelona. PPU, 1986, págs. 81-82.

(ECM)

2.2.2. *Reinado de Alfonso II el Casto de Asturias (791-842)*

«Alfonso el Magno reinó 51 años. Éste, en el undécimo año de su reinado, expulsado ilegítimamente del trono, se refugió en el monasterio de Ablaña. De allí fue sacado por un cierto Teuda y por otros leales, y repuesto en Oviedo, en la cumbre del reino en Oviedo. Éste construyó en Oviedo el admirable templo de San Salvador y los doce Apóstoles, de piedra y cal, y la iglesia de Santa María con sus tres altares. También erigió la basílica de San Tirso, admirable edificación, con numerosos ángulos; y todas estas casas del Señor las adornó con arcos y con columnas de mármol, y con oro y plata, con la mayor diligencia y, junto con los regios palacios, las decoró con diversas pinturas; y todo el ceremonial de los godos, tal como había sido en Toledo, lo restauró por entero en Oviedo, tanto en la Iglesia como en el Palacio. Logró varias victorias sobre los ismaelitas, y venció en combate a una hueste de beréberes en Asturias, en el lugar de Lodos, y a otra en la provincia de Galicia, en el lugar de Anceo. Y en su tiempo un hombre procedente de España llamado Mahamud, que había huido del rey de Córdoba con todos los suyos a Asturias, fue acogido por este príncipe, y luego en Galicia se convirtió en rebelde en el castillo de Santa Cristina. Allí el rey acabó con él en combate, y se apoderó del castillo y de todo lo demás. Y pasó su vida sin esposa, en la mayor castidad. Y así pasó del reino de la tierra al reino del cielo».

Crónica Albeldense, capítulo XV. Juan GIL FERNÁNDEZ - José L. MORALEJO - Juan I. RUIZ DE LA PEÑA, *Crónicas Asturianas*. Universidad de Oviedo, 1985, págs. 248-249.

(ECM)

2.2.3. *Jean Froissart narra la derrota francesa en la batalla de Poitiers (1356)*

«Aquel lunes, la batalla entre franceses e ingleses muy cerca de la ciudad de Poitiers fue muy dura y muy fuerte. Allí estuvo el rey Jean con muy buenos caballeros, y si la cuarta parte de su gente se le hubieran unido, la jornada habría sido suya, pero no sucedió así.

De todos modos, los duques, condes, barones, caballeros y escuderos que se quedaron, se comportaron bien y lealmente, y combatieron tanto que todos murieron o fueron apresados. Se salvaron muy pocos de los que desmontaron y lucharon a pie junto a su señor el rey.

Allí murieron el gentil duque de Bourbon, que se llamaba mi señor Pierre, y muy cerca de él mi señor Guichard de Beaujeau y mi señor Jean de Landas, lo que fue gran pena. Fueron apresados y gravamente heridos el Arcipreste, mi señor Thibaut de Voudenay, ni señor Baudouin de Annequin,

y muertos, el duque de Athènes, condestable de Francia, y el obispo de Châlons en Champagne. Por otro lado fueron apresados el conde de Vaudemont y de Genville, el conde de Vendôme y los de Ventadour y Montpensé, y un poco más arriba murieron mi señor Guillaume de Nielle y mi señor Eustace de Ribemont y de Auvergne, el señor de la Tour y mi señor Guillaume de Montagut. Fueron apresados mi señor Louis de Melval, el señor de Pierebuffière y el señor de Seregnach. En este ataque hubo más de doscientos caballeros muertos y apresados.

En otra parte combatían algunos buenos caballeros de Normandie con una tropa de ingleses. Allí murieron Grimouton de Cambli y mi señor Baudrain de le Huese y muchos otros que habían sido dispersados y combatían en tropeles y compañías cuando se encontraban. El príncipe seguía cabalgando hacia delante en dirección a la columna del rey. La mayor parte de los suyos se esforzaba por su lado en la tarea lo mejor que sabían, pues todos no podían estar juntos. Aquel día hubo hermosos hechos de armas, muchas capturas y muchos rescates, pero no todos se conocieron. Pues no se puede verlo ni saberlo todo, ni decidir quiénes fueron los más valientes y esforzados. Quiero hablar con la mayor precisión posible, según luego fui informado por caballeros y escuderos que estuvieron en una y otra parte».

Jean FROISSART, *Crónicas*. Edición a cargo de Victoria Cirlot y J.E. Ruiz Domenec. Madrid. Ediciones Siruela, 1988, págs. 158-159.

(ECM)

2.2.4. Levantamientos antijudíos en los reinos hispánicos en 1391

«En estos días llegaron a la cámara do el Consejo de los señores e caballeros e procuradores estaba ayuntado, los judíos de la corte del rey que eran allí venidos de los más honrados del Regno a las rentas que se habían estonce de facer, e dixéronles que avían avido cartas del aljama de la cibdad de Sevilla, cómo un Arcediano de Écija en la Iglesia de Sevilla, que decían don Ferrand Martínez, predicaba por plaza contra los judíos, e que todo el pueblo estaba movido para ser contra ellos. E que por quanto Don Juan Alfonso, conde de Niebla, e Don Álvar Pérez de Guzmán, alguacil mayor de Sevilla ficieron azotar un ome que facía mal a los judíos, todo el pueblo de Sevilla se moviera, e tomaran preso al alguacil, e quisieran matar a dicho Conde e a Don Álvar Pérez; e que después acá todas las cibdades estaban movidas para destroir los Judíos. E que les pedían por merced que quisiesen poner en ello algund remedio. E los del Consejo, desque vieron la querella que los Judíos de Sevilla les daban, enviaron a Sevilla un caballero de la cibdad que era venido a Madrid por procurador, e otro a Córdoba, e así a otras partes enviaron mensageros e cartas del rey, las más premiosas que

pudieron ser fechas en esta razón. E desque llegaron estos mensages con las cartas del rey libradas del Consejo a Sevilla, e Córdoba e otros logares, asosegóse el fecho, pero poco, ca las gentes estaban muy levantadas e non avían miedo de ninguno, e la cobdicia de robar los Judíos crecía cada día. E fue causa aquel Arcediano de Écija deste levantamiento contra los Judíos de Castilla; e perdiéronse por este levantamiento en este tiempo las aljamas de los Judíos de Sevilla, e Córdoba, e Burgos, e Toledo, e Logroño, e otras muchas del regno; e en Aragón, las de Barcelona e Valencia e otras muchas; e los que escaparon quedaron muy pobres, dando muy grandes dádivas a los señores por ser guardados de tan grand tribulación».

Pero LÓPEZ DE AYALA, *Crónica del Rey don Enrique, tercero de Castilla e de León*. Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXVIII, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, III. Madrid. Ediciones Atlas, 1953, pág. 167.

(ECM)

2.2.5. Retrato de Carlos el Temerario, duque de Borgoña (1467-1477)

«Yo lo conocí, grande y honrado príncipe, tan estimado y tenido en cuenta por sus vecinos como nunca lo fue príncipe alguno en la Cristiandad. Y entre las cosas por las que pudo incurrir en la ira de Dios, habría sido la principal el no atribuirle, como debiera hacerlo, todas las gracias y honores que había recibido en este mundo, sino que los estimaba procedentes de su propio buen sentido y virtud. Y es cierto que había en él aspectos virtuosos. Ningún príncipe le superó jamás en el deseo de alimentar y tener bien ordenadas a gran número de personas. Sus mercedes no eran nunca excesivas porque quería que cada uno valorase las que le hacía. Jamás nadie dio audiencia con mayor liberalidad a sus servidores y súbditos. En la época en que yo le conocí no era cruel, en absoluto, pero llegó a serlo poco antes de su muerte. Era de gran pompa en vestimenta y en todas las demás cosas, incluso demasiado. Hacía mucho honor a los embajadores y gentes extranjeras, que eran muy festejados y bien acogidos en su casa. Deseaba gran gloria, y esto, más que cualquier otra cosa, le movía a entrar en guerras. Hubiera querido parecerse a aquellos antiguos príncipes, de los que tanto se ha hablado después de su muerte... Pero ya han concluido todos esos pensamientos, y la suma se ha vuelto en perjuicio y vergüenza, porque sólo los que ganan tienen siempre derecho al honor».

Philippe de COMMYNES, *Memorias*, libro quinto, capítulo IX. Texto tomado de M. A. LADERO QUESADA, *Historia Universal. Edad Media*. Barcelona. Editorial Vicens Vives, 1987, págs. 923-924.

(ECM)

2.2.6. *Fernando del Pulgar explica a la reina Isabel la Católica los motivos para la redacción de su Libro de los claros varones de Castilla*

«Muy exçelente e muy poderosa reina nuestra señora: algunos ystoriadores griegos e romanos escriuieron bien por extenso las fazañas que los claros varones de su tierra fizieron, e les parescieron dignas de memoria. Otros escritores ouo que las sacaron de las ystorias, e fizieron dellas tratados aparte, a fin que fuesen más comunicadas, segund fizo Valerio Máximo, e Plutarco, e otros algunos, que con amor de su tierra, o con afeción de personas, o por mostrar su elocuencia, quisieron adornar sus fechos, exaltándolos con palabras algo por ventura más de lo que fueron en obras.

Yo, muy exçelente reina e señora, de amas cosas veo menguadas las crónicas destos nuestros reinos de Castilla e de León, en perjuizio grande del honor que se deue a los claros varones naturales dellos e a sus descendientes, porque como sea verdad que fiziesen notables fechos, pero no los leemos estendidamente en las corónicas cómo los fizieron, ni veo que ninguno los escriuió aparte, como fizo Valerio, e los otros. Verdad es que el noble cauallero, Fernand Peres de Guzman, escriuió en metro algunos claros varones dellos que fueron en España; asimismo escriuió breuemente en prosa las condiciones del muy alto e excelente rey Don Juan, de esclarecida memoria, vuestro padre, e de algunos caualleros e perlados, sus súbditos, que fueron en su tiempo. Eso mismo ví en Francia el compendio que fizo un maestre Jorge de la Vernada, secretario del rey Carlos, en que copiló los fechos notables de algunos caualleros e perlados de aquel reino que fueron en su tiempo. Y aun en aquel libro de la Sacra Escritura que fizo Jhesuú, fijo de Sirac, quiso loar los varones gloriosos de su nación. Tanbién sant Gerónimo y otros algunos escriuieron loando los ilustres varones dignos de memoria, para loable enxemplo de nuestro beuir. Yo, muy excelente reina e señora, criado desde mi menor hedad en la corte del rey vuestro padre, e del rey Don Enrique vuestro hermano, mouido con aquel amor de mi tierra que los otros ouieron de la suya, me dispuse a escreuir de algunos claros varones, perlados e caualleros, naturales de los vuestros reinos, que yo conoscí y comuniqué, cuyas fazañas e notables fechos, si particularmente se ouiesen de contar, requiría fazerse de cada uno una grand ystoria. E por ende, breuemente, con el ayuda de Dios, escreuiré los linajes e condiciones de cada uno, e algunos notables fechos que fizieron: de los cuales se puede bien creer que, en autoridad de personas, e en ornamento de virtudes, e en las abilidades que touieron, así en ciencia como en armas, no fueron menos excelentes que aquellos griegos e romanos e franceses que tanto son loados en sus escripturas. E primeramente pensé poner la vida e condiciones del rey Don Enrrique cuarto, vuestro hermano, cuya ánima Dios aya, por auer concurrido en su tiempo».

Fernando del PULGAR, *Claros Varones de Castilla*. Edición, introducción y notas de Jesús Domínguez Bordona. Madrid. Espasa-Calpe, col. «Clásicos Castellanos», 1969 (4.ª ed.), págs. 5-8.

(ECM)

3. Historiografía del Renacimiento

Maquiavelo expone en varios capítulos su pensamiento acerca de las cualidades que deben adornar al príncipe o gobernante y desgrana al mismo tiempo su concepción escasamente optimista de la sociedad

«Capítulo XV.–Sobre las cualidades humanas, y en especial de aquellas por las que los príncipes son alabados o vituperados

Queda ahora por analizar cuáles han de ser los comportamientos y las maneras de gobernar de un príncipe para con los súbditos y con los amigos. Y como ya sé que se ha escrito mucho al respecto, temo que al escribir yo ahora me vayan a tomar por presuntuoso, sobre todo porque, para este asunto, voy a partir de criterios ya utilizados por otros escritores. Pero que mi intención es la de escribir algo provechoso para quien lo lea, me ha parecido más oportuno atenerme a la verdad de los hechos que a la construcción imaginativa de los mismos. De hecho, ha habido muchos que se han imaginado repúblicas y principados que no han existido nunca, y, sin embargo, no debe olvidarse que hay una gran diferencia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, de modo que quien se guía no por lo que hay que hacer sino por lo que se debería, conocerá antes su propia ruina que su propia salvación.

Porque quien quiera comportarse como un hombre bueno, acabará sucumbiendo ante los que no lo son. En consecuencia, conviene que un príncipe, si se quiere mantener en el poder, aprenda a no ser bueno, y a usar esta estrategia según la necesidad que tenga.

Dejando por tanto a un lado todo lo que nos podríamos imaginar sobre un príncipe, y ciñéndonos a la realidad, digo que cuando se habla de los hombres en general, y máxime cuando se trata de un príncipe, al ocupar éste un rango superior se le suele juzgar por algunas de estas cualidades que determinan su elogio o su desprecio. Dicho en otras palabras: que a uno se le tenga por liberal, a otro por mezquino y aquí utilizo un término toscano, pues avaro en nuestra lengua se le aplica todavía a quien desea obtener las cosas mediante rapiña, mientras que llamamos mezquino a quien no quiere gastar de lo suyo), a uno por generoso a otro por rapaz; a uno por cruel, a otro por compasivo; a uno por desleal, a otro por fiel; a uno por afeminado y cobarde, a otro por feroz y de gran coraje; a uno por humano, a otro por soberbio; a uno por lascivo, a otro por casto; a uno por recto, a otro por traidor; a uno por

duro, a otro por flexible; a uno por serio, a otro por frívolo; a uno por religioso, a otro por impío, y así sucesivamente.

Sé positivamente cómo a todos les parecería elogiable que un príncipe pudiera reunir todas esas cualidades arriba mencionadas que se consideran buenas, pero ya que esto no es posible, pues la naturaleza humana no lo permite, el príncipe debería ser lo suficientemente prudente como para evitar la infamia de aquellos vicios que le llevarían a perder el Estado, y como para defenderse, si le es posible, de quienes se lo pudieran arrebatar; pero si no pudiera, que los practique sin muchas consideraciones. Es más, que no se preocupe de caer en la infamia de esos vicios sin los cuales sería incapaz de salvaguardar su Estado, pues si analizáramos todo esto detenidamente encontraríamos siempre alguna cosa que podría parecer virtud y, siguiéndola, causaría su ruina. Sin embargo, hallaríamos también alguna que otra cosa que podría parecer vicio, y si la pusiera en práctica, lograría su seguridad y su propio bienestar.

Capítulo XVI.–Sobre la liberalidad y la parsimonia

Comenzando, pues, por las primeras cualidades, digo que es bueno que te consideren generoso: no obstante, la generosidad practicada de manera evidente te puede perjudicar, pues a pesar de que se use con inteligencia y como debe ser, y aunque no se note, no te podrás quitar de encima fama de lo contrario. Y por eso, para poder conservar entre los demás la reputación de generoso, es necesario no descuidar ningún tipo de signo externo, de tal modo que un príncipe que se precie de ello gasta todos sus bienes en conseguir este objetivo. Pero al final, si quiere seguir manteniendo semejante reputación se verá obligado a gravar con fuertes impuestos al pueblo, además de utilizar también todo tipo de recursos para obtener dinero. Esto le llevará a hacerse odioso entre los súbditos y a ganarse la poca estima de todos, hasta acabar cayendo en la pobreza. De manera que, con esta liberalidad, al haber perjudicado a muchos y haber beneficiado a pocos, empieza a experimentar los primeros sinsabores, y termina arriesgando el poder en la primera ocasión que se le presente. Aun cuando se dé cuenta de ello, e intente rectificar, no podrá, sin embargo, remediar su fama de mezquino.

Por consiguiente, un príncipe, si no puede practicar la virtud de la generosidad sin que resulte perjudicado y para que, a pesar de ello, le sea reconocida, no debe, si es prudente, preocuparle el calificativo de mezquino, pues con el tiempo se le acabará considerando cada vez más generoso al comprobar que con su parsimonia le bastan sus ingresos, puede defenderse de quien le declara la guerra y puede llevar a cabo empresas sin tener que gravar al pueblo. De esa manera practica la generosidad con todos aquellos a quienes nada quita, que son muchísimos, y la mezquindad con aquellos a quienes no da nada, que son pocos. En nuestros tiempos sólo hemos visto hacer grandes

sería recomendable, pero puesto que son malos, y contigo no mantendrán su palabra, tú tampoco tienes por qué mantenérsela a ellos, pues jamás a un príncipe le faltaron ocasiones legítimas para aplicar este precepto. Sobre esto se podrían dar infinitos ejemplos actuales y ver cuántas paces, cuántas promesas han resultado nulas y vanas por la deslealtad de los príncipes, pues quien mejor ha sabido imitar al zorro, ha tenido más éxito. Pero esta naturaleza hay que saberla disfrazar bien, y ser gran simulador y disimulador, pues como los hombres son tan simples y van siempre a satisfacer sus necesidades más inmediatas, quien engaña encontrará siempre a alguien que se deje engañar...

Debe quedar claro que, un príncipe, y sobre todo un príncipe nuevo, no puede cumplir todas esas cosas por las que se consideran buenos a los hombres, pues está siempre sujeto, a fin de mantener el Estado, a obrar contra la fe, la caridad, la humanidad y contra la religión.

Por eso es necesario que tenga el ánimo dispuesto a cambiar según soplen los vientos de la fortuna y según vengan las cosas, y como ya dije antes, si puede, no debe alejarse del bien, sino que ha de saber entrar en el mal sólo cuando tenga necesidad. Debe además el príncipe, tener mucho cuidado para que no se le escape nunca de la boca alguna cosa que no esté llena de las cinco cualidades citadas, y que parezca, oyéndolo y viéndolo, que es todo clemencia, todo lealtad, todo integridad, todo humanidad, todo religión. Esta última cualidad es la mejor para poderla aparentar, pues lo hombres, en general, juzgan más por las apariencias que por las cosas reales, ya que todos son capaces de ver, pero pocos lo son de tocar con sus propias manos. Todos ven lo que tú pareces, pero pocos conocen lo que de verdad eres, y esos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de esa mayoría que tienen incluso el apoyo del Estado que la defiende. Así, para juzgar los actos de los hombres, y sobre todo los de los príncipes frente a los cuales no hay tribunal al que apelar, se tiene en cuenta el resultado. Imagínate, por ejemplo, a un príncipe que gana un Estado y lo conserva: los medios siempre se juzgarán como honorables y dignos de alabanza, pues el vulgo se guía siempre por la apariencia y por lo que ocurre, y como en el mundo no hay más que vulgo, por eso la minoría no tiene nunca apoyo cuando es la mayoría la que domina. Un cierto príncipe (*Fernando el Católico, añadimos)* de estos tiempos, al que no está bien nombrar no hace más que predicar paz y fe, y tanto de una como de otra es realmente enemigo; pero si hubiera puesto en práctica cualquiera de las dos, habría perdido más de una vez el prestigio y el Estado.

Capítulo XXV.–Sobre el poder de la fortuna en las cosas humanas y de qué manera se puede vencer

Sé perfectamente que muchos han creído y creen todavía que las cosas del mundo dependen hasta tal punto de la fortuna y de Dios, que los hom-

bres, con su sabiduría, no pueden cambiarlas, y ni siquiera resolverlas; y que por ello se podría pensar que no es necesario esforzarse demasiado en las cosas, sino dejarse llevar por la suerte. Ésta es la opinión que ha arraigado en nuestro tiempo a la vista de los grandes cambios que se han producido y que se siguen produciendo cada día, más allá de toda previsión humana. Por eso, pensando yo alguna vez en ello, me he inclinado en cierto modo a creer lo mismo. No obstante, para que nuestro libre albedrío no quede anulado, creo que puede ser verdad el hecho de que la fortuna domina la mitad de nuestros actos, pero también es verdad que nos permite a nosotros gobernar aproximadamente la otra mitad. Comparo a la fortuna con uno de esos ríos ruinosos que cuando se encolerizan inundan los llanos, destrozan la tierra en unas zonas y en otras la acumulan, mientras todos huyen ante su avance y ceden ante su ímpetu sin poder resistir. Y como está en su naturaleza, lo único que pueden hacer los hombres es, en tiempos de calma, tomar precauciones con diques y márgenes de modo que, cuando se vuelva a producir la crecida de los ríos, se pueda canalizar, o por lo menos evitar que su fuerza resulte desenfrenada y tan dañina. Lo mismo ocurre con la fortuna, que demuestra su potencia allí donde no hay virtud para combatirla, y por tanto desencadena su ímpetu donde sabe que no existen márgenes ni diques para contenerla... Pero ciñéndonos más a lo particular digo que puede verse cómo un príncipe prospera hoy y mañana se arruina sin que ello se pueda atribuir a un cambio de su modo de ser o de sus cualidades, lo que creo que ocurre, en primer lugar, por las razones que ya expusimos con detalle antes, es decir, que el príncipe que se apoya de lleno en la fortuna se arruina en cuanto ésta cambia».

MAQUIAVELO, *El príncipe.* Edición de Mercedes LÓPEZ SUÁREZ, Prólogo de Sabino Fernández Campo. Edit. Ediciones Temas de Hoy, S. A. Madrid 1994.

(BCQ)

4. Historiografía de los siglos XVII y XVIII

4.1. Oración fúnebre de María Teresa de Austria, infanta de España, reina de Francia y de Navarra., pronunciada por Bossuet en Saint Denis, el 1 de septiembre de 1683, ante el delfín Luis (1660-1711)

«¡Cuánto desprecio a esos filósofos que, midiendo los designios de Dios por sus propias ideas, solamente le hacen autor de cierto orden general, desde el que se desarrolla como puede todo lo demás! ¡Como si tuviera como nosotros miras generales y confusas, y como si pudiese la inteligencia soberana dejar de comprender en sus designios las cosas particulares que solas subsisten verdaderamente! No lo dudemos, cristianos; Dios ha preparado en su eterno designio las primeras familias que son la fuente de las naciones, y en todas las naciones las cualidades dominantes que debían formar la fortuna.

También ha ordenado en las naciones las familias particulares de que se componen; pero principalmente las que debían gobernar estas naciones, y en particular en estas familias todos los hombres por quienes habían de elevarse, sostenerse o caer.

Por consecuencia de estos designios, Dios ha hecho nacer las dos poderosas casas de las que había de brotar la reina, la de Francia y la de Austria, de las que se sirve para mantener el equilibrio de las cosas humanas: hasta qué grado y hasta cuándo, Él lo sabe; nosotros lo ignoramos.

Obsérvese en la Escritura que Dios concede a las casas reales ciertos caracteres propios, como el que los sirios, aunque enemigos de los reyes de Israel, les atribuían con estas palabras: *Hemos oído que los reyes de la casa de Israel son clementes*.

No examinaré los caracteres particulares que han recibido las casas de Francia y de Austria y, sin decir que causaban más temor los consejos de la de Austria, ni que se encontraba algo más vigoroso en las armas y el valor de la de Francia, ahora que, por gracia particular, estos dos caracteres se reúnen visiblemente en vuestro favor, me limitaré a mencionar el que formaba el regocijo de la reina, y es que Dios había otorgado a estas dos casas, de las que había brotado ella, la piedad en herencia; de manera que santificada (entendedme bien), quiero decir consagrada a la santidad por su nacimiento, según la doctrina de San Pablo, decía con este Apóstol: *Dios, a quien mi familia ha servido siempre, y a quien estoy dedicada por mis mayores: Deus cui servio a progenitoribus*.

Si hubiésemos de descender a lo particular de la augusta casa de Austria, ¿podríamos ver algo más ilustre que su descendencia inmediata, en la que, durante el período de cuatrocientos años, solamente se encuentran reyes y emperadores, y tan grande afluencia de casas reales con tantos Estados y tantos reinos, que desde muy antiguo se ha previsto que se vería abrumada?

Innecesario es hablar de la cristianísima casa de Francia, que por su noble constitución es incapaz de quedar sujeta a una familia extranjera; que siempre es dominante en su jefe; que, única en todo el universo y en todos los siglos, se ve, después de setecientos años de un reinado establecido (sin contar lo que la grandeza de tan remoto origen hace encontrar o imaginar a los curiosos observadores de las antigüedades), única, repito, que se ve, después de tantos siglos, con toda su fuerza y apogeo, y constantemente en posesión del reino más ilustre que hubo jamás bajo el sol, y delante de Dios y delante de los hombres: delante de Dios, por la puerza inalterable en la fe; delante de los hombres, gozando de tan alta dignidad que pudo perder el imperio sin perder su gloria ni su rango.

La reina ha participado de esta grandeza no solamente por la rica y altiva casa de Borgoña, sino que también por su madre Isabel de Francia, digna hija de Enrique el Grande y, por confesión de España, la mejor reina y la más llorada que vio jamás sobre el trono...

¡Con cuánto cuidado y cariño la educó su padre Felipe IV! Considerábasela en España no como una infanta, sino como un infante; porque así llaman allí a la princesa reconocida de tantos reinos. Con esta mira acercósele todo lo que tenía España de más virtuoso y hábil. Viose, por decirlo así, desde su infancia completamente rodeada de virtudes; y observábanse despuntar en esta joven princesa más cualidades bellas que coronas esperaba. Felipe la educó así para sus Estados; Dios, que nos ama, la destinó a Luis...

Ésta era *la mujer prudente propiamente dada por el Señor*, como dice el Sabio. ¿Cómo *dada propiamente por el Señor*, cuando el Señor lo da todo? ¿Qué perfección maravillosa es esa que merezca ser atribuida por modo tan particular a la bondad divina? Para comprenderlo basta considerar lo que puede en las familias la prudencia moderada de una mujer virtuosa para sostenerlas, para hacer florecer en ellas con la piedad la verdadera sabiduría, y para calmar las pasiones violentas que enérgica resistencia no haría más que acibarar»,

Jacobo Benigno BOSSUET, *Oraciones fúnebres*. Madrid. Espasa-Calpe, S.A., 1968 (3.ª ed.), págs. 83-86.

(ECM)

4.2. *Vico reflexiona sobre el pasado y observa la evolución de la sociedad en forma cíclica, de manera que un período da origen al siguiente al mismo tiempo que abandona parte de los elementos del anterior y crea el venidero. En su método destaca el estudio de los lenguajes, las costumbres y las leyes no menos que los gobiernos y sus formas*

1. «Convenientemente a estas tres clases de naturaleza y gobiernos, se hablaron tres especies de lenguas que componen el vocabulario de esta *Ciencia*: la primera, en el tiempo de las familias, cuando los hombres gentiles se hicieron de pronto humanos, la cual se demuestra que fue una lengua muda mediante signos o cuerpos que tenían una relación natural con las ideas que querían significar; la segunda se habló mediante enseñas heroicas, o sea, por semejanzas, comparaciones, imágenes, metáforas y descripciones naturales que constituyen el grueso de la lengua heroica, la cual se halla que fue hablada en el tiempo en que reinaron los héroes; la tercera fue la lengua humana por voces convenidas por los pueblos, de la cual éstos son señores absolutos, propia de las repúblicas populares y de los Estados monárquicos, porque los pueblos dan el sentido a las leyes, a las que deben atenerse junto con la plebe también los nobles. Por lo que en todas las naciones, al ser puestas las leyes en lenguas vulgares, la ciencia de las leyes escapó de las manos de los nobles, quienes, anteriormente, como algo sagrado, conservaban una lengua secreta y que, por ello, en todas partes fueron sacerdotes; ésta es la razón natural del secreto de las leyes entre los patricios romanos, hasta que surgió la libertad popular.

Éstas son, entonces, las tres lenguas que los egipcios dijeron que se habían hablado desde el principio en su mundo, correspondientes, tanto en el número como en el orden, a las tres edades que habían transcurrido en el mundo antes de ellos: la jeroglífica, o bien sagrada o secreta, por actos mudos, correspondiente a las religiones, a las cuales importa más el observarlas que comentarlas; la simbólica, o por semejanzas, como hemos visto que fue la heroica; y, finalmente, la epistolar, o sea, vulgar, que les servía para los usos cotidianos de su vida. Estas tres lenguas se encontraban entre los caldeos, escitas, egipcios, germanos y todas las demás naciones gentiles antiguas, aunque la escritura jeroglífica se conservó más entre los egipcios, porque estuvieron cerrados mucho más tiempo que las demás a todas las naciones extranjeras (por la misma razón consideramos que perdura aún entre los chinos) y, por tanto, se demuestra la vanidad de su imaginada lejanísima antigüedad». (págs. 65-66)

2. «Los hombres primero sienten lo necesario, después buscan lo útil, en seguida advierten lo cómodo, más adelante se deleitan de placer, luego se entregan al lujo y, finalmente, enloquecen al dilapidar los bienes.

La naturaleza de los pueblos primero es ruda, después severa, luego benigna, más tarde delicada, finalmente disoluta.

En el género humano primero surgen hombres crueles y groseros, como los Polifemos; después magnánimos y orgullosos, como los Aquiles; luego valerosos y justos, como los Arístides y los Escipiones Africanos; más cercanos a nosotros, aparecen otros con grandes imágenes de virtud que se acompañan con grandes vicios, que despiertan entre el vulgo un estrépito de verdadera gloria, como los Alejandros y los César; más tarde aún, los tristes reflexivos, como los Tiberios; finalmente, los furiosos disolutos y descarados, como los Calígulas, los Nerones, los Domicianos.» (pág. 138)

3. «Pero los hombres, debido a su naturaleza corrupta, están tiranizados por el amor propio, por el que casi no siguen más que la propia utilidad; por lo que ellos, queriendo todo lo útil para sí y nada para el compañero, no pueden poner en acción las pasiones para enderezarlas con justicia. De aquí establecemos: que el hombre en el estado bestial ama sólo su salvación; cuando toma mujer y engendra hijos, ama su salvación con la de las familias; llegado a la vida civil, ama su salvación con la de las ciudades; extendidos los imperios sobre los demás pueblos, ama su salvación con la salvación de las naciones; unidas las naciones en guerras, paces, alianzas, comercios, ama su salvación con la de todo el género humano: en todas estas circunstancias el hombre ama principalmente la propia utilidad. Por tanto, por ninguna otra cosa que no sea la providencia divina debe haber sido mantenido dentro de tales órdenes para practicar con justicia las sociedades familiar, civil y finalmente humana; órdenes en los que el hombre, no pudiendo conseguir lo que desea, al menos desea conseguir lo que necesita para su utilidad, que es lo que se llama «justo». De ahí que lo que regula todo lo justo de los hombres

mantenerse de medios tan violentos como los del Gobierno turco. Prueba de ello son los inquisidores de Estado y el cepillo donde cualquier delator puede, en todo momento, depositar su acusación en una esquela...»

MONTESQUIEU, *Del Espíritu de las Leyes*. Libro XI, capítulo VI. Introducción: Enrique Tierno Galván. Traducción: Mercedes Blázquez y Pedro de Vega. Madrid. Tecnos, 1987, págs. 107-108.

(ECM)

4.4. Voltaire señala la existencia de «cuatro edades felices» en la historia de la humanidad.

«No me propongo escribir tan sólo la vida de Luis XIV; mi propósito reconoce un objetivo más amplio. No trato de pintar para la posteridad las acciones de un solo hombre, sino el espíritu de los hombres en el siglo más ilustrado que haya habido jamás.

Todos los tiempos han producido héroes y políticos, todos los pueblos han conocido revoluciones, todas las historias son casi iguales para quien busca solamente almacenar hechos en su memoria; pero para todo aquél que piense y, lo que todavía es más raro, para quien tenga gusto, sólo cuentan cuatro siglos en la historia del mundo. Esas cuatro edades felices son aquellas en que las artes se perfeccionaron, y que, sirven de ejemplo a la posteridad.

El primero de esos siglos, al que la verdadera gloria está ligada, es el de Filipo y de Alejandro, o el de los Pericles, los Demóstenes, los Aristóteles, los Platón, los Apeles, los Fidias, los Praxiteles; y ese honor no rebasó los límites de Grecia; el resto de la tierra entonces conocida era bárbara.

La segunda edad es la de César y de Augusto, llamada también la de Lucrecio, Cicerón, Tito Livio, Virgilio, Horacio, Ovidio, Varrón y Vitruvio.

La tercera es la que siguió a la toma de Constantinopla por Mahomet II. El lector recordará cómo por aquel entonces, en Italia, una familia de simples ciudadanos hizo lo que debían emprender los reyes de Europa. Los Médicis llamaron a Florencia a los sabios expulsados de Grecia por los turcos; eran tiempos gloriosos para Italia. Las bellas artes habían cobrado ya nueva vida; los italianos las honraron dándoles el nombre de virtud, como los primeros griegos las habían caracterizado con el nombre de sabiduría. Todo iba a la perfección.

Las artes, trasplantadas de nuevo de Grecia a Italia, encontraron un terreno favorable en el que fructificaron rápidamente. Francia, Inglaterra, Alemania, España, quisieron a su vez poseer esos frutos: pero o no llegaron a creer en esos climas, o degeneraron demasiado pronto.

Francisco I estimuló a los sabios, que fueron meros sabios; tuvo arquitectos, pero no tuvo un Miguel Ángel o un Palladio; en vano quiso fundar escuelas

de pintura: los pintores italianos que llamó no hicieron alumnos franceses. Nuestra poesía se reducía a unos cuantos epigramas y algunos cuentos libres. Rabelais era nuestro único libro de prosa a la moda en tiempos de Enrique II.

En una palabra, sólo los italianos lo tenían todo, si se exceptúan la música, que todavía no había llegado a su perfección, y la filosofía experimental, desconocida por igual en todas partes hasta que la dio a conocer Galileo.

El cuarto siglo es el llamado de Luis XIV, y de todos ellos es quizá el que más se acerca a la perfección. Enriquecido con los descubrimientos de los otros tres, ha hecho más, en ciertos géneros, que todos ellos juntos. Es cierto que las artes no sobrepasaron el nivel alcanzado en tiempos de los Médicis, los Augusto y los Alejandro; pero la razón humana, en general, fue perfeccionada. La sana filosofía no se conoció antes de ese tiempo, y puede decirse que partiendo de los últimos años del cardenal de Richelieu hasta llegar a los que siguieron a la muerte de Luis XIV, se efectuó en nuestras artes, en nuestros espíritus, en nuestras costumbres, así como en nuestro gobierno, una revolución general que será testimonio eterno de la verdadera gloria de nuestra patria. Esta feliz influencia ni siquiera se detuvo en Francia; se extendió a Inglaterra, provocó la emulación de que estaba necesitada entonces esa nación espiritual y audaz; llevó el gusto a Alemania, las ciencias a Rusia; llegó incluso a reanimar a Italia que languidecía, y Europa le debe su cortesía y el espíritu de sociedad a la corte de Luis XIV...».

VOLTAIRE, *El Siglo de Luis XIV*, Capítulo 1, Introducción. México. Fondo de Cultura Económica, 1996, págs. 7-8.

(ECM)

5. La historiografía del siglo XIX

5.1. Mommsen se refiere al carácter de la civilización Itálica.

«*Carácter moderno de la civilización Itálica.*–No es solamente a quien incumbe a la historia el retratar la vida de los pueblos en sus infinitas complicaciones. Limítase su tarea a presentar en conjunto el cuadro de su desarrollo. El movimiento y la actividad de los individuos, el pensamiento y la imaginación de cada uno, por marcados que estén en el genio popular, no son, propiamente hablando, de su dominio, y conviene por tanto hacer un bosquejo de estos fenómenos individuales, indicando o representando, por lo menos, sus efectos generales, sobre todo cuando se trata de tiempos ante-históricos o perdidos en la noche de los tiempos primitivos. Sólo así es posible llenar el abismo que separa nuestras ideas y sentimientos modernos de aquellas antiguas civilizaciones, y de poder entenderlos hasta cierto punto. Las tradiciones que hasta nosotros han llegado con sus desfigurados nombres de pueblos y con sus leyendas confusas, se parecen a esas hojas secas, de las que

nos cuesta trabajo afirmar que han estado algún día verdes. No perdamos, pues, el tiempo en escuchar el viento del ruido que las arrastra, y de las interminables discusiones mediante las que se intenta clasificar por su orden estas como muestras o fragmentos de la humanidad; los *Chonos*, los *Enotrios*, los *Sículos* y los *Pelasgos*. Preguntemos más bien cuáles fueron las instituciones prácticas de los Italianos en materia de derecho, qué ideal se manifiesta en su religión, cuál fue su economía doméstica y agrícola, de dónde procede su escritura, y cuáles han sido, en fin, los diversos elementos de su civilización. Nuestros conocimientos son escasos en todo lo perteneciente a los Romanos, y más aún en lo que pertenece a los pueblos Sabélicos o Etruscos: pero, por defectuoso e incompleto que el cuadro sea, ofrecerá cuando menos al lector, en lugar de nombres vanos, datos y conjeturas instructivas. Nuestra primera conclusión, para decirlo de una vez, es que los Italianos, y los Romanos en particular, habían guardado la tradición y los recuerdos de los primitivos tiempos infinitamente menos que los demás pueblos de procedencia indogermánica. El arco y la flecha, el carro de combate, la no-aptitud de las mujeres para la propiedad, la compra de la esposa, las formas primitivas de la sepultura, los sacrificios humanos, la venganza de la sangre, la lucha de las familias contra el poder central de la ciudad, los símbolos vivos exigidos a la naturaleza, todas estas invenciones, todos estos hechos y otros muchos, han tenido lugar en las primeras etapas de la civilización itálica. Pero en el momento que aparece la luz de la historia, desvanécese todo esto y sólo por el estudio comparado de las razas es como llegamos a la confirmación del anterior estado de cosas. Bajo esta relación, comienza la historia itálica en una fecha muy reciente en el movimiento de la civilización general: los Griegos y los Germanos son sus antepasados; lleva en sí desde su comienzo el sello de una cultura relativamente moderna.

Han desaparecido por completo las reglas del derecho primitivo de la mayor parte de las razas itálicas, y sólo merced a la tradición romana, sabemos algo del derecho latino».

Theodor MOMMSEN, *Historia de Roma*.Vol. I. *Desde la fundación de Roma hasta la caída de los reyes*. Traducción de A. García Moreno. Madrid. Turner, 1983, págs. 221-223.

(ECM)

5.2. Ranke describe la administración pontificia bajo Sixto V

«Los mismo que los abusos que combatía el Papa reconocían otro origen además de la falta de vigilancia, también el éxito que obtuvo se debió a la entrada en vigor de otras medidas.

A veces se considera a Sixto V como el único fundador del orden en el Estado pontificio, se le atribuyen instituciones muy anteriores a él y se le designa como financiero consumado, como estadista libre de prejuicios y

como restaurador de las antigüedades. Era de esas naturalezas que hacen impresión en la memoria de los hombres y en cuyo nombre prenden fácilmente relatos fabulosos y magníficos.

Pero si bien no fue ésta la entera verdad, siempre queda la de que su administración se reveló como admirable.

En cierto aspecto con un sentido contrario a la gregoriana.

Gregorio fue en sus medidas generales riguroso, efectivo y unilateral, pero pasó por alto los casos particulares de desobediencia. Por lo mismo que, por un lado, lesionó intereses que se levantaran contra él, y, por otro, dejó que prevaleciera una lenidad sin igual, dio ocasión al desorden incontenible que se les vino encima. Sixto V, por el contrario, era implacable en los casos particulares y mantuvo el cumplimiento de sus leyes con un rigor que bordeaba los límites de la crueldad. En cambio, en lo que se refiere a las medidas generales le encontramos suave y conciliador. Bajo Gregorio la obediencia no aprovechaba y la resistencia no perjudicaba. Con Sixto V había que temerlo todo en caso de resistencia, y todo se podía esperar también si se estaba en buenos términos con él. Nada podía favorecer mejor sus intenciones. Desde un principio acabó con el descontento que su antecesor, por causa de sus pretensiones eclesiásticas, había provocado en los Estados vecinos. Declaró que un Papa debe conservar y aumentar los privilegios que corresponden a los príncipes. Devolvió a los milaneses, por ejemplo, el puesto en la Rota que les había arrebatado Gregorio XIII. Se mostró muy contento cuando los venecianos le presentaron el proyecto de un breve que resolvía a favor de ellos las pretensiones en el asunto de Aquileya. Estaba decidido a revocar aquella cláusula molesta de la bula *In coena domini*. Disolvió la congregación sobre jurisdicción eclesiástica, de donde procedía la mayoría de las disputas. Cierto que esta medida encierra algo muy particular, puesto que una de las partes hace caducar derechos que están en disputa. El rey de España mandó al Papa un escrito de propia mano comunicándole que había ordenado a sus ministros en Milán y en Nápoles obedecer las prescripciones del Papa no menos que las suyas propias. Sixto V se conmovió hasta las lágrimas por el hecho de que el mayor monarca del mundo le honrara de esta manera a él, un pobre fraile. Toscana se mostró sumisa y Venecia satisfecha. Estos vecinos tenían ahora una política muy distinta. De todas partes se le enviaban bandidos que se habían refugiado pasando las fronteras. Venecia impidió a los bandidos el regreso al Estado de la Iglesia, y a sus barcos que recogieran fugitivos al tocar en las costas de aquel Estado. El Papa estaba encantado. Decía que no lo olvidaría y que estaba dispuesto a dar su cabeza y su sangre por ella. Así pudo acabar con los bandidos porque en ninguna parte recibían acogida ni ayuda.

No cumplió tampoco con las rigurosas disposiciones de Gregorio en favor de la Cámara. Después de haber castigado a los feudatarios culpables trató de ganarse al resto. Unió a las dos grandes familias, Colonna y Orsini, mediante matrimonios entre sí y con los de su propia casa. Gregorio había arrebatado

castillos a los Colonna; Sixto puso orden en su hacienda y hasta les hizo adelantos. Casó a dos sobrinas nietas con el condestable M.A. Colonna y con el duque Virginio Orsini, respectivamente. Les cedió una dote igual e iguales favores, y arregló su disputa de precedencia reconociendo siempre al más anciano de los presentes el primer lugar. Hacía una gran figura donna Camilla, la hermana del Papa, en medio de su familia, con tan nobles yernos y nietos casadas...

Fomentó la agricultura. Emprendió la desecación de la *Chiana* de Orvieto y de los pantanos pontinos. Estos últimos los visitó en persona: el *Fiume Sixto*, lo mejor que se ha hecho hasta el tiempo de Pío VI, fue idea suya.

También se ocupó de la industria. Un tal Pedro de Valencia, ciudadano de Roma, había decidido montar unas fábricas de seda. Es característico de este Papa que acudiera en ayuda del industrial con una ordenanza detallada. Ordenó plantar moreras en todo el estado, en todos los valles y colinas, allí donde no se dieran cereales, y señaló cinco moreras por cada *rubbio de tierra* y amenazaba a los municipios con sanciones pecuniarias importantes en caso de negligencia. También trató de fomentar la industria de la lana 'para que los pobres —decía— puedan ganar algo'; al primer empresario le auxilió con una suma de la Cámara a cambio de la entrega de una determinada cantidad de paño.

Seríamos injustos con los antecesores de Sixto V si atribuyéramos exclusivamente a éste miras de tal índole. También Pío V y Gregorio XIII favorecieron la agricultura y la industria y lo que caracteriza a Sixto no es el haber andado un camino completamente nuevo, sino el haber procedido por él con mayor rapidez y decisión. Por eso quedó su memoria en el recuerdo de los hombres...

Levantó el prestigio del cardenalato. Tenían que ser hombres excelentes, de costumbres intachables, de palabra segura, norma para la vida y el pensamiento de los demás, sal de la tierra, luz en candelero. Pero no se crea, por esto, que procedió siempre en los nombramientos de manera concienzuda. A favor de Gallo, al que hizo cardenal, no supo decir otra cosa sino que era su servidor, a quien quería por muchos motivos y que, una vez en un viaje, le recibió muy bien. Pero también impuso una regla que, si bien después no se ha observado siempre, por lo menos se ha pensado en ella. Fijó el número de cardenales en setenta: 'Lo mismo que Moisés escogió setenta ancianos del pueblo para tener consejo con ellos'.

También se ha atribuido a menudo a este Papa el haber acabado con el nepotismo. Pero las cosas, vistas de cerca, tienen otro aspecto. Ya con Pío IV, Pío V y Gregorio XIII fueron de poca monta los favoritismos con los sobrinos. En este sentido, si alguien merece una alabanza especial es Pío V, quien condenó expresamente las enajenaciones de tierras de la Iglesia. Como decimos, el tipo antiguo de nepotismo había acabado mucho antes de Sixto V. Con los Papas del siglo siguiente se constituye de nuevo, pero en otra forma...»

Leopold von RANKE, *Historia de los Papas en la época moderna*. México. Fondo de Cultura Económica, 1981, págs. 208-212.

(ECM)

5.3. Marx se refiere al salario *como principio fundamental en las relaciones entre capitalistas y obreros*

«El salario está determinado por la lucha abierta entre capitalista y obrero. Necesariamente triunfa el capitalista. El capitalista puede vivir más tiempo sin el obrero que éste sin el capitalista. La unión entre los capitalistas es habitual y eficaz; la de los obreros está prohibida y tiene funestas consecuencias para ellos. Además el terrateniente y el capitalista pueden agregar a sus rentas beneficios industriales, el obrero no puede agregar a su ingreso industrial ni rentas de las tierras ni intereses del capital. Por eso es tan grande la competencia entre los obreros. Luego sólo para el obrero es la separación entre capital, tierra y trabajo una separación necesaria y nociva. El capital y la tierra no necesitan permanecer en esa abstracción, pero sí el trabajo del obrero.

Para el obrero es, pues, mortal la separación de capital, renta de la tierra y trabajo.

El nivel mínimo del salario, y el único necesario, es lo requerido para mantener al obrero durante el trabajo y para que él pueda alimentar una familia y no se extinga la raza de los obreros. El salario habitual es, según Smith, el mínimo compatible con la *simple humanité*, es decir, con una existencia animal.

La demanda de hombres regula necesariamente la producción de hombres, como ocurre con cualquier otra mercancía. Si la oferta es mucho mayor que la demanda, una parte de los obreros se hunde en la mendicidad o muere por inanición. La existencia del obrero está reducida, pues, a la condición de existencia de cualquier otra mercancía. El obrero se ha convertido en una mercancía y para él es una suerte poder llegar hasta el comprador. La demanda de la que depende la vida del obrero, depende a su vez del humor de los ricos y capitalistas. Si la oferta supera a la demanda, entonces una de las partes constitutivas del precio, beneficio, renta de la tierra o salario, es pagada por debajo del *precio*; una parte de estas prestaciones se sustrae, pues, a este empleo y el precio del mercado gravita hacia el precio natural como su centro. Pero, 1) cuando existe una gran división del trabajo le es sumamente difícil al obrero dar al suyo otra dirección; 2) el perjuicio le afecta a él en primer lugar a causa de su relación de subordinación respecto del capitalista.

Con la gravitación del precio de mercado hacia el precio natural es así el obrero el que más pierde y el que necesariamente pierde. Y justamente la capacidad del capitalista para dar a su capital otra dirección es la que, o priva del

pan al obrero, limitado a una rama determinada de trabajo, o le obliga a someterse a todas las exigencias de ese capitalista».

Karl MARX, *Manuscritos: economía y filosofía.* Primer Manuscrito, I. Traducción, introducción y notas de Francisco Rubio Llorente. Madrid. Alianza Editorial, 1993 (13.ª ed.), págs. 51-52.

(ECM)

II. TENDENCIAS HISTORIOGRÁFICAS EN EL SIGLO XX

1. Arqueología y Prehistoria

1.1. Crítica al Positivismo

1. «La visión dominante de la Prehistoria española no deja de tener sus virtudes. Hay un cierto sentido de comunidad con el pasado en los relatos que ligan Altamira o la Dama de Elche con Velázquez o Goya. Incluso el historicismo sin base en la realidad destaca la fuerza del pasado que influye sobre el futuro y esto puede ser mejor que ningún historicismo en absoluto. Al mismo tiempo, la idea de un carácter nacional perdura a través de los tiempos, condenado a repetir sus errores y sus triunfos en un ciclo sin fin, implica un determinismo un tanto deprimente y de escasa garantía. Es posible que este enfoque idealista en la interpretación de los restos arqueológicos esté particularmente enraizado en España debido a las vicisitudes de su historia reciente, pero perspectivas similares han dominado la investigación de la Prehistoria en la mayor parte de los países europeos. Como señala Bruce Trigger, con parte de una Prehistoria nacionalista que busca ligar a los pueblos modernos a través de un tejido continuo de tradiciones con sus pasados remotos. Gordon Childe fue universalmente aceptado como principal prehistoriador europeo no por el evolucionismo materialista que abrazó, sino por sus intentos de trazar la unicidad de la civilización europea hasta sus raíces prehistóricas. Los elementos materialistas del pensamiento de Childe no tuvieron amplia influencia sino como resultado del desarrollo de una arqueología que rechazaba todo tipo de historicismo. Quizás, por ello, inevitablemente, la «nueva arqueología» se ha desarrollado en Estados Unidos».

A. GILMAN, «Enfoques teóricos de la Arqueología en la Arqueología de los 80», en *La Arqueología hoy. Revista de Occidente*, 81 (Madrid, febrero de 1988), pág. 49.

(MMF)

2. «... un auténtico descubrimiento no se limita a añadir un dato más sino a incorporar un nuevo concepto, una cosmovisión iluminada por la inquietud que aportan los hechos a la luz de las buenas teorías. Y esto es

posible porque la investigación científica no sólo se orienta hacia el contexto del descubrimiento (como en el procedimiento de excavar) sino que, además, debe estarlo hacia el contexto de la explicación. Tanto si ésta es coincidente con la teoría al uso como si la contradice. Si aumenta la contradicción deviene la crisis y se abre un nuevo camino hacia nuevas teorías. Se asiste a la conformación nuclear de lo que será el nuevo paradigma».

C. MARTÍN DE GUZMÁN, «Arqueología y paradigma: tendencias y resistencia», en *La Arqueología hoy. Revista de Occidente*, 81 (Madrid, febrero de 1988), pág. 29.

(MMF)

1.2. Evolucionismo

«La experiencia del género humano ha transcurrido en condiciones casi uniformes; en condiciones casi semejantes, las necesidades humanas han sido sustancialmente las mismas; las mismas operaciones del principio mental han sido uniformes por serlo el cerebro de todas las razas del género humano. Tenemos perpetuado, por reproducción, el mismo cerebro que funcionó en los cráneos de bárbaros y salvajes en edades pretéritas... Todas las principales instituciones del género humano han ido evolucionando a partir de unos pocos gérmenes de pensamientos concebidos en edades primitivas... la evolución de estos gérmenes fue guiada por una ley natural que constituía un atributo esencial del mismo cerebro; sus resultados son uniformes, coherentes y se pueden rastrear en todas sus direcciones».

L. H. MORGAN, *Ancient Society*. World Publishing. Nueva York, 1877.

(MMF)

1.3. Marxismo

1. «Nada sabemos hasta ahora acerca de cuánto y cómo pasaron los rebaños de propiedad común de la tribu o de la gens a ser patrimonio de los distintos cabezas de familia; pero, en lo esencial, ello debió de acontecer en este estadio (*barbarie*). Y con la aparición de los rebaños y las demás riquezas nuevas se produjo una revolución en la familia. La industria había sido siempre asunto del hombre; los medios necesarios para ella eran producidos por él y propiedad suya. Los rebaños constituían la nueva industria. Su domesticación al principio y su cuidado después, eran obra del hombre. Por eso el ganado le pertenecía, así como las mercancías y los esclavos que obtenía a cambio de él. Todo el excedente que dejaba la producción pertenecía ahora al hombre; la mujer participaba en su consumo, pero no tenía ninguna participación en su propiedad. El «salvaje» guerrero y cazador se había conformado en ocupar en la casa el segundo lugar, después de la mujer; el pastor «más dulce», engreído de sus riquezas, se puso en el primer lugar y

relegó al segundo a la mujer. Y ella no podía quejarse. La división del trabajo en la familia había sido la base para distribuir la propiedad entre el hombre y la mujer... La misma causa que había asegurado a la mujer su anterior supremacía en la casa — su ocupación en las labores domésticas— aseguraba ahora la preponderancia del hombre en el hogar: el trabajo doméstico de la mujer perdía ahora su importancia comparado con el trabajo productivo del hombre; este trabajo lo era todo; aquél, un accesorio insignificante. Esto demuestra ya que la emancipación de la mujer y su igualdad con el hombre son y seguirán siendo imposibles mientras permanezca excluida del trabajo productivo social y confinada dentro del trabajo doméstico, que es un trabajo privado.»

F. ENGELS, 1884: *El Origen de la familia, de la propiedad privada y el estado.* Madrid. Edit. Endymion, 1988, pág. 164.

(MMF)

2. «Si el objetivo de las ciencias, tanto sociales como naturales, es el conocimiento racional de las regularidades que rigen la realidad a partir de sus manifestaciones accesibles a la experiencia sensible y si una especificidad del oficio arqueológico se debe a la clase de datos empíricos que utilizan para tal efecto, entonces es más propio decir que la particularidad de la arqueología a este respecto consiste en que procura:

1) Conocer *procesos sociales* a través de sus efectos en la transformación material de la naturaleza.

2) Inferir las diversas *relaciones sociales* en que se integran las actividades humanas, a partir de los componentes materiales que, por lo general, se encuentran desvinculados de las mismas.

3) Inferir el sistema de contenidos fundamentales generales de las *formaciones socioeconómicas*, a través de sus formas culturales, como condición para la explicación de los desarrollos concretos».

Luis Felipe BATE, *El proceso de investigación en arqueología.* Barcelona. Crítica, 1988, pág. 44.

(MMF)

1.4. Teoría de Alcance Medio

«Mi meta ha sido estudiar la relación existente entre lo estático y lo dinámico en un escenario moderno. Si lo llegáramos a comprender hasta el detalle equivaldría a una nueva Piedra de Rosetta de la Arqueología; una manera adecuada de «traducir» lo estático, útiles de piedra que encontramos en un yacimiento arqueológico, en la vibrante vida del grupo de gente que los abandonó».

Lewis BINFORD, *In Pursuit of the Past: Decoding the Archaeological Record.* Londres. Thames and Hudson, 1983, pág. 24.

(MMF)

1.5. Arqueología contextual

1. «Todo objeto existe al mismo tiempo en muchas dimensiones significativas, y por ello, allí donde hay datos, es posible seguir exhaustivamente y hasta el final toda una densa red de asociaciones y contrastes hasta construir una interpretación del significado. La totalidad de las dimensiones relevantes de variación de cualquier objeto puede identificarse como el contexto de ese objeto.

El contexto relevante para un objeto x al que queremos dar un significado (de cualquier tipo) son todos aquellos aspectos de los datos que tienen relación con x, y que obedecen a una pauta significativa según la descripción anterior. Una definición más precisa del contexto de una característica arqueológica es *la totalidad del medio relevante*, en la que «relevante» se refiere a una relación significativa con el objeto, esto es, una relación necesaria para discernir el significado del objeto. También hemos visto que el contexto dependerá del tipo de preguntas que se hagan».

I. HODDER, *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales.* Barcelona. Crítica, 1988, pág. 167.

2. «La experiencia europea demuestra que podemos aceptar sin problemas que el pasado y la arqueología están socialmente determinados y al mismo tiempo que no hay que renunciar a mantener un compromiso riguroso con el método científico... Como arqueólogos, no hace falta dejarse llevar por el pesimismo de pensar que la única alternativa a la arqueología procesual positivista es el relativismo y el caos. Las tradiciones europeas demuestran que existe una gama de posibilidades satisfactorias entre los dos extremos.»

I. HODDER, *Archaeological Theory in Europe: The Last Thirty Years.* Oxford. Blackwell Publishers, 1991, pág. 21.

3. «... aunque los arqueólogos puedan leer los textos de la cultura material de forma parecida a como se leen los documentos escritos, existen diferencias distintivas entre la cultura material y la lengua hablada o escrita, diferencias que necesitan una investigación más detallada. La cultura material aparece, muchas veces, como un lenguaje más simple, aunque más ambiguo y, comparado con el habla, suele parecer más fijo y duradero. Además, la mayoría de palabras son significantes arbitrarios de los conceptos... Pero una palabra de la cultura material, al igual que una fotografía o una escultura de un ser humano, no es una representación arbitraria de lo significado: así, al revés que la mayoría de las palabras, muchos signos de la cultura material son icónicos. Éstas y otras diferencias implican que los arque-

ólogos tienen que elaborar su propia teoría y método para leer sus propios datos.

I. HODDER, *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Barcelona. Crítica, 1988, pág. 209.

4. «El contexto relevante para un objeto x al que queremos dar un significado (de cualquier tipo) son todos aquellos aspectos de los datos que tienen relación con x, y que obedecen a una pauta significativa según la descripción anterior. Una definición más precisa del contexto de una característica arqueológica es *la totalidad del medio relevante*, en la que «relevante» se refiere a una relación significativa con el objeto, esto es, una relación necesaria para discernir el significado del objeto. También hemos visto que el contexto dependerá del tipo de preguntas que se hagan».

I. HODDER, *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Barcelona. Crítica, 1988, pág. 167.

(MMF)

1.6. Arqueología del género

«El tercer punto es el deseo de explorar la construcción del género en el pasado a partir de la información contenida en el registro arqueológico. Si pensamos que es legítimo estudiar la estratificación social o las relaciones comerciales de sociedades que han desaparecido, ¿por qué no estudiar también los roles en función del género?

Se dice que tales roles varían de una cultura a otra. Los estudiosos establecen una distinción teorética entre *sexo* y *género*. El sexo es biológico, se dice, y nuestra biología no varía (...). En cambio, hay una diferencia entre nacer biológicamente hombre o mujer y la experiencia de ser mujer u hombre en una sociedad dada. Puede argumentarse que la forma de comportarse como hombre o como mujer no pasa por el rasero de lo que hay que considerar como «normal» o «natural». Por ejemplo, en la Edad Media era normal que los caballeros lloraran o desfallecieran; en cambio, en el siglo XIX eran las mujeres las que lloraban o desfallecían, mientras que los hombres mantenían el rostro impasible. En algunas culturas, las mujeres son sexualmente dominantes, mientras que los hombres se muestran pasivos.

El género, pues, es una construcción social, aún aceptando el argumento de que el género generalmente es atribuido en función de la biología. El género varía de una cultura a otra. El debate se centra hoy día en determinar en qué medida varía y hasta qué punto varía, así como en determinar hasta dónde llegan los vínculos entre género y sexo».

Matthew JONSON, *Teoría arqueológica. Una introducción*. Barcelona. Ariel, 2000, págs. 158-159.

(MMF)

2. Diversas concepciones historiográficas del *feudalismo*

2.1. *Orígenes del* «régimen feudal», *según Claudio Sánchez Albornoz (tesis institucionalista)*

«En la sociedad que surgió allende el Pirineo durante los siglos VIII y IX se fundieron, primero de hecho y luego de derecho, las dos instituciones prefeudales: el vasallaje y el beneficio. El vasallaje y el beneficio llegaron después a hacerse hereditarios. La relación vasallático-beneficial, en sus orígenes vínculo de tipo personal, perdió a la postre su condición originaria y se convirtió en una vinculación de tipo real, basada esencialmente en la posesión del feudo; en la posesión de los bienes raíces que siglos antes habían constituido la mera recompensa del servicio de armas y de corte que el vasallo prestaba al señor. Y como los soberanos carolingios, a los fines antes señalados —para asegurar su autoridad dentro y fuera del reino—, movieron a duques, marqueses, condes y simples magnates, y también a obispos y abades, a convertirse en sus vasallos y a multiplicar el número de los suyos, el régimen vasallático-beneficial, que ya podríamos llamar feudal, acabó constituyendo el gran armazón orgánico de la sociedad y del Estado.

No tenemos noticia de que los reinos cristianos españoles heredaran también del visigodo un régimen señorial parejo del que conoció la Francia merovingia. Es seguro que en la España gótica no se produjo la descomposición política que llevó allende el Pirineo a la autonomía y a la heredabilidad de ducados y condados, pero no es probable que fueran desconocidos en ella los procesos germinales del señorío medieval: las concesiones de inmunidades fiscales y el alborear de la justicia privada de los *potentes* en sus dominios; procesos que se habían iniciado en el tardío Imperio Romano».

Claudio SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *España, un enigma histórico*. Barcelona. Edhasa, 2000, tomo II, págs. 771-772.

(ECM)

2.2. *El feudalismo, según François Louis Ganshof (tesis institucionalista)*

«Se puede concebir el feudalismo como un tipo de sociedad cuyos caracteres determinantes son: un desarrollo elevado a grandes extremos de los lazos de dependencia de hombre a hombre, con una clase de guerreros especializados que ocupan los peldaños superiores de dicha jerarquía; una fragmentación extremada del derecho de propiedad; una jerarquía de los derechos sobre la tierra nacidos de dicha fragmentación, jerarquía que corresponde a la misma jerarquía en los lazos de dependencia personal que acabamos de mencionar; una fragmentación del poder público que crea en cada país una jerarquía de instituciones autónomas que ejercen en interés propio los poderes atribuidos

normalmente al estado y a menudo la misma fuerza efectiva de éste en una época anterior.

Este tipo de sociedad, que a veces se llama también *el régimen feudal*, es el que conoció la Europa occidental en los siglos X, XI y XII. Es propio de los estados nacidos como consecuencia de las particiones del Imperio carolingio —Francia, Alemania, el reino de Borgoña-Provenza, la Italia de la época— y también de los países que sufrieron la influencia de dichos estados, como Inglaterra, ciertos reinos cristianos de España y los estados latinos del Próximo Oriente. Sin embargo, en otros lugares y épocas han existido otros tipos de sociedad que presentan analogías con el feudalismo de la Edad Media occidental; se ha hablado de feudalismo en el antiguo Egipto, en las Indias, en el Imperio bizantino, en el mundo árabe, en el Imperio turco, en Rusia, en el Japón y en otros muchos lugares: sacando a veces conclusiones prematuras tras un examen poco riguroso de las fuentes; pero también en algunos casos —el más notable es el del Japón— con pleno derecho».

François Louis GANSHOF, *El Feudalismo*. Barcelona. Ariel, 1979, págs. 15-16.

(ECM)

2.3. Articulación de la sociedad feudal, según Maurice Dobb (tesis marxista)

«Para evitar una prolijidad impertinente debe bastar con que postulemos, sin más despliegue de argumentación, la definición de feudalismo que proponemos adoptar en lo que sigue. Ella no destacará la relación jurídica entre vasallo y soberano ni la relación entre producción y destino del producto, sino la relación entre el productor directo (sea éste artesano de un taller o campesino que cultive la tierra) y su superior o señor inmediato y el contenido económico-social de la obligación que los liga. Acorde a la noción de capitalismo que discutimos en el capítulo anterior. Esta definición caracterizará a *feudalismo*, primariamente, como un *modo de producción*; y esto constituirá la esencia de nuestra definición. Con ello, será virtualmente idéntica a lo que generalmente entendemos por servidumbre: una obligación impuesta al productor por la fuerza, e independientemente de su voluntad, de cumplir ciertas exigencias económicas de un señor, ya cobren éstas la forma de servicios a prestar o de obligaciones a pagar en dinero o en especie, de trabajo o de lo que Neilson denominó *obsequios a la despensa del señor*. Esta fuerza coercitiva puede ser el poder militar del superior feudal, la costumbre respaldada en algún tipo de procedimiento jurídico o la fuerza de la ley».

Maurice DOBB, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Buenos Aires. Siglo XXI, 1971, pág. 53.

(ECM)

2.4. Características generales de la sociedad feudal, según Charles Parain (tesis marxista)

«Entre las sociedades *esclavistas*, que se caracterizan no sólo por la explotación, sino incluso por la *posesión* del hombre por el hombre, y la sociedad *capitalista*, en que el hombre es libre de derecho, pero en la cual el trabajo de aquel que no tiene más que sus brazos es explotado por los que poseen los *medios* de producción, la historia ha visto desarrollarse, en numerosos territorios, tipos de sociedades que presentan variaciones más o menos importantes, pero cuyos caracteres dominantes, en lo que concierne a las relaciones de producción coinciden y son, más o menos, los siguientes:

1.° *Las relaciones sociales de producción* están forjadas esencialmente en torno a la tierra, porque reposan sobre una economía de predominio agrícola.

2.° Los trabajadores tienen derechos de *usufructo* y de *ocupación* de la tierra, pero la propiedad de la misma pertenece a una jerarquía de señores que no poseen la disposición absoluta del suelo, pero que, en cambio, cada uno de ellos tiene *derecho de recoger prestaciones*, fijadas por la costumbre, sobre el producto o sobre la heredad de sus inferiores.

3.° A esta base económica corresponde toda una red de *vínculos personales*: una parte de los trabajadores —la mayoría en las épocas de desarrollo típico— no goza de una completa libertad personal; no hay *esclavitud* (propiedad de la persona), sino *servidumbre* (vinculación del campesino con su amo *—homo proprius—*, y más tarde con su explotación *—adscribus glebae—*); pero, incluso entre los mismos señores, el sistema de propiedad está unido a un sistema de *deberes* (sobre todo militares) para con la persona superior.

Por esta razón la *superestructura* política es original. En el límite implica la desaparición del Estado soberano. La autoridad se ejerce de persona a persona. El hecho esencial, desde este punto de vista, es que la *justicia* la ejerce el *soberano* sobre sus vasallos y el *señor* sobre los campesinos. La explotación de las prestaciones económicas y el aparato jurídico-político se hallan, por tanto, muy estrechamente unidos.

Siempre que este conjunto de rasgos determine el funcionamiento de una sociedad, se tiene perfecto derecho a llamarla *sociedad feudal*».

Charles PARAIN, «Caracteres generales del feudalismo», en *El modo de producción feudal. Discusión sobre la transición al capitalismo*. Buenos Aires. Ediciones de Ambos Mundos, 1982, págs. 25-26.

(ECM)

2.5. El feudalismo como mentalidad *medieval, según Georges Duby*

«En realidad, en la historia del feudalismo permanecen abiertos a la investigación aún dos grandes dominios. En primer lugar, el estudio de las formas tardías de los lazos feudales. El origen y el desarrollo de estas relaciones han sido observados detalladamente; pero, ¿qué subsiste de ellas en los siglos XIV o XV, y aún más tarde? ¿En qué se han transformado los lazos de hombre a hombre, las relaciones territoriales entre señores y feudatarios, la jurisdicción feudal? Más preocupados por estudiar las novedades que las permanencias, los historiadores no han otorgado aún a estas cuestiones la suficiente atención. Segundo campo de investigación, casi virgen y que promete ser fecundo: las actitudes mentales. ¿Acaso la «feudalidad» no es ante todo un estado de ánimo, un complejo psicológico formado en el pequeño mundo de los guerreros que poco a poco se han transformado en nobles? En principio, conciencia de la superioridad de un estado caracterizado por la especialización militar, y que supone el respeto a ciertas consignas morales, la práctica de ciertas virtudes; idea conjunta de que las relaciones sociales se organizan en función del compañerismo en el combate; nociones de homenaje, dependencia personal que ocupan un primer plano y que sustituyen a todas las formas anteriores de vinculación política. Esta disposición mental se manifiesta a través de diversos signos: sobre todo a través de gestos rituales y también de palabras. El vocabulario es sin lugar a dudas el más rico documento de que dispone el historiador de la psicología social. Es el más rico, pero el más difícil de explotar, ya que las palabras son envolturas cuyo contenido no es el mismo en los diferentes medios sociales y en las diferentes épocas. Son éstas modificaciones de un interés capital, pero difíciles de detectar, que no se producen en sincronía con los cambios del comportamiento y de las relaciones sociales, sino con un retraso más o menos prolongado, difícilmente mensurable. El lenguaje está fijado por los hábitos que le imprimen toda su inercia, fenómeno más notorio en el caso del lenguaje escrito (el único que tiene a su disposición el historiador), vocabulario de juristas profesionales o de literatos, siempre artificial».

Georges DUBY, «¿El feudalismo, una mentalidad medieval?», en *Hombres y estructuras de la Edad Media*. Madrid. Siglo XXI, 1977, págs. 19-20 (publicación original en francés en *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*, 13, 4 (octubre-diciembre de 1958), págs. 765-771).

(ECM)

3. Marxismo británico

3.1. La obra de Thompson «eleva la experiencia humana, y con ella la conciencia y la acción, a núcleo de interpretación de los procesos históricos. Es, por tanto, una historia interpretativa más que analítica; de la acción más que de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, de los diferentes

sujetos, sus oficios, sus creencias, más que de abstractos portadores de una posición objetiva». En el caso de Jones la explicación de la conciencia de clase *no es el resultado inmediato de una experiencia de las condiciones materiales de la existencia, comunes a un grupo de hombres y mujeres, sino de esa mediación entre conciencia y condiciones materiales que es el lenguaje político.*

Santos JULIÁ DÍAZ, «La ola del posmarxismo», en *El País*, 26.XI.1989.

(ISM)

3.2. «La historia política es fundamental para entender el pasado porque representa los esfuerzos de un pueblo por organizarse y gobernarse de la forma más racional y eficaz que puede. La historia política es, como cualquier otro tipo de historia, una forma de historia social, de historia de la sociedad: estudia el gobierno, esto es, la manera en que una sociedad se ordena y estructura racionalmente a través de leyes, constituciones e instituciones políticas».

Geoffrey R. ELTON, *Return to Essentials. Some Reflections on the Present State of Historical Study*. Cambridge University Press, 1991.

(ISM)

4. Annales

4.1. Los primeros annalistas no combatieron la historia hermenéutica «por su rigor a la hora de acumular información», ni por su objetivo de alcanzar «la comprensión de los fenómenos históricos» a través de métodos científicos, pues «investigación de fuentes, crítica de documentos y comprensión de sentido como elementos de una actividad científica serán las tres herencias que la historiografía alemana dejará a todas las demás, incluso a sus críticos».

Santos JULIÁ DÍAZ, *Historia social. Sociología histórica*. Madrid. Siglo XXI, 1989, pág. 6.

(ISM)

4.2. «Independientemente incluso de toda eventual aplicación a la conducta, la historia no tendrá, pues, el derecho de reivindicar su lugar entre los conocimientos verdaderamente dignos de esfuerzo, sino en el caso de que, en vez de una simple enumeración, sin lazos y casi sin límites, nos prometa una clasificación racional y una inteligibilidad progresiva».

Marc BLOCH, *Introducción a la historia*. México. Fondo de Cultura Económica, 1952, pág. 14.

(ISM)

4.3. «Yo les pido a los historiadores que trabajen con una buena hipótesis de trabajo en la cabeza. Que no se hagan nunca coleccionistas de hechos, a lo que salga, como antaño uno hacía de buscador de libros en los andenes. Y que nos proporcionen una historia no automática, sino problemática. De esa manera operarán sobre su época. [...] Método histórico, método filológico,

método crítico: bellos útiles de precisión. Honran a sus inventores y a las generaciones de usuarios que los recibieron de sus antepasados, perfeccionándolos al utilizarlos. Pero no es suficiente para ser historiador con saber manejarlos y con el gusto por su utilización. Sólo es digno de ese bello nombre quien se lanza completamente a la vida, con la sensación de que sumergiéndose en ella, penetrándose en ella de humanidad presente, despliega sus fuerzas de investigación, su potencia de resurrección del pasado. De un pasado que detenta y que restituye, en intercambio, el secreto sentido de los destinos humanos».

Lucien FEBVRE, *Combates por la historia*, Barcelona, Planeta, 1986 (1.ª ed. 1953), págs. 70-71.

(ISM)

4.4. «En la renovación actual de la ciencia histórica que se acelera, una nueva concepción del tiempo histórico cumple una importante función. La historia seguirá tiempos diferentes, y la función del historiador sería ante todo, reconocer esos ritmos... El diálogo de los historiadores de larga duración con otras ciencias sociales y con las ciencias de la naturaleza, llevó a algunos de ellos a la idea de una historia «casi inmóvil»... Al contacto con otras ciencias sociales, el historiador tiende hoy a distinguir duraciones históricas diferentes. Hay un renacimiento del interés por el acontecimiento; sin embargo, seduce sobre todo la perspectiva de la larga duración...La crítica de la noción del hecho histórico comporta además el reconocimiento de realidades largamente descuidadas por los historiadores. Junto a la historia política, a la historia económica y social, a la historia cultural, nació una historia de las representaciones».

Jacques LE GOFF, *Pensar la historia*. Barcelona. Paidós, 1997, págs. 9 a 18.

(ISM)

4.5. «La elaboración de modelos que excluyen la existencia de un modelo único permiten excluir que la historia vuelva a ser un mero relato. Las condiciones en las que trabaja el historiador explican además por qué se plantea y se ha planteado siempre el problema de la objetividad de lo histórico...No se debe desembocar en un escepticismo de fondo a propósito de la objetividad histórica y en un abandono de la noción de verdad en la historia...Tampoco hay que ocultar que el historiador no debe obviar el hecho de que la historia también es una práctica social, y que si se deben condenar las posiciones que en una línea de un marxismo vulgar o de un reaccionarismo más vulgar todavía confunden ciencia histórica y compromiso político, es legítimo observar que la lectura de la historia del mundo se articula con una voluntad de transformarlo».

Jacques LE GOFF, *Pensar la historia*, págs. 12-13.

(ISM)

4.6. Renovación de Annales

«Nosotros vemos una dificultad lógica en una explicación histórica que sitúa fuera de su objeto, en posición exterior, una variable crítica. La atención a los procesos supone, al contrario que las temporalidades humanas, que son múltiples, que la coincidencia cronológica no es suficiente para fundamentar la contemporaneidad verdadera. [...] El recurso a los métodos de análisis factorial, a técnicas más o menos sofisticadas de descripción de grandes tablas estadísticas, han podido aparecer como una panacea, pero, se han encontrado con las mismas aporías que tuvo una concepción simplificada de la relación del historiador con el documento y el archivo del pasado y que desembocaron en la supervaloración de las estructuras analíticas. [...] La sociedad no es una cosa —dicen los annalistas de hoy—. Hay que volverse hacia análisis en términos de estrategia que permitan reintroducir la memoria, el aprendizaje, la incertidumbre, la negociación en el corazón del juego social».

«Tentons l'expérience», en *Annales*, n.° 6 (1989), págs. 1317-1319.

(ISM)

5. La *larga duración* como concepto historiográfico de la Escuela de *Annales*

5.1. Las «duraciones históricas», *según Fernand Braudel*

«Todo trabajo histórico descompone el tiempo pasado y escoge entre sus realidades cronológicas según preferencias y exclusivas más o menos conscientes. La historia tradicional, atenta al tiempo breve, nos ha habituado a su relato precipitado, dramático, de corto aliento.

La nueva historia económica y social coloca en primer plano de su investigación la oscilación cíclica y especula sobre su duración: se ha dejado embaucar por el espejismo —y también por la realidad— de las alzas y caídas cíclicas de precios. De esta forma, existe hoy, junto al relato (o al «recitativo») tradicional, un recitativo de la coyuntura que para estudiar el pasado lo divide en amplias secciones: decenas, veintenas o cincuentenas de años.

Muy por encima de este segundo recitativo se sitúa una historia de aliento mucho más sostenido todavía, y en todo caso de amplitud secular: se trata de la historia de larga, incluso de muy larga duración. La fórmula, buena o mala, me es hoy familiar para designar lo contrario de aquello que François Simiand, uno de los primeros después de Paul Lacombe, bautizó con el nombre de historia de los acontecimientos o episódica (*évenementielle*). Poco importan las fórmulas; pero nuestra discusión se dirigirá de una a otra, de un polo a otro del tiempo, de lo instantáneo a la larga duración.

No quiere esto decir que ambos términos sean de una seguridad absoluta. Así, por ejemplo, el término acontecimiento. Por lo que a mí se refiere, me gustaría encerrarlo, aprisionarlo en la corta duración: el acontecimiento es explosivo, tonante. Echa tanto humo que llena la conciencia de los contemporáneos; pero apenas dura, apenas se advierte su llama...

La reciente ruptura con las formas tradicionales del siglo XIX no ha supuesto una ruptura total con el tiempo corto. Ha obrado, como es sabido, en provecho de la historia económica y social y en detrimento de la historia política. En consecuencia, se han producido una conmoción y una renovación innegables; han tenido lugar, inevitablemente, transformaciones metodológicas, desplazamientos de centros de interés con la entrada en escena de una historia cuantitativa que, con toda seguridad, no ha dicho aún su última palabra.

Pero, sobre todo, se ha producido una alteración del tiempo histórico tradicional. Un día, un año, podían parecerle a un historiador político de ayer medidas correctas. El tiempo no era sino una suma de días. Pero una curva de precios, una progresión demográfica, el movimiento de salarios, las variaciones de la tasa de interés, el estudio (más soñado que realizado) de la producción o un análisis riguroso de la circulación exigen medidas mucho más amplias.

Aparece un nuevo modo de relato histórico —cabe decir el «recitativo» de la coyuntura, del ciclo y hasta del «interciclo», que ofrece a nuestra elección una decena de años, un cuarto de siglo y, en última instancia, el medio siglo del ciclo clásico de Kondratieff...

Más allá de los ciclos y de los interciclos está lo que los economistas llaman, aunque no siempre lo estudien, la tendencia secular. Pero el tema sólo interesa a unos cuantos economistas; y sus consideraciones sobre las crisis estructurales, que no han soportado todavía la prueba de las verificaciones históricas, se presentan como unos esbozos o unas hipótesis apenas sumidos en el pasado reciente: hasta 1929 y como mucho hasta la década de 1870. Representan, sin embargo, una útil introducción a la historia de larga duración. Constituyen una primera llave.

El pasado está, pues, constituido, en una primera aprehensión, por esta masa de hechos menudos, los unos resplandecientes, los otros oscuros e indefinidamente repetidos; precisamente aquellos hechos con los que la microsociología o la sociometría forman en la actualidad su botín cotidiano (también existe una microhistoria). Pero esta masa no constituye toda la realidad, todo el espesor de la historia, sobre el que la reflexión científica puede trabajar a sus anchas. La ciencia social casi tiene horror del acontecimiento. No sin razón; el tiempo corto es la más caprichosa, la más engañosa de las duraciones.

Éste es el motivo de que exista entre nosotros, los historiadores, una fuerte desconfianza hacia una historia tradicional, llamada historia de los acontecimientos...

La segunda, mucho más útil, es la palabra estructura. Buena o mala, es ella la que domina los problemas de larga duración. Los observadores de lo social entienden por estructura una organización, una coherencia, unas relaciones suficientemente fijas entre realidades y masas sociales. Para nosotros los historiadores, una estructura es indudablemente un ensamblaje, una arquitectura pero, más aún, una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar. Ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: obstruyen la historia, la entorpecen y, por tanto, determinan su transcurrir. Otras, por el contrario, se desintegran más rápidamente. Pero todas ellas constituyen, al mismo tiempo, sostenes y obstáculos. En tanto que obstáculos, se presentan como límites (envolventes, en el sentido matemático) de los que el hombre y sus experiencias no pueden emanciparse. Piénsese en la dificultad de romper ciertos marcos geográficos, ciertas realidades biológicas, ciertos límites de productividad, y hasta determinadas coacciones espirituales: también los encuadramientos mentales representan prisiones de larga duración...».

Fernand BRAUDEL, «La larga duración», en *La historia y las ciencias sociales*. Madrid. Alianza Editorial, col. «El libro de bolsillo», núm. 13, 1968, págs. 64-71.

(ECM)

5.2. *La* «larga duración» *histórica, según Jacques Le Goff*

«Muy pronto una motivación más profunda me unió a la Edad Media sin disuadirme de mirar más acá y más allá. Pertenezco a una generación de historiadores marcados por la problemática de la *larga duración*, que deriva de la triple influencia de un marxismo a la vez revitalizado y modernizado, de Fernand Braudel y de la etnología. De todas las ciencias torpemente llamadas humanas (¿y por qué no simplemente sociales?) la etnología es aquella con la que la historia ha entablado (pese a malentendidos y a ciertos rechazos de una y otra parte) el diálogo más fácil y más fecundo. Para mi generación, Marcel Mauss es tardíamente el fermento que Durkheim pudo ser, hace cincuenta años —tardíamente también—, para las mejores generaciones de entreguerras. En un texto que no es más que un primer jalón en el camino de una reflexión y de una práctica que querría profundizar y precisar, he tratado de decir las relaciones que historia y etnología mantuvieron en el pasado y hoy reanudan. Si digo a los sabios y a los investigadores que al término de etnología, demasiado vinculado al dominio y a la época del colonialismo europeo, prefieren el de antropología, susceptible de ser aplicado a los hombres de todas las culturas, y si, por consiguiente, hablaría de mejor gana de antropología histórica que de etnohistoria, quiero señalar, sin embargo, que si los historiadores —ciertos historiadores— han sido seducidos por la etnología porque ésta ponía por delante la noción de diferencia, al mismo tiempo los etnólogos se orientan hacia una concepción unificada de las sociedades

humanas, incluso hacia el concepto de hombre que la historia, hoy como ayer, ignora. Este juego cruzado es interesante e inquietante a la vez. Si el historiador, tentado por la antropología histórica, es decir, por una historia distinta a la de las capas dirigentes blancas y más lenta y profunda que la de los acontecimientos, debiera ser conducido por la antropología a una historia universal e inmóvil, yo le aconsejaría recoger velas. Pero, por ahora, la fecundidad de una historia situada en la larga duración me parece lejos de hallarse agotada. Por otra parte, el folklore, aunque demasiado separado de la historia, ofrece al historiador de las sociedades europeas que quiere recurrir a la antropología un tesoro de documentos, de métodos y de trabajos que haría bien en interrogar antes de volverse hacia la etnología extra-europea. Folklore demasiado despreciado, etnología del pobre, que sin embargo es una fuente esencial para la antropología histórica de nuestras sociedades llamadas «históricas». Ahora bien, la larga duración pertinente de nuestra historia —para nosotros como hombres de oficio y hombres que viven en el flujo de la historia— me parece esa larga Edad Media que duró desde el siglo II o III de nuestra era para morir lentamente bajo los golpes de la revolución industrial —de las revoluciones industriales— entre el siglo XIX y nuestros días. Esa larga Edad Media es la historia de la sociedad preindustrial. Más allá hay una historia distinta, más acá hay una historia —la contemporánea— por hacer o, mejor, por inventar, por lo que se refiere a los métodos. Esa larga Edad Media es para mí lo contrario del hiatus que vieron los humanistas del Renacimiento y, salvo raras excepciones, los hombres de las luces. Es el momento de creación de la sociedad moderna, pero viva por cuanto de esencial creó en nuestras estructuras sociales y mentales. Ella creó la ciudad, la nación, el Estado, la universidad, el molino y la máquina, la hora y el reloj, el libro, el tenedor, la ropa, la persona, la conciencia y, finalmente, la revolución. Entre el neolítico y las revoluciones industriales y políticas de los dos últimos siglos, al menos para las sociedades occidentales, ella no es un vacío ni un puente, sino un gran impulso creador —cortado por crisis, matizado por desajustes según regiones, categorías sociales, sectores de actividad, diversificada en sus procesos».

Jacques LE GOFF, *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval*. Madrid. Taurus, 1983, págs. 8-10.

(ECM)

6. Historia de las mentalidades

6.1. *Reflexiones de Georges Duby en torno al término de* «mentalidad»

«Robert Mandrou y yo consideramos necesario, como Lucien Febvre y Marc Bloch, no inmovilizar la historia de las sociedades en el estudio de la vida material y de la economía, sino aunar éstas con investigaciones sobre lo mental colectivo (no cuestión de psicología individual); nos pareció legítimo

pasar de la palabra *mental* al término de *mentalidad*. La palabra no tenía entonces un sentido bien definido —pensemos, por ejemplo, en la expresión *sucio mental*—. La expresión *actitud mental* era más satisfactoria, pero menos cómoda. Reconozco ahora que este término es ambiguo, demasiado vago y que se ha hecho uso de ella como de un desván. Pero en el momento en que Robert Mandrou y yo la lanzamos, era evidente su utilidad. Ha permitido precisar lo que Lucien Febvre había querido añadir a la historia económica y social, cuando cambió el título de la revista *Annales*, añadiendo a *Economía* y *Sociedad* la palabra *Civilización*. Así, cuando hemos tratado conjuntamente de la civilización francesa, estábamos decididos a no quedarnos en una aproximación económica y social, ni siquiera cultural en el sentido clásico del término. Hacía falta otra cosa, no sabíamos bien qué, de donde la vaguedad y la imprecisión del término. De hecho la noción permitía también apartarse de la *geistes Geschichte*, de una historia de las ideas que únicamente tuviera en cuenta las producciones intelectuales claras y racionales, ir más allá de una psicología individual inalcanzable y la mayor parte del tiempo reconstruida por el historiador a golpe de anacronismo. Incitaba, en fin, a alianzas con las disciplinas vecinas, tales como la psicología social o la etnología».

P. JOUTARD y G. DUBY, «La rencontre avec Robert Mandrou et l'élaboration de la notion d'histoire des mentalités», en *Melanges Robert Mandrou. Histoire Sociale, Sensibilités Collectives et Mentalités*. París. PUF, 1985, pág. 34.

(ECM)

6.2. Aportaciones de la «historia de las mentalidades», *según Jacques Le Goff*

«Pero más aún que de las facilidades de relación que procura con las otras ciencias humanas, la atracción de la historia de las mentalidades viene, sobre todo, del desarraigo que ofrece a los intoxicados de la historia económica y social y especialmente de un marxismo vulgar.

Arrancada a los viejos *dei ex machina* de la antigua historia —providencia o grandes hombres—, a los conceptos pobres de la historia positivista —acontecimiento o azar—, la historia económica y social, inspirada o no por el marxismo, había dado a la explicación histórica unas bases sólidas. Pero se revelaba impotente para realizar el programa que Michelet asignara a la historia en el prólogo de 1869: *La historia (...) me parecía aún débil en sus dos métodos: demasiado poco material (...), demasiado poco espiritual, hablando de las leyes, de los actos políticos, no de las ideas, de las costumbres (...)* En el propio interior del marxismo, los historiadores que lo invocaban, después de haber puesto de manifiesto el mecanismo de los modos de producción y de la lucha de clases, no conseguían pasar de forma convincente de las infraestructuras a las superestructuras. En el espejo que la economía tendía a las sociedades, no se veía más que el pálido reflejo de esquemas abstractos, no

rostros, ni vivientes resucitados. El hombre no vive sólo de pan, la historia no tenía siquiera pan, no se nutría más que de esqueletos agitados por una danza macabra de autómatas. Había que dar a estos mecanismos descarnados el contrapeso de algo más. Importaba encontrar a la historia algo más, distinto. Este algo más, esta otra cosa distinta, fueron las mentalidades».

Jacques LE GOFF, «Las mentalidades. Una historia ambigua», en *Hacer la Historia. III. Objetos nuevos*. Barcelona. Editorial Laia, 1980, págs. 84-85.

(ECM)

6.3. Fuentes de la «historia de las mentalidades», *según Jacques Le Goff*

«Hacer historia de las mentalidades es, ante todo, operar una cierta lectura de un documento, sea cual sea. Todo es fuente, para el historiador de las mentalidades. He aquí un documento de índole administrativa y fiscal, un registro de los ingresos reales en el siglo XIII ó XIV. ¿Cuáles son las rúbricas, qué visión del poder y la administración reflejan, qué actitud frente al número revelan los procedimientos de cuenta? Aquí tenemos el mobiliario de una tumba del siglo VII: objetos de atavío (aguja, anillo, hebilla de cinturón), monedas de plata, entre ellas una pieza colocada en la boca del muerto en el momento de la inhumación, armas (hacha, espada, lanza, cuchillo), un paquete de utensilios (martillos, pinzas, limas, tijeras, barrena, gubia, etc.). Estos ritos funerarios nos informan sobre las creencias (rito pagano del óbolo de Caronte, transportador del más allá), sobre la actitud de la sociedad merovingia frente a un artesano revestido con un prestigio casi sagrado: el herrero-orfebre (que es también guerrero), forjador y manejador de espada.

Esta lectura de los documentos se aplicará sobre todo a las partes tradicionales, casi automáticas, de los textos y los monumentos: fórmulas y preámbulos de cartas que indican las motivaciones —verdaderas o de fachada—: *topoi* que son la osatura de las mentalidades...

... Pero la historia de las mentalidades tiene sus fuentes privilegiadas, las que, más y mejor que otras, introducen a la psicología colectiva de las sociedades. Su inventario es una de las primeras labores del historiador de las mentalidades.

Están primero los documentos que atestiguan estos sentimientos, estos comportamientos paroxísticos o marginales que, por su separación, aclaran la mentalidad común. Por no salir de la Edad Media, la hagiografía pone de manifiesto estructuras mentales de base: la permeabilidad entre el mundo sensible y el mundo sobrenatural, la identidad de naturaleza entre lo corporal y lo psíquico —de ahí la posibilidad del milagro y, más generalmente, de lo maravilloso—. La marginalidad del santo —reveladora del fondo de las cosas— tiene por corolario la marginalidad ejemplar también de los diabólicos:

posesos, herejes, criminales. De ahí el carácter de documento privilegiado de todo cuanto da acceso a estos testigos: confesión de herejes y procesos de inquisición, cartas de remisión otorgadas a criminales que detallan sus entuertos, documentos judiciales y más generalmente monumentos de la represión. Otra categoría de fuentes privilegiadas para la historia de las mentalidades, la constituyen los documentos literarios y artísticos. Historia, no de los fenómenos *objetivos*, sino de la *representación* de estos fenómenos, la historia de las mentalidades se alimenta naturalmente de los documentos de lo imaginario. Huizinga, en su célebre *Déclin du Moyen âge* mostró todo cuanto la utilización de textos literarios (es la fuerza y la debilidad del libro) puede aportar al conocimiento de la sensibilidad y de la mentalidad de una época. Pero la literatura y el arte vehiculan formas y temas venidos de un pasado que no es forzosamente el de la conciencia colectiva. Los excesos de los historiadores tradicionales de las ideas y de las formas que las hacen engendrar por una especie de partenogénesis que ignora el contexto no literario o no artístico de su aparición no tienen que disimularnos que las obras literarias y artísticas obedecen a códigos más o menos independientes de su medio ambiente temporal. La pintura del Quattrocento nos parece atestiguar una nueva actitud frente al espacio, la decoración arquitectónica, el lugar del hombre en el universo: la mentalidad *precapitalista* parece haber pasado por ahí. Pero Pierre Francastel, que es quien mejor ha penetrado el sistema pictórico del Quattrocento como parte de un conjunto más amplio, nos advierte también de la *especificidad de la pintura, modo de expresión y comunicación de nuestro espíritu irreductible a cualquier otro*».

Jacques LE GOFF, «Las mentalidades. Una historia ambigua», en *Hacer la Historia. III. Objetos nuevos*. Barcelona. Laia, 1980, págs. 91-93.

(ECM)

6.4. La «historia de las mentalidades», *según Michel Vovelle*

«Historia de las mentalidades: estudio de las mediaciones y de la relación dialéctica entre las condiciones objetivas de la vida de los hombres y la manera en que la cuentan y aun en que la viven. En este nivel, se esfuman las contradicciones entre las dos redes de nociones cuyos aspetos se han confrontado: ideología por una parte, mentalidades por la otra. La prospección de las mentalidades, lejos de ser un camino mistificador, se convierte en una ampliación esencial del campo de la investigación. No como un territorio extranjero, exótico, sino como la prolongación natural y punto final de toda historia social.»

Michel VOVELLE, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, 1985, pág. 19.

(CMS)

7. La historia como ciencia humana

«En efecto, hace mucho que nuestros grandes antepasados, un Michelet y un Fustel de Coulanges, nos habían enseñado a reconocerlo: el objeto de la historia es esencialmente el hombre. Mejor dicho: los hombres. Más que el singular, favorable a la abstracción, conviene a una ciencia de lo diverso el plural, que es el modo gramatical de la relatividad. Detrás de los rasgos sensibles del paisaje, de las herramientas o de las máquinas, detrás de los escritos aparentemente más fríos y de las instituciones aparentemente más distanciadas de los que las han creado, la historia quiere aprehender a los hombres. Allí donde huele la carne humana, sabe que está su presa»

Marc BLOCH, *Introducción a la historia*, México, 1974, págs. 24-25.

(CMS)

8. Historia total

«Repito, por tanto: no hay historia económica y social. Hay historia sin más, en su unidad. La historia que es, por definición, absolutamente social. En mi opinión, la historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras; actividades y creaciones con las que cubrieron la superficie de la tierra y la sucesión de las edades»

Lucien FEBVRE, *Combates por la Historia*, Barcelona, 1970, págs. 39-40.

(CMS)

9. Historia integradora

«En la difícil aproximación a la totalidad histórica, puede y debe servirnos toda investigación que se inspire en los métodos más recientes de los psicólogos, de los sociólogos y de los economistas. Siempre y cuando el historiador no olvide su propia labor, consistente en establecer síntesis, en distinguir los episodios históricos que forman un todo, en no reducir la historia ni al largo plazo que deshumaniza ni al corto plazo que impide ver el crecimiento y el progreso, labor que consiste, en definitiva, en el estudio de los mecanismos que relacionan los acontecimientos con la dinámica de las estructuras.»

Pierre VILAR, «Historia general e historia económica», *Moneda y Crédito*, n.° 108 (1969), págs. 3-21 (cita en página 21).

(CMS)

10. Geografia e Historia

«No creo en las comarcas inhabitables: el hombre a fuerza de sacrificios, valiéndose de generación tras generación, y con todos los recursos de la ciencia agrícola, terminaría por hacer fértil una región tal. Si fuérais a las comarcas célebres de los primeros días del mundo, a los lugares donde estuvieron Tebas, Nínive o Babilonia, en aquellos valles fértiles de nuestros padres, os parecería imposible que el hombre hubiera podido vivir allí jamás: la atmósfera misma de esos lugares se ha viciado desde la desaparición de los seres humanos. Es ley general de la naturaleza que se vuelvan insalubres y estériles las regiones deshabitadas o aquellas que ya no habitamos. Tenedlo bien en cuenta: es el propio hombre el que hace su país: por su presencia, por sus costumbres, por su industria, yo diría incluso que por su aliento, modifica poco a poco las inhalaciones del suelo, y las condiciones atmosféricas las sanea con sólo respirar. Que existen lugares inhabitados, de acuerdo, pero lugares inhabitables, jamás».

Jules VERNE, «Veinte mil leguas de viaje submarino», en Jean Chesneaux: *Una lectura política de Julio Verne*, México, 1973, pág. 36.

(CMS)

11. Historia económica

«La historia económica tiene los mismos objetivos de investigación que la economía. Puesto que el carácter del objetivo determina los métodos de investigación, los procedimientos fundamentales que la historia económica utiliza deben ser los métodos de la economía, los métodos de investigación de los fenómenos económicos, el aspecto económico de las actividades humanas y sus resultados económicos»

Witold KULA, *Problemas y métodos de la historia económica*, Barcelona, 1973, págs. 91-92.

(CMS)

12. Historia social

«No se puede negar que, con frecuencia, historia y sociología se reúnen, se identifican, se confunden. Las razones de ello son simples: por una parte, existe un imperialismo, una hinchazón de la historia; por otra, una identidad de naturaleza: historia y sociología son las únicas ciencias globales capaces de extender su curiosidad a cualquier aspecto de lo social. La historia, en la medida en que es todas las ciencias del hombre en el inmenso campo del pasado, es síntesis, orquesta. Y si el estudio de la duración bajo todas sus formas le abre las puertas de lo actual, entonces se encuentra en todos los lugares del banquete. Y se encuentra por lo general al lado de la sociología (que

también es síntesis por vocación) a la que la dialéctica de la duración obliga a volverse hacia el pasado, lo quiera o no».

Fernand BRAUDEL, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, 1968, pág. 116.

(CMS)

13. Historia política

«La historia política y la institucional, que no estaban de moda, han recuperado el favor, y la formación del Estado en la Europa moderna ha atraído renovada atención histórica en un momento en que la soberanía del Estado está siendo erosionada por organizaciones supranacionales. La biografía, que durante mucho tiempo ha quedado a la sombra, ha vuelto a emerger a la luz como algo historiográficamente respetable. Además, años recientes han presenciado una reconsideración de las posibilidades inherentes a la historia comparativa, una forma de historia que trasciende los límites nacionales.»

John H. ELLIOTT, Introducción de *El mundo de los validos*, Madrid, 1999, pág. 13.

(CMS)

14. Historia de la cultura política

14.1. «La política es el lugar de gestión de la sociedad global, dirige en parte las demás actividades [...]. El historiador de lo político no pretende que todo es político, ni tendrá la imprudencia de defender que la política tiene siempre la primera y la última palabra; sin embargo, comprueba que la política es el lugar en el que confluyen la inmensa mayoría de las actividades y recapitula los demás componentes del conjunto social».

Réne RÉMOND (dir.), *Pour une Histoire Politique*. Paris. Seuil, 1988, págs. 384-385.

(ISM)

14.2. Berstein relaciona la cultura política con «un sistema de referencias en el que se reconocen los miembros de una familia política, recuerdos históricos comunes, héroes consagrados, textos fundamentales (aunque no se lean), símbolos, banderas, fiestas, vocabulario codificado, etc», sin olvidar la importancia de los ritos (S. BERSTEIN, «Les partis», en R. Rémond, *Por une Histoire Politique*, pág. 80). Como diría Jean Pierre Rioux, «la cultura política es mas bien la mezcla de una *vulgata* filosófica extraída de la cultura global de una sociedad e incluso de las sensibilidades más ocultas, de un juego de referencias históricas de un ideal construido y de una visión de la sociedad, que se expresa mediante el discurso, el rito y la simbología». (Jean Pierre RIOUX, «Présentation», en *Vingtième Siècle*, n.° 44 (oct.-déc., 1994), pág. 5).

(ISM)

15. Retorno de la narrativa

15.1. «Cada vez son más numerosos los nuevos historiadores que intentan descubrir lo que ocurría en la cabeza de la gente de antaño, lo que era vivir en otros tiempos: y cuando uno se plantea esas cuestiones, vuelve inevitablemente a la narración. [...] El retorno a la narrativa anuncia el fin de una época: aquella en que se intentó aportar una explicación coherente y científica de las evoluciones pasadas,... [para dar paso a una historia de] las circunstancias que rodean al hombre, se va hacia el hombre en sus circunstancias; en cuanto a los problemas estudiados: de lo económico y lo demográfico, hacia lo cultural y afectivo; en cuanto a las fuentes primordiales de influencia: de la sociología, la economía y la demografía a la antropología y la sociología; en cuanto a los modelos explicativos de la mutación histórica: de lo estratificado y lo unicasual, a lo comunicante y multicasual; en cuanto al método: de la cuantificación del grupo al ejemplo individual; en cuanto a la organización: de lo analítico a lo descriptivo, y en cuanto a la noción que uno se hace del papel del historiador: de lo científico a lo literario».

Lawrence STONE, «La historia narrativa», en *Débats*, 4 (1982), págs. 93, 98 y 104.

(ISM)

15.2. «No hay otra representación posible en la historia sino la del conocimiento narrativo, porque la narración es la estructura misma del proceso temporal y es en la expresión narrativa donde el hombre encuentra, y sólo ahí, el significado profundo del tiempo».

P. RICOEUR, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Madrid, 1987.

(ISM)

16. Elogio de la historia

«Queridísimo Delio: Me siento un poco cansado y no puedo escribirte mucho. Tú escríbeme siempre y de todo lo que te interesa en la escuela. Yo creo que la historia te gusta, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque se ocupa de los hombres vivos, y todo lo que se refiere a los hombres, al mayor número posible de hombres, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen entre sí en sociedad, y trabajan, y luchan y se mejoran a sí mismos, no puede dejar de gustarte más que cualquier otra cosa. Pero ¿es así? Te abrazo. Antonio.»

Antonio GRAMSCI, *Lettere dal carcere*, Turín, 1968, pág. 895.

(CMS)

17. La función de la historia

«Lo mejor que podemos hacer es pensar que estamos situados en una línea de evolución donde todavía hay comportamientos muy primitivos y dificultades e incapacidades de las organizaciones más avanzadas del mundo. Las Naciones Unidas, por ejemplo, son la concreción de un gran sueño, pero en la actualidad distan mucho de ser una realidad satisfactoria. En resumen, sigo pensando que la reflexión histórica es la mejor manera de, al mismo tiempo, no hacerse ilusiones y sin embargo mantener la esperanza.»

Pierre VILAR, Presentación de *Historia moderna. Historia en construcción*, Lérida, 1999, vol. 1, pág. 7.

(CMS)

18. La historia y el futuro

18.1. «Hay que reinventar un futuro, redefiniendo los objetivos a alcanzar de modo que den una respuesta válida a los problemas a que se enfrenta el hombre de hoy en el mundo entero. Necesitamos recomponer una visión crítica del presente que explique correctamente las razones de la pobreza, el hambre y el paro, y que nos ayude a luchar contra la degradación de la naturaleza, el militarismo, la amenaza atómica, el racismo y tantos otros peligros. Pero esta tarea no será posible si el historiador no participa también en ella, renovando nuestra visión del pasado de modo que sirva de base para asentar un nuevo proyecto social».

Josep FONTANA, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982, pág. 262.

(CMS)

18.2. Los conflictos entre civilizaciones como escenario de la historia futura.

«EL PRÓXIMO MODELO DE CONFLICTO

La política mundial está entrando en una nueva fase, y los intelectuales no dudan en anticipar vaticinios sobre lo que va a ocurrir en el futuro: el fin de la historia, el retorno de las tradicionales rivalidades entre Estados nacionales y el declive del Estado nacional, a causa, entre otros factores, de las conflictivas tensiones que producen el tribalismo y el globalismo. Cada una de esas visiones captura algunos aspectos de la realidad emergente. Sin embargo, todas pasan por alto un elemento crucial, e incluso decisivo, de lo que es probable que sea la política mundial en los años venideros.

La hipótesis aquí defendida es que la fuente principal de conflicto en este mundo nuevo no va a ser primariamente ideológica ni económica. Las grandes divisiones del género humano y la fuente predominante de conflicto van a estar fundamentalmente en la diversidad de culturas. Los Estados nacionales seguirán siendo los más poderosos actores en los asuntos mundiales, pero los principales conflictos de la política global serán los que surjan entre naciones y grupos pertenecientes a civilizaciones diferentes. El choque de las civilizaciones dominará la política mundial. Y las líneas de fractura entre las civilizaciones serán las grandes líneas de batalla en el futuro.

La última fase en la evolución del conflicto en el mundo moderno estará caracterizada por la confrontación entre civilizaciones. Durante siglo y medio después de la emergencia del moderno sistema internacional con la Paz de Westfalia, los conflictos del mundo occidental han sido en muy gran medida enfrentamientos entre príncipes —emperadores, monarcas absolutos y monarcas constitucionales— que pugnaban por expandir el poderío de sus burocracias, sus ejércitos, su economía mercantilista y, por encima de todo, los territorios que gobernaban. En el curso de este proceso se crearon los Estados nacionales, y desde la Revolución francesa las líneas principales de enfrentamiento, más bien que entre príncipes, lo fueron ya entre naciones. En 1793, como ha dicho R.R. Palmer, 'las guerras de reyes se acabaron y empezaron las guerras de pueblos'. Este modelo decimonónico de conflicto duró hasta el final de la Primera Guerra Mundial. Después, como resultado de la Revolución rusa y de la reacción contra ella, la lucha entre las naciones cedió el paso al conflicto de ideologías, primeramente entre el comunismo, el nazi-fascismo y la democracia liberal, y más tarde entre el comunismo y la democracia liberal. Durante la guerra fría, este último enfrentamiento cristalizó en una dura oposición entre las dos superpotencias, ninguna de las cuales era un Estado nacional en el sentido europeo clásico, definiendo cada una de ellas su identidad en términos de su ideología.

Estos conflictos entre príncipes, Estados nacionales e ideologías fueron fundamentalmente colisiones surgidas en el seno de la civilización occidental, 'guerras civiles occidentales', como reza la etiqueta que les ha aplicado William Lind. Eso fue tan cierto de la guerra fría como lo fue de las guerras mundiales y de las anteriores contiendas de los siglos XVII, XVIII y XIX. Con el final de la guerra fría, la política internacional sale de su fase occidental, tornándose en pieza clave de su dinámica la interacción entre Occidente y las civilizaciones no-occidentales y entre las propias civilizaciones no-occidentales. En la política de las civilizaciones, los pueblos y los gobiernos de las áreas no-occidentales han dejado ya de ser objetos históricos única y exclusivamente como blancos situados bajo el punto de mira del colonialismo occidental. Ahora se unen a Occidente como motores y artífices de la historia».

Samuel P. HUNTINGTON, *¿Choque de civilizaciones?* Madrid. Tecnos, 2002, págs. 15-17.

(ECM)

19. Historia y postmodernismo

«Hablamos de posmoderno porque consideramos que, en algún aspecto esencial, la modernidad ha concluido [...] No existe una historia única; existen imágenes del pasado propuestas desde diversos puntos de vista, y es ilusorio pensar que exista un punto de vista supremo. [...] La crisis de la idea de historia lleva consigo la crisis de la idea de progreso; si no hay un curso unitario de las vicisitudes humanas, no se podrá sostener que se avanza hacia un fin, que realizan un plan racional de mejora».

Gianni VATTIMO, «Posmodernidad: ¿Una sociedad transparente?», en VV.AA., *En torno a la posmodernidad*. Barcelona. Anthropos, 1990, págs. 9 y 11.7

(ISM)

El profesorado de la Universidad Nacional de Educación a Distancia cuenta para organizar sus enseñanzas con un sistema de comunicación de carácter multimedia que incluye materiales escritos, medios audiovisuales, apoyos informáticos y nuevos recursos tecnológicos.

El material didáctico en forma de libro impreso, habitualmente denominado Unidades Didácticas, constituye el instrumento fundamental para el estudio en la UNED. Están concebidas como una serie de manuales universitarios que conjugan el rigor propio de cada disciplina con la adaptación de los textos a la metodología de la enseñanza a distancia.

Como norma general, cada asignatura dispone de sus propias Unidades Didácticas, elaboradas por los equipos docentes con el fin de facilitar el aprendizaje y permitir al alumno un estudio independiente.





44103UD01B01